
20
RELATOS
ERÓTICOS
TRÍO
Sexo en grupo
COLECCIÓN PLACERES

Colección Plaisirs

20 historias de tríos

Índice

Tomada por el marido de la vecina2
La sesión de fotos traviesa16
Castigado muchas veces (3 relatos) 35
Les Potes de mon Frérot82
2 hombres de luna de miel135
Guiado por el terapeuta151
Tomado por Trois Patrons175
Compañeros de piso para dos (3 plantas) 201
2 Hombres Forbidden242
Doble fuck306
La pareja pervertida (3 relatos) 323
Un Trois368 Primero
Compartido con una pareja388
Une Dinguerie à Trois - INCROYABLE443

nada por el marido de la vecina

La vida había sido tradicional para Trevor. Era como si, desde su nacimiento hasta el día de nuestra trama, la secuencia de acontecimientos de su vida hubiera sido perfectamente lineal. Padres normales, sueldo normal, en un barrio normal de una ciudad mediocre. No era ni bueno ni malo en la escuela.

En la escuela había hecho amistades, algunas de las cuales han durado hasta hoy. Eran personajes incoloros y superficiales, obsesionados por el consumo frenético de bienes, que se deprimían cuando tenían demasiado poco y vivían atemorizados por sus posesiones cuando tenían demasiado.

Cuando llegó a la universidad, en un curso corto y sin problemas, conoció a Héléna. De origen ruso, al menos por vía paterna, era especialmente reservada y tímida. Hicieron buenas migas cuando se dieron cuenta de que compartían el mismo curso.

Habían salido juntos y su primer encuentro amoroso, aunque minimalista, le había parecido un éxtasis absoluto, aunque Héléna se había sentido un poco sucia. Sin embargo, había experimentado fantasías que consideraba inconfesables, y pensaba que las cosas podían hacerse con más pasión y furia. ¿Quizá se trataba simplemente de cómo eran las cosas?

En resumen, habían acabado viviendo juntos, en los suburbios de una ciudad muy parecida a aquella en la que Trevor había crecido. Ella estaba a una distancia aceptable de él, la suficiente para poder vivir su vida como un hombre pero demasiado poca para ser demasiado independiente.

Había encontrado un trabajillo a caballo entre la pasión y el aburrimiento, perfecto para mantener un pequeño hogar e ideal para perderse en la burocracia y la administración. A Héléna, al menos al principio, su vida le pareció interesante y apacible, tranquila como siempre había querido que fuera. Su familia había huido del caos de la Rusia posterior a la Guerra Fría.

La policía estaba completamente fuera de sí y no sabía en quién confiar en un Estado que había perdido la cabeza. Sin gobierno y sin control policial, las bandas y otras mafias habían pululado por todo el país, sobre todo en las guerras urbanas, y reinaban sin que nadie pudiera detenerlas. En muchos casos, eran antiguos soldados quienes dirigían estos clanes, armados con enormes armamentos abandonados por el ejército ruso. Muchos ciudadanos, atrapados entre la pobreza y la violencia, habían decidido zarpar en busca de mejores horizontes. Y así fue como Vladimir, el

padre de Héléna, encontró refugio en Francia.

Él pensaba que su unión con Trevor era ideal, así que ella también lo creía. Era un hombre de fiar, honrado, que trabajaba sin quejarse y ganaba un buen sueldo por criar niños. ¿Quizás incluso sería un buen padre? Era amable con ella y nunca se quejó abiertamente de su natural distancia, típica de la gente de Europa del Este. Se tomaba muy en serio su trabajo de ama de casa. La casa estaba absolutamente impecable y las comidas eran siempre variadas y puntuales. No es que su marido fuera especialmente exigente, pero para ella era un compromiso normal. Él trabajaba para darles de comer y ella trabajaba para darles de comer. Y esta pequeña vida siguió y siguió para ellos, durante años. Durante años sonaba el despertador, arrancaba el coche, se tomaba el desayuno y se encendía la televisión por la noche, todo a una hora fijada en una frecuencia nuclear.

Pero este ritmo de vida, esta aburrida rutina diaria, empezaba a pesar sobre los hombros de Trevor. De joven, escuchaba Manowar y se imaginaba a sí mismo como un guerrero legendario en una tierra ficticia. Le encantaban las primeras películas japonesas de anime que llegaban a Francia y se ponía en la piel de sus héroes, seductores en serie.

En lo más profundo de su ser habían germinado las semillas de la aventura y el deseo de algo más. Y ahora estaban floreciendo, revelando ante sus ojos flores que nunca quiso ver. De hecho, iban a alterar su vida para siempre, para bien o para mal.

Aquel día había sido sombrío para él. El tiempo era desapacible y enormes nubes tapaban la luz del sol, por lo que tuvo que encender los faros en pleno día de camino al trabajo. La lluvia había caído pocos minutos después de aparcar el coche en el aparcamiento. Un chaparrón repentino que le empapó desde la puerta del coche hasta la tienda donde tenía que empezar a trabajar. Ya sin ánimos para enfadarse, sintió un ridículo nudo en la garganta ante semejante comienzo de día. Se tragó sus lágrimas inmaduras, que podrían haberle puesto en una posición incómoda frente a sus compañeros, y se dirigió al baño con la esperanza de limpiar un poco la maldita agua que había empapado cada fibra de su ropa.

Los pocos clientes del día se habían mostrado especialmente hoscos e incluso malhumorados, sin duda consecuencia directa del tiempo... El día había sido largo y triste, sin olas, como es fácil imaginar en un pueblo pequeño como éste. Incluso la comida preparada por Héléna no tenía el sabor de siempre. Y fue después de las cinco de la tarde cuando Trevor llevó

su pequeño y viejo Peugeot a casa.

Tras unas decenas de minutos en un atasco provocado, por un lado, por un accidente menor y, por otro, por curiosos que se paraban a mirarle o incluso a hacerle una foto para alguna red social en la que la publicación acabaría inexorablemente olvidada, por fin llegó a su casa. Pero delante de la casa de al lado había cierto revuelo.

Un gran camión de mudanzas estaba aparcado y los altavoces emitían música latina a todo volumen, quizá cumbia o salsa. El ruido era ensordecedor y Trevor se preguntó si no debería ir a buscar a los alborotadores que se tomaban tales libertades en mitad de la semana.

Sin embargo, a falta de eso, dirigió su atención a los elementos de esta rocambolesca mudanza. Montones de cajas de cartón esperaban frente a la puerta principal para ser colocadas en las distintas habitaciones, y también había muebles esperando en el porche. Los muebles no se parecían en nada a los de su propia casa. Eran de diferentes maderas exóticas y estaban compuestos con formas perfectamente excéntricas y pintorescas. Los manipuladores estaban descargando una pesada mesa, de las que podían sentar fácilmente a una docena de invitados, y probablemente iban a intentar meterla por la puerta principal.

Un hombre cuya edad era difícil de adivinar se acercó corriendo desde el interior y les dio órdenes con grandes gestos del brazo. Probablemente les estaba pidiendo que atravesaran el muelle más ancho para evitar dañar su preciada carga. Entonces el hombre se volvió hacia el coche de Trevor, que aún ronroneaba, y entrecerró los ojos para ver al conductor. Sus ojos se iluminaron cuando lo vio y corrió hacia él. Sus mocasines de terciopelo se estrellaron sin contemplaciones contra los charcos y su camisa floreada se empapó de inmediato por la lluvia, que seguía arreciando, pero no pareció avergonzarse lo más mínimo.

Trevor bajó la ventanilla y antes de que pudiera decir una palabra le saludó cordialmente, buscándole la mano para estrechársela. Se presentó como Ignacio, su nuevo vecino. Tenía la piel bronceada y un espeso bigote perfectamente latino adornaba su labio superior.

Su pelo, que normalmente debería ser voluminoso y recogido, goteaba y un mechón rebelde le adornaba la frente. Trevor tuvo que encargarse de saludarlo cortésmente y murmurar unas palabras de corrección. Ignacio esperaba volver a verle pronto, ya que él y su mujer tenían demasiadas cosas que hacer en ese momento, pero se aseguraría de invitarles a él y a Héléna a una barbacoa lo antes posible.

Y se marchó de nuevo hacia su casa, dando órdenes a los hombres de la mudanza tan rápido como había llegado. Trevor estaba bastante perturbado por este encuentro.

El hombre era impresionantemente carismático y, aunque no le gustaba que un hombre de carne y hueso como él le produjera semejante efecto, no podía evitar la esperanza de que pronto volviera a él, tan ansioso estaba por conocerle. ¿Qué hacía un individuo así en un barrio como el suyo? ¿En una ciudad tan monótona?

La presentación de su nueva vecina le había hecho especialmente feliz y, tras una cena ligera, Héléna y él se habían instalado como de costumbre frente al televisor. Pero, a diferencia de lo que solía hacer, le puso la mano en el hombro y jugueteó con los rizos de su pelo. Héléna no se inmutó y le dejó hacer, hasta el punto de que él se atrevió a acariciarle el cuello y los hombros con las yemas de los dedos. Ella se estremeció ligeramente, cosa que él no dejó de comprender, y le agarró la cara para besarle con una pasión que él mismo ya no conocía. Le subió las manos por la camisa y acarició el pecho de Trevor con un deseo apenas disimulado de ir más lejos con él.

Se desnudaron el uno al otro, intercalando la tarea con ardientes besos, y él pronto estuvo encima de ella, mirándola como si la hubiera visto por primera vez. Su rostro adoptó la expresión de una cándida criatura a merced de su depredador y a él le encantaron sus ojos implorantes y su boca entreabierta.

Acarició sus labios (esos que sólo se revelan en determinadas circunstancias) con la punta de su sexo, deslizándola arriba y abajo y golpeando de vez en cuando ligeramente su clítoris. Suavemente, con un respeto casi ritual, la penetró mientras ella se entregaba. Sus movimientos eran suaves y mesurados, y él se movía con deleite, ahuecándole la nuca con la mano.

A medida que él aumentaba la frecuencia de los movimientos de su pelvis, ella gemía cada vez más fuerte y su aliento golpeaba la cara de Trevor, que sentía aún más en sus labios, húmedos por el abrazo mutuo. Luego, tras una pequeña negociación, que él ganó a pesar de que a ella no le gustaba especialmente la práctica, se colocó a cuatro patas en el sofá, mostrando su trasero a la mirada de su marido.

Pocas veces había tenido ocasión de disfrutar de aquel espectáculo y siempre admiraba la

perfección de aquellas nalgas que siempre codiciaba en el silencio de la vida cotidiana. Eran perfectamente redondas y firmes, como cuando se conocieron, y se tomó el tiempo de besarlas ante los grititos de sorpresa de Héléna. Finalmente, la tomó, abrazando sus caderas con una mano y acariciando su espalda, siguiendo la línea de su columna vertebral con la otra. La sensación era divina y el discreto sonido de su pelvis contra ella era como una llamada al orgasmo.

Sintió que su sexo se hinchaba poco a poco dentro de ella y, antes de terminar, le hizo un gesto para que pusiera la cara contra la tela, lo que dejaría al descubierto su admirable nalguita, cuyo acceso le estaba vedado. En el último segundo, se retiró de Héléna y eyaculó entre sus nalgas mientras una honorable cantidad de semen blanquecino fluía sobre ella. Ella fingió enfurruñarse por lo que consideraba una práctica un tanto vergonzosa, pero por la expresión de su rostro estaba claro que el placer que había sentido estaba ahí a pesar de todo. Fue una de las noches más dulces y reparadoras que pasaron juntos, entrelazados el uno en brazos del otro, bajo la temperatura ideal de su edredón, mientras la lluvia seguía tocando su interminable concierto en las contraventanas.

Pero no fue interminable. Paró a la mañana siguiente y desapareció durante unos días, en los que el césped y las aceras del barrio se secaron y los cortacéspedes volvieron a trabajar. Y con estos buenos días, la invitación de Ignacio no se hizo esperar.

Él y su mujer llamaron al timbre de Trevor y empezaron a conocerse. La mujer de Ignacio era tan latina como él. Una mujer con unas curvas preciosas, pelo negro liso que le caía por la espalda y una expresión sensual en la cara de la que sólo las mujeres del Sur conocen el secreto. Se llamaba María y era bailarina de salsa.

De hecho, él también, pero a título personal, ya que trabajaba a tiempo completo en su negocio de impuestos sobre mercancías sudamericanas. Desde la reciente Copa del Mundo, la demanda de productos de estas regiones había crecido e Ignacio estaba decidido a capitalizar esta tendencia, sin ocultar que quería ganar el máximo dinero posible. A Héléna le encantaba este arribismo exagerado, que Trevor echaba un poco de menos. Pero ella parecía tener un poco más de problemas con esta pareja soleada y animada, que charlaba sin parar y brillaba tanto que casi te hacía sentir incómodo.

En cambio, cuando se encontraron en el jardín latino, Trevor estaba perfectamente a gusto. Charlaba con Ignacio delante de la barbacoa, dándole la vuelta él mismo a las salchichas y

a las porciones de ternera, mientras su vecino le daba inestimables consejos sobre cocina. En su país, cocinar carne era tan importante y sagrado como seducir a las mujeres.

Las cervezas fluyeron con facilidad entre los dos hombres y realmente parecieron estrechar lazos. Mientras la carne se cocinaba y se enfriaba ligeramente en un plato perforado cubierto de aluminio, se acomodaron en dos tumbonas junto a la piscina enterrada y observaron a sus esposas charlando en los sillones de un pequeño salón de ratán bajo un sauce llorón.

María iba magníficamente vestida con un ligero vestido de algodón cuyo estampado floral estallaba bajo los rayos del sol. Se había recogido el pelo en un moño descuidado que dejaba caer pesados mechones sobre sus hombros desnudos y sobre las sienes. Mientras charlaba con Héléna, lanzaba miradas furtivas a los dos hombres, y en particular a Trevor, que no tardó en darse cuenta y trató en vano de escapar.

Héléna pareció relajarse un poco de sus prejuicios iniciales. Respondía a su vecina con parsimonia, pero también con una divertida sinceridad. No es que las dos mujeres se estuvieran acostumbrando realmente al carácter de la otra, sino más bien que se lo estaban pasando bien. Hay que decir que todo las oponía... Una, de un Oriente frío y distante, que salía de una situación política más que dudosa y de un pasado que había cambiado para siempre la faz del mundo, y la otra, de un Sur extravagante y festivo que se empeñaba en vivir a pesar de las muchas inestabilidades del régimen político que reinaba en todo su continente.

Los hombres acabaron disponiendo los humeantes platos de carne sobre la mesa, donde ya esperaban una gran ensalada y patatas fritas, que resultaron un poco demasiado saladas. La comida iba por buen camino cuando Ignacio casi se atraganta y le hace una pregunta a María en español. Parecía especialmente asustado.

Ella le tranquilizó y se disculpó ante sus invitados: tendrían que dejarles unos instantes para mostrar a su marido que las velas de aceite de su habitación se habían apagado y que no corrían peligro de incendiarse.

Mientras estaban fuera, Héléna elogió la cocción de la carne y se burló de su marido por su reciente complicidad con una vecina tan diferente a ella. Él le respondió que era agradable charlar con alguien tan abierto y amistoso, lo que la ofendió un poco, aunque el mensaje no iba directamente dirigido a ella. Trevor se levantó de la mesa para ir al servicio, pero no tenía ni idea

de dónde podía estar la habitación... Abrió algunas puertas con cautela sin mucho éxito y tuvo que dirigirse al piso de arriba y subir una amplia escalera de cristal de lo más bonita. Sin duda, sus vecinos habían hecho obras antes de mudarse, ya que él no recordaba nada semejante. Toda la casa era magnífica y los muebles que ya había visto combinaban perfectamente con la decoración. Parecía la casa de un arquitecto chiflado que, a pesar de haber vivido treinta años antes, había sido un visionario en cuanto al diseño.

Algunas zonas de la casa estaban incluso decoradas con pintorescas esculturas de plástico duro en colores brillantes como el fabuloso fucsia o el melancólico vermeil.

Pero cuando abrió la puerta de su dormitorio sin prestar demasiada atención (y, sobre todo, sin saber lo que encontraría tras ella), lo que vio le cogió por sorpresa. Sobre la cama deshecha, sin haberse desnudado previamente, Ignacio y María hacían el amor apasionadamente. Ninguno de los dos pareció reparar en él, y sólo se permitió el tiempo que duró la sorpresa para presenciar la escena. Pero lo que vio fue un semental fuerte y moreno que se agitaba vigorosamente detrás de su compañera, tomándola como un capricho bajo su colorido vestido.

Cerró la puerta en silencio y se olvidó por completo de lo que hacía en la casa. Su cerebro no acababa de entender lo que acababa de ver... ¿Qué clase de anfitriones podían levantarse de la mesa por capricho y permitirse tales prácticas mientras los invitados esperaban tranquilamente en su jardín a que regresaran para continuar la comida?

Cuando Helena le preguntó por qué ponía esa cara tan larga, él respondió con perfecta despreocupación que los aseos no estaban realmente limpios. Sabía muy bien que Helena no iba a arriesgarse a ir a comprobarlo, y se limitó a contestar que sólo estaba medio sorprendida. Cuando la traviesa pareja bajó al jardín y se sentó de nuevo a la mesa, Trevor no pudo evitar preguntar si habían apagado las velas y María respondió que sí.

Las semanas siguientes fueron difíciles para nuestra pareja franco-rusa. La actitud de Trevor había cambiado. Refunfuñaba en voz baja la mayor parte del tiempo, vagaba por la casa sin rumbo cuando no trabajaba y siempre llegaba tarde al trabajo. Sus jefes le habían reprendido varias veces por su actitud desvergonzada en el trabajo, pero él no parecía escuchar ninguna de sus tonterías. Por primera vez tuvo un destello de rebeldía: no podían despedirle sólo porque era un bocazas. No tenían derecho a hacerlo. Como no tenía ninguna relación especial con ellos, aparte de la legendaria hipocresía de los dirigentes hacia sus equipos, había decidido arruinar su moral y la del equipo todo lo posible. Si él no estaba contento, nadie lo estaría. Era inmaduro, lo

sabía, pero así de simple.

Porque, en muchos sentidos, era infeliz. Frente al televisor del dormitorio, que iluminaba la estancia en penumbra más de lo que entretenía a su dueño, se puso a pensar y a hacer balance de su existencia. Se había dado cuenta de la lamentable vida que había llevado hasta entonces, de la insoportable concentración de pura mediocridad en que se encontraba el tiempo terrenal que le había sido asignado al nacer. También le había invadido un profundo vértigo al imaginar, quizá por primera vez, la idea de su propia muerte. Simplemente iba a desaparecer de la faz de la tierra. En 50 años, todos sus seres queridos le habrían olvidado, en 100 años, su tumba estaría alquilada a otro inquilino y entonces no quedaría nada. Se había dado cuenta de que ni siquiera las obras humanas, como las de los grandes hombres de este mundo, perduran. Sólo hacen que la salsa dure más, eso es todo. No podía continuar. Quería vivir.

Toda esta confusión interna había comenzado en cuanto conoció a Ignacio. Este hombre parecía ir por la vida con un garbo desprendido, con una fuerza tranquila que él envidiaba. Y tenía una mujer hermosa y sensual, cálida como las arenas de la estepa, una verdadera *muneco*, como la que había inspirado a Bizet para escribir su famosa ópera. Quería inspirarse en esta fuerza vital y aplicarla a sí mismo. Así que invitó a sus vecinos a su casa un fin de semana en el que Héléna se había ido a vivir con sus padres a unos cientos de kilómetros. Héléna estaba al corriente de la invitación y se sintió muy feliz de no tener que entablar conversaciones triviales con ellos, al tiempo que mantenía el vínculo social con los vecinos.

Llegaron sobre las ocho de la tarde. Trevor había preparado su salón para darle todo el encanto posible. Había comprado algunas plantas, hábilmente dispuestas para dar la impresión de que eran más grandes de lo esperado, y había encendido algunas lámparas, algunas que ya estaban allí y otras que había desempolvado del desván para volver a darles luz. El resultado fue un salón acogedor y suave, ideal para charlar con música. Lejos de querer imitar a sus invitados en este aspecto, había hecho gala de un atrevimiento poco habitual en él y había puesto de fondo una lista de reproducción de Jazz-Caffè, de las que se podían encontrar en Nueva York hace unos años, cuando los 80 aún estaban en pleno apogeo. El sonido le pareció cálido y perfectamente adaptado a la despreocupación de sus vecinos. En cuanto a la comida, no se había molestado en cocinar. Había encargado a una empresa de catering una cantidad demencial de tostadas, todo tipo de verrines y deliciosos petits fours a un precio terrible, y lo único que tenía que hacer era meterlos en el horno. Unas cuantas botellas de champán y vino darían a la velada el aire relajado

pero elegante que buscaba.

Ignacio y María, por su parte, parecían estar pasando una velada muy agradable. Encontraron a Trevor mucho más cómodo que la última vez y él les agradeció calurosamente el cumplido. Para él era un verdadero placer tener la casa para él solo, la ocasión era rara e Ignacio exclamó que efectivamente era cierto. María le pellizcó con una carcajada y le preguntó burlonamente si tenía algún plan con una mujer de la zona y él le susurró una palabra al oído bajo la cual ella soltó una risita de satisfacción.

A medida que avanzaba la velada, con la ayuda del alcohol, las lenguas se fueron soltando y Trevor tuvo el momento que todo el mundo teme cuando tiene un objetivo: el momento de la confidencia. Explicó en tono cínico y desenfadado lo blanda e insustancial que le parecía su vida. Ni buena ni mala, pero terriblemente insulsa. Habló largo y tendido sobre el tema, provocando una mirada interrogante de Ignacio y los suspiros desesperados de una María que, definitivamente, se estaba pasando a su pesar.

Cuando terminó su discurso, el latino se dejó caer en el respaldo del sofá y le miró con una profundidad que le asustó. Del bolsillo de su camisa sacó un pequeño estuche metálico que contenía puros, probablemente de su bodega personal.

"Empezaremos por ahí. anunció con su marcado acento latino.

Trevor no había fumado ni una pobre calada de un cigarrillo en su vida, pero no se atrevió a decir nada delante de su vecino que pudiera ponerle en una situación vergonzosa. El cigarro era largo y firme, con un olor bastante desagradable, tuvo que admitir. Sin embargo, cuando lo encendió, descubrió un mundo de sabores desconocidos. Una nota de café, un toque de vainilla y un humo delicado que se elevaba hacia las luces del techo, enroscándose sobre sí mismo.

Pero mientras saboreaba lentamente su primer puro, sintió que María se le había acercado peligrosamente. Podía sentir la piel de su brazo desnudo contra el suyo, y eso le excitó más de lo debido. Pero fue aún peor cuando ella le puso la mano en el muslo y le susurró que la vida no siempre era aburrida, sobre todo si sabías mirarla con ojos de colores. Trevor miró a Ignacio, que asintió y sonrió. ¿Realmente significaba lo que decía?

Miró a su vecino con una mezcla de ansiedad y placer. Se preguntaba si realmente podía

permitirse ese tipo de comportamiento, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba tantos años casado. Era cierto que el placer sexual con Héléna no había sido tan grande en los últimos meses. Su último revolcón había sido satisfactorio, pero en aquel preciso momento no podía recordar cuándo había tenido lugar su último éxtasis real. Pero, ¿era eso una excusa para dejarse acariciar así? ¿Y por qué se le había puesto dura tan rápidamente? La sangre palpitaba en su interior, tensando tanto los pantalones que, sinceramente, pensó que iban a estallar.

María lo intuyó y decidió liberar rápidamente aquel miembro turgente, era una cuestión de urgencia según ella y sus burlas. Trevor estaba tan sorprendido como ella por el tamaño de la cosa, no creía que pudiera ponérsele tan dura, sin duda un efecto de su querida vecina que había dejado caer despreocupadamente los tirantes de su top sobre los hombros revelando aún más dos magníficos pechos, dorados como bollos al salir del calor del horno. Agarró lo que tenía delante y recorrió con el muslo la pierna de su nueva compañera.

Ella lo observó atentamente mientras empezaba a deslizar la mano arriba y abajo con un movimiento perfectamente regular. Trevor estaba disfrutando totalmente del momento, pero fue aún más intenso cuando, mientras ella lo miraba fijamente, depositó un poco de saliva en su glande para facilitar aún más sus movimientos. Pronto ella había puesto su boca sobre el sexo en cuestión y se divertía chupándolo, riendo un poco. Mientras jugaba, lo introducía un poco más con cada movimiento hasta tenerlo completamente en su boca. Aumentando la frecuencia de sus movimientos y el tamaño de su gesto, proporcionó a Trevor tal placer que éste se permitió sujetarle el pelo con firmeza, tirando de su cuero cabelludo.

De repente, mientras cerraba los ojos, sintió que María empujaba hacia delante y la oyó gemir más intensamente. Cuando los abrió, se dio cuenta de que, sin darse cuenta, Ignacio se había unido a la fiesta y había penetrado a su compañera, a la que daba placer moviendo su pelvis con regularidad, haciendo que los cuerpos de ambos chocaran. ¡Dos pollas al mismo tiempo era algo inaudito! Ella gemía sobre su propia polla, con la boca llena, produciendo sonidos ahogados. Ella golpeaba con fuerza su polla, y una gran cantidad de saliva la había cubierto, pero a él no podía importarle menos. Si hubiera sabido que esta noche se le iba a ir tanto de las manos...

Y, sin embargo, la cosa se intensificó. Ya nadie hablaba porque el acto había adquirido seriedad. Intentábamos darnos el mayor placer posible sin dejar de ser lo más... ¡profesionales posible! María dejó a Trevor sentado en el sofá y decidió sentarse a horcajadas sobre él. Se

desnudó por completo y sólo se dejó puestas las zapatillas blancas, lo que, por alguna extraña razón, le excitó aún más. Suspirando violentamente, agarró su sexo y se empaló en él, echando la cabeza hacia atrás.

Ella dirigía el baile, y era un vals muy animado, por no decir otra cosa. Le clavaba las uñas en la piel del cuello y a veces se le echaba encima para besarle. Una auténtica tigresa. Ignacio contemplaba la escena, masturbándose. Parecía un crítico de arte juzgando una obra en curso, y estaba claro que la aprobaba.

La aprobaba tanto que quiso participar. Humedeciendo el ano de su mujer, detuvo un momento su salvaje cabalgada para introducirse en aquella zona secreta. Tardó un poco, pero cuando por fin estuvo dentro de ella, ella soltó un gruñido a medio camino entre el alivio por haber dejado por fin de esperar y la satisfacción por ser acuchillada con dos pollas, una en cada uno de sus orificios. Los dos hombres se esforzaron mucho por coordinar sus movimientos y pronto alcanzaron su objetivo.

La escena final estaba a punto de tener lugar y María se lo indicó a Ignacio apretándole dos veces los muslos con los dedos. Sus orificios ardían y todo su cuerpo estaba cubierto de una fina capa de sudor que olía a vainilla. Él se apartó de ella y ella se apartó de Trevor, tirando de él por las muñecas mientras se arrodillaba.

Los dos machos estaban de pie frente a ella, sentados sobre sus talones, esperando lo que estaba por venir. Como era de esperar, fue Trevor quien cedió primero. Descargó una gran cantidad de semen sobre el rostro bronceado de María, que llegó hasta su frente. Ignacio remató la faena agarrando a su amada por el pelo y eyaculando en su boca abierta de par en par.

Cuando los tres se recuperaron, se dirigieron a la ducha de Trevor y Héléna. Bajo el agua hirviente de la alcachofa de la ducha, intercambiaron miradas intensas, llenas de agradecimiento y ternura. El jabón lavó a fondo los cuerpos, borrando cualquier rastro ingrato que aún quedara en ellos, y las impurezas siguieron el gran reguero de agua humeante por el desagüe a sus pies. Cuando la gran puerta de cristal de la ducha se cerró y al cabo de unos minutos estaban de nuevo en el salón, fue como si aquel capricho calculado, aquel delicioso hacer el amor, tuviera que permanecer en secreto y pertenecerles sólo a ellos.

Helena regresó unos días después. Trevor había tenido tiempo de limpiar toda la casa,

incluida una fea mancha en el sofá, último rastro de una noche agitada. Se alegró de encontrarla a ella y a su deliciosa aura de seguridad. La necesitaba profundamente, pero también necesitaba aire fresco, por eso había cedido tan fácilmente a María.

Empezó a preguntarse si no sería buena idea hablar con su mujer de sus deseos y anhelos. Al fin y al cabo, aunque fuera un poco malhumorada, sabía escuchar y a menudo le había dado la razón. Pero la flagrante falta de comunicación que los aquejaba desde hacía años no ayudaba y, aunque a veces él hablaba de sus problemas y deseos con ella, ella nunca lo hacía. ¿Era reserva? ¿Su timidez? ¿Quizá era simplemente que estaba hueca? Trevor no podía decirlo... ¡Y eso era el colmo para un marido!

Por el momento, quería tomarse un tiempo libre y decidió que ya era hora de hacerlo por fin. Como empleado modelo, nunca se había tomado más de lo debido, y la empresa le debía un buen descanso. Así que les llamó y les dio los siete días libres siguientes, de acuerdo con el Código Laboral, dejándoles a su aire con sus problemas de pedidos y clientes cretinos. Ambos iban a aprovechar los próximos días para relajarse junto al mar, a un vuelo de avión de aquí, y él iba a invitar a Ignacio y a María.

¿Quién sabe lo que puede pasar ahí fuera? Todo o nada, en realidad. Como mínimo, se habrá ganado una agradable semana de permiso con su mujer y dos amigos en un lugar agradable y cálido donde sería bueno comer marisco y beber leche dulce de grandes cocos aún verdes.

El lugar era soberbio. Una larga playa de arena blanca tan fina que no podías sentirla pasar entre los dedos se extendía de un extremo a otro del paisaje y estaba cubierta de conchas tan sorprendentes como hermosas. El *complejo* donde habían alquilado era sencillo pero bonito. El piso constaba de un dormitorio ocupado por Héléna y su marido, y un amplio salón con un sofá cama donde se sentaban sus vecinos. Entre ambos, una simple cortina formada por tiras de tela superpuestas, en sí misma más rompedora de miradas que otra cosa.

Tenían un gran balcón en el que disfrutaban de aperitivos mientras discutían lo que iban a hacer al día siguiente. Ya habían aprovechado el salón de bienestar incluido en el precio, y mientras los caballeros disfrutaban del lujo de una sofocante sauna escandinava, las damas no se quedaban atrás y recibían un masaje al estilo tailandés sin los tonos oscuros de los sórdidos salones de mala muerte de Bangkok. El *complejo* también contaba con una gigantesca piscina que parecía más un miniparque acuático que el chapoteadero municipal de una ciudad de provincias.

Era un verdadero placer para Trevor estar nadando en un agua tan suave y azul en

compañía de su buen amigo Ignacio y de las dos magníficas criaturas con las que había hecho el amor con ambos. Estos pensamientos le llenaban de un sentimiento perfectamente masculino de omnipotencia que deben sentir los gorilas de su grupo social. Sabía perfectamente que era un reflejo primitivo y ¡le encantaba!

La víspera del último día, salieron todos juntos de excursión por las grandes colinas que se veían desde el mar y tras las cuales salía el sol. Salieron temprano y volvieron tarde. Entre medias, disfrutaron de unas condiciones ideales. El tiempo era perfecto y el calor de la semana se había calmado gracias a un repentino y violento aguacero caído la noche anterior. El paisaje era impresionante y consiguieron almorzar al pie de una gran cascada que se precipitaba con gran estrépito. En la cima de la colina más alta, rugieron de alegría y se abrazaron.

Pero en el camino de vuelta se sintieron cansados. Habían caminado varias horas y, aunque el calor no era agobiante, habían hecho un esfuerzo y estaban pegajosos con la ropa de deporte. No veían la hora de llegar a casa, ducharse e ir a un pequeño restaurante de la costa por el que habían pasado varias veces pero en el que nunca se habían parado. Les habían hablado muy bien de él, e incluso habían oído que podías elegir tu propio cangrejo y que el cocinero te lo preparaba y cocinaba delante de ti. La promesa de vino blanco y cangrejo animó a la alegre banda, que se apresuró a regresar al *complejo.*

Trevor salió de la ducha sin hacer ruido y se dirigió al dormitorio. María no había llegado a casa porque quería refrescarse de su viaje a la piscina, pero Ignacio probablemente estaba tumbado en el sofá. Mientras Héléna dormía, él se deslizó sigilosamente hasta el dormitorio y descubrió a su mujer detrás de la cortina que daba al salón. Detrás de la cortina, vio que Ignacio estaba efectivamente en el sofá, pero que en lugar de relajarse y ver la televisión como todo el mundo, se estaba acariciando las partes íntimas delante de una película porno, con la bata abierta a ambos lados del cuerpo.

Pero lo más asombroso era que, no contenta con enjuagarse los ojos, Héléna tenía la mano en contacto directo con su sexo detrás de la tela de las bragas, vestida con una simple camiseta de turista que le quedaba un poco grande, y se acariciaba vigorosamente, haciendo todo lo posible por no hacer ruido.

Ante este espectáculo, que sabía que no le llevaría a ninguna parte si no actuaba, Trevor se acercó sigilosamente por detrás y corrió la cortina delante de su mujer, que se vio sorprendida

en flagrante delito delante de Ignacio, desnudo en el sofá, y de su marido, que salía de la ducha detrás de ella. Finalmente, estas vacaciones podrían haber tenido un desenlace interesante...

ión fotográfica traviesa

Ĥ No, señor... En primer lugar, como se indica en el sitio web, no aceptamos envíos por correo electrónico... No, ni siquiera para este tipo de material... Señor, fue usted quien nos envió una foto en primer plano de su pene, especificando en el mensaje que quería crear una exposición basada en imágenes de su sexo. Por lo tanto, le sugiero que piense unos minutos antes de llamar pervertidos a las personas a las que decidió enviar su fotografía, y que ELLOS no le pidieron nada... Pues señor, ya que me hace la pregunta, SÍ creo que tiene un problema. Para ser más preciso, creo que es usted un exhibicionista en potencia, unido a un narcisista de primera. Y para serle totalmente sincero, señor, no basta con pasar una foto en blanco y negro de una polla para hacer arte. El arte requiere una intención, una idea, una inspiración. Usted no es más que un troll que se escucha hablar demasiado a sí mismo y cuyo mundo gira literalmente en torno a su órgano, sólo para arremeter contra él cuando alguien le dice que no es extraordinario. Si vuelves a marcar ese número, te demandaré, asqueroso bastardo.

Julia suspira mientras coloca el auricular en su soporte. Siente que le empieza a doler la cabeza. Por suerte era viernes y en unas horas podría relajarse con una copa de vino y una serie tonta o una película.

Echó un rápido vistazo por encima del parapeto para asegurarse de que los visitantes de la galería de arte del piso inferior no se habían percatado de su pequeño vuelo de lirismo.

Pero, al parecer, los grabados de la retrospectiva de Nouah Marx eran tan abrumadores que los espectadores no prestaron la menor atención a lo que ocurría por encima de sus cabezas.

Con un mohín ligeramente molesto, Julia detalló las calaveras y los hombros que tenía ante sí. Pelo blanco, visón, calvicie y chaquetas ajustadas. Nada que le entusiasmara. A pesar de que, con apenas treinta años, ocupaba un puesto clave en una prestigiosa galería, estaba invitada a todas las galas de arte y era reconocida como una eminencia en fotografía artística -y más concretamente en fotografía boudoir-, se sentía insatisfecha.

A medida que pasaban los meses, un sentimiento de descontento teñía las profundidades de sus pensamientos con una negrura cada vez más profunda. Lo tenía todo, pero le faltaba algo. Algo que no podía, o no quería, nombrar.

El sonido de una charla le hizo volver la cabeza. Medio piso más abajo, Amy, su nueva secretaria, hablaba por teléfono, probablemente con Pierre en recepción. Las dos lenguaraces aún no se habían dado cuenta de que Julia podía oírlas perfectamente. O lo sabían perfectamente y les divertía: ella no había sido capaz de decidirse en los dos años que llevaban trabajando juntas. En este caso, hablaban de un visitante.

- No, no ha llegado -dijo Amy-. Pero tengo curiosidad, si está tan bueno como dices. Quizá pueda conseguir su número. ¿O quién sabe? Quizá derrita el helado de Su Majestad.

Julia ahogó una sonrisa. Le gustaba el apodo que Amy había acuñado para ella durante un vernissage especialmente borracho. Ésta le había explicado, entre dos botellas de champán, que no quería decir que Julia fuera estirada -le habría costado mucho decirlo con el enorme desnudo artístico de la joven agente colgado sobre su escritorio-, sino que trataba de decir que su superior tenía un control absoluto sobre sus emociones y deseos.

Algo que la secretaria, que coleccionaba aventuras de una noche y los hombres de su vida, envidiaba enormemente. Ella también deseaba poder poner un timbre a sus sentimientos y hormonas cuando la situación lo requería.

Por desgracia, siempre era la primera en olvidar sus buenos propósitos y lanzarse al cuello del Romeo del momento, que le prometía una boda blanca, unas románticas vacaciones en las Maldivas y una casa en las afueras con dos niños y un perro.

Sin embargo, Amy tenía fama de ser muy exigente con la apariencia, casi tanto como Pierre, que consideraba que sus conquistas, ya fueran hombres o mujeres, debían ser excepcionales. Así que si el visitante que llegaba era tan atractivo como parecía, Julia estaba dispuesta a conocerlo. Al menos para juzgar por sí misma.

- ¿Hay alguien ahí para mí, Amy? Bajaré a darle la bienvenida.
- Le gustaría presentar obras, a priori.

Ah. No iba a ser tan agradable como esperaba. Las fotografías que le ofrecían espontáneamente rara vez eran de muy buena calidad, como las que había recibido en su dirección de correo electrónico unos minutos antes de que el demasiado orgulloso del culo de su polla la llamara.

Pero era demasiado tarde para fingir que tenía que hacer una llamada urgente; los escalones de madera sonaban, describiendo a una persona con paso decidido.

Cuando salió al rellano, Julia apenas se contuvo, a diferencia de Amy, cuyos ojos casi se salían de las órbitas. El recién llegado no era sexy. Eso habría sido lo mismo que llamar a un diamante piedra brillante. No, el hombre era particularmente atractivo. Delgadamente musculoso, alto, con una leve sonrisa jugueteando en el hueco de su barba delicadamente recortada. Julia no podía decidir si la atracción que sentía estaba ligada al ventajoso físico de su visitante o a su aura, que era a la vez relajada, abierta y cargada de magnetismo animal.

Saludó a Amy con la mano, se volvió hacia Julia y le tendió una mano de dedos largos y elegantes. Una mano de pianista, cálida y flexible bajo su presión. Ella levantó la vista y quedó atrapada en sus luminosos iris marrones, donde brillaba un destello burlón.

- Madame", dijo con voz musical.
- Julia. Julia Bermont.
- Simon Larrère. Encantado de conocerle.

Y extrañamente, Julia esperaba que no fuera sólo un saludo cortés y que realmente lo fuera.

- Lo mismo digo. Entiendo que tienes obras que someterme.
- Ah. Sí. Verá, soy fotógrafo y me gustaría mostrarle algo de mi trabajo. He traído un portafolio...

Con su mano palpitante, señaló una cartera que llevaba bajo el brazo izquierdo.

- Maravilloso, pasemos a mi oficina.

Julia casi añade: "Si son autorretratos, me los llevo enseguida. El cuerpo del hombre, su rostro, su mirada, todo se combinaba para formar una obra de arte humana. Un poco más y el apodo de la joven se habría esfumado.

- Julia, Pierre acaba de cerrar las puertas de abajo y voy a bajar a ayudarle. ¿Quizás prefiera que le concierte una cita?

Por segunda vez en pocos segundos, Julia se encontró desprevenida, antes de recordar que, excepcionalmente, la galería cerraba temprano al público esta tarde, para poder tomar medidas para la próxima exposición. Forzó una sonrisa en los labios para no mostrar su confusión y añadió:

- No se preocupe. Ocúpese de sacar a nuestros clientes y disfrute de su fin de semana. Acompañaré al Sr. Larrère a la puerta cuando hayamos terminado, entonces.

Amy miró con envidia los cuartos traseros del visitante, luego cogió su bolso y se dirigió a las escaleras. Julia le hizo un gesto a Simon para que la siguiera a su despacho y le indicó un sofá de cuero blanco para que se sentara.

- Estaremos más cómodos que a ambos lados de un escritorio", añadió.

Y más cerca, también, pero esa no era la cuestión.

Simon obedeció y colocó la cartera sobre su regazo. Julia, que había cogido dos vasos y una botella de whisky del bar que había detrás de la estantería, se sentó a su lado. Cuando alargó la mano para abrir el libro, ella se fijó en el anillo de casado que llevaba en el índice izquierdo. Delgado. Casado. Al mismo tiempo, debería haberlo sabido.

"Bah", se burló su conciencia desde las profundidades de su cerebro. No es que eso te detenga. Además, con un poco de suerte, no es fiel". Julia y su voz interior se llevaban bien, sobre todo en temas como éste.

Con un gesto delicado, Julia agarró una esquina de la colección de fotos y la acercó a sus rodillas. Ella y Simon estaban ahora cabeza con cabeza. A Simon no pareció importarle y levantó la manta, colocándola suavemente sobre el muslo de Julia.

Por tercera vez en pocos minutos, tuvo que contener sus emociones. La foto que tenía delante no se parecía a nada que hubiera criticado antes. Sin embargo, era un desnudo. Lo sabía todo sobre desnudos. Pero aquí, entre los colores, entre el gris perla y el rosa viejo, la belleza de la modelo y su expresión increíblemente profunda, no sabía dónde meterse. El artista había conseguido captar el momento preciso de un orgasmo, ese instante evanescente en el que la mujer se dejaba sumergir por la sensación de placer, para no ser más que éxtasis.

- Es preciosa", murmuró Julia.
- Le haré llegar el cumplido, estará encantada.
- Estás cerca.

Julia se mordió el interior del labio. Caray, se lo había perdido.

- Se podría decir que sí, porque dentro de unos meses celebraremos seis años de matrimonio.
- Oh.

Caray. ¿Qué decían los ingleses? Ah, sí, la curiosidad había matado al gato. Julia podría haber prescindido de esta aclaración.

- Bueno -dijo en un tono que quería ser juguetón-, tu complicidad trasciende el papel, es magnífica.
- Gracias, le transmitiré sus cumplidos. Es una gran admiradora de tu trabajo, ¿no lo sabes?
- No, pero espero tener la oportunidad de conocerla en persona. En una inauguración, tal vez.
- ¿Es una propuesta?

El aliento de Simon le rozaba el cuello. Sus manos rozaron la piel de Julia mientras cerraba su cartera. Ella lo miró, desconcertada, antes de darse cuenta de lo que acababa de decir.

- Bueno...", continuó. Tendría que ver el resto, pero ya estoy muy satisfecha con lo que veo. Y si le interesa, seguro que podría ofrecerle una exposición para este tipo de trabajos.
- Hablando de eso...

Sonó un tono de llamada. Simon sacó el portátil del bolsillo de la chaqueta, frunció ligeramente el ceño al ver el mensaje en la pantalla y se levantó, dejando la cartera en el regazo de Julia.

- Lo siento, señora -dijo, con un tono de voz que sugería que realmente lo sentía-, pero ha surgido algo que me ha robado el tiempo que pasaba con usted. ¿Puedo confiarle mis documentos? Puede decirme lo que piensa.

Julia se levantó a su vez. Sus manos se dirigieron mecánicamente a alisar su falda de cartera. En el instante que tardó en enderezarse del todo, Simon sacó una tarjeta de visita y se la entregó.

- Por favor, me gustaría mucho conocer su opinión sobre mi trabajo.
- Por supuesto -respondió Julia, recogiendo el objeto-. Le echaré un vistazo este fin de semana y te llamaré a finales de semana para contarte lo que pasa. ¿O podemos concertar otra cita?
- Estaría encantado.

Le sonrió y el mundo podría haber desaparecido y a ella no le habría importado.

- Te llevaré a la puerta, sígueme", dijo una vez que se le pasó la confusión.

Salieron de su despacho, pasaron por delante del de Amy y subieron las escaleras. Simon saltaba de un pie a otro. Julia podía ver que tenía prisa, pero también que estaba ansioso. Era como si algo le preocupara, como si quisiera decir algo pero no supiera cómo expresarlo. Finalmente, justo cuando Julia giraba el pomo de la puerta, dijo

- dos cosas, por favor, ¿antes de que hable?

- ¿Sí?
- Sobre las imágenes que te he dejado. Debo advertirles. Son bastante... explícitas por naturaleza. Entiendo que estás acostumbrado a este tipo de representación, pero pensé que debía advertirte.
- Es muy amable de su parte, gracias.
- Y también...
- ¿Sí?
- ... No, nada. Veremos más tarde, cuando me hayas dado tus sentimientos.
- Como quieras, pero si cambias de opinión... llámame.

Julia hizo aparecer una tarjeta de visita en la punta de sus dedos y la introdujo en el bolsillo de la chaqueta de Simon. Estaba muy orgullosa de este truco, que siempre surtía efecto.

- No fallaré", le dijo, antes de cogerle la mano y depositar un beso en ella.

Acto seguido, giró sobre sus talones y, antes de que Julia pudiera decir nada, había desaparecido al doblar la esquina. Con las mejillas encendidas, volvió a cerrar la puerta y regresó a su despacho.

No le faltaba trabajo. Tenía facturas que enviar, cartas de rechazo que mecanografiar, aceptaciones que redactar y una pila de licitaciones que revisar. Una verdadera pila que amenazaba con derrumbarse y tragarse su mesa si no se ponía manos a la obra rápidamente. Sin embargo, se apartó de la pila y cogió la cartera, que seguía en el sofá. El recuerdo de aquella lánguida mujer al borde del éxtasis se negaba a desaparecer de su mente.

Así que Julia volvió a coger el libro y se sentó a hojearlo. La página interior contenía una rápida presentación de Simon y su esposa, Anya. Para sorpresa de la joven crítica, a continuación aparecían otros modelos. Un variopinto grupo de nombres masculinos y femeninos tan opaco para ella como un tablón de madera. Sin embargo, había despertado su curiosidad y pasó a la primera página.

- ¿Te lo puedes creer?", le dijo más tarde a Édouard, "su polvo de una vez cada tres jueves, como ella lo llamaba. No sólo fotografiaba a su mujer corriéndose. Se aseguraba de que

se corriera fotografiándola durante el acto. ¡Con otras personas! ¡Hombres y mujeres! Y a veces todos al mismo tiempo.

- Estás describiendo una orgía", rió Édouard, estirándose en la cama en toda su gloriosa desnudez.
- Exactamente. Imagina una orgía fotogénica, donde cada movimiento, cada cuerpo se sublima para llevar a su observador al orgasmo.
- Por eso me llamaste fuera de nuestro horario habitual", bromeó, pasándole una mano por la espalda.

Julia se estremeció y se volvió hacia él.

- Sí, me excitaron. No son fotos pornográficas, pero me excitaron más de lo que puedo decir, y ahí es donde entras tú.
- Oh, no, no es cierto. Para ti sólo soy una muñeca sexual andante -simuló, atrayéndola hacia él y cubriéndole la garganta de besos-. ¿Cómo voy a superar esto?

Sus manos recorrieron la piel de Julia, deteniéndose un poco en sus costillas para hacerle cosquillas, lo que provocó un gruñido de divertida frustración, antes de pasar a su objetivo principal: sus pechos. Julia suspiró aliviada y se dejó llevar contra el cálido cuerpo de su amante.

- No pareces muy apenada por mí", respiró.
- ¡Eso crees! Me estoy marchitando, me estoy desvaneciendo", protestó él, colocándola de modo que pudiera sentir que, mientras su alma se encogía, su cuerpo respondía a su presencia.

Movió las nalgas para encajarse aún más contra su pene erecto y soltó una risita.

- Al menos alguien que me entienda.
- Deberías saber, querida, que es de muy mal gusto separar a un hombre de su sexo, sobre todo cuando éste está tan dispuesto hacia ti.
- Oh, perdona -respondió Julia con una carcajada gutural mientras se llevaba una mano a la espalda para agarrar el objeto y acariciarlo con indudable maestría-. No tenía ni idea de

que tu pene fuera tan susceptible.

Él rió a su vez y se inclinó ligeramente hacia atrás, llevándosela consigo. Una mano traviesa abandonó sus pezones erectos -haciéndola gruñir de protesta- y bajó hasta sus labios expuestos.

- Imagínatelo", suspiró mientras la mitad de sus dedos recorrían su montaña de placer, mientras la otra seguía acariciando sus pechos turgentes. Yo estaría allí, así, dándote placer, y alguna mujer sexy vendría y te acariciaría los pechos, mientras yo te cuidaba de otra manera...".

Julia estaba muy contenta con la propuesta, y él lo notó. Una sensación de calor se extendió por su entrepierna.

- Ya veo que la idea te atrae.
- ¿Qué te hace pensar que será una mujer?", preguntó un poco demasiado rápido.

Realmente no quería que él supiera que en el momento en que dijo esas palabras, vio a Anya inclinarse sobre ella y hacerle cosquillas en los pezones con su lengua color perla.

- Oh, yo no digo que no a un hombre, al contrario -replicó él, poniéndola de rodillas-.

Una sacudida de placer la recorrió con el simple contacto de la sábana sobre su piel. No debería haber hablado, o debería haberlo hecho de inmediato. Cuando Édouard se colocó detrás de ella, sólo pudo ver a Simon, con su sexo erecto frotándose contra ella, mientras Anya se deslizaba entre sus muslos para sentir el sabor de su deseo. Fue esta imagen la que le había hecho plantearse más que seriamente la preparación de una exposición, a pesar de las restricciones de la casa sobre la fotografía explícita. A través de la pantalla de su memoria, las manos de los participantes se volvían hacia ella, atrayéndola, conduciéndola al abismo.

No era la mano de él la que se deslizaba por su clítoris para responder a la imperiosa necesidad que la recorría en ese momento, sino la de Simon, la de Anya, la de sus amantes, tan vibrantes de deseo.

El orgasmo se apoderó de ella de repente, violento, casi devastador. Sintió que las piernas se le hundían mientras el placer le recorría el cuerpo desde el vientre. Detrás de ella, Édouard acelera el ritmo. Cada uno de sus golpes de cadera añadía un grado más de insoportabilidad al delicioso tormento que ella sufría. Se corrió con un gruñido de satisfacción, pero, sintiendo la excitación de su compañera, no se detuvo ahí.

Se dejó caer frente al bajo vientre de Julia, la giró y, mientras ella yacía paralizada por oleadas de placer, cerró los labios sobre su órgano sanguinolento y luego, mientras su lengua jugaba con su carne, empezó a succionar el aire de alrededor de un clítoris que ya le escocía. Julia había oído hablar de mujeres que tenían varios orgasmos seguidos, pero nunca había experimentado algo así.

Su grito fue a la par de su asombro y placer. Finalmente, cuando él se dignó a amainar, ella se encontró sin aliento, recostada contra Edward, con los ojos dirigidos hacia el techo, incapaz de concentrarse en él.

Ĥ Bueno, espero que montes esta exposición, sólo para poder hacerte el amor así todas las noches que dure", concluye Édouard, antes de romper la magia del momento levantándose a buscarse un vaso de agua.

Esa noche volvieron a hacer el amor, pero nada tan espectacular asaltó los sentidos de Julia.

El lunes por la mañana, Julia fue la primera en abrir las puertas de la galería. Antes de que llegaran Pierre y Amy, se ocupó de la pila de trabajos que debería haber terminado el viernes. Las actividades del día se sucedieron rápidamente. Julia hizo varias llamadas importantes, recibió a mecenas, sonrió mucho más de lo que creía que valía la persona, hizo algunos trucos con los egos de la gente y, por último, consiguió encontrar algo de tiempo para sí misma al final de la tarde. Con la cartera de Simon Larrère abierta sobre su escritorio, se concedió un momento de reflexión extra.

La verdad es que las imágenes no se le habían ido de la cabeza desde el viernes y ya estaba decidida, pero quería al menos respetar el decoro de su trabajo. Exponer esas fotos sería arriesgado, sí. Escandaloso, también. Por otra parte, el arte y el escándalo habían ido de la mano durante siglos, y nadie podía negar la innegable calidad de esas instantáneas.

La cara de Amy apareció en su campo de visión justo cuando estaba a punto de coger el teléfono para llamar a Simon.

- Julia, hay una señora que quiere verte.

Julia asintió e inmediatamente Amy se hizo a un lado para permitir la entrada de una mujer sorprendentemente hermosa. Julia la reconoció de inmediato. Estaba aún más resplandeciente que en las fotografías, vestida con una gabardina que dejaba volar la imaginación en cuanto a lo que había debajo.

- Hola -dijo ella, acercándose y tendiendo la mano-. Soy Anya Larrère, conociste a mi marido el viernes.

Hablaba con un ligero acento que parecía realzar la perfección de su tez y lo impecable de su cabello. Julia se mordió los labios por reflejo. Esta pareja sería su perdición, estaba segura. O, para ser menos dramáticos, al menos la pérdida de su tan querido apodo.

- Sí, te he reconocido -dijo, ruborizándose a pesar suyo-.
- Supongo que has tenido tiempo de ver mis fotos -respondió Anya con una pequeña sonrisa.
- Sí... Seré sincera -respondió Julia, clavando los ojos en los de su interlocutor para evitar que siguieran detallando su plástico-. Los he examinado con mucho cuidado. No creo que sea fácil, pero estoy considerando la posibilidad de organizar una exposición con usted y su marido.

Anya sonrió. No fue sólo una sonrisa. Toda su cara se iluminó desde dentro, como si Julia hubiera encendido un fuego en su pecho.

- ¡Oh, estoy tan feliz! Simon estaba convencido de que esto nunca ocurriría, pero le dije que si alguien tendría el valor de hacernos fotos, serías tú.

Le guiñó un ojo a Julia por su juego de palabras, lo que hizo que se sonrojara aún más. Se sintió como una adolescente que conoce a su amor por primera vez.

- ¿Y así llegaste a la noticia?", dijo, tratando de distraer la atención de su confusión.
- Oh, no, no -dijo Anya, ruborizándose ligeramente a su vez-. Verá, como le decía, soy una gran admiradora de su trabajo, tanto como modelo como directora de galería, y me preguntaba si aceptaría cenar con mi marido y conmigo esta noche.

Julia parpadeó. Le habría gustado poner una cara neutra, mostrar que estaba pensando en la pregunta desde un punto de vista profesional, pero el residuo de espontaneidad que había en ella se impuso.

- Sí, claro, ¡sí!", exclamó tan alto que oyó chirriar el asiento de Amy, que se acercó discretamente para asegurarse de que todo iba bien.
- Precioso -respondió Anya, sonriendo aún más. ¿Qué tal a las ocho? ¿En nuestra casa?
- Sería un gran placer -dijo Julia, logrando por fin recuperar algo de calma en su voz-. Será un placer.
- Muy bien. ¡Nos vemos esta noche!

Tras otra sonrisa que hizo brillar sus ojos, Anya se dio la vuelta y salió de un salto del despacho. Julia volvió a sentarse y respiró hondo, ignorando deliberadamente la mirada interrogante que Amy le dirigía desde el último peldaño de la escalera.

Tardó al menos cinco minutos en recuperar la compostura y, aun así, se pasó la tarde mirando el reloj y parándose delante de cada espejo que encontraba para comprobar que su atuendo era aceptable para una velada con un artista y su modelo.

Era muy consciente de que se estaba engañando a sí misma, pero se negaba a enfrentarse a la idea de que ardía en deseos de hacerles más preguntas sobre sus encuentros sexuales con varias parejas.

A las 8 en punto, estaba en el porche de la casa Larrère -una antigua casa de pueblo exquisitamente restaurada- con una botella de vino en la mano. No podía venir con las manos vacías. Anya abrió la puerta antes de que sonara el timbre.

- ¡Julia! ¡Qué placer! ¿Puedo llamarte Julia?
- Sí, por supuesto", respondió. Concentrándose en no sonrojarse.
- Bienvenida, déjame coger tu abrigo -dijo Simon, que se materializó frente a ella en el pasillo de entrada.

Tras las cortesías habituales, Julia fue conducida a un comedor de elegantes paredes gris claro, realzadas por una alfombra morada en el centro. En la mesa había un servicio para tres personas.

- Anya me ha dado la buena noticia, así que gracias por tu interés -dijo Simon, tendiéndole una copa de champán.
- ¿Quizás deberíamos hacer un brindis? ¿Sugirió Anya? Por nuestra próxima colaboración.
- Excelente idea", sonrió Anya.

Con la ayuda del alcohol y las encantadoras personalidades de sus anfitriones, dos horas más tarde los tres estaban sentados en un salón decorado con el mismo gusto que el comedor, sentados uno junto al otro en una otomana, disfrutando de fresas bañadas en chocolate con un vino blanco seco, mientras admiraban varias instantáneas tomadas por Simon, todas ellas mostrando a Anya en acción con uno o más compañeros. Julia se hizo la promesa mental de llamar a Edouard en cuanto saliera, pues la presencia de dos personas tan atractivas frente a ella le provocaba impulsos difíciles de controlar.

La tensión aumentó aún más cuando Simon sacó una cámara y le ofreció a Julia una demostración. Antes de que pudiera considerar las implicaciones, Anya se había subido la falda para dejar al descubierto los vellos oscuros de su sexo y se había quitado un botón más de la blusa, transformándose al instante en un concentrado de pura atracción animal.

A Julia se le cortó la respiración al ver cómo Simon acariciaba a su mujer con la punta de la lente y cómo sus dedos recorrían su hermoso cuerpo para llevarla al borde del placer y más allá.

Se estaba preguntando si debía excusarse para ir a hacer sus necesidades a solas en los aseos, cuando Anya se levantó, enrojecida por su orgasmo, y deslizó la mano por su muslo, justo en el límite entre su piel y su falda.

Ĥ Julia, sé que ya te estamos pidiendo mucho, pero ¿considerarías posar para mi marido?

Sus cálidos dedos rozaron suavemente su piel bajo la tela de la falda. Julia se mordió el labio por reflejo. Tragó el resto de su bebida para mantener la compostura y, cuando volvió a abrir los ojos, se encontró atrapada por la mirada magnética de Anya.

Ĥ Estaré encantada", se oyó murmurar.

Sintió que Simon se levantaba y, unos instantes después, oyó el clic de una cámara, pero no le importó, fascinada como estaba por Anya y sus hipnóticas pupilas.

Ĥ ¿Y ha pensado alguna vez en hacer fotos de carácter sexual?", añadió la mujer, con sus perfectos labios rojos tan cerca de los de Julia que no pudo evitar llenar el espacio que había entre ellos.

Se besaron durante largo rato. La lengua de Anya corría lánguidamente alrededor de la suya, mientras sus manos subían juguetonamente por sus muslos para acariciar la delicada piel de sus nalgas. Julia gimió animada y profundizó el beso.

En algún lugar de la habitación, Simon expresaba su agradecimiento mientras les disparaba. Esto aumentó la excitación de Julia. Se rindió como una muñeca cuando Anya la volteó sobre la otomana y acurrucó la cara en su escote. Sus dientes mordisquearon un pezón, luego sus labios se cerraron a su alrededor y comenzó a chupar lentamente la carne erecta. Julia ya no sabía dónde estaba. Lo único que importaba era aquel cuerpo cálido contra ella y aquellos dedos ágiles que habían subido por sus muslos y ahora jugaban con su intimidad.

Julia intentó no gritar, pero se dio cuenta de que no sólo era imposible, sino que, de una forma muy exhibicionista, quería que Simon supiera que se estaba corriendo en manos de su mujer. Mientras los dedos corazón e índice de su esposa amasaban su clítoris, ella se rindió al placer y gritó su orgasmo al mundo. Como si esto fuera un estímulo, Julia continuó, utilizando sus otros dedos para penetrarla y acariciar las sensibles paredes de su sexo, acelerando cada vez que la pelvis de Julia se levantaba para acomodar su gesto.

Finalmente, Julia se dejó caer, exhausta, sobre la otomana, y Anya se inclinó sobre ella para darle otro beso.

- Eres maravilloso", murmuró ella, rozándole la garganta con los labios.
- No podría estar más de acuerdo", oyó susurrar a Simon. Estaba arrodillado frente a ella, con una mano en la parte posterior de los muslos de su esposa y la otra en la lánguida de Julia.

Sin pensarlo, Simon se enderezó y se acercó a la boca de Anya para darle un sensual beso. Anya le devolvió el beso con entusiasmo y luego se apartó, para ser sustituida inmediatamente por Simon.

- Espero que no te importe -murmuró Anya, de pronto al lado de Julia-. Mi marido y yo lo compartimos todo.

Julia apenas podía creerlo. Parte de su sueño del viernes se había hecho realidad. Sus torpes manos agarraron la camisa de Simon e intentaron desabrocharla, pero la corbata se lo impidió. Pasaron entonces a Anya mientras Simon se ocupaba con entusiasmo de esta dificultad técnica. Los pechos de Anya estallaron una vez que se quitó la blusa, libre de cualquier sujetador. Julia se tomó un minuto para admirar la belleza escultural de aquellos pesados pechos, y luego volvió a centrar su atención en Simon.

Había conseguido liberarse de su prisión de tela y estaba semidesnudo delante de ella, la tenue luz destacaba sus abdominales perfectamente recortados. Julia no perdió el tiempo. Desabrochó el cinturón de Simon y, sin pedirle su opinión, se metió la polla en la boca. Simon se puso rígido, señal de que le estaba gustando la maniobra. Así que ella continuó, cada vez con más intensidad. Detrás de ella, Anya se apretó contra su espalda, pasándole las manos por las costillas y los pechos, quitándole delicadamente la chaqueta, la camisa y luego la falda, lo que provocó más gemidos de Julia, y la dejó vestida sólo con el tanga, que hacía tiempo que se había salido de su sitio.

De repente, los dedos de Simon se cerraron sobre sus hombros, invitándola a soltar su agarre

sobre su sexo y el líquido salado que empezaba a salir.

Ή De uno en uno", murmuró su voz, rebosante de placer.

Medio aturdida, Julia se volvió y vio a Anya, desnuda, tumbada en la otomana, ocupada en darse placer a sí misma mientras la veía hacerle una mamada a su marido. Respondiendo a su silenciosa súplica, la joven se inclinó sobre ella y acurrucó la cara entre sus muslos. Separó suavemente sus labios con los dedos y prodigó una caricia burlona de su lengua sobre su clítoris ya hinchado. Un escalofrío de placer recorrió a Anya desde los talones hasta el sueño de su cabeza, animando a Julia a continuar.

A medida que sus lamidas se hacían más precisas y repetidas, sentía cómo el cuerpo de la mujer se ondulaba bajo ella, acompañado de gritos de placer cada vez más intensos.

Mientras se concentraba en su tarea, se dio cuenta de que las manos de Simon le agarraban las nalgas y que su pene la presionaba. No pudo evitar tragar saliva anticipando el placer que se avecinaba, y la succión involuntaria tuvo el efecto de hacer gritar aún más a Anya.

Así que Julia trató de mantener sus movimientos de sussions y lenguas, recompensados por jadeos cada vez más intensos y gritos más roncos, sin dejarse distraer por las oleadas de éxtasis que la recorrían mientras el sexo de Simón la penetraba, una y otra vez, acariciando las zonas ya excitadas por los dedos de su mujer. Pronto no hubo nada más que el vaivén entre los tres. Julia sintió que su mente se disolvía bajo las sensaciones de su cuerpo. Sus pechos rozaban la tela de la otomana con cada caricia, sus manos se apretaban y aflojaban convulsivamente mientras se concentraba en llevar a Anya al orgasmo.

Pero el impulso de Simon era tan fuerte, tan imperioso, que ella se sintió abrumada antes de haberlo conseguido. Se olvidó del tiempo cuando él se corrió dentro de ella y ella, a su vez, se contrajo a su alrededor, embargada por el placer. Tardó varios minutos en darse cuenta de que, a pesar de su pérdida de control, su boca seguía cerrada sobre el sexo de Anya, y que el cambio de presión en el interior de sus mejillas la había llevado también a ella al orgasmo.

Siguieron así hasta que todos se desplomaron, exhaustos, en el sofá. Julia, acurrucada entre Simon y Anya, se sentía tan agotada y relajada al mismo tiempo que era incapaz de moverse. Es

más, las manos de sus dos amantes se cerraban sobre ella, atrayéndola hacia su abrazo.

Al cabo de un tiempo incuantificable, se estremeció. Simón se levantó de un salto y desapareció unos instantes, para volver vestido con una bata y un par de prendas más que entregó a las dos mujeres.

- Julia -dijo, ayudándola a ponerse el suyo-. Permíteme que te diga que eres, con diferencia, una de las mejores compañeras que hemos tenido. Estoy seguro de que las fotos serán magníficas. ¿Te gustaría verlas?

Julia asintió. Simon cogió su cámara, que había colocado en un trípode del que ella no se había percatado hasta entonces, y se acercó y se sentó a su lado. Las imágenes pasaron ante sus ojos, carnales, sensuales e increíblemente atractivas.

- No puedo creer que sea yo", murmuró Julia.

Anya le rodeó los hombros con un tierno brazo.

- Siempre lo hace la primera vez. Mira ésta", añadió, oyendo cómo su dedo indicaba a Simon que detuviera las imágenes. Simon captó perfectamente tu cara en el momento del orgasmo. Estás soberbia. Pareces una estrella.

Julia volvió a sonrojarse.

- Me halagas.

Ella lo besó.

- Querida, no creo que haya más "tú" y estamos más allá de la adulación.

Julia se encogió de hombros. Tenía razón. Pasaron el resto de la tarde viendo y seleccionando las

fotos que les gustaban, y luego, hacia las dos de la madrugada, Anya y Simon invitaron a Julia a irse a la cama con ellos.

Tres meses más tarde, la galerie des nues abrió sus puertas para un preestreno especial de su exposición: intimité.

Los periódicos habían estado llenos de titulares durante las semanas anteriores sobre los sulfurosos rumores que rodeaban la preparación de las fotos que constituirían el plato fuerte del espectáculo, así que la multitud salió en masa para juzgar por sí misma. Críticos, aficionados y curiosos revoloteaban entre el bufé y las fotos de diversos tamaños.

Las que se encontraban cerca de la entrada eran las más sabias, ya que sólo ofrecían rostros y detalles en elegante blanco y negro. Había que concentrarse para darse cuenta de que las expresiones representadas estaban relacionadas con el placer sexual.

Había que concentrarse un poco más, y ser fisonomista, para darse cuenta de que la propia directora de la exposición estaba entre las modelos.

Pero por si acaso algunos no se daban cuenta, Julia había insistido en que una de las primeras fotos de Simon, de ella y Anya besándose, se expusiera justo en el centro de la sala. Y para aquellos lo suficientemente valientes como para continuar, una magnífica representación de su éxtasis compartido puso fin al viaje.

ıie à Plusieurs (3 Historias)

Tengo que confesar algo. Odio a mi profesor de matemáticas.

Me llamo Ella y tengo veintidós años. Estoy en la universidad de ciencias de París. Vivo en una habitación minúscula en el campus, con poca intimidad, un baño y una cocina compartidos. Las paredes huelen a humedad. Hay calcetines tirados por los pasillos.

No es divertido todos los días, pero estoy justo al lado de la biblioteca y de una parada de tranvía para salir por la ciudad por las tardes. Soy una de las pocas chicas de la clase, pero estoy acostumbrada.

Siempre ha sido así. Casi desde la escuela secundaria. Todos los chicos en clases preparándose para el Bac S. Las chicas se pegan al fondo de la clase, escuchando las tonterías adolescentes de los chicos que, como siempre, ocupan todo el espacio.

Cuando levantas la mano para responder a una pregunta, siempre va seguida de una risita. Los chicos deben ser ambiciosos, las chicas calladas. A las mujeres siempre se les hace creer que la ciencia es cosa de hombres. Es mentira.

Cada uno puede hacer lo que quiera. La prueba está en el pudin. Mi asignatura favorita es la química. Y no pretendo ser una simple ayudante. Voy a ser el jefe y se lo voy a contar a todo el mundo.

Mis estudios siempre han ido muy bien. Incluso mejor que eso. Se me da bien aprender y retener las cosas muy rápido. No puedo decir que "haga los deberes" o que me lleve mucho tiempo. Dotada para las ciencias en plural, también tengo la suerte de amar la literatura y de escribir sin una sola falta de ortografía.

Además, sacio mi sed de conocimientos leyendo mucho y trabajando aparte. Lo sé, cuando lo lees así, parece que soy una auténtica princesa, una mimada pretenciosa. Pero no lo soy. Sólo soy

honesta, me conozco, sé de lo que soy capaz. Soy una persona inteligente. Eso no significa que sea más que un ángel muy sabio, todo lo contrario.

Mi larga melena rubia y mis ojos azules son sólo una fachada. No tengo pelos en la lengua, pero no sé si eso es bueno o malo.

Nadie me pisa y, como a todo el mundo, me gusta salir con mis amigos, beber cervezas muy frías en la terraza, encender cigarrillos y tenerlos al alcance de la mano.

Y bebo cervezas, no cócteles llenos de azúcar y sombrillitas de plástico. Dado mi estilo de vida, tengo más amigos hombres que mujeres. Incluso de pequeña en el arenero, según mi madre.

Más de los que sacuden que de los que te sacuden. Tengo tres hermanos mayores que me criaron igual que mis padres, cuidando de mí, pero casi siempre por las malas. Nunca hubo respiro.

Jugar al aire libre, en el barro, en el sótano, en las escaleras, cortar leña, hacer arcos y disparar al gato del vecino. Cuando crecimos, nos dimos cuenta de que, a pesar de nuestra cercanía, éramos genéticamente diferentes.

Nuestros deseos cambiaron poco a poco. Los códigos de género y los estereotipos alcanzaron nuestra inocencia. Mis queridos hermanos se distanciaron un poco.

Cuando era adolescente, me crecían los pechos muy deprisa y los hombres, a menudo mayores, pensaban que superaba mi edad y me guiñaban el ojo por la calle. Aunque estaba en secundaria, es una locura. El sexismo me vuelve loca.

Me explicaron que la gente se fijaba en mí porque era guapa. Pero la respuesta es no. Todas las mujeres lo son, en grados aleatorios según criterios subjetivos, sobre todo por selección natural. Salvo que hay mujeres hermosas regordetas, mujeres hermosas obesas, mujeres hermosas muy delgadas y mujeres hermosas que no son ni regordetas ni delgadas.

En efecto, está la cuestión del gusto, está la cuestión biológica, pero sobre todo hay que señalar que la llamada azarosa cuestión del gusto no es en realidad más que un formateo cultural. Este famoso formateo cultural decretaba que una persona que correspondía a un criterio preciso (proporciones, etc.) era bella.

Y si encima es una mujer, se acabó. Tardé un tiempo en entender lo que pasaba a mi alrededor.

Es como si no fuera consciente de quién era y de lo que hacía. Acabé llevando vestidos en verano y teniendo pocos amigos aparte de mis hermanos mayores.

Me encantaba ir al cine y fumar puros a escondidas con el padre de uno de mis amigos. Jugábamos con nuestra inocencia, sin que nadie imaginara que era culpa nuestra si se le acababan los paquetes.

Volvamos a mi profesor de matemáticas. El Sr. Perin. Me gustaría saber su nombre de pila.

Y espero que sea tan ridículo como vienen. Algo como Eugène o Jean-Claude. No es que tenga nada en contra de esos nombres, es sólo que quiero burlarme de él. Muy fuerte.

No de una manera amable, sino más bien, es justo decirlo, de una manera vil y traicionera. Desde el momento en que entró en clase el primer día de curso, le he odiado con todo mi ser.

Es una locura, es químico. Lo vi y sentí rabia. Le odio por todo lo que es. Altivo, arrogante, odia que sus alumnos tengan razón y encuentren la solución a los cálculos que nos pide. Y sin embargo, ser profesor es un principio, ¿no?

Enseñar cosas a sus alumnos. Para guiarles, para ayudarles a comprender todas las sutilezas del arte de la materia enseñada. No, no, no para el Sr. Perin. Un ser tan superior. Qué perdedor.

Pero lo que me tranquiliza es que no sólo me cae mal a mí. Sólo somos tres chicas en su clase porque es una asignatura optativa. Es especialmente condescendiente con nosotras. Apenas nos mira, nos desprecia, se ríe de nosotras cuando nos equivocamos o pensamos demasiado. Le gustaría que fuera una niña modelo, pero no lo soy.

Es mi profesor, así que no hace falta decir que no tenemos por qué ser amigos, ni siquiera "colegas", pero ¡vamos! Lo menos que podemos hacer es escucharnos, ser educados y respetuosos.

Me dan ganas de pelearme, de levantarme en mitad de la clase, de salir y arañarle el coche con las uñas. Entiendo que se supone que los profesores deben retar a sus alumnos, pero esto es particularmente molesto. ¿Me he vuelto loca?

No. ¡Es un imbécil arrogante! Simplemente. Hay que llamar a las cosas por su nombre. No lo

soporto más.

Anota nuestros trabajos con comentarios maliciosos y no duda en decir que todos somos más tontos que nadie.

Tiene un sentido del humor muy oscuro y desagradable. Siempre está a la defensiva y su mirada es la más despectiva que he visto en mi vida.

¡Y sin embargo no es tan viejo! Debe tener unos treinta y cinco o cuarenta, no más.

Es difícil de entender. Las cosas habrían sido más fáciles si hubiera sido mayor. La edad excusa muchas cosas.

Al principio, guapo como soy, quise tomármelo como un reto. Todavía no habíamos hecho ninguna prueba, ni oral ni escrita. Me dije que iba a trabajar como una loca para ganármelo. Con un poco de suerte, incluso imaginé que se ablandaría.

Ningún reto es demasiado grande para mí. Así que me puse manos a la obra para anticipar sus nuevas referencias, sus ideas, los cursos que vendrían. Bueno, eso fue aún peor. Era como si le hubiera picado mi osadía. Un día, mientras le explicaba una intuición personal delante de toda la sala de conferencias, arqueó una ceja y dijo algo que nunca olvidaré.

- ¿Quién se cree que es, señorita? ¿Quién dice que necesitamos sus conocimientos? ¿Quizás te gustaría hacer las lecciones por mí en el futuro? Tus tobillos están bastante hinchados, parece. Vuelve a tu asiento.

Es más una diatriba que una frase. Podría haber salido en una película. Ya había salido a fumar un cigarrillo en medio de una de las lecciones anteriores... Tan gélido como si me hubiera echado un cubo lleno de cubitos de hielo por la cabeza.

Delante de todos. Delante de otros profesores. Yo, que nunca me sonrojo, no supe qué decir, me quedé sentada en mi sitio, muda y callada.

Han pasado dos meses desde el comienzo del nuevo curso escolar y cada vez, antes de que empiece su clase, siento que me estoy volviendo loca. ¿Las pruebas escritas? Apenas puedo sacar media y los demás alumnos rara vez sacan más de 5 sobre 20.

Nos quejamos a la secretaría, a lo que nos respondieron que "cada profesor se limita a seguir el

programa solicitado y dictado por la autoridad educativa nacional". Estupendo, gracias por tu ayuda. Ya no puedo más. Ya no sé qué hacer.

Los fines de semana voy a casa una o dos veces al mes para pasar tiempo con mis padres y uno o dos de mis hermanos. No está muy lejos, viven en una casita a las afueras de París.

Un viaje en tren de tres horas, como mínimo. La última clase del viernes fue de dos horas con Monsieur Perin. Nunca me he quejado de la escuela ni de mis profesores, pero cada vez que llego estoy cabreado. Doy un portazo y cojo una cerveza de la nevera.

Mi madre me espera en la terraza, escuchando mis penas. Me dice que nunca me había oído hablar así de nadie. Incluso una vez me aconsejó que cuidara mi vocabulario en la mesa. Y tardo al menos dos horas en dejar de refunfuñar contra mi barba y volver a sonreír. Y es fin de semana.

Le da un mal sabor a mi tiempo libre. Por la noche, cuando me duermo y mi día ha sido malo, me monto películas en la cabeza y me digo que todo es culpa suya.

Es un alivio. Tiene una buena espalda. Incluso me he dado cuenta de que estoy pensando en él y en mis sarcásticos sentimientos hacia él todo el tiempo.

Poco a poco, para mi sorpresa y horror, me di cuenta de que era incluso peor que eso. Hace ya una semana que por fin he podido expresar con palabras lo que siento.

En primer lugar, voy a intentar darles una descripción física del Sr. Perin. Para que se hagan una idea. Como he dicho, imagino que tiene entre treinta y cinco y cuarenta años. Una voz bastante grave, no muy sonora pero con mucho cuerpo.

En los pasillos, parece que susurra, pero su voz ocupa todo el espacio y llena la habitación. Mide poco más de 1m80 y es muy delgado y musculoso.

Sus abdominales a veces se tensan bajo la fina tela de su ropa. Por otra parte, si hubiera sido feo también habría sido más fácil odiarle. Pero así son las cosas, voy a dejar de repetirme e intentar ser objetivo.

Deportista, no parece comer mucho pero parece acostumbrado a esta dieta. Nunca se le ve pasar por el comedor universitario ni sentarse a la mesa de los profesores.

Ligeramente andrógino, llama mucho la atención, incluso de los hombres. Huele siempre a tabaco frío y no sé si lleva perfume. A veces mira por la ventana durante minutos. Es como si no escuchara lo que decimos. No sé si está casado o tiene hijos. No lleva alianza.

Es alguien que intriga. Sus finos rasgos pueden confundir, ya que el Sr. Perin tiene el pelo negro, liso, de longitud media, suave como el satén, con reflejos azules. Su piel es blanca, muy pálida, enmarcada por dos mechones negros como la oscuridad.

A veces se recoge el pelo en una coleta suelta. Cuando lee, se pone unas pequeñas gafas negras redondas en la nariz.

Tiene grandes ojos ámbar, muy fríos pero profundos, largas pestañas y una boca fina como la de una joven, la belleza de lo desconocido, como una atracción sobrenatural.

Hay algo conmovedor y cauteloso en sus gestos. Siempre lleva la barba sin afeitar, y a menudo se la cepilla nerviosamente con las yemas de los dedos.

No lleva camisa, sino camisetas blancas holgadas o polos con un bolsillo en el pecho.

A veces asoman algunos pelos por el cuello. Creo que es bastante peludo. Pantalones vaqueros, un poco holgados. Zapatillas blancas. A veces lleva los calcetines desparejados. Un bolso grande de cuero.

Si lo odio tanto como digo, ¿por qué no puedo dejar de fantasear con él? Sólo por la forma en que lo describo, es obvio. Ya no entiendo nada. Soy una engreída, pero tengo que admitir que me gusta. Llevo una semana atreviéndome a participar en clase con más ganas.

Ha dejado de suspirar y casi parece que me anima. Por la noche, en la cama, cuando me duermo o cuando oigo a la chica de al lado teniendo sexo loco con su novio, pienso en él. Mi único objetivo empieza a ser complacerle.

No quiero discutir más sus ideas, quiero que sucumba a mis encantos. Quiero corromperlo. Y atraparlo en el acto.

Ayer ocurrió algo que finalmente me hizo admitir mis intenciones. Allí de pie, con sus vaqueros ajustados, en la pequeña tarima del aula, me concentré en mi trabajo para no mirarle demasiado a menudo.

Pero antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, sentí su presencia a mi lado, su bulto prácticamente delante de mi cara. Y era particularmente saltarín. No estoy seguro de si se debía únicamente a la presencia de su teléfono móvil en el bolsillo.

Fingió leer lo que yo escribía y volvió a caminar entre las filas. Empecé a imaginarme su sonrisa victoriosa cuando me inclinaba sobre su escritorio, su voz grave y autoritaria, cuando me levantaba la falda y me cogía en brazos.

Como si fuera inevitable. Y quizá lo sea. La tensión entre nosotros parece cada vez más acuciante y opresiva.

E incluso, me atrevería a decir, obvio. Incluso cuando me crucé con él en el pasillo, recogiendo un libro de mi taquilla, pude sentir sus ojos clavados en mis piernas desnudas, levantadas por los talones. Un cálido escalofrío recorrió mi cuerpo y mi corazón.

Caliente, fría, como si tuviera fiebre. Sus ojos sobre mí ardían tanto como los rayos del sol en plena canícula. Le devolví la mirada, con una chispa de desafío en los ojos, pero él volvió la cabeza porque seguía a otro grupo de profesores hacia el aparcamiento.

La tensión sexual entre nosotros parecía insuperable. Pasan dos días más, pero no tengo ninguna clase con él. Llega el viernes, con las fatídicas dos horas. Tengo que coger el tren al final del día para ir a casa de mis padres. Entra en clase y empieza a entregarnos los trabajos.

Fue una prueba especialmente difícil que hicimos hace unos diez días. Me siento bastante confiado, dada la mejora de nuestra relación. Así que no me sorprende cuando se acerca a mí y da un largo suspiro.

- Ella. Tienes la peor nota de la clase. Es un trabajo duro. Me tomo la libertad de no decir tu nota delante de toda la clase para que conserves algo de dignidad. Cometiste un error al principio de tus cálculos, y todo se distorsionó después. Un error de principiante. ¿Sabes que estás en la universidad y que el instituto se acabó? ¿Dónde estaba tu concentración

durante ese examen? Bueno, prescindiré de más comentarios.

- Yo sólo...
- He dicho que sin comentarios. Vendrás a una tutoría obligatoria el próximo lunes a las seis y media de la tarde. Durante una hora.
- Es... no es necesario, voy a rehacer mi copia y hacer varios temas anales. No entiendo lo que me ha pasado, es la primera vez que...
- Este curso de apoyo es obligatorio, no era una propuesta. Cualquiera que haya obtenido menos de cinco puntos tendrá derecho a él. No hay excepciones.
- El lunes de la semana que viene, ¿no?
- Sí. Es lo que acabo de decir. En esta habitación.
- Muy bien.
- Y no aceptaré ningún retraso.
- Sí, Sr. Perin.
- No hay retrasos. Le enviaré un correo electrónico para recordárselo esta tarde.
- Gracias, allí estaré.
- Volvamos al curso.

Este curso de apoyo obligatorio me dejó completamente perplejo durante las dos horas siguientes.

No entiendo cómo pude cometer un error tan estúpido. Ya no puedo ni escuchar la lección. Se oyen algunas risas a mi alrededor en el aula después de nuestra pequeña conversación.

Pero no me importa, no me importa. Están todos celosos. Mi fin de semana está lleno de incomprensión y rabia. Me culpo, me enfado.

Todo esto por un profesor de matemáticas. ¡Esta es la peor nota que he sacado en mi vida! Odio perderme cosas. No paro de releer mi trabajo. Ni siquiera mis padres saben qué decir para animarme.

El lunes pasó volando y al final del día me fui a casa a cambiarme.

Todo el día me sentí como un sonámbulo. No escuchaba a nadie, no participaba en ninguna conversación. Sólo pensaba en mi cita de esta noche y en mi futura estrategia.

¿Qué conclusión he sacado? Sencilla. Quiero divertirme. Elijo mi ropa con cuidado. Una falda, sin medias, botines negros de charol, una camiseta de tirantes escotada y ligeramente holgada. ¿Y debajo? Un body de encaje.

Sin bragas ni sujetador. Me aplico un pintalabios rosado en los labios para que parezcan una fruta jugosa. O un dulce. Un pequeño dulce, una pequeña golosina.

Traviesa, llego muy sexy para la hora de matemáticas en privado. Llego cinco minutos tarde. No hay nadie delante del edificio. En el patio, sólo hay algunos estudiantes desperdigados por el aparcamiento o cerca de la parada de autobús.

Caminé por los silenciosos pasillos. La puerta principal estaba abierta. Oigo algunas exclamaciones de voces en las habitaciones que me rodean, pero el ambiente es muy distinto del alboroto de gritos y conversaciones que se puede encontrar aquí durante el día.

Oigo el ruido de mis pasos. Cuando llego al piso correcto, veo que la puerta está entreabierta. Respiro hondo, pero ya puedo sentir cómo una sonrisa traviesa se dibuja en mi cara al pensar en su sorpresa cuando vea lo que llevo puesto. El señor Perin está junto a la ventana. Se da la vuelta cuando entro y frunce el ceño. Sus ojos delatan su sorpresa, detallándome de pies a cabeza. Sonrío y dejo el bolso y la chaqueta en una de las mesas más cercanas.

- Buenas noches, Sr. Perin.
- Cierra la puerta detrás de ti, Ella.
- Muy bien.
- Llegas tarde. Diez minutos tarde.
- ¿Es así?
- No sabes la hora, ¿verdad?", dice señalando el reloj de la pared.
- Oh... Lo siento.
- Ya es suficiente. Ahora, siéntate.

Con la mano, me indicó una silla en primera fila, frente a él y al gran cuadro. Dócil como el gatito más lindo, obedecí. Todo mi cuerpo quiere decirle que "te obedeceré". Sus cejas se fruncen ligeramente.

Coge un trozo de tiza blanca. Relee el texto del examen que hice. Subraya una vez más mi mala nota y los errores estúpidos que cometí.

Su camiseta azul claro está metida dentro del pantalón con cuidado, y quiero levantársela del todo, pasar las manos por debajo, sentir su piel cálida bajo mis dedos.

- Por favor, levántese.
- ¿Cómo lo hacemos?
- Ven a la junta.
- Señor, soy muy consciente de los errores que he cometido, así que no hace falta que vuelva a repetirlos...
- ¿Quién es el profesor en esta sala, señorita?
- ...
- Contesta, por favor.
- A ti.
- Entonces, si soy el profesor, significa que soy la persona que dirige este curso de recuperación, ¿no?
- Sí.
- Así que, siguiendo con esta idea, y sobre todo, deténganme si me equivoco, esto también significa que si quiero que repasemos esta clave de respuestas en su totalidad, tú, el alumno, no tienes elección, ¿verdad?
- Sí. Es que no quiero hacerte perder el tiempo.
- Haz lo que te pido.
- Muy bien.
- Bien, entonces. Acércate.

La situación entre nosotros se estaba volviendo especialmente erótica. Sabía cómo hacerse obedecer y escuchar. Sólo sentía que perdíamos el tiempo, él y yo, si hacíamos esto, como si yo

fuera una niña estúpida.

Pero que así fuera. Me acerqué a la pizarra, copia en mano, y empecé a resolver la ecuación dada.

El Sr. Perin estaba muy cerca de mí. Tan cerca que podía sentir su aliento en mi cuello. No sé si todo estaba en mi cabeza, y por lo tanto era producto de mi imaginación, pero podía sentir cómo la adrenalina se apoderaba poco a poco de mí.

Tras varias líneas de cifras escritas en completo silencio, me volví hacia él, con una mano en la cadera. Le miré a los ojos y le dije en un susurro:

- ¿Le parece justo, profesor?
- No está tan mal, por el momento. Sólo mira aquí...

A continuación, se inclinó hacia la pizarra y, sin mirarme a los ojos, me cogió la mano que sostenía la tiza, rodeó la mía con sus dedos y añadió dos paréntesis que, evidentemente, no tenían ningún interés especial.

Sus dedos estaban calientes alrededor de los míos y me dejé guiar. Seguía de pie detrás de mí, pero notaba el calor de su vientre rozándome.

- Así está mejor, Ella.
- Gracias por su ayuda.
- Continúe, por favor.

Me soltó la mano y retrocedió un paso. Me gustó que siguiera pronunciando mi nombre, como si le gustara el impacto que esa palabra tenía en el espacio que le rodeaba cuando la decía en voz alta.

Escribí durante unos minutos más, en el silencio. Las contraventanas de la habitación estaban abiertas, dejando entrar una luz que se iba apagando poco a poco.

La luz del techo, agresiva con sus largas e impersonales luces blancas de neón, no estaba

encendida. Dejé de escribir porque ya no le oía. Llevaba unos segundos ensimismado y notaba que se había alejado de la pizarra y del escenario. Me di la vuelta. Estaba al fondo de la clase, apoyado en la pared.

Y me miró con su mirada profunda y penetrante. Me miraba a mí, no a lo que yo escribía. Y mientras yo también le miraba, él no se detuvo.

No había timidez en él. Sus ojos bajaron por mis brazos, mis caderas, hasta mis piernas desnudas y mi falda corta. Con la boca entreabierta, estaba a punto de preguntarle si debía continuar, cuando él tomó la palabra.

- Ella, quítate la camiseta sin mangas.

Sorprendido, accedí. La emoción iba en aumento. Quería tomarme mi tiempo.

Era la primera vez que me encontraba en una situación así con un hombre. Nunca había hecho el amor. No sabía qué esperar, me temblaban un poco los dedos.

Muy despacio, me pasé la fina tela por los hombros y la dejé caer al suelo. Mi body negro de encaje era ahora la única capa de tela que cubría mi torso. Sólo llevaba la falda, los zapatos y un lápiz en el pelo.

- Suéltate el pelo.

Luego quité el lápiz que los sujetaba. Ahora me tuteaba. Ya no oía ningún ruido en los pasillos. Quizá por fin estábamos solos en el edificio.

- Quítate la falda.

Con la falda quitada, esperé de nuevo sus órdenes. ¿Hasta dónde llegaría?

- No te quites los zapatos.

Me estremecí ligeramente, ya que no hacía mucho calor en la habitación. Me preocupaba un

poco que alguien pudiera entrar en la habitación. Al fin y al cabo, la puerta ni siquiera estaba cerrada. La piel se me ponía de gallina, los pechos se me erizaban y los pezones sobresalían. Ya nada los cubría, todo mi cuerpo estaba abierto a su mirada, a su placer. No me atrevía a preguntarle nada, aunque me moría de ganas de verle desnudo, de tocarle, de que se acercara.

La luz a nuestro alrededor se atenuaba cada vez más, y él se quedaba siempre al fondo de la habitación. Me encantaba sentir sus ojos sobre mi cuerpo, sobre mi yo más íntimo. Le ofrecía esta imagen sin pudor ni modestia.

Con un ligero miedo en la boca del estómago, porque era la primera vez, eso es todo. Mi pelo me enmarcaba la cara, tranquilizándome. No sabía qué hacer con mis manos, que colgaban por mi cuerpo febril. Le miré, esperando sus instrucciones.

- Quiero verte darte placer.

Aún más sorprendida que antes, esta vez le dediqué una franca sonrisa. Aunque nunca había hecho el amor en mi vida, a mis veintidós años, si había algo que sabía era cómo darme placer con los dedos.

Lentamente, me acerqué a una silla, la cogí por el respaldo y la coloqué en medio de la tarima, delante de la pizarra, junto al pupitre.

Bien dentro de su campo de visión. Me siento, en silencio. A mis anchas, separo las dos rodillas para ofrecerle mi fruta prohibida en todo su esplendor.

Mis dedos conocen perfectamente todos los rincones de mi anatomía y se dirigen con seguridad a la fuente de todos mis placeres.

Mi cabeza cayó ligeramente hacia atrás. Me alegré de poder aliviar por fin parte de la excitación que se había ido acumulando en mi cuerpo desde que entré en esta habitación.

Gemí suavemente mientras mis dedos se humedecían más y más.

Cuando volví a abrir los ojos, mi profesor de matemáticas estaba a mi lado. Me sujetaba las manos con las suyas. Su mirada era tan autoritaria como siempre.

Me puso en pie y me humedeció los dedos. Con pasos seguros, me condujo a su despacho. Allí

me dejé llevar, una vez más.

Me inclinó hacia delante, apoyando su mano en mi nuca. Sus movimientos eran muy firmes, pero también infinitamente tiernos.

Me cuidó mucho. Su boca besaba mi nuca, mi espalda, mi cuello, mis hombros. No me dejaba devolverle el beso.

Sus manos en mis caderas me apretaron contra él. Quería arrancarle la ropa. Pero le obedecí. Luego me inclinó hacia delante, como siempre había soñado, sobre su escritorio. Era suya, estaba a su total merced.

Quería vernos desde fuera. Le oí desabrocharse los vaqueros. Un débil sonido que rompía el ritmo de nuestra respiración.

Su duro sexo presionaba contra mis nalgas. Permaneció así unos minutos, con mi pulso cada vez más acelerado.

No podía esperar, pero no me atrevía a impacientarme, sólo era una novata. De repente entró en mí. Mi guarida ya estaba más que preparada para recibirlo, y sentí que mi himen cedía suavemente.

Quizá él también estaba sorprendido, no lo sabía, no podía verle la cara. Tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que yo era virgen. Así que empecé a ir y venir un poco más rápido.

Ḧ Ella, Ella... Eres tan hermosa...

No sé cuánto tiempo hicimos el amor, pero tuve la impresión de que nos amábamos como mariposas, como golondrinas. Tampoco sé cuántas veces. A veces paraba, recuperábamos el aliento, yo sentía nuestros fluidos correr por el interior de mis muslos, él me besaba. Luego volvía a empezar. Con una pasión ardiente y fresca, con ternura, con amistad, con complicidad. Pero sobre todo, con ferocidad. Mi cuerpo seguía el suyo, yo seguía su ritmo. Él era mi amo.

Cada vez, nos redescubríamos de nuevo, con un asombro siempre nuevo, la inmensidad de un apetito infinito. No había más tiempo, nos amábamos, y yo saboreaba con apetito este nuevo alimento lleno de atracción.

En aquel momento no sólo había alegría, sino júbilo absoluto. Quería que ese momento no acabara nunca.

Había un poco de vaho en las ventanas del aula. Su aliento era caliente y dejó escapar un gemido bajo y áspero. Eyaculó dentro de mí y yo lo recibí con un largo espasmo de placer.

VOLUMEN 2

Nuestro abrazo terminó suavemente. Nuestros cuerpos estaban empapados de sudor, pero nuestros ojos brillaban y reían. Al enderezarme y volver a ponerme la ropa, descubrí unas gotas de sangre en el interior de mis muslos.

Sabía que era mi primera vez y que así debía ser. Me encontré con los ojos del Sr. Perin y me sonrió mientras me entregaba la camiseta de tirantes y la falda. Me reí y sonreí con la simple alegría de ser feliz.

No había nada serio entre nosotros. Tenía la sensación de que ni siquiera teníamos que hablar para entendernos.

- Señor, yo...
- No digas nada, Ella. Te has puesto al día y has corregido las matemáticas como esperaba. Ahora vete a casa.
- ¿Cómo te llamas?

Sentí que mis mejillas enrojecían violentamente. La pregunta me quemaba los labios y se me había escapado. Me llevé la mano a los labios como si quisiera atrapar las palabras que se me habían escapado a pesar mío. Él sonrió.

- No contestaré. Vamos, no tardes, coge tus cosas, te acompaño a la puerta. Cerraré después de ti, creo que somos las últimas personas en el edificio.

Regañada suavemente, como una niña que ha hecho una tontería o se ha mostrado demasiado impaciente, obedecí. Todavía sentía un intenso cosquilleo en el bajo vientre. Hizo lo que le había dicho, me acompañó hasta la puerta y se despidió.

Fue como si toda la magia que había descubierto entre nosotros se hubiera desvanecido. Puso su mano húmeda en mi antebrazo, me sonrió de una forma que me recordó todo y me calentó el cuerpo. Y pensar que no volveríamos a vernos hasta el viernes de esta semana. Dentro de cuatro días. Dudé en sugerir que intercambiáramos los números.

Pero tenía la impresión de que esta petición sería ingenua, adolescente. Nuestra relación estaba claramente decidida y dictada por él.

La presión que ejerció con su mano sobre mi piel fue breve pero cálida. Salí sin mirar atrás, en dirección a mi triste piso. Ni siquiera me había molestado en volver a ponerme el body; estaba desnuda bajo la ropa.

Mis muslos se rozaban al caminar y podía oler el aroma de su semen con cada movimiento. Era como un regalo, un tesoro.

Por suerte tenía un implante en el brazo, y aunque el momento fue una delicia, no quería quedarme embarazada.

El viaje de vuelta a casa se me pasó sin darme cuenta, no miraba a mi alrededor.

Un coche tocó la bocina. Casi había cruzado con el semáforo en rojo. Sonreí para salir de mi ensueño. Quería decirle a todo el mundo que era feliz, que me importaban un bledo los convencionalismos. Miré la hora en el móvil y me di cuenta de que eran más de las diez de la noche.

Me sentía como si caminara sobre algodones, como si estuviera dolorida. Ni siquiera comí cuando llegué a casa. Una ducha rápida, muy caliente, que me dejó el espejo al vapor.

Bajo el edredón, imaginaba estar en sus brazos. Me quedaba dormida soñando que nos dormíamos abrazados, sin pesar el uno sobre el otro, sin estar pegados a ningún sitio, solo uno.

Me desperté con un despertar un tanto brusco. El día transcurrió sin sobresaltos, pero soñé

mucho despierta, recordando la cálida boca que había invadido mi bajo vientre.

Uno de mis mejores amigos, David, se estaba riendo y me preguntó qué me estaba pasando. Estaba enfadada conmigo misma por ser tan soñadora, tan romántica, tan tonta. Era como si cien ángeles estuvieran cantando en mi cabeza todo el tiempo.

Qué horror. Me cabrea. Estoy enfadada con él por hacerme sentir así. Es como si ese momento nunca hubiera sucedido realmente, tan improbable parecía. ¿Fue sólo un sueño? Me pregunté cómo sería la próxima vez que nos viéramos.

¿Vergüenza, tensión? Recuperé la compostura con el paso de las horas. Una nueva confianza en mí misma me sorprendió y emanó de mis pensamientos. Todo había sucedido entre nosotros tal y como había imaginado.

Lo que significaba que este odiado y codiciado profesor de matemáticas no era insensible a mis encantos.

Esto me dio nuevas fuerzas y poder. Me tomé mucho tiempo para analizarme y averiguar lo que realmente quería. Lo que realmente quería. Y de hecho no podría haber sido más sencillo.

Quiero más. Quiero que me enseñe todo lo que sabe sobre sexo, sobre relaciones íntimas, de todas las formas posibles. Con pasión, con fuerza, con rabia, con calidez, con dulzura. Con todo.

Quiero que me enseñe todo. Todo lo que necesito saber sobre mi cuerpo, sobre el suyo, sobre el sexo.

Este pequeño aperitivo me dio ganas de ir al grano. No quiero que sólo tome mi cuerpo y mi virginidad. Quiero más. Soy codiciosa, interesada, traviesa y, sobre todo, persistente. No voy a dejar que se salga con la suya, después de esa primera vez, de ninguna manera voy a fingir que no ha pasado nada. Quiero jugar.

A la mañana siguiente, el Sr. Perin entró en el pasillo mientras yo guardaba algunas cosas en mi taquilla. Lo vi de reojo, acompañado por uno de los profesores de francés.

Fingí ignorarle, pero me agaché para coger mi bolso. Durante unos rápidos segundos, dejé al descubierto la parte superior de mis muslos, los pliegues de mis nalgas y mis bragas rojas. Cuando me levanté, él estaba a mi lado.

- Hola.
- Buenos días, señor.
- ¿Qué tal?
- Basta de modales.
- Yo sólo...
- Me gusta mucho tu ropa interior de hoy.
- Gracias por su tiempo.
- Tus mejillas se están volviendo del mismo color.
- ¿De quién es la culpa?
- Te veré esta tarde. En mi casa.
- ¿Esta noche?
- Coge el papel que te voy a dar discretamente, es mi dirección.
- Todavía no sé si...
- Veamos a Ella.
- Muy bien.
- Así está mejor.
- ¿A qué hora?
- Digamos a las 8 de la tarde.
- De acuerdo. Nos vemos esta noche.
- Nos vemos esta noche, y que tengas un buen día.

Sonrió y se marchó. Nuestra pequeña charla había durado menos de cinco minutos en total. Yo ya estaba muy excitada.

Todavía tenía que esperar todo el día y seis horas de clase. Hice lo que pude en física y química.

A la hora de comer, derramé mi vaso de agua sobre un amigo. Seguí enrollando mechones de pelo rubio alrededor de mis dedos. Un signo de profunda reflexión.

La rabia que sentía hacia mi querido profesor se despertó de nuevo. Ridícula y torpe como siempre, ya no me reconocía. Para mi gran sorpresa, incluso recibí un mensaje de un chico al que había cogido especial cariño en los últimos meses. Era Richard. Me dijo: "Me encantaría volver a

verte. Pienso en ti. Escríbeme".

Habíamos acabado juntos, para mi alegría, hacía un mes. Después de una noche de bar con todos mis compañeros de clase, el apuesto Richard mayor había llegado con su pandilla de amigos al mismo bar que nosotros. Se sentaron. Brindamos.

Nos acercamos el uno al otro. Me puso la mano en la rodilla desnuda. Le miré a los ojos y le susurré al oído que creía que se había dejado algo en el coche y que podíamos buscarlo juntos.

Hacía tiempo que me llamaba la atención. Tan guapo y viril como siempre, con una barba cuidada, un poco descarado, el mejor de su clase. Una vieja chaqueta vaquera de falso gángster. Terrible en pocas palabras.

Y mi virginidad empezaba a pesarme. Nunca lo he visto como algo sagrado o precioso, eso es una idea equivocada.

Es que quería hacerlo con alguien que me gustara de verdad. No con el primer idiota con baba en los labios. Así que, en fin. Divertido, el guapo y excitado Richard, no tardó más de tres segundos en terminar su cerveza y sacarme corriendo del abarrotado bar.

Estábamos borrachos como cubas. Más de lo que imaginábamos, creo. Figuras acrobáticas, grandes abrazos, manos bajo los jerseys, lenguas mezclándose.

Parecían un par de adolescentes mareados, me hizo reír. Su miembro duro como siempre erecto en mi mano. Yo estaba sentado encima de él, estábamos desnudos. Pero en el momento crucial, perdió su erección. Todo desapareció, sin más.

Un poco decepcionados pero no enfadados, seguimos acariciándonos y abrazándonos. Pensé mucho en él en los días siguientes, esperando las noticias que me había prometido.

Finalmente entré en razón, un poco decepcionada. Le esperé tanto tiempo y, un día, ahí estaba, un mensajito de texto. Completamente increíble. Y lo peor es que... hoy, ni siquiera me importaba.

Lo que antes me habría hecho delirantemente feliz me dejó atónita. El Sr. Perin estaba en el

centro de todos mis pensamientos, de todas mis fantasías más salvajes. Decidí contestar a Richard de todos modos, por si acaso un día, más tarde: "Estoy un poco ocupada en este momento. ¿En otra ocasión? Nunca se sabe.

Un segundo después de pulsar el botón "enviar" de mi móvil, vuelve a vibrar. Otro mensaje. Esta vez de un número desconocido. "¿Llevas un sujetador a juego con las bragas? Me sonrojo violentamente. Miro a mi alrededor para comprobar que estoy sola.

Obviamente, no estaba, estaba en medio de un anfiteatro, en medio de un patio. ¿Qué número era ese? Sólo podía ser una persona, lo sabía muy bien. Pero, ¿cómo podía tener mi número de móvil personal?

Medio divertido, medio preocupado, me apresuré a contestar: "¿Quién eres? No tuve que esperar mucho para la respuesta, y durante toda la lección mi mente estaba en otra parte, no tomé ni una sola nota.

"Sabes muy bien quién soy.

"No estoy seguro".

"Responde a mi pregunta"

"Sí, mi sujetador es rojo. No tiene aros, es muy ligero, de encaje rojo. Cuando toco la tela, puedo sentir el calor de mi piel a través de ella. A veces se me enganchan las uñas. Y si le pongo toda la palma de la mano, siento el peso de mi pecho, que cabe dentro.

"Me gustaría que te quitaras las bragas por debajo de la falda".

"¿Y entonces qué haría con él?"

"¿Podrías ponerlo en mi taquilla?"

"Quizás. ¿Qué puedo obtener a cambio?"

"Lo averiguarás esta noche".

"Aquí tienes una pequeña pista..."

"Me gustaría que lo pusieras en mi taquilla".

"Me gustaría saber su nombre de pila

"No estoy regateando contigo, Ella."

"A mí tampoco me gusta. Me gusta oírte decir mi nombre de pila".

"¿Por qué?"

"Me excita. Tu voz es cálida".

"Quiero dejar que mis dedos recorran tu cuerpo para que no puedas escapar".

"No huiría, es todo lo que pido".

"Nos vemos esta noche

"Nos vemos esta noche, señor".

Nuestros intercambios pueden parecer breves, pero duraron una hora entera. Yo estaba especialmente excitado.

La hoja de papel que tenía sobre la mesa estaba completamente en blanco. David, sentado a mi lado, me miraba reírme para mis adentros como si estuviera completamente loca.

Lo cual, en sí mismo, no está tan lejos de la verdad. Sólo estaba deseando que llegara esta noche. Cuando llegó el descanso, conseguí meter mis braguitas rojas en un sobre grande y grueso de papel craft dirigido a Monsieur Perin.

Con la excusa de que tenía que entregar unos papeles, hice que uno de los supervisores lo pasara a la sala de profesores.

Habría dado mi mano por ver la expresión de su rostro cuando hundió la suya en el interior y se encontró con el suave tejido de mi traviesa ropa interior. Al mismo tiempo, me había estado buscando.

- - - - - - - - -

La fachada de ladrillo rojo, es decir, su casa, estaba justo en línea con la calle o carretera.

Para llegar hasta aquí, había tomado el autobús desde el centro de la ciudad. En el buzón seguía sin saber su nombre de pila, ya que ponía simplemente "Sr. y Sra. Perin".

Así que había una Madame Perin. ¿Estaría allí esta noche? Una pequeña punzada de celos aguijoneó mi corazón.

Pero sabía que no tenía derecho a hacerlo. Crucé la pequeña valla y subí los pocos escalones

hasta la entrada. Ni siquiera tuve que llamar al timbre, la puerta se abrió de inmediato.

Con los ojos bajos, intimidada por verle en este nuevo espacio, entré apresuradamente. Allí estaba, escultural y magnífico como siempre. Una camisa azul claro parcialmente metida dentro de unos vaqueros oscuros bien entallados.

Es la primera vez que le veo con camisa. Está descalzo. Unos piececitos de mujer, ágiles y blancos. Sus gafas descansan como despreocupadamente sobre su nariz.

Esbelto y musculoso, sus abdominales se tensan bajo la fina tela de su ropa. Me muero. La colilla de un cigarrillo pegada al borde de sus labios. Sus finas arrugas se ven subrayadas por su aspecto sin afeitar del día.

Su piel es blanca, muy pálida, enmarcada por un pelo negro que ahora lleva en una coleta suelta. Irresistible. Despierta mi lado animal.

Detrás de la puerta colgaban de un gancho un abrigo largo de piel de mujer, una gorra de cuero negro y, en un rincón, un par de zapatos de mujer.

No había puertas en el pasillo, por lo que se veían todas las habitaciones a la vez. A la derecha estaba el comedor, es decir, el piso donde la gente comía y pasaba el rato.

Así que esta habitación, la sala de estar, parecía ideal para las largas tardes de invierno. Cálida e íntima. Sin demasiada efusividad personal. El jardín, que se veía a través de los ventanales, era más largo que ancho y se extendía entre dos muros de barro cubiertos de albaricoques en espaldera hasta un seto de espinos.

Había un reloj de sol de pizarra en el centro. Unas cuantas macetas. El techo del pasillo estaba pintado de azul turquesa, un detalle que me gustó mucho.

La cocina muy blanca parecía enorme, muy neutra, con una encimera que te invitaba a tener sexo salvaje sobre ella. No soy muy objetivo, todo hay que decirlo, llevo unos días deseando hacer el amor en todas partes.

Tras dejar la chaqueta en el respaldo de una silla y el bolso en el suelo, entré en el salón. No dijo ni una palabra, pero me sentí extremada y extrañamente a gusto. Estaba mordiendo una manzana

muy verde y la sostenía en una mano.

A diferencia de él, yo me había dejado los zapatos puestos. Para celebrar esta nueva oportunidad de reunirnos, me había desatado el pelo rubio y maquillado los ojos con colores cálidos en tonos marrones y anaranjados. Llevaba un vestido naranja ajustado, muy ceñido al cuerpo. Sobre él había añadido mi chaqueta vaquera oversize y unos zapatos negros de tacón muy femeninos y cincelados.

Me encantaban los ídolos de antaño, como France Gall y Brigitte Bardot, bebés en cuerpos de mujer. Rubias como muñecas, a veces cargadas de joyas, con mulas. Hermosas y femeninas, sexys, pero como por casualidad.

Mis labios estaban desnudos. Mi pelo era suave y desprendía un dulce aroma a vainilla que me tranquilizó un poco en este entorno desconocido por el momento.

En mi mano derecha tenía cuatro gruesos anillos de plata deslustrada. Sólo el del pulgar tenía una piedra azul oscuro. Sabía que los zapatos que había elegido daban un arco muy pronunciado a la caída de mis caderas.

Un vestido corto, coqueto y travieso. Me siguió, sonriendo. Entré en su guarida.

Me acerqué a un ramo de rosas de colores que iban del azul al negro. Estaban en un hermoso jarrón transparente de aspecto frágil sobre una cómoda de madera clara. Eran espléndidas, nunca las había visto. Me atrajo sobre todo el color. Dije medio en voz alta:

Ή ¡Son tan bonitos!

Vino hacia mí y se colocó detrás de mí. Sentí su aliento en mi cuello. Mi cuello es una zona muy erógena para mí. Me derrito. La manzana verde que sostenía yacía sobre la mesa. Su aliento era dulce.

Luego me tomó las manos, con el mismo gesto de las Gracias, ligeramente, por la punta de los dedos, detrás de mí. Dijo con voz cálida:

Te equivocas. Eres hermosa por ti misma.

Me encogí de hombros pero sonreí. Después de todo, ¿qué había que decir? Sus palabras rodearon mi corazón y palpitaron en mis sienes. Cuando me di la vuelta, estaba sentado en una gruesa alfombra frente a la chimenea.

La chimenea era un enorme e imponente mueble de color ocre. Probablemente me estaba esperando, así que me apresuré a acercarme a él. Quería contemplar cada detalle del lugar en el que vivía con su mujer. Volvía a morder lentamente la fruta verde.

El aspecto general era elegante y minimalista, con algunos toques de originalidad cuando se prestaba atención. El mobiliario y los tejidos eran de buen gusto y de una calidad inconfundible. Me tumbé completamente sobre la moqueta.

Era como estar tumbado sobre hierba cortada. La alfombra blanquecina era cálida, viva, rodeándome suavemente, como un líquido, desbordando mi cuerpo, bañándolo. Cerré los ojos como para evadirme de la realidad durante unos segundos.

Me encantó esta dulzura, esta lentitud entre nosotros. Entonces el caballero se inclinó sobre mí y dijo en voz baja:

Ḧ Abre los ojos.

Le miré. Me mareé. Sus ojos se clavaron en mí. Aquellos ojos dorados sin límites no eran de este mundo... se abrían a algo más, al infinito, al secreto del universo, a la alegría total de conocer y estar en la luz.

Sus ojos eran una ventana, una puerta, un camino. Una boca, labios rosados, simplemente llenos y frescos. Le vi inclinarse sobre mí a cámara lenta.

Su rostro era diferente. Más autoritario. Se estaba acercando. Deslicé los dedos por el cuello de su camisa azul para no ahogarme. La manzana abandonó su mano y rodó por el suelo.

Con delicadeza, con ternura, con fervor, posó sus labios sobre los míos cerrados. Me ardían. Lo rodeé con los brazos y lo atraje contra mí, abriendo la boca, suplicando un beso más preciso.

Sentí que se me escapaba el aliento, que el corazón se me aceleraba, que la respiración se me aceleraba.

Apartó la cabeza, luego volvió hacia mí y buscó de nuevo mi boca. Gemí un poco cuando se apretó contra mí. Quería que me aplastara, sentir su peso sobre mis pechos y mi vientre, pero aún no era suficiente.

Me impacienté y, de repente, rechazó mis besos y dio un paso atrás. Se enderezó y me miró. Yo también me senté.

- Tranquila, Ella.
- ¿Qué es lo que pasa?
- Esta es mi casa. Vamos a seguir mis reglas. Te lo explicaré, no tengas miedo, es muy sencillo. Te deseo. Terriblemente. Desde la última vez que te vi en mi escritorio, e incluso antes de eso. Pero no te quiero de cualquier manera. No sabes nada, y te lo voy a mostrar. Te lo enseñaré todo, te lo prometo.
- ...
- ¿No vas a decir nada?
- No sé qué decir.
- No te avergüences.
- No me avergüenzo.
- Es perfecto.
- ¿Qué quieres de mí?
- No me gusta tutearme.
- ¿Y si lo hago de todos modos?

Monsieur Perin sonrió de una forma que nunca le había visto antes. Parecía el lobo feroz encarnado por un hombre. Un hombre muy guapo.

Antes de que tuviera tiempo de decir nada más, me puso una mano en la nuca y me atrajo firmemente hacia él. Su aliento en mi cara, sus ojos en mis ojos. Seguíamos sentados en la alfombra. No quería seguir tuteándole.

Sus manos, sabiendo exactamente lo que hacían, se deslizaron bajo la parte inferior de mi vestido. Subió por mis muslos y caderas. La tela cubría por completo la parte inferior de mi cuerpo.

Luego, sus suaves dedos sobre la piel cálida y ligeramente abultada de mi vientre. Sus dedos trazaron caminos invisibles.

Mi respiración ya se estaba acelerando. Me moría por besarle en los labios, con locura, pero sabía que eso no era lo que él quería. Tenía que esperar.

Su palma se cerró finalmente sobre mi pecho. Llevaba un traje azul noche claro. Me dio un beso en la frente, como si fuera una niña. Luego susurró:

- Levántate. Quiero mirarte a la luz.

Me puse de pie en la alfombra frente a él. Mis tacones eran muy inestables sobre la superficie irregular.

Se dio cuenta y tomó una de mis pantorrillas con la mano. Con delicadeza, me quitó los zapatos del pie derecho, me besó el tobillo, bajó por el arco del pie y acabó chupando con avidez cada uno de mis dedos pintados de rojo.

Recuerdo que en nuestra reunión anterior me pidió que no me quitara los zapatos.

¿Tenía alguna fantasía particular con los pies de las mujeres? Y yo que pensaba que eso sólo pasaba en las películas. De todos modos, la sensación de su lengua alrededor de mis extremidades me produjo un escalofrío que nunca había imaginado. Creo que se dio cuenta de que me estremecía, pero me sujetó con firmeza.

Hizo lo mismo con mi segunda pierna. Mis zapatos cayeron un poco más lejos. Tuve la impresión de que esta alfombra era como nuestro nuevo patio de recreo. Un poco pequeña, quizás. Ahora más equilibrada, me elevaba sobre él. Me miraba con sus ojos ambarinos.

- ¿Así?
- No del todo.

Una de sus manos seguía sujetándome la pantorrilla. Me pasé el vestido por la cabeza y le sonreí con picardía. Me encantaba oírle hablar y pedirme explícitamente lo que quería.

Mis pechos parecían nuevos, con dos hermosas puntas marrones asomando a través del sujetador y, sin duda, hambrientos de sentidos. Pechos suaves y de aspecto elástico, me dijeron una vez.

A la luz tenue, mi piel era asombrosamente pálida, con unas preciosas venas verdes en el cuello, casi turquesas, como si hubiera piedras sinuosamente transparentes bajo mi piel. Era como una joya bajo sus dedos.

Al menos así lo sentí yo. Me tocaba con cuidado, con atención, pero sin escatimar. Sus manos subieron por mis muslos, aferrándose a la tela de mis finas bragas.

Dibujó el hueco de mi ingle, recorrió el interior de mis muslos como un animal curioso. La adrenalina bombeaba dentro de mí cada vez más.

Era difícil no moverse. Me bajó las bragas hasta los tobillos. Su cara estaba a la altura de mi bajo vientre. Se acercó más a mi guarida.

Hoy estaba completamente depilada. Me había cuidado de perfumarme el cuerpo con manteca de karité y aún podía oler el aroma.

Cada vez estaba más caliente. Separó un poco mis piernas y se deslizó entre ellas, completamente debajo de mí. Su nariz respiraba sobre mí.

- No te preocupes, no te muevas...
- Me apunto.
- Está bien, está muy bien... Eres perfecta.

Levantó un poco la cabeza y me besó la vulva. Me estremecí aún más y levanté la cabeza, intentando recuperar el control de mis emociones. Le sentí sonreír. Luego besó mis labios íntimos con toda su boca.

Sólo una vez, el villano. Lo suficiente para hacerme desfallecer. Se levantó, agarró la manzana que aún estaba en el suelo y la hizo crujir sonoramente. Me mordí el labio inferior, sobreexcitado.

- Me encanta cuando tienes el pelo despeinado.
- Gracias por su tiempo. ¿Puedo acercarme?
- Ten paciencia.
- Quiero tocarte.

Sus cejas se fruncieron de inmediato. Me tuteaba. Sentí que mis mejillas se enrojecían.

¿Qué me iba a pasar ahora? Sólo llevaba puesto el sujetador.

Se dirigió a las escaleras y subió los peldaños de madera. Durante unos segundos que me parecieron horas, le oí inquietarse en el primer piso. Mientras tanto, me dirigí a la cocina a paso de tortuga. Saqué agua fresca del grifo y me agaché para beber a grandes sorbos. Menos mal que no me había pintado los labios. Luego me reuní con él en el salón.

Se había quitado la camisa. Su torso, que yo había soñado con poder mirar, era todo lo que había esperado que fuera. Velludo, carnoso, musculoso. Una línea de vello negro bajaba hasta una zona aún oculta bajo los pantalones.

Tenía unos pezones muy pequeños pero unos pectorales muy sutilmente definidos. Atlético pero no en exceso. Era perfecto. Él lo era, no yo. Entonces me fijé en un par de esposas negras que yacían a su lado, entre la piel de nuestro amigo y la alfombra.

Eran muy delicados, de sedoso pelaje negro. La parte metálica parecía bastante pesada y distaba mucho del ridículo modelo que se encuentra en las tiendas de bromas. Me pregunté si a veces se lo ataba su mujer.

Por el momento esa no era la cuestión. Sabía lo que me tenía preparado. Esperaba algo peor. Dócil, me acerqué a él. Me cogió los brazos y me los puso detrás de la espalda. Me ató las muñecas.

Tuvo cuidado de apretar lo suficiente. No podía moverme ni un centímetro. De nuevo, sus manos agarraron mis rodillas y las separaron.

- Túmbate boca arriba.

Esta pequeña sesión de BDSM suave empezó bastante bien y suavemente para mi gusto. El Sr. Perin reanudó entonces sus caricias. Sus dedos me apretaron los pezones a través del sujetador con un poco de firmeza.

Estaba girando ligeramente. Mis pezones se endurecían. Mi vientre empezaba a ondularse a pesar mío. Sus dedos encontraron mi clítoris inmediatamente. Era una locura, me conocía como la palma de su mano.

Sus caricias, cada vez más intensas, parecían durar una eternidad. Estaba sudando. No podía aguantar más.

Gemidos ahogados empezaron a hacer temblar mis labios. Se tumbó encima de mí y me tapó la boca con la mano. No podía hablar ni moverme. Apenas podía respirar.

- Ten paciencia. Depende de mí. Me tomaré mi tiempo.

Sus dedos volvieron a entrar en mí, pero esta vez metió el pulgar y lo hizo girar con una precisión demencial. Mis lomos se arquearon. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Su sonrisa dentada. Por fin me soltó la boca.

- Dime lo que quieres, Ella.
- Llévame a mí.
- ¿Seguro?
- Me muero por ello.
- ¿Es así?
- Por favor, enseguida.

Mi voz era un susurro, una súplica. En cuanto pronuncié estas palabras, mi querido profesor de matemáticas me puso de lado y a cuatro patas, con las manos todavía atadas a la espalda. Ni siquiera se había dado cuenta de que le tuteaba. Pequeña victoria.

El dolor de esta postura antinatural empezaba a sentirse extrañamente bien.

Esperaba que hiciera lo mismo que la última vez, que introdujera su miembro en mí y lo

presionara un poco contra mi trasero. No hizo nada de eso. Me dio un azote con el dorso de la mano. No me lo esperaba y solté un grito de sorpresa y placer a pesar mío.

Nunca imaginé que lo disfrutaría. Reconozcámoslo, me encantaba. Preocupado por mi acuerdo, se inclinó sobre mí y me susurró:

- ¿Te gusta?
- Sí. Continúa.

No se contuvo mucho. La segunda bofetada que me dio, en la otra nalga, fue más fuerte. Menos concesión. Grité más fuerte. Una tercera, una cuarta, y entonces paró. Entonces me enseñó la llavecita, la señal de mi liberación. Un pequeño chasquido y mis manos quedaron libres. Libres. Me volví hacia él, con los ojos llenos de pasión. Quería hacer el amor delante de él, quería verle, mirarle.

Tímidamente llevé mis manos a sus pantalones para desabrochar la bragueta. Me temblaban un poco las manos. Me dejó hacerlo, mirándome divertido.

Me di cuenta de que era un poco torpe. Le quité meticulosamente los pantalones y los calzoncillos.

Estaba sentado a mi lado. Y por fin pude ver su enorme polla de verdad, su pene reluciente de esperma, sus testículos carnosos y peludos. Estaba tan duro como un dios griego.

Temía no saber hacerlo bien, así que le guié para que se tumbara sobre mi cuerpo.

VOLUMEN 3

Nuestro sexo fue increíblemente intenso. Finalmente, se tumbó encima de mí en el suelo. Nuestros cuerpos se tocaban en todos los sentidos. Estaba desnudo, completamente desnudo. Me había complacido especialmente en quitarle todas y cada una de sus ropas.

Me había puesto un condón en un envoltorio negro. Sus manos rodearon las mías mientras nos lo poníamos juntos. Hacía dos años que tomaba la píldora, pero no era el momento de decírselo.

Y en cualquier caso, es mejor protegerse, ya que casi seguro que mantiene relaciones íntimas con su mujer. Así que nunca se sabe. Amablemente me concedió esta pequeña tregua.

Incluso había tenido la oportunidad de quedar bien con él dos veces. Me sentía tan húmeda y caliente como siempre. El Sr. Perin se tumbó sobre mí y me cogió las dos muñecas ligeramente doloridas con las manos.

Con un gesto enérgico, me obligó a mantenerlos por encima de la cabeza. Su mirada me decía que no me moviera. Asentí con la cabeza. Estaba tan excitada e impaciente por tenerlo dentro de mí que sentía que me asfixiaba. El travieso me hizo esperar. Su dura polla tocaba mi estómago y la parte superior de mi sexo.

- Rápido, rápido, por favor...
- Qué niña tan impaciente eres, Ella.
- Te deseo tanto, yo...

No me dio tiempo a terminar la frase porque sus dedos me penetraron de repente. Tensé el cuerpo hacia atrás, echando la cabeza hacia atrás.

Mis manos bajaron hasta las suyas para guiarle, para darle las gracias, para animarle a continuar. Divertido, me cogió las muñecas con las manos y volvió a colocármelas por encima de la cabeza. Tenía que comportarme.

Como una imagen. Todavía. Me muero, me muero. Te quiero, te quiero. Te quiero toda, desde todos los lados, desde cada extremidad de mi cuerpo, dentro de mí, para llenar cada orificio.

Por favor, ven dentro de mí. Eso es exactamente lo que pasaba por mi mente en ese momento. Era una niña impaciente que tenía una rabieta. Por un poco más, empezaba a dar pisotones.

Rápido, rápido, rápido.

Ḧ Quítamelo todo...

Mi voz era dulce, como brasas. Su cara se inclinó hacia mí. Pero no era mi boca sino mi cuello.

Me besó suavemente, me mordisqueó la piel, subió hasta detrás de mis orejas y luego me cogió los lóbulos entre sus dientes afilados como los de un lobo. Su aliento me hacía cosquillas, su lengua acariciaba mi lóbulo, mi pendiente, mi cartílago. Yo vibraba literalmente bajo sus generosas caricias.

Mi profesora de matemáticas agarró su voluminoso miembro con la mano y de un solo golpe me penetró. Era como si nuestros dos sexos estuvieran hechos para encajar el uno en el otro, para juntarse en esta posición.

Unas gotas de sudor se agolpaban en su frente. Se había quitado las gafas. Pude verle en todo su esplendor, como siempre había soñado verle.

Durante unos segundos, no se movió en absoluto y pudimos saborear la simple presencia de nuestros cuerpos el uno en el otro. En comparación con mi primera vez, ya notaba que las sensaciones se habían multiplicado en mi interior.

Mi bajo vientre era como un volcán ardiente a punto de estallar. Mi vulva descubría por fin el placer, en oleadas, a chorros.

Era más de lo que podía esperar y desear. Finalmente, sentí que se movía un poco dentro de mí. Retrocedió hasta casi salir de mí, hasta penetrarme por completo, para adentrarse en mi interior.

Poco a poco, fui modelando el movimiento de mis entrañas sobre las suyas. Respirábamos juntos, al mismo ritmo. Sus manos acariciaban locamente mi cara y mis pechos. Sus ojos en los míos, a veces me sonreía, pero sobre todo, podía ver en ellos todo el deseo que sentía por mí.

La danza que imponía a mi cuerpo era divina, suculenta. Levanté ligeramente las piernas y las envolví alrededor de él. Descubrí que me producía aún más placer. Sentía sus testículos golpeando mi coño.

Se aferró a mis caderas como si fuéramos a zozobrar. Cada vez más rápido. Casi me olvido de parpadear, era tan hermoso de mirar. No quería perderme nada, quería ver cómo se corría dentro de mí. Cada vez más rápido.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello. Apretó un poco. La adrenalina me recorrió y se me cortó un poco la respiración. Puse mi mano sobre la suya y apreté con él. Más, más, más.

Apretó más fuerte. Un calor nuevo y aún más loco se despertaba en mi cuerpo. Respiraba con dificultad. Y de repente, eyaculó dentro de mí. Podía sentir cómo se extendía, caliente y espeso.

Inmóvil, sin aliento y sin energía, cayó a mi lado. La luz de la habitación era ahora más oscura, fuera estaba negro como el carbón.

No tenía ni idea de la hora que era, pero me daba igual. Olas de placer seguían sacudiéndome. Doblé mi cuerpo cerca de él y apoyé la cabeza en su hombro.

Al cabo de unos minutos, me ofreció un tentempié. Sabía que esta noche no dormiría hasta tarde. Quería irme a casa, tener algo de tiempo para mí y volver a la realidad antes del siguiente día de clases. No obstante, acepté la comida. Resultó ser un excelente cocinero. Pasta muy sencilla, con una salsa de tomates frescos finamente picados, ajo y cebolla, todo cocinado con vino blanco. Un poco de queso parmesano. Engullimos nuestros platos.

Nos moríamos de hambre. Charlamos como si nada, de todo y de nada. Había recuperado parte de su aire autoritario y altivo. Muy galante, puso la mesa y me trató como a una princesa, él el príncipe de treinta y cinco años y yo la niña de veintidós. Él estaba sin camisa y yo en ropa interior.

Mientras ponía los platos en el fregadero, sentí su presencia detrás de mí. Sus manos se deslizaron sobre mis pechos.

Uno de ellos me agarró con firmeza una de las nalgas. Giré la cara para mirarle desafiante a los ojos. Se mordía el labio inferior. Me di la vuelta bruscamente, aún apretada contra él.

Mi mano se cerró sobre su miembro, que ya tomaba forma y energía bajo mis dedos. Le amasé suavemente los testículos, pero él no se movió.

- No. En otro momento, Ella.
- ¿Por qué?
- Si no, no te dejaría salir de aquí.

Sonreí y miré el reloj que colgaba de la pared. A medianoche, le dije que me iba a casa. Se ofreció a llevarme en su coche, un tipo galante. Acepté. Me dormí en mi cama en un segundo.

Cuando abrí los ojos, ya era de día. Llevaba la misma ropa que el día anterior, ni siquiera me había molestado en cambiarme, ducharme o cerrar las persianas. Estaba en una nube de felicidad y éxtasis. Incluso había olvidado qué día de la semana era.

Un vistazo al calendario: jueves. Mi reloj: las ocho. Maldición, llego tarde. Una ducha rápida y salgo hacia la universidad con el corazón ligero.

Estuve de muy buen humor con todo el mundo, tomando apuntes y participando en todas las clases, ya que era uno de los días más ajetreados de mi semana.

A la hora de comer, en el comedor, vi al Sr. Perin tomando café con sus colegas. Pasé a su lado varias veces, dejando que mis caderas se contonearan libremente y ganándome algunas sonrisas burlonas. Me ignoró con indiferencia, pero yo sabía que podía verme. Lo deseaba una y otra vez, estaba decidido.

Luego llegó el viernes, con la clase de matemáticas. Iba a salir con mis amigos el viernes por la noche y a reunirme con uno de mis hermanos el sábado para ir de excursión a la montaña. Iba a ser un fin de semana espléndido y me sobraba energía. Sabía que nuestras pequeñas entrevistas se reanudarían.

Dudé entre provocar este momento o dejar que las cosas sucedieran lentamente. Después de todo, ya nos habíamos visto dos veces esta semana, el lunes y el miércoles. Bastante para ser la primera vez, ¿no? Estaba muy frustrado con la clase.

Realmente no me prestaba ninguna atención y se mostraba más despectivo y despreciable que nunca con los alumnos. Mis amigos llegaron a preguntarme por qué me esforzaba tanto por participar en la clase cuando se suponía que odiaba al profesor.

Lo cual era cierto. Me di cuenta de que mi torpeza podía costarnos cara a los dos, a él como profesor que tenía una relación con su alumno y a mí como lameculos hipócrita con mis amigos. Así que hice como él y me distancié un poco.

El fin de semana llegó con fuerza. Los días fueron suaves y agradables, e incluso me topé con mi pretendiente Richard en una discoteca el viernes por la noche. Me arrinconó y me besó a modo de disculpa por última vez. Le dije que no estaba enfadada con él, pero que podía haberse puesto en contacto conmigo antes. Le prometí que encontraría tiempo para él en las próximas semanas. Quería hacerme desear, pero también quería probar mis nuevas habilidades con alguien diferente.

Tentador. Mi sábado y domingo en las montañas fueron el punto álgido del fin de semana. Fue un soplo de aire fresco, y la camaradería con mi hermano. Me sentí en plena posesión de mis medios, realizado y ebrio de felicidad.

El paseo me sentó bien y por la tarde me fui a casa a hacer los deberes para el lunes. Después de tan buen rato, tuve la tentación de enviar un mensajito a mi querido profesor.

"Buenas noches. ¿Cuándo podemos volver a vernos?"

"Vamos Ella, compórtate. ¿Cómo estás?"

"Estoy muy bien, he pasado un fin de semana estupendo. ¿Y tú?"

"Envíame una foto tuya".

No me esperaba esta respuesta, pero le seguí la corriente sin dudarlo un segundo. Salí de la ducha y me envolví el cuerpo aún húmedo con una gruesa y cómoda toalla blanca.

Todavía tenía el pelo mojado y me chorreaba por los hombros. Me contestó con una foto de su sexo rodeado por su mano. No me costó imaginar qué tipo de actividad estaba realizando.

"Ojalá pudiera verte desnudarte en mi salón".

"Me gustaría estar cerca de ti para respirar el olor de tu cuerpo".

"Pasar mi mano por tu pelo. Besar el interior de tus muslos y deslizar mi lengua dentro de ti" "Eso es todo lo que quiero".

"Creo que vamos a tener que organizarte un horario para las próximas semanas. ¿Te vendrían bien dos citas a la semana?"

"Esto de repente es muy formal.

"No has respondido a mi pregunta".

"Sí, estoy de acuerdo. ¿Cuándo podemos volver a vernos?"

"Martes por la noche. En casa a las 10 de la noche".

"Está bien. Iré a intentar dormir un poco".

"Dulces sueños, Ella.

Así que fui a su casa el martes por la tarde. La casa de ladrillo rojo seguía siendo la misma, pero esta vez desprendía un aura más familiar.

Mi silueta destacaba entre las sombras de la acera. Empujé el pequeño portón. Pude ver luz a través de las ventanas.

Los postigos seguían abiertos. Esta vez, nadie me abrió la puerta por arte de magia al acercarme. Llamé al timbre. El Sr. Perin abrió la puerta, pero no estaba solo. No me lo esperaba, pero su mujer estaba allí, justo detrás de él. Debieron de leer mi cara de sorpresa porque se echaron a reír.

Buenas noches, Ella", dijo.

Sorpresa, ¡sorpresa! añadió la mujer que yo suponía que era su esposa.

Buenas noches, disculpen, no esperaba tanta gente.

No te preocupes, no es nada. Pasa, pasa. Llámame Rosa.

No lo dudé y entré. El ambiente de la casa era muy diferente. Había incienso en todas las habitaciones, los candelabros estaban encendidos y alguien había puesto una melodía de jazz de fondo. Era tenue, cálido y hermoso.

Llevaba una camisa blanca y el pelo negro recogido. De momento sólo tenía ojos para su mujer. Siempre he sido muy curioso, he intentado innumerables veces imaginármela en mi mente. Me equivoqué por completo.

Era una mujer mayor. Creo que tenía unos cuarenta y cinco años. Tenía la piel muy bronceada, como el cobre. Su largo y sedoso pelo castaño le caía en cascada por la espalda.

Desprendía una elegancia especial.

Llevaba muy poco maquillaje, pero su rostro rebosaba alegría, sonrisas y encanto. Grandes pendientes de oro colgaban de sus orejas y se movían con su rostro.

El vestido que llevaba era una especie de blusa grande de color azul claro, muy corta, muy ajustada, con mangas ligeramente anchas y abullonadas. Me sonrió con entusiasmo. Era el tipo de mujer a la que uno no puede resistirse. Toda mi timidez regresó de repente. Cogió mi bolso, mi abrigo y mi bufanda.

- Vamos, Ella, sígueme. He preparado unos cócteles.

Asentí y seguí a esta hermosa mujer. ¿Sabía lo que estaba pasando entre su marido y yo? ¿Se esperaba su presencia? Decidí dejárselo a Monsieur Perin. Excepto que él había desaparecido. En la cocina, Rosa me alcanzó un vaso. Me tendió la suya y brindó por mí.

- Mi marido se ha escabullido, vuelve de una reunión, va a darse una ducha.
- Oh, muy bien.
- ¡Emile nunca se detiene!
- ...
- No seas tímido. Me ha hablado mucho de ti. No te preocupes, lo sé todo. No hay ningún problema. Estoy encantado de conocerte.
- Gracias, es muy amable. ¿A qué se dedica?
- Soy asesor de futuros. ¿No es gracioso cuando lo dices así? ¿Te gustan tus estudios?
- Sí, eso es exactamente a lo que siempre he aspirado.
- Maravilloso. Vamos, me refrescaré. Tienes unas prácticas en camino, ¿no?
- Sí, el próximo curso. Pero aún no he empezado mi investigación. Tendría que empezar por redactar mi currículum. Ahora mismo tengo las ideas demasiado revueltas.
- ¿UN CV? Estás bromeando, ¿verdad? ¡Esa es mi especialidad! Lo hago todos los días.
- ¿Es así?
- ¡Claro que sí! Vamos, hagámoslo juntos ahora mismo.
- ¿De qué se trata?

- Ya verás, no tendrás que hacer nada. Sólo cuéntamelo todo.
- Er, yo...
- Émile necesitará al menos otros veinte minutos en la ducha, es toda una dama. Nos mantendrá ocupados y nos dará la oportunidad de conocernos mejor.
- Bueno, en ese caso...
- Vámonos. Vamos a la oficina, donde estaremos más cómodos.
- Estaré detrás de ti.
- ¡Te lo ruego, usa tu nombre de pila!

Tuve la sensación de que todo el mundo a mi alrededor estaba metido en algo, excepto yo. Sin embargo, noté que ahora sabía su nombre de pila, que había mantenido en secreto durante tanto tiempo: Emile. Emile y Rosa Perin. En otra habitación oí el ruido de la ducha. Seguí a Rosa al estudio de arriba.

Al pasar, no pude evitar ver su perfecto trasero. Ella también está en esto, quién sabe. Me ofreció una silla y encendió el ordenador.

Su mujer es decididamente guapa y exuberante, así que empezó a preparar un nuevo expediente para redactar mi CV para mis futuras prácticas. Divertida y amena, enseguida me tranquilizó.

O tal vez fue el hecho de que ya era mi tercer vaso y que su cóctel era particularmente fuerte.

Entre dos carcajadas, con nuestras dos sillas una al lado de la otra, me puso inocentemente la mano en la rodilla desnuda. Hoy llevaba una falda vaquera corta de cintura alta y un jersey negro de cuello alto.

Quizá su gesto no fue tan casto como yo pensaba, porque movió ligeramente la mano por mi muslo. No miraba la pantalla del ordenador. Sus ojos de cierva rodeados de negro me hipnotizaron.

Su mano estaba fría sobre mi piel y ya estaba en el borde de mi tanga. La dejé.

Me quedé petrificado. Me acarició el pubis por encima de la tela de la ropa interior. Sentí que mis labios se hinchaban ligeramente bajo esta estimulación inesperada. Aún oía el ruido de la ducha. Rosa extendió la otra mano para aflojar la incómoda tela y deslizarla hasta mis tobillos.

Una de sus manos acarició mi mejilla, mi cara. Me encantaba esta sensualidad femenina.

Bajo sus dedos expertos, mi vagina se había humedecido mucho. Presionó un poco más mi botoncito rosa antes de introducir un dedo.

Excitada, pero obligada a mantener el máximo silencio, mi deseo no hizo más que aumentar. Apenas podía contener mis gemidos de placer. Dos dedos.

Se llevó otro dedo a la boca para pedirme que me callara. ¿Cómo habíamos podido llegar a esta situación tan rápidamente? Abrí las piernas cada vez más a mi pesar. Ella se deslizó aún más dentro de mí, ni siquiera creí que fuera posible.

Ella era perfecta. Sabía exactamente cómo hacerlo. Su misterio era su encanto. Siempre parecía estar concentrada en el momento.

Ĥ Dios mío, Rosa... Susurré.

Estaba perdiendo el equilibrio. Justo entonces, en el umbral de la puerta, un ruido nos sobresaltó un poco pero no nos intimidó. Era Emile. Sonreía. Le goteaba agua de la frente y tenía las gafas empañadas. Se acerca a nosotros.

Émile agarró con la mano la parte inferior de la mandíbula de su mujer. Al notar su sorpresa, se rió ligeramente. Los miraba con dulzura, con ternura. Durante unos segundos, se limitó a escrutarla atentamente.

Sus labios se juntaron por fin en un tierno beso que rápidamente se volvió más apasionado. Sus lenguas se buscaban, se llamaban. Sus labios se mordían, se reían y se empujaban. Rosa mantenía su mano en mi muslo.

Todos se tomaron su tiempo para degustar, probar y descubrir los sabores de este abrazo. Su mujer había soltado la toalla que él había deslizado alrededor de sus caderas y sus manos, cuyas uñas estaban barnizadas de rojo brillante, se deslizaban ahora sobre sus pectorales.

Inmediatamente, su deseo en carne viva, su sexo pareció despertarse un poco. Imaginé que ya

tenía un furioso deseo de saborear su entrepierna con la lengua. Sentí un gran placer al verlos así.

Ḧ Vamos a nuestra habitación", dice.

Les seguí. Primero se sentaron en la cama. La habitación era muy bonita y muy espaciosa. La cama ya estaba deshecha. Las sábanas eran blancas y beige.

La habitación cuidadosamente decorada. Aún se oía la suave música que venía del salón. Aquí también hay velas. Unas cuantas ropas esparcidas en el respaldo de un sillón.

Unas cuantas fotos enmarcadas en la mesita. No había venido aquí por eso. Rosa, con la que sentía un vínculo especial, se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que me acercara.

Me acomodé a su lado y luego pasé las manos por el cuello viril de mi amante, por sus hombros y omóplatos.

Nuestro amante. Mis amantes. Su cuerpo desprendía un aroma fragante y lujoso. Sus manos, también, vinieron a mí. Podía sentir las uñas barnizadas de Rosa enredadas en mis manos, siguiéndolas mientras me acariciaban.

Juntos, repasamos la piel del vientre del hombre, nuestras manos detallando el vellón oscuro y rizado de su pecho.

Mis manos buscaron su cuerpo. Acaricié el cuello de su vestido, antes de detenerme en el cinturón.

Se había manchado los labios de carmín. Tomé la iniciativa, deslizando un dedo bajo el metal para desabrochar el cinturón bajo sus pechos. Podía sentir su peso en el dorso de mi mano. Ella se estremeció.

Al igual que yo, no llevaba sujetador. En el hueco de su cuello, un collar muy fino adornado con una pequeña perla cultivada gris. Pura clase.

Esta mujer mayor era una verdadera bomba. Me acerqué para besarle el cuello. Qué perfume tan delicioso. Su pelo era espeso y suave como las nubes y sus pendientes enviaban copos dorados al mío.

Nunca hubiera imaginado mi primer trío como una pareja como ellos. Y odiaba a mi profesor de

matemáticas. Aquí estoy en su casa. En su cama. Con su mujer.

Emile se levantó, ahora desnudo. Su sexo estaba muy duro, ya podía sentirlo. Se acercó a su mujer y le deslizó lentamente las bragas por las piernas, bajando la tela hasta los tobillos, inclinándose y besando cada trocito de piel caliente. Ya sabía cómo lo hacía.

Se quedó de pie un momento. Le ayudé. Y aproveché el momento para lamer cuidadosamente su dulce piel femenina. Lentamente empezaba a entregarse a nosotros y a nuestros besos apretados, tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrosadas. Su cuerpo se volvía más suave, más maleable.

Me cogió la mano. Cuello, pecho, estómago, caderas, parte superior de los muslos, rodillas, cara interna del muslo, pantorrilla, tobillo.

Como la última vez. Su pequeño ritual se convirtió en el mío. Podía ver las manos de Rosa apretando la cama y estrujando las sábanas en éxtasis. Debían de hacer el amor aquí todas las noches. Puede que ni siquiera fuera su primera invitada.

Todo había sido planeado y calculado, eso era ahora una certeza. Y yo había caído en la trampa con deleite y candor. ¿Qué podría ser mejor para un experimento primerizo? Todo era perfecto. Me sentí escuchada, comprendida y nunca juzgada.

Las manos de Monsieur Perin eran desestabilizadoramente diestras. Era hermoso de ver, como un bailarín. La luz se fundía con su pelo y sus rasgos como una máscara.

Durante unos segundos, nuestros cuerpos no estuvieron en contacto en absoluto, pero era insoportable. Quería estar cerca de él. Creo que él también, porque nuestras miradas se cruzaron y me agarró del pelo para acercarme a él.

Los tres estábamos en la cama. Mientras tanto, los dedos de Rosa rozaban suavemente la carne de mis muslos, llegando a mis labios secretos. Aquí los tres éramos iguales.

La joven unió su mano a la de su marido para ayudarle a encontrar mi clítoris.

Quería llevarme al mismo punto de éxtasis que antes, cuando estábamos los dos solos en el despacho.

Se encontraron rápidamente. Ella siguió acompañándolo con sus firmes caricias y movimientos circulares. Mi respiración se aceleró y sentí que toda resistencia desaparecía. Él tenía mucho

talento, pero ella, Rosa, era divina. Entre la fuerza y la dulzura, el salvajismo y la picardía. Lo apartó para divertirse ella sola y experimentar con mi cuerpo. Ejercía diferentes presiones y diferentes movimientos, sin entrometerse nunca, me estaba volviendo loca.

Nos miró, con el miembro en la mano. A Emile le gustaba hacer esperar las cosas, hacerlas durar hasta el momento crucial. Más aún, le gustaban las mujeres que no tenían miedo al placer, a las circunstancias atípicas, curiosas, con ganas de aprender, ávidas y abiertas a la idea de compartir a sus parejas. Hoy tenía dos con él. Qué suerte.

Todavía llevaba puesta toda la ropa, excepto el tanga. Rosa se había colocado detrás de mí y podía sentir sus pesados pechos desnudos contra mi espalda.

Era una mujer, con cuerpo de mujer, una belleza real, esculpida, segura de sí misma, con algunas curvas y lunares en el cuello, pero su loca sensualidad era innegable.

Me acarició el pelo y me besó la nuca con ternura. Su presencia me tranquilizó y sentí que con sus atenciones me aceptaba claramente en su intimidad. Émile intuyó que mi orgasmo estaba cerca, pero no era cuestión de ponerle fin tan rápidamente. Me dio un poco de espacio.

Rosa se acercó a su marido. Sus manos estaban frías, pero su abrazo era cálido. Con sus finos dedos, le acarició la piel entre el ano y los testículos, el interior de los muslos, el nacimiento del pelo y el perímetro de los genitales, antes de agarrarlo con firmeza.

Era grande, dura y caliente, y el tamaño no le importaba, pero era perfectamente respetable.

Esto duró unos minutos y luego nos empujó el uno hacia el otro. Nos miró tocarnos y descubrirnos durante un rato.

Para mi sorpresa, descubrí el frío metal de un piercing alrededor de su pezón. No era un anillo, sino un pequeño travesaño con dos bolas en los extremos.

Estaba muy emocionada. Lentamente empecé a jugar con él, sin saber exactamente cómo manejarlo.

Pero muy pronto, abrumado por lo que estaba descubriendo, descubrí cómo utilizarla para darle placer. Finalmente, cuando ya no podía más, agarró de repente las caderas de Rosa y la levantó de la cama, poniéndola de cara a la pared. Fue delicioso sentir cómo perdía su agarre.

Había pasado de mojada a empapada. Apretó las nalgas contra él y cogió su mano para llevarla de nuevo a su entrepierna. Ni un segundo de vacilación. Utilizó la otra mano para agarrarle las nalgas, cosa que debo decir que me gustó mucho.

Me levanté, me acerqué a él y me coloqué a su espalda. Mis dientes mordieron la carne de su tierno cuello. Mi lengua recorrió cada centímetro para saborearlo.

Una de sus manos me agarró y me acercó a ellos. Su mujer no gritaba, pero respiraba con dificultad. Podía oler el aroma de su cuerpo.

Se tensó de repente, y entonces vi su ciprín corriendo por sus piernas. Se retiró suavemente. Pero seguía empalmado. Rosa se deslizó entre sus brazos y volvió a besarme.

Ahogada en placer, apenas tuve tiempo de sentir el sexo de Émile penetrándome, mientras su otra mano seguía ocupada contra mi bajo vientre. De mi boca escapó un pequeño grito que no pude controlar. Nunca había imaginado que me dejaría seducir y atraer tan rápidamente por aquel hombre.

Me giró y me encontré encima de él. No sabía muy bien cómo hacerlo, pero me dejé guiar por él.

Con una mano en mi cadera, apenas se movió al principio para dejarme encontrar mi propio ritmo.

Rosa aprovechó para agarrar uno de mis pechos y apretarlo tiernamente con la palma de la mano. Volvió a gemir al tocar mi pezón erecto. Cogí confianza y empecé a acelerar el ritmo. Estaban hirviendo. Me levantó el cuello de tortuga para dejar al descubierto mi vientre.

Los dos jadeaban, él dentro de mí y ella mirándonos y masturbándose a nuestro lado. El juguete de un hombre, el juguete del otro. Sentí que estaba muy cerca de correrme, literalmente me estremecía bajo sus dedos, era exquisito. Me llenaba por completo. De repente tuve un orgasmo. Incontrolable.

Como una explosión dentro de mí. Grité de placer, con los ojos cerrados. Tensa para saborear hasta el último segundo. Los dos me miraban. Sintiéndome mareada por el terremoto en mi interior, me dejé deslizar hacia un lado. Necesitaba un pequeño descanso.

Rosa, por su parte, había recuperado toda su energía y se apresuró a explicar, o más bien a mostrar, lo que quería.

Con un brillo travieso en los ojos, besó la parte superior del torso de su marido y bajó lentamente hasta su sexo. Luego cogió sus partes aún duras con las manos y se las llevó a la boca.

Su lengua recorrió su glande mientras sus labios abrazaban su sexo. No tardó en unirse al movimiento de su mano y aceleró el ritmo. Intrigado, me acerqué. Creo que el descanso había terminado para mí. Segundo acto. Rosa cogió mi mano y con confianza la envolvió alrededor del sexo de Émile.

Él, lleno de sorpresa al vernos a las dos mirándole, me agarró del pelo y me lo acarició suavemente, loco de deseo. Volvió a endurecerse. Su respiración era agitada, su cuerpo temblaba y se sacudía suavemente.

Rosa me hizo señas para que ocupara su lugar. Así que, tímida y cautelosamente, me metí un pene en la boca por primera vez en mi vida.

Lo acerqué a mi paladar, lamiendo cada rincón. Al mismo tiempo, le miré. No podía aguantar más, golpeando el aire con las manos.

Rosa la Atrevida introdujo un dedo en la entrada del ano de nuestro hombre y lo acarició suavemente con un apretado movimiento circular.

Émile eyaculó en mi boca sin pudor en un último espasmo y suspiró de felicidad.

De un trago, me tragué el esperma caliente que tenía en la garganta. Temblaba bajo mis manos. Rosa me acarició la espalda con sus uñas cuidadas.

La apoteosis del placer. Todo en una sola noche.

Potes de mon Frérot

VOLUMEN 1

Siempre estoy un poco nervioso cuando llego a casa del trabajo por la noche. Si llego un minuto tarde o parezco un poco sospechosa, suelo pasarlo mal. Arthur siempre está convencido de que le estoy engañando o jugando con él. Por mucho que intente tranquilizarle, es inútil. Cada vez me cuesta más ocultar mis moratones y mi estado en general. Ya no sonrío, ya no como, ya no soy plenamente feliz. La gente que me rodea está preocupada y sé que las cosas no pueden acabar bien entre Arthur y yo.

Por supuesto, no engaño a Arthur, pero eso no significa que le siga queriendo: los últimos meses con él han sido un infierno tan insoportable que mis sentimientos hacia él han acabado por desaparecer por completo. Por otro lado, he descubierto sentimientos por otras personas. Desde hace unos años tengo la impresión de sentir algo cada vez más fuerte por los dos mejores amigos de mi hermano: Grégory y Franck.

Hemos pasado mucho tiempo juntos en las últimas semanas y su compañía me permite evadirme un poco y olvidar mi vida diaria de miedo y ansiedad. Lo mejor de todo esto es que Arthur no ve nada malo en ello; cree que los veo como hermanos mayores y está convencido de que no puede pasar nada entre nosotros.

Desgraciadamente tiene razón, no me veo haciéndolo con los dos mejores amigos de mi hermano, pero me encantaría. Cada vez pienso más en ellos, no hay uno que prefiera más que el otro, me encantan los dos, se complementan, me hacen feliz. Nunca le he hablado de ellos a mi hermano Thomas, porque nunca me dejaría verlos y no podría soportarlo. Me conformo con jugar a la hermanita mona que sólo quiere amistad para cubrir mis huellas y de momento funciona a la perfección, pero ¿por cuánto tiempo?

Esta noche llego diez minutos tarde, los atascos en la carretera eran interminables. Casi no me atrevo a cruzar el umbral. Sé que Arthur me espera en el umbral, pero estoy petrificada. No necesito abrir la puerta, ya que él lo hace por mí. Me mira de arriba abajo con expresión de

disgusto y asiente con la cabeza, invitándome a entrar con indiferencia. En general, no le gusta dar espectáculo; todos los vecinos lo ven como un hombre extraordinario que cuida mucho de todos, si lo supieran.

Entro discretamente sin decir palabra y corro hacia el dormitorio. Arthur corre detrás de mí y no tarda en alcanzarme. Me agarra con fuerza del brazo y me impide avanzar:

- *¿Adónde vas? ¿Dónde has estado?*
- *¿Qué sentido tiene que te lo diga? De todas formas, como siempre, no me creerías.*

Estoy tan agotada que las palabras me salen solas, sé lo que me va a costar pero no me importa, estoy acostumbrada, sólo quiero que acabe rápido.

Me estampa contra la pared, más enfadado que nunca:

- *Repito mi pregunta: ¿dónde estabas?*
- *En el tráfico.*
- *¿Me estás tomando el pelo?*
- *No, te lo prometo.*
- *¡Tómame por tonto!*

Empieza a hacer grandes gestos y a gritar:

- *¡Eres una zorra! ¡Nunca pude confiar en ti! ¡Estoy harto de estar con una zorra como tú!*
- *¡Entonces déjame!*

Arthur se para en seco, como si yo hubiera dicho algo horrible. Sé que he ido demasiado lejos y que las cosas están a punto de irse de las manos. Me da un puñetazo tan fuerte que me deja en el suelo, completamente aturdida. Luego me agarra por el pelo y me estampa contra la pared. Me sacude por todas partes como si intentara averiguar qué me pasa y yo me rindo como una muñeca de trapo.

Cuando termina, me da una fuerte bofetada y vuelvo a caer al suelo. No lloro, ya no lloro, ni siquiera sé si me duele de verdad, mi cuerpo reacciona pero mi cerebro parece protegerse y pensar en otra cosa, como para mantenerme con vida.

Arthur se alejó, dejándome en el suelo sin decir palabra. Unos minutos después, sigo en el suelo y veo que vuelve hacia mí. Me tapo la cara, simplemente para evitar que alguien a mi alrededor haga demasiadas preguntas. No me golpeó, pero me tiró una bolsa de deporte a los pies:

- *Vete de aquí, no quiero más de ti.*

No le contesté y aproveché el momento para marcharme lo antes posible. Ya había intentado dejarlo varias veces, pero él volvía a mí. No soportaba que fuera yo quien pusiera fin a nuestra relación, y nunca imaginé que algún día lo haría.

Me siento libre, pero al mismo tiempo sigo aturdido por lo que acaba de ocurrir. Me encuentro fuera, solo, con todas mis pertenencias en una desafortunada bolsa de deporte, y me siento como un vagabundo.

Naturalmente, me puse en contacto con mi hermano Thomas y me recogió en media hora, en un aparcamiento:

- *¡Cuéntamelo todo!* grita presa del pánico.
- *Arthur llevaba unos meses pegándome, se había vuelto insoportable y paranoico, pero yo no podía dejarle, estaba en sus garras y completamente atrapada. Acaba de dejarme y me ha dejado esta bolsa con mis cosas dentro. No creo que tenga todo, pero...*

Thomas no me escucha, tiene la mirada perdida, siento que estoy hablando con una pared:

- *¿Thomas? ¿Me estás escuchando?*
- *Me detuve en "Arthur me ganó".*
- *Ya se acabó. Es culpa mía, debería haber conseguido irme antes, no fui lo bastante fuerte.*
- *No vuelvas a decir algo así, no es culpa tuya.*

Thomas aprieta la mandíbula y los puños y temo que cometa una estupidez. Siempre ha sido extremadamente protector conmigo y puede que no sea capaz de soportar semejantes revelaciones. Intento tranquilizarle, pero no me oye, está completamente ausente a pesar de que

estoy a su lado:

- *Thomas, por favor, cálmate. Ya estoy bien.*
- *Deberías habérmelo dicho, lo habría matado.*
- *¡Por eso no te lo he contado!* respondo riendo.
- *Tengo mis dudas, pero me siento inútil.*
- *No digas eso, siempre has estado ahí para mí y hoy lo vuelves a demostrar. Muchas gracias.*

Thomas me da un abrazo y un poco de ternura me calienta el corazón. Intentamos cambiar de tema, pero noto que mi hermano está tenso y me gustaría poder pasar página rápidamente:

- *¿Cómo están Grégory y Franck?*
- *Bueno, los veré esta noche, ¿quieres acompañarnos? Te vendría bien salir un poco, ¿no? Además, ¡estás a salvo con tus tres hermanos mayores!*

Mi corazón da un vuelco cuando termina la frase. Me pregunto si Grégory y Franck ven las cosas de la misma manera, espero que no. Acepto encantada pasar la velada con ellos y ya he planeado ponerme lo más guapa y sexy posible.

Decido hacer un alto en el camino y comprarme un bonito vestido. No tengo mucho que ponerme esta noche y un poco de compras me animará. Thomas no tiene muchas ganas de venir conmigo, odia ir de compras, pero con lo que acabo de pasar, se lo toma con calma y mantiene una sonrisa en la cara, lo que significa mucho para mí.

Encuentro un vestidito rojo ajustado, muy sexy y que probablemente hará girar más de una cabeza esta noche. A Thomas no le gusta mucho y le parece vulgar, pero le recuerdo amablemente que no es mi padre y se lo compro sin dudarlo un segundo.

Cuando llegamos a casa de Thomas, ya era tarde y ni siquiera habíamos tenido tiempo de comer. Teníamos que prepararnos para reunirnos con Grégory y Franck y yo estaba más impaciente que nunca. Monopolizo el cuarto de baño durante una buena hora para ponerme lo más guapa posible. Me doy una buena ducha, me cuido la cara y me pongo crema hidratante por todo el cuerpo. Estoy muy suave y huelo divinamente. Me pongo el vestido, un par de tacones de aguja,

me recojo el pelo en una coleta y me maquillo ligeramente para resaltar mis ojos verdes.

Luego me reúno con Thomas en el salón:

- *¿Va a asistir al Festival de Cannes?*
- *No, tengo derecho a querer ser guapa, ¿no?*
- *¿Es así? ¿Y para quién?*

Le fulmino con la mirada antes de responder:

- *Para nadie... Bueno, para mí, quiero pensar que soy guapa, eso es todo, ¡lo necesito!*
- *Está bien, está bien, no te enfades, ¡podrías asustarme!* se ríe.

Le saco la lengua y ambos volvemos a su coche. El trayecto es rápido, la música suena a todo volumen en nuestros oídos y nos dirigimos a un bonito bar de la ciudad. Las palabras y los golpes de Arthur aún están frescos en mi mente, pero intento no pensar en ellos. Siento que lo reprimo todo en el fondo de mi mente. Tengo miedo de acabar explotando, pero intento fingir que no existe, con la esperanza de no perder nunca el control.

Thomas nota que no me siento serena y de vez en cuando me pone una mano tranquilizadora en el muslo, acompañada de una tierna sonrisa que me calienta el corazón.

Por fin llegamos al bar y vuelvo a estar sonriente y feliz. Salgo del coche toda excitada y Thomas y yo encontramos a Gregory y Franck ya sentados en una mesa. Están más sexys que nunca y me los quiero comer a los dos. Altos, musculosos, de mandíbula cuadrada, con una sonrisa escarlata que te deja boquiabierta y una barba recortada y brillante, son la encarnación de mis fantasías. Me gustaría tenerlos para mí sola, aunque sólo fuera una noche, aunque sólo fuera una hora, me gustaría que nos perteneciéramos el uno al otro y que me hicieran lo que quisieran.

Me siento entre Thomas y Grégory, que se inclina sobre mí:

- *Qué guapa estás esta noche",* me susurra al oído.

Thomas no presta atención a nuestro pequeño acercamiento porque ha ido a pedirnos unas copas. Me sonrojo al instante ante este cumplido y ni siquiera me atrevo a mirarle a los ojos:

- *Yo... Gracias, tú también eres muy guapo.*
- *Gracias Drénouche.*
- *¡Ya te he dicho que no me llames así! ¡Ya no tengo 12 años!*
- *Lo siento, ese apodo siempre te acompañará, amor",* responde Franck.

Grégory asiente y se ríe, y yo no puedo evitar reírme con ellos.

Thomas por fin se une a nosotros y me pone un mojito delante:

- *Tu cóctel favorito*
- *¡Muchas gracias!*

Estoy a punto de beber cuando Grégory me detiene:

- *¡Aguanta, aguanta! ¿Por qué brindamos?*
- *¡Por nuestras vacaciones en Arcachon!* exclama Franck.

Los tres amigos brindan y yo me uno a ellos, aunque no creo que me inviten:

- *Hablando de eso, ¿te gustaría que una cuarta persona nos acompañara estas vacaciones?*
- *¿Ah, sí? ¿Como quién? Estás en una relación y vas a traernos otra chica, ¿no?*
- *Como mi hermana.*
- *¿Andrea? ¿Por qué?* pregunta Franck asombrado.
- *Necesita distraerse, créeme, le hará bien.*

Grégory está encantado de que vaya, pero Franck parece bastante reacio:

- *Se suponía que estas eran unas vacaciones de chicos, Thomas, lo que estás haciendo aquí no está bien. Sabes que quiero a tu hermana, pero planes de última hora como este no me gustan nada.*

De repente me siento muy incómodo en esta conversación y en esta mesa, tengo la impresión de ser demasiado y siento la necesidad de escabullirme unos minutos:

- *Ahora vuelvo, tengo que ir al baño.*

Los chicos me dejan pasar y salgo del bar a tomar el aire. No me encuentro muy bien después de la reacción de Franck, pero lo comprendo. Es cierto que unas vacaciones con los chicos no tienen el mismo sabor si aparece la hermana pequeña. Ojalá lo hubiera dicho con más tacto, ni siquiera sabe por lo que estoy pasando en este momento.

Camino sola durante unos minutos y al cabo de un rato, cuando recupero el sentido, me doy cuenta de que no sé dónde estoy. Me doy la vuelta, no hay luz, me he metido por unos callejones oscuros y estoy más asustada que nunca. Como en toda buena película de terror, mi teléfono se ha quedado sin batería. Decido no dejarme llevar por el pánico, darme la vuelta y mantener la calma y la serenidad.

Camino deprisa y no encuentro el camino de vuelta, aunque no creo que lleve tanto tiempo andando. Thomas debe estar completamente aterrorizado.

Desde hace unos minutos siento una presencia a mi espalda, intento caminar lo más rápido que puedo sin darme la vuelta, pero cada vez la noto más cerca. No sé qué hacer, quiero gritar o correr pero tengo miedo de cómo pueda acabar.

Una mano fuerte se apoya en mi hombro:

- *¿Adónde crees que vas?*

La pregunta resonó en mi cabeza. Es la misma pregunta que me hizo Arthur antes de tirarme al suelo y pegarme. Me quedo de piedra y me detengo en seco. Me tiembla todo el cuerpo, estoy en un estado de estupefacción total, incapaz de hacer un movimiento, ni siquiera me doy la vuelta. Mi cerebro entra en modo de espera, soy un robot.

El hombre vuelve a preguntarme y yo no contesto. Me zarandea un poco, preguntándome si todo va bien, y yo sigo siendo incapaz de mirarle a la cara.

Me gira suavemente hacia él y me mira atentamente. No soporto que me toque, y su pregunta resuena en mi cabeza una última vez antes de que empiece a gritar y a llorar:

- *¡Déjame en paz, suéltame! ¡Déjame en paz, socorro!*

Sigo gritando y el hombre se aleja de mí, turbado. Un hombre sale de entre las sombras y me coge en brazos:

- *¿Va todo bien?*

Para mi gran sorpresa, Franck vino a rescatarme. Me desplomé en el suelo, llorando a lágrima viva.

Franck avanza hacia el desconocido, preparándose para golpearle:

- *Tío, cálmate, no le he hecho nada, sólo quería saber si estaba bien, no quería asustarla, parecía perdida.*
- *¿De verdad? ¿Entonces por qué es así? ¿Me lo puedes explicar?*

Hice acopio de mis últimas fuerzas para responder por el desconocido:

- *Franck, tiene razón... Él sólo quería ayudarme, no hizo nada, yo...*

No pude terminar la frase y empecé a llorar de nuevo. Mientras tanto, el desconocido aprovechó para salir corriendo y Franck se me acercó amablemente. Se sienta en el suelo conmigo y me invita a venir y tumbarme en sus brazos. Me uno a él inmediatamente y me tranquiliza rápidamente acariciándome el pelo:

- *¿Qué ha pasado? ¿Por qué te fuiste?*
- *Bueno, ¿y tú? ¿Por qué no quieres que vaya?*
- *No es nada contra ti Andréa, simplemente no me lo esperaba, pero tengo la impresión de que necesitas unas vacaciones.*

Agradezco que Franck me comprenda sin rechistar. Me siento un poco mejor, pero me doy cuenta de que la violencia de Arthur me ha afectado más de lo que pensaba.

Franck llama a Thomas para decirle que me ha encontrado y que estoy bien. Me invita a subir a

su coche para llevarme a casa de mi hermano. Siento la necesidad de hablarle de lo que ha pasado esta noche. No me atrevo a abordar el tema yo misma y espero a que sea él quien dé el primer paso:

- *¿Qué has dicho? Explícame por qué reaccionaste así esta noche. ¿Ese tipo realmente no te hizo nada?*
- *No, no me ha hecho nada. Mi ex novio era bastante violento conmigo y ahora tengo un poco de miedo, creo.*
- *¿Qué quiere decir con eso?*
- *A veces me pegaba cuando le ponía de los nervios.*
- *No nos lo dijiste. ¿Por qué no iba a hacerlo? Quiero matarlo.*
- *Thomas también. Quería evitar un baño de sangre. Él me dejó hoy temprano de todos modos, ya ha terminado. Por eso Thomas quiere que vaya contigo a Arcachon.*
- *Ahora lo entiendo. Lo siento mucho, sólo pensaba en mí sin intentar comprender por lo que estabas pasando. A partir de ahora, nadie volverá a ponerte la mano encima, puedes estar segura.*

El lado protector de Franck me tranquiliza y me excita a la vez. La idea de ser su pequeña protegida me encanta por encima de todo.

Cuando llegamos a nuestro destino, Franck me da un tierno abrazo y yo me dirijo rápidamente al piso de mi hermano. De camino a casa, obviamente, me regañan tras mi pequeña escapada. Me disculpo una docena de veces antes de que me dejen ir a la cama.

Por suerte, mi hermano tiene una habitación libre y no tendré que dormir en el salón. Me meto rápidamente en la cama y me tomo unos minutos para hacer balance del día.

Tengo que reconocerlo: estoy locamente enamorada de Grégory y Franck. No tenía ni idea de que fuera posible enamorarme de dos personas. Los quiero a los dos por igual y me sería imposible elegir entre ellos. Empiezo a sentirme cada vez más excitada en su presencia, a sentir cierto calor entre las piernas cuando me tocan, me besan, me miran. Tengo la impresión de que cada vez me va a resultar más difícil ocultar la atracción que siento por ellos, pero no me queda más remedio.

Empiezo a cansarme y pienso en mis futuras vacaciones en Arcachon. Nos vamos el próximo fin de semana y no puedo estar más emocionada. Estoy segura de que lo pasaré muy bien y de que todo saldrá bien.

Me duermo con una sonrisa en la cara, sintiéndome más seguro que nunca.

Esta mañana me he levantado de buen humor, de muy buen humor, porque anoche tuve un sueño extraordinario. Era sobre Franck y no estábamos jugando a las cartas.

Fue él quien me siguió por la calle y me encontró cuando estaba sola en la oscuridad. Me agarró por detrás y me besó en el cuello. No me sentí atacada ni asustada, al contrario, estaba más excitada que nunca y quería más. Luego me dio la vuelta y me miró a los ojos. Me dijo que estaba preciosa esta noche y me besó lánguidamente. Me pareció que duró horas, fue tan bueno que casi sentí que saboreaba sus labios. Nunca había tenido un sueño tan realista y excitante en mi vida.

Luego me llevó al callejón más oscuro de la esquina y me apretó suavemente contra la pared, de un modo sensual, no brutal. Cedí y siguió besándome. Luego bajó la mano hasta mi entrepierna y empezó a acariciármela. Le dije que no era razonable, que estábamos en plena calle y alguien podría vernos. Me pidió amablemente que me callara y siguió acariciándome por encima del vestido. Mi entrepierna se humedeció más rápido que un rayo y entonces me subió el vestido para deslizar su mano dentro de mis bragas. Se rió al señalar que mi sexo estaba empapado y me sonrojé al instante.

Nuestra complicidad era más fuerte que nunca. Me sentía cómoda y dispuesta, y quería que hiciera lo que quisiera. Y él no dudó ni un segundo. Nadie nos molestaba, tenía la impresión de que estábamos solos en el mundo, me hubiera gustado que Grégory se uniera a nosotros.

No se limitó a acariciarme superficialmente, sino que acabó metiéndome un dedo, y luego dos. Aunque estábamos fuera, no pude evitar gemir sin contener los decibelios. Franck me tapó varias veces la boca con la mano libre, pero eso sólo consiguió excitarme más y gemí más fuerte. Tuvo el mismo efecto cuando me pidió que me callara. Sabía perfectamente lo que hacía.

Como es médico, le pregunté varias veces si podía examinarme aquí mismo, en esta calle, y él se rió y me dijo que yo era su paciente favorita y que no se limitaría a examinarme. Por fin sentí que le pertenecía, era todo lo que había soñado.

Finalmente retiró sus dedos de mi sexo y me puso boca abajo contra la pared. Me apretó las manos contra la pared y me dijo que no me moviera. Entonces le oí bajarse los pantalones y luego los bóxers. Me arrancó las bragas con fuerza y frotó su sexo contra mis nalgas. Era grande, duro y caliente y lo único que deseaba era que me penetrara vigorosamente.

Franck no tardó en darme lo que quería y me llevó contra la pared del callejón oscuro. Grité con todas mis fuerzas y Franck no se anduvo con rodeos conmigo. Me sentí libre y salvaje, me dejé llevar por completo.

Mi sueño no terminó como esperaba. A Thomas se le cayó algo al suelo y me despertó sobresaltada. Mis bragas estaban empapadas y yo toda sudada. Nunca me había sentido tan transportada por un sueño. No puedo ni imaginarme lo que sería si ocurriera de verdad. Estoy segura de que Franck sería como en mis sueños: dominante, imponente, sexy, carismático y excitante. Y, sobre todo, estoy segura de que su sexo también sería como lo había soñado.

Estos últimos días he estado preparando mi viaje a Arcachon. Me he comprado ropa nueva y una maleta grande para llevarlo todo. Cada vez me olvido más de Arthur y me siento mejor. He metido en la maleta mis mejores bikinis y estoy impaciente por partir.

Salimos en coche y nos esperan ocho horas de viaje. Estoy deseando pasarlas con Grégory y Franck, y sobre todo ver sus cuerpos en bañador en la playa. Me muero por poder contemplarlos con tranquilidad. Ya me imagino sus torsos empapados por el agua salada y lo estoy deseando.

Cargamos el coche y Thomas me pide que vaya delante con él. Le digo que me da asco ver demasiado la carretera y me permite ir detrás. Me siento detrás de él, esperando que Grégory se siente a mi lado o Franck, qué más da.

Vamos a recoger a los dos hombres. Franck se sienta en el asiento del copiloto con mi hermano y Grégory me acompaña detrás.

El viaje empezó bien, con muchas risas y música. Nada puede con nosotros, y nos lo pasamos muy bien a pesar de los atascos y de los conductores, a veces malos.

Hacia las 2 de la madrugada, Thomas empieza a cansarse. Ha intercambiado el sitio con Franck y se ha quedado dormido a la velocidad de la luz. Grégory también se ha quedado dormido, pero sobre mi hombro. Me encanta sentirle contra mí y no le molestaría por nada del mundo. Apoyo mi cabeza en la suya y también me duermo.

Al cabo de un rato, siento que mis dedos se pasean entre mis piernas. Abro los ojos y veo que Grégory me está metiendo los dedos. Estoy a punto de gemir demasiado fuerte y me pone la otra mano en la boca. Me contengo y disfruto del momento sin inmutarme. Franck nos mira por el retrovisor y está deseando unirse a nosotros.

Espera hasta el siguiente cruce de autopista para parar el coche y se une a nosotros en el asiento trasero. Me pide que me ponga en el asiento del medio y los dos hombres se ponen cada uno de su lado. Me besan, me tocan, me acarician, es incluso mejor que en mi último sueño con Franck, es la apoteosis, el ramo final.

Gimo cada vez más fuerte, sin prestar atención a mi hermano, que sigue durmiendo delante. A él no parecen molestarle nuestras pequeñas aventuras y seguimos adelante, tratando de ser lo más discretos posible.

Me inclino sobre la entrepierna de Gregory y le bajo los pantalones y los bóxers. Acaricio delicadamente su sexo, que no tiene nada que envidiar al de Franck, y luego lo lamo antes de metérmelo en la boca. Gime y me pide que se la chupe cada vez más rápido y yo lo hago sin inmutarme. Siento un gran placer al dársela.

Franck me desnuda y acaricia mi sexo durante unos minutos antes de poner su lengua contra mi clítoris y lamerlo rápidamente. Estoy a cuatro patas en el asiento trasero chupándosela a un hombre del que estoy enamorada mientras el otro hombre del que estoy enamorada me lame el clítoris. Todo esto mientras mi hermano duerme en el asiento delantero. Empiezo a tener una sensación de "*demasiado bueno para ser verdad*".

Me despierto sobresaltada por las risas divertidas de Grégory y Franck:

- *¿De qué te ríes? ¿Por qué te ríes?*
- *No sé qué estabas soñando, pero debió de ser bastante movidito", dice Franck con una risita.*
- *Sí, estabas gimiendo a voz en grito.* replicó Grégory.

Lanzo una mirada preocupada a Thomas:

- *No te preocupes, sigue durmiendo",* dice Franck, tranquilizándome.
- *Sí, puedes seguir soñando con nosotros",* añade Grégory, guiñándome un ojo.

Le doy un codazo para decirle: "*¡Estás soñando, amigo*! y sin embargo tiene toda la razón". No creía estar soñando, tenía la impresión de sentirlo todo, experimentarlo todo, no puedo imaginar que nunca haya sucedido.

Intento volver a dormirme, frustrada por lo que acaba de ocurrir. Por otro lado, pienso que quizá Franck y Grégory me vean ahora como algo más que una hermana pequeña, lo que podría ser beneficioso al final.

El viaje terminó como había empezado, de madrugada y de buen humor. Llegamos a nuestra villa para las próximas dos semanas y estoy sobreexcitada. La visito en pocos minutos. Es enorme, hay más habitaciones de las necesarias y he elegido la más grande y bonita. Tengo un cuarto de baño privado y un balcón con espléndidas vistas al jardín y a la piscina climatizada. Esta vez no estoy soñando, voy a pasar realmente mis vacaciones aquí, con los dos hombres que más me impresionan en el mundo. Arthur ya ni siquiera existe a mis ojos.

Guardo rápidamente toda mi ropa en el vestuario y me pongo enseguida el bañador. Estoy cansada por el viaje y no he dormido mucho, pero quiero aprovechar estas vacaciones para distraerme y, sobre todo, para pasar tiempo con mis dos hombres favoritos.

Thomas se ha ido a descansar, diciendo que se reunirá con nosotros más tarde. Por nuestra parte, los tres damos un paseo por la playa.

Aún es muy temprano y no hay mucha gente. Es agradable, pero me da miedo que el agua esté demasiado fría. Me tumbo en una toalla para disfrutar del sol. Mientras tanto, Grégory y Franck ya están sin camiseta y listos para saltar al agua:

- *¿Qué pasa? ¿Vienes con nosotros, Andrea?*
- *Seguro que el agua ya está helada, ¡así que tendré que ver cómo te diviertes!*
- *¿Y crees que vamos a dejar que eso ocurra?* pregunta Franck con una sonrisa.
- *Sí, creo que sí, ¡si no quieres atraer la ira de la gente!*
- *¡Me estás asustando! ¿Has visto a Grégory? Da miedo, ¿verdad?*
- *Sí, un escalofrío acaba de recorrer mi cuerpo, ¡casi no me atrevo a acercarme a ella!*

Estaban contentos con sus tonterías y se reían de mí. Por mi parte, me uno a las risas pero aún no me siento preparado para meterme en el agua. Me tumbo boca abajo esperando que se olviden de mí.

Unos segundos después, sentí que dos manos me agarraban por las caderas y me levantaban como un saco de patatas. Grité mientras forcejeaba:

- *¡Suéltame, Greg, lo digo en serio!*
- *¡Vas a probar el agua como el resto de nosotros, cariño!*
- *¡Qué coñazo!*

Los odio tanto como los quiero en ese momento, pero sigo disfrutando de su compañía. Gregory me lleva con él a la orilla del agua y luego se tira conmigo en brazos. Como esperaba, el agua está helada y grito al sacar la cabeza del agua helada. Me estremezco, insultándoles mientras se parten de risa:

- *Eres tan mono así*", me susurra Franck al oído.

Me coge en brazos y me frota un poco el cuerpo para calentarme. El gesto empapa al instante mi entrepierna, pienso en mis sueños, en mis fantasías y deseo que me folle ahora en el agua, delante de todos. Intento mantener la cabeza fría. Grégory ha salido a secarse un poco. Estoy sola en brazos de Franck, disfrutando de este delicioso momento:

- *Sé que te gusto.*

Mis ojos se abren de par en par. Esperaba cualquier cosa menos esa frase. Me ruborizo y no sé qué decir. Intento apartarme de él, pero me atrapa y vuelve a estrecharme entre sus brazos:

- *Jaja, ¡creo que he dado en el clavo! exclama* feliz.
- *No sé de qué estás hablando.*
- *¿Lo dices en serio? Claro que sabes lo que quiero decir, estás loco por mí, puedo decirlo.*
- *Estás diciendo tonterías, eres uno de los mejores amigos de mi hermano, basta.*
- *¿Cuál es el problema? No tiene nada que ver.*
- *Si es que tiene. No tienes ningún efecto sobre mí, corta el rollo.*
- *¿Seguro?*
- *Sí, seguro.*

Me mira desafiante y aprieta su cuerpo contra el mío. Me deja acariciar sus musculosos brazos y su torso. Están húmedos y abultados como los había imaginado en mis sueños más salvajes. Pero esta vez no estoy soñando, Franck coquetea conmigo y me excita terriblemente.

Desliza una de sus manos bajo el agua y me acaricia el sexo por encima de las bragas del bañador. Siento una fuerte descarga eléctrica y casi grito. Me contengo y no me atrevo a mirarle a los ojos. Me contorsiono, disfrutando del momento y deseando más:

- *¿Qué te pasa? ¿Todavía no te hago efecto?*
- *No, no tengo.*
- *He traído mis gafas de bucear.*
- *Sí, pero ¿y qué?*
- *Soy bueno en apnea.*
- *No sé a dónde quieres llegar, Franky.*
- *Ya lo verás.*

Franck se pone las gafas de bucear y desaparece bajo el agua. Unos segundos después, siento unas manos que me bajan el bañador y una lengua que roza mi sexo. Me da mucha vergüenza pensar que alguien nos vea y trato de poner mala cara. Permanezco de pie como si no hubiera

pasado nada, haciendo como que miro al mar pero emitiendo discretos gemiditos al mismo tiempo.

Un minuto después, Franck salió a la superficie, satisfecho:

- *¿Has visto eso? ¡Soy demasiado bueno en apnea!*
- *Sí, es verdad",* respondo tímidamente.
- *Aún no has visto nada, aparte del agua se me dan bien muchas otras cosas.*
- *No lo dudo.*

Grégory se une a nosotros:

- *¿Qué estáis haciendo? ¿Qué hacéis, tortolitos?*
- *Déjate de tonterías",* responde Franck.
- *Sí, ¡eres pesado, Greg! añado,* molesto.
- *Está bien, está bien, cálmate, ¡sólo estoy bromeando!*
- *¿Vamos dentro? Tengo frío", pregunto con seriedad.*

Los dos chicos asienten y salimos del agua.

Una vez de vuelta en la villa, sigo con las mismas ganas de divertirme, pero con comodidad. Esta vez, nada de agua fría, quiero disfrutar de la piscina climatizada. Franck se va a ducharse y nos dice que disfrutará de la piscina más tarde. Grégory se queda conmigo y chapoteamos como dos niños en la enorme piscina de la villa:

- *¿De qué hablabais Franck y tú en el agua?*
- *Nada, bueno todo y nada, ¡sólo la vida!*
- *Pareces muy avergonzado de repente, cariño.*
- *No, en absoluto, ¡tus preguntas son extrañas!*
- *¿Tú crees? Vosotros sois los raros. ¿Pasa algo entre vosotros?*
- *¿Entre Franck y yo? ¡En absoluto!*

Mis reacciones son demasiado exageradas. No puedo mentir y Grégory sin duda sospecha algo

ahora:

- *¿Le prefieres a él antes que a ti?* me pregunta, acercándose a mí.
- *¿Qué? No, cualquier cosa. No, cualquier cosa.*
- *¿Es eso cierto?*
- *Sí, es cierto.*
- *Así que no huyas de mí.*

Dejo que se acerque a mí, sintiendo una vez más que todo ha sido un sueño. Es un poco menos emprendedor que Franck, pero eso también me gusta, se complementan y eso es lo que me gusta tanto de ellos. Me mira intensamente y noto que le gustaría decirme algo, pero no se atreve. Respira hondo y se lanza:

- *Franck y yo nos hemos dado cuenta de que te gustamos. Sabemos que ya no eres una niña, sino una mujer que necesita un hombre fuerte en su vida. Pero no creemos que uno sea suficiente.*
- *¿Qué pasa? ¿Cómo que qué?*
- *Nos gustaría sugerirte algo a ti y a Franck, lo hablamos anoche y antes. Ahora estamos seguros, sólo queremos tu respuesta.*

Mi corazón se acelera. ¿Qué me ofrecerán?

VOLUMEN 2

Grégory tartamudea y le cuesta mucho mirarme a los ojos. Temo que me pregunte algo serio y que no sea capaz de responderle. Tengo una pequeña idea en la cabeza, pero me parece imposible. Estoy pendiente de cada una de sus palabras, esperando a que se digne a hacer su propuesta.

Franck vuelve de la ducha y se tumba en una tumbona junto a Grégory y a mí, para que podamos oírnos:

- *Entonces, ¿de qué estás hablando?*
- *Iba a hacerle nuestra proposición.*
- *Ya veo, ¡vamos!*

Franck y Grégory se miran con picardía y cada vez estoy más impaciente por llegar al fondo de esta historia:

- *Vamos, ¡dale a luz!* exclamo exasperado.
- *Te ofrecemos un trío.*

Me quedé con la boca abierta ante esta petición. Desde luego era la idea que tenía en mente, pero no podía ser más utópica; parecía imposible que me hicieran una propuesta tan descabellada:

- *¿Un ménage à trois? ¿Qué quiere decir? ¿Yo con vosotros dos?*
- *Sí, nos follamos, tenemos una relación normal de a tres, y tu hermano obviamente no necesita saberlo.*

Tengo un montón de preguntas rondándome la cabeza, pero me digo que tendré mis respuestas a su debido tiempo. Los miro sin decir palabra, sé que mis ojos brillan de emoción pero mi boca lucha por sacar lo que siento:

- *Creo que ahí te hemos perdido",* se ríe Franck.
- *Sí, quizá deberíamos hacerle entender lo que entendemos por un trío, ¿no crees?* le pregunta Grégory a Franck.
- *Tienes razón, me he duchado, pero no importa, ¡me uno a ti!*

Franck se zambulle en la piscina y se aprieta contra mi espalda. Por su parte, Gregory se aprieta contra mi pecho y aquí estoy, entre los dos hombres que son mi mayor fantasía.

Estoy encantada, pero me preocupa un poco que Thomas aparezca de un momento a otro. A los dos hombres no parece importarles, ya que se frotan contra mí, acariciando todo mi cuerpo. Todos mis sentidos hormiguean y me gustaría que se turnaran en la piscina en pleno día, pero

sería demasiado arriesgado. Decido ser razonable:

- *Entiendo chicos, estoy de acuerdo.*
- *¿De acuerdo en qué?* pregunta Grégory, besándome el pecho.
- *Estoy a favor de un trío.*

Los dos hombres se enderezan y se miran, cómplices. Luego siguen frotándose contra mí y empiezo a notar bultos en sus bañadores. Me ruborizo y me pregunto qué va a pasar a continuación. Empiezo a dejarme llevar y mis manos vagan de cuerpo en cuerpo, acariciando los lugares que más me excitan en estos dos seres de aspecto casi divino.

Cierro los ojos para disfrutar del momento cuando oigo una voz familiar:

- *¿Chicos? ¿Dónde estáis? ¿Andrea?*

Grégory y Franck también lo oyen y se separan rápidamente de mí. Franck sale del agua y finge secarse, mientras Grégory hace la mímica de nadar frenéticamente. En cuanto a mí, me quedo inmóvil, aturdido:

- *¡Ahí estás! ¡Podrías contestar cuando te llamo! ¡He estado gritando durante los últimos cinco minutos!*
- *Lo siento, no nos habíamos dado cuenta",* exclama Franck con una sonrisa.

Gregory finge no oír y finge una nueva pasión por la natación mientras yo salgo de la piscina y me dirijo al baño. Una buena ducha fría me sentará bien después de todo esto.

Me meto en la enorme ducha de mi cuarto de baño y siento una oleada de emociones. Estoy encantada, pero también ansiosa. Por fin tengo a los dos hombres con los que siempre he soñado, pero ¿a qué precio? ¿Qué pensará mi hermano si se entera? ¿Conseguirán Grégory y Franck guardar el secreto? Si se enteraran, Thomas no dudaría ni un segundo en matarlos. No debo dar ningún paso en falso. Es un juego peligroso y me gusta tener que ser discreto.

Me estoy lavando el pelo cuando se abre la puerta del baño:

- *¿Quién es*? pregunto preocupado.

- *Ese soy yo, señor.*

Reconozco la voz de Grégory y le pido que pase:

- *¿Te ha visto alguien?*
- *No, tu hermano no me ha visto, no te preocupes, sé ser discreto.*
- *¿Qué haces aquí?*
- *Me preguntaba si tu ducha iba bien, yo también necesito darme una.*
- *Bueno, hay otros baños, ya sabes.*

Nos miramos con sonrisas pícaras y ambos sabemos cómo va a acabar esto. Mis ojos le desafían y siento cómo se deja seducir cada vez más por mi cuerpo desnudo que se contonea delante de él.

Me unto a propósito un poco de aceite limpiador por todo el cuerpo y me lo froto por todas partes, prestando especial atención a mis pechos, sobre todo a mis pezones. Me aprieto los pechos con fuerza mientras le miro a los ojos y veo cómo se muerde los labios y disfruta del espectáculo.

No creía que tuviera tanto efecto en él, me siento todopoderosa y quiero seguir abusando de este nuevo poder. Me doy la vuelta y apoyo las nalgas contra la pared de la ducha. Me contoneo hacia abajo y luego vuelvo a apoyarme contra la pared. Luego me doy la vuelta y aprieto el pecho contra la pared. Gregory admira en silencio el espectáculo y parece que se muere por unirse a mí. Nos separa un metro, pero parece infranqueable.

De repente, Grégory no puede aguantar más y se une a mí en la ducha. Se quita el bañador, lo tira al suelo y me golpea contra la pared de la ducha agarrándome con fuerza los pechos:

- *Me estás afectando demasiado, quiero follarte.*
- *¿A qué espera?*
- *Podrían oírnos o, peor aún, vernos.*
- *¿Cuál es el problema? Todos tenemos más de 18 años y estamos vacunados, ¿no?*

Le provoco al máximo sin pensar siquiera en las posibles consecuencias de nuestros actos. Siento

su sexo duro contra mis nalgas y deseo que me penetre con vigor. Me besa en el cuello y luego baja hasta mis nalgas. Las agarra y las separa, luego pasa una tímida lengua hasta mi sexo, que devora rápidamente sin freno. Está más excitado que nunca y este cunnilingus bajo el agua me provoca nuevas sensaciones. Me cuesta mucho no gemir y me veo obligada a taparme la boca con una mano para no estallar y despertar sospechas.

Gregory sabe que me contengo y trata deliberadamente de darme todo el placer posible, como si quisiera poner a prueba mis límites. Cada vez estoy más excitada y me muero de ganas de que lo haga:

- *Sujétame contra la pared, Greg.*
- *Como quieras.*

Se levanta y vuelve a correrse contra mí. Ya lo ha hecho varias veces, pero la sensación es siempre diferente, cada vez más intensa. Quiero ser suya y que haga lo que quiera conmigo. Aquí, en este cuarto de baño, soy suya y puede follarme como quiera.

Me separa las nalgas y empuja su larga polla contra la mía. No puedo evitar soltar un grito:

- *¡Cierra el pico!* grita molesto.

Nunca había visto así a Grégory, y me gusta mucho su aire autoritario, así que cierro la boca sin armar jaleo.

Me agarra los pechos y sus embestidas son potentes y rápidas. No me da tregua y no puedo evitar soltar pequeños gemidos de vez en cuando. Cuando lo hago, me susurra al oído que me calle, lo que me excita aún más y exacerba mis pequeños gritos. Sabe perfectamente lo que me está haciendo y continúa con este jueguecito durante muchos minutos más.

Cuando siente que va a terminar, Gregory me pide que me arrodille frente a él y entiendo que quiere eyacular en mi cara. Hago lo que me dice y su esperma brota por todas mis mejillas y labios.

Grégory me acaricia la cara con una sonrisa de satisfacción:

- *Estoy deseando follarte todos los días.*
- *Y yo también.* Me escribo a mí mismo.

Aquel polvo intenso fue el mejor que había tenido nunca. Fue romántico y violento al mismo tiempo, yo le pertenecía y nadie podía detenernos. Dimos rienda suelta a nuestros instintos más primarios.

Termino de ducharme mientras Gregory se vuelve a poner el bañador y se marcha rápidamente a otra habitación. Se inventa una excusa poco convincente para no haberse duchado todavía y se va corriendo a otro cuarto de baño.

Por mi parte, salgo del baño vigorizado, con una amplia sonrisa en la cara. Me encuentro con mi hermano en el salón:

- *Tienes mucho mejor aspecto",* dice sonriendo.
- *Sí, me siento muy bien aquí, nos lo estamos pasando muy bien en este momento.*
- *Y eso es sólo el principio. ¡Esta noche es una gran noche!*
- *¿En la villa?*
- *Sí, he invitado a algunos compañeros, así que no seremos muchos, unos veinte, pero será muy divertido.*

Me gustaría mucho hablar con Franck y Grégory antes de la velada. No sé quién va a estar allí y me pregunto qué relación tienen con la fidelidad en nuestro ménage à trois. Estoy esperando a que Thomas se duche para reunirlos en el salón:

- *Mi hermano da una fiesta esta noche.*
- *Demasiado bueno, ¿quién estará allí?*
- *No sé, algunos compañeros suyos que hace mucho que no ve, supongo.*
- *Vale, ¿por qué parece que te molesta tanto?* pregunta Franck desconcertado.
- *¡No estoy enfadado! Sólo me gustaría saber una cosa.*
- *¿Cuál?* pregunta Grégory.
- *Entonces, ¿qué hacemos? ¿Hacemos como si nuestro hogar no existiera?*
- *Eso está mejor. Sabes, Thomas nos conoce, nos gusta complacer a las mujeres y es posible que algunos besos se escapen aquí y allá, así que no puedes culparnos.*

- *OK, no hay problema.*

Su respuesta me molestó mucho, pero preferí no demostrarlo. Entiendo la necesidad de ser discreto delante de mi hermano, pero tener relaciones con otras personas es demasiado. Sólo quieren poder tirarse a otras mujeres sin que yo pueda opinar. Si quieren jugar, jugaremos, pero no voy a quedarme en un rincón y ser la niña buena y educada que quieren que sea. Va a ser mi noche y se van a arrepentir de pensar que soy idiota.

Paso el resto del día con mi mejor aspecto. Como hace calor, opto por una falda corta de cuero negro y la parte de arriba de un bikini negro. Me dejo el pelo suelto y sólo me maquillo con máscara de pestañas. Quiero que sea lo más natural posible sin dejar de parecer una sirena. Me llevó mucho tiempo decidir qué me iba a poner. Dudé entre un vestido chic o uno sexy, con zapatos de tacón y sandalias. Al final, no quiero que piensen que voy a por todas para impresionar a otros hombres. Quiero demostrarles que no se dan por aludidos, que soy una mujer guapa y que los hombres pueden caer rendidos a mis encantos sin necesidad de que me vista de gala.

Regreso al salón con estilo. Thomas, Grégory y Franck preparan todo para la velada:

- *Podrías haber venido a ayudarnos un poco, ¿qué hacías ahí arriba?* pregunta Franck, molesto.
- *Me estaba preparando. ¡No podría haber adivinado que necesitabas mi ayuda!*

Franck levanta los ojos al cielo y se dirige a la terraza. Grégory le sigue, pero se detiene un momento a contemplarme:

- *¿Te estabas preparando? ¿Estás realmente preparado ahora? No veo ninguna diferencia con lo habitual.*

Se marcha sonriente a ayudar a los chicos. Me duele mucho su comentario, pero siento que sólo intenta provocarme y que se va a llevar su merecido. Ya me he dejado insultar bastante por Arthur y no necesito que dos hombres me pongan de los nervios. Hasta ahora he sido amable y dócil, pero ahora voy a enseñar los dientes. Si no beso al menos a tres hombres diferentes esta noche, mi nombre dejará de ser Andrea.

Ayudo a los chicos con los últimos preparativos en silencio. No digo ni una palabra a nadie. El ambiente es un poco pesado y solo Thomas parece disfrutar de la velada:

- *¿Estáis enfurruñados o qué? ¡Estamos de vacaciones en una villa enferma y tú pareces estar en el funeral de tu abuela! ¡Vamos a pasarlo genial esta noche! Alcohol, comida, piscina, chicas, ¿qué más se puede pedir?*
- *¡Y chicos!* exclamo riéndome.

Grégory y Franck me fulminan con la mirada y yo me siento muy satisfecho de lo que he hecho. Thomas también se ríe y me dice que tenga cuidado.

Llegan los primeros invitados. Hombres y mujeres, les damos una calurosa bienvenida y me sirvo mi primer vaso de mojito. Esta noche no quiero contar los vasos, quiero disfrutar y no importa cómo acabe:

- *Ten cuidado",* me dice Franck en tono serio.
- *Es sólo un mojito.*
- *Sí, y sólo te digo que tengas cuidado de no beber demasiado, podrías perder el control.*
- *¿Y qué hay de malo en ello?*

No esperé su respuesta y me levanté para moverme. Me senté sola en una tumbona frente a la piscina y pronto se me unió un hombre encantador. No es exactamente mi estilo, pero no es feo, tiene cierto carisma y me hace sentir a gusto. Charlamos un rato y es muy hablador. Finjo reírme a carcajadas con sus chistes y paso un rato agradable con él. Sé que Franck y Grégory me observan, pero veo que ellos también se divierten y ríen con sus tres chicas. Así que me lo paso en grande:

- *¡Eres una chica muy especial!*
- *¿Es un cumplido?*
- *Sí, creo que eres muy original. No eres como los demás, no te fijas en cómo te miran los demás, eres natural, y eso me gusta mucho.*

Sabía que mi naturalidad triunfaría esta noche. No me arrepiento de haberme quedado: los hombres siempre prefieren a una mujer natural y chispeante.

Me río mucho con este chico, pero la cosa no progresa y pronto no tenemos nada más que decirnos. Así que decido levantarme y tomar otra copa. Sigo y me tomo otro mojito. Vuelvo a mi tumbona, el chico se ha ido. Me tomo un pequeño descanso y doy un sorbo a mi cóctel. Nadie viene a molestarme, paso un momento a solas conmigo misma y noto que el alcohol empieza a subir. No suelo aguantarlo muy bien y se me sube rápidamente a la cabeza. Por fin voy a poder soltarme y ser menos rígida. Espero que Grégory y Franck estén preparados para verme bajo esta nueva luz. No pretendo censurarme sólo para su placer.

Los veo reírse tanto como siempre con las mismas tres chicas y empiezo a sentir ciertos celos. En realidad ya no me miran, como si se hubieran dado cuenta de que no le intereso a nadie y de que no hay ninguna posibilidad de que les haga daño. De momento tampoco me han hecho ningún daño, así que mejor no meterme en líos innecesarios. Actuaré cuando sea necesario.

Sigo bebiendo. Voy por el cuarto cóctel y empiezo a hablar alto, a cantar y a balancearme en la pista de baile. Las miradas empiezan a dirigirse hacia mí y Franck y Grégory por fin vuelven a prestarme atención.

Bailo sin prestar atención a la gente que me rodea. Intento no acercarme demasiado a los chicos por culpa de Arthur, que me observa muy de cerca desde que me emborraché. Se está acercando a una chica y estoy esperando a que se escabulla con ella para dejarme llevar por completo.

Mientras tanto, Gregory y Franck bailan con chicas y se acercan físicamente a ellas. Me pone de los nervios, pero de momento lo disimulo bastante bien.

Unos minutos más tarde, de reojo, veo a Arthur invitar a la chica con la que ha estado intimando toda la noche a que le siga a su habitación. Este es mi momento de brillar, ya nadie me vigila, puedo hacer lo que quiera:

- *No dejarás que una dama baile sola, ¿verdad?*

Hablo con un grupo de tres hombres que llevan diez minutos mirándome.

Dos de los chicos se levantan y se unen a mí. Uno se pone detrás de mí y el otro delante, recordándome la escena de la piscina con Franck y Grégory. Me dejo llevar y me restriego contra ellos sin freno. Franky y Greg me miran con cara de asco y también se frotan cada vez más con

las mujeres con las que están. Ni siquiera prestamos atención a las personas con las que bailamos. Nos miramos fijamente a los ojos, sin decirle a nadie lo que estamos haciendo, y la charla empieza a girar en torno a nosotros. Cada vez me preocupa más que Arthur se entere de todo esto y de repente quiero salir de este circo. Intento despedirme de mis dos bailarinas, pero no me dejan:

- *Por favor, no me encuentro muy bien. Me gustaría sentarme un rato.*
- *¿Estás soñando? Nos has estado tomando el pelo desde hace un momento, ahora te quedas, aún no hemos terminado contigo, mi pequeño.*

Su amigo parece estar de acuerdo con él y los dos siguen en mi contra. Cada vez me siento peor, el alcohol es demasiado, la cabeza me da vueltas y tengo ganas de vomitar. Tengo que salir de esta pesadilla:

- *Por favor, creo que voy a vomitar.*

Quiero pedir ayuda a Franck y Grégory, pero serían demasiado orgullosos para venir a rescatarme.

De repente, mis ojos se cruzan con los de Franck y no sé cómo puede entender mi angustia. Lee mi mirada en medio segundo y abandona su cita para venir a rescatarme:

- *Caballeros, creo que esta joven no se encuentra muy bien, así que vamos a tener que darle un descanso.*
- *¿Quién es usted? ¿Su daron? Lo pasamos bien, ella hace lo que quiere.*
- *Por supuesto, pero eso no es lo que ella quiere. Se ve que no está en condiciones de tomar sus propias decisiones.*
- *Me importa un carajo, hombre, sólo vete a la mierda, nos importa un carajo esa perra, sólo queremos divertirnos un poco.*

Está claro que a Franck no le gusta lo que acaba de oír y salta sobre el hombre que lo ha dicho. Me despido del grupo y salgo al jardín a vomitar. Grégory se une a mí:

- *¿Cómo va todo? ¿Qué está pasando allí?*
- *Yo... Es culpa mía, no me dejaban en paz. Yo quería bailar.*
- *Está bien, estoy aquí, nada de esto es culpa tuya.*

Me sujeta el pelo mientras vomito y el momento es mucho más romántico de lo que podría haber imaginado. Me siento segura y estúpida por haber hecho tantas olas. Gregory tiene la amabilidad de no decírmelo. Sólo está ahí para consolarme y escucharme. Franck se une a nosotros unos minutos después:

- *¡Maldita Andrea! ¿Cuántas veces al día vas a ponerte en peligro?*

Estaba a punto de responder cuando Grégory me sustituyó:

- *¿Hablas en serio? ¿Por qué es culpa de ella? Ella no pidió nada, sólo quería bailar, y si ellos querían más, ¡es su problema, no el de ella!*

Agradezco que Grégory reconozca mi condición de víctima, pero también comprendo la preocupación de Franck. Me enderezo y uso las últimas fuerzas que me quedan para calmarlos:

- *Cálmate, lo siento. Quería darte celos y me pasé, no debí provocarlos, fue estúpido, sólo quería una reacción tuya.*

Franck se calma y me da un abrazo:

- *Al fin y al cabo, hicimos lo mismo con Grégory",* se lamenta.
- *¿Nos vamos a la cama?* pregunto tímidamente.

Los dos hombres asienten con la cabeza. Gregory manda a todos a casa y empieza a recoger. Franck me coge en brazos y me lleva a mi habitación. No me habla de la velada como Grégory, y eso significa mucho para mí. Me dejo llevar a la cama y me meto bajo el edredón a pesar del calor. Franck se acurruca contra mí durante unos minutos. Rápidamente siento su sexo endurecerse contra mi muslo:

- *¿Me deseas?* pregunto sin contenerme.

No estoy seguro de que hubiera sido capaz de hacer esa pregunta sin la fuerza del alcohol a mi lado:

- *Sí, como siempre",* responde en un susurro.
- *¿A qué esperas?*

- *Estás completamente borracho, así que eso es un no por esta noche.*
- *Por favor, estoy lúcido, mira, estoy bien. Sólo fóllame.*

Le suplico tanto que me folle que me muero de ganas, pero Franck no se echa atrás a pesar de su erección. Sé que me respeta demasiado como para hacer nada, pero lo intento de todos modos:

- *¿Está seguro?*

Me desnudo y me aprieto contra él. Lo siento respirar cada vez más fuerte. Soy consciente del efecto que estoy causando en él y no dudo en abusar de él. Desciendo la mano hasta su entrepierna y acaricio su sexo a través del pantalón. Sé que le encanta y no puede resistirse a desnudarse también:

- *¿Por fin estás de acuerdo?*
- *Estoy demasiado caliente, pero eso no significa que vayamos a follar.*
- *¿Estás seguro? Creo que vas a follarme.*

Esta repentina seguridad en sí mismo parece gustar mucho a Franck y cada vez me desea más. Lo noto y comprendo el poder que tengo sobre él. Sigo acariciándole. Su sexo está caliente y duro y quiero sentirlo dentro de mí.

Franck me besa lánguidamente y está claro que empieza a dejar de lado el hecho de que estoy borracha. Me acaricia suavemente los pechos y el sexo, pero el alcohol me hace querer más:

- *Abrázame fuerte.*
- *¿Fuerte? ¿Cómo de fuerte?*
- *Quiero que me folles como si fuera la última vez.*
- *Es el borracho Andréa el que habla, ¿no?*
- *No, es Andréa que está lúcida y quiere que se la folle su Franky.*

Franck no lo duda y me pide que me ponga a cuatro patas. Se acerca y se sienta detrás de mis nalgas, las acaricia y las besa. Me hace desear, tarda un poco en darme lo que quiero. Frota su sexo contra el mío, empujando de vez en cuando su glande, haciéndome creer que por fin va a penetrarme. Parece disfrutar de la situación, al parecer necesita recuperar el control. Sigue así unos segundos más antes de que yo retroceda un poco, empujando su polla dentro de mí. Suelta un suave grito de placer y empieza a meter y sacar la polla salvajemente.

No puedo contener mis gritos. No grito pero mis ruidos son audibles. Supongo que Arthur estará dormido o haciendo lo mismo que yo en este momento, no quiero pensar en lo que pueda ver u oír. Sólo quiero disfrutar de la extraordinaria polla de Franck. Sus embestidas son mágicas y me impulsan al séptimo cielo. No sé si es el alcohol o que es muy bueno, pero mis sensaciones son máximas. No podría sentir más placer en este momento.

Ni siquiera necesitábamos un preliminar. Ya estaba empapada y lista para él. Todo lo que quiero es su sexo dentro de mí, y me gustaría que durara toda la noche.

Franck tiene aguante y parece que podría seguir durante horas, lo que me excita enormemente. Sus movimientos son cada vez más lentos y me pregunto qué estará tramando. Me tumba boca abajo y me junta las piernas. Estoy tumbada con las piernas estiradas, esperando mi castigo orgásmico.

Franck se sienta a horcajadas sobre mí y me penetra una vez más. Nunca había estado en esta posición y me gusta mucho. No creía que pudiera producirme tantas sensaciones. Franck utiliza una mano para enterrar mi cabeza en un cojín y la otra para sujetar firmemente mi cadera izquierda. Va cada vez más rápido y parece imparable. Le oigo gemir y respirar cada vez más fuerte. Siento que va a acabar pronto. Le oigo soltar un gemido más intenso que de costumbre y se retira para eyacular sobre mi espalda, sin aliento.

Luego se desploma a mi lado, exhausto:

- *¡Me estás volviendo loco*! exclama sin aliento.
- *Lo sé"*, respondo, sacándole la lengua.

Me besa y sale de mi habitación, dejándome dormir plácidamente. Después de este polvo extraordinario, creo que voy a pasar una noche placentera llena de sueños prohibidos.

Esta mañana me he levantado con la sensación de que me iba a estallar la cabeza. Anoche no bebí suficiente agua y el resultado fue una resaca.

Volví dando tumbos a la sala de estar, sintiendo que flotaba y que otra persona controlaba mi cuerpo. Estoy sin fuerzas, no puedo sacar nada de mí. Soy una ruina humana.

Thomas ya está en el salón y me saluda con cara de fastidio:

- *¿Va todo bien?* pregunto intrigado.
- *No lo sé, dímelo tú.*
- *¿Qué te pasa? No entiendo nada.*

Temo saber de qué está hablando y empiezo a sudar. Tengo las manos húmedas y me cuesta respirar. Thomas me mira más serio que nunca y no sé dónde ponerme. Grégory y Franck han desaparecido, así que estoy sola frente a él, petrificada por lo que me va a decir:

- *Tengo dos cosas que preguntarte.*
- *Soy todo oídos.*
- *En primer lugar: ¿qué demonios pasó anoche?*
- *¿Qué pasa? ¿Qué coño pasa?*
- *Escuché los gemidos de una mujer y un hombre aparentemente teniendo sexo en la villa. Eres la única mujer que vive aquí con nosotros en este momento, ¿no?*
- *Er... Yo... Sí... Pero...*
- *¿Qué es eso? ¡Di algo! ¿A quién te follaste?*
- *Uno de los chicos, no recuerdo su nombre, estaba borracho, lo siento, debería haber sido más discreto.*
- *¿Me estás tomando el pelo? ¡Te ha oído todo el pueblo! Cuidado la próxima vez, no quiero que nos metan en problemas por alterar el orden público, ¡y menos por esto!*
- *Sí, lo sé, lo siento.*
- *No tienes que disculparte por eso, tienes derecho a follarte a quien quieras, ¿sabes? ¡No es como si te estuvieras tirando a Greg o Franck!*

Me río a carcajadas. Thomas se da cuenta de mi nerviosismo, pero obviamente quiere pasar rápidamente a lo segundo, lo que me salva la vida:

- *Segundo: ¿qué es esto?*
- *¿De qué se trata?*

- *Rosas.*
- *¡No lo sé!*
- *Dice que es para ti, con una pequeña nota: Te echo de menos.*
- *¿No está firmado?*
- *No. ¿Crees que es el tipo que te tiraste anoche?*

No sé qué decir. No creo que Franck y Grégory se arriesgaran a enviarme flores aquí, ni siquiera por una broma, nos metería en problemas. Miro a Thomas, sonriendo nerviosamente. Supongo que esta vez interpretará mi nerviosismo como vergüenza:

- *Sí, creo que fue él, debió dejarse llevar.*
- *Ya veo, ¡los estás hundiendo a todos!*

Respondo con una risita y salgo de la habitación. Busco a Grégory y a Franck. Encuentro a Grégory en la piscina y le pido que salga un momento:

- *¿Son ustedes las flores?*
- *¿Qué flores? ¿Qué flores?*
- *¡Las rosas!*
- *No, en absoluto, no soy tan estúpido para hacer eso, pregúntale a Franck.*

Entro en la villa y salgo en busca de Franck. Lo encuentro en la cocina, preparándose un café:

- *Franck, ¡eso no es inteligente para las flores!*
- *¿De qué está hablando, señora? ¿Todavía borracho?*
- *¿Qué no es demasiado? ¿Tampoco es demasiado?*
- *No, no te envié nada, ¡lo siento! Un admirador secreto, si me preguntas.*
- *¡No tiene gracia!*

Esta situación no parece disgustarles mucho, pero a mí me tiene muy preocupada. Todos parecen pensar que se trata simplemente de un hombre que estuvo allí durante la velada y que ha caído bajo mi hechizo, pero yo no lo creo. De momento, mi única hipótesis se basa en el chico con el que había hablado al principio de la velada. Nos llevábamos muy bien, así que tal vez sentía algo por mí.

Prefiero no pensar demasiado en ello. Lo importante es que Thomas no sospeche nada, ayer cometí demasiados errores garrafales y no puedo permitir que vuelva a ocurrir.

Thomas nos invita al salón a eso de las seis de la tarde. No tengo ni idea de qué va a hablar:

- *Voy a salir esta noche.*
- *Genial, ¿adónde vamos?* pregunta Grégory.
- *Dijo "yo", idiota. Creo que va a salir con la pequeña Amandine que vimos ayer.*
- *Exacto. Así que te dejaré la villa a ti. Iré a prepararme. Comeremos juntos y luego la llevaré a dar una vuelta al parque de atracciones.*
- *¿El parque de atracciones? Pero, ¿cuántos años tiene tu novia?*
- *¡Eres un grano en el culo, Greg!* responde Thomas, medio molesto, medio divertido.

Le deseo una buena noche a Thomas y decido darme un baño en la piscina. Enseguida me acompañan Grégory y Franck:

- *¿Se ha ido Thomas?*
- *¡Sí, estamos solos!*
- *Para que no tengamos que escondernos más",* susurro con un suspiro.
- *No, no hace falta*", conviene Franck, sonriendo.

Me coge por la cintura y me besa lánguidamente:

- *¡Eh, no puedo aguantar la vela!*

Grégory se une a nosotros y yo alterno entre sus labios y los de Franck. Me siento tan afortunada de tenerlos para mí sola. Me siento tan afortunada de tenerlos para mí sola. Mi máxima fantasía sería hacérselo a los dos al mismo tiempo y creo que esta noche, esa fantasía podría hacerse realidad en cualquier momento.

Seguimos besándonos y me siento el centro del mundo. Tengo dos hombres para mí sola y pienso aprovecharlos al máximo.

Pronto sube la temperatura y quiero que me lleven a la piscina. Grégory empieza a salir del agua como si se dirigiera a un dormitorio:

- *¿Por qué no hacemos nuestros negocios aquí? Al fin y al cabo, nadie puede vernos.*
- *¡Es verdad!*

Gregory vuelve a entrar en el agua muy excitado y yo decido tomar la iniciativa. Siento a los dos hombres en los escalones de la piscina. Sus entrepiernas emergen del agua y les quito el bañador. Empiezo a chupar la polla de Franck mientras masturbo la de Gregory y a los dos hombres parece encantarles lo que les estoy ofreciendo. Me dejan tomar el control y disfruto dándoselo.

Luego me cambio y chupo la polla de Gregory mientras masturbo a Franck. Los dos hombres me miran excitados y me doy cuenta de que estoy a punto de llegar al límite.

Gregory me agarra la cara y me pone de pie. Me invita a sentarme a horcajadas sobre él y me penetra. Una vez más, siento cosas nuevas por su tacto y, sobre todo, por el agua. Gregory se echa un poco hacia atrás para que me tumbe un poco más sobre él y Franck pueda colocarse detrás de mí. Franck se coloca detrás de mis nalgas, las separa y desliza tímidamente un dedo en mi ano. Rápidamente añade un segundo y entra y sale suavemente. La sensación es increíble. Además de montar a Gregory, Franck va a ocuparse de mi culo. Voy a ser penetrada al mismo tiempo por los dos hombres que me vuelven loca. No puedo estarme quieta y estoy más excitada que nunca. Esta vez no me importa lo fuerte que sea, grito todo lo que quiero y gimo todo lo que puedo. No puedo contenerme.

De repente siento el sexo de Franck entrar en mi ano y el placer aumenta una vez más. Grito ante su penetración y los dos hombres no me perdonan. Entran y salen de mí con rapidez y violencia. Dejo que se apoderen de mí y hagan conmigo lo que quieran, tal como siempre había fantaseado. Gregory tiene uno de mis pechos en la boca y sigo cabalgándolo frenéticamente mientras Franck sujeta mis nalgas con firmeza sin dejar de aporrearlas con sus lomos.

Los tres estamos en perfecta armonía. Yo grito sus nombres y ellos gritan el mío. Sabemos que los transeúntes y los vecinos pueden oírnos, pero no importa. En este momento, somos los únicos en esta tierra.

Estoy a punto de correrme cuando un ruido me detiene en seco. Franck y Grégory también se detienen:

- *Creo que han llamado a la puerta"*, susurro nerviosa.

¿Quién será?

VOLUMEN 3

Me pongo rápidamente el bañador y salgo de la piscina. Franck y Grégory hacen lo mismo. Los tres estamos terriblemente frustrados por haber tenido que poner fin a este polvo intenso y esperamos que no nos hayan molestado por nada. Tal vez estábamos haciendo demasiado ruido, podría ser un vecino o la policía, o simplemente Thomas volviendo de su cita con Amandine, pero sería demasiado pronto.

El timbre volvió a sonar y Franck no dudó en abrir la puerta. La abrió violentamente y mi corazón dio un vuelco cuando me di cuenta de quién estaba en la puerta. No sé cómo me ha encontrado Arthur, pero no es buena idea que entre ni que se quede aquí.

Franck y Grégory se miran:

- *¿Quién es este tipo? Debes haberte equivocado de tipo, amigo, estamos ocupados aquí.*
- *No, no me he equivocado. ¿Te gustaron mis flores, Andrea?*

Franck y Grégory se vuelven hacia mí y me miran, esperando una explicación:

- *Yo... Sí, son encantadores, gracias.*

No sé cómo comportarme delante de estos tres hombres. No puedo negar que volver a ver a Arthur me hace feliz, lo encuentro más guapo que de costumbre, es casi como si lo hubiera echado de menos. Tiene el mismo aspecto que cuando nos conocimos, su rostro parece tan

apacible y amable, tal y como le quise una vez, y me trae muchos recuerdos felices.

Me doy cuenta de que llevo un buen rato mirándolos a los tres sin decir palabra. Mis dos hombres parecen impacientes:

- *¿Puedes explicarlo o vas a jugar al rey del silencio toda la noche?*
- *Yo... Es Arthur, mi ex.*
- *¿De qué se trata?*

Franck corre hacia él, más furioso que nunca, antes de ser atrapado por Grégory :

- *¡Tío, cálmate!*
- *La golpeó, la traumatizó, tú eres la razón de que ahora esté tan frágil, ¡hijo de puta!*

Extrañamente, Arthur permanece imperturbable y me cuesta mucho entender por qué. No soporta que le insulten, sobre todo un hombre, es una cuestión de ego, necesita ser el más fuerte, ser el más temido. En cambio, avanza lentamente y se coloca frente a Gregory y Franck, culpable:

- *Sé que hice sufrir a Andréa, yo también sufría. No sabía gestionar mi ira, me di cuenta. Pedí ayuda y ahora no estoy sola. Echo mucho de menos a Andréa, tiene el don de calmarme y...*
- *Ya lo creo. ¡Es cierto que es tranquilizador poder darle una bofetada cuando las cosas no van bien!* exclama Franck.
- *Franck, cálmate, déjale hablar",* le ruego tímidamente.
- *No he sido una buena persona contigo. Me gustaría compensarte. Le pregunté a tu madre dónde estaba y me lo dijo. Está muy preocupada por ti, por tu padre y por mí también. Quiero que seas feliz, ¿sabes?*

A Grégory parece que toda esta puesta en escena le parece adorable y tengo que admitir que a mí también. Ha recorrido todos estos kilómetros para venir a contarme todo esto, y eso significa mucho para mí. Estoy indeciso. Me conmueve la dulzura de Grégory, la protección de Franck y la confesión de Arthur. ¿Qué hago ahora?

Le pido a Franck que tome el aire y que no se preocupe demasiado. Le explico que ya está aquí y que ya nadie puede hacerme daño. Le prometí que sería transparente con él sobre Arthur.

Le invito a tomar un aperitivo en el salón. Grégory nos deja solos un rato y charlamos cordialmente. Me siento como en los viejos tiempos, con el Arthur que conocí.

El hombre que me hacía reír, que era atento, cariñoso, siempre pendiente de mí, el hombre perfecto. Me pregunto por qué todo se convirtió en una pesadilla. Quizá realmente tenga sus propios demonios después de todo, quizá fui demasiado dura con él, quizá debería haber intentado ponerme en su lugar. Muchos sentimientos pasan por mi cuerpo y mi mente una y otra vez. Él me habla de muchas cosas, pero yo sólo le escucho a medias, estoy repitiendo nuestra relación en mi cabeza y no consigo entender lo que me he perdido:

- *Conozco esa mirada",* dice con ternura.
- *¿Qué mirada?*
- *La chica que busca respuestas. No tienes que preocuparte, nunca volveré a ponerte una mano encima.*

Se acerca a mí y no puedo evitar retroceder instintivamente. No me presta atención e intenta ser lo más suave posible para no apresurarme. Aprecio sus esfuerzos, pero voy a necesitar algún tiempo antes de volver a ser yo misma con él. Y puede que, después de todo, eso nunca ocurra.

Le miro amablemente, con los ojos llenos de lágrimas:

- *No quiero hacerte ilusiones, sabes, te agradezco que hayas venido pero no significa que vayamos a volver juntos. Lo sabes, ¿verdad?*
- *Sí, lo sé, no te preocupes, sólo necesitaba decirte algunas cosas. Me alegro de que hayas podido oírlas sin que hayamos discutido ni haya pasado nada.*

Me coge en brazos y me tenso. Por desgracia, este movimiento me recuerda demasiado a su violencia y a las muchas veces que me ha levantado la mano. Percibe mi malestar y no hace que el abrazo dure demasiado.

Me levanto y me dirijo a la cocina para servirme un vaso de agua. Cuando vuelvo, Gregory y Arthur están hablando y riendo juntos. Me alivia que Gregory no se apresure a juzgarle y se mantenga al margen. Por otro lado, me preocupa mucho la reacción de Thomas cuando lo vea

aquí.

Hablando del lobo, oigo abrirse la puerta principal y entro corriendo. Sé que Thomas ha vuelto y me gustaría hablar con él antes de que vea a Arthur y se asuste:

- *Hola Thomas, ¿qué tal la tarde?*
- *Bueno, volvimos un poco temprano, así que no creo que sea un buen partido para nosotros después de todo.*
- *Oh no, lo siento por ti.*
- *Hay otros peces en el mar.*
- *¡Bien dicho!*

Intento ponerme de su lado mostrándome lo más alegre y dinámica posible, pero mi hermano me conoce de memoria y no se deja engañar por mucho tiempo:

- *¿Me estás ocultando algo?*
- *¿Qué? ¿Yo? ¿Yo? ¿Por qué dices eso?*
- *¿Viste la expresión de tu cara? ¿Y tu tono? Se ve a diez kilómetros de distancia, ¡pobrecita, toma clases de interpretación! Has roto algo, ¿verdad?*
- *Yo... No... Escucha, tenemos un invitado sorpresa...*
- *¿El tipo que te envió las rosas? ¿Ha vuelto? ¿Por fin me lo vas a presentar?*
- *Bueno, sí, en realidad, pero ya lo conoces. Nunca vas a creer esto, es Arthur.*

La cara de mi hermano se descompone. Sus ojos se oscurecen, baja la mirada unos segundos antes de levantar la cabeza, con una gran sonrisa en la cara:

- *Menos mal que está aquí, tengo tantas cosas que contarle, ¡hace tanto tiempo!*

Thomas no me esperó y casi entró corriendo en el salón. Se acercó a Arthur y le estrechó la mano cariñosamente:

- *¿Qué pasa, tío? ¡Cuánto tiempo sin verte!* grita.

Su tono más que hipócrita no es buena señal y no sé qué piensa hacer o decirle:

- *Bueno, escucha, está bien, amigo, yo...*

Arthur no tuvo tiempo de terminar la frase cuando Thomas le propinó un puñetazo en plena nariz. Se encuentra tirado en el suelo, con la cara ensangrentada. Esperaba que estallara una pelea, pero Grégory y Franck sujetaron a Thomas mientras Arthur se levantaba con dificultad. Me preguntó dónde estaba la cocina para poder limpiarse y fui con él a atenderle.

Los otros tres se van a tomar el aire. No puedo culpar a Thomas, es mi hermano mayor y me protege, no puedo discutir con él ni tomármelo a mal, probablemente yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Desinfecto a Arthur y le pongo hielo. Parece un poco aturdido, pero me sorprende que esté tan tranquilo:

- *¿No querías devolverle el golpe? pregunté*, intrigado.
- *No, la verdad es que no. Como sabes, yo también tengo una hermana pequeña, y si alguien me hubiera hecho la cuarta parte de lo que te hice a ti, habría reaccionado igual que Thomas. No puedo culparla, me merezco eso y mucho más. Pero me gustaría empezar bien con él, contigo, con todos. Mi objetivo no es crear conflictos sino desactivarlos, quiero poder avanzar.*

Me sorprende su nueva madurez y asiento con una sonrisa. Me encantaría que todos pudiéramos empezar de cero, eso me haría muy feliz.

Le pido a Arthur que se quede en la cocina y me reúno con los chicos fuera:

- *¿Te sientes mejor, Thomas?*
- *Tiene que irse.*
- *Escucha, habló con nosotros un rato y...*
- *Lo sé, Greg me lo explicó todo.*
- *¡Así que ya ves, no es un mal tipo!*
- *Pero te hizo daño, Andrea, ¿cómo podría dejarlo pasar?*
- *Lo sé, pero no debes seguir enfadada, está aquí para disculparse y seguir adelante. Ha venido hasta aquí por mí, creo que eso es prueba suficiente de su honestidad, ¿no crees?*

Thomas no contesta y se mira los pies como un niño al que acaban de regañar. No quiero que se sienta mal después de lo que ha hecho, sólo quiero que todo vuelva a la normalidad. Estábamos pasando unas vacaciones estupendas, no quiero que se arruinen por un mal ambiente, no estoy aquí para eso.

Thomas se endereza para mirarme:

- *Te traje aquí para que pudieras seguir adelante por su culpa y ahora él está aquí. ¿Captas la ironía o no?*
- *Comprendo a Thomas. No digo que haya cambiado, pero está haciendo todo lo que puede para, está haciendo un gran esfuerzo, necesitaba ayuda para controlar su ira y manejar sus sentimientos. También fue golpeado por su padrastro, ¡eso no es fácil! Ponte en su lugar.*
- *¡Ahora yo soy el malo!*

Thomas desaparece en el jardín, rumiando. Estoy a punto de unirme a él cuando Grégory me alcanza:

- *Dale tiempo, es tu hermano, su reacción es normal. Hablaremos de esto otra vez mañana.*
- *Me apunto.*

Me reúno con Arthur en la cocina, desorientada:

- *¿Va todo bien?*
- *He hablado con Thomas y no parece querer entenderlo.*
- *Es normal, no se puede pedir que todo el mundo lo entienda a la vez, el tiempo lo dirá. Me alegro de que lo entiendas. Eso es lo principal.*

Me mira con ojos brillantes y casi me dan ganas de besarle, pero rápidamente aparto mi mirada de la suya:

- *¿Tienes dónde dormir?*
- *No, pero pensaba ir a un motel no muy lejos.*
- *¡No seas ridículo! Tenemos una villa con muchas habitaciones disponibles. ¡Elige la que más te guste y duerme en ella!*

- *Muy amable, muchas gracias. Seré lo más discreto posible.*
- *Buenas noches, Arthur.*
- *Buenas noches Andréa.*

Me da un suave beso en la frente antes de irse a un dormitorio, y yo hago lo mismo. Me doy una ducha rápida y fresca antes de meterme en la cama, aún conmocionada por los acontecimientos de hoy. Casi he olvidado mi trío con Grégory y Franck, que fue extraordinario. Siento mucho no haberme corrido, habría sido el clímax.

Me cuesta mucho conciliar el sueño y siempre estoy en las redes sociales. De repente me sobresalto al oír mi puerta entreabierta. Levanto la vista y veo a Arthur en calzoncillos a la entrada de mi habitación:

- *¿Qué haces aquí?*
- *¿Podemos tener una pequeña charla? Tú tampoco puedes dormir.*

Le hago un gesto con la cabeza, indicándole que puede acompañarme, y se desliza conmigo bajo la sábana. Mantengo un poco la distancia porque siento que su recién descubierta amabilidad podría hacerme quebrarme en cualquier momento. Me acaricia el pelo y me mira a los ojos:

- *Te he echado mucho de menos.*
- *¿Por qué has cambiado tanto? Eras tan dulce al principio, era una delicia ser tu novia, ¿por qué todo se ha convertido en una pesadilla? No lo entiendo.*
- *No tienes que buscar una explicación, yo era el problema, tú eras perfecto. Por eso he vuelto. ¿Te gustaría que todo fuera como antes?*
- *No sé si es posible, ya hemos pasado por demasiadas cosas juntos, no veo cómo podemos superar esto.*

Se acerca un poco más a mí y me da un abrazo:

- *Vivamos y veamos adónde nos lleva. De momento, no tenemos que hacer nada, y nunca te lo echaré en cara, decidas lo que decidas, así que ya no tienes que tener miedo.*

Me besa el pelo y la frente mientras habla y, por primera vez en mucho tiempo, me siento cómoda y segura entre sus brazos, casi podría dormirme allí. Me acaricia el pelo con suavidad y luego baja rápidamente. Pasa por mi cara, mi cuello, mi pecho, mi vientre, mi sexo, luego baja

hasta mi entrepierna y vuelve a subir, tocándome las nalgas con las yemas de los dedos. Me estremezco de placer. Echaba mucho de menos sus dedos largos y sus manos grandes. Son extremadamente suaves cuando no las utiliza para golpear. Ojalá pudiera acariciarme así para siempre. Me dejo llevar por esta loca aventura y la temperatura sube unos cuantos grados con bastante rapidez.

Arthur me mira y yo no huyo. Le devuelvo la mirada, intensa y ardiente, y pronto, antes de darme cuenta, nuestros labios se encuentran y nuestras lenguas se desatan. Le beso apasionadamente, como solía hacer hace tanto tiempo, y me doy cuenta de que había echado de menos esta fusión. Pensaba que estaba enamorada de dos hombres, pero aquí estoy, sintiendo algo por tres.

Arthur introduce una de sus manos en mis bragas y me acaricia el clítoris. Sabe cómo tocarme y cómo hacerme gemir, y no duda en utilizar sus conocimientos para recordarme los buenos tiempos.

Me dejé llevar y gemí en su oído, para su deleite:

- *Había echado de menos tus ruiditos, cariño.*
- *¿Es cierto?*
- *Sí, soñaba con ello todas las noches.*

Yo también siento que estoy soñando, a decir verdad, cada palabra suena como una caricia y

Cada movimiento es tan suave como el algodón. Apenas puedo creer que esté frente al hombre que ha estado magullando mi cuerpo durante los últimos meses. Apenas puedo creerlo, estoy gratamente sorprendida pero también en guardia. No debería entregarme a él tan fácilmente, pero no puedo evitarlo, no puedo resistirme al verdadero Arthur, del que me he enamorado.

Nadie podía resistirse a él y él lo sabía. Sabía que ya había ganado cuando llegó aquí, por eso había viajado tantos kilómetros, sabía que podía irse fácilmente conmigo, no sé si quiero darle esa satisfacción. No sé si se lo merece, estoy esperando a ver si realmente está dispuesto a hacer un esfuerzo o no. Tal vez podríamos volver a ser amigos, o incluso mejores amigos. Mientras pienso en esto, siento un dedo deslizarse dentro de mi sexo y suelto un grito de sorpresa.

Arthur metió una segunda y encontró mi punto G con una rapidez desconcertante. Empieza a ir y venir rápidamente, mirándome a los ojos:

- *Te lo perdiste, ¿verdad?*

- *Oh sí, Arthur...*
- *¿Sí, cariño?*
- *Te quiero a ti.*
- *Yo también.*

Retira los dedos y me los mete en la boca. Los chupo antes de volver a besarlo lánguidamente. Arthur se pone boca arriba y yo me siento a horcajadas sobre él. Bajo entre sus piernas y comienzo la felación. Sé lo que le gusta e intento darle todo el placer posible, lo que funciona de maravilla. Me agarra del pelo y sigue mis movimientos.

Cuando decido que está lo bastante duro para acomodar mi sexo, me empalo en él y empiezo a cabalgarlo rápidamente. Me inclino sobre él y me agarra el pecho, me lo besa y me devuelve el beso. Voy cada vez más rápido y nos miramos intensamente. Nunca había sentido tanta pasión sexual entre nosotros. Siento que es la primera vez que hago el amor con él y, sin embargo, lo conozco como la palma de mi mano. No me siento una cualquiera, me siento importante para él. Me deleito con esta sensación y continúo mi paseo. Al cabo de unos minutos, siento que se acerca un orgasmo intenso y se lo digo a Arthur:

- *¡Voy a ir!*
- *¡Yo también!*

Los dos acabamos al mismo tiempo y él eyacula dentro de mí. Agotada, me derrumbo a su lado. Me abraza con ternura:

- *Fue increíble, realmente eres increíble.*
- *Gracias, a mí también me ha gustado mucho",* respondo tímidamente.

Arthur me explicó que sería mejor que yo durmiera en mi cama y él en la suya, para evitar que Thomas fuera ejecutado mañana por la mañana, y tenía toda la razón. No quiero más gritos, llantos ni peleas, sólo buen humor y un ambiente de vacaciones y sol.

Ya no me cuesta conciliar el sueño y pronto caigo en un sueño profundo.

Salgo lentamente de mi sueño con un nudo en el estómago, sin saber muy bien por qué. Pienso un poco antes de darme de bruces contra la pared. Ayer me acosté con tres tíos diferentes. Estoy

enamorada de los tres y ahora voy a tener que tomar una decisión. No puedo seguir así, me estoy poniendo en peligro y estoy jugando con sus sentimientos. Thomas se va a enterar y las cosas se van a poner muy mal. Me toca a mí arreglarlo todo. Soy yo la que quería ir de vacaciones con ellos, soy yo la que fantaseaba con los dos mejores amigos de mi hermano, soy yo la que aceptó este ménage à trois y soy yo la que acaba de traicionar ese mismo ménage acostándose con mi ex. Tengo que solucionarlo todo y evitar en la medida de lo posible los daños colaterales.

Camino nerviosa hacia el salón. Hay cuatro hombres esperándome en la mesa y me he acostado con tres de ellos, lo que no facilita las cosas. No estoy muy cómoda y me siento junto a la única persona que no tiene nada que ver con todo esto: mi hermano.

No me saluda, pero me dedica una leve sonrisa. Sé que ha estado reflexionando durante la noche y que acepta la presencia de Arthur en nuestra mesa esta mañana.

Se hace un silencio sepulcral en la mesa, que decido romper:

- *¿Qué hay en la agenda de hoy?*

Para mi sorpresa, es Thomas quien habla:

- *Voy de compras a la ciudad.*
- *Iré contigo, necesito zapatos nuevos",* responde Grégory.

Arthur mira a Thomas y se aclara la garganta:

- *¿Puedo acompañarte? Me encantaría charlar contigo, Thomas. Te prometo que todo irá bien, sólo quiero hablar.*
- *No te asustes, puedes venir, no me importa.*

Thomas parece completamente amorfo. Una vez más, se encarga de complacerme, y eso significa mucho para mí. Antes de levantarme, le doy un beso en la mejilla y le susurro un tierno "gracias" al oído.

Voy a la cocina a llenar el lavavajillas y Frank me pisa los talones:

- *Si he entendido bien, pasaremos la tarde juntos, ¡una planta preciosa!*
- *Sí, creo que sí. ¿Por qué no vamos a la playa?*

- *Buena idea, ¡tengo un lugar maravilloso para que visites!*
- *Estoy impaciente.*

Me alegro de que Franck haya renunciado a Arthur para concentrarse un poco más en sus vacaciones. Los dos hombres no se hablan y no estoy seguro de que Franck sea capaz de esforzarse tanto como Thomas en este sentido, así que es mejor no dejarlos solos en la misma habitación.

Me pongo un pequeño bikini verde que deja ver mi bronceado y me preparo para salir con Franck:

- *No seáis tontos.* me susurra Arthur al oído antes de marcharse.

Le sonrío, poniendo los ojos en blanco como si no le preocupara nada, cuando en el fondo sé que tiene mucho de qué preocuparse. Es imposible que Franck y yo no acabemos desnudos el uno contra el otro en la playa. A menos que haya una multitud, y entonces otra vez.

Llegamos al lugar paradisíaco de Franck. Una pequeña cala desierta sólo para nosotros. El agua es turquesa y el sol y el calor son perfectos. Es todo lo que necesitaba para relajarme, y no podría estar más contenta.

Franck pone dos toallas en el suelo y coloca sobre ellas nuestras maletas. Retira todo el desorden y me agarra, riendo. Sé que me va a tirar al agua y lo odio de antemano, pero me recuerda al primer día, cuando todo era aún sencillo entre todos esos hombres y yo. Me tira al agua y empezamos a discutir como niños. Lo pasamos muy bien y nos reímos mucho. Aprovechamos nuestra soledad y el hecho de tener este lugar para nosotros solos explorando cada rincón de la cala. Encontramos conchas preciosas, cangrejos, pececillos y un entorno magnífico. Nuestra tarde fue ideal.

Me siento bien con él, pero sobre todo me siento segura. Es tan protector, no tiene miedo a nada si es para venir a rescatarme, siempre es tan considerado, sus brazos son un lugar de serenidad y protección para mí. Me siento con él como con nadie. ¿Por qué es tan difícil elegir?

Salimos del agua y vamos a nuestras toallas. Me tumbo de espaldas para disfrutar un rato del sol.

Franck está a mi lado, acariciándome el vientre. Empieza a besarme el cuello y no puedo resistirme. Quiero que vaya más lejos. Quiero hacerlo en un lugar público. La idea de que alguien pueda entrar en cualquier momento me excita muchísimo.

Franck se mete entre mis piernas y empieza a hacerme un cunnilingus:

- *¡Podrían vernos!*
- *Aquí no hay nadie. Mira a tu alrededor, estamos solos, Andrea. Déjate llevar.*

Le escucho e intento no pensar en ello. Siento mi entrepierna empapada y Franck no tiene reparos en ello. No tardo en llegar al séptimo cielo y en correrme ruidosamente:

- *¡Oh, Franky!*
- *Bueno, parece que me va bastante bien",* dice volviendo a subirse a la toalla.

Le miré y no pude evitar besarle. Hace que me derrita y su cunnilingus fue divino. A pesar de mi orgasmo, aún quiero más y, sobre todo, quiero volver a darle placer. Me coloco en posición sesenta y nueve. Mi sexo está contra su boca y el suyo contra la mía. Ya no tengo miedo de que me vean, sólo quiero vivir este momento con Franck:

- *¿Quieres un poco más?* pregunta asombrado.
- *Sí, me estás volviendo loca -respondí*, riéndome.

Franck parece halagado y reanuda su excelente cunnilingus, al que no puedo resistirme. Por mi parte, le hago una mamada y se la chupo como nunca antes lo había hecho. Intento hacerle sentir todo lo posible, quiero que me vea como la reina de todas las cosas y que piense que ha sido la mejor mamada de su vida.

Los dos aceleramos el ritmo y siento que se acerca otro orgasmo que no puedo reprimir. Terminamos al mismo tiempo y un líquido caliente se derrama en mi boca. Trago y vuelvo a tumbarme junto a Franck:

- *¿Te ha gustado?* pregunta.
- *¿Y tú?*
- *Sí, fue perfecto. Eres perfecta, Andrea.*

Ahora me dice que yo también soy perfecta y no sé dónde meterme. Intento no pensar demasiado en Arthur y empezamos a recoger para salir de la cala. Ha sido la mejor tarde que he pasado desde el comienzo de estas agitadas vacaciones.

Volvemos con una sonrisa en la cara. No hay nadie en la villa y aprovecho para darme una buena ducha. Me siento bien después de este día, pero aún perdido. Espero tener pronto respuestas a mis preguntas.

Empiezo a pasarme el agua por el cuerpo cuando se abre la puerta. Me recuerda a algo. Grégory entra, ya preparado para acompañarme:

- *¿Qué coño haces aquí? ¡Podríamos verte! ¡Te recordaría que Arthur también está aquí ahora!*
- *No te preocupes, están todos abajo. Thomas y Arthur tuvieron una larga charla, y creo que las cosas se han calmado.*

Me alivia oír esa última frase, pero sigo tensa por la presencia de Gregory:

- *Has venido a darte una ducha, ¿no?*
- *Sí, realmente no hay suficientes baños en esta villa, así que me veo obligada a ducharme con la hermana de mi mejor amigo, ¡qué fastidio!*

No puedo evitar reírme y dejar que se una a mí, es tan divertido y tiene tal efecto en mí. Su cuerpo desnudo es un espectáculo que no puedo negarme, ni siquiera con toda la voluntad del mundo.

Entra en la ducha conmigo y su cuerpo empapado me da ganas de volverme loca. Me gustaría que me sujetara contra la pared por los viejos tiempos, pero estoy segura de que no es una buena idea. Empieza a besarme el cuello mientras me acaricia las caderas. Sabe cómo complacerme y yo se lo permito, a pesar de las ganas de decirle que no es razonable. No puedo explicarle por qué, yo también tengo que darle su momento, no puedo evitarlo. Soy demasiado débil y sexo-dependiente con estos hombres. Pensaré en mi decisión más tarde.

Gregory me aprieta contra la pared de la ducha y parece excitado por este pequeño ritual que hemos desarrollado. Se aprieta contra mí y frota su sexo contra mis nalgas. No puedo esperar más, quiero que me penetre aquí y ahora.

No pierde el tiempo y me penetra con facilidad, luego empieza a moverse dentro y fuera. La pared tiembla y dejo escapar gemidos apenas audibles para evitar sospechas. Nunca había tenido tanto cuidado de no hacer ruido.

Después de unas cuantas idas y venidas, Gregory está obviamente de humor burlón cuando se retira para excitarme el ano:

- *Creo que la última vez no tuve ese privilegio"*, me susurra al oído.

Le dejo entrar y las sensaciones se multiplican por diez. El ruido es cada vez más difícil de contener y me tapo la boca con las dos manos para hacer el menor ruido posible. Gregory

también me avisa de vez en cuando, pero sé que mis ruidos le excitan y que cada vez quiere más.

Sólo tarda unos minutos en eyacular dentro de mis nalgas. Se retira rápidamente, oye ruidos cerca de la habitación y entra en pánico. Sale rápidamente y se dirige a otra habitación cualquiera, totalmente desnudo. No sé cómo va a salir de ésta y prefiero no pensar en ello, fingiendo continuar con mi ducha como si nada hubiera pasado. Termino de lavarme cuando otra persona entra en el cuarto de baño. Esta vez, estoy un poco menos de humor y me gustaría tener un momento tranquilo para mí. Arthur se adelanta y se desnuda para acompañarme:

- *¿Qué te traes entre manos?* pregunto intrigado.
- *Voy a darme una ducha.*
- *Ah, claro.*

No me atrevo a decirle nada y espero que sólo venga a ducharse, porque en este momento no tengo ningún deseo sexual.

Se aprieta contra mí y me besa. Le devuelvo el beso tímidamente. Empieza a acariciarme y prefiero pararle en seco:

- *No estoy de humor, Arthur, estoy cansada*.

Esperando que el nuevo Arthur sea comprensivo y me deje salir de la ducha, intento zafarme pero una mano fuerte me atrapa:

- *No he venido hasta aquí por tan poco reconocimiento, sabes, necesito que me demuestres que tú también te preocupas por mí.*
- *Pero me importas, sólo que no es el momento adecuado. En otro momento, te lo prometo.*
- *Te follaste a otra, ¿verdad?*

Las cosas se calentaron y pronto me di cuenta de que esta utopía no iba a durar de todos modos. La gente no cambia de la noche a la mañana, él sólo me quería de vuelta para volver a encerrarme en su cruel prisión.

Intenté marcharme de nuevo pero no me dejó. Hasta ahora no había hablado con nadie de ello y siempre me lo había tomado en silencio, pero esta vez se acabó:

- *¡Suéltame, joder!*

Grité tan fuerte que lo debió oír toda la villa. Franck entra corriendo en el cuarto de baño y agarra a Arthur por el cuello. No le importó que estuviera desnudo y lo tiró al suelo:

- *¡Maldita sea, sabía que no podíamos confiar en ti!*

Estaba a punto de pegarle cuando le detuve:

- *¡Espera, espera, espera! Tú eres el que va a tener la culpa, él podría presentar cargos, no hagas nada. Saquémosle de aquí y acabemos de una vez por todas.*

Franck reflexionó unos segundos y pareció considerar que mi decisión era la más sensata. Levantó a Arthur y lo llevó a su habitación, le hizo preparar una mochila rápida con sus cosas y luego lo sacó por la puerta del jardín para evitar que se cruzara con Thomas y Grégory, que probablemente estaban fuera o en la piscina. Arthur dejó de intentar estrujarnos el cerebro y se dio cuenta de que había perdido.

Quizá realmente quiera cambiar, pero lo que es seguro es que por el momento no puedo volver con él. Y creo que nunca lo haré.

Ahora, como me imaginaba, nuestro pasado pesa demasiado y será imposible reconstruir nada con él, ni siquiera una amistad. Lo quiero fuera de mi vida para siempre, y si para ello tengo que llevarlo a los tribunales, lo haré sin dudarlo. Quiero volver a tener paz y seguridad, y empiezo a entender de quién las voy a obtener. Mi elección aún no es definitiva, pero creo que la razón me ha ayudado a ver las cosas con más claridad en los últimos días.

Franck entra en el baño para preguntarme si estoy bien y yo salto a sus brazos:

- *¡Gracias, gracias por todo!*
- *Ya sabes, sobre el tema del ménage à trois, creo que tal vez deberíamos parar ahí, Thomas ha pasado por mucho últimamente, este tipo de revelación acabaría con él, tenemos que prescindir de él.*

Estaba a punto de declararle mi amor a Franck, pero tengo que admitir que lo que acaba de decirme me ha desanimado. Por otra parte, tiene razón sobre Thomas, tenemos que poner freno a nuestras relaciones amorosas y a nuestro secretismo, si no dejarlo del todo.

Volvemos al salón para explicar a Thomas y Grégory lo que ha pasado. Grégory no parece muy contento después de todo aquello y nos lanza a Franck y a mí una mirada que entendemos al instante: damos el día por terminado.

Estoy pasando las vacaciones más movidas de mi vida y creo que nunca las olvidaré. Han estado llenas de emociones, pero también me han ayudado a ver con más claridad lo que siento, lo que quiero y, sobre todo, lo que ya no quiero. Además, me han acercado a mi hermano. Y, sobre todo, me han hecho comprender a quién necesitaba realmente. Franck siempre ha estado a mi lado, siempre me ha apoyado y defendido, le costara lo que le costara. Es con quien más a gusto me siento y a quien más necesito en estos momentos.

Mi elección está definitivamente hecha, ahora sólo es cuestión de averiguar la suya. Creo que el resto de estas vacaciones me depara muchas más sorpresas.

ombres de luna de miel

Estoy en un pueblo remoto, no muy lejos de una gran ciudad.

En el noroeste de la India.

Sería un buen comienzo para una postal.

Una postal que, por supuesto, nunca escribiría.

Nunca había estado en el lugar donde creció. Es extraño. Desierto. Mucha arena. Se dice que es una de las ciudades más sagradas de la India; los dioses de la mitología llegaron a la tierra en esta ciudad. Cuando sales aquí, siempre tienes que ir tapado, y en cualquier caso, dado el calor que hace, ¡mejor así! Todo el mundo se me queda mirando, pero un poco menos que los primeros días. La blanca. La chica blanca del pueblo. Sonrío e intento ser paciente. Afortunadamente, las cosas se calman. Ahora me han identificado. Soy... la novia.

Es la cosa más extraña. Es como si estuviera en un sueño. Nadie sabe realmente que estoy aquí. Yo también estoy un poco indeciso. Mis pasos también son vacilantes, desde que bajé del avión. Camino con cautela, inconscientemente, un poco más despacio. Me observo como un pájaro extraño. Recorro las callejuelas con curiosidad. Imagino a mis padres caminando por aquí. Mis padres viven en Francia, en París. Probablemente estén viendo las noticias en la televisión. O bebiendo té de hierbas antes de irse a la cama. En París. Como yo, no hace tanto. Sólo recordar que estuve allí hace una semana me hace reír a carcajadas.

Frente a mí, una mujer dibuja un patrón geométrico con arena de colores delante de la puerta de su casa para dar la bienvenida a futuros visitantes. Esto me devuelve a la realidad. Me acerco a ella. Me sonríe, se sonroja un poco, pero sigue dibujando. La miro. Es preciosa. Los dos sabemos que no podemos entendernos con palabras, pero nos quedamos así un rato. Cuando termina, me pone la mano fría en el antebrazo. No me muevo. Sus pulseras suenan cuando se endereza. Me sonríe y vuelve a entrar en su casita. Continúo mi camino. La región está llena de camellos. Por todas partes, la gente conduce muy rápido y la carretera está llena de grietas. Exploro.

Théo y yo nos conocimos hace siete años. Yo ya viajaba sola por la India. Nos conocimos cerca de Goa, en el sur. Fue como si nuestras miradas se cruzaran. Me prometió muchas cosas y me reí

mucho. Me habló del karma, pensé que intentaba conquistarme, y volví a reírme. Me dije que después de esos dos primeros días no volveríamos a vernos. Tomé un autobús nocturno de vuelta a casa. Théo. Pero me llamó todos los días hasta que volvimos a vernos, tres semanas después. Me sorprendió, me gustaba oír su voz. Y luego nos volvimos a juntar los tres en su coche y nos fuimos de viaje. Nuestro romance duró dos meses. Dos meses de amor caliente, dos meses de pasión. Un cuerpo de ensueño. Yo pensaba que era guapo como un dios. Era tan simple y tan obvio. Saboreé este viaje juntos. Después, fue menos romántico, me subí al avión, volví a Francia, terminé mis estudios y aprobé torpemente el examen de conducir.

Y seis años después, volvimos a encontrarnos.

En el noroeste de Francia.

Había venido a Francia a trabajar durante cuatro años. Me escribió, incluso hablamos por Skype una vez, pero siempre me negué a volver a verle. No veía qué bien nos haría. Temía que me confundiera demasiado, que le perdiera la pista. Esa era la verdadera razón, como todo el mundo sabe. Pero nos volvimos a ver. Seis años después. Yo tenía novio, pero aun así volví a ver a Théo, llena de sentido común y buenos propósitos, cada uno más casto que el anterior. Claro que sí.

Esa noche, lo que lo cambió todo fue que me miró. Quiero decir, me miró como nadie me había mirado antes. Lo sé, es un poco exagerado cuando lo pones así. Pero es verdad. Y sin embargo, he visto muchas miradas. Ojos en los ojos. Pero allí, en los de ella, sentí tanta dulzura. Y tanto deseo. Está familiarizado con sus emociones, está familiarizado con su gentileza. Me hipnotiza. Podría escucharle, mirarle, durante horas. En ese momento, podría haberme ahogado. Estaba allí, me lo daba todo, era tan real. Me mordí los labios nerviosamente, intentando que no se notara nada de lo que me estaba pasando en ese momento.

Era difícil, pero quería parecer un aventurero, fuerte, robusto, valiente, intrépido, sin miedo a nada, todo eso. Nunca había conocido a nadie como él, recordé cuando volví a verle. Su forma vibrante de estar plenamente presente conmigo. Experimentar eso me pareció un regalo. Tan precioso. Apenas podía creerlo. Las compuertas estaban abiertas, lo estaba dando todo, estaba diciendo todo lo que quería decir, no se estaba guardando nada. Y ahí estaba yo, sin saber qué hacer con todo eso. Yo era un receptáculo.

Quería lanzarme al torrente con él, y al mismo tiempo era preocupante, no sabía adónde me iba a llevar. No podía estarse quieto, su sonrisa ardía. Sus ojos oscuros, su mano girando suavemente las comisuras de su bigote. Algo me hizo querer lanzarme contra él. Lanzarme, literalmente, como el mar contra los acantilados de Irlanda. Su cuerpo, sus ojos. Increíblemente, brillaba. Y yo quería arder con él. Lo hacía todo posible, simplemente por estar allí.

Su risa era como una provocación al mundo entero. ¿Y qué, y qué, y qué?

Todavía resuena en mí.

Empecemos de nuevo. Después de diez minutos, junto al agua, unas cervezas más abajo, en esta ciudad que no conocía, nos besamos. Me dije a mí mismo que estaba en problemas. Este reencuentro había tenido un comienzo terrible. Nos besamos una y otra vez. Toda la noche. Hicimos el amor. Toda la noche también. Y a la mañana siguiente: POF, se había ido cuando me desperté. Quería gritar. Tal vez eso es lo que lo hace tan hermoso: no puedes atraparlo. Me dijo que era poliamoroso. Le dije que no me importaba. Me dio su definición.

Escuché y asentí. De hecho, ya lo sabía. Quiere tener su cuerpo como él quiere y no siente celos, no entiende ese sentimiento. Bebo en sus palabras. Sé que es verdad. Siempre lo he sabido. Nadie podrá nunca hacerlo suyo. Se pertenece a sí mismo, es inalcanzable. El viento. Como un ladrón astuto. Apesta a libertad por cada poro de su piel. Bien hecho Théo, después de esa noche y todas nuestras revelaciones, ¿qué otra cosa podía haber hecho sino llamarte para volver a verte?

Me encanta mirar el tatuaje que tiene en la parte superior del brazo izquierdo. Quiero que deje de hablar y limitarme a mirarle. Concentrarme en una sola cosa de él y luego seguir despacio. Saborearlo. Pero no deja de hablar, claro.

A mí también me parece bien. Me gusta su voz. Me gusta escuchar los idiomas que mezcla. Y luego la sorpresa, las preguntas, comprobar que he entendido lo que quería decir. Es tan jodidamente sexy. Me dijo que hacía tiempo que no hablaba con nadie tan abiertamente. Me dijo que había hablado con su padre sobre cómo nos conocimos, durante mucho tiempo, para siempre. Mierda. No sé qué decir. ¿Es verdad o está mintiendo para librarme?

Y en treinta segundos, como siempre hacía, disipó todas mis dudas, todos mis temores.

Ĥ ¿Podemos besarnos para siempre? murmuró.

El romanticismo de la manera india, francamente, me golpeó fuerte. Me encantaba cómo me hablaba, cómo repasaba mi cuerpo con la misma curiosidad y paciencia cada vez. Podía tomarme todo el tiempo que quisiera. Hacíamos el amor durante horas y horas, cada vez de una manera diferente. A menudo me decía que le encantaba cómo le besaba.

Que era como si quisiera comérmelo entero, se sentía como un glotón. Nunca se había dado cuenta de que uno podía excitarse tanto besándose. Me sonrojé de placer, por supuesto. Hicimos el amor hasta siete veces en un día. Nunca había imaginado que fuera posible y que pudiera desearlo.

Estaba literalmente hambriento. Como un adolescente descubriendo el sexo. Todo parecía nuevo otra vez. Bueno... mi vida sexual ya llevaba un tiempo. Estar con Theo era vertiginoso. El tiempo pasaba volando cuando nos escondíamos juntos bajo el edredón o en su piso.

Dijo te quiero en todos los idiomas que conocía.

Mi corazón se derritió como el hielo al sol.

Y entonces todo fue rápido. Lo dejé todo, no podía hacer otra cosa. Adiós piso, adiós amigos, adiós novio, adiós ciudad que tanto amaba. Estaba triste, amaba a mi antiguo amante. Tuve mucho dolor de corazón, porque todo iba bien entre nosotros hasta que me picó el gusanillo del amor con Théo. Pero no se puede tener todo.

Así que dije un montón de adioses. Lo siento, sí, sí, me voy. Mucha gente no lo entendió. No supe explicarlo, no supe dar razones claras, lúcidas, pragmáticas. No, no tenía ninguna. Simplemente ocurrió. Y entonces, hacia el final, peor o mejor que el adiós, quise gritar TANT PIS. Teníamos que estar juntos.

Estas cosas no pasan muy a menudo, estoy seguro. Nos reencontramos como si nunca nos hubiéramos dejado. Seis años después. Dijo que nunca había dejado de pensar en mí. Realmente no lo sabía. No nos importaba. Me llevé mis tres cajas de cosas a casa. Estaba un poco perdida, pero nos queríamos mucho.

Quería volver a vivir a la India, ya que su contrato llegaba a su fin. Dentro de un mes.

Bien, entonces. He dicho que nos vayamos.

Théo me susurró una noche, cerca de la oreja, mordisqueándome el lóbulo, como a mí me gusta: "Creo que estamos casados desde el día en que nos conocimos".

Yo soy más bien una persona con los pies en la tierra, así que no supe qué decir. Me cogió la cara entre las manos y me besó en la frente. Luego me dijo "entonces Iris... cásate conmigo para siempre". Me lo pensé, no mucho, sólo un poco, y luego, en el último momento, dije "vale". Y entonces, como sucede a menudo, hicimos el amor.

Lo que más me gustó fue deslizar mis dedos contra la próstata de este hombre tan guapo, para su deleite. Él tampoco podía contener la voz, tan excitado estaba. Todo el día de aquel sábado estuvo salpicado por nuestras caricias y nuestro placer compartido. No podíamos dejar de acariciarnos y de hacer el amor. El sábado pasó muy rápido, sin que saliéramos del dormitorio. Sólo para ir a buscar la pizza que había traído el repartidor.

Nos casaríamos en la India. Yo conseguiría una VISA, él conseguiría una VISA. Podríamos ir y venir a nuestro antojo. Yo quería encontrar un trabajo. Olvidé mencionar que en realidad soy periodista y él es ingeniero. Siempre hemos sido muy buenos escuchándonos el uno al otro.

Podíamos expresar nuestros deseos, nuestros miedos, nuestros sueños. Todo era posible con él. Me encantaba esta infinidad de posibilidades. Nuestro reencuentro me pareció increíble. No paraba de decirme que siempre había sabido que volveríamos a vernos, que volveríamos a encontrarnos.

Empezaba a creerle. También estaba descubriendo su espiritualidad. Comprendí que era importante en su vida, en su equilibrio. Sabía que venía de una familia bastante rica, pero las tradiciones seguían siendo importantes. Así que muy pronto estuvo claro que nos casaríamos allí. Mis padres y mi familia se alegraron por nosotros, pero pensaron que era un poco rápido. A mí me daba igual. En París, en la ceremonia en el ayuntamiento, estaban principalmente nuestros amigos y mis padres.

Estuvo bien. Nada extraordinario. Lo que más me gusta son las fotos que nos hicieron ese día. Me pareció que estábamos estupendos. También me gustó el ceño fruncido de algunos de mis amigos, desconcertados por tanto amor y tanta confianza. Me importaban un bledo sus opiniones. Quizá algún día lo entenderían. Nuestra historia de amor era evidente para Théo y para mí. Teníamos que estar juntos. Y así, aquel día, fue oficial: nos casamos.

Tal vez fue ese karma bribón el que nos había unido después de todo.

Quería saber más sobre su familia, de dónde venía. Sabía que yo sería su segunda esposa, él ya había estado casado siete años cuando era muy joven. Nos llevamos diez años.

No me importaba. Su primer matrimonio no había durado, su unión había sido anulada y sólo había tenido lugar en España. Había hecho tantas cosas diferentes en su vida que era fascinante. Leí muchos libros para hacerme una mejor idea de cómo sería. Le hice muchas preguntas. Le hacía reír. Vivíamos en nuestra pequeña nube de felicidad y amor. Apenas podía creerme mi suerte y los giros felices de la vida. Quién iba a pensar que acabaría así...

Un día, Théo me explicó que en su pueblo algunos hermanos compartían la misma esposa. Estábamos en el tren cuando hablábamos de esto, aún lo recuerdo. Pasó el paisaje, no recuerdo dónde estábamos, y llovía. Me reí y le pregunté si también quería que me casara con su hermano. Se quedó callado, sin reírse. En un susurro, dijo que sí.

Ή Er, yo...

Para ser algo sorprendente, estuvo bastante bien igualmente. Le pedí más explicaciones. Hablamos toda la noche. Quería que su hermano pudiera salir fácilmente de su país para trabajar y estudiar en el extranjero. Le habían concedido una beca, pero había sido muy complicado. Viendo su rostro tranquilo y serio, comprendí que era muy importante para él y que se trataba de una petición real. Théo añadió que, por supuesto, entendería que me negara, pero que tenía que pedírmelo. Su hermano lo sabía. Me dijo que nadie tenía por qué saberlo, que era como un acuerdo. Le dije que necesitaba tiempo para pensar. Casada con dos hombres. Nunca podría decírselo a nadie.

Pero... ¿qué me costaba, al final, si le ofrecía a su hermano esta libertad? Nadie más necesitaba saberlo. Yo era europeo, así que cuando quería coger un avión o irme de viaje, las fronteras se abrían en cuanto llegaba al aeropuerto con un chasquido de dedos. Obviamente, no era el caso de todo el mundo. Fue una brutal vuelta a la realidad, una realidad que no era la mía. Intenté ser lo más empático posible. Le pregunté cómo se llamaba su hermano: Garig.

No hablamos más del tema y pedí espacio para tomar mi decisión sola y sin presiones. Me fui

unos días a casa de una amiga y estuvimos de fiesta hasta las cuatro de la madrugada cada noche, redescubriendo el mundo y sopesando juntas todas mis opciones. Me fui a un retiro de yoga de fin de semana. Dos técnicas discutibles y diferentes, pero al final nada más que vaciarse. Dos semanas después, acepté.

Théo me besó y me dio las gracias. Me di cuenta de que estaba muy emocionado.

La boda estaba organizada. Estaba "prometida", como dicen en su país.

Así que nos fuimos a la India.

Conocí a Garig al día siguiente de nuestra llegada. Doce años más joven que Theo, él era dos años más joven que yo, es decir, veinticuatro. Tampoco era un niño. Un hombre guapo, no parecía muy a gusto en su propio cuerpo. Su madre siempre estaba detrás de él. No cocinaba para sí mismo, las mujeres de su familia le servían. Como feminista empedernida, a veces me sentía incómoda, pero intentaba ser observadora.

¿Qué tenía que decir yo, un europeo que no sabe nada de su cultura? Garig y yo no hablamos demasiado, él no se siente muy cómodo con el inglés. Pude ver que sus ojos evitaban los míos. Los tres teníamos que hacernos una foto para preparar y anunciar la boda en carteles.

Era un poco extraño, Theo me sujetaba por la cintura a mi derecha, y luego, muy suavemente, Garig me puso la mano en el hombro. Me estremecí un poco. Nuestro primer contacto. Toda su familia celebró nuestra llegada durante dos días sin parar. Estaba muy cansada, así que me tomé un tiempo para pasear por mi cuenta. Tomé mucho té con desconocidos y no entendía muy bien lo que me estaba pasando. No estoy segura de la versión que se dio a la familia. ¿Estaba claro el acuerdo?

A Theo y a mí no nos dejaban dormir juntos. Yo dormía en un dormitorio con todas las mujeres de la familia, y él con todos los hombres. Era un poco aburrido, pero también llegué a conocerlos mejor. Jugábamos y me trenzaban el pelo. Se suponía que el matrimonio no se había "consumado".

Menuda broma. Casi me dan ganas de dibujar en un retroproyector todas las posturas que hemos hecho juntos. Jajaja.

Si lo supieran. Les seguí el juego obedientemente. Unos días más de simulacro de matrimonio y luego nos iríamos de viaje los dos solos para hacer senderismo y encontrar el lugar donde queríamos establecernos. No entendía las conversaciones, pero asentía muchas veces. La mayor parte del tiempo, Théo me cogía la mano con fuerza. Estaba a gusto en cualquier circunstancia, pero este era su hogar más que ningún otro sitio. Se le notaba en la cara lo feliz que estaba de volver aquí.

A veces, a media tarde, Théo me llevaba en su moto, y entonces nos perdíamos en medio de la naturaleza y hacíamos el amor como locos, casi sin desnudarnos. Aquí había gente por todas partes, incluso en medio de la nada. Nos interrumpían perros callejeros hambrientos o familias que iban al templo.

Cuando esto ocurría, me reía mucho por lo improvisado de la situación. Luego me ponía la mano en la boca o me besaba para que nadie me oyera reír entre los arbustos. Le acariciaba el pelo grueso y rizado con ternura. Era tan bueno tener una pareja, un hombre, que no tuviera miedo de su cuerpo, que no tuviera tabúes y que estuviera dispuesto a explorarlo todo. Había aprendido a decir "te quiero" y "te deseo" en su lengua materna. Aventura, aventura.

Por fin llegó el día de la boda. Todas las costumbres y celebraciones se combinaron en un solo día para simplificar las cosas. Tres trajes diferentes en diferentes colores para los tres novios. Está bien. Voy a seguir el juego.

Muchos rituales, muchas cosas que ensayar, mucho baile, mucho canto, mucho color. Era como un fantasma en mi propia boda. Todo el mundo estaba muy emocionado, llorando, felicitándonos. Garig parecía aún más ausente y distante que yo. Pasaba mucho tiempo con el móvil.

Iris, Iris, Iris... se te ocurre una idea para aligerar este ambiente perfectamente espeluznante. Y domar los corazones de estos dos hermanos... Bueno, creo que tal vez lo haga.

Me preguntaba qué estaría haciendo. Quizá tuviera novia. Me gustaría oír el sonido de su voz más a menudo.

Después de todo, iba a ser mi marido. Ficticio, pero aún así. El único contacto entre nosotros era su mano en mi hombro, cada vez con más regularidad, pero sólo en público. Para las fotos. Para

aparentar. El día pronto llegaría a su fin. Los tres estábamos muy cansados.

Cada vez estábamos menos erguidos en nuestros incómodos sillones. En un momento dado, una solapa de mi sari se deslizó ligeramente y sus dedos entraron en contacto directo con mi cálida piel. Ambas nos sorprendimos y nuestras miradas de pánico se cruzaron. Nos miramos durante unos segundos sin movernos. Fue muy inquietante. Su boca se abrió ligeramente. ¿Iba a decir algo? No. Vi algo nuevo en sus ojos, pero rápidamente apartó la mirada.

Creo que... El lobo tenía hambre.

Théo también se había dado cuenta y me guiñó un ojo discreto y cómplice. Me quedé perpleja... EUH, ¡QUÉ BIZARRO! El fotógrafo se fue. Garig retiró suavemente su mano de mi hombro, casi un dedo tras otro. Y entonces Theo se fue también, charlando con miembros de su familia.

Bueno, de nuestra familia debería decir, supongo. En resumen, estaba solo, allí, en mi silla, en la pequeña plataforma. Magnífico, gracias compañeros por abandonarme así. Esbocé algunas sonrisas a diestro y siniestro, muy educada para ser una chica blanca -la única blanca de la zona, de hecho-, antes de escabullirme hacia el pequeño patio interior, donde me encendí discretamente un cigarrillo. Había echado el ojo a este rincón desde el principio del día y era mi vía de escape. Mi paquete de cigarrillos bien escondido entre dos macetas. Sabía que nadie vendría a buscarme aquí, era casi como un cuarto de basuras. Hice un pequeño esfuerzo para no manchar mi sari y sus metros de tela, y luego, una vez acomodada en mi pequeño saliente, encendí mi cigarrillo. Pura delicia, puro sabor, realmente lo necesitaba.

¿Fumas?

Di un respingo. No había visto a Garig, sentado en la penumbra, no muy lejos de mí. Se está riendo de mí, lo veo en sus ojos. Acaba de preguntarme en inglés si fumo. Me gusta su acento tan marcado y su tono vacilante. Me apetece animarle, así que sonrío generosamente y asiento con la cabeza.

¿Quizás compartir esta confidencia con él cree un atisbo de complicidad entre mi falso marido y yo? De todos modos, vamos a divertirnos un poco. Para acercarme a él y conseguir que se relaje un poco, estoy preparada para todos los intentos y todas las estrategias, llegados a este punto.

Parece tan alejado de todo. Aunque me gustaría que pudiera disfrutar un poco de la fiesta. No me importa si no entiendo nada, pero él... es su familia, sus amigos.

Sólo tendrá un matrimonio en su vida, a esta escala. Así que, de buena fe, asiento una vez más con la cabeza, por si no lo ha entendido, y luego me acerco francamente a él, con el cigarrillo en la boca. El rincón de los fumadores, eso une a la gente, ¿no? No lo sé, pero lo intento. Me mira. Él también está fumando una especie de cigarrito indio. Le sonrío de nuevo. Sacude la cabeza y dice:

- Muy malo. Las mujeres no deberían fumar.

Se levanta y se va, aplastando su cigarrillo apenas encendido bajo el zapato, con cara de asco, cuando no de exasperación. Perdido. Lo que me acaba de decir, en inglés, significa "it's very bad, women shouldn't smoke". Y zas, entre los dientes. Frío como el hielo, el Garig. Estoy un poco atónita pero intento mantener un poco la compostura. Voy a terminar este cigarrillo y volveré a mi papel de mona, será más fácil.

Se acabaron los retos durante los próximos treinta minutos. Busco la definición de garriga en mi móvil. Quizá me dé algo de lo que hablar en mi próximo intento, quién sabe. Veamos... Garriga: formación vegetal mediterránea sobre suelos calizos, compuesta por coscojas, arbustos resistentes de hoja perenne (jara, madroño, lentisco, mirto, lavanda, tomillo) y algunas gramíneas anuales. Es todo muy bonito. Bonito. Incluso estoy viendo algunas fotos.

- Amor, ¿vienes? Vamos a ser escoltados en nuestra noche de bodas.

Théo me ha encontrado en mi escondite. Me sonríe ampliamente. Me acerco, nos abrazamos, nos besamos. Me refugio en su cálido cuello. Una de las cosas que más me gustan de él es su libertad para ser él mismo. Creo que ya lo he dicho. Me da envidia y también miedo. Obviamente, me hace preguntarme: ¿podré ser yo tan libre alguna vez?

- Te he traído un dulce o algo, ¿te apetece?

En su mano, me tiende un pequeño pastel indio lleno de miel, que me encanta. Abro la boca y él lo desliza entre mis dientes, sonriendo. Atrapo sus dedos entre mis labios y los lamo suavemente para quitarle el azúcar. Me sonríe y me dice que soy incorregible. Sí, lo eres. Bueno, no lo hago a propósito. Nos besamos. Sus manos se deslizan hábilmente bajo mi sari.

Hablando de la próxima noche de bodas, me dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos. Los tres estaremos en una especie de gran sala. Según él, su hermano nunca había tenido relaciones sexuales. También me dijo que si yo quería a su hermano y Garig me quería a mí, podíamos hablarlo. Théo siempre ha sido poliamoroso y tenemos una relación muy abierta. Con su hermano, sin embargo...

Pero no, había insistido varias veces, había aceptado, era posible. Si todos querían, si todos estaban de acuerdo. De acuerdo. No estaba muy convencido cuando lo hablamos, pero acepté dejar la puerta abierta. Por supuesto, también podríamos simplemente dormir. O mirarnos a los ojos y decirnos lo que nos gustaría hacer pero no nos atrevemos. Bueno, yo era escéptico. Más aún teniendo en cuenta mis recientes intercambios con el famoso Garig.

Vamos a la ceremonia final

y la escolta hasta la cámara nupcial en un pequeño carruaje tirado por caballos.

Y entonces, finalmente, contra todo pronóstico, allí estamos los tres, en esta enorme habitación llena de cortinas en las paredes y en todas direcciones. Llena de color. Théo ha traído una gran reserva de cerveza. Esta situación me parece un poco absurda. ¿Qué vamos a hacer, sentarnos ahí fingiendo que "consumamos" nuestro matrimonio y salir de esta habitación como conejitos felices por la mañana? Pfff.... Una pérdida de tiempo.

Su hermano puso música. Al principio fue raro. Nadie hablaba. Estábamos todos tumbados en colchones en el suelo. Theo me hizo señas para que me acercara. Me deslicé como un felino entre sus brazos. Tras varios largos minutos disfrutando del calor del otro, se vuelve hacia mí y me gira la cara hacia él con las manos. Le sonrío.

Qué guapo era. Una mirada y pude sentir su pene erecto bajo la fina tela de sus pantalones. Sé que no está nada avergonzado, al contrario. Se da cuenta de que me he dado cuenta. Nos guiñamos un ojo. Se vuelve hacia su hermano. Sigue concentrado en la pantalla de su estúpido

móvil.

- Garig, ¿harás un esfuerzo? Estamos aquí hasta mañana por la mañana y son las 8 de la tarde.
- ¿De qué estás hablando, Theo?
- Intenta estar con nosotros un rato.
- No vamos a compartir a tu mujer. Ya lo sabes. Entonces, ¿qué sentido tiene hablar?
- No lo sé.
- ¿Qué, no lo sabes?
- No sé lo que va a pasar esta noche. Ni tú tampoco.
- Tonterías.
- ¿Por qué no, si todo el mundo está de acuerdo?
- No hagas eso. No está bien, ella no entiende.
- Tú no...

Estoy fuera de mí.

- Oye, quizá pueda hablar por mí mismo, ¿no?

Me puse en medio porque había bebido demasiado. Théo estaba divertido, Garig estupefacto. Me levanté y, por pura provocación, me acerqué a Garig y le besé. Los dos se callaron y me miraron. Se conocían de toda la vida. Tímida pero decidida, decidí explorar su cuerpo un poco más al azar. Estaba tan inmóvil como una pared. Estaba decidida a hacer que se doblara un poco. Mierda, mi imagen de pobre turista inocente. Ya verá.

Volví a besarle y le rodeé el cuello con las manos. Su piel era suave y no era especialmente musculoso, pero me sentí bien contra él. Su cuerpo duro empezó a ablandarse y abrió los brazos. No se movió y me dejó hacer. Empecé por la parte superior de su cuerpo, meticulosamente, su cara, sus hombros, sus brazos, su torso, su espalda. Descubriendo con mis manos.

Y entonces nuestros besos empezaron a hacerse más intensos. Sentía la mirada de Théo en mi espalda. Debo decir que me excitaba mucho. Mis dedos se posaron justo encima de su cintura,

bajo su ombligo. Me divertía verle tan sensible a las caricias. Me quedé quieta y le miré con picardía.

Ή Ahí lo tienes. No era complicado, ya ves.

Y entonces, tal como había llegado, volví a salir y me arrastré de nuevo a los brazos de Theo. Se rieron a carcajadas de mi audacia. Debo admitir que estaba orgullosa de mí misma. Ambos encendieron cigarrillos y charlaron un rato en hindi. Me sentí un poco excluida, pero me gustó.

Ή Garig, ¿estás enamorado de Iris? Theo habló esta vez más bajo.

El hermano pequeño apartó la vista, miró fijamente a la puerta y contestó en un susurro: sí.

Ή Bien. E Iris, ¿qué opinas?

Un poco sorprendido, me encogí de hombros.

- Eso es lo que pensé. Así que los dejaré solos. Voy a darme una ducha. Hay un baño contiguo. Nos vemos luego.

Theo me besó en la frente e hizo lo que dijo, escabulléndose. Yo estaba sorprendida pero también bastante excitada por la situación, que era bastante inesperada e inusual. Nunca lo habíamos hecho juntos. Pero él ya me lo había dicho y me había explicado que los celos le parecían un sentimiento europeo. Para él, aunque estés enamorado, aunque estés en pareja, la otra persona no te pertenece. Sólo te perteneces a ti mismo. Yo estaba de acuerdo. Hay quien dice que verbalizar va en detrimento del encanto de la pasión, pero no es cierto. De hecho, es todo lo contrario. Es súper sexy hablar, decir lo que quieres hacer, lo que vas a hacer.

Ή ¿Puedo acercarme a ti?

Ή Sí.

Después de aceptar, esta vez fue Garig quien se levantó para acercarse a mí. Se tomó su tiempo. Luego fue su turno de encontrarse sensualmente conmigo. Se deslizó bajo la fina sábana que cubría mi cuerpo.

Mi cara, con sus labios, mi cuello, mi pecho saltarín bajo el traje de novia, miraba su vientre ligeramente redondo y blando, sus caderas redondeadas y regordetas, sus muslos. Tenía la misma forma corporal que su hermano. Llegó a dibujar pequeños círculos en mis castas bragas de algodón con su dedo índice, cada vez más abajo.

No pude contener un leve suspiro de placer cuando se acercó a mi intimidad. Me tumbé completamente boca arriba y le ofrecí la oportunidad de tumbarse también contra mí. Y entonces, poco a poco, ya no hubo necesidad de esconderse bajo la manta. No tuvo que decirlo dos veces. Yo misma me quité las bragas y vi cómo su mirada recorría mis piernas hasta llegar a mis pies. Parecía asombrado. ¿Era la primera persona a la que veía completamente desnuda?

Bajó un poco, curioso. Su aliento rozó los labios de mi sexo. Contuve la respiración suavemente, conociendo bien mi cuerpo y ya picada por la adrenalina. Sentía la punta de su nariz respirando en la piel estriada del interior de mis muslos.

En el baño oíamos correr el agua. ¿Tal vez Theo nos estaba mirando a través de la puerta? No me extrañaría. Y entonces Garig finalmente puso su pulgar en mi clítoris erecto, y lo dejó allí durante unos segundos para un primer encuentro muy suave. Aún llevaba puesta toda la ropa. Le di algo de tiempo. Entonces comenzaron las caricias más íntimas e igualmente excitantes. Con un dedo, se introdujo suavemente en mi vagina. Luego le invité, con gestos envolventes y acompañantes, a añadir dos dedos. Su boca y su lengua se unieron a la danza.

Fue genial. Me dejé llevar y gemí más y más. Me sentía tan bien. Mi cuerpo se arqueaba de placer. Garig, codicioso e intrépido, seguía succionando mi clítoris divinamente sensible en su boca y saboreando su ciprina. Dios mío. Para ser un novato, un principiante, ¡seguro que sabía cómo hacerlo! No sé cuánto duró este momento, pero tengo la impresión de que fue bastante rápido. Me corrí de repente y con fuerza. Él no se detuvo, sólo tomó un ritmo más suave para acompañarme.

Me dejó recuperar el aliento, cerca de mí, aún tumbado a mi lado, feliz y emocionado por haber

podido verme así, vibrante, bajo una nueva luz. Aquí estaba ella, la verdadera Iris. La única parte de su cuerpo desnudo eran sus pies. No estaba seguro de si debíamos continuar. ¿Si podía...? Tras recuperar la compostura, moví la mano hacia él para atraerlo contra mí. Asintió y se negó a que le diera otro beso o a que tocara su cuerpo más íntimamente.

Me mantuvo a cierta distancia de él y empezó a masturbarme sin dejar de mirarme. Me quedé bastante sorprendida, sin saber muy bien qué hacer. Apenas se le veía el sexo a través de la ropa, pero me di cuenta de que me estaba prestando toda su atención. La música de fondo era sensual, dándome una especie de apoyo. Así que, con mis manos, acaricié suavemente mi cuerpo, mis pechos, mis caderas, para ofrecerle las vistas más hermosas.

Era como un striptease, pero yo ya estaba desnuda. Pareció gustarle mucho. Respetuosamente, dejé la distancia que me había pedido entre nosotros. Me puse a cuatro patas, mis ojos en los suyos, y yo también empecé a masturbarme bajo su mirada.

Hundía sus blancos dientes en el labio inferior y yo podía ver cómo aumentaba el deseo en su interior. Era muy difícil no tocarle en absoluto y contemplar su duro sexo desde la distancia, inaccesible. Y entonces eyaculó con un ronco estertor. Ambos dejamos caer nuestros cuerpos sobre el colchón. Sonrisas mutuas. Qué velada tan curiosa.

Ḧ Gracias, Iris.

Y luego me vestí. No teníamos nada más que decirnos. Ya nos lo habíamos dicho todo, sin palabras. El silencio era un poco extraño. Fuera aún se oían ruidos de conversaciones y fiestas. Nuestra fiesta. Nuestra boda. Bienvenido a Francia, Garig. Una leve sonrisa no abandonó mi rostro.

Unos minutos después, Theo regresó con una toalla atada a la cintura. Ambos charlaron tranquilamente, no recuerdo de qué. Me quedé dormida, con la cabeza en el regazo de mi amante mientras me acariciaba suavemente el pelo.

Nos despertamos a la mañana siguiente, tranquilos. Las sábanas seguían en la cama. Los tres dormimos en los sofás. Nos reunimos con el resto de la familia para nuestro primer desayuno oficial como novios. Menuda noche.

iado por el terapeuta

Léna y Richard observan a este joven, que parece un poco inocente.

¿Es realmente competente? ¿Es capaz de salvar su matrimonio? Parece tan joven, tan inexperto... Aunque son un poco escépticos, quieren intentarlo. Harán lo que sea para salvar su relación.

Hace unos meses que la relación va mal. Las discusiones son casi diarias. Han intentado resolver el problema por su cuenta, pero *las conversaciones serias* suelen acabar en otra discusión.

Un amigo les sugirió que acudieran a un terapeuta de pareja. Al principio la idea parecía absurda. ¿Un terapeuta de pareja? ¿Cuál es el problema? No necesitan a nadie.

Su amigo consigue darles la tarjeta del Sr. Alain, un joven terapeuta que acaba de instalarse en su ciudad.

Unos días más tarde, tras una nueva discusión, la pareja decide concertar una cita con este hombre.

Por fin están sentados frente a él, en un moderno despacho con sillones de cuero rojo y cuadros abstractos. Un ligero aroma a almendras recorre la habitación. De vez en cuando, un aroma masculino emana de la camisa del joven terapeuta.

Léna y Richard siguen observándole mientras teclea información en su ordenador.

Es muy guapo a su manera. Esbelto. Elegante. Tiene ojos vivos y rasgos delicados que se compensan con una ligera barba.

El Sr. Alain se presenta. Sin vacilar, les explicó que acababa de terminar sus estudios de psicología y que era una oportunidad para ellos, ya que podía ofrecerles métodos nuevos y muy eficaces.

Léna y Richard empiezan a relajarse un poco. Al final, puede que hayan venido al lugar adecuado...

El Sr. Alain les hace preguntas para conocerles mejor. Una vez superada esta fase introductoria, el joven terapeuta empieza a hacerles preguntas más profundas sobre su relación.

"¿Qué le trae hoy a la clínica?

- Nuestra relación se deteriora día a día. Es... tensa. Muy conflictiva. Discutimos mucho...", responde Léna.

"En otras palabras, todos los días", dice Richard.

"¿Es una decisión conjunta?

- Sí... Bueno, fui yo quien sugirió la idea a Léna. Fue un amigo quien sugirió que fuéramos. Al principio, pensamos que no lo necesitaríamos. Luego cambié de opinión y le dije a Léna lo que quería hacer, y ella aceptó.

- En cualquier caso, estamos contra la pared y no podemos seguir así...".

El Sr. Alain toma algunas notas, sacudiendo la cabeza.

"¿Podría decirme algo más sobre la naturaleza del problema? ¿Hay alguno en particular o es una combinación de cosas?

- Sí, hay uno en particular...", suspira Richard.

"Muy bien, entonces. ¿Podrías contarme más?"

Léna y yo nos miramos, un poco avergonzados de decir ciertas cosas delante de un desconocido. Pero tienen que hacerlo. Por eso están aquí.

"Bueno... Creo que nuestra diferencia de edad empieza a notarse... Es que nos llevamos quince años de diferencia. Y... creo que Léna se aburre conmigo", dice Richard.

"No... Bueno, yo no lo veo así, pero... digamos que quiero algo nuevo, quiero un poco más de

ligereza. Y siento que tengo que forzar la mano en muchos aspectos...", añade Léna.

"Estoy de acuerdo. ¿En qué áreas?

- Bueno... Para salir, para las pequeñas atenciones, en la vida cotidiana... para el sexo también", dice, ruborizándose.

Se siente muy extraña hablando de ello delante de este desconocido. Después de todo, no le resulta desagradable... Imaginar a este apuesto joven visualizándola desnuda, practicando sexo, es bastante excitante.

El joven terapeuta parece darse cuenta de la repentina agitación de la pareja.

"No te ofendas si te hago algunas preguntas *indiscretas*. El sexo revela muchas cosas. Este tema me proporciona información valiosa sobre cómo funciona tu relación. También es una poderosa palanca para la acción. Volveremos sobre ello más adelante.

Monsieur Alain sigue haciéndoles preguntas. Léna y Richard se abren cada vez más. Por primera vez en mucho tiempo, sienten que pueden escucharse de verdad. Cada uno empieza a darse cuenta de que tiene una percepción sesgada de las expectativas del otro.

Es un primer paso muy alentador.

Monsieur Alain vuelve a sacar el tema del sexo.

"Como he dicho antes, se trata de un tema rico en información. Y también es una herramienta que debemos utilizar para reparar el vínculo. ¿Cómo describirías tu vida sexual en este momento? Léna dijo que se sentía como si estuviera *forzando* tu *mano*, Richard. ¿Es así como te sientes?

- ¡No! A ella se le meten las ideas en la cabeza... No tengo la impresión de que me esté forzando en absoluto. Al contrario, estoy muy interesado... pero tal vez no en las mismas cosas.

- ¿Qué quiere decir con eso?

- Ella tiene deseos que yo no necesariamente puedo satisfacer.

- ¿Qué te parece, Léna?

- Bueno... Sí, creo que tengo deseos que él no tiene.

- ¿Cuáles son esos deseos?

- Bueno... quiero ser más *imaginativa* sexualmente. Me atrae la idea de un trío con dos hombres, por ejemplo, mientras que Richard no quiere ni oír hablar de ello...

- ¡No, no es eso! Es sólo que no puedo estar seguro de mis reacciones...

- Pero ¡cómo puedes estar seguro de algo si no lo has probado!".

El terapeuta interrumpe la incipiente discusión.

"¿Hay alguna otra fantasía que te gustaría complacer?

- Sí. Hace mucho tiempo, me dijo que su deseo por los hombres era como... latente...

- Léna", interrumpe Richard, reacio a entrar en detalles.

"No juzgo a nadie, Richard. Lo más importante para mí es entender qué está dañando vuestra relación.

- Bueno... después de todo, para eso estamos aquí..." suspira Richard.

"Adelante, Léna. Continúa.

- Bueno, no me importaría verlo con otro hombre".

El Sr. Alain sigue haciéndoles preguntas.

Al término de esta primera sesión, Richard y Léna se sienten un poco más tranquilos. Aunque todavía queda mucho camino por recorrer, sienten que van por buen camino. Y esta joven terapeuta les inspira confianza...

Una sesión siguió a otra y fue tan bien como la primera. Monsieur Alain... bueno, Julian, como prefiere que le llamen, no tarda en darles sus primeras conclusiones. Para él, el problema era principalmente el miedo a perder a la otra persona y la dificultad de Richard para aceptar su

sexualidad.

Al final de la quinta sesión, propone un ejercicio poco habitual. Invita a la pareja a besarse como si él no estuviera presente, para poder analizar su comportamiento.

Al salir de la sesión, Léna y Richard se sintieron positivamente inquietos. Lo que acababan de vivir era muy emocionante.

Pero eso no es nada comparado con la próxima sesión...

En cuanto empieza la siguiente cita, Julián prefiere avisarles.

"Para esta sesión, me gustaría llevaros al límite. Cualquiera de los dos puede decir *basta en* cualquier momento. Sed libres de expresar vuestros sentimientos. Vamos a empezar con un ejercicio muy sencillo: Richard, vas a confrontar tus emociones en profundidad, y tú también, Léna, vas a ser desafiada hoy. Para empezar, acompáñanos.

Julián se levanta y se dirige al sofá rojo. Richard y Léna le siguen.

"Para empezar, voy a invitarte a tumbarte en el sofá, Léna. Richard, puedes sentarte en el sillón de enfrente, como la última vez".

La pareja obedece. Léna se aparta el pelo de la nuca y se tumba en el sofá, con el corazón palpitante.

Julian la mira mientras lo hace. Léna piensa que hoy está especialmente guapo. Le gusta la camisa que lleva. Quiere sentir su cuerpo caliente contra el suyo.

"Richard, vas a observar. Y luego voy a hablar contigo. ¿De acuerdo?"

Ambos asienten con la cabeza.

Julian se sienta en el sofá junto a Léna.

Una dulce euforia invadió a Léna al sentir la presencia de aquel cuerpo tan cerca del suyo.

"Puedes cerrar los ojos o mantenerlos abiertos. Depende de ti", murmuró Julian, acercando los labios al oído de Léna.

Se estremece, sorprendida por su propio deseo. Quiere mantener los ojos abiertos. Quiere contemplar ese atractivo rostro tan cerca del suyo, esos hermosos ojos, esos labios que desea besar, ese cuello perfumado, la parte superior de ese torso visible bajo la camisa.

Miró a Julian a los ojos y esperó.

El joven acercó un poco más su rostro. Sus labios se posan suavemente en el hueco del cuello de Léna. Un destello de placer estalla sobre su piel y se extiende por todo su cuerpo. Siente un hormigueo en las manos, en las piernas, en todo el sexo. Le entran unas ganas terribles de abrazar a Julián, de obligarle a apretar su cuerpo contra el suyo. Pero se contiene. Ella no manda. Tiene que dejar que Julian lo haga.

Ella deja que los dedos profesionales de él se posen delicadamente sobre sus pechos. Le acarician los pechos a través de la tela.

Léna suspiró de placer, ajena a la presencia de Richard.

Julián empieza a desabrochar la blusa de Léna. Sentir cómo los botones ceden uno a uno la excita intensamente. Pronto su top quedó completamente abierto sobre sus pechos, cubiertos únicamente por el sujetador.

Los dedos de Julian siguieron abriéndose paso a través de la tela, atreviéndose cada vez más a aventurarse bajo las conchas, siguiendo los contornos redondeados de los pechos.

Léna tiene la sensación de que corrientes eléctricas van y vienen entre sus pechos estimulados y su clítoris. Tiene muchas ganas de que Julian le quite el sujetador. Quiere sentir sus pechos desnudos envueltos en cálidas palmas.

Los dedos de Julian se volvieron cada vez más aventureros. De vez en cuando, se aventuran más por debajo de la envoltura del sujetador, hasta llegar a rozar las puntas de sus pechos.

Léna gime y cierra los ojos. La idea de que Richard las esté viendo en ese momento la excita enormemente. Se concentra plenamente en los pequeños destellos de placer que brotan de sus pechos. Las caricias son cada vez más atrevidas y sensuales. Pronto las manos de Julián se deslizaron sin freno bajo las copas de su sujetador, acariciándole los pechos con las palmas llenas.

Jadea de frustración cuando las caricias cesan de repente. Las manos se retiran lentamente de debajo de su sujetador.

Julian se levanta, impasible, aunque con la cara un poco colorada. Se vuelve hacia Richard, que sigue sin decir nada.

"Richard, ven conmigo. Vamos a hablar un rato en la habitación de al lado. Puedes quedarte allí, Léna. No dudes en servirte un café mientras esperamos", dice Julián, señalando la mesita con una tetera, palitos de café e infusiones.

Léna se enderezó y se frotó la nuca, como si intentara volver en sí. No pudo evitar que su mirada se posara en la entrepierna de Julian, de pie frente a ella.

Para su gran satisfacción, la parte delantera de sus finos pantalones está contorsionada por una imponente erección.

Cuando Richard se levanta, ella le mira la entrepierna. Su satisfacción es aún mayor cuando observa el bulto muy visible en la parte delantera de sus pantalones.

Un intenso sentimiento de amor la inundó. No hay nada más hermoso que ver al hombre que ama en semejante estado de excitación. De repente quiere arrojarse a sus brazos, hacer el amor con él. Hacía mucho tiempo que no sentía ese impulso tan intensamente. Como antes. Como si volviera a enamorarse de él.

Richard sigue a Julian hacia la pequeña puerta del fondo de la habitación. Saber que estos dos hombres erguidos van a aislarse juntos es muy excitante para Léna.

Mientras ella se levantaba y se preparaba una taza de té, los dos hombres se sentaron frente a frente en la habitación contigua.

Julian invita a Richard a sentarse en uno de los sillones dispuestos alrededor de una mesa baja. Luego coge un cuaderno y un bolígrafo. Se sienta en el sillón de enfrente.

A pesar de sus esfuerzos por controlarse, Richard no pudo evitar que sus ojos se posaran en aquella entrepierna hinchada que tenía delante. Las imágenes se agolpaban en su mente de forma incontrolable. Ahora sólo podía pensar en poner la mano sobre el bulto del pantalón del joven, sentir su dureza, masajear su volumen...

Podía sentir su sexo cada vez más duro en sus pantalones. Se pregunta si se nota, si Julian se ha dado cuenta.

"Bueno, después de este ejercicio, ¿podrías decirme qué sientes, Richard? ¿Hay alguna emoción que destaque en particular?".

Julian le miró a los ojos. Richard se siente cada vez más confuso. Le cuesta encontrar las palabras adecuadas.

"Erm... Sí, bueno... Creo que estoy un poco sorprendido....

- ¿Cómo?

- Ejercicio. Y también... esperaba estar celoso. Y no soy muy celoso. ¡Si acaso! Incluso lo *disfruté*...

- ¿Ver a tu pareja con otro hombre?

- Sí. Y entonces...

- ¿Y después?

- Ver a otro hombre hacer... bueno, encontrarse a sí mismo...

- En estado de excitación.

- Sí".

Richard contiene la respiración. Tiene miedo de ser juzgado. Sin embargo, siente que se le quita un peso del pecho cuando termina de decir *que sí.*

Manteniendo una actitud perfectamente profesional, Julian garabatea algunas notas en su cuaderno.

"Muy bien, entonces. Nos detendremos aquí por hoy. Entraremos en más detalles la próxima vez.

En la siguiente sesión, Julian decide llevar la terapia a otro nivel.

Desde el principio, ofrece a Richard una conversación privada en la habitación contigua.

"Vamos a hacer otro pequeño ejercicio, si no te importa. Te voy a pedir que te relajes y cierres los ojos. Voy a colocar suavemente mis manos en tu sexo, a través de tu ropa, y voy a darte unos *masajes.* Concéntrate plenamente en tus sensaciones físicas. Intenta observar lo que te invade. Veremos hasta qué punto aceptas tus deseos. Si te resulta difícil, dímelo y pararé inmediatamente. ¿Empezamos?

Richard se queda atónito ante estas palabras. Pero su cabeza asiente automáticamente, como si su cuerpo tomara el control. Está ansioso y excitado a la vez ante la idea de ser tocado tan íntimamente por otro hombre.

Julian se levantó y caminó detrás de él. Richard sintió las manos del joven sobre sus hombros,

masajeándolos suavemente.

"Sólo relájate. Así, así. Ahora cierra los ojos".

Richard cierra los ojos. Se avergüenza un poco al pensar que su incipiente erección es visible en esta posición.

Oye a Julian rodear el sillón para volver a ponerse frente a él.

Pronto, un escalofrío eléctrico recorrió su cuerpo. Un peso cálido se posó sobre su sexo. La mano de Julian lo acaricia a través del tejido. Dominado por un intenso placer, abre los ojos. Lo que ve no hace sino aumentar su excitación: la mano de Julian acaricia sensualmente el bulto de la parte delantera de sus pantalones.

Richard no puede evitar suspirar de placer. Vuelve a cerrar los ojos. Su excitación va en aumento. Intenta controlarse. Se avergüenza de sí mismo por sentir tanto placer, a pesar de que siempre se ha prohibido este tipo de fantasías.

Se siente tan duro bajo los dedos de Julian. Desea quitarse los pantalones, los calzoncillos. Quiere sentir su pene desnudo en las manos de este hombre.

Respondiendo a sus instintos, levantó ligeramente la pelvis, como para ofrecer mejor su sexo a las caricias de Julian. Un calor divinamente placentero creció por toda la zona íntima.

Las caricias eran cada vez más intensas.

Richard duda. Quiere desabrocharse el cinturón, bajarse inmediatamente la cremallera de los pantalones y dejar que las manos de Julian se cuelen bajo la tela.

Justo cuando estaba a punto de hacerlo, Julian puso fin al ejercicio.

"Perfecto. Veo que se han eliminado muchas barreras desde la última vez...", dice con una sonrisa benévola.

"Creo que sí... Lo siento", dijo Richard, enderezándose.

Pone una expresión avergonzada.

¿"Lo siento"? ¿Por qué lo siento? Al contrario, es genial. ¡Te haces valer!
- Sí... En cualquier caso, seguro que mi compañero no me lo echará en cara...

- ¿Estás tan seguro? Creo que tendremos que confrontarla con sus emociones también para averiguarlo. Los celos pueden ir en ambos sentidos... "

Richard pensó en ello.
Es cierto... Nunca lo había pensado, pero es posible que Léna sienta celos cuando le ve con otro hombre. Quizá lo que siente en sus fantasías no tiene nada que ver con lo que sentiría en la realidad...

"¿El hecho de que hayas experimentado placer con otra persona afecta a tus sentimientos por Léna?", pregunta Julian.

"¡En absoluto! ¡Incluso me siento cada vez más enamorado de ella!

- Piensa en los miedos que te impedían cumplir esa fantasía... ¿A qué le temías?

- Perder a Léna... Que ya no me quiera...

- Si, después de esta sesión, Léna te dijera que tiene miedo de perderte tras esta experiencia, ¿qué le dirías?

- La tranquilizaría inmediatamente. Le diría que la quiero con locura y que eso no cambia lo que siento, sino todo lo contrario... "

Richard se da cuenta de que sus temores sobre el amor que siente por Léna son infundados. *Sabe* que ella le quiere. Y este tipo de experimento sexual no cambiará eso.

En la habitación contigua, Léna espera a que los dos hombres terminen de hablar. Se entretiene leyendo una revista.

Intentó escuchar en la puerta, pero no oía gran cosa.
¿Qué pueden hacer? ¿Están haciendo algo *juntos*?

Una oleada de excitación la invade al pensar en ambos haciendo cosas íntimas. Trata de imaginar... Los visualiza tocándose el sexo. Desvistiéndose. Desvestirse...

La puerta se abre.

Richard y Julian salen tranquilamente, vestidos. Pero enseguida se da cuenta del sospechoso enrojecimiento de la cara de Richard, seguido de su más que visible erección. Y no es el único que está excitado. Julian también tiene una erección. Lena los observa como si nada. La excita intensamente.

Los tres se sientan.

"Bien. Ahora vamos a pasar al siguiente ejercicio, invirtiendo los papeles de la última sesión. Esta vez tú, Léna, serás la espectadora. Escucha atentamente tus sentimientos. Te entrevistaré inmediatamente después, como hice con Richard.

Léna mueve las pestañas. No puede creer lo que oye. ¿De verdad acaba de decir que Richard y él iban a tener gestos íntimos delante de ella? ¿Está aceptando Richard su sexualidad? Sonrió, demasiado contenta de presenciarlo. Se levanta y se sienta tranquilamente en el sillón de enfrente.

Se encontró con los ojos de su compañero. Piensa que es muy guapo. Está muy orgullosa de él. Le dedica una sonrisa alentadora.

Richard cierra los ojos.

Vuelve a sentir la mano de Julian sobre su sexo hinchado. A través del tejido, siente que los dedos toman la forma de su pene, dibujándolo sensualmente.

Su respiración se acelera. Está desesperado por desnudarse. Se siente avergonzado y excitado a

la vez al saber que Léna les está observando. ¿Cómo se siente ella?

Está muy excitada. Su mirada va y viene entre su entrepierna y su cara. En este estado de semiabandono, lo encuentra increíblemente deseable.

Mira a Julian. Su porte profesional y sus gestos diligentes contrastan con la situación. Pero el rubor que se extiende por su rostro y los pocos mechones de pelo pegados a su frente delatan un deseo ardiente. Él también es realmente deseable.

De repente se siente sola. Casi celosa.

Es lo más extraño. Nunca había imaginado que sentiría esta emoción al enfrentarse a este espectáculo en la vida real. Y sin embargo...

Se siente abandonada.

Incapaz de soportarlo por más tiempo, se levantó y se sentó junto a su compañero. Le acarició el pelo con ternura y le besó por toda la cara.

Mientras Julián continúa con sus caricias, Richard abre los ojos, gratamente sorprendido por la presencia de Léna. Le toma la cara entre las manos y responde a sus besos.

Estaba tan excitado que sentía que se acercaba su orgasmo. Afortunadamente, Julian pone fin al ejercicio.

"Creo que tienes muchas cosas en la cabeza, Léna. Hablemos de ello en la habitación de al lado, si no te importa".

Tras depositar un último beso en los labios de su compañera, se levantó y siguió a Julian.

El joven terapeuta la hizo pasar y la sentó en el sillón donde había estado Richard. Él se sentó frente a ella y sacó su cuaderno y su bolígrafo.

"Entonces, Léna, ¿cuáles son tus impresiones después de este ejercicio?

- Estoy... gratamente sorprendida de que Richard se dejara engañar. No esperaba que lo hiciera.

- ¿Cómo se sintió?

- Emoción, por supuesto. Mucha emoción. Verlo en la vida real fue increíblemente bueno. Y al mismo tiempo...

- ¿Sí?

- No esperaba sentir algún tipo de celos. Tal vez no celos en el sentido estricto de la palabra, pero... ver a Richard experimentar placer *independientemente de* mí era un poco inquietante.

- Después de esta experiencia, ¿comprende mejor las reticencias iniciales de Richard ante esta fantasía?

- ¡Sí! Entiendo mejor cómo se sentía..."

La próxima sesión está prevista para la semana siguiente. Durante toda la semana, Léna y Richard hacen el amor como locos. Renace su complicidad. Esperan con impaciencia la siguiente cita, que se supone que es la última. Se preguntan qué les deparará el terapeuta.

Al principio de la sesión, Julián anuncia a Léna que va a hacerle un primer ejercicio *preparatorio.* Impaciente, fue a aislarse con él a la habitación contigua.

"Para lo que sigue, prefiero que estés en óptimas condiciones. Relájate y desconecta tu cuerpo. Muy bien. Ahora, separa los muslos, así".

Julian coge un tubo de desinfectante de la mesita. Se pone un poco del producto en la palma de la mano y se frota las manos. Luego se arrodilla frente a ella. Pone las manos en las rodillas de Lena y las separa suavemente, animándola a abrir las piernas.

La ajustada falda de Léna bosteza sobre su entrepierna. Julián puede ver el relieve de su vulva distorsionando la fina tela negra de sus bragas.

Un escalofrío de placer recorrió a Léna al sentirse observada.

"Voy a pedirte que cierres los ojos para que puedas concentrarte mejor", dice Julián con una voz suave y cálida que excita aún más a Léna.

Ella obedeció. Al poco rato, sintió que algo se posaba sobre su sexo. Se estremeció de placer.

Con movimientos lentos, Julián acarició la vulva de Léna a través de la tela negra. Cuanto más fuerte acariciaba, más húmeda la sentía a través del algodón.

La erección del joven. Siente cómo su pene se tensa contra la tela de sus calzoncillos.

Utiliza los pulgares para acariciar suavemente la entrada de la vagina.

Luego, juzgando que Léna estaba suficientemente excitada, acercó su cara a su sexo.

Su lengua se extendió sensualmente contra su vulva, lamiéndola de arriba abajo.

Léna gime. Abre más los muslos, ofreciéndose sin restricciones a la lengua de Julian.

La punta de su lengua se detuvo alrededor de su clítoris.

Léna abre los ojos. Quiere ver.

Cuando Julian besó su sexo, su mirada se clavó en la de ella. A Léna le parecía magnífico, increíblemente deseable. Hundió las manos en su pelo suave y flexible, acariciándole la cabeza, las orejas, la nuca...

Lo único que quiere es que Julian le arranque las bragas y trabaje en su vulva desnuda.

Sintiendo que ella ya ha mojado lo suficiente, Julian decide que es hora de pasar al siguiente nivel.

Sus dedos agarran suavemente los laterales de las bragas. Léna cierra ligeramente los muslos, ayudándole a deslizarlas por sus piernas. Las bragas caen sobre la alfombra.

Contempla la vulva desnuda y húmeda de Léna. Luego le acerca la cara.

Léna no tardó en sentir una caricia infinitamente cálida y húmeda contra su intimidad. Mientras la lengua de Julián exploraba su sexo desnudo, sintió que su dedo estimulaba la entrada de su vagina.

Está desesperada por sentirlo empujar dentro de ella.

Mientras seguía lamiendo y besando su sexo, Julian empezó a meterle los dedos sensualmente.

Luego, sus caricias fueron cada vez más lentas hasta que se detuvieron. Léna abrió los ojos, sorprendida y frustrada.

Julian le sonrió y se enderezó.

"Bueno, creo que estás listo para el siguiente ejercicio. Traeré a tu compañero, si no te importa", dice.

Julian se levanta y va hacia la puerta. La abre.

"Richard, ya puedes venir".

Richard entra tímidamente en la habitación. Su mirada se encuentra con la de Léna, aún lánguida en el sillón.

Aunque ella había cerrado las piernas, Richard se dio cuenta enseguida de que, efectivamente, algo había ocurrido entre ellos. No sintió celos. Sólo un intenso deseo, ante la idea de que su mujer estuviera en un estado de evidente excitación.

"Siéntate...", dijo Julián, señalando la silla opuesta a la de Léna.

"Vuelvo en dos segundos, lo justo para tenerlo todo preparado", añade mientras se dirige hacia la puerta. Sale.

Léna y Richard se miran.

"¿Estás bien?", pregunta Richard.

"Muy bien. ¿Y tú?", dijo Léna, señalando con picardía el bulto en la parte delantera de sus pantalones.

"Yo también estoy bien..."

Julian vuelve a entrar en la habitación. Tiene la bragueta abierta. En la mano lleva un tubo de lubricante y una caja.

"Me gustaría advertirles de que este ejercicio puede ser un poco agotador física y emocionalmente. Podemos parar en cualquier momento. Si consigues completarlo, se derribarán las últimas barreras que te impiden desarrollar todo tu potencial. ¿Estás preparado?"

La pareja asiente.

Julián se acerca a Léna y se arrodilla frente a ella. Le abre suavemente las piernas. Abre el tubo de lubricante y le unta un poco en el dedo.

Con gestos profesionales, le introdujo el dedo en la vagina y empezó a estimularla.

Richard observa la escena con atención. Su deseo se dispara. Contempla el rostro sonrojado de Léna, observa cómo la experta mano de Julián la manipula. Observa la entrepierna hinchada del joven. Su erección. Él también.

Léna empieza a gemir. Abre más los muslos, deseosa de que la acaricien.

Quiere que este hombre se corra dentro de ella. ¡Que estos *dos* hombres la penetren!

Julián se pone en pie y se sienta en el sillón, cerca de Léna. La rodeó con los brazos y la acercó a su cuerpo. Léna podía sentir su pene endurecido a través de la ropa. Sus pubis se presionan. Se besan.

Richard no les quita los ojos de encima. Cada vez más excitado, se lleva la mano a la erección y empieza a tocarse.

Las manos de Julián desabrochan la blusa de Léna, dejando al descubierto sus redondos pechos envueltos en el sujetador. Se deslizaron bajo las copas, masajeando directamente sus pechos.

Léna quiere sentirse desnuda. Se quita completamente el top y lo tira por la habitación. Se desabrocha el sujetador y lo deja caer sobre la alfombra.

La visión de su compañera en topless disparó el deseo de Richard. Se masajeó la erección sin freno. Él también tiene un fuerte deseo de desnudarse.

Lena inclina la cabeza hacia atrás mientras Julian empieza a pasarle la lengua por el pecho. Le coge la punta del pecho derecho en la boca, haciéndola gemir.

Julián se deja llevar por su excitación. Sus manos se deslizan por la ajustada falda de Léna. Sus cálidas y viriles palmas masajean sus nalgas desnudas. Sus caricias se hacen cada vez más intensas, estimulando toda la entrepierna de Léna. Escalofríos de placer se extienden desde su ano hasta su excitado clítoris.

Está desesperada por ser penetrada, por sentirse llena. Arquea la pelvis, como rogándole a Julian que vaya más allá.

El dedo de Julian se desliza sensualmente contra su vulva, perdido en el húmedo alivio de su intimidad. El dedo encontró la entrada de su vagina. Lena suspiró satisfecha al sentirlo deslizarse en su interior. Un pulgar presionó entre su vulva y su ano. Su placer era cada vez más intenso.

Mientras Julian la manoseaba sensualmente, ella llevó sus manos a la entrepierna de Julian. Sus dedos se deslizaron por la raja de su bragueta abierta. Se toparon con una superficie dura y caliente, ya recubierta de látex.

Julian se endereza. Con un gesto profesional, saca de sus pantalones las *herramientas* que necesita para continuar el ejercicio.

Léna agarra con delicadeza este imponente sexo erecto entre sus dedos. Lo observa y dibuja sus contornos.

"Tengo muchas ganas de hacerlo", suspira.

Los ojos de Richard se clavan en ese pene erecto. Ver a Léna tocarle y decir esas palabras es una escena infinitamente excitante. Él tampoco puede aguantar más. Continúa masturbándose a través de los pantalones. Tiene muchas ganas de quitarse la ropa, de sentir su sexo al aire libre. Le gustaría poder masturbarse sin restricciones.

"Muy bien. Ahora podemos pasar a la siguiente etapa...", dice Julian con voz suave y sin aliento.

Las manos de Julian rodearon el trasero de Léna, atrayendo su cuerpo hacia el suyo.
Su endurecida polla se encajó en la entrada de su vagina, abriéndose paso lentamente en su interior, haciéndola gemir.

Después de tantas frustraciones, Léna por fin se siente realizada.

Julian suspiró también, mientras su erección era envuelta en esta caja húmeda y caliente.

Richard observa sus lánguidos movimientos de vaivén. Verlas entregarse al placer ante sus propios ojos, tan descaradamente, le pone al límite. Contempla sus caras, sus cuerpos. Las escucha gemir, jadear...

Sus idas y venidas se intensifican, volviéndose cada vez más tórridas. Richard sólo puede soñar con una cosa: unirse a ellos. Duda. No sabe si puede atreverse...
Esta vez, sin duda, se cruzaría una barrera... A pesar de su terrible deseo de unirse a ellos, una voz en su cabeza le prohíbe moverse. Sin embargo, el deseo es tan fuerte que se permite desabrocharse la hebilla del cinturón y bajarse los pantalones por encima de los muslos. Se acaricia a través de la tela de los bóxers, apretando su pene endurecido con la mano. Tiene muchas ganas de sacar su sexo. Duda. Su intimidad se vuelve casi dolorosa, tan caliente es su excitación.

La deliciosa idea de que Julian lo vea empalmado se vuelve obsesiva. Se rinde. Se saca el pene de los calzoncillos y se masturba sin freno.

Las entradas y salidas de Julian en la intimidad de Léna se ralentizaron. Julián aparta la mirada de los pechos de Léna para no llegar al orgasmo. La visión del sexo erecto de Richard casi le hace correrse. Lo encuentra más que deseable en esta posición de abandono. Este hombre se la pone tan dura... Está encantado de darse cuenta de que ha llegado el momento de pasar a la siguiente fase.

Se inclina hacia el oído de Léna.

"Voy a necesitar tu cooperación para continuar el ejercicio..." le susurró al oído.

Richard no puede oír lo que se dicen, pero supone que hablan de él.

Un poco preocupado, observó cómo se separaban. Lena hizo una mueca de frustración cuando el pene de Julian salió de ella.

Se acerca a su compañera. Se sonríen. De repente se sienten muy enamorados el uno del otro, como si se hubieran echado mucho de menos. Ella se arrodilla frente a él y espera sabiamente las instrucciones de Julián.

"Richard, vas a cerrar los ojos y a concentrarte en lo que sientes", dice sentándose junto a Léna.

Richard no pudo evitar echar un vistazo al sexo erecto del joven antes de cerrar los ojos.

Léna coge el pene de Richard con la palma de la mano y acerca la boca. Empieza a besarlo. Deja que su lengua lo recorra, acariciándolo lánguidamente. Le da pequeños besos en el glande húmedo, que se convierten en excitantes succiones.

Otra sensación se unió a las demás. Sintió que una mano le acariciaba suavemente los testículos y luego le estimulaba la próstata.

"Puedes abrir los ojos, Richard..."

Hace lo que le dicen. Un poderoso escalofrío de excitación recorre su cuerpo al descubrir la mano de Julián acariciándole los testículos, mientras los labios de Léna siguen estimulando su glande húmedo.
De repente, la boca de Léna dio paso a la de Julian. El pene de Richard se envolvió en la cálida boca de Julian.

Richard siente que su corazón se acelera. Gratamente sorprendido, gime e inclina la cabeza hacia atrás. Se deja chupar, gime y acaricia el pelo de Julian.

Algo presiona su ano. Un dedo lubricado recorre sus contornos, intenta abrirse paso y finalmente lo consigue...

Sin que pudiera controlar nada, el esperma brotó de repente del pene erecto de Richard.

Terriblemente excitada por la situación, Léna se lanzó al cuello de Julian, rogándole que la tomara.
Ella se pone a cuatro patas sobre la alfombra, ofreciéndole su sexo caliente.

El pene recubierto de látex se introdujo en ella, continuando donde lo había dejado.

Richard se recupera lentamente de sus emociones. Pronto sintió que su sexo volvía a hincharse de deseo al contemplar los dos cuerpos que retozaban ante él.

Un grito de placer estalla en la garganta de su compañera. ¡La encuentra tan hermosa! Quería tomarla a su vez, como había hecho Julian.

Pero también siente otro impulso furioso, urgente y teñido de curiosidad. Se siente preparado.
Quiere saber qué se siente al penetrar a otro hombre.

"Creo que es hora de intentar el siguiente paso..." murmura Julian mientras saca su sexo del cuerpo de Léna.

Richard admira la resistencia de este joven, que aún no ha llegado al clímax y consigue mantener su enorme erección.

"Quiero intentarlo", dijo Richard, levantándose de la silla.
Se siente desinhibido. En lo único que puede pensar ahora es en sentir cómo su pene se hunde en este joven.

"¡Estamos progresando!", se entusiasmó Julián, cogiendo el tubo de lubricante de la mesa y la cajita que había dejado allí. Sacó una bolsita cuadrada, la abrió y sacó el preservativo.

Richard se arrodilla, ofreciendo su sexo erecto a las manos expertas de Julian. Se siente extremadamente excitado mientras el joven *viste* su sexo con látex y lo recubre de lubricante. Se pregunta cuánto tiempo más podrá seguir, tan excitado está.

Percibiendo su impaciencia, Julián se apresura a terminar de quitarse los pantalones. Luego se reclina en el asiento del sillón donde ha venido a sentarse Léna. Se separa un poco los muslos.

Richard se sintió un poco perdido al principio, pero la excitación se apoderó de él. Se colocó detrás de Julian y colocó su pene entre las nalgas de Julian. Cerrando los ojos, empezó a frotarse contra Julian.

Con un gesto, Julián invita a Léna a colocarse frente a él, de modo que su sexo quede frente a su cara. Ella accede. Mientras le acaricia el pelo, Julian besa sensualmente la parte superior de su vulva. Se agarra el pene con la mano y se masturba.

El sexo rojo y duro de Richard arde de deseo. No puede aguantar más y deja atrás lo que le queda de vergüenza. Su sexo presiona el ano de Julian.

Dejándose llevar por su deseo, su pelvis comienza a moverse lánguidamente hacia delante y hacia atrás. Utiliza sus manos. Su pene penetra lentamente a Julian. Richard deja escapar un largo gemido mientras su pene se aprieta en su interior. Julian continúa masturbándose vigorosamente.

Léna contempla estos dos cuerpos unidos. Está extasiada. Va más allá de sus sueños más salvajes.

Tras unos tórridos minutos, la lengua de Julian se deslizó suavemente contra su clítoris, haciéndola correrse.

Los gritos de placer de Léna excitaron aún más a los dos hombres. El vaivén se intensificó.

Al cabo de unos instantes, Richard, poco acostumbrado a tantas *aventuras, fue* el primero *en* correrse. Un tsunami de placer lo inundó. Después de tanto esperar, Julian por fin se permite perder también el control. Gime. Su esperma sale a borbotones y llena copiosamente la punta del preservativo.

Todos recuperan el aliento.

"Creo que hemos superado la prueba...", dice Léna, sonriendo y jadeando.

"Es un gran éxito. Enhorabuena", confirma Julian mientras se quita el condón sucio del pene.

Léna y Richard se sonríen. Se sienten más enamorados que nunca. Y les preocupaba que esta experiencia les separara...

"Dicho esto, creo que serán necesarias una o dos sesiones más para profundizar en las cosas. ¿Qué te parece?", añade Julian en tono profesional.

"Estoy de acuerdo, porque no estoy seguro de estar preparado para encontrarme... en el otro lado..." responde Richard.

Julian sonrió.

"Así que ese es el tema de nuestra próxima sesión...

nado por Trois Patrons

Jenifer sabe lo que quieren. De ella depende dar vida a su imaginación.
Saber que tiene este poder es estimulante. Escuchó todo lo que dijeron antes. Pensaron que serían discretos, pero no lo fueron...

¡Tres hombres a sus pies! Y no cualquier hombre. Desde que empezó a trabajar en la empresa, su jefe siempre le ha parecido muy atractivo. Hay que decir que Monsieur Yves es un hombre *bien conservado* para su edad, en palabras de su colega Kelly.

A Jenifer siempre le han atraído los hombres mayores. Pero nunca esperó fijarse en un hombre de casi sesenta y seis años.

El Sr. Yves es un hombre excepcional. En plena forma, activo y motivado por sus proyectos, derrocha encanto. Jenifer daría lo que fuera por poder pasar una noche con él.

Poder tocarle. Besarle. Acariciarle. Dormir contra su cuerpo.

No puede evitarlo. Siempre que él está cerca, no puede dejar de mirarlo y fantasear. Es incontrolable. Se siente atraída por él como por un imán. Siente que arde de deseo sólo con oír su nombre.

Serge...

Está divorciado. Ella lo sabe. Ha hecho averiguaciones. Quiere saber todo sobre él.

Hasta que escuchó esta conversación, no tenía ni idea de que la atracción era mutua.

Por supuesto, ella era consciente de que él la consideraba guapa. Pero no tanto...

Ella pensaba que él sólo la veía como una niña. No, realmente la ve como una mujer.

Lo mismo ocurre con sus dos socios, François y Martin. Ambos son más jóvenes que él. François tiene cincuenta y dos años y Martin sólo cincuenta y tres. Por lo que ha oído, tiene un efecto

enloquecedor sobre ellos. No le disgusta. Ambos le parecen bastante atractivos. Sobre todo Martin, que tiene una cara muy bonita.

Tres hombres deseables. Tres hombres que la desean.

Jenifer nunca había estado tan contenta de trabajar horas extras. Si no hubiera estado merodeando por la oficina esta noche, nunca habría sabido lo que tenían pensado para ella...

Eso fue hace apenas cinco minutos. Deben haber pensado que se había ido. Estaban todos en el despacho del Sr. Yves y no habían cerrado la puerta.

A Jenifer le dolían los pies. Como apenas quedaba nadie en el local, se quitó las zapatillas. Fue a hacer unas fotocopias. Descalza, no hizo ruido al andar. Nadie sospechaba...

Fue al pasar por delante del despacho del Sr. Yves cuando oyó su nombre de pila. Se acercó de puntillas, un poco preocupada, pensando que estaban criticando su trabajo.

En absoluto. Todo lo contrario. Alabaron sus méritos, su profesionalidad, su actitud en la oficina.

Luego la conversación derivó hacia consideraciones más personales.

Jenifer es muy guapa.

Emocionante.

Hace que la gente fantasee.

Cada uno de ellos había confesado sobre el tema.

Jenifer no podía creer lo que oía. Oír la voz del Sr. Yves diciéndole estas excitantes palabras la ponía eufórica. Era todo lo que deseaba. Había imaginado mil veces un escenario en el que su jefe caía rendido a sus encantos. Y ahora su deseo se había hecho realidad.

Entonces se oyó el ruido de una silla raspándose. Volvió de puntillas a su escritorio.

Sentada frente al ordenador y con una sonrisa en la cara, Jenifer deja que las palabras que ha oído suenen una y otra vez en su mente. Todo es maravilloso.

Pero pasar de la fantasía a la realidad no es tan sencillo. Aunque va por buen camino, Jenifer tiene algunas preguntas. ¿Cómo puede pasar al siguiente nivel con él?

Con *ellos.* Aunque su prioridad siga siendo el Sr. Yves, no tiene intención de cerrar la puerta a los otros dos.

Jenifer miró la hora y decidió marcharse. Recogió sus cosas e hizo todo el ruido posible, decidida a que la oyeran.

Quiere que esta pregunta les persiga: *¿Lo oyó todo?*

Mientras cierra ruidosamente la puerta de su despacho, se encuentra con la mirada avergonzada de su jefe.

"Eres tú, Jenifer... Pensé... que era la señora de la limpieza..."

Jenifer sintió que su corazón se aceleraba. Era conmovedor ver a este hombre, tan maduro y seguro de sí mismo, perder la compostura delante de ella. Le mira a los ojos. Puede ver que no está muy seguro, que se cuestiona a sí mismo...

Espero que no haya oído nada...", leyó en sus ojos claros.

"Fui yo. Tenía que terminar un expediente. Quería irme a casa tranquilo.

- Eso es bueno... Eres concienzudo.

- Dicen que...", dijo con picardía antes de darse la vuelta para marcharse.

Jenifer se fue sin saludarle. Espera que su aire impertinente sea suficiente para confundirlo.
Se siente como una jugadora. Depende de ella ganar la partida.

En los días siguientes, Jenifer se propuso ir lo más elegante posible.

Trajes chic, blusas elegantes, zapatos de tacón nuevos... ¡las mejores piezas de su armario están

ahí!

Completó su look con peinados y maquillajes sexys que la mostraban en todo su esplendor.
¡Nada se deja al azar! Jenifer nunca se ha visto tan sublime.

Y no pasa desapercibido en la oficina...
No hace falta ser muy observador para darse cuenta de lo mucho que aprecian sus esfuerzos los señores Yves, François y Martin... Como competidores, intentan acercarse a ella, cada uno a su manera.

Una mañana, mientras hacía fotocopias, Martin entró en la habitación.

"Hola, Jenifer...
- Hola Martin... ¿Cómo estás?
- Sí, ¿y tú? ¿Te traigo un café?
- Con mucho gusto".

Martin se acerca a ella y se dirige a la máquina de café. Jenifer sólo se aparta un poco. Lo justo para fingir que le deja pasar. El cuerpo de Martin roza su trasero, envuelto en su ajustada falda.

"Disculpe...", dijo con voz suave.
"No es nada", murmura.

Ella le observa mientras prepara una taza de café. Él sonríe satisfecho. Está confuso.
Se pregunta si se habrá endurecido un poco.

Le acerca su taza.

"Toma... ¿Tomas azúcar?
- No, estoy bien. Estoy bien. Gracias, Martin."

Al coger la taza, sus dedos rozaron deliberadamente los de Martin. Con la mano libre, cogió sus fotocopias y salió de la habitación, cuidando de ondular la pelvis.

Este juego acaba de empezar, ¡y ya se está divirtiendo mucho!

Por la tarde, llama a la puerta del despacho de François, diciendo que tiene una pregunta urgente que hacerle.

Encantado por la visita, François la invita a sentarse frente a él. Ella abrió una carpeta frente a él y se puso de pie sobre el escritorio para mostrarle un gráfico.

Los ojos de François no tardaron en fijarse en el escote de Jenifer. Incapaz de concentrarse en lo que ella le decía, se quedó mirando la parte superior de sus pechos, intentando ser discreto. Está muy turbado y siente que un violento deseo surge en su interior.

Jenifer estaba exultante. Tratando de confundirlo aún más, se levantó, rodeó el escritorio y se inclinó justo a su lado para continuar con sus explicaciones.

François se emociona al sentirla tan cerca de él. Aspira su perfume. Su mente divaga. Se imagina desnudándola, besando sus pechos, pasando la lengua por sus puntas coloreadas...

Cuando ella salió de su despacho unos minutos más tarde, él sintió unas furiosas ganas de masturbarse. Salió al aseo y se encerró en un cubículo. Se desabrochó los pantalones y sacó su pene erecto. Se masturbó pensando en los hermosos pechos que parecían ofrecérsele.

Al día siguiente, lejos de detenerse ahí, Jenifer encontró la oportunidad de acercarse al Sr. Yves, su objetivo prioritario.

No puede dejar de pensar en él. Es tan carismático. Tan elegante. Tan poderoso.
¡Nunca un hombre la había impresionado tanto!

Serge podría decir lo mismo de Jenifer... Él, que ha conocido a muchas mujeres en su vida, rara vez ha sentido un deseo tan fuerte. Se siente tan atraído por ella...

Sólo con mirarla se siente más joven. Y desde que fantasea con ella, sus problemas de erección han retrocedido... Se siente vigoroso y su cuerpo vuelve a seguirle.

Cuando apareció en la puerta de su despacho por la mañana temprano, él estaba encantado. Sobre todo porque hoy está especialmente guapa...

"¡Jenifer! ¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué tal estás?

- Estoy bien, ¿y tú?

- Muy bien. ¿Qué te trae por aquí?

- Tengo un problema con la dirección de correo electrónico de un cliente. Me gustaría comprobar...

- ¡Claro, claro! Dime quién es. Inténtalo..."

Jenifer se acerca a la silla del escritorio. Se quita el abrigo y se sienta.

"Oh no..." susurró.

"¿Qué?

- Creo que le pasa algo a mi falda. Creo que se ha rajado por detrás..."

Serge mira la expresión avergonzada de Jenifer. Se sonroja al pensar que esa parte de su anatomía es visible en este preciso momento.

Jenifer se levanta y se da la vuelta ligeramente.

Serge sintió que su deseo aumentaba cuando sus ojos se posaron en el cuerpo de la joven. Su falda se había roto... ¡y no sólo un poco! Bajo sus finas mallas, se veían claramente sus torneadas nalgas, realzadas por un tanga rojo.

Serge siente que se endurece. Se lleva las manos a los muslos, violentamente excitado.

Se recompone. Tiene que seguir siendo profesional y no dar muestras de problemas.

"Estoy terriblemente avergonzado... Hay una reunión más tarde y...

- No te preocupes. Vete a casa y cámbiate. No hay nada de qué preocuparse", la tranquiliza.

Personalmente, Serge tampoco le ve sentido a que pase el día con ese atuendo...

Jenifer volvió a ponerse el abrigo y salió de la oficina, sonriendo. Valía la pena sacrificar una falda vieja antes de salir para el trabajo...

Mientras Serge la oía alejarse por el pasillo, le asaltó una duda. Accidentes como éste ocurren. Pero, ¿y si no fue realmente un accidente? Recordó la conversación de la otra noche. ¿Y si ella lo había oído todo?

Es durante una pausa para tomar café entre dos citas cuando Serge, François y Martin acaban haciéndose confidencias. François es el primero en compartir sus dudas con los demás.

"Tengo la sensación de que trama algo... ¿Crees que se ha enterado?

- Es probable. Realmente espero que no. Y al mismo tiempo, si se ha enterado, no parece realmente... indignada...", dice Martin.

No se dicen nada, pero en ese momento se les pasa por la cabeza el mismo pensamiento: *¿y si está intentando hacerles entender que está receptiva?*

Al día siguiente, Jenifer tomó una decisión. ¡Es ahora o nunca!

Al final del día, tendrá la oportunidad ideal para subir de marcha.

Se puso su conjunto más sexy: una blusa roja que le encanta y una falda ultracorta.

Demasiado corto.

Llega incluso a ponerse su ropa interior más sexy. Antes de salir, se mira en el espejo. Se pone de espaldas y se inclina. Sus bragas negras de encaje son claramente visibles. Jenifer está satisfecha. El día puede empezar.

Durante todo el día, busca la menor oportunidad para provocar a los tres hombres.

Especialmente el Sr. Yves.

Deja caer deliberadamente sus carpetas, cápsulas de café y bolígrafos delante de ellos... Deambula por los pasillos, encuentra excusas para visitarlos en sus despachos... Adopta posturas sensuales en su presencia...

Están lejos de ser indiferentes a todo esto.

Jenifer no puede esperar a esta noche. Tiene una cita con el Sr. Yves para discutir un caso específico. Lo tiene planeado desde hace varias semanas. Está decidida a hacer de esta reunión el momento culminante de su emocionante día.

Por fin ha llegado la hora tan esperada.

Mientras la mayoría del personal comienza a abandonar el local, Jenifer se acomoda el pelo.

Con el corazón palpitante y el expediente bajo el brazo, se dirige al despacho de su jefe. Llama a la puerta.

"Entra..."

Ella entra.

El Sr. Yves estaba firmando unos documentos. Se detiene al verla.

"¡Ah! ¡Jenifer! Por favor, siéntate..."

Jenifer toma su lugar.

"Antes que nada, quería hacerte una pregunta, Jenifer...

- Le escucho, Sr. Yves.

- Es un poco embarazoso... Pero como tu jefe, tengo que preguntar...

- Adelante".

Serge está cada vez más caliente. Se siente terriblemente incómodo pidiéndole que haga esto. Pero tiene que hacerlo. Es su empleada. ¡Por respeto a ella, tiene que hacerlo! Y no es un hombre que eluda sus responsabilidades.

"Dime la verdad, Jenifer... ¿Escuchaste nuestra conversación de la otra noche?"

Jenifer sonríe. Con la punta del dedo, hace rodar un bolígrafo por el escritorio.

"¿Qué te parece?"

Ella levanta la vista hacia él. Él se sonroja, la mira avergonzado y luego intenta evitar su mirada.

"Eso pensé... Lo siento mucho. Fue... poco profesional de nuestra parte..."

Sin responder, Jenifer se levanta y rodea el escritorio. Se acerca a él y clava su mirada en la suya. Acerca su rostro. El aroma ambarino del hombre la envuelve. Siente su aliento corto en la piel.
Le puso suavemente las manos en los hombros y los labios en los suyos.

"No te disculpes, Serge..."

Aturdido al principio, Serge se deja llevar por el deseo. Responde a su beso con ardor y abraza suavemente la cintura de Jenifer.

Jenifer siente el delicioso cosquilleo de su barba en la piel. Está embriagada por la sensación de la lengua de Serge acariciando la suya. ¡Ha esperado tanto este momento!

Se oyen voces fuera de la oficina. Kelly sale acompañada de otro compañero.

Ambos se levantan de un salto y dejan de besarse. Su deseo se vuelve ardiente, insoportable.

Jenifer contempla el rostro de Serge. Le gusta todo de él, especialmente esas arrugas en las comisuras de los ojos cuando sonríe. Como en este momento.

"Te deseo", murmura con aplomo.

Serge respira con dificultad. Hay algo maravilloso en oír estas palabras, pronunciadas sólo por él, por esta mujer tan deseable. Es terriblemente excitante tutearla.

El mensaje es claro. Es hora de subir de marcha...

Lo único que quiere es cogerla aquí y ahora. Esa falda demasiado corta la hace más que deseable. No puede esperar a deslizar sus manos por debajo. En calzoncillos, su pene está tan duro como no lo ha estado en mucho tiempo. Se siente como un hombre joven otra vez, ¡y está decidido a hacérselo sentir a Jenifer!

"Yo también te deseo. Me gustas demasiado. ¡Eres tan guapa! ¡Tan excitante con ese conjunto!"

La besa apasionadamente. Sus manos masajean sensualmente sus nalgas a través de la tela de la falda.

"Lo deseo tanto..." suspira.

"¿Estás seguro?", pregunta con picardía.

"Oh, sí", dijo en un suspiro. Su mano agarra la de Jenifer, obligándola a posarse sobre su endurecida entrepierna. Él deja escapar un suspiro mientras ella comienza a acariciarlo. Mientras le masajeaba la zona íntima, le besaba el hueco del cuello. Cuando el deseo de Serge se intensifica, ella interrumpe bruscamente las caricias. Da un paso atrás, alegre.

La expresión frustrada de Serge la complació terriblemente. Le agarró la corbata con una mano y tiró suavemente de él hacia el escritorio. Como hipnotizado, Serge la siguió obedientemente.

Jenifer se da la vuelta. De espaldas a él, se inclina y apoya los antebrazos en el escritorio. Se apoya en él y arquea la espalda. Su falda, demasiado corta, se sube por encima de la parte inferior de sus nalgas, revelando su forma redondeada cubierta de encaje negro.

"Me la has puesto tan dura..." murmuró Serge, agarrándola por la cintura y apretándose contra ella.

Enterró la cabeza en el pelo ondulado de Jenifer, respirando su perfume que le embriagaba cada vez más. Sus labios abrazan con avidez su suave piel. Quiere lamerla, morderla. Quiere que sea suya. Toda ella.

Se desabrocha apresuradamente los pantalones y se los baja por encima de los muslos. No puede más. La desea. Aprieta más su cuerpo contra el de ella, intentando forzar su erección contra la exquisita suavidad de sus nalgas.
Sus manos abrazan la pelvis de ella. La suya empezó a moverse arriba y abajo con naturalidad.

"Me excitas demasiado...

- ¿Estás dura?", pregunta falsamente sorprendida.

"¿No lo sientes?

- Claro que lo siento. Eres demasiado dura para que no lo sienta... Quiero que lo digas...

- Tengo una erección, Jenifer...

- Dímelo otra vez...

- Estoy empalmado. Tengo una erección. Me la estás poniendo dura. Quiero correrme dentro de ti. Lo deseo tanto..."

La respuesta de Jenifer fue arquear aún más la espalda, haciendo que Serge gimiera de frustración.

Nunca había deseado tanto penetrar a una mujer. Todo lo que puede pensar es en cuándo su endurecido pene podrá por fin atravesar esas suaves puertas, por ese divino pasillo. Estrecho, cálido, húmedo.

"Quiero llevarte, Jenifer...

- Ya lo sé, pero...

- Realmente eres una chica traviesa...

- ¿Y a ti qué te importa? Me gustan las cosas sucias. ¿No te gusta?

- Todo lo contrario. A mí también me gustan las cosas sucias. Y me gusta que te guste".

Jenifer suelta una carcajada cristalina que hace que el deseo de Serge aumente aún más. Se endereza y se vuelve hacia él.

Loco de deseo, Serge inclina la cabeza para besarla. Ella esquiva el beso con picardía, ganándose una carcajada frustrada de Serge. Sus labios buscan desesperadamente la boca de ella, vuelven a caer sobre su barbilla, su cuello...

Jenifer suspiró de placer al sentir el cálido aliento del hombre invadir el hueco de su cuello...

"Te quiero...", suspira Serge, agotado.

Esta voz suplicante hizo que el deseo de la joven se disparara. Se sentó en el escritorio y abrió los muslos, invitando a Serge a acercarse. Puso las manos sobre los muslos de Jenifer y luego se inclinó para admirar la agradable vista que tenía ante sí. Contempló aquella anhelada entrepierna, simplemente cubierta de encaje negro, casi desnuda.

Quiere poner sus labios sobre él, besarlo, sentir los bordes ásperos del encaje contra su lengua.

Saca una mano ansiosa y empieza a tocar a Jenifer íntimamente. Sus dedos tocan sus bragas húmedas. Le fascina sentir su deseo por él de forma tan palpable.

"¿Quieres que te lleve?

- Sí, quiero que me cojas. Quiero sentir cómo me aprieta...", dijo ella, poniendo una mano acariciadora en su endurecida entrepierna.

Serge suspira. Está cada vez más caliente. Es tan guapa, tan deseable... Quiere tomarla como si tuviera veinte años.

Cierra los ojos. Está embriagado por las caricias de Jenifer a través de sus pantalones.

Ansioso por ella, acercó su cara a la de ella. Jenifer sonrió con picardía y giró la cabeza para besarle la zona sensible bajo la oreja.

"Eres un pesado...", murmura Serge con una sonrisa.

"Lo sé.

- Déjame besarte...

- No, no lo es.

- ¿Por qué?

- Me encanta verte frustrado.

- Ya verás, sabré vengarme...

- Eso espero.

- Por favor... Déjame besarte, Jenifer... ¡Lo deseo tanto! Y quiero tantas otras cosas también... "

El placer que le producen las traviesas caricias de Jenifer es cada vez más intenso, hasta el punto de que tiene que obligarse a pensar en otra cosa...

El deseo de Jenifer también arde. Se levanta y empuja suavemente a Serge. Se da la vuelta, se desabrocha la falda, que cae a sus pies.

Los ojos de Serge no pueden apartar la vista de las deseables nalgas, cubiertas de encaje negro.

Sin esperar su reacción, Jenifer se bajó repentinamente las bragas, dejando al descubierto sus nalgas.

El corazón de Serge empieza a latir cada vez más deprisa. Contempla esas curvas pálidas, esa

piel que parece tan suave, marcada por las costuras elásticas de la ropa interior.

Jenifer gimió cuando las cálidas manos de Serge envolvieron la redondeada base de sus nalgas.

Empezó a acariciarla cada vez más sensualmente, dejando que sus dedos se deslizaran hasta los bordes de su vulva y los cubrieran de ciprina. Ella se siente cada vez más húmeda.

Harto, Serge apretó su pubis contra ella y se abrazó a su pelvis. Mientras la masturbaba, se movía de un lado a otro contra sus nalgas, apretando cada vez más fuerte su pene contra la suavidad de éstas.

"Te quiero..."

Jenifer se da la vuelta y acerca su cara a la de él. Serge aspira su aliento. Acerca su boca a la de ella. Los labios carnosos de Jenifer se aplastan contra los suyos. Serge cierra los ojos.

Mientras le besaba, Jenifer empezó a desabrochar el cinturón de Serge. Le desabrocha los pantalones y le baja la bragueta. Él deja escapar un suspiro de placer.

Los dedos de Jenifer encuentran la suave tela de los pantalones de Serge, la dureza de su sexo. Su mano comienza a explorar este excitante volumen. La idea de hacerle esto la volvía loca de deseo.

Le baja los pantalones y le agarra el elástico de los bóxers. Se los baja por encima de los muslos, liberando su pene erecto.

Una corriente eléctrica recorre su cuerpo. Siente un cosquilleo en la boca. Quiere llevarse ese sexo a la boca, sentir cómo se desliza por su lengua, cómo se hunde...

Comienza a acariciar el miembro endurecido. Contempla su glande ancho y rosado, su asombrosa rigidez, los pelos grises que espuman sobre su base.

"Eres preciosa", susurra al oído de Serge.

Extasiado por estas palabras, Serge la besa salvajemente en el cuello.

Sus labios vuelven a encontrarse.

"Quiero sentir tu polla en mi boca".

Serge sonrió. Nunca antes una mujer le había hablado de un modo tan crudo y excitante. Se siente desconcertado, y eso le complace terriblemente.

Rápidamente, Jenifer le aparta con ternura. Coge la silla que tienen al lado e invita a Serge a sentarse.

Obedece sin rechistar. Se sienta. Su pene, sacado de los pantalones, está tan rígido como siempre. Se mira el pene con orgullo. Tiene la sensación de haber recuperado la potencia de su juventud.

Jenifer se coloca frente a él. Poniéndole las manos en las rodillas, le invita a separar los muslos. Ella se arrodilla.

Serge sintió su aliento acariciar su erección. Al poco rato, la lengua de Jenifer se posó en la base de su pene, moviéndose sensualmente hasta el glande y lamiéndolo hasta dejarlo limpio.

Él observa. Ver a esta mujer hacerle esto, con tanta pasión, le excita intensamente.

Las manos de Jenifer agarran los muslos de Serge, rascándose. Cierra los ojos, disfrutando de las sensaciones que le ofrece su pene, frotándose contra las cálidas paredes de su boca. Su lengua se desliza por la empinada corona, presionando el glande. Sus labios presionan la raíz de los testículos, besándolos con delicadeza.

Una vez más, Serge se deja llevar por el placer. Desvía la mirada y se obliga a calmar su ardor mirando al techo y pensando en su trabajo. Su respiración es cada vez más agitada.

Afortunadamente, la boca de Jenifer liberó su sexo de su apretado abrazo.

Serge tiene calor. Aprovecha para quitarse la chaqueta. Se encuentra con camisa y corbata.

Jenifer le mira con aprobación y sonríe. Piensa que es realmente muy guapo así.

Se miran durante unos instantes.

"Eres tan guapa", le dijo, pasándole una mano por el suave pelo.

"¿Tú crees?", dijo ella, jugueteando con su corbata negra.

"¡Sí, lo creo! Y no soy el único que lo piensa...

- François Martin....

- Exacto...

- ¿Me has vuelto a mencionar?

- A menudo...

- ¿Y qué te ha parecido?

- Cada vez estás más guapa. Emocionante.

- ¿Qué más?

- Que hay muchas cosas que nos gustaría hacer contigo.

- ¿Cómo?

- Como azotarte con una corbata y tomarte duro en nuestros escritorios...

- ¿Es eso lo que quieres?

- Sí..."

Jenifer parece traviesa. Se da la vuelta, se tumba en el suelo y levanta las nalgas.

Serge estaba más que gratamente sorprendido. Miró sus curvas, las marcas rojas dejadas por los tacones sobre los que se había subido. Las bragas negras de encaje le llegaban hasta las rodillas.

La excitación de Serge alcanza su punto álgido. Loco de deseo, se desató ansiosamente la corbata. Sin más preámbulos, comenzó a azotar con ella las torneadas nalgas de Jenifer.

Ella deja escapar un pequeño gemido al sentir cómo la tela negra golpea su piel con autoridad.

Después de cada golpe, la corbata se desliza sensualmente por su cuerpo antes de retroceder para tomar impulso.

Dejó escapar un gemido agudo cuando la corbata rozó su vulva húmeda y expuesta.

Sólo le queda un deseo. Que la voluminosa polla de Serge se hunda en su ansiosa intimidad.

"Quiero tu polla. Quiero tu enorme polla dentro de mí...", dijo sin aliento.

De repente, la puerta del despacho se abrió. En el umbral, François abrió mucho los ojos y se quedó helado al verlo.

"Yo... Lo siento... Pensé que estabas solo..."

No podía apartar los ojos del cuerpo de Jenifer. Observa sus nalgas desnudas, el arco de su espalda, el volumen de sus pechos aplastados contra el suelo...

Fascinado, ya no podía moverse. Se siente endurecido.

Paralizada por la sorpresa, Jenifer no se atrevió a moverse...

Serge, embriagado por las últimas palabras de Jenifer, no pudo contener su orgasmo y eyaculó copiosamente sobre su pantalón y en el suelo, ante la mirada de su compañera.

Secretamente encantada, Jenifer fingió estar terriblemente avergonzada. Se enderezó, ocultando torpemente su pubis bajo una solapa de la blusa.

La frustración arde en su vientre. Al girarse hacia Serge, su mano resbala en el suelo y se encuentra con una sustancia caliente y viscosa. Semen. Mira a Serge, que le lanza una mirada de disculpa.

Mira a François. Sus ojos brillan de deseo. Intercambian una mirada cómplice.

Se entienden.

François se quitó rápidamente la chaqueta, se desató el cinturón y se desabrochó los pantalones. Se acercó a ella, la cogió en brazos y la ayudó a levantarse. Con un movimiento varonil del brazo, tiró todo lo que había sobre el escritorio. Hizo que Jenifer se tumbara sobre él. Sin más preámbulos, se bajó los pantalones y los bóxers en un movimiento furioso. Su enorme erección se disparó hacia la vulva de Jenifer.

Tomó su pene con la mano y lo dirigió de modo que anidara en la zona íntima de la joven.

Se desliza dentro de ella, dejándose arrastrar por su sexo húmedo y ansioso.

"Llevo tanto tiempo queriendo follarte..." le dice al oído.

"Lo sé... ¡Yo también quería!

- ¿Eres feliz?

- ¡Muy bien!

- ¿Te excita que te cojan en el escritorio?

- Enormemente... ¿Y tú?

- Yo aún más... "

Se besan, mientras los movimientos de vaivén de François se hacen más amplios y fluidos.

Serge observa, hipnotizado por el espectáculo.

Un poco celoso también.

Piensa que si tuviera veinte años menos, su sexo ya estaría rígido de nuevo. Si su cuerpo pudiera seguir el ritmo de su cerebro...

Sin embargo, decidido a no quedarse de espectador, se levantó y se acercó a acariciar el pelo de Jenifer.

Reaccionando al contacto, abre los ojos y sonríe. Alarga una mano hacia la cara de Serge,

invitándole a acercar sus labios a los de ella. Se besan, mientras François sigue abrazándola con fuerza.

"Haz lo que quieras conmigo..." murmura, entregándose por completo al placer.

Serge sonrió. Agarró las manos de Jenifer y la obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza. Con su corbata, le ató las muñecas, dejándola indefensa.

Jenifer se excita con esta sensación. Mientras François le niega con picardía sus entrañas, ella intenta tocarlo instintivamente.
No se puede hacer.

Alimentada por una terrible frustración, su placer crece. Siente arder su clítoris. Gime cada vez más fuerte.

"Fóllame... Quiero... Por favor, François...", suplica.

François sonrió y se apartó un poco más de ella. La vagina de Jenifer apretó todo lo posible, intentando retenerlo.

Jenifer quería gritar de frustración. Abrió los muslos todo lo que pudo, ofreciéndose a él por completo.

Para torturarla aún más, Serge le desabrocha lentamente la blusa, dejando al descubierto un sujetador negro transparente. A través de la lencería, los dedos de Serge acarician sus pezones endurecidos. Juega con ellos, amasándolos suavemente.

Jenifer gime más fuerte. Serge le hunde la cabeza en la nuca, le besa las clavículas, le besa los pechos excitados...

Las poderosas manos de François se aferran a su pelvis, atrayéndola bruscamente hacia él. Su

erección la penetró, satisfaciéndola de inmediato.

Suelta un grito.

Volvieron las excitantes idas y venidas. Sentía el imponente glande de François rozando la parte superior de su vagina, haciendo que la sensible zona se volviera cada vez más eléctrica.

Entonces cesó la penetración. Jenifer abrió los ojos y suspiró frustrada.

"No, no... Todavía..."

Se agita. Sus manos, aún atadas, le impiden moverse.

Mira el rostro alegre de François, su camisa desabrochada que deja ver la parte superior de su torso, su erección recubierta de ciprina...

"Vamos... no puedo más... lo deseo demasiado..."

Con su alegre sonrisa, François rodeó el escritorio y se colocó a la altura de los hombros de Jenifer. Se desató la corbata y vendó los ojos a Jenifer.

La joven ya no podía ver nada, pero pronto sintió un volumen largo y duro anidando entre sus pechos. Dos manos autoritarias agarran sus pechos y los aprietan, sujetando el pene en el centro. Pronto sintió que se frotaba de un lado a otro entre sus pechos.

Escucha los suspiros excitados de François.

La banda de Serge es ahora muy fuerte. Está ocupando el lugar de François.

Su sexo se deslizó sin esfuerzo en la más profunda intimidad de Jenifer. Gimió cuando las cálidas paredes de su vagina lo envolvieron sensualmente. Sus manos agarraron firmemente la cintura de Jenifer.

Ciega y borracha de placer, Jenifer sintió que perdía el equilibrio. Sus sensaciones eran confusas.

Ella gemía cada vez más fuerte.

En mitad de la noche, una agradable sensación captó de pronto su atención.
Una caricia cálida y suave se pasea por su vientre, alrededor de su ombligo, deteniéndose en su pubis.
Tiene la vaga impresión de que hay alguien más allí. Un tercer hombre.
El que ella espera...

"Quiero que me vendes los ojos", ordena.

Las manos acariciadoras hacen el trabajo.

Vuelve la luz. Jenifer pestañea.

"Martin..."

Sonrió y sintió subir la euforia al ver aquel rostro agradable, a escasos centímetros del suyo.

Martin le devuelve la sonrisa y la besa. Jenifer cierra los ojos.

"Tómame..." susurró.

"Voy a llevarte, preciosa... Pero antes, me gustaría castigarte un poco...
- ¿Castigarme por qué?
- Por comportarte tan mal con los otros dos... ¡Eres tan sucio!"

Jenifer desea furiosamente tomar la cara de Martin entre sus manos y acariciarle el pelo. Él la coge por los hombros. La ayuda a subirse al escritorio y la pone al estilo perrito.

Así colocada, ofrece una vista terriblemente excitante a los tres hombres. Contemplan su vulva

roja, hinchada y chorreante, sus nalgas redondas que desean mordisquear...

Serge avanza, inclinándose sobre la excitante anatomía de Jenifer. Le aplica besos apasionados en la parte superior de la espalda, las nalgas, la parte superior de los muslos... Le lame la vulva con la lengua, haciéndola gemir.

Los dedos se deslizan dentro de ella. Las lenguas recorren su sexo. Un pulgar acaricia su ano.

Jenifer no puede ver lo que hacen, no sabe quién le hace qué... Siente una excitación aún más intensa, como si se entregara plenamente a los tres al mismo tiempo.

De repente, sin previo aviso, algo le abofeteó la nalga derecha.
Un empate.

Siguen varias bofetadas más con la tela. El placer es cada vez más intenso. Ahora gime con fuerza.
Los golpes de la corbata son cada vez más intensos.

Le invadió un vago sentimiento de humillación, pero no era desagradable. Al contrario, su excitación iba en aumento. La corbata se cubrió de ciprina. Cada pasada deja marcas húmedas en su piel enrojecida y dolorida. Tiene la agradable sensación de que toda esta parte de su anatomía está empapada. Ahora siente que un simple roce de la corbata en una zona más sensible que las demás bastaría para desencadenar su orgasmo.

Los azotes cesaron bruscamente. Sin abandonar su posición, siente que alguien sube al escritorio y se coloca detrás de ella. Mientras una cálida palma presiona suavemente la parte delantera de su sexo, un pene se impone a las puertas de su vagina.

Martin la penetró. Jenifer grita de placer. Su pene es más grande que el de los otros dos. Normalmente, su cuerpo habría tardado un poco en acostumbrarse. Pero está en tal estado de excitación que su cuerpo asimila el miembro endurecido sin ningún esfuerzo. Siente que se abre por completo. Su vagina clamaba por él, intentando tragarlo entero.

Serge se acerca y se pone delante de ella. Ella le mira y le encuentra muy guapo. Se sonríen. Serge le presenta su erección. Su potente aroma masculino embriaga a Jenifer. Instintivamente, abre la boca y estira el cuello. La polla de Serge se desliza entre sus labios y queda envuelta en el calor húmedo de su boca. Jenifer chupó con avidez. Cierra los ojos y se deja embriagar por todos los duros contornos delante y detrás de ella.

Las manos se invitaron a sí mismas a la fiesta y se deslizaron bajo su pecho para masajear sus senos.

Se siente divinamente sucia. Y divinamente hermosa.

Se deja llevar completamente por el placer, abandonándose por completo.

Estalla un orgasmo. Un rayo de bienestar recorre su cuerpo. Arquea la espalda, se agita y grita, sin dejar de mantener la erección de Serge en la boca. Un líquido le llena la boca. Semen y saliva brotan de sus labios.

Un pequeño torrente incontrolable brota de su vulva. Moja sus muslos y gotea sobre la madera del escritorio, empapando un documento administrativo que se ha dejado allí accidentalmente.

Martin también se deja llevar. Forcejeó unos instantes más, lo suficiente para dejar que Jenifer disfrutara plenamente. Luego se retiró y le cubrió las enrojecidas nalgas de esperma.

Pocos días después de su tórrido encuentro amoroso, Jenifer encontró una nota en su escritorio, acompañada de una rosa.

Mi querida Jenifer, me dirás que todo esto es muy tópico, pero creo sinceramente que tus habilidades merecen ser recompensadas por su verdadero valor. Nos vemos en mi despacho a las 15:00 para las formalidades. Serge

Jenifer sonríe, extasiada. Es cierto que es un tópico, pero ¿por qué iba a negarse? Bien podría combinar los negocios con el placer...

mpañeros de piso para dos (3 Historias)

"No te lo tomes a mal, pero también eres muy malo en la cama".

Eso fue lo último que me dijo mi ex antes de marcharse para siempre, al volante de su coche, tras recoger sus cosas que se habían quedado en mi casa. Desde entonces no hemos vuelto a hablar: en cuanto volví a mi habitación, le bloqueé de todas las redes sociales. No sé si me sentí profundamente ofendida, o simplemente dolida por haberme echado en cara una verdad desagradable.

Siempre pasa lo mismo. Creo que he conocido a un buen tipo, con un mínimo de integridad, y lo estropeo de alguna manera. Porque no soy buena en eso, simplemente. No sé cómo retener a los chicos, y desde luego no es gracias a mi rendimiento sexual que podré hacerlo. La guinda del pastel es que también se me da fatal ligar. Los hombres no acuden a mi ventana, como suele decirse, y es agotador navegar por las aplicaciones de citas como si eso fuera a conducir a algo.

Diría que no creo en estos sistemas, pero no puedo porque funcionan; sólo que a mí no me funcionan. Mis compañeros de piso, por ejemplo, no tienen de qué preocuparse. Incluso me atrevería a decir que tienen una aventura de una noche tras otra sin ninguna dificultad. Y soy testigo de ello; vivimos juntos, y en el piso que compartimos, las paredes tienen oídos.

Por fin vivimos juntos, pero no por mucho tiempo. No es que las cosas no vayan bien, al contrario; las tres hemos desarrollado una amistad inestimable. Pero Sophie ha terminado sus prácticas y ha encontrado un trabajo fijo en otra ciudad, y Marion ha decidido irse a vivir al sur de Francia con su hermana. Llevaban tiempo avisándome, así que empecé a buscar nuevos compañeros de piso en Internet.

Pero a mediados de año no se muda mucha gente y mi periodo de búsqueda está llegando a su fin. Sophie y Marion se van al mismo tiempo, a finales de mes, y dado el tipo de contrato que firmamos cuando cogimos el piso, no puedo pagar el alquiler yo sola. Además, me acaban de contratar en la tienda donde voy a empezar a trabajar y no puedo permitirme coger días libres

para mudarme. Sobre todo porque mi ubicación actual es ideal.

Tenía algunos criterios iniciales, pero tuve que abandonarlos: mujeres, hombres, fumadores o no fumadores, ¡no importa quién se mude mientras pague su parte del alquiler! Fue cuando le dije esto a una amiga esta mañana, exactamente con esas palabras, que la solución pareció presentarse por sí sola. Me dijo que conocía a dos personas, que ya compartían piso, y que en breve iban a dejar la casa que alquilaban porque el propietario había decidido venderla.

"Lo sé porque trabajan en el mismo sitio que yo. Lo sé porque trabajan en el mismo sitio que yo", declaró, entusiasmada con la organización de una reunión.

"¿Ellos?" fue lo único que se me ocurrió.

"¡Sí! Las dos son muy bonitas, ya verás".

No hacía falta pedirle más información; ya estaba lista para colgar y llamarles para pedirles su opinión. "No te preocupes, Tina, yo me encargo de todo", concluyó antes de terminar la llamada. Apenas seguí su monólogo. Sólo sabía que me mantendría informada. Pensándolo bien, era una solución como otra cualquiera, y ya era hora de que aprovechara la oportunidad que se me presentaba. Así que la dejé.

Por la tarde, recibí un mensaje suyo con los datos de contacto de los famosos dos hombres, que según ella "se pondrían en contacto conmigo lo antes posible". ¿Dos hombres en este piso conmigo? Si eran solteros, seguro que era el destino, que por fin escuchaba mis plegarias e intentaba poner a alguien en mi camino. Con esta esperanza un poco ingenua, me apresuré a informar a mis actuales compañeros de piso de la situación. Oh, cómo los voy a echar de menos...

Sophie y Marion me llevaron a pasar un último "día de chicas" antes de marcharse. Ocurre a veces; las tres salimos a hacernos las uñas, de compras o a un restaurante. Esta vez, ¡a la

peluquería! Porque nunca hemos ido a la vez y, todo hay que decirlo, nos hace mucha falta.

Decidí cambiar un poco mi look rizándome el pelo oscuro y acortándomelo hasta los hombros. Me preocupaba un poco que el pelo más corto no pegara con la redondez de mi cara, pero mis temores se disiparon cuando vi el resultado: ¡me encanta! Todos esos años pasados alisando cuidadosamente ese pelo rebelde parecen ridículos. Estoy deseando enseñárselo a mis amigas en la discoteca.

Cuando por fin salimos de la peluquería, los tres encantados, nuestros estómagos gritan.

"¿Volvemos a casa? Pidamos una pizza por el camino", propone Marion.

Su propuesta fue aprobada y, mientras subía a su coche, mi móvil vibró en el bolsillo trasero de mis pantalones cortos. Hundí la mano en la tela de los vaqueros para sacarlo al mismo tiempo que Marion arrancaba el coche. Era un mensaje de "Brian", uno de los dos chicos con los que mi amiga me había puesto en contacto el día anterior.

"¿Quién es?", pregunta Sophie, observándome con los dedos colgando sobre el teclado.

"La compañera de piso que te va a sustituir", solté una risita, dejando que cogiera el móvil para leer el mensaje.

"¡Oh, di que sí a enseñarlas esta tarde! Podemos verlos también!"

"Ya ves bastantes hombres, y con tus cajas el piso es un auténtico desastre".

"Sólo queremos ver quién nos va a sustituir", dice Marion desde el asiento del conductor.

Divertido, finjo suspirar y vuelvo a centrarme en el mensaje para responderlo. Sí, esta tarde estará bien. De camino a casa paramos a comer pizza. El piso está hecho un desastre; hay cajas amontonadas en las habitaciones de las niñas y, para no bloquearles el paso, también en el salón.

Han movido los muebles para que las chicas puedan sacar sus cosas al pasillo y el suelo está lleno de objetos por ordenar.

Después de nuestra "comida", lo primero que hago es recoger todas estas cosas y amontonarlas en un rincón del salón. Tardo más de lo que pensaba, así que cuando busco el móvil para ver la hora, lo pongo a toda velocidad y corro a mi habitación a cambiarme de camisa. Me pongo una camisa blanca a juego con mis pantalones cortos azules, antes de cepillarme los dientes.

Brian y su compañero de piso deberían llegar en cualquier momento; dijimos a las tres y son las menos cuarto. Hablando de sincronización, apenas había salido del baño cuando mi móvil empezó a vibrar, y no es para menos; el nombre de Brian apareció en la pantalla. Todavía no sé el nombre del segundo tipo, por cierto. Con las prisas, cogí el teléfono casi de inmediato.

"¿Hola?"

"¿Tina? Soy Brian". Su voz profunda y masculina me hace detenerme en medio de la habitación, bajo la mirada interrogante de mis dos actuales compañeros de piso, desplomados en el sofá.

"I.. ¿Estás delante?", tartamudeé al fin.

"En cinco minutos sí, ¿a qué piso llamamos?"

"Número cuatro, entonces tienes que subir al primer piso."

"Muy bien, hasta luego.

"Tardé mucho en contestar; ya había colgado.

Me maldigo interiormente: ¿en serio? ¿Es ésta la primera impresión que le he dado? Me vuelvo

hacia Sophie y Marion y pongo cara de desesperación. Ellas se burlan suavemente diciendo que nunca han visto nada peor, pero que podría haber sido. Pongo los ojos en blanco y me dejo caer en el sillón, justo entre ellas para molestarlas, esperando a que alguien toque el timbre del apartamento.

Esto ocurre unos minutos más tarde, y me levanto rápidamente para pulsar la extensión en el interfono. No recuerdo haber estado tan nervioso en mi vida. En sí, no es que pasen muchas cosas. Es incluso frustrante tener una vida tan tranquila, sobre todo cuando vives con Sophie, Marion y todas sus aventuras caídas del cielo.

La llamada a la puerta me despierta de mi letargo. Uno, dos, tres... Abro la puerta y me encuentro cara a cara con ellos. Dos hombres con sonrisas amables me saludan al mismo tiempo. Tienen el mismo aspecto que había imaginado. Entran a saludar a Marion y Sophie, que se habían levantado: en cuanto me dan la espalda, los ojos de Sophie se abren de par en par al verme. "¡Lo SÉ!", grité en silencio, imitando las palabras con la boca.

"Estas son Sophie y Marion, mis compañeras de piso. Me dejarán en unos días".

"Soy Brian", dice el más alto de los dos, descruzando sus grandes y musculosos brazos, visibles gracias a un top sin mangas que le agradezco -aún en silencio- que lleve puesto en ese momento.

"Y yo soy Théo, su compañero de piso", añade el otro, hasta ahora en segundo plano.

Para no quedarme sin temas de conversación, les invito a dar una vuelta por el piso. Brian es el más imponente de los dos, tanto físicamente como por su presencia; es evidente que le gusta hablar, y tiene el aire de alguien con un chiste preparado. Ambos son morenos, pero él es el único que tiene un poco de barba, por no decir pelusa. Sus labios son finos y sus ojos juguetones. A su lado, me supera en algo más de una cabeza.

Théo habla mucho menos; es como si estuviera frente a dos opuestos. Pero es una persona encantadora; delgado y sólo un poco más alto que yo, también tiene la sonrisa más bonita que he visto nunca. Su piel está un poco bronceada y casi me gustaría tocarle el brazo para ver si es tan

suave como parece.

Cuando nuestros pasos nos llevan de nuevo al salón para terminar la visita, y dicen que están interesados, empiezo a temblar por dentro: ¿voy yo, Tina, a vivir con estos dos cachondos? No me lo puedo creer. La conversación se alarga un rato antes de que decidan marcharse; primero sobre el alquiler y los servicios, luego la conversación deriva hacia nosotros y nuestros intereses; Brian va al gimnasio, a Théo le gustan más los videojuegos.

Acordamos una fecha para que se muden y les doy el número de móvil del casero antes de que se vayan. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, me volví para mirar a mis actuales compañeros de piso.

"¿Viste lo que yo vi? suspiré mientras me unía a ellos.

"Eres una chica afortunada, ¿lo sabías?"

"Estaré casi celoso. Ah, no, en realidad lo estoy".

Siguen pujando más que los demás y no me lo puedo creer. Estoy deseando ver cómo van las cosas cuando se hayan mudado. Y quizá, con un poco de suerte, uno de ellos esté soltero y me quiera.

Hoy hace tanto calor que estoy deseando darme una ducha helada y tumbarme en la cama. He pasado la mañana ayudando a Sophie y Marion a trasladar sus cajas antes de despedirse para siempre, y luego la tarde ayudando a Brian y Théo a trasladar las suyas. Tengo la sensación de que todo ha ido muy rápido. En el espacio de un domingo, tengo nuevos compañeros de piso, nuevas conversaciones y nuevos hábitos a los que acostumbrarme.

A pesar de lo nostálgica que me siento por el fin de mi antiguo piso compartido, no puedo

evitar estar encantada. De momento, los chicos están deshaciendo las maletas en sus habitaciones. Nos llevamos muy bien y, aunque es sólo el principio de nuestro tiempo juntos, tengo la sensación de que todo va a salir bien.

Conseguí charlar más con los dos, y Brian volvió a preguntarme por el gimnasio, a lo que le contesté que había una sala de pesas en el polideportivo donde voy a bailar, y que le enseñaría dónde estaba un día de estos. Aceptó. Tarareando en voz baja, cojo un pijama y me preparo para la ducha cuando Brian llama a la puerta contigua a la mía.

"Hola preciosa. He terminado con mis cajas, ¿dónde puedo llevarlas de nuevo?"

Ah, sí, olvidé mencionar que también se comprometió a darme este apodo, "belleza". Me gusta, y desde mi punto de vista (y el de Sophie y Marion, a las que evidentemente he consultado, ya que saben mucho más que yo sobre el tema) es un primer paso seguro en el camino de las citas. Le respondo recordándole dónde se guarda la llave del local y me da las gracias con un guiño antes de desaparecer. Sí, sin duda es una buena conexión.

Así que me voy a duchar y me topo con Theo, que me hace la misma pregunta que Brian me acababa de hacer unos segundos antes, así que sonrío y se lo señalo a él también, y luego me encierro en el baño al mismo tiempo que él cierra la puerta principal tras de sí. Por fin la ducha. Paso diez minutos dentro y vuelvo a estar viva, literalmente. Me envuelvo el pelo oscuro en una toalla al salir y me seco antes de ponerme los pantalones cortos y la camiseta de tirantes.

De hecho, no sé qué opinan Theo y Brian de compartir piso, porque aunque deberíamos haberlo hecho, en realidad no hemos hablado de ello, y tengo la sensación de que vivir con dos hombres va a ser diferente de lo que he experimentado hasta ahora. Pero las cosas pintan bien, así que he decidido dejarlo correr e ir paso a paso.

Paso mucho tiempo frente al espejo secándome el pelo, aplicándome la crema de noche e incluso depilándome las cejas. Una vez terminado todo, guardo mi pequeño desastre y me miro con aprobación en el espejo. Debe de ser la primera vez que me siento relajada en todo el día. Después de unos largos segundos más, salgo de la habitación llena de vapor, esperando que los chicos no se enfaden conmigo por haber tardado tanto en la ducha mientras ellos esperaban la

suya.

Pero cuando cruzo el pasillo y luego el salón, nada. Ni un ruido; y el pestillo de la puerta principal no está girado dos veces, lo que significa que aún no han vuelto del local. ¿Todo este tiempo? Me encojo de hombros; a saber por qué tardan más que yo en el baño. Sin hacerme más preguntas, me calzo las zapatillas para ponerme más cómoda y enciendo el ventilador portátil del salón.

Oigo abrirse la puerta en el mismo momento; cuando piensas en lobos, sin duda aparecen. Me dejo caer en el sillón junto a la ventana, el que da a la cocina y, por lo mismo, a la entrada, y les digo suavemente:

"¿Por qué has tardado tanto?

"Había atascos en las escaleras", respondió Brian con la misma energía.

Eso basta para hacerme sonreír y Théo se deja caer en el sofá paralelo al sillón en el que estoy.

"¿Cansado?", asiente.

"Demasiado para ir de compras".

"¿Puedo pedir algo si quieres? Regalo de la casa".

"¿Seguro?"

"Cojo mi móvil. "Para celebrar que te mudas".

"Ah, eso, ya lo hemos celebrado". Es Brian, sonriendo ampliamente, quien se une a la conversación.

"Confirma sus palabras antes de decir;

"Pero ordenar me parece bien. ¡Creo que hemos encontrado al compañero de piso adecuado!"

Intercambiamos una sonrisa y me contengo de poner los ojos en blanco en el último segundo para no parecer que estoy flirteando con él. Se sienta en el sofá, entre Theo y yo, y les paso el teléfono y les dejo elegir. Es como si nos conociéramos desde hace semanas en lugar de desde hace sólo una. Me hundo de nuevo en el sillón, sentándome con las piernas cruzadas.

Al final, nos decidimos por la pizza, y barajamos la idea de convertirla en la tradicional cena del domingo. El ambiente es agradable. Antes de empezar a comer, incluso envío una foto a Sophie y Marion para mostrarles lo bien que van las cosas. Brian me pregunta si voy a colgarla en mi habitación como recuerdo y yo me río. Me hace otro guiño; vaya, ¿quién iba a pensar que ligar era tan fácil?

Es más de medianoche cuando me despierta de mi sueño mi garganta deshidratada. La sensación de mi boca seca y pastosa es desagradable: busco la botella a los pies de mi cama y me enderezo un poco para beber sin derramarla por todas partes. Pero sólo queda el fondo de la botella y no es suficiente; se me escapa un largo suspiro y me sumerjo en la oscuridad de la habitación. Me da una pereza monumental sólo de pensar en levantarme para ir a tomar algo. Por otro lado, no puedo volver a dormirme así.

Aparto el edredón para liberar las piernas y me siento en el borde de la cama. Uno, dos... a las tres, me levanto, frotándome los ojos. Cojo el portátil, que está sobre la mesilla de noche, y activo la función de linterna para no tener que encender las luces grandes. Avanzo y abro la puerta con cuidado: no quiero despertar a Brian, que está en la habitación contigua a la mía. Sobre todo porque nos hemos acostado bastante tarde.

Dejo la puerta entreabierta tras de mí y atravieso el pasillo pasando por delante del salón. Llego frente a la cocina a paso de tortuga, cuando un rayo de luz me llama la atención. Lo sigo con la mirada; viene del dormitorio de Theo, enfrente, con la puerta entreabierta. Oigo un ruidito, o más bien varios ruiditos que no consigo identificar. Dudo; probablemente él también se ha despertado, podría ir a hablar con él ya que estoy.

Haciendo el menor ruido posible, cambio de rumbo y me detengo ante la puerta del dormitorio. Antes era la de Marion. Aprieto una mano contra la pared y miro inquisitivamente por la rendija, por si acaso. Mi mano, que estaba a punto de tirar de la manilla, se congela y mi gesto queda en suspenso. Brian y Theo, Brian y Theo, Brian y Theo. Es todo lo que mi cerebro puede procesar. No puedo creer lo que estoy viendo. O tal vez estoy soñando.

A la luz cegadora de la habitación, la cama tiembla bajo los cuerpos desnudos de Brian y Theo, apretados el uno contra el otro. Me pellizco el brazo para asegurarme de que es real. No hay duda. Su reflejo en el espejo que tengo delante refleja sus perfiles: Theo a cuatro patas, inclinado hacia el cabecero para amortiguar sus quejas en el cojín que está mordiendo, y Brian de rodillas detrás de él, con las manos en las caderas, empujándole sin miramientos.

Todo mi cuerpo está congelado, no puedo moverme. Incluso contengo la respiración porque tengo miedo de que me descubran. ¿Por qué no me dijeron que estaban juntos? A menos que no lo estuvieran. ¿Por qué si no Brian se me insinuaría? No sé qué pensar, a decir verdad, mi cerebro ya no responde, solo mis ojos, hipnotizados, siguen todos sus movimientos.

No puedo oír lo que dicen cuando susurran entre ellos, y es frustrante. De hecho, probablemente debería sentirme culpable por espiar de esta manera. Pero extrañamente no lo hago. Al contrario, me apetece. Al contrario, sólo quiero quedarme ahí y mirar. Incluso admirar. Nunca he visto a dos hombres durmiendo juntos. Tampoco se me ha ocurrido ver porno gay. Ya es bastante malo que casi nunca lo vea...

Pero el "espectáculo" me sobrecoge. Verlos desnudos, en toda su virilidad, mezclando sus sudores y gemidos me envuelve en un calor desconocido. Mis pupilas, veladas por el cansancio hace unos minutos, siguen el rastro febril de los dedos más altos y musculosos de Brian mientras se deslizan por la columna vertebral de Theo. Finge aminorar el ritmo y se inclina sobre él para

masajearle suavemente los hombros. Theo apoya la cabeza en el cojín y murmura algo.

Sus rostros expresan un placer y una felicidad lánguidos que nunca había visto antes. Incluso desde aquí puedo ver el sudor que les corre por la frente y cada músculo que se tensa y contrae. Están en forma. Hacía mucho tiempo que no veía cuerpos tan bien formados.

Brian, en particular, irradia ese dominio, esa seguridad que ya sospechaba que tenía y que me produce los escalofríos más extraños. El corazón me late tan fuerte que temo que me oigan. Estas palpitaciones se multiplican y se extienden inexorablemente, hasta irradiar por mi vientre, hasta mi sexo, que se despierta sin que yo quiera...

Theo reprime un fuerte gemido cuando le agarran del pelo y le obligan a inclinarse aún más, arqueando la espalda con tanta fuerza y desesperación que me tiembla el pulso. Su piel rezumante de sudor, sus culos tan bien esculpidos y sus miembros tensos ardiendo de deseo mientras se entrelazan y se aferran, todo ello me atrae inexplicablemente. Y la idea de hacer todo esto en secreto, ¡qué excitante debe de ser el sexo!

Brian se retiró bruscamente de Theo, que parecía estar llegando a la cima de su placer. Con ambas manos le agarró de la cintura mientras se movía, diciéndole algo en el hueco de la oreja; seguramente que se diera la vuelta, porque eso fue lo que hizo a continuación. Los ojos de Theo, empañados por las lágrimas, hacen que su rostro parezca suplicante e indefenso. La química y la tensión en su salvajismo suspendido son impresionantes. Nunca nadie me había mirado así.

Nunca me habían tocado con la delicadeza con la que Brian hace que su pareja se siente sobre él. Nunca nadie me había besado el estómago o el cuello con tanto ardor y deseo. El hombre más alto estira la espalda sobre la cama y el otro se arrodilla a ambos lados de su pelvis, mirándolo a los ojos, y desliza una mano por su propia espalda hasta bajar lo suficiente para atrapar el pene erecto de la bestia musculosa que le devuelve la mirada.

Sensualmente, lentamente -a no ser que sea mi cansado cerebro jugándome una mala pasada- Theo desciende empalándose, segundo tras segundo, succionando cada centímetro de la erecta polla de Brian, que parece increíblemente imponente. Oh, cómo me gustaría estar en su pellejo y poder tocar esa enorme y viril polla... Ya puedo sentir cómo mojo mi ropa interior y mi

pijama, sólo de imaginarme la escena tal y como me imagino en ella.

El aire es eléctrico, y cuando Théo golpea por fin y sin control su culo contra la guarda de la polla de su mayor, éste no puede esperar más. Levanta las caderas y las vuelve a bajar para iniciar un movimiento, y sin darse tiempo a acostumbrarse, descarga una violenta serie de embestidas de lomo. Duro y jadeante, se abalanza con todas sus fuerzas sobre lo más profundo de su cuerpo, contra una bola de nervios que empieza a implosionar en el interior de Théo.

Envueltos en calor, jadeantes y con las palmas sudorosas, no había quien los parara. Théo casi cae hacia delante sobre el pecho del dominante bajo el ritmo anárquico de sus empujones pélvicos. El vaivén ni siquiera se ralentiza un instante, las respiraciones se escapan de mi garganta mientras contengo las mías, la boca abierta. Los gemidos y sonidos guturales que intentaba tragar y disimular se vuelven menos discretos, tanto que me tapo la boca con una mano para no suspirar de excitación, pero también de frustración al mismo tiempo.

Las piernas casi me fallan y me agacho en silencio ante la puerta entreabierta, con los ojos bien abiertos. No tengo derecho a estar aquí, ya he visto mucho más de lo que debería... Una mirada en dirección a los hombres que evidentemente se están conteniendo para no gritar su orgasmo final me impide primero dar un paso atrás, luego mi razón me recuerda que ya he cedido bastante a la tentación.

Intento levantarme lo mejor que puedo sobre mis piernas temblorosas y finalmente lo consigo. Lo más discretamente posible, más callada que nunca, me apresuro a volver a mi habitación como si nada hubiera pasado y cierro inmediatamente la puerta tras de mí. Me reclino contra ella, apoyando la cabeza en mis manos sudorosas: las imágenes que acabo de presenciar se repiten una y otra vez en mi cabeza, y no puedo hacer nada para evitarlo.

Me gustaría esconderme en una ratonera y no salir nunca. En la oscuridad más absoluta, dejo el móvil en la mesilla de noche y miro el reloj. Llevo mirándolo mucho más tiempo del que pensaba. Las sábanas se hunden cuando me dejo caer en ellas. Tengo la garganta aún más seca que antes, pero ahora estoy completamente despierta y no hay forma de que consiga un vaso de agua en el estado en que me encuentro, y mucho menos después de lo que acabo de ver.

Lo que hice fue voyerista. Es lo único que se me ocurre. Y me gustó, ¿en serio? El cansancio nubla mis pensamientos. Mi corazón sigue latiendo a cien por hora... Necesito decirles que lo sé... y por otro lado... ni idea. Acabo levantándome de la cama; no voy a beber enseguida, pero mientras tanto, al menos tengo que cambiarme las medias, ésta vale para la lavadora....

Por fin pude beber toda el agua que necesitaba anoche. Son las ocho de la mañana y me siento como un zombi. ¿Cómo encuentra la gente el valor y la motivación para ir a trabajar si no ha conseguido dormir en toda la noche? Con el pelo recogido en una coleta poco delicada y una camisa que se me pega demasiado a la piel, miro cómo gotea el café de la máquina a mi taza.

No puedo dejar de pensar en Theo y Brian, a quienes pillé desprevenidos anoche. Ahora entiendo mejor el tiempo sospechosamente largo que habían pasado en el "trastero" la noche anterior, lo que lo explica. Esta mañana todavía no me he cruzado con ellos, pero eso es lógicamente inevitable. Así que, más que pensar en su actitud, me pregunto por mí mismo.

Porque no creí que pudiera excitarme tanto dos tíos teniendo sexo que sólo pudiera imaginarme otros escenarios así hasta altas horas de la madrugada, con la mente nublada. Particularmente no puedo quitarme de la cabeza sus cuerpos; los músculos mostrándose, abrazándose con un suspiro, y sus sexos acalorados entrenados el uno en el otro... Me muero por tocar aunque sea a uno de ellos....

"Hola."

La voz grave de la mañana me sobresalta y casi derramo la taza de café que llevaba en la mano. Levanto la vista y veo la expresión poco despierta de Brian, que me ha pillado por sorpresa. Exhalo con más calma y finjo una sonrisa, sin saber cómo no comportarme con naturalidad; al parecer, mi cerebro sigue fuera de sí.

"Oh, me has asustado..." digo.

"Ya lo he visto, perdona", responde a mi sonrisa y se acerca a abrir la nevera.

Le presto un poco de leche y me siento al otro lado de la isla de la cocina para ver cómo prepara el desayuno. Sin camiseta, en pantalón de chándal gris y más o menos despeinado, sinceramente no me cuesta entender qué ve Théo en él. De hecho, debe ser del gusto de todos. Le pregunto si nuestro compañero de piso trabaja temprano los lunes por la mañana y si no deberíamos despertarle, pero me asegura que no.

Asiento con la cabeza y finjo perderme sorbiendo mi café demasiado amargo. No me atrevo a ir a buscar el azúcar detrás de él. Por mi cabeza pasan demasiadas imágenes obscenas, y sus abdominales expuestos no ayudan. Con la mayor discreción posible, admiro la musculatura de sus brazos y la marcada forma de su torso. Casi no miro la hora, y cuando lo hago, acelero; no hay manera de que llegue tarde a un sitio donde me acaban de contratar.

Cojo mi bolso, mis llaves y me pongo rápidamente los tacones. Brian me sigue de reojo sin decir palabra. Antes de marcharme definitivamente, me despido de él y se acerca para darme un beso. No sé cómo reaccionar, así que sonrío. Él me devuelve la sonrisa; y es lo más frustrante del mundo no poder descifrar sus intenciones hacia mí. Es aún peor no saber qué giro van a tomar los acontecimientos...

"Nos vemos esta noche, preciosa", me dice mientras cierro la puerta tras de mí, un poco desorientada.

"Belleza". Este apodo me hace perderme en mis pensamientos y no sé qué pensar de él. ¿Lo hace a propósito? ¿Es sincero o está calculado para alejar cualquier sospecha de que se acuesta con su compañera de piso?

Tenía que estar segura, así que rebusco entre los contactos de mi teléfono y encuentro el número de la amiga que me había puesto en contacto con él y con Théo. Si hay alguien que pueda decirme algo sobre ellos y su relación "secreta", es la única persona que se me ocurre.

VOLUMEN 2

El café es tranquilo para ser un lugar tan concurrido. La última vez que estuve aquí fue con Sophie y Marion, hace ya algún tiempo. El suelo de parqué encerado y los adornos de madera pulida dan al lugar un aire moderno y rústico a la vez. El ambiente es cálido, pero aún mejor: no es temporada, ¡pero aquí se hacen los mejores chocolates calientes de la ciudad! Y eso es decir poco. Llevo unos minutos aquí sentada, mirando la carta y fingiendo vacilar, sólo para pasar el rato. Supe lo que quería en cuanto abrí la puerta.

Justo cuando se asoma la nariz de un camarero, irrumpe Céline en la mesa, con el pelo visiblemente deshecho por el viento de fuera. Se disculpa por llegar tarde -¡demasiado tráfico en la ciudad durante la semana, qué idea no vivir directamente en el centro! - y se sienta frente a mí mientras escribo mi pedido. Ella toma lo mismo sin pensárselo demasiado y espera a que el camarero se vaya antes de suspirar pesadamente, una vez que su bolso y su chaleco están a su lado.

"Había tanta gente en la carretera...", suspira de nuevo.

"No pasa nada", sonreí.

"¡Me encanta este lugar! Me siento como si no hubiera estado aquí desde hace siglos.

Acepto y la dejo delirar sin ir directamente al meollo de la cuestión. Céline es una amiga que conocí en las clases de baile a las que asisto desde hace... al menos cuatro o cinco años. Sus ojos azules, su piel muy clara y su pelo rubio y fino le dan cara de ángel; es muy dulce, pero sobre todo muy despistada. Como es la única persona que conozco en común con Theo y Brian, no sé a quién más puedo pedir explicaciones. Y de todos modos, al haberme puesto en contacto con ellos, me debe unas cuantas.

Primero hablamos de los últimos cotilleos de baile, de las últimas noticias de la prensa sobre famosos, de "cómo hace calor pero demasiado viento para ir a la playa" y luego de las vacaciones. Cuando nos sirven los chocolates calientes y las tartas de queso, el tema gira en torno a Sophie y Marion y nuestras desastrosas vidas amorosas en comparación con las suyas,

así que mientras hundo mi cuchara en el trozo de tarta, me arriesgo y establezco la conexión con mis dos nuevas compañeras de piso que se mudan.

"No te lo he preguntado, pero ¿de dónde los conoces?".

"Pero si ya te he dicho que trabajaban en el mismo sitio que yo. Así se conocieron también".

"Oh... ¿y se hicieron tan amigos como para ser compañeros de cuarto?"

"Sí, todo sucedió bastante rápido. Ya conocía a Théo y sabía que el final de mes era complicado, así que cuando se llevó bien con Brian la conversación surgió de forma natural, creo".

No sé cómo explicarle lo que he visto. Y si no conoce los detalles de su relación, me sentiré mal por haber sido yo quien sacara a la luz su secreto. Bajo la mesa, con la mano apoyada en las piernas, jugueteo con la manga blanca de mi top. La ligera tela se amasa sin descanso entre mis dedos. Intento pensar rápidamente mientras asiento, con la boca llena, qué puedo decir para saber más.

"Sinceramente, son preciosas, ¡admítelo! añade Céline antes de que pueda decir nada.

"Hm, sí..." Agarro la percha que ella me tiende sin darme cuenta. "Pero no sé si podría interesarles...".

"¿Estás de broma? He visto a Brian ligar con chicas mucho menos guapas que tú, ¡con mis propios ojos! Su ex novia, por ejemplo... No debería decir esto, pero era insufrible".

Touché. La conversación se pone más interesante. ¿Conociste a su ex? ¿Por qué rompieron? Bla, bla, bla, todas las respuestas a mis preguntas caen en mi regazo como si estuviéramos en una fiesta de Navidad. Cuando se acaban las copas, siento que sé más de la vida amorosa de los chicos que de la mía propia. Creía que la conversación había terminado cuando Céline

entrecierra los ojos teatralmente y empieza a bajar la voz, mirándome.

"¿Por qué me haces todas estas preguntas? ¿Hay algo en particular que quieras saber?".

Mi cerebro se detiene y se hace un silencio inesperado entre nosotros. Me siento como un niño culpable pillado in fraganti. Pero Céline me guiña un ojo y sonríe ampliamente, exclamando "¡Lo sabía!" un poco demasiado alto, mientras unos cuantos pares de ojos se vuelven hacia nosotros; antes de volver a centrarse en sus mesas, dándose cuenta de que no hay nada interesante que mirar. Avergonzada, le dirijo una mirada interrogativa.

"Te lo pidieron, ¿verdad? A mí también me lo pidieron, pero pensé que era una broma, así que nunca pasó nada. Pero estoy segura de que iba en serio", explica a toda velocidad.

"No lo entiendo...", admití, haciendo creer a Céline que simplemente lo negaba.

"Si te apetece, es una experiencia extra. No todos los días dos chicos guapos proponen un trío, así que ¡adelante!".

No sé si son mis ojos redondos o el resto de mi expresión de desconcierto lo que hace que se detenga en seco, pero creo que acaba de darse cuenta de que ha dicho demasiado. Demasiado tarde para ella, ya he registrado la información. Murmura: "¿He dicho demasiado?", a lo que yo respondo afirmativamente con la cabeza. Sus revelaciones superan mis expectativas.

No sólo no soy la única que sabe de la relación íntima de Theo y Brian, sino que además les gustan las mujeres, y encima llevan tiempo buscando una para hacer un trío...". No me da tiempo a digerir la información antes de que Céline empiece a rogarme que no diga nada; sinceramente, pensaba que era porque sabía que le estaba haciendo tantas preguntas. Casi me parto de risa al ver lo angustiada que está por su torpeza, y la tranquilizo.

¿Por qué le diría algo a Brian o Theo, sabiendo que estaría admitiendo cómo los sorprendí la semana pasada? Y eso es imposible. Pensarían que soy una mirona -que lo soy...- y probablemente querrían mudarse. Consigo cambiar de tema de conversación: a la hora de pagar,

Céline lo descuenta todo de su cuenta "para comprar tu silencio", me susurra, y nos echamos a reír a carcajadas antes de recoger todas nuestras cosas y salir del café.

Un viento cálido nos saluda de frente, y decidimos dejarnos allí para ir a nuestros respectivos coches antes de despegar. Le doy un fuerte y cariñoso beso en toda la mejilla a mi amiga antes de decirle que la veremos en el baile. Ella me agradece la invitación y se marcha en su coche, así que yo hago lo mismo. Mi pobre Fiat 500 lucha contra las ráfagas de viento durante todo el trayecto y, cuando llego al piso, apenas he tenido tiempo de cerrar la puerta y dejar las llaves en el cuenco del vestíbulo cuando suena el móvil. Es el contacto de Marion, así que contesto enseguida.

"¡Marion! ¿Ya me echas de menos?"

"¡No tienes ni idea!", exclama, y yo sonrío. "¿Cómo van las cosas? ¿Siguen siendo compañeros de piso nuestros sustitutos?".

"Va muy bien, escucha, hoy están trabajando. Y dime, ¿qué hay de nuevo?"

No creo que contarle lo que ha pasado y lo que he aprendido hoy sea muy inteligente, así que decido pasarle la pelota. Me dice que me llama porque ha pensado pasarse el fin de semana que viene a recoger las cosas que se dejó en el sótano; es cierto que aún quedan un par de cajas suyas que no pudo llevarse la última vez. Y de paso se va a dormir a casa de un chico que conoció en una app. Por supuesto, "Marion la cazadora" no es su apodo en vano...

Quedamos en que vendrá el sábado por la tarde y tomaremos algo, fuera o en el piso, según nos apetezca. Cuelgo con una sonrisa: tendré que invitar a Théo y a Brian a venir de fiesta con nosotros. Les envío un mensaje a nuestro grupo en línea; ellos lo aprueban, mencionando los nombres de personas que no conozco de nada y a las que también traerán. En menos de dos minutos, la idea de tomar algo en la ciudad se convierte en una fiesta en el piso, con una mesa de beer-pong en el balcón y altavoces para la música.

Suelto un suspiro; ¿y quién va a ser la que vaya a avisar a los vecinos para que no llamen a la policía? Es Tina, por supuesto... Resignada, me dejo caer de nuevo en el sofá del salón. Ahora

tengo que llamar a Marion y contarle lo que va a pasar...

Sin poder evitarlo, empecé a observar el comportamiento de Theo y Brian entre ellos. Tengo que decir que disimulan muy bien su juego. Sobre todo porque el pequeño juego de flirteo entre Brian y yo no ha cesado; las insinuaciones, los guiños, las miradas persisten y ahora estoy convencida de que no me engaño a mí misma: tal vez sólo sea cuestión de tiempo que ambos me hagan la fatídica pregunta, ¿quién sabe?

Cuando llega el fin de semana, ha pasado casi un mes desde que se mudaron. Pasamos buena parte de la tarde del sábado empujando muebles, llamando a los timbres de los vecinos para disculparnos por el ruido de antemano, haciendo una lista de canciones y comprando comida y bebida para la noche. Es cierto que podríamos habernos repartido las tareas, pero hacerlas juntos es mucho más divertido. Como montar la mesa de beer-pong, por ejemplo, que fue un auténtico suplicio. Marion me envió un mensaje para decirme que había salido un poco tarde y que llegaría a primera hora de la noche.

Los chicos están sobreexcitados sólo con la idea de celebrarlo, y yo acabo escabulléndome del salón para prepararme. Tener gente en casa siempre es una buena excusa para disfrazarse. Aunque sólo sea para tomar algo. Recién duchada, dudo entre dos conjuntos frente al espejo que da a los lavabos del baño. ¿Debería ir clásica con pantalones cortos y camiseta o ir a lo grande? Al final, me rindo y opto por el vestido corto, que nunca antes había tenido la oportunidad de ponerme.

Con delicadeza, me pongo la tela malva y me paso los finos tirantes por los hombros. Un poco ajustado, la espalda abierta hasta la caída de mis lomos y el largo que se detiene en la parte superior de mis muslos me hicieron derretirme en cuanto vi el vestido en el escaparate. ¡Y es tan ligero que parece que no llevo nada! Giro de un lado a otro frente al gran espejo, retorciéndome para verme desde todos los ángulos. Es perfecto. Marion me va a matar cuando vea que no le he dicho que se vista bien...

Me arreglo el pelo; no voy a dejar que se me vean los rizos sueltos esta noche, sólo por llevar este vestido ya quiero estar impecable. Para ello, aplico un poco de brillo a mis labios carnosos y rímel a mis pestañas largas y oscuras. Me gustaría añadir un poco de purpurina a todo esto, pero sería demasiado. Cuando por fin termino mis preparativos y salgo del cuarto de baño, ajustándome el busto del vestido, Théo es el primero en verme y hace un comentario de admiración.

"Mira quién se prepara para el Festival de Cannes", dice con una sonrisa.

"¿Debo cambiarme?", le pregunto.

"No, está bien", le digo, dándole las gracias y devolviéndole la sonrisa.

Me dice que Brian ha salido a recoger a uno de sus amigos y que la gente debería llegar pronto, dada la hora que es. Asiento con la cabeza y me dispongo a guardar mis cosas, pero él retoma la conversación. De pie en el salón, Théo me mira dubitativo. Nunca hemos tenido una conversación "de verdad" como las que he tenido con Brian, así que de momento no consigo entenderme con él. Me detengo en seco y me paro frente a él, atenta.

"Te gusta Brian, ¿verdad?" finalmente suelta como una bomba.

Confundida, paso por varios estados de ánimo en una fracción de segundo; estoy a punto de darle una respuesta, abro la boca y me paro a pensar, cruzo los dedos nerviosa y creo que el rojo ha empezado a colarse en mis mejillas sin saber muy bien por qué. Sé que se acuestan juntos, pero lo que no sé es si hay sentimientos entre ellos, en los que no me gustaría entrar, por si le hiciera daño a alguno. Es una situación delicada.

"No se me ocurre nada mejor que decir.

"Ah."

¿Parece decepcionado o sorprendido? O puede que no mire en absoluto y sea yo la que se hace una idea equivocada. ¿He respondido al menos correctamente? No quiero que las cosas tomen un rumbo equivocado por decir algo fuera de lugar, así que me encojo de hombros. Saca las manos de los bolsillos de su pantalón de chándal negro y vuelve a empezar, poniendo la mano izquierda detrás de la cabeza y apoyándola en la nuca:

"Te lo pregunto porque le gustas".

De repente, una especie de presión incómoda cae de mis hombros y la angustia da paso a la confusión. Incluso llego a preguntarme si no será una técnica para averiguar si estoy realmente interesada o no. Pero por lo que sé, Théo es un buen tipo, así que voy a ir a por todas y jugar la carta de la honestidad. Por lo que sé, entre ellos sólo hay sexo casual, y al final son muy buenos amigos. Sólo pensar en esa frase suena extrañamente falso.

"¿Tú crees?", pregunté finalmente.

"Él me lo dijo".

Un segundo sentimiento de liberación que me aligeró los hombros. Al final, no pareció importarle en absoluto que pudiera haber algo entre su "amigo" y yo. Por dentro, estoy exultante. Le pregunto si Brian ha dicho algo más en particular, y me dice que no, pero que si lo hace, me lo hará saber. Me guiña un ojo cómplice y siento que se ha roto una barrera en nuestra amistad.

Seguimos a lo nuestro y llamaron a la puerta; cuando abrí era Marion, sonriente y burbujeante como siempre. Caímos el uno en brazos del otro y nos abrazamos durante largo rato, como si no nos hubiéramos visto en años. Cerramos la puerta y me dice que todavía conoce el código de entrada al edificio y que quería darme una sorpresa apareciendo en la puerta: ¡funcionó, estoy encantado de volver a verla!

Sin duda, la velada estaba tomando buena forma. Cuando Brian regresó un poco más tarde con el amigo al que había ido a recoger, otros conocidos suyos y de Theo ya estaban allí y habían sacado las bebidas y las habían puesto en la barra. Empieza a sonar la lista de reproducción de música y el salón se va llenando poco a poco, hasta que somos unas veinte personas -no me tomo

la molestia de contarlas-. Marion y yo charlamos, menciono mi posible relación con Brian que resulta estar interesado en mí.

También me cuenta todos los cotilleos sobre su nuevo local, mientras sirve cerveza tras cerveza; la regla es sencilla, si alguien tiene las manos vacías, tienes que ponerle un vaso de bebida. Hacía mucho tiempo que no me encontraba en un ambiente así, y divertirme de una vez por todas me hace mucho bien. Me dejé llevar un poco, hice algunos movimientos de baile salvajes al ritmo de la música y llevé a mi equipo de beer-pong a la victoria sin la menor vacilación.

No sé si el alcohol que corre por mis venas tiene algo que ver, pero el concurso de miradas entre Brian y yo no cesa ni un solo segundo en toda la velada. Aunque estamos en lados opuestos de la sala, nuestros ojos se las arreglan para encontrarse como imanes que se buscan. Es confuso, divertido y estimulante al mismo tiempo. De alguna manera, y acabo confesándoselo a mi antiguo compañero de piso, espero que el tequila que me he bebido antes acabe conmigo, y espero que también con él, antes de que acabe la noche.

Pero por mucho que ambos sepamos lo que queremos, no pasa nada. De hecho, es bastante extraño que pueda llegar a desearlo sólo desde la distancia. Es confuso, y también frustrante. Mi energía no me abandona, ni siquiera cuando la fiesta llega a su fin y todas las personas que he conocido esta noche abandonan el piso, deseándonos buenas noches. Antes de que Marion se marche definitivamente, la acompaño a recoger sus cosas del sótano, pues ya no tiene la llave.

Mientras le ayudo a sacar sus tres cajas, mi nublado cerebro recuerda el día en que mis dos nuevos compañeros de piso vinieron aquí después de mudarse, para "guardar sus cajas". Tardaron tanto que aún estoy convencida de que se acostaron aquí. ¿Dónde lo hicieron exactamente? ¿En qué posturas? ¿Es siempre Brian quien domina el acto, o a veces se intercambian?... Una multitud de preguntas, cada una más intrusiva que la anterior, se atascan en mi cabeza mientras me despido de mi amigo como si nada hubiera pasado.

Un voyeur, sí, era un voyeur y me gustaba. Sólo de pensarlo se me pone la piel de gallina. Subo las escaleras despacio, con la mirada clavada en los escalones que pasan uno a uno bajo mis pies. Arrastro el recuerdo de lo que he visto, y es casi insalubre, pero no me importa. Mi

mente está confusa; sigo queriendo tocarlos, participar también. ¿Cómo es que le han propuesto un trío a Céline y a mí todavía no?

Siento que se me calienta la sangre por todo el cuerpo. Al llegar a la puerta, me cruzo con Theo y el hombre que Brian había traído saliendo. Tengo la impresión de que llevo allí abajo más tiempo del que esperaba; ya no se oye el sonido de las charlas ni el tintineo de las copas en el interior, sólo la música un poco más baja.

"Me lo llevo a casa, Brian está dentro", me informa Théo.

"Funciona, ¿no has bebido demasiado para conducir?"

"No, difícilmente", me tranquiliza, desapareciendo por las escaleras con su amigo.

Llego a casa y cierro la puerta antes de apoyar pesadamente la espalda contra ella. Sé que la gente se ha ido, pero aún tengo ganas de saltar y cantar a pleno pulmón. Voy a la cocina, tarareo la canción que está sonando, un tema español que tiene buen ritmo cuando quieres, y me sirvo un poco de agua para compensar el alcohol que he ingerido en las últimas horas.

"¿Me das uno?", me grita una voz masculina algo quebrada.

Me vuelvo hacia Brian, que me señala el vaso de agua apoyando ambos codos en la mesa frente a mí. Asiento con la cabeza y hago lo que me dice antes de dejar el vaso frente a él. A continuación, se produce el mismo juego de miradas que había tenido lugar durante toda la velada. Sus ebrios ojos marrones, del mismo color que su pelo, no se apartan de mí. Me siento como un rehén. Mi estado de confusión anula mi razón y empiezo a hablar.

"Apenas te he visto esta noche".

"¿Esperabas que estuviéramos más cerca?", su respuesta hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

"Sí, ¿verdad? Creía que te gustaba", tarda en contestar.

"Me gustas, sí. ¿Me delató Theo?"

"Se podría decir así", sonreímos los dos.

Sorprendiéndome a mí mismo, me atrevo a subirme a cuatro patas sobre la mesa para acercarme a él. Para mí, la escena se desarrolla a cámara lenta; como era de esperar, el tequila se ha apoderado de toda mi conciencia. No parece sorprendido, al contrario, es como si lo hubiera estado esperando. Nuestras narices casi se tocan cuando dejo de acercarme a él, y nuestras pupilas siguen clavadas en las del otro. Mi corazón late cada vez más rápido cuando siento su aliento chocar cálidamente contra el mío. La música de fondo es absolutamente perfecta, me siento como en una película.

"¿A qué esperamos exactamente?", intenté satisfacer mi insoportable expectación.

"Oh, no sé, ¿por qué no pruebas a quitarte ese vestido que tan bien te queda, por ejemplo?".

Su seguridad en sí mismo y su audacia casi me desestabilizan. No se anda con rodeos y va directo al grano, y esta actitud me excita más de lo necesario. Quiero transmitirle la misma energía, así que me acerco a su oreja y le susurro: "¿Por qué no intentas quitártelo tú mismo?", antes de depositar un delicado beso en ella. Es demasiado para él y se endereza, mirándome fijamente, y me agarra las piernas justo por debajo de las rodillas, rodeándolas para sentarme en el borde de la mesa.

No tengo tiempo de reaccionar cuando sus manos se deslizan por mi vestido, por encima de mis muslos, levantándolo hasta mis caderas. Sus movimientos son calculados y seguros. Me entierra la cara en el cuello, huele mi perfume como si llevara días y días esperando este momento, y siento que me derrito entre sus brazos que me abrazan. El alcohol hace que vivamos todo con más pasión: la presión de sus dedos sobre mis muslos, los besos que golpea sin descanso contra mi piel, a lo largo de mis clavículas y bajando por mi yugular.

Nuestras respiraciones se vuelven pesadas muy rápidamente y nuestra intoxicación eleva la temperatura en poco tiempo. Cuando nuestras bocas por fin se encuentran, hay una explosión bajo nuestros cráneos. Mis manos se aferran a su pelo para acercarlo aún más a mí, como si pudiéramos estar aún más cerca de lo que estábamos con nuestros labios húmedos apretados. Se me escapa un suspiro; él responde con un gruñido, bestial, impaciente.

Es exactamente como lo había imaginado. Ya no oigo la música, ni los latidos de mi corazón, ni nada a mi alrededor; sólo nuestra saliva mezclándose, nuestras lenguas saboreándose, nuestras gargantas lamentando no haberse conocido antes. Nos besamos como si nuestros besos fueran evidentes. Nos agarramos como si estuviéramos acostumbrados. Mis dedos recorren su espalda, le arrancan el cinturón, le desabrochan los pantalones y penetran como si siempre hubieran conocido el camino.

La alquimia que se propaga entre nuestros dos cuerpos es palpable, increíblemente poderosa. En la boca de mi estómago se despiertan miles de cosquilleos y un calor torrencial recorre las extremidades de cada uno de mis miembros. También siento arder la carne de su piel. Cuando se le caen las medias y rozo sus calzoncillos, su miembro viril está duro como una roca, levantado al cielo sólo para mí, y es él quien casi se arranca los calzoncillos mientras yo me deshago de los míos.

"¿Necesitas algún prelis?"

Se toma su tiempo para preguntarme mientras me relamo los labios, enrojecidos por sus dientes y su succión. Muevo la cabeza negativamente mientras recupero el aliento; toda la espera de los últimos días es suficiente juego previo, no quiero esperar más. Creo que murmura un "yo tampoco" antes de agarrarme por la cintura, acercarme al borde de la mesa y meter su sexo venoso entre mis piernas. Lo siento palpitar contra el interior de mis muslos y no puedo dejar de delirar.

"He fantaseado tanto con este momento...", admití.

No sé si me ha oído -y me importa un bledo-, porque no alarga más las cosas y adelanta la pelvis para penetrarme, despacio, más despacio de lo que pensaba, para asegurarse de llegar hasta la

guarda de su pene extendido. La lentitud es a la vez un tormento sin nombre y un placer inconmensurable.

Aunque estoy mojada, estoy tan apretada que siento todo el doble de duro, y está lejos de ser desagradable. Con un sonido de succión, nuestras bocas gimientes se conectan y nuestras lenguas luchan ferozmente; cuando se siente empujar profundamente dentro de mí, haciéndome vibrar por todas partes, empieza a moverse hacia delante y hacia atrás, haciéndome apretar las piernas alrededor de su cintura. Mis palmas tocan las suyas, algo con lo que sólo podía soñar.

Su incipiente barba me hace cosquillas en la barbilla. No sé hacia dónde mirar ni dónde poner las manos. Haberle deseado durante tanto tiempo hace que todo sea mejor, es como nadar en un sueño. Y lo mejor es que, aparte de aferrarme a él, no tengo que hacer nada. Es él quien aprieta nuestros cuerpos para mantenernos en equilibrio, es él quien dirige los movimientos, quien marca el ritmo, quien golpea en lo más profundo de mí, justo en el punto lleno de nervios donde es necesario golpear, como si conociera el interior de mi cuerpo desde que me vio por primera vez.

Me faltan las palabras cuando acelera sus embestidas pélvicas, haciendo que mis pechos salten por encima de la holgada tela de mi vestido. Mis ojos se cierran por sí solos y visualizo un paraíso de lujuria tras mis párpados cerrados. Con todas mis fuerzas me aferro a sus anchos hombros. Estoy hirviendo, temo desmayarme en sus brazos. Mi sexo palpitante lo succiona con avidez, y la incesante fricción provoca oleadas de placer incontrolable que implosionan entre mis piernas.

"¡Otra vez!", gemí.

"¿Así?"

Como si necesitara preguntar. Empiezo a gemir de nuevo cuando, con el oído distraído, oigo que la puerta principal se abre y luego se vuelve a cerrar. Giro la cabeza, con la saliva en el borde de los labios, y me encuentro con la mirada vidriosa de Théo, que acaba de entrar y no parece en absoluto turbado. Mi adrenalina se dispara y, bajo el empuje incesante de Brian, le digo al recién llegado, con una voz que rompe en agudos insospechados:

"¿Quieres quedarte a mirar?..."

Brian golpea violentamente un punto más sensible que los demás, así que mis ojos se cierran sin respuesta, y mis uñas se clavan brutalmente en la espalda del semidiós mientras me aporrea sin descanso. Casi grito su nombre, arañándole los omóplatos sin la menor piedad, sin el menor pensamiento, consciente únicamente de las gotas de sudor que se acumulan en mi frente.

Sin previo aviso, Brian se retira de mí, me agarra el culo sin delicadeza y me levanta de la mesa que hemos ensuciado para llevarme a otra parte. Apenas he tenido tiempo de recobrar el sentido cuando mi espalda entra en contacto con los cojines del sillón del salón y el moreno vuelve a inclinarse sobre mí. Me agarra los pechos con las palmas de las manos y, mientras me los muerde, vuelve a introducirse en mí, sin darme tiempo a rodearle las caderas con los muslos.

"¡Sí, aquí!", grité mientras nuestras pieles se golpeaban repetidamente.

Su salvajismo me ha dominado por completo a mí y a mi cuerpo. Imaginar sus manos sobre mí y a Theo observándonos, como antes pude observarlos sin que lo supieran, me excita aún más, y es como si mi excitación no dejara de aumentar. De hecho, soy yo la que sube, la que es enviada cada vez más alto hacia el séptimo cielo con mi pelvis desatada.

Siento cada músculo del cuerpo de Brian crisparse bajo mis dedos, y su polla moviéndose dentro de mí hace que mi cuerpo se tense cada vez más hacia atrás, como si fuera a hundirme en el respaldo del sofá. No tengo tiempo de darme cuenta de lo que está pasando antes de que una fuerte sacudida me recorra de pies a cabeza.

Con el grito más agudo que he soltado nunca, alcanzo un orgasmo como nunca antes había experimentado. En armonía, Brian sale de mí en un segundo para correrse también, en un copioso chorro de su semilla que esparce sobre mi tembloroso abdomen. La sensación del líquido caliente añade una fantasía a mi éxtasis que no tenía ni idea de que existiera. Estoy tan ruborizada, tan concentrada en la sola presencia de Brian a mi lado, que me he olvidado por completo de la inolvidable presencia de Theo.

Empezamos a respirar de nuevo con dificultad, y Theo nos tiende vasos de agua, los

mismos que nos habíamos servido antes de saltar el uno sobre el otro. Pero no puedo beber ni moverme. Sólo quiero quedarme ahí tumbada el resto de mi vida, sintiendo cómo mi cuerpo se balancea hacia delante y hacia atrás, como si estuviera en una hamaca del placer. La metáfora es bastante acertada, por cierto. Apenas entiendo lo que se dicen los dos hombres que están junto a mi cama.

"Eres un maldito buen polvo", me dice Brian con una voz que me produce escalofríos.

"¿Es verdad?", me esfuerzo por recuperar el aliento.

"A mí me lo parecías", convino Theo.

Los dos hombres me miran intensamente y el ambiente eléctrico se apacigua. Desplomada en el sofá, mis oídos zumban un poco menos y me doy cuenta de que han vuelto a bajar el volumen de la música. Ha sido divino. El alcohol en mi sangre y el cansancio en mi cabeza no cambian la sensación de estar vivo de nuevo. Sus ojos ardientes recorren mi cuerpo desnudo, brillante de sudor, mi pelo desordenado y la forma de mi figura. No puedo evitarlo, no me gusta el silencio, así que finalmente digo:

"¿Qué tal si la próxima vez lo intentamos a la de tres?"

VOLUMEN 3

Las cinco en punto. La clase de baile termina con un aplauso del entrenador, justo antes de que me escabulla a los vestuarios con Céline. Le comenté al principio de la sesión que podría haber pasado algo con Brian el día anterior, y ahora no me pierde de vista. Eso no es sorprendente en sí mismo, y me gusta la idea de tener cotilleos que se muere por oír.

Me duelen las mejillas de contener una sonrisa cada vez que me hace una pregunta. Así que, para acabar con el suspense, la invito a sentarse en el banco de al lado mientras los demás se cambian. Al principio finjo que no quiero darle detalles; me limpio la frente y el sudor que se me ha acumulado antes con la toalla de deporte, miro hacia otro lado un rato y hago comentarios evasivos sobre la clase de baile. Pero Céline no se lo traga y me mira con tanta súplica que no tardo en derrumbarme.

"Prométeme que no se lo dirás a nadie", dije finalmente.

"¡Claro, claro! De todos modos, ¿a quién se lo voy a decir?"

Tiene razón, así que, sin hacerla esperar más, empiezo mi relato: el flirteo que ya había con Brian, la forma un poco improvisada en que transcurrió la velada y luego el momento en que Theo se marchó y Brian y yo nos encontramos juntos en el piso. Una cosa llevó a la otra y evité darle demasiados detalles. Pero no puedo evitar contarle lo inesperado: Theo llegó a casa antes de lo previsto, ¡justo a tiempo para pillarnos en plena faena!

Puedo ver en su cara -y no trata de ocultarlo- que no puede creer lo que oye. Y, sin embargo, es verdad. Se queda boquiabierta, como se habría quedado si hubiera sido ella la que me hubiera contado la historia. Detengo mi relato en el punto del orgasmo (literalmente), reteniendo una pequeña parte de lo que tengo que decir. Ella se da cuenta enseguida y me pone unos ojos grandes que significan "no me hagas preguntarte qué es lo siguiente".

Sólo entonces, tras esperar unos instantes hasta que nos quedamos los dos solos en el vestuario, le conté lo mucho que les gustaba a ambos verme tan vulnerable. Y, sobre todo, que por fin me habían propuesto el famoso trío del que Céline ya me había hablado. Céline me coge de las manos y se esfuerza por contener un pequeño grito de excitación histérica, casi más interesada que yo en lo que me está pasando. Su reacción me hace reír, un poco nerviosa, ahora

que me doy cuenta de que es real.

"Y espera, que no te he dicho la grande", exageré.

Solté mis manos de las suyas para imitar el gesto de alguien que golpea un tambor, repitiendo el redoble con la boca.

"¡Dijimos que lo haríamos esta noche!" Declaro.

Finge desmayarse un segundo para demostrarme que es la guinda del pastel. Esta vez me río a carcajadas. Me dice que no se puede creer que haya aceptado y que nunca pensó que pasaría esto cuando nos propuso un compañero de piso hace un tiempo. Evito confesarle que, en secreto, todo el tiempo me había estado preguntando si alguna vez pasaría algo entre uno de ellos y yo, sobre todo con Brian.

Sus preguntas empezaron a volar de nuevo, pero mi cabeza estaba ahora en otra parte. Como pude, corté por lo sano las explicaciones y justificaciones y le propuse que nos fuéramos. Ella acepta enseguida, porque hay que decir que somos los únicos que quedamos y que los demás se fueron hace mucho tiempo. Por el camino, dudo en contarle a Céline que había descubierto a los chicos in fraganti la noche en que se mudaron. Pero me contengo; al fin y al cabo, ella no tiene por qué saberlo todo.

Cuando llegué a casa esa noche, todavía no había nadie en el piso. Las contraventanas están abiertas, dejando entrar la luz de última hora de la mañana que llena todo el espacio. El agradable silencio y la calma me dan ganas de tararear. Busco una lista de reproducción en mi teléfono y, al final, encuentro un grupo de jazz que no conozco. Finalmente, dejando que las primeras notas se eleven en el aire, dejo el móvil sobre la barra de la cocina.

Intentando más o menos tararear la melodía desconocida, dejo mi bolsa de deporte y

deshago mis cosas para ir a guardarlas. Recupero mi teléfono móvil y me encierro en el cuarto de baño para que la música me siga. En silencio, frente al espejo, me suelto el pelo atado y, con una delicadeza que no suelo mostrar, dejo que mi ropa caiga al suelo. Desnuda frente al espejo, me admiro por un momento.

Quiero ser bella y, cuando me siento así, no puedo evitar demorarme en la contemplación. Sin dejar de tararear, me meto en la ducha y abro el grifo del agua caliente, que de repente cae sobre mí como el más hermoso de los regalos. Sentir las gotas rodar por mi vientre, mis caderas y mi pelo me reconforta como después de una buena sesión de deporte.

"Una sesión de deporte presagia otra", susurra el pequeño demonio sentado en mi hombro, del que no he podido deshacerme desde que le conté a Céline todas esas historias reales. Puede que este momento de soledad me haga mucho bien, con esta deliciosa música de fondo y mis pensamientos entremezclados con los flashbacks más traviesos, pero sólo me está invitando a pecar.

El chorro constante se extiende por cada uno de mis poros: el humo caliente, casi ardiente, pronto llena la habitación y, cuando abro los ojos, la bombilla de la ducha parece una compañera adecuada. Pero, ¿y si ceder tan rápido me impidiera rendir mejor después? Nada más hacerme la pregunta, me muerdo el interior de la mejilla por reflejo, culpándome a mí misma. No debería haber pensado, o mejor dicho, no debería haber visualizado mi cuerpo y el de mis compañeros de piso atrapados entre nuestros brazos.

Ahora tengo aún más ganas de regalarme -si se me permite la expresión- un aperitivo, un momento de intimidad entre yo y mi feminidad, yo y mi languidez. Finalmente cedo; corro el riesgo de explotar antes de tiempo si sigo excitándome sola. Bajo ligeramente la temperatura, pues ya estoy en una auténtica sauna, y agarro la alcachofa de la ducha para desabrochar sus sujeciones. La acerco a mi pecho para rociarme un poco más, antes de bajar lentamente hasta ponerme de rodillas, con los pies hacia atrás y la espalda recta.

El suelo de la ducha está caliente y sus piedras planas evitan que resbale. De cara a la pared, cierro los ojos y, por primera vez desde entonces, dejo que la escena con Brian de la noche anterior se reproduzca tras mis párpados cerrados. Su cuerpo, la curvatura de sus

músculos, su seguridad y sus sonrisas de borracho que casi me producen escalofríos, por mucho alcohol que haya ingerido. Sin darme cuenta, porque estoy nerviosa, sigo mordiéndome el labio inferior.

La palma plana de mi mano alcanza la superficie húmeda frente a mí, para sujetarme y mantener la posición en la que ya estoy. La boca de mi estómago cosquillea, febrilmente excitada por seguir mi empuje, por despertar la frustración de tener que esperar más. Confusa, ardiendo por dentro, desenrosco la alcachofa de la ducha de su soporte flexible y la coloco más a un lado. La música que había estado sonando cambia, pasando aleatoriamente a un sonido más grave y lento.

Es como una invitación a comenzar el trabajo que descifro en la melodía. Termino de tararear, mordiéndome el labio y pensando. De rodillas, con las piernas estiradas y abiertas, dejo correr el pequeño chorro de agua entre mis muslos, primero en el pliegue que los separa de la pelvis: arriba, abajo, lo justo para despertar unos escalofríos, luego paso del lado derecho al izquierdo, para cuidar cada centímetro.

Me quedo con la boca abierta cuando la presión perfecta del agua entra en contacto con los labios de mi sexo palpitante, y mis piernas tiemblan de repente cuando golpea justo en medio de mi raja suplicante. Entonces mi pelvis entra en modo automático, moviéndose hacia delante y hacia atrás en este chorro que hace que mi cerebro se hinche exponencialmente. La concentración sólo me permite escuchar la canción a distancia, y justo cuando estoy a punto de abrir más la boca para empezar a gemir, el sonido del portazo de la puerta principal me saca de mi letargo sin la menor delicadeza.

Desvié el chorro de agua de inmediato y lo bajé con un movimiento de la palanca, con el oído tenso. Es como si esta vez fuera yo el que ha estado a punto de ser pillado in fraganti. Por el sonido de los pasos en el pasillo, puedo decir que es Theo. Pero sigo sin estar segura. La frustración que se acumula en mi interior mientras enrosco de nuevo la alcachofa de la ducha es incontrolable e indescriptible. Al mismo tiempo, no tengo muchas ganas de seguir, pero quiero hacerlo, y la pizca de placer que he percibido no ha hecho más que abrirme el apetito.

Tras enjabonarme rápidamente, porque ya lo he hecho antes de calentarme -porque de eso

se trata-, cierro el grifo y salgo de la cabina llena de humo. La música sigue sonando mientras me seco el pelo y me envuelvo en una toalla seca. La sensación de hambre que me invade aún no ha desaparecido cuando me pongo los pantalones cortos y la camiseta de tirantes demasiado corta que me sirven de pijama.

Después de haber aprovechado al máximo el tiempo en la ducha, abro por fin la puerta y salgo, dejando tras de mí una habitación brumosa e insoportablemente calurosa. Dejo el teléfono y el jazz en el salón después de llevar mis cosas a mi dormitorio, y me refugio en la cocina para buscar algo de comer esta noche. La puerta de la habitación de Théo está cerrada y me pregunto qué estará haciendo allí. También me pregunto por qué Brian tarda tanto en llegar a casa, y si ambos habrán olvidado lo que nos dijimos la noche anterior.

Pero por muchas preguntas que me haga en mi cabeza, no consiguen sacar a Theo ni meter a Brian. Y sólo la metáfora me desespera. Al final, me encuentro comiendo frente al televisor sin haber visto a ninguno de los dos en toda la noche. Cuando por fin recojo la mesa y apago el televisor, mi decepción alcanza un punto álgido y ya no espero nada más; simplemente deben de haberse olvidado, de mí y de lo que pasó anoche. En lugar de hacerme demasiadas preguntas, lavo los platos y me voy a la cama.

Pero mientras estaba tumbada en la cama, no podía sentirme cansada ni conciliar el sueño. La frustración es demasiado grande, y mis preguntas demasiado importantes, como para fingir que no ha pasado nada. Y, sin embargo, me gustaría seguir adelante... y descansar un poco. Los minutos pasan mientras miro fijamente un punto del techo en la oscuridad. A lo lejos, oigo el agua de la ducha que cae al suelo y algunos ruidos sin importancia en la cocina. No consigo distinguirlo todo muy bien.

Me levanto de la cama para coger el móvil de la mesilla; no es muy tarde, así que es normal que Theo y Brian aún no se hayan acostado. Vuelvo a dejar el móvil y me doy la vuelta bajo las sábanas, de espaldas a la puerta, cerrando los ojos. De un modo u otro voy a dormir un poco. Intento convencerme de ello, así que poco a poco el sueño empieza a invadir mis miembros. Mientras me duermo, oigo los ruidos del piso cada vez más lejanos. De hecho, ya no les presto ninguna atención.

Sé que estoy entrando en esa fase en la que el sueño casi me vence, porque noto los párpados más pesados y todo el cuerpo profundamente relajado; mi respiración es más tranquila, más regular. Incluso empiezo a soñar, mientras oigo el eco de mi nombre en la distancia. También siento que la calma se apodera de mí, que el colchón pesa cada vez más, que siento un soplo en la oreja; eso es, ya estoy soñando.

La suave voz de un hombre susurra mi nombre y, por alguna razón, me hace sonreír. Cuando se repite, me doy cuenta de que es la voz de Theo, cerca, como si estuviera en la habitación. Abro los ojos con dificultad, pero no veo nada, está demasiado oscuro.

"¿Theo?" Susurro, sólo para comprobar y estar segura.

"Y Brian", añade una voz grave.

Es una sensación extraña sentir que el corazón se me sale del pecho por la sorpresa y, al mismo tiempo, estar tan tranquilo. Debe de ser el cansancio, que entorpece mis reacciones. No consigo averiguar quién es quién en la habitación; lo único que veo al intentar girarme es que la puerta está entreabierta, dejando entrar un fino rayo de luz, insuficiente para ver el interior de la habitación.

"Pensé que te habías olvidado de mí..." susurré.

"¿Cómo podríamos...?"

Creo que es él quien me coge la mano y se la pone en el pecho, y como por reflejo apunto con la cara en su dirección. La cama se hunde un poco por el otro lado y supongo que esta vez es Brian quien se apoya en ella. Busca a tientas mi otra mano, la coge entre las suyas y se desliza contra mí para susurrarme que llevaba todo el día esperando este momento.

No puedo creerlo, no puedo procesar lo que está pasando. Estaba convencido de que no iba a pasar nada, y aquí están, colonizando mi cama de la nada. A pesar de mi estado vegetativo, no puedo evitar pensar que el efecto sorpresa es espantosamente excitante, y reconozco los

efervescencias que comienzan en la boca del estómago. Se agravan cuando alguien me besa los hombros, las clavículas, y desliza sus manos sobre mi camiseta de tirantes como diciendo que me la va a quitar.

"¿Todavía estás dispuesta?"

"Por supuesto."

Un escalofrío me recorre la espalda y no sé qué hacer. Sus cálidos dedos suben por mi top hasta la parte superior de mis pechos, bajan el edredón hasta nuestras pantorrillas y empiezan a recorrerme con hambre. Veo una cara que se acerca a la mía y, sea quien sea, alargo las dos manos para agarrarlo y atraerlo contra mí. Su boca choca contra la mía, despertándome. Una mano busca mis calzoncillos y me los quita mientras mi lengua se encuentra con la de Theo, o Brian.

La mano desconocida se desliza entre mis muslos, acaricia el interior con firmeza, pasa el pulgar por mi sexo excitado e inmediatamente gimo contra los labios de mi compañera de piso. La otra lleva sus dedos hasta mi ombligo para impacientarme, luego los introduce de nuevo entre mis piernas para cubrirlos con mi humedad, uno a uno, frotándose muy brevemente contra mi entrada chorreante.

Es una delicia y un tormento al mismo tiempo. Cada parte de mi cuerpo está más excitada que nunca, y el calor que antes sólo residía en mi pelvis empieza a extenderse como un reguero de pólvora por todo mi organismo. Mi lengua se aferra desesperadamente a su gemela, que amortigua mis quejas, y un dedo empieza a moverse, con movimientos circulares, justo sobre la prominencia de mi clítoris, atiborrado de sangre y excitación. Una oleada ardiente me llega directamente al cerebro.

¿Qué otra cosa puedo hacer sino retorcerme y agarrar con fuerza el pelo del hombre que tengo delante o la sábana pronto sucia de mi cama? A mí también me gustaría tocarlos, pero soy el centro de atención. Soy yo la que está siendo acariciada, y las caricias en mi sexo se aceleran y empiezan a hacerme perder la cabeza. Mi respiración se vuelve caótica con cada beso y cada músculo de mi cuerpo se contrae.

Estar tan tensa y relajada al mismo tiempo no significa nada, pero la idea cobra todo su sentido cuando el primer dedo traspasa la barrera de mi carne y se entierra en mí hasta la primera falange, empezando a frotarme las entrañas allí donde pica, de modo que muy pronto soy incapaz de continuar el beso y mi cráneo se hunde de nuevo en mi cojín mientras respiro muy hondo. Un segundo dedo se une al primero, y me muevo inquieta, intentando moverme arriba y abajo sobre él.

Pero es imposible empalarme, los dos hombres se cuidan de controlarlo todo, incluida yo. Una mano se dirige a mi garganta para sujetarme, y el gesto no hace sino excitarme más. Quiero horriblemente más; me siento demasiado dilatada para estos dos dedos, que rápidamente comprenden y se escabullen, para que uno de ellos me agarre por las caderas y me mueva de lado.

Supongo que es el agarre masculino de Brian, que me aparta para ocupar mi lugar, recostando su espalda en la cama, sólo para tirarme sobre su cuerpo desnudo. La anchura de su torso y sus hombros me hacen parecer ridículamente pequeña. Su piel está húmeda, suave y caliente, por lo que es fácil darse cuenta de que acaba de salir de la ducha. Pero, lo que es aún más excitante, puedo sentirlo entre mis piernas, duro, tenso y nervioso, así que la postura en la que estoy tiene todo el sentido del mundo.

Dobla las piernas a los lados y empieza a palparme el pecho para aferrarse a mí, murmurando una docena de piropos sobre mi cuerpo contra mi lóbulo que casi me harían sonrojar. Siento que Theo, que estaba a mi derecha, se mueve para colocarse delante de nosotros, entre nuestras piernas, y antes de que me dé cuenta soy yo quien sugiere a Brian que me tome por detrás... por no decir que yo se lo ordené.

"Tranquila, chica...

"Eres más traviesa de lo que pensábamos..."

Sus voces profundas hacen que me derrita y no puedo soportar la impaciencia que me consume. Casi les suplico que sigan, aferrándome como puedo a Brian, a mi sábana y a la mano de Theo.

Solo quiero que toda la tensión de esta habitación llegue a su punto álgido y explote como nunca antes ha ocurrido aquí.

Sus tensas erecciones me rozan por fin, devolviéndome esas oleadas de placer que poco a poco me abruman por completo, mientras me besan la nuca, se agarran a mis muslos y manosean mis pechos y todo lo demás de mi cuerpo que grita y suplica ser tomado ahora mismo, ¡sin más! Quizá sea la primera vez que no puedo disfrutar de los preliminares. Nunca había deseado tanto que me usaran.

Mis piernas rodean la pelvis de Theo para empujarlo contra mí, clavando su verga en mi entrada, que está llena de deseo. Las hábiles palmas de Brian levantan ligeramente mi espalda baja al mismo tiempo, con una facilidad desconcertante, para deslizar su vena entre mis dos nalgas y empujarla contra mi ano, que tampoco puede esperar. Todo mi ser hierve, y ellos sienten un malicioso placer en hacer durar el momento.

Pero sé que ya no pueden más, que ellos también están a punto de llegar a su límite, y basta un movimiento significativo de la espalda, que ejecuto con el más lánguido de los suspiros, para que reaccionen. Y no faltan. En un abrir y cerrar de ojos, sus apretones se vuelven más duros, más autoritarios y más febriles al mismo tiempo. Me desean tanto como yo a ellos, y no tardan en repetirlo. Mis dedos se deslizan más o menos por el cuerpo de cada una y, al final, no pueden más.

De un solo empujón, sus miembros masculinos se introducen en mí en un solo movimiento, sin esperar ni demorarse en una dulzura sobrevalorada. Cuando se posan en mi interior y me llenan sin haberse empujado hasta el límite, grito en silencio, cegada por la negrura y el placer que implosionan simultáneamente en cada una de mis venas. Mis células empiezan a hervir todas juntas; ningún dolor, ninguna sensación desagradable perturba este momento de pura felicidad, de pura dicha.

Sus gemidos de placer se unen a los míos cuando sus pelvis empiezan a moverse, levantando la mía, atormentándola sin remordimientos, y verlas desatarse sobre mí no hace más que empeorar mis gemidos: sus manos se aferran a mi piel, soy su objeto, el fruto de todos sus deseos. No recuerdo haberme sentido nunca tan deseada y desearía que esto no acabara nunca.

"Eso es, muéstranos lo alto que puedes llegar".

Sus gestos se entremezclan con palabrotas, y yo tampoco puedo contener las mías. Cuando grito y pido más, me dan toda la energía que pueden reunir, y yo soy tanto mejor por ello. El mundo gira a nuestro alrededor mientras nuestros sudores se mezclan y se abrazan. De repente, hundo la espalda bajo el placer y golpeo nuestros tres cuerpos al unísono. El calor que compartimos me invade, me invade más allá de mi control.

Nuestras pieles incandescentes se abofetean, al ritmo de los empujes de nuestras entrañas, en ruidos rápidos y secos. Noto la cara de Brian hundirse en el hueco de mi cuello para reprimir un "lío" y ocultar sus suspiros. Una sensación de bienestar y ataraxia se aferra a mis entrañas y no me suelta. Con mis uñas empiezo a clavar marcas en su carne que recordarán, bajo la bestialidad de sus gruñidos. Sudando y jadeando, siento que el corazón me va a fallar en cualquier momento.

Estoy eufórica con el deseo que sólo yo puedo darles. Sus hinchados penes empezaron a penetrarme más implacablemente, y ni siquiera tuve que suplicar. Suspiré pesadamente mientras intentaba mover también mi pelvis; jouissif, esa es la palabra, es jouissif. Brian agarró mis caderas con brutalidad y empaló aún más mi cuerpo. Las duras embestidas que siguieron empezaron a sacar lo mejor de mí.

Febrilmente, me siento palpitar desde el interior, desde mi cerebro hasta mi coño, pasando por mis pezones y mi vientre. Por fin, Théo empieza a golpear febrilmente y a un ritmo demencial esta sensible bola de nervios, este santo grial que me encanta redescubrir. Mi cuerpo se sacude sin control y, ahogando un largo gemido masculino, Brian eyacula dentro de mí sin que yo lo espere lo más mínimo. La sensación de plenitud y sus músculos apretándose alrededor de los míos acelera todo en mi cuerpo.

Mi brazo y mi cabeza se mueven hacia atrás, uno para agarrarse a su pelo y el otro para recaer en su hombro, y todos los gemidos que aún quedaban dentro de mí se elevan a los cielos, cada vez más fuertes, cada vez más altos... Cuando veo las nubes del séptimo cielo tras mis párpados, mi cuerpo se tensa y acabo en un grito de felicidad, temblando entre los dos hombres

que me sujetan, nadando y con un calor peor que el infierno.

El calor multiplicado por diez en mis entrañas sólo disminuye más tarde, cuando me doy cuenta de que Brian y Theo se han retirado de mí. Las endorfinas se apoderan de mis miembros más rápido de lo que hubiera imaginado. Se desploman en la penumbra a mi lado, cerca de mí, y sus manos siguen recorriéndome como si quisieran felicitarme, darme las gracias. Les oigo susurrar en mis oídos, pero no distingo bien las palabras.

Todo se vuelve borroso cuando la habitación se sumerge en la oscuridad, ahora impregnada del pesado y culpable olor del acto carnal consumado. Lo más difícil es regular la respiración antes de desmayarme por completo.

Para cuando estoy más o menos allí, las siestas de los niños son tranquilas y parejas. No puedo creer que se hayan dormido como bebés... Débil y todavía temblorosa, empiezo a mirar al techo, incapaz de moverme. Definitivamente va a ser un viaje lleno de baches...

˙arones Prohibido

Ĥ Buenos días, mamá", dijo la voz de una somnolienta Hélène.

La madre de Hélène observa a su hija adulta pasar junto a ella y dirigirse directamente a la cafetera. Aún era temprano, pero la joven había dado vueltas en la cama durante toda la noche y sólo había conseguido dormir una hora, así que había decidido levantarse, aunque el sol aún era tímido en la terraza de sus padres. Estaba agotada y de vacaciones, dos cosas que no suelen ir juntas. Le dijo su madre con expresión preocupada:

Ĥ Será mejor que vuelvas a acostarte, cariño, tienes ojeras.

Ĥ Voy a tomar mi café fuera y luego veré a mamá, no te preocupes.

Hélène es una joven de 22 años, normalmente burbujeante y llena de energía. Medía un metro setenta y cinco, tenía unas piernas largas y afiladas que se habían depilado mal en los últimos días, una cintura delgada y una caída de riñones que haría volverse del revés a la mayoría de los hombres con los que se cruzaba por la calle, al igual que sus ojos esmeralda y su pelo rojo fuego.

Decidió tumbarse en la tumbona, aún vestida con sus viejos y desgastados pantalones cortos y un bañador grisáceo de gran tamaño en el que aparecía un Titi perseguido por un Grosminet. Suspiró como si le fuera a estallar el alma y bebió con amargura dos grandes tragos, intentando hacer balance de los pensamientos que la habían asaltado durante toda la noche. Había vuelto a ver a Julien, la forma en que la había dejado para irse con otra cuando hablaban de prometerse, la mirada de desprecio en sus ojos cuando la había dejado llorando en la entrada del piso que habían compartido durante dos años. Ya había pasado un mes, pero no había conseguido recuperarse y estaba enfadada consigo misma por seguir dando crédito a aquel idiota, pero una parte de ella seguía queriéndole y repetía la película, con la esperanza de encontrar un final feliz.

Hélène terminó de beberse su taza de café tibio y se dedicó a escuchar el sonido de los pájaros, que estaban encantados con el comedero que su padre había colocado en el jardín. Después de recoger sus cosas y devolver el piso, volvió a vivir con sus padres, que la recibieron con los brazos abiertos, maldiciendo cada día a su ex por haberla puesto en semejante estado. Julien era

su amor de la infancia; eran vecinos desde hacía muchos años y sus padres se habían hecho muy amigos. Se habían seguido desde la guardería hasta el instituto, antes de ir a dos universidades distintas, pero siempre en la misma ciudad. Esto les había permitido continuar su relación, que rápidamente se había vuelto más íntima. Ella le conocía de memoria, desde el olor de cada centímetro de su piel hasta los lunares que salpicaban la piel bronceada de este hijo de inmigrantes portugueses. Él había sido su primero y ella pensaba que también sería el último, pero él había decidido lo contrario. Por supuesto, eso nunca había impedido a Hélène ver a chicos guapos jugando al fútbol con el torso desnudo en el césped del campus, ni siquiera fantasear con hombres, ya fueran estrellas o amigos íntimos, pero creía que él era su alma gemela; que sólo sus manos alcanzarían su interior para llevarla al orgasmo, que su polla morena la llenaría para siempre y que incluso se aventuraría en territorios menos conocidos que apenas habían tenido tiempo de explorar. En los últimos meses, lo había notado distante, pero ella lo achacaba a su trabajo. Ambos habían hecho cursos cortos y sólo habían podido mantenerse dos años después del bachillerato, lo que les había permitido alquilar un piso ante la mirada encantada de sus respectivos padres. Pero al final, el trabajo no tenía nada que ver, Julien tenía a otra persona en la cabeza, en el corazón y, evidentemente, alrededor de la polla. Le había dicho claramente que su nueva conquista era una colega al rojo vivo y que ya se la había tirado en el armario de suministros de su empresa.

Además de la tristeza que sentía por haber sido engañada, era presa de unos celos y una incomprensión que nunca creyó posibles. Siempre le había parecido que el aspecto sexual de su relación iba maravillosamente bien. Por su parte, aunque no había tenido otras parejas, se preocupaba por educarse e informarse, ya fuera con sus amigas o leyendo páginas web traviesas u otro material de lectura. Mantenía su cuerpo sin ser una gran deportista, pero tenía buen aliento y era flexible, lo que le permitía posturas menos convencionales. Prestaba atención al placer de Julien, a veces incluso dejándose a un lado para asegurarse de que había satisfecho todos sus deseos antes de dejarse llevar. El hecho de que él ni siquiera hubiera tenido a bien hablarle de su insatisfacción con su relación la enfurecía y se sentía especialmente traicionada.

Hélène sacudió la cabeza y se levantó de la tumbona. El jardín y la piscina de sus padres eran muy agradables y les estaba muy agradecida por haberla acogido. Afortunadamente, después de la ruptura, sólo le quedaban unos días de trabajo antes de irse de vacaciones, y su jefe y sus compañeros habían sido comprensivos y no le habían exigido demasiado, sabiendo lo difícil que era la situación para ella. En realidad, aparte de ese bastardo, Hélène estaba bien cuidada. Su hermano Thomas se había ofrecido a ir a darle una paliza a Julien, pero ella había preferido

emplear su energía en llevar las cajas de la mudanza al garaje de sus padres. Al pasar por la ventana francesa, no pudo evitar la mirada de lástima que le dirigieron su madre y su padre, que habían bajado a desayunar.

- Estoy bien, está bien.
- No, eso no es cierto, cariño, pero puedes tomarte todo el tiempo que quieras. Si necesitas más tiempo, te ayudaremos", dice su padre.
- Aún me quedan dos semanas antes de que el negocio se recupere y mi jefe me ha dicho que puedo teletrabajar durante un tiempo, así que no necesito tu compasión.

Ante su silencio, se arrepintió de su tono seco y les dedicó una pequeña sonrisa.

- Muchas gracias a los dos por vuestra ayuda, pero necesito poder arreglármelas sola. Voy a buscar la manera de quitármelo de la cabeza. Voy a subir a tumbarme otra vez a ver si consigo descansar. Os quiero, chicos.
- Nosotros también.

Hélène se dirigió a las escaleras.

Siempre había tenido una buena relación con sus padres, pero al ser la menor, estaba especialmente protegida. Thomas tenía 27 años y vivía la vida de un hombre soltero, libre como un pájaro. Sus padres habían dejado de ocuparse de él al darse cuenta de que no tendrían ningún control sobre las decisiones de su hijo, por lo que habían volcado toda su atención en su hija menor y se habían alegrado mucho cuando ésta se fue a vivir con el hijo de unos amigos. Desde la separación, el ambiente con los antiguos suegros de Hélène no había sido el ideal y, como vivían en el mismo barrio, había algunas tensiones que no ayudaban a la joven a salir adelante.

Una vez arriba, se dirigió a su dormitorio y se sumergió bajo el fino edredón que utilizaba en verano. Agosto era un mes insolentemente hermoso, ni demasiado caluroso ni demasiado frío, un tiempo ideal para disfrutar en pareja. Intentó despejarse cerrando los ojos y pasando a pensamientos más ligeros. La visión de dos hombres pronto llamó su atención y la hizo sonreír, algo que hacía tiempo que no hacía.

Stéphane y Zadig. Eran los mejores amigos de su hermano y los conocía desde que era pequeña. Siempre habían acompañado a su hermano en todas sus travesuras. El trío se había conocido en la guardería y los profesores siempre se habían empeñado en que continuaran su educación en la misma clase. Los tres niños tenían temperamentos diferentes pero complementarios.

Thomas, el hermano mayor de Hélène, tenía un encanto natural del que a menudo abusaba, pero era un buen chico. Tenía buen corazón, aunque a veces se burlaba de sus compañeros sin llegar a gastarles demasiadas bromas desagradables. Era tan rubio como pelirroja era su hermana, y siempre había llevado el pelo un poco más largo que la mayoría de los chicos, dejándose un mechón para ocultar la frente. Sus ojos azules llamaban la atención, y no era mucho más alto que su hermana pero tenía músculos delgados bajo sus polos. Su estilo era sencillo, pero su carisma bastaba para llamar la atención. De los tres chicos, era el más rebelde, llevando al grupo a vivir experiencias inéditas, como cuando se apuntaron los tres a un primer vuelo sin tener en cuenta los recelos de Stéphane y el escepticismo de Zadig ante la idea de acabar con su vida en tierra. Bajo su apariencia distante, adoraba a su hermana pequeña y habría hecho cualquier cosa por ella, aunque nunca lo hubiera admitido.

Stéphane era el más fuerte del trío, y Hélène se había sorprendido a menudo admirándolo. Tenía un corte de pelo castaño claro y ojos color avellana sobre una sonrisa desarmante. Stéphane era un caballero; sabía que era agradable pero nunca abusaba de ello. Era extremadamente cortés con cualquier mujer, independientemente de sus cánones de belleza o de su edad. Era tan respetuoso que casi resultaba molesto y se asustaba con facilidad. Stéphane era de la misma estatura que Thomas, pero más corpulento.

Después de haberle decepcionado con el torso desnudo, Hélène sabía que una cabellera rizada se extendía por su pecho y que a menudo había soñado con pasar la mano por ella, imaginando el dolor con el que sería capaz de abrazarla. Al final, era un gran oso de peluche de piel bronceada con el que se codeaba a menudo porque su taller de carpintería, montado con la ayuda de sus ahorros y tras una primera experiencia empresarial, estaba en parte al aire libre. Stéphane era un hombre de campo, siempre dispuesto a ayudar a los padres de su amiga a desbrozar los setos o cortar el césped. Por lo que ella sabía, actualmente estaba soltero porque su última novia había terminado sus estudios y se había ido a vivir al extranjero, y él no soportaba la distancia, así que decidió poner fin a su romance. Por lo que había podido oír, al llevar unos años alejada del

grupo, le gustaba espiarles para conocer todos sus secretos. La primera vez de Stéphane había sido en el colegio con una chica simpática a la que había colmado de placer dejando de lado a los suyos. Hélène había soñado a menudo con perder la virginidad con él cuando aún estaba en el colegio, pero él siempre la había visto sólo como una hermanita en potencia, por no mencionar el hecho de que su hermano lo habría matado si ella ni siquiera lo hubiera intentado.

Zadig, el tercer miembro de la banda, volvía a ser diferente. Tenía el pelo castaño rizado y los ojos de fuego. Era alto y delgado, con la piel blanca, casi vampírica. Llevaba cultivando un estilo dandi desde la universidad, un estilo que se había ido refinando con el tiempo. Por eso, si te lo cruzabas en un parque un domingo, podías confundirlo con un aristócrata.

Aunque hijo de una familia modesta, nunca había dejado de escapar a su condición adoptando una postura erguida y orgullosa, una mirada de imponentes ojos negros y un andar seguro. Contrastaba con Thomas y Stéphane, pero parecía existir un vínculo constante entre los tres. Zadig se había hecho médico, terminaría la residencia en poco tiempo y todos en el hospital le adoraban, pacientes y médicos por igual.

A diferencia de Stéphane, había tenido muchas conquistas. Hélène sospechaba incluso que a veces había experimentado con más de una persona, pero lo encontraba aún más fascinante por ello. Zadig era muy inteligente, y a menudo había ayudado a Hélène con sus deberes; tenía una clara faceta pedagógica, y nunca levantaba la voz cuando ella no entendía. Zadig conseguía compaginar el mundo de la juerga y algún que otro libertinaje con una carrera ejemplar teñida de seriedad y rigor. Parecía el yerno ideal, aunque ninguna chica había conseguido retenerlo mucho tiempo. Parecía ansioso por descubrir el mundo, las mujeres y los placeres que ambos podían proporcionarle.

Hélène suspiró mientras seguía esbozando una pequeña sonrisa. Aunque sabía que nunca pasaría nada con los dos chicos, a menudo los había observado en bañador, los había espiado desde la ventana de su habitación mientras disfrutaban de la piscina. Incluso se había impuesto con su sonrisa angelical en las primeras veladas que habían pasado juntos, ante las quejas de su hermano y la indulgencia de sus dos amigos.

Hacía tres años que no los veía, aunque tenía noticias de Thomas y a veces se ponía al teléfono

cuando salían en un vídeo.

Lo que no admitiría a su hermano por nada del mundo era que Stéphane y Zadig habían sido y seguían siendo una de las mejores fuentes de fantasía de la joven. Los había utilizado menos cuando tenía pareja, pero ahora que ésta había terminado, sus noches solían estar atormentadas por un apuesto carpintero y un apuesto médico. Hélène escuchaba el piso de abajo, donde no oía nada, salía de su habitación para ir al rellano y, como cuando era niña, espiaba ruidos y conversaciones.

Los pisos y las habitaciones estaban bien insonorizados, pero ella no era inmune a que su madre irrumpiera para ver cómo estaba e intentara entrar sin ser invitada. Tras comprobar que sus dos padres estaban ocupados y que, evidentemente, no pensaban venir a molestarla, Hélène volvió a su habitación.

Se acercó a su armario y empezó a abrir el doble fondo, que escondía todos los objetos que no debían caer en manos de su a veces inquisitiva madre. Sacó un gran dios de ventosa que no utilizaba desde hacía varios meses. Su escondite también incluía algunas fotos robadas de los amigos de su hermano o de estrellas que encontraba especialmente de su gusto. Como cuando era adolescente, besa las cabezas de Stéphane y Zadig, sonriendo ante su actitud de groupies.

Luego se dirigió al cuarto de baño que compartía con su hermano. Cada uno tenía su propia entrada a la habitación, pero las puertas se podían cerrar desde dentro, a diferencia de los dormitorios. Hélène ya no podía contar las veces que uno de ellos se había encerrado sólo para molestar al otro y hacerle llegar tarde. Cerró ambas puertas y se desnudó lentamente, tomándose el tiempo de tocarse la piel, que le hormigueaba con todos los recuerdos que habían vuelto a su mente. A continuación, le dio un largo lavado al dios de color carne, no deseando añadir otra infección a su ya sombría rutina diaria. Se recogió el pelo en un moño y colocó el consolador en el centro de la bañera. Un escalofrío la recorrió anticipando el placer que estaba a punto de experimentar. Empezó a gotear un poco en el fondo de la bañera y se metió dentro.

Lentamente, se puso de rodillas y se empaló en el sexo de plástico mientras su vagina estaba apenas lubricada. Así era como a Hélène le gustaba que la penetraran, casi en seco para sentir bien lo que pasaba en su interior. Mientras el agua seguía fluyendo y empezaba a cubrir sus piernas flexionadas, ella encendió el modo jacuzzi de la bañera y empezó a moverse dentro y fuera de la misma, subiendo y volviendo a sentarse sobre el dios. No pasó mucho tiempo antes

de que se le escapara su primer gemido de placer. Había cerrado los ojos y pensaba alternativamente en Stéphane y Zadig poniendo sus manos sobre su cuerpo desnudo. Instintivamente, sus dos manos se cerraron sobre sus pechos y sus dedos empezaron a jugar con sus pezones, enviando sacudidas de placer por todo su pecho. La penetración ya no era en absoluto seca, pues de su vagina, ahora lubricada, goteaba líquido. Sentía en el vientre sensaciones que hacía tiempo que le eran lejanas, la respiración se le había entrecortado, pero se impedía llegar al orgasmo demasiado deprisa, deseosa de que el placer durase.

Cuando sus pezones se enrojecieron con las caricias, se rindió a las oleadas de placer que esperaban abrirse paso y finalmente tocó su tenso clítoris mientras continuaba penetrándola. La primera caricia desencadenó un grito y ella se recompuso, temerosa de que sus padres la oyeran. Aprovechó para cortar el agua que ahora le llegaba a la cintura. Apretando los labios, reanudó su recorrido, bordeando el clítoris a ambos lados para no explotar directamente. Sentía que el menor contacto entre sus dedos y la piel entre los labios de su sexo amenazaba con hacerla desfallecer. Sin aliento, finalmente se permitió el orgasmo, y tuvo que ejercer un difícil control para evitar que sus gritos de placer resonaran en las paredes del cuarto de baño. Se aferró al borde de la bañera para mantener la compostura, con la vagina aún llena de consolador. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios y se levantó para separar la ventosa de su objeto de placer. Vació la bañera y se dirigió a la ducha para despejarse. Stéphane y Zadig en bañador seguían flotando en su cabeza y no trató de ahuyentarlos, por fin era un pensamiento agradable después de semanas de cavilaciones. Relajada, decidió lavarse los rizos con champú y acondicionador. Luego, mientras el tratamiento hacía efecto, cogió la maquinilla y se quitó el antiestético vello de las piernas y las axilas y se recortó el vello púbico, que en general le gustaba mantener corto.

Después de esta aventura en el cuarto de baño, Hélène vuelve a guardar al dios en su escondite y se pone un conjunto limpio y relajado antes de tumbarse en las sábanas y dormirse, que esta vez no se ve alterado por el novio de su hijo. Poco después del mediodía, su madre la despertó llamando a la puerta.

- Adelante", dijo al salir.
- Hola cariño. Ah, por fin has podido volver a dormir, eso es bueno, pareces menos cansada, eso es bueno. He venido a buscarte porque tu hermano está aquí, y piensa que tiene una sorpresa para ti.
- ¿Una sorpresa? ¿Seguro que no es otra de sus bromas?

- Pero no, vamos. Estamos a punto de sentarnos a cenar.

Hélène se arregló el pelo y siguió a su madre escaleras abajo. Su hermano la saludó como de costumbre. :

- ¡Hola, ardilla despeinada!

Cuando estaba a punto de responder, vio a otras dos personas en la cocina: Stéphane y Zadig. Sus mejillas se sonrojaron y no pudo evitar sonreír un poco estúpidamente. Se acercaron a ella y la cogieron en brazos:

- Hola, Hélène", dice Stéphane. Me alegro de volver a verte después de tanto tiempo.
- Tan mono como siempre", dijo Zadig en tono fraternal.

Su madre intervino:

- Thomas y sus amigos tienen algo para ti.
- Sí", dice Stéphane. Hemos reservado dos semanas de vacaciones en una cabaña junto a un lago para disfrutar del final del verano, y hemos pensado que te gustaría venir con nosotros. Así te olvidarías de las últimas semanas.

Añadió suavemente

- Y aunque nunca lo admitirá, tu hermano está preocupado por ti.
- ¿Qué te parece, cabecita? Nos vamos después de comer", añadió Thomas.

Hélène se tomó un tiempo para pensar, su pequeña sesión de bienestar en el baño le había dado en qué pensar, y se dijo que una oportunidad así no se presentaría dos veces.

- Un placer, chicos.

- Perfecto -respondió su hermano-, sube a hacer la maleta y no te lleves un montón de cosas.

Hélène hizo lo que le decían y se vistió con ropa cómoda pero atractiva. Su fin de verano iba a ser mucho más agradable de lo que esperaba.

Después de comer, se ponen en marcha con todas las recomendaciones habituales de los padres que siguen preocupados por sus hijos mayores.

Hélène estaba sentada en la parte trasera del coche de su hermano, junto a Stéphane, mientras que Zadig había ocupado el asiento del copiloto. Mientras los dos amigos reían, Hélène observaba de reojo a su compañero de viaje, que se había puesto los auriculares pero siempre se aseguraba de que su muslo rozara el de Stéphane a la menor curva, y en una carretera de montaña no faltaban ocasiones. El joven no dejaba de sonrojarse más o menos discretamente y ella estaba muy contenta.

Después de tres horas en coche, llegaron a un magnífico chalet con vistas a un lago de aguas cristalinas. El chalet también contaba con un gran jacuzzi, y se pusieron en marcha después de que cada uno colocara su maleta en una habitación. La casa, de dos plantas, tenía amplios salones en la planta baja y seis dormitorios en la superior, con tres cuartos de baño. Hélène ni siquiera tuvo que intervenir para que le dieran el dormitorio más alejado del de su hermano, así tendría más tranquilidad si había un poco de actividad en su cama.

Thomas y Zadig volvieron a las tiendas cuando la tarde tocaba a su fin. Hélène decidió ir directamente al jacuzzi y Stéphane pareció tener la misma idea. Ambos se sentaron, pero Stéphane mantuvo una buena distancia con la guapa pelirroja. Entablan una conversación distendida en la que Hélène intenta resaltar sus atributos. Llevaba un biquini negro de dos piezas con remates metálicos dorados. Su piel blanca brillaba al sol, se había recogido el pelo y se había puesto las gafas de sol.

- ¿Puedes ponerme más crema solar, Stéphane, por favor? El sol está pegando fuerte y con mi piel clara...
- Er, sí, sí... Por supuesto.

Ella se colocó hábilmente entre sus piernas, de espaldas a él, y desafió la parte superior de su bañador. Le oyó jadear y añadió:

Ή Es para evitar que se me manche el bikini.

Empezó a hacer pequeños círculos y ella sintió que se estremecía. Sus pezones empezaron a tensarse al contacto directo de la mano grande y musculosa del carpintero contra su espalda. Mientras él se aplicaba, ella oyó sonar su teléfono detrás de Stéphane. Se dio la vuelta y se subió al regazo del atónito muchacho para coger el móvil y contestar.

Mientras Hélène hablaba con su hermano, que le preguntaba por sus preferencias en la comida, la cabeza de Stéphane estaba casi encajada entre los dos pechos blancos, cuya suavidad no podía dejar de apreciar, y el olor a gel de ducha de albaricoque. Su sexo se tensaba casi dolorosamente y sus manos se posaban con naturalidad en las caderas de Hélène.

Ésta se había dado cuenta y empezó a ondular las caderas, movimiento seguido inmediatamente por el de su compañera.

Por fin la llamada terminó y ella pudo mirarle a los ojos, retirando sus pechos de la envidiosa mirada del carpintero. Tenía la boca seca y apenas podía respirar, el deseo que sentía por la joven en ese momento superaba con creces el que había sentido por sus parejas, era una fruta prohibida que estaba deseando morder. Aprovechando que tenía la boca abierta, le dio un beso en el labio inferior y luego introdujo suavemente la lengua en su interior. Stéphane no la apartó y ella comenzó un sensual ballet con la lengua. No tardó en gemir; sentir su cuerpo pecoso apretado contra el suyo, respirar el aroma de su pelo y su piel, dejarse besar, era demasiado para él, estaba a punto de explotar. Así que cuando ella bajó la mano hasta el gran bañador que él se había puesto para entrar en el jacuzzi para coger su virilidad erecta con la mano, él no pudo contenerse y soltó un chorro de semen sobre la mano de ella con un grito.

Hélène no había esperado que se extendieran así en la palma de su mano y se sintió un poco decepcionada por no haber podido disfrutar de sus atributos durante más tiempo, pero el hecho de que él no pudiera contenerse significaba que había triunfado por completo en su misión de seducción.

Stéphane estaba un poco perdido. Habían dejado de besarse y él intentaba recuperar el aliento, tenía la cabeza completamente vacía, aún no podía darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Hélène se tomó su tiempo para acariciarle la cara y depositarle unos suaves besos en la frente, las mejillas y el pecho. Se sentó a horcajadas sobre uno de sus muslos y frotó su clítoris erecto contra la musculosa pierna del amigo de su hermano. Pronto se dio cuenta de que ella no había quedado satisfecha, pero él sí estaba tetanizado. Entonces cogió la gran mano del carpintero y la dirigió hacia su entrepierna. Le guió para que introdujera dos dedos en su interior y se movió hacia delante y hacia atrás, masturbando al mismo tiempo su clítoris. En la terraza sólo se oían los sonidos de la naturaleza y los gemidos de la pelirroja. Stéphane tenía los ojos clavados en ella y su polla empezaba a revivir. Recuperó el control introduciendo un tercer dedo en su dilatada vagina y aumentó el ritmo hasta que ella se corrió con un gemido casi animal. Justo entonces, oyeron el ruido del coche y ambos se quedaron helados. Tardaron unos segundos en recobrar el sentido y el maletero del coche, rebosante de comida y bebida, ya estaba abierto. Sin consultarse, se dispusieron a borrar todo rastro de ese momento, grabado para siempre en sus memorias. Stéphane puso en marcha la limpieza automática del filtro del jacuzzi y Hélène recogió sus pertenencias; a continuación, ambas se dirigieron a sus habitaciones para disfrutar de una ducha fría antes de reunirse con los dos chicos.

Stéphane se bajó primero y Hélène esperó un poco deliberadamente para no parecer avergonzada. Si Thomas empezaba a sospechar algo, sus pequeñas vacaciones eróticas habían terminado. El sol empezó a ponerse y el final del día transcurrió en un ambiente amistoso. Hélène se empeñó en rozar a su compañero de jacuzzi cada vez que podía, y él acabó por dejar de sonrojarse con cada roce, disfrutando incluso del jueguecito de la joven. Él, que siempre había hecho un punto de honor de no mirar a la hermana de uno de sus mejores amigos como una relación potencial, estaba pensando que tal vez era demasiado tarde y que todavía podían pasar cosas interesantes. Así transcurrieron los días siguientes: los cuatro jóvenes comieron, rieron, durmieron y disfrutaron de su entorno. No había subgrupos, sólo ellos cuatro, y Thomas no molestaba demasiado a su hermana. Pero un día, él y Stéphane decidieron hacer escalada en vía ferrata, lo que a Zadig, poco acostumbrado a este tipo de actividad, no le entusiasmó en absoluto. Hélène aprovechó la ocasión para decir que también iba a quedarse a leer un buen libro que se había traído y quizá a tomar un poco el sol en la terraza. Stéphane se sintió decepcionado de que no quisiera acompañarlos y sospechó que la pelirroja quería aprovecharse del médico, pero no podía decir nada delante de Thomas. Así que partieron a primera hora de la tarde para reunirse con su guía.

Hélène, que llevaba unos shorts vaqueros y un ajustado crop top blanco, estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas y el pelo suelto a ambos lados de la cara. Zadig cogió el mando a

distancia, diciendo que hacía demasiado calor para estar fuera a esas horas, y encendió el televisor, sentándose a su lado. Mientras ponía una película en una de las plataformas online disponibles, Hélène se acercó un poco más a él. Zadig era un hombre muy inteligente, y no tardó en comprender el juego de su vecina, pero le gustaba ser deseado, y tuvo que admitir que la hermana de su amigo le resultaba terriblemente atractiva. Llevaba un pantalón corto de algodón gris y una camiseta. Tenía las piernas abiertas y su rodilla tocaba el muslo de la pelirroja. Mientras ella fingía concentrarse en su libro, él la miraba fijamente desde la punta de su pelo hasta la punta de sus dedos manicurados. Cuando levantó la vista, se encontró con su mirada y se sonrojó, atrapada en su propio juego.

- ¿Es bueno tu libro?
- Sí, sí, gracias.
- Lo has entendido al revés", dice con picardía.

Ella se quedó muda y le dedicó una pequeña sonrisa que le hizo derretirse y derribar las últimas barreras que había levantado entre él y la joven.

Él se acercó, dejando sólo unos centímetros entre sus rostros; no quería hacer nada que ella no quisiera, y ésta era su forma de pedirle su consentimiento. El momento duró unos segundos, el tiempo suspendido hasta que ella depositó un suave beso en los labios del médico.

A partir de ese momento, no pudo contenerse más y se lanzó literalmente sobre ella. Ella gritó sorprendida pero respondió favorablemente a la lengua que intentaba introducirse en su boca. Mientras intercambiaban un largo beso, Zadig los puso a ambos de pie y la abrazó un momento, aprovechando que la tenía contra él para acariciar su cuerpo de piel de porcelana. Luego tomó la mano de la pelirroja y la colocó sobre su hinchada entrepierna, haciéndole saber que iba a tener que tomar parte activa en este acto amoroso.

La joven reaccionó con rapidez, afortunadamente para él; deslizó la mano entre los calzoncillos y el bóxer que llevaba puestos, liberando el largo y caliente miembro. El pene del médico no tenía nada que envidiar al del carpintero; su tamaño y forma eran más bien complementarios. Ella lo masturbó mientras él seguía besándola y empezaba a desnudarla. El ajustado crop top acabó en el suelo y ella no llevaba nada debajo. El médico se hizo a un lado y se tomó su tiempo para

contemplarla, tenía incluso mejor aspecto que en sus fantasías. La presionó suavemente sobre los hombros para que se arrodillara y le entregó el artilugio empapado en sangre, que ella se llevó a la boca sin rechistar.

Cuando empezó a bombearlo, combinando sus lamidas con suaves caricias en los testículos, oyeron abrirse la puerta.

Así apareció Stéphane, rojo y sudoroso de tanto correr. Había estado pensando en Hélène en manos de Zadig desde que el coche había partido y había dejado a Thomas en cuarta, utilizando un repentino dolor de estómago como excusa para llegar a casa lo antes posible.

Al verla, Zadig siguió introduciendo su cadera en la boca de Hélène y sonrió perversamente a su amigo, diciéndole que viniera a unirse a ellos. Stéphane, que ya llevaba un rato empalmado, obedeció, quitándose una a una sus ropas, que quedaron esparcidas por el suelo. Zadig le dejó paso y la pelirroja se lanzó sobre el fornido sexo del carpintero, afortunada de poder saborearlo después de su aventura anterior.

Estaba caliente y el cordón de su tanga estaba empapado, y sus calzoncillos empezaban a mostrar su excitación. Mientras ella mamaba, Stéphane Zadig terminó de desnudarse y empezó a masturbarse, observando a la hermanita de su amigo en acción. Luego, harto, le hizo una señal a Stéphane, que se apartó y levantó a Hélène para besarla en los labios. Zadig se quitó los calzoncillos y dejó caer al suelo el encaje empapado. Los tres estaban desnudos y la tensión sexual era máxima.

Ή Subamos a una habitación", dice Zadig con voz ronca.

Stéphane cargó a Hélène en brazos y la tumbó en la primera cama que apareció, la de la joven.

Ή Túmbate en la cama, Stéph", ordenó el médico.

Con la polla al aire, inspiró y expiró. El cuerpo de la pelirroja le obsesionaba desde hacía varios días, quería penetrarla sin más y no se sintió decepcionado cuando ella se empaló en él sin

necesitar más indicaciones. El pene de Stéphane era grande y la llenaba bien, y cada vez que bajaba sobre aquella polla soltaba un grito de placer. Zadig se colocó detrás de ella y humedeció su dedo antes de empezar a acariciar el ano de la joven.

Con las manos apoyadas en el pecho del carpintero, estiró las nalgas todo lo que pudo para indicar que estaba completamente de acuerdo con lo que iba a suceder. El médico se tomó su tiempo para prepararla, sin querer causar ningún daño a la mujer a la que consideraba desde hacía tiempo una hermana pequeña; sabía que Stéphane llegaría hasta el final y no se correría demasiado deprisa.

Mientras introducía con facilidad tres dedos en el ano de una Hélène al borde del orgasmo, colocó su polla a la entrada de un camino nunca antes recorrido y la penetró, empujando tan profundamente como pudo hasta que sintió que sus testículos se pegaban a sus redondas y blancas nalgas. Inmediatamente se sintió atraído por el ritmo que ella imponía a Stéphane, y mientras éste sujetaba firmemente a Hélène por las caderas, Zadig movió las manos a ambos lados de su cuerpo para hacer rodar los rosados pezones entre sus dedos.

Stéphane movió entonces una de sus manos para acariciar el clítoris que se erguía entre los rojos labios vellosos.

La habitación se llenó del sonido del placer de los tres jóvenes, con la piel empapada de sudor. Hélène se corrió tan fuerte que expulsó la polla de Stéphane en un chorro de líquido que inundó la cama. El carpintero le dio tiempo para recuperar el aliento mientras Zadig seguía sodomizándola a un ritmo constante. La joven estaba ahora a cuatro patas sobre la cama, así que el carpintero se colocó para ofrecer su polla aún erecta a la boca de la pelirroja y se introdujo en su boca tras unos cuantos lametones.

Zadig tardó unos instantes más en alcanzar el séptimo cielo y llenó el culo de Hélène con su semen, rociando un poco su espalda y las sábanas de la cama.

Se dejaron caer junto a Stéphane y Hélène se acurrucó contra el pecho del médico mientras el carpintero la rodeaba con sus brazos. Tras algunas caricias y besos que los dos hombres depositaron en su cuerpo, ella dijo:

Ĥ ¿Cuándo podemos volver a empezar?

Los dos chicos se sonrieron.

Mi lesbiana sumisa (3 MFF Stories)

VOLUMEN 1

Una vez más, Stéphane llega tarde del trabajo. La comida está fría y Chloé está indignada; el ciclo se repite desde hace tiempo. La joven siente que está haciendo todo lo posible por mantener la relación, pero las cosas están resultando más difíciles de lo que esperaba. Stéphane no parece muy receptivo y a veces, Chloé tiene que admitirlo, piensa en sus novios de la infancia, en uno en particular.

Piensa en su relación con Pauline, cuando iban juntas al colegio y duraron casi tres años antes de que la vida las separara. Con Pauline, Chloé lo descubrió todo: los sentimientos profundos, la pasión y, sobre todo, el sexo. Fue con ella con quien tuvo su primer encuentro sexual, y nunca lo olvidará.

Durante las últimas semanas, Chloé ha estado pensando cada vez más en Pauline y en la posibilidad de reconectar con ella. Se da cuenta de que sus sentimientos por Stéphane ya no son tan fuertes como antes y que han perdido la cercanía de antaño. Quiere recuperar la pasión y la intimidad que tenía con Pauline. Sobre todo, se replantea el comportamiento de Pauline hacia ella. Las dos mujeres tenían una relación especial. Chloé era claramente sumisa a su ex novia. Pauline siempre la dominaba, y al principio no había nada sexual en ello, pero poco a poco las

dos mujeres se fueron metiendo de lleno en este juego tan malsano como excitante.

Chloé se convirtió en la cosita de Pauline y Pauline en su amante. Las dos jóvenes no veían nada malo en ello en aquel momento, pero ahora que lo recuerda, Chloé sospecha que no fue necesariamente saludable para ella. Sin embargo, no puede negar que la posición la excitaba enormemente en aquel momento, y está segura de que aún la excitaría mucho hoy en día.

Chloé nunca ha perdido el contacto con Pauline, y las dos mujeres intercambian a veces mensajes de texto para saber cómo están, pero nada más. Últimamente, Chloé se siente muy sola y le encantaría llamar a su amiga para saber cómo está.

Cogió el teléfono, pero dudó: ¿y si Pauline se hubiera casado? ¿Habría tenido hijos? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaron, y Chloé no sabe cómo se lo tomaría. Intuye que sentiría celos, aunque esté casada con Stéphane, algo que le cuesta entender. De repente, Chloé busca a su amiga entre sus contactos y la llama. El teléfono suena tres veces antes de que Pauline lo coja. Durante unos segundos, Chloé no se atreve a responder a su "*Hola*". Finalmente, dice:

- *Hola Pauline, soy Chloé.*
- *¿Chloe? Pero ha pasado mucho tiempo, estoy muy contenta de tenerte al teléfono, ¿cómo estás?*
- *Estoy bien, ¿y tú? Sólo quería ver cómo estabas.*
- *Me alegro mucho, estoy bien, ¡gracias! Por cierto, yo también pensaba llamarte pronto.*
- *¿Ah, sí? ¿Por qué?*
- *Tengo noticias importantes para ti.*

El corazón de Chloé late con fuerza, quizá su amiga vaya a decirle que está a punto de casarse o de tener un hijo, quizá la joven tenga que despedirse de sus fantasías más salvajes y de los recuerdos más tórridos de su juventud.

Pauline establece un breve suspense antes de continuar:

- *¡He vuelto a la ciudad!*
- *¿Qué pasa? ¿Estás bromeando?*

- *No, he terminado mi tesis, vuelvo a casa, como se suele decir, ¡también echo de menos a mi familia y a mis amigos! Siento que ha llegado el momento.*

Chloé está encantada con la noticia, han pasado años desde la última vez que vio a Pauline y está impaciente por ver su aspecto actual. Está segura de que está tan guapa como siempre, si no más.

Después de hablar durante dos horas, Chloé tuvo una idea y decidió dar el paso:

- *Dime, ¿cuándo vas a volver?*
- *Nos vemos al final de la semana.*
- *¿Te gustaría venir a cenar el sábado?*
- *¿Está segura de que a su marido no le importará?*
- *¿Por qué iba a importarle?*
- *No sé, hemos pasado por muchas cosas juntos, ¿pero nunca has hablado con ella de ello?*
- *No, nunca.*
- *Quizá haya una razón para ello, ¿no?*
- *No sé, es parte de mi pasado, nunca he pensado que valga la pena hablar con ella de ello.*
- *Sé lo que quieres decir. Pues escucha, ¡me encantaría ir!*
- *Genial, lo organizaré entonces, ¡creo que te llevarás muy bien con Stéphane!*
- *Estoy seguro de que lo harás, ¡pero es a ti a quien quiero volver a ver!*

Chloé se sonroja al oír esta frase resonando en su interior. A pesar del teléfono y de la distancia, percibe que Pauline aún ejerce cierto dominio sobre ella. Comprende que sigue en esa posición de sumisión hacia ella, que nunca podrá deshacerse de ella.

Finalmente, la conversación llega a su fin. Las dos mujeres quedan en verse en casa de Chloé a las 20.30 del sábado por la noche y cuelgan.

Chloé está exaltada; Stéphane aún no ha vuelto del trabajo, pero ella espera que se tome la

noticia con calma. También piensa que este acontecimiento puede reavivar la llama entre ellos. La joven podrá hablar un poco de su pasado rebelde delante de su marido, que podrá verla con otros ojos.

Cuando Stéphane llega a casa del trabajo, está agotado y se sienta directamente a la mesa, en silencio. Chloé se ha acostumbrado últimamente a este comportamiento; su marido es cada vez más discreto y habla cada vez menos. La joven tiene la sensación de que él ya no está realmente interesado en ella, lo que la hiere profundamente. Intenta averiguar algo más sobre el día de su marido, pero él se muestra muy cerrado, como siempre, deseoso de descansar.

Además de la falta de comunicación, Stéphane ha perdido el apetito sexual y Chloé ni siquiera recuerda la última vez que Stéphane la tocó. Poco a poco, la joven va perdiendo la paciencia.

Se casó joven y al principio tenía una visión muy romántica del amor, se veía viajando, haciendo planes, viviendo una vida de ensueño con su amado. Pero las cosas cambiaron muy deprisa, y ahora se siente tomada por sorpresa, tiene la sensación de que ya no le importa a su marido.

Mientras la joven contenía las lágrimas, Stéphane notó su cambio de comportamiento:

¿Se encuentra bien? pregunta.

¿Desde cuándo te importa? responde secamente Chloé.

Mira, Chloé, estoy agotado, mi cabeza no está en esto.

Nunca tienes la cabeza en ello, Stéphane, no quieres hablar, no quieres salir, ya ni siquiera quieres follar, ¡estoy casada con un hombre al que le importa un carajo su mujer!

Stéphane se queda sin palabras. Chloé no está acostumbrada a expresarse así. Sabe comportarse y comunicarse con amabilidad y ternura, pero su marido nunca la había visto así.

No sabe qué decir, sabe que ya no es como antes y que el trabajo se ha convertido en una parte importante de su vida, pero no era consciente de su comportamiento con Chloé.

Stéphane invita a la joven a sentarse en su regazo. Ella accede. Una vez encima de él, le mira a los ojos, esperando una respuesta:

- *Lo siento mucho, no me había dado cuenta de que te dolía tanto, he sido un auténtico imbécil, perdóname.*

Chloé estaba encantada, pero al mismo tiempo sorprendida de que su marido se lo hubiera tomado tan bien. Si hubiera sabido que era tan fácil poner las cartas sobre la mesa, lo habría hecho hace mucho tiempo.

La pareja se besa apasionadamente durante largos segundos. Entonces Stéphane agarra a Chloé por las caderas y se inclina hacia su oído:

- *¿Cómo puedo compensarte?* pregunta en un susurro.

Chloé sabe lo que está pensando, pero se le ocurre otra cosa:

- *Acordar una cena el sábado por la noche con mi amigo de la infancia y yo en casa.*
- *Oh, er, sí, no hay problema, ¿quién es?*
- *Pauline, ya te he hablado un poco de ella, nos llevamos muy bien, fue mi mejor amiga durante varios años y ahora ha vuelto a la ciudad.*
- *¿Te haría feliz si dijera que sí?*
- *Sí, mucho.*
- *Así que está acordado, ¡los tres comeremos en casa el sábado por la noche!*

Chloé está exultante, encantada de que su marido haya aceptado y especialmente feliz de volver a ver a Pauline. Casi se culpa por haber fantaseado tanto con su amiga debido al clima que reina entre ella y su marido. Va a intentar dejar de pensar así y ver a Pauline como lo que realmente es: una ex novia que ahora es una muy buena amiga. No quiere poner en peligro su matrimonio.

La semana transcurre lentamente, y Chloé se reencuentra por fin con su marido y con la relación que creía perdida para siempre. Stéphane la invita a un restaurante durante la semana y van dos veces al cine. La joven está encantada, aunque le preocupa que este cambio repentino sea efímero. Espera que Stéphane siga esforzándose, unos esfuerzos que se supone que no son necesarios porque así es como Chloé ve a la pareja en general.

Hoy es viernes y Chloé quiere aprovechar el día para ir de compras. No sabe por qué, pero siente la necesidad de estar guapa para su amiga, a la que volverá a ver mañana. Está segura de que Pauline sigue siendo tan sexy como siempre, con su larga melena castaña y sus postizos que hacen la boca agua.

Sólo de pensarlo, Chloé siente escalofríos. No entiende por qué, si todo vuelve a ir bien con su marido, no sabe por qué esa atracción no la abandona. Espera tener más respuestas mañana, pero, en su opinión, sólo le habla la nostalgia. Está segura de que, después de pasar la velada con Pauline, su cerebro querrá comprobar que no hay nada más entre las dos jóvenes.

Además, Chloé imagina que Pauline hace tiempo que ha pasado página; es una mujer ambiciosa a la que no le cuesta conocer gente nueva y no le asustan los retos. Tras su ruptura, Pauline no tuvo ningún problema en ir de un lado para otro, mientras que Chloé aún se estaba recuperando de la terrible experiencia.

Mientras paseaba por las tiendas, la joven se topó con un precioso vestido blanco y ligero. Se dijo a sí misma que, con ese atuendo y un moño, no pasaría desapercibida.

Cuando llega a casa, está contenta con su compra, pero el estrés empieza a aumentar. Mañana se verá las caras con Pauline y empieza a preguntarse si su amiga se llevará bien con su marido. Y, lo que es más importante, si Stéphane sospechará algo; después de todo, Pauline podría estar planeando hablar de su antigua relación. Chloé no sabe cómo reaccionará.

A pesar de todas sus preocupaciones, la joven está impaciente por volver a ver a Pauline. Por supuesto, la tarde del viernes pasa volando y ya ha llegado el gran día. Chloé limpia la casa mientras Stéphane va de compras para la cena. Chloé está encantada de que su marido participe en la cena. Él aún no conoce a Pauline, pero ella intuye que tiene buenas intenciones y se siente especialmente conmovida.

Son las 5 de la tarde cuando Chloé se pone a cocinar, lo tiene todo planeado: un entrante, un plato principal y un postre, quiere que todo salga perfecto.

Hacia las 19.45, la joven había terminado, había sido rápida y eficiente, algunas cosas estaban en el horno, otras en la nevera, pero todo estaba listo para recibir a Pauline, ahora sólo tenía que

estar guapa.

Después de una buena ducha, la joven estaba más estresada que nunca: por fin había llegado el momento de ver a su amiga, su ex, la mujer con la que lo había vivido todo y con la que a veces aún se imaginaba teniendo ciertas experiencias tórridas. Una vez se hubo puesto el vestido, la joven se colocó frente al espejo de su cuarto de baño. Se recoge el pelo en un moño bajo y se maquilla un poco las ojeras. Intenta parecer lo más natural posible; le gustaría hacer más, pero tiene demasiado miedo de que Pauline lo vea como un coqueteo.

Una vez lista, la joven se dirigió al salón, donde su marido esperaba pacientemente:

- *¡Estás guapísima!* exclama.
- *Gracias, tú también eres muy guapo.*

Stéphane optó por un atuendo elegante pero informal, un polo y unos pantalones negros. Quería estar presentable, pero tampoco había pensado llevar traje: le gusta estar cómodo. Chloé está encantada de que haya hecho un mínimo esfuerzo para su cita con Pauline.

Son las 20.30 y el corazón de Chloé late con fuerza, está acostumbrada a que Pauline llegue tarde, sabe que no va a llegar enseguida pero empieza a ponerse nerviosa. Son las 20.48 cuando alguien llama a la puerta:

- *¡Voy a abrir la puerta!* grita Stéphane.

Chloé no se movió, estaba petrificada, de todas formas no habría podido abrir la puerta. Hacía años que no veía a su amiga, y estaba tan contenta de haber organizado esta cena, pero ahora está más estresada y ansiosa que nunca. Afortunadamente, su marido está allí para apoyarla y cuida bien de Pauline, mientras su mujer se ha refugiado en la cocina. No es muy educado y Chloé se siente fatal por ello, pero le asusta la idea de volver a ver a su amiga. ¿Y si hubiera idealizado este momento? Tal vez Pauline haya cambiado demasiado, tal vez su amistad ya no sea compatible, tal vez vayan a pelearse, tal vez Pauline ya no sea la persona que era.

Chloé oye a su marido invitar a su amiga a sentarse a la mesa. Rápidamente, estallan risas por todo el salón y Chloé siente una punzada de celos; le gustaría saber por qué se ríen tanto y se arma de valor para unirse a ellos en la mesa, acompañada del entrante. Al ver a Chloé, Pauline se levanta y corre a sus brazos:

- *¡Hola! ¡Qué guapa eres!* exclama la joven sonriendo.

Chloé mira a su amiga durante unos segundos y la encuentra radiante. Se ha cambiado el color del pelo a rubio polar, pero le va bien con sus ojos color avellana. Sigue conservando su falsete y su cara angelical:

- *S.. Hola Pauline, tú también estás preciosa, el rubio polar te sienta de maravilla.*
- *¡Muchas gracias! ¡Siéntate y come con nosotros! ¡Le estaba contando a tu marido nuestras aventuras!*

Chloé empieza a preocuparse y se pregunta qué le habrá dicho Pauline a Stéphane, así que le echa un vistazo para ver cómo se encuentra. Stéphane no tarda en darse cuenta de que su mujer necesita que la tranquilicen:

- *No te preocupes, no tengo nada en contra de que hayas tenido esa relación cuando eras más joven, entiendo por qué no me lo contaste, no necesitaba saberlo, pero estoy encantado de saber más de ti. ¿Así que Madame tuvo una relación con una mujer durante tres años?*

Chloé se avergüenza de esta pregunta, pero se tranquiliza al ver que Stéphane se lo toma así. Al poco tiempo, la joven bebe un poco y se desinhibe para poder seguir el juego a su marido y a su amiga. Para su sorpresa, Stéphane y Pauline se llevan de maravilla, no hacen más que reírse y burlarse el uno del otro, y Chloé casi siente como si conociera a Pauline por primera vez. Está perpleja y encantada a la vez; nunca había imaginado que las cosas fueran a ir tan bien entre ellos, están hechos el uno para el otro.

Pauline, por su parte, pasa una velada excelente: está contenta de volver a ver a su amiga, pero

sobre todo se ha enamorado de Stéphane. Es un hombre encantador, alto, guapo, sexy, musculoso... lo tiene todo a su favor, y comprende por qué su amiga se casó con un hombre tan guapo. Sin embargo, siente una atracción malsana por él, ya que está casado con su ex novia y sería una locura tener algo con él, aunque sólo fuera una breve aventura.

Pauline se siente cada vez más avergonzada por la situación, pero no puede evitar reírse y charlar con Stéphane. Conoce a Chloé de memoria, no ha cambiado nada, y Pauline se da cuenta de que es embarazoso para su amiga. Sin embargo, también sabe que Chloé nunca dirá nada, porque odia las historias y tiende a guardárselo todo para sí misma, hasta el momento de la explosión, cuando no duda en contar la verdad a todo el mundo.

Intenta mirar a su amiga con dulzura de vez en cuando, para asegurarle que no tiene intención de robarle a su marido, pero Chloé no se tranquiliza; intuye que algo raro está pasando ante sus ojos y no le gusta. La joven casi se siente sobrepasada, a pesar de que fue ella quien organizó la cena.

Quería hacer lo correcto, pero al final empieza a sentir que le están tomando el pelo. Pensaba que podía confiar en su amiga y, sobre todo, en su marido. Ahora se siente incómoda y espera que la cena llegue pronto a su fin. Stéphane quiere saber cada vez más cosas de Pauline y viceversa, pero nadie le hace preguntas a Chloé, aunque ella se muere de ganas de charlar con ellos.

Al final de la comida, Chloé se siente triste, así que recoge los platos y llena el lavavajillas, por supuesto sin la ayuda de su amiga y su marido, que siguen en la mesa, riendo y sin prestarle atención. La joven bebe dos copas de vino sola en la cocina, intentando averiguar qué ha fallado en la cena. Había hecho todo lo posible para que todo el mundo se llevara bien, quizá demasiado bien. No era celosa por naturaleza, ni siquiera sabía si estaba celosa de su amiga o de su marido. En el fondo, le habría gustado recuperar la cercanía que tenía con Pauline, pero la joven tenía tan buen feeling con su marido que no podía imponerse.

Pauline sigue riendo con Stéphane y, poco a poco, se va creando una cercanía natural. Chloé no está y nadie se pregunta dónde está. Pauline es una mujer emprendedora que siempre consigue lo que quiere, sin importarle los obstáculos, pero siente que cuanto más pasan los minutos, menos puede controlarse. Si por ella fuera, hace tiempo que se habría lanzado sobre Stéphane, pero lucha con todas sus fuerzas para no romperle el corazón a su amiga. Cada vez que ve a este guapísimo hombre sonreírle o establecer contacto físico con ella para provocarla, la joven piensa en Chloé y se muerde los labios, luchando lo mejor que puede.

Por su parte, Stéphane es consciente del jueguecito que ha montado con Pauline, pero de momento no ve nada malo en ello. Nunca pensó que se llevaría tan bien con esta mujer y está seguro de que Chloé debe estar encantada con él. Sin embargo, se ha dado cuenta de que Pauline se comporta de cierta manera con él, la de una mujer que flirtea con un hombre, lo percibe y aunque le hace sentirse incómodo con su mujer, no puede evitar sentirse halagado. Es más, se siente muy atraído por Pauline, que le parece realmente hermosa.

La joven desprende un encanto difícil de resistir para el joven. Nunca ha engañado a su mujer, ni siquiera a sus antiguas novias, no forma parte de su educación, sus padres llevan años casados y se aman fielmente, ha tenido un ejemplo ejemplar a seguir como pareja, pero a medida que avanza la velada, el alcohol sube, las lenguas se sueltan, los cuerpos se acercan, es casi más fuerte que él. La química y la tensión son demasiado fuertes, y a los dos jóvenes les cuesta mirarse a los ojos y reírse sin imaginar un beso apasionado.

Chloé sigue en la cocina, dubitativa. Está esperando a que suba un poco el alcohol para volver con una sonrisa en la cara, no quiere montar una escena ni acobardarse delante de ellos. Al fin y al cabo, de eso se trataba, de que todos se llevaran muy bien, y ahora que lo han hecho, no le ve sentido a montar un escándalo; al contrario, debería estar encantada por su marido y su amiga.

Si a Stéphane le gusta Pauline, Chloé podrá verla a menudo y no se sentirá obligada a elegir. Al final, ha sido lo mejor que podía pasar. Después de tranquilizarse durante largos minutos, Chloé decide que ya es hora de dejar de comportarse como una niña.

Además, ya no oye ningún ruido en el salón y empieza a asustarse. ¿Quizás a Pauline no le gustó que huyera y se marchó? ¿Quizá ella y su marido han discutido? ¿Quizá la están esperando en silencio? Chloé imagina los peores escenarios, se dice a sí misma que ha arruinado la velada, que no se ha comportado correctamente y que va a pedir disculpas a su invitada y a su marido. Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa y se dice a sí misma que ser sincera es la mejor solución, aunque no sea lo que había planeado en un principio.

Una vez en el salón, la joven estaba un poco perdida. Pauline no estaba, por supuesto, pero tampoco Stéphane. Chloé estaba completamente angustiada, casi asustada. Rápidamente se pregunta si le están gastando una broma pesada. Mira debajo de la mesa y en los armarios, registra todo el salón, pero no encuentra a nadie. Entonces teme que haya entrado alguien con malas intenciones, tal vez ladrones.

La joven corrió hacia la puerta principal, pero estaba cerrada. Se paseó de un lado a otro por el

salón: la casa es grande, claro, pero luego sólo están los dormitorios, los aseos y los cuartos de baño, así que ¿qué sentido tiene que entren dos personas?

De repente, a Chloé se le heló la sangre. No lo había pensado, ni mucho menos, pero empezaba a preguntarse si su amiga no se estaría tirando a su marido en su propia casa. La joven prefiere no sacar conclusiones por el momento y sube discretamente al primer piso. Sin hacer ruido, abre la puerta del primer dormitorio y no encuentra a nadie. Después se dirige al segundo dormitorio, que también está vacío. Finalmente, temblando, se dirige a la última habitación, que está cerrada. No se atrevió a abrir la puerta, sólo se agachó para mirar por el ojo de la cerradura.

Una vez agachada frente al ojo de la cerradura, Chloé se inclina y mira a través. Ve a su marido y a Pauline besándose lánguidamente. Debería enfadarse y entrar en la habitación para detenerlos, pero no puede. La situación la excita a pesar suyo y quiere ver hasta dónde llegan su amiga y su marido. Maquinalmente, la joven desliza la mano por la entrepierna de él y comienza a acariciarse, mientras Pauline y Stéphane siguen besándose. La tensión aumenta entre ellos, Pauline empieza a desnudarse pero Stéphane tiene un pequeño problema:

- *¿Es realmente una buena idea? No quiero hacerle esto a Chloe.*
- *Yo tampoco quiero herir sus sentimientos, pero la tensión es demasiado fuerte y te deseo demasiado",* responde la joven, besándole de nuevo.

Stéphane no se lo pensó más y se desnudó también. Una vez desnudos, se besan y se acarician. Chloé no se pierde ni un momento, su sexo empieza a humedecerse y su clítoris se hincha. Se da cuenta de que le excita mucho la idea de que Stéphane se tire a su amiga Pauline. No entiende muy bien por qué se supone que debe reprocharles su comportamiento y ahora ve cómo su marido la engaña. Ella tiene el poder de pararlo, de impedir que sigan adelante con ello, sabe que después perjudicará seguro su relación con Stéphane, pero no puede, quiere verlo.

Stéphane comienza a acariciar los pechos de Pauline, que se estremecen de placer. La joven, acostumbrada a llevar la iniciativa sexual, se deja llevar por completo. Esta vez, quiere cambiar un poco las cosas, dejar que Stéphane se ocupe de ella. Stéphane sigue acariciándola, con más convicción. Sabe que tiene que ser paciente, tomarse su tiempo para que Pauline le desee más. Se concentra en su respiración, en los escalofríos que recorren su piel. Pauline gime suavemente,

mordiéndose los labios para no gritar de placer. Siente la mano de Stéphane acariciándole el pecho. Cierra los ojos y deja que su cuerpo reaccione a las nuevas sensaciones. Stéphane baja la cara hasta el cuello de Pauline y le besa la piel húmeda. Le mordisquea el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecerse. Siente crecer su erección, pero no quiere precipitarse. Quiere que las cosas sucedan con naturalidad, para darle a Pauline todo el placer posible. Pauline, por su parte, siente que su cuerpo se calienta cada vez más. Acaricia el pelo de Stéphane, susurrándole ánimos. Siente cómo su piel se desliza contra la de él, volviéndola loca de deseo. Stéphane se incorpora un poco y mira a Pauline a los ojos. Siente su cálido aliento en la piel y sabe que no podrá contenerse mucho más. Vuelve a besar los labios de Pauline, esta vez con más pasión, antes de deslizar las manos por su vientre y luego por su entrepierna, donde Pauline arquea la espalda bajo sus dedos.

Por su parte, Chloé contemplaba la escena, paralizada. Nunca había visto a Pauline tan vulnerable ni a Stéphane tan delicado en la cama. No suele ser violento, pero tiende a ser relativamente neutro, haciendo las cosas mecánicamente y sin incorporar mucha pasión a sus acciones. Lo que ve Chloé la excita. Tiene la impresión de que las dos personas que más la excitan están sacando el uno del otro un lado que no sabía que existía. Debería detenerlos antes de que Stéphane penetre a su amiga, pero esta vez es imposible. Cuanto más pasan los segundos, más los envidia, le gustaría estar en el lugar de Pauline, en el de Stéphane, disfrutar de ambos. Reflexionando, se dice a sí misma que simplemente le habría gustado un trío, le habría gustado disfrutar de ellos también, se siente excluida, a pesar de su remota implicación en la situación.

Stéphane tumba a Pauline boca arriba y se introduce entre sus piernas para penetrarla. Pauline intenta callar sus gemidos para que Chloé no la oiga, pero no puede evitarlo, Stéphane le da demasiado placer como para ocultarlo. El joven empieza a follar suavemente a Pauline, pero pronto la pasión se apodera de ellos y Stéphane acelera el ritmo.

Pauline siente que su cuerpo se tensa bajo los empujones del joven. Sus gritos son cada vez más fuertes y Stéphane tiene que tapar varias veces la boca de la joven, que no puede mantenerla cerrada. Sin embargo, los dos se excitan y eso no impide que Stéphane sea más rápido y directo en sus movimientos.

De repente, Stéphane intuye que va a acabar pronto pero no quiere acabar como Pauline. Se levanta y le pide que se ponga de rodillas y se la chupe, lo que ella hace sin vacilar. Pauline chupa a Stéphane con ardor, sintiendo cómo su polla se endurece en su boca. Stéphane gime de

placer y desliza su mano sobre su pelo, empujándolo ligeramente hacia abajo para profundizar la penetración. Pauline intenta darle todo el placer posible, utilizando la lengua y los labios para estimularlo.

Poco a poco, Stéphane sintió la excitación a punto de estallar, no pensaba que Pauline pudiera darle tanto placer en tan poco tiempo, hacía mucho tiempo que no sentía tales sensaciones sexualmente hablando. Por supuesto, le encanta hacer el amor con Chloé, pero esto es diferente.

Esta última, por su parte, tampoco tardará en llegar, ver a su marido dándose placer con otra mujer la ha estimulado mucho más de lo que podía imaginar. Pensó que se pondría verde de celos y los mataría a los dos, pero aquí está, mirándolos por el ojo de la cerradura y dándose placer a sus espaldas.

De repente, Chloé tiene un orgasmo y, sin previo aviso, la joven se retuerce de lado a lado y gime en silencio, disfrutando enormemente. Por su parte, Stéphane también llega al orgasmo y termina en lo más profundo de la garganta de Pauline, satisfecho. Como Pauline aún no se ha corrido, Stéphane no tiene intención de dejarla así. El joven le pide a Pauline que se tumbe entre sus piernas y empieza el cunilingus. Chloé siente esta vez un toque de celos; es muy raro que su marido le practique el cunilingus, así que se siente un poco mal al verle hacerlo con tanta naturalidad con otra mujer.

Además, como acaba de correrse, Chloé no tiene ningún motivo para dejar que su marido y su amiga sigan disfrutando juntos. Una vez más, debería intervenir, pero decide no hacerlo y esperar pacientemente el orgasmo de su amiga. A Chloé no le gustan los conflictos y es una persona profundamente amable, así que piensa que si a ella se le ha permitido correrse y a su marido también, entonces a su amiga se le debería permitir terminar lo que ha empezado.

Mientras Stéphane devora el sexo de Pauline, ésta se retuerce de placer bajo sus caricias. Gime cada vez más fuerte, incapaz de contener sus sensaciones. Stéphane la mira intensamente, admirando su rostro contorsionado por el placer. Continúa lamiéndola con ardor, intentando hacerla vibrar aún más. Pauline, sin aliento, cede a un orgasmo explosivo, que la hace gritar de placer.

Chloé siente su conexión, tiene la impresión de que Stéphane se acuesta con la mujer de su vida

y, de repente, la joven no está tan entusiasmada con la situación. Se siente un poco avergonzada por haberles dejado hacer todo esto cuando todo el tiempo podría haberles parado.

Mientras Pauline se viste, Stéphane llega y se sienta a su lado. Charlan un rato, sin mencionar siquiera a Chloé, y de repente Pauline se acerca y besa lánguidamente a Stéphane, como si estuvieran enamorados.

En ese momento, fue demasiado para Chloé. Hasta entonces, le había excitado todo lo que habían hecho juntos, se había dado placer a sí misma observándolos, tenía que admitirlo, pero no podía entender por qué seguían teniendo una conexión tan fuerte, los celos hablaron y la joven se levantó, preparándose para abrir la puerta. Quiere pillarles con las manos en la masa, y lo último que quiere es que la vean como una loca que se inventa historias. Sabe que, por lo general, a los hombres se les da bien manipular y lo último que quiere es que su marido le ponga los sesos del revés, cuando sabe muy bien lo que ha visto.

Después de pensar unos segundos lo que iba a decir, la joven respiró hondo, comprobó que iba bien vestida y que nadie se daría cuenta de lo que acababa de hacer, y abrió la puerta de un tirón para enfrentarse a su angustiado marido y a su amiga.

VOLUMEN 2

Una vez delante de su marido y de la novia de éste, Chloé no sabe qué decir: ha preparado toda una escena en su cabeza, todo un discurso, sabía exactamente lo que quería decir, pero no le sale nada. Está completamente perdida y, sobre todo, no entiende por qué está tan enfadada. Siente una montaña de emociones diferentes. Debería sentirse traicionada y enfadada, pero no puede olvidar que esa escena la excitó profundamente. Le habría encantado estar en el lugar de su marido y no puede negarlo. En el fondo, ella también se siente culpable, sabiendo perfectamente que en el lugar de su marido habría tomado la misma decisión y habría hecho lo mismo, así que es difícil culparla. Sin embargo, culpa a Pauline, que siempre consigue todo lo

que quiere de quien quiere.

La joven ni siquiera lo pensó; quería al marido de una buena amiga y se lo llevó sin pensar siquiera en lo que podría hacerle. Como resultado, se siente más sumisa que nunca ante Pauline, se siente humillada, siente que ha sido su sumisa aunque no haya ocurrido nada sexual entre ellas. Sin embargo, es una posición que siempre la ha excitado, e incluso ahora, tal y como están las cosas, la excita muchísimo.

Chloé decide cerrar la puerta y no dice ni una palabra. Se refugia rápidamente en otra habitación y la cierra con llave. No quiere hablar con nadie. Necesita digerir lo que acaba de ver y, sobre todo, comprender por qué sus reacciones han sido tan variadas. Ni siquiera cree culpar a su marido; en el fondo, le hubiera gustado estar allí con ellos. Rápidamente llegó a la conclusión de que el motivo de su enfado era que a ella también le habría gustado que le ofrecieran esta pequeña aventura. No se siente especialmente engañada, no está enfadada con Stéphane, sólo quería volver a estar con Pauline, como antes.

Stéphane llama a la puerta varias veces, pero no obtiene respuesta. Pauline, por su parte, prefiere marcharse, avergonzada y sabiendo que ha hecho daño a su amiga. Lucha todo lo que puede por mantenerse alejada de Stéphane, pero no puede evitarlo, el flechazo es mutuo y es demasiado difícil llevarle la contraria. Sabe que Chloé tal vez nunca lo entienda, y no le importa, pero siente que ha perdido para siempre a una amiga que acababa de reencontrar, y eso le destroza el corazón.

Pauline vuelve sola a casa en autobús. De camino, siente deseos de ponerse en contacto con Chloé y enviarle un mensaje para disculparse, pero se dice a sí misma que no es el momento. Dejará pasar unos días y espera poder explicarle las cosas muy pronto. Mientras tanto, se reservará y seguirá con su vida.

Chloé durmió sola anoche, en una habitación distinta de la que inicialmente compartía con su marido Stéphane. Preparó un desayuno de reyes para su esposa. Está seguro de que la ama con locura y no cambiaría a su mujer por nada del mundo. La encuentra magnífica, inteligente, culta, profundamente amable y cariñosa, lo más parecido a la perfección que tiene. Ella siempre ha estado a su lado, en los buenos y en los malos momentos, y, sobre todo, nunca le ha sido infiel de ninguna manera; en eso también es inflexible: la infidelidad no tiene cabida en una relación, y menos en un matrimonio como el suyo.

Stéphane no sabe si alguna vez podrá compensarle, pero una cosa es segura: va a hacer todo lo posible para conseguirlo, pase lo que pase.

Chloé desayuna en silencio, frente al televisor. Ignora soberbiamente a su marido y no se molesta en darle las gracias por el desayuno, cosa que él comprende perfectamente.

Al final del desayuno, la joven recoge la mesa y se dirige a la cocina. Se cruza con su marido, que la mira atentamente. Chloé, por su parte, le ignora perfectamente y, una vez recogidos los platos, sale de la cocina para acomodarse en el sofá. Stéphane se une a ella con una amplia sonrisa:

- *¿Qué estás mirando?* pregunta suavemente.

La joven no contesta, prefiere no decir nada antes que ponerse desagradable, algo que no está en su naturaleza. Podría decir algo de lo que se arrepintiera, así que opta por la ignorancia total, pero no sabe cuánto tiempo podrá mantenerla. Stéphane no se echa atrás, no soporta que Chloé sea tan fría con él. Ha cometido un error, pero no puede dejarlo así, tiene que compensarla y va a hacer todo lo posible por hacerlo.

Por desgracia para él, Chloé permanece impasible, sintiéndose vacía, incapaz de creer que su marido haya podido hacer algo así. Por otra parte, ella le comprende, son estas emociones diferentes las que le hacen dudar tanto de la situación. Sabe que tiene que mantener la cabeza alta y no acobardarse ante sus hermosos ojos, no demostrarle que le comprende, pero cada vez le resulta más difícil ocultarlo. Stéphane sospecha que no se lo está contando todo y sigue insistiendo, con la esperanza de obtener por fin una respuesta:

- *Vamos, sé que quieres decirme algo, aunque sea para insultarme, no me importa, sólo dime cómo te sientes*.

La joven quería contárselo todo, ése sería el momento ideal, pero sabía que eso probablemente daría lugar a una serie de acontecimientos complicados. Para ella, sería mejor poner fin a esta

situación inmediatamente. Le gustaría pasar página, poner punto final a su relación con Pauline y hacer como si nunca hubiera sucedido. No quiere guardar rencor a su marido para siempre, sabiendo que ella también se habría acobardado inexorablemente. Chloé decide que ha llegado el momento de hablar:

- *Mira, me gustaría que todo siguiera como siempre.*
- *¿De qué se trata? ¿Por qué?*
- *Porque no quiero hablar de ello, tú y Pauline me habéis traicionado, de acuerdo, estoy dispuesto a pasar página si aceptas no volver a hablarme de esta historia.*

A Stéphane le cuesta entender a su mujer:

- *¿Pero no quieres saber exactamente qué pasó? ¿Que te lo cuente? ¿Que te lo explique?*

En realidad, Chloé lo vio todo, pero él no lo sabe. La joven no necesita saber lo que hicieron, tuvo un asiento en primera fila para verlo:

- *No, no quiero saberlo. No me lo digas. Sigamos adelante. Quiero olvidarlo.*

Stéphane tiene dudas, pero está dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de no perder a su mujer. Incluso agradece que ella reaccione tan bien, pero no sabe que lo hace más por su bien que por el de ella. Chloé no quiere saber nada más de Pauline, simplemente porque también teme caer en la tentación; prefiere fingir que el suceso nunca ocurrió, como si hubiera tenido una pesadilla. Se dice a sí misma que dentro de unos días, semanas, esta historia no será más que un mal recuerdo, espera.

El día transcurre tranquilamente. Poco a poco, Chloé vuelve a hablar con su marido con naturalidad, ignorando por completo lo sucedido la víspera. Con el paso de los días, la pareja se reencuentra poco a poco, como si el suceso les hubiera unido más. Chloé no ha hablado con Stéphane del suceso, y Stéphane guarda el mismo silencio al respecto. Los dos tortolitos están perfectamente enamorados, pero en el fondo, a Chloé le cuesta no pensar en su amiga Pauline. Pauline no se ha puesto en contacto con ella desde el incidente, y ella también intenta pasar

página, aunque con dificultad. Pauline suele pasar página con facilidad, teniendo una aventura de una noche tras otra y sin preocuparse por nadie. Esta vez es diferente, echa un poco de menos a Stéphane, pero no es eso lo que más le preocupa. Piensa en Chloé, casi obsesivamente, recuerda sus años de instituto, todo lo que pasaron juntas. Recuerda cómo se sometía a ella, cómo le enseñó a someterse a los demás. Ella era su frágil cosita que todos envidiaban, y su relación era la comidilla de la ciudad, tanto en lo bueno como en lo malo. Pauline se sentía poderosa con Chloé a sus órdenes, y se dio cuenta durante la cena de que aún conservaba su naturaleza profundamente sumisa y devota. Pauline estaba casi celosa del derecho de Stéphane a disfrutar tanto de ella.

Desde hace unos días, Pauline piensa en enviar un mensaje a Chloé, pero no lo consigue y prefiere observarla en la sombra. Chloé no postea mucho, pero Stéphane sí. No para de hablar de su vida, de lo que hace, de lo que come, de adónde va. Pauline se muere por volver a ver a Chloé, pero prefiere que Stéphane no esté en ese momento, así que espera el momento perfecto para salir de las sombras.

Llega el día tan esperado. Stéphane publica por fin algo interesante para Pauline. En su último post, explica que le han ascendido y que se va por un tiempo, en viaje de negocios para ser exactos. No aclara muy bien por qué se marcha, pero Pauline se limita a recordar que a partir de mañana podrá ir a ver a Chloé y contarle todo lo que le pasa por la cabeza, con la esperanza de que la joven se muestre receptiva.

Ha llegado el gran día, Stéphane se prepara para irse de casa y Chloé no tiene ningún problema. Necesita tranquilidad, respirar un poco, pasar las tardes sola en casa, aunque espera que todo le vaya bien a su marido. Tras felicitarle una vez más, la joven acompaña a Stéphane hasta su coche, le da un abrazo y luego le ve marcharse antes de que desaparezca por completo de su campo de visión.

Entonces llegó a casa y respiró aliviada: hacía mucho tiempo que no podía disfrutar de un rato a solas en casa. Pone música y empieza a contonearse por todas partes. Canta, baila, salta por la casa, se siente como una niña. Nadie puede verla, criticarla, juzgarla, está sola consigo misma y eso le hace mucho bien.

Tras un día de relax, la joven decidió darse un baño caliente mientras veía una serie. Al mismo tiempo, bebe a sorbos una botella de rosado y se dice a sí misma que ha sido el mejor día que ha tenido últimamente. Al salir del baño, se viste y, de repente, quiere ponerse lo más guapa y deseable posible. Su marido no está, pero ella quiere estar guapa, sentirse bien, más sexy que nunca. Así que se pone un body de encaje, unos zapatos altos y se recoge el pelo en una coleta alta. Luego se aplica una gruesa capa de maquillaje en la cara. Se lo puso todo: los ojos, la cara, la boca... Quería más que nunca parecerse a la mujer que más deseaba: Pauline.

Una vez sexy, la joven desfilaba y se pavoneaba por el salón de su casa, imaginando que volvía locos a miles de hombres que la miraban. Esto empieza a excitarla en serio. Imagina ser tomada por dos o tres hombres al mismo tiempo, que no son su marido, sino delante de él. Imagina vengarse, acostarse con Pauline, tener su cabeza entre sus piernas. Todos estos pensamientos están fuera de su control, y se culpa a sí misma por imaginar tales escenarios, pero no puede evitarlo.

De repente, mientras se retuerce en el sofá con la mano entre las piernas, oye un ruido extraño.

Durante unos segundos, se queda tumbada en el sofá, aturdida. Tiene la sensación de que alguien intenta entrar por la fuerza. Como su marido no está, no sabe qué haría si se diera una situación así; nunca ha pensado en ello y ya es demasiado tarde para tomar una decisión racional. Chloé permanece en silencio, incluso se impide hacer ruido al respirar, esperando que la persona que está delante de su puerta desaparezca.

Al cabo de unos minutos, Chloé ya no oye más ruidos y empieza a pensar que es su imaginación la que le juega malas pasadas. Al fin y al cabo, está sola y es la primera vez que le pasa en mucho tiempo, así que probablemente esté un poco ansiosa y eso le haga imaginar cosas a veces. Es mejor que tenga en cuenta esta explicación si quiere dormir bien esta noche.

Cuando la joven retomó la conversación donde la había dejado y empezó a imaginar que varios hombres volvían a cogerla, oyó otro ruido más sordo. Esta vez no había duda: alguien merodeaba por su casa.

La joven salta del sofá gritando. No ha conseguido pasar desapercibida y opta por otra solución:

una amenaza. Empieza a gritar:

- *Te lo advierto, he llamado a la policía. No sé lo que quieres, pero estarán aquí en cualquier momento. ¡Mi marido tampoco tardará mucho!*

Chloé estaba temblando pero intentaba mantener la cabeza fría, no quería entrar en pánico. Decide coger un rodillo y asomar la cabeza. Con sus tacones, eso no es muy práctico. Además, por la noche aún no hace suficiente calor como para salir a la calle en body. Pero Chloé se mantiene firme y quiere ahuyentar a su(s) posible(s) agresor(es), aunque las decisiones que toma no sean necesariamente las más inteligentes.

La joven rodea vigilante la casa con su rodillo. No ve nada ni a nadie, pero se mantiene cauta para poder reaccionar ante cualquier situación de peligro.

De repente, ve a alguien salir de un arbusto y blandir su rodillo, gritando, antes de golpearle hacia atrás:

- *¿Pauline?* pregunta desconcertada Chloé.
- *Sí...* Responde tímidamente.
- *¿Qué coño haces aquí? Me has dado tal susto que casi llamo a la policía.*
- *Sé que tu marido no está aquí, quería tener una pequeña charla contigo, sé que probablemente no quieras pero tengo que hablar contigo.*
- *¿Cómo sabes que Stéphane no está aquí?*
- *Admito que miré un poco tus redes sociales, pero realmente quería que los dos tuviéramos una charla a solas.*
- *Es curioso, la última vez en la cena podrías haber hablado conmigo pero preferiste tirarte a mi marido.*
- *Lo siento mucho, déjame compensarte, por favor, sólo quiero hablar.*

Chloé no quiere otro conflicto y tiene que reconocerse a sí misma que está encantada de volver a ver a Pauline. La invita a sentarse a la mesa con ella:

- *Guau, ¡eres guapísima y muy sexy!* exclama Pauline.
- *Gracias por su* tiempo.

Chloé quiere mantener la calma, aunque le resulte difícil:

- *Vale, te escucho",* dijo con un suspiro.
- *En primer lugar, me gustaría disculparme sinceramente. Nos conocemos desde el instituto y nunca debería haber hecho algo así. Quiero que sepas que realmente luché toda la noche, realmente me llevé bien con tu marido y no sé por qué, simplemente no pude controlarme, simplemente pasó. No es excusa, lo sé, pero no tenía intención de hacerte daño, créeme.*
- *Te creo.*
- *¿Es cierto?*
- *Por supuesto, no veo por qué querrías hacerme daño, pero me lo pregunto.*
- *¿Cuál?*

Es hora de que Chloé sea sincera sobre lo que le dolió en la cena:

- *¿Por qué a él?* pregunta la joven.
- *¿Qué quiere decir con eso?*
- *Después de todo lo que hemos pasado, ¿por qué te sentiste atraída por él? ¿Por qué lo elegiste a él? En vez de a mí.*
- *¿Es eso lo que te duele? ¿No te importa hacer trampas?*
- *Me importa una mierda el engaño, si yo hubiera estado en su lugar habría hecho lo mismo, me estás afectando demasiado, sólo estoy disgustado por haberme quedado fuera, ¿puedes entenderlo?*

Pauline se quedó muda; nunca hubiera pensado que ése era el origen de la ira y la tristeza de su amiga. Pensó que, como cualquier otra mujer, estaba simplemente fuera de sí por un engaño, pero en absoluto, al contrario, a ella también le hubiera gustado participar en la pequeña fiesta.

Pauline no sabe qué decir ni cómo reaccionar. Por un lado, se siente tranquila, porque pensaba que su amistad con Chloé se había acabado para siempre, pero por otro, se pregunta si no se estará gestando una historia mucho más malsana de lo que había imaginado.

La joven decide tranquilizar a su amiga:

- *Escucha, no puedo dejar de pensar en ti, nunca he dejado de pensar en ti, desde que terminó nuestra relación. Lo viví todo contigo, me excitabas enormemente y lo sigues haciendo, quizás ahora más. Me llevaba bien con tu marido pero no quería ver que eras tú a quien había echado de menos todo este tiempo. No sé por qué hice lo que hice, pero lo que es seguro es que hoy es por ti por quien he venido, es a ti a quien quiero.*
- *¿Qué quieres decir con eso?* pregunta confusa Chloé.
- *Echo de menos lo que solíamos hacer juntos, quiero que seamos como antes.*
- *Pero ahora estoy casado.*
- *¿Cuál es el problema? No creo que a tu marido le importe, y sé que tú también te mueres de ganas, piensa en todo lo que hemos pasado juntos.*
- *Pero pienso en ello todo el tiempo.*
- *¿Eso te excita?*
- *Por supuesto que me emociona, constantemente.*
- *Así que vuelve a ser mi sumisa, vuelve a ser mi cosa.*
- *No lo sé",* responde Chloé, confusa.

Ésta se levantó y se dirigió a la cocina para tomarse un respiro, insegura de cómo reaccionar. Acababa de iniciar el proceso de desintoxicación de Pauline, y ahora se encontraba de nuevo en el infernal pero terriblemente excitante remolino. Tras un momento de reflexión, la joven se dice que, después de todo, podría disfrutarlo una sola vez, por los viejos tiempos. Después de lo que Stéphane le había hecho, no podía echárselo en cara, no tenía derecho. Chloé decide volver al salón para responder a la propuesta de Pauline, quiere ser firme, quiere disfrutar de la velada con su amiga, como en los viejos tiempos y dejar las cosas claras con su marido, pero luego se acabará.

Una vez en el salón, Chloé se acerca peligrosamente a Pauline:

- *Escucha, aceptaré ser tu sumisa por una noche, por los viejos tiempos y porque los dos nos morimos de ganas, pero prefiero advertirte que será la única vez y, sobre todo, la última. Después, cada uno por su lado, a seguir con su vida y punto.*

A Pauline le cuesta aceptarlo de entrada; no está segura de querer poner un límite a Chloé, pero sabe que probablemente sea lo mejor para ella y su matrimonio, ya que las cosas podrían descontrolarse demasiado rápido, si es que no lo han hecho ya. La joven asiente. Es más, piensa que con la noche que piensa darle a Chloé, tal vez la joven cambie de opinión, ¿quién sabe?

Pauline se levanta para mirar a Chloé:

- *Así que está acordado, ¿eres lo mío por esta noche?*
- *Sí, haz lo que quieras conmigo.*
- *Echaba tanto de menos oírte decir esas palabras, mi pequeña sumisa.*

Pauline agarró a su amiga por el cuello y la llevó a un dormitorio. Siempre ha sido sensual, pero al mismo tiempo un poco violenta, y eso es lo que más excita a Chloé. Pauline no es sólo una amante violenta y agresiva, también sabe ser dulce, y es esa dualidad la que le encanta a Chloé. Ahora se da cuenta de lo mucho que había echado de menos a Pauline, de lo mucho que necesitaba encontrarla y volver a ser su cosita, pero tardó mucho en darse cuenta. Por mucho que intentara ahuyentar sus fantasías y deseos, tuvo que enfrentarse a la realidad: quería que Pauline se sometiera a ella, con matrimonio o sin él, con Stéphane o sin él.

Pauline pide a Chloé que se arrodille. La joven accede. Pauline da vueltas alrededor de Chloé y la mira con desprecio. De vez en cuando, le acaricia la cara como un perro, y Chloé siente que la tensión empieza a aumentar.

Pauline también le acarició el pelo, mientras Chloé permanecía inmóvil, esperando lo que iba a suceder.

Entonces Pauline le pide a Chloé que se levante:

- *Quítate la ropa ahora.*

Dice Chloé:

- *Bueno, vuelve a arrodillarte.*

De rodillas, Chloé espera pacientemente, completamente desnuda, a saber qué va a hacer a continuación. Pauline siempre ha tenido la costumbre de ir paso a paso con ella, dejando que la excitación vaya creciendo poco a poco antes de apoderarse por completo de la habitación.

Entonces, la joven se acerca a Chloé y se quita el vestido para encontrarse en ropa interior delante de su sumisa. Chloé admira los pechos de su amiga, tan cerca de ella. Entonces Pauline apoya sus pechos contra la cara de Chloé y ésta empieza a besarlos, lamerlos y chuparlos, mientras Pauline la felicita:

- *Bien, continúa.*

Al cabo de unos segundos, Pauline intuye que Chloé está dispuesta a ponerle picante a la cosa. La joven se apoya en una cómoda, agarra del pelo a su joven sumisa y le acerca la cara a su entrepierna:

- *Ahora cómeme.*

Chloé accedió y se deleitó buscando el coño de Pauline, que tanto había echado de menos. Pauline casi había olvidado lo bien que se sentía al ser lamida por Chloé. Casi podría correrse aquí y ahora, la joven lo está haciendo tan bien. Le tira del pelo, la insulta y luego la anima a ir cada vez más rápido. Chloé se ha olvidado por completo de su marido, nunca ha estado tan cachonda, quiere lamer a su amiga toda la noche, hacerle tener un orgasmo tras otro.

Pauline se contonea cada vez más rápido, sus gritos son cada vez más agudos y no se detienen, Chloé está casi en posición de fuerza a pesar de su sumisión, no se detiene y Pauline siente que sólo le quedan unos segundos para explotar, pero decide ordenar a Chloé que se detenga, para no parar todavía su pequeña fiesta.

Ahora Pauline decide darse la vuelta y ordenar a Chloé que le bese el culo:

- *Quiero que lubriques todos los agujeros.*

Chloé agarra el culo de su amiga y le abre las nalgas para iniciar un annulingus, tímido al principio pero cada vez más asertivo a medida que pasan los segundos. Escupe sobre el ano de su amiga y lo lame, mientras masturba su clítoris. Una vez más, a Pauline le encanta lo que le hace Chloé, su complicidad sexual no ha cambiado, incluso ha aumentado a pesar de todos estos años sin hacer nada juntas.

Una vez más, Pauline grita cada vez más fuerte, le resulta cada vez más difícil contenerse. Estaba segura de poder hacerlo, de poder seguir encima de su amiga sin correrse tan rápido, pero no puede contenerse más, grita de placer mientras ordena a su amiga que no pare. Finalmente, Pauline tiene un orgasmo explosivo, pero su excitación no se ve empañada, ahora quiere dar placer a su sumisa.

Ordena a Chloé que se tumbe de espaldas en la cama. Pauline se coloca un consolador con cinturón y se coloca entre las piernas de su amiga. Tras escupir sobre su sexo para lubricar la zona, Pauline penetra a Chloé, primero suavemente y luego con creciente velocidad. Chloé jadea, no puede contener toda su excitación, ve la cara de Pauline, concentrada y severa pero suave, está más excitada que nunca. Sus ojos suplican a su amiga que no pare:

- *Fóllame más fuerte, te lo ruego.*
- *Ruégame otra vez.*
- *Por favor, fóllame más fuerte, es tan bueno.*

Pauline se folla a Chloé con todas sus fuerzas, besándola y pellizcándole los pezones, queriendo

estimularla por todas partes. Quiere que Chloé nunca olvide esta noche y que nunca más pueda prescindir de ella, sabe que no es una buena idea y que es un juego peligroso, pero no podría importarle menos, no quiere perder a Chloé, no puede permitírselo.

Ahora ordena a Chloe que se baje de la cama, se ponga de rodillas y chupe el consolador con cinturón que aún rodea a Pauline. La joven lo hace durante unos segundos, y no hay nada que le resulte más humillante que chupar una polla imaginaria colocada alrededor de su amiga, lo que le resulta muy excitante.

A continuación, Pauline se quitó el cinturón del consolador y pidió a Chloé que volviera a la cama. Pauline se colocó boca arriba, medio sentada y medio tumbada, y le pidió a Chloé que se colocara entre sus piernas, en la misma posición:

- *Quiero follarte de verdad y correrme al mismo tiempo.*

Chloé se hace una tijera y las dos mujeres empiezan a contonearse. Ambos sexos están más mojados que nunca y poco a poco los movimientos se hacen más rápidos. Pauline mira a los ojos a Chloé, que sigue teniendo esa mirada suplicante de perrito que tanto la excita. Las dos jóvenes emiten al principio tímidos gemidos, luego cada vez más francos, sobre todo Chloé, que no tarda en gritar de placer, pidiendo a su ama que la folle aún más fuerte.

Los gritos son cada vez más francos, los muslos de las dos mujeres tiemblan cada vez más:

- *¡Haz que me corra!* grita Pauline.

Chloé va aún más rápido, está sudorosa y agotada, pero lo hace, quiere a toda costa que su ama se sienta orgullosa de ella, como entonces, quiere demostrarle que nada ha cambiado, sobre todo no quiere decepcionarla. Unos segundos después, las dos mujeres aullaban de placer al mismo tiempo, sin dejar de mirarse a los ojos.

Mientras Chloé piensa que la fiesta ha terminado, Pauline no quiere que las cosas acaben tan bruscamente. Puede que ambas mujeres se hayan corrido, pero el apetito sexual de Pauline sigue

ahí. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de Chloé que no podía prescindir de la joven. Permanece tumbada boca arriba y le pide a Chloé que se acerque entre sus piernas y la lama de nuevo, ya echa de menos la lengua de la joven y quiere disfrutar un poco más, sobre todo si es la última vez.

Mientras Chloé lame a su amiga a toda velocidad, Pauline la agarra del pelo, ordenándole que vaya cada vez más rápido. Chloé obedece en todo momento, sin desobedecer ni una sola orden.

Sin embargo, mientras devoraba a su amiga, le pareció oír ruidos procedentes de la planta baja. Al principio, la joven no prestó demasiada atención, pero a medida que pasaban los minutos, tuvo la impresión de que los ruidos se acercaban. Por su parte, Pauline sigue haciendo de las suyas y parece no sospechar nada. Gime con fuerza y no presta atención a su entorno.

Chloé intenta hacer lo mismo, pero intuye que algo no va bien. Tal vez un vecino se ha molestado por el ruido y ha venido a pedir a las jóvenes que bajen el volumen. O tal vez sea la policía, o peor aún, unos ladrones. Chloé empieza a darse prisa, sin querer dejar de lamer a su amiga pero también queriendo saber de dónde viene el extraño ruido.

Justo cuando estaba dándolo todo para que su ama se corriera por tercera vez, la puerta del dormitorio se abrió de repente. Las dos jóvenes gritan y jadean asustadas, encogiéndose la una contra la otra. Se enciende la luz y Chloé se sobresalta: es Stéphane:

- *¿Qué está pasando aquí?*
- *¿Stéphane? Vamos, te acabas de ir, no entiendo.*
- *Mi avión se ha retrasado, así que me voy mañana después de todo. Quería darte una sorpresa, pero veo que ya estás en buena compañía.*

Stéphane quiere explotar pero, por otro lado, no puede decir nada y lo sabe, intenta mantener la cabeza alta pero le cuesta ocultar su rabia:

- *Así que es eso, ¿me das la espalda y luego haces lo mismo? ¿Y con la misma persona también?*

- *Yo... Stéphane, lo siento, vino a tomar una copa, estábamos borrachos, pensé que aclararía las cosas, no te enfades, lo siento.*

Por supuesto, Chloé miente, no estaba borracha y Pauline tampoco, pero piensa que así la píldora será más fácil de tragar.

Stéphane no sabe qué decirle a su mujer, consigue comprenderla, pero, al igual que ella, se dice a sí mismo que si lo acepta, empezarán los problemas. No pueden cometer errores, perdonarse y luego volver a hacerlo, las cosas se ponen malsanas entre ellos y eso no le gusta nada. Tiene la impresión de que sólo una persona es responsable de todo esto:

Tú", dijo, señalando a Pauline.

Pauline no contestó y se limitó a mirarle, impasible:

Ή *Fuera de nuestra casa, ya nos has causado bastantes problemas, espero que lo hayas pasado bien aquí, esa fue la última vez, sal de nuestras vidas ahora. No quiero volver a verte por aquí.*

Pauline comprende el enfado de Stéphane, aunque espera poder hablar con él y arreglar las cosas, puede entender que acabe de enfadar a un matrimonio, pero no se ve viviendo sin Chloé, ni siquiera sin Stéphane. Verle enfadado la excita más que ninguna otra cosa, no sabe cómo explicarlo, pero siente que no puede vivir sin esta pareja, quiere poder disfrutar de ellos durante mucho tiempo.

Chloé ve alejarse a Pauline sin retenerla y sin despedirse siquiera. Al fin y al cabo, su marido no se equivoca, Pauline le ha fastidiado la vida desde hace tiempo, así que quizá ha llegado el momento de aceptar que su tiempo juntos ha llegado a su fin. Ella también ha sabido aprovecharse de Pauline, y ahora quizá sea el momento de pasar página definitivamente. En cualquier caso, la joven espera dejar de pensar constantemente en Pauline y de fantasear con ella. Ha puesto fin a su historia, acostándose con ella por última vez para recordar los buenos tiempos. Ahora le gustaría concentrarse en su relación y en sus planes, si no quiere perderlo todo.

Al llegar a casa, Pauline duda. Está segura de haber visto algo de excitación en los ojos de Stéphane, pero ¿cómo puede convencer a Chloé de que es así sin parecer una lunática? Le gustaría poder ver a Chloé y hablar con ella. Se pregunta si mañana no le hará una visita, sólo para charlar, pero teme que Chloé le niegue rotundamente el acceso a su vida; teme que ahora la hayan dejado completamente fuera.

Por su parte, Chloé y Stéphane no se dirigieron la palabra en toda la noche. A la mañana siguiente, Stéphane se marchó a coger el avión sin despedirse siquiera de su mujer. Aún necesitaba un poco de tiempo para digerir todo aquello, y estaba bastante contento de tener un viaje de negocios para alejarse de todo lo que acababa de ocurrir.

Hoy, Chloé vuelve a estar sola en casa, pero no tiene el mismo estado de ánimo que el día anterior. Echa de menos a su marido y le hubiera gustado tener una conversación profunda con él. No sabe lo que piensa, ni lo que piensa hacer, ni siquiera si volverá a casa. Se pasa la mayor parte del día de un lado a otro del salón, perdida. Se siente culpable por haber cedido a sus bajos instintos y, por extraño que parezca, sigue pensando en Pauline con la misma intensidad. Ahora le gustaría volver a hacerlo, volver a verla y revivir todo lo que vivió la noche anterior. ¿Cuándo será capaz por fin de poner fin a ese pasado que la persigue sin cesar?

VOLUMEN 3

Hace ya dos días que Stéphane se fue de viaje de negocios y Chloé no tiene noticias suyas, cosa que comprende. Tampoco tiene noticias de Pauline, a la que echa mucho de menos. La joven se siente más sola que nunca y se pregunta si no debería enviar un mensaje a Pauline para que se vean, aunque sólo sea una última vez, para aclarar las cosas y hablar. Rápidamente se da cuenta de que es una mala idea y decide que es mejor no volver a ponerse en contacto con ella. Al fin y al cabo, ella tampoco lo ha hecho, así que por algo será. Sabe que Stéphane no está aquí y, sin embargo, no ha vuelto, así que probablemente ella también necesite pasar página. Al

menos, eso es lo que piensa Chloé.

A la joven también le gustaría ponerse en contacto con su marido para darle noticias, pero cree que necesita respirar un poco y lo respeta. De momento, intenta pasar el tiempo lo mejor que puede. Ve películas y series de televisión, dibuja, escucha música e intenta olvidar lo mejor que puede a las dos personas que la persiguen día y noche.

Después de lo que había pasado con Pauline, pensó que por fin sería capaz de olvidarle, de poner punto final a su relación, pero le resulta demasiado difícil. Lo que vivió con Pauline fue demasiado intenso, y le gustaría poder hacer el amor con ella una y otra vez, antes de que su marido vuelva a casa. Sabe que lo que siente está mal, que no debería volver a engañar a su marido, pero no puede evitarlo.

Habían dejado las cosas claras y ahora todo debería ir bien, pero Chloé no puede aceptar la ausencia de Pauline en su vida. Los recuerdos de su pasión no dejan de asaltarla, y por las noches sueña con Pauline. Cuando se despierta por la mañana, sus sábanas y su entrepierna están empapadas y sueña que Pauline se la folla, la lame y la besa.

¿Pero cómo iba a hablar de ello con Stéphane? ¿Cómo podría comprender que su esposa deseaba a otra mujer por encima de todo? Sabe que su relación era ambigua, que Pauline tenía sus propios demonios a los que enfrentarse y que corre el riesgo de volver a quemarse acercándose a ella. Sabe que la idea de volver a ponerse en contacto con ella es la peor que podría tener, pero quiere intentarlo, quiere saber qué piensa Pauline, necesita hablar con ella.

Chloé se siente sola, atrapada en su propia confusión. Desearía poder gritar su deseo por Pauline, pero sabe que eso la destruiría a ella y, lo que es peor, a su matrimonio. Nunca en su vida se ha planteado el divorcio. Para ella, el matrimonio es sagrado, no se ve divorciándose de Stéphane, no podría sobrevivir. Sin embargo, tampoco se ve viviendo sin Pauline, ¿qué puede hacer? Esta vez, la joven no lo duda y envía un mensaje a Pauline pidiéndole que vaya a cenar a su casa esta noche.

Pauline no ha respondido al mensaje de Chloé, pero tiene previsto ir a su casa. Ella también necesita charlar con la joven, y tampoco puede dejar de pensar en ella.

Por supuesto, Pauline se ha puesto guapa y sexy, porque siempre espera poder disfrutar un poco de su sumisa. Por su parte, Chloé hizo lo propio, tirando de ingenio. Vestida con un ajustado y

corto vestido negro y tacones altos del mismo color, la joven estaba decidida a expresar todo lo que sentía y todo lo que tenía que decir a la mujer que había rondado sus sueños durante años.

Eran las 21.12 cuando por fin llegó Pauline. La joven estaba un poco nerviosa pero muy contenta de volver a ver a su amiga, y las dos mujeres se abrazaron instintivamente. Chloé invita a su amiga a sentarse con ella a la mesa. Una vez más, Chloé había preparado una deliciosa comida para que se les fuera la lengua.

Chloé toma rápidamente la delantera:

- *Te he pedido que vengas esta noche porque tenemos que aclarar las cosas de una vez por todas.*

El corazón de Pauline late con fuerza, tiene un miedo terrible a que su amiga le pida que abandone su vida para siempre:

- *Quieres que desaparezca, ¿verdad?* pregunta Pauline, con los ojos llorosos.
- *En absoluto",* responde Chloé.

Sabe que una vez que haya dicho todo lo que tiene que decir, todo estará en manos de Pauline y las cosas podrían cambiar para siempre en su relación. Pero ha llegado el momento de sincerarse y decir lo que piensa:

- *Cuando te volví a ver, no pensé que reviviría tantas cosas en mí, te he echado enormemente de menos, y nuestros juegos sexuales también, me lo estoy pasando genial contigo, la noche que pasamos juntos fue memorable y me trajo todos nuestros buenos recuerdos, no puedo estar sin ti.*
- *Eso es encantador, pero ¿qué pasa con Stéphane?*
- *Precisamente, yo tampoco quiero separarme de Stéphane.*
- *¿Y qué hacemos?*
- *Permaneceremos juntos.*

- *¿Qué quiere decir con eso?*
- *No entiendo por qué debería separarme de ti, o de él, me encanta pasar tiempo con los dos, no puedo prescindir del sexo contigo, y él también ha disfrutado mucho de su tiempo contigo, deberíamos poder pasar tiempo juntos los tres.*
- *¿Crees que estaría de acuerdo?*
- *Merece la pena intentarlo, quiero probarlo, así es como veo mi felicidad en este momento.*
- *Puedo entenderlo.*

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Pauline. La joven no se había esperado semejante giro de los acontecimientos, estaba más que encantada, no querría que Chloé cambiara de opinión por nada del mundo. La joven no tardó en querer recordarle a Chloé por qué estaba tan interesada en mantenerla en su vida. Se levanta de la mesa y se acerca suavemente a la joven. Chloé también se levanta. Las dos mujeres están frente a frente y la tensión sexual se palpa directamente en ambos cuerpos. Pauline se apodera de Chloé y comienza a besarla lánguidamente. Chloé cede a las caricias de Pauline, sintiendo que su deseo crece cada vez más. Las dos mujeres se miran fijamente e intercambian otro tórrido beso. Sus lenguas se entremezclan y sus manos comienzan a explorar las curvas del cuerpo de la otra, provocando escalofríos de placer. Poco a poco, Pauline le quita el vestido a Chloé y viceversa. Pronto, las jóvenes están completamente desnudas y continúan besándose con fervor.

Los cuerpos de las dos mujeres se rozan y sus manos exploran cada rincón. Suspiros de placer se mezclan con gemidos de deseo. Están embriagadas por la pasión que las consume a ambas. Pauline desliza la mano entre los muslos de Chloé, que arquea la espalda de placer. Continúa acariciándola suavemente, saboreando cada reacción de su joven sumisa. Chloé responde a cada uno de sus movimientos, ofreciéndole su cuerpo con ardor.

Entonces Pauline agarra a Chloé de la mano, la lleva a un dormitorio y la tira sobre la cama. La joven es siempre violenta con su sumisa, para demostrarle quién manda. Chloé está muy excitada por este comportamiento y pretende ofrecerse por completo a Pauline.

Pauline tumba suavemente a su joven sumisa en la cama y se coloca entre sus piernas. Lentamente, comienza a lamer a la joven, explorando cada rincón de su vulva con su hábil

lengua. Chloé gime de placer y hunde los dedos en las sábanas, dejándose guiar por Pauline hacia el orgasmo. Justo cuando está a punto de explotar, Pauline se detiene de repente y viene a sentarse sobre la cara de Chloé, empezando a sentarse a horcajadas sobre ella:

Haz que me corra", ordenó secamente.

Este giro de los acontecimientos excita a la joven, que agarra a su ama por las nalgas y empieza a lamerla por todas partes. Pauline se contonea sobre la cara de Chloé, ignorando por completo que a veces la joven casi se ahoga. La cabalga cada vez más deprisa y Chloé da todo lo que tiene para dar a Pauline el mayor placer posible. La joven no tarda en estallar de placer y correrse estrepitosamente.

Chloé pensaba que se había acabado, pero Pauline no tenía intención de dejarla así. Vuelve entre sus piernas y durante unos minutos utiliza sus dedos y su lengua para llevar al séptimo cielo a la joven, que también grita de placer. Una vez más, Chloé se agarra a las sábanas y grita con todas sus fuerzas, dejando salir toda su frustración. Se siente bien y liberada, segura de que la presencia de Pauline en su vida le es necesaria.

Después de esta pequeña aventura, las dos mujeres se visten y Pauline decide que es hora de irse a casa, pero antes de irse quiere volver a hablar con Chloé sobre su proposición:

- *¿Sigue en pie lo que me dijiste? ¿Vas a hablar de ello con Stéphane? ¿O sólo has estado hablando por excitación?*
- *Sigue en el orden del día, Stéphane vuelve mañana y tengo intención de hablar con él sobre el tema.*
- *¿Vas a contarle lo de esta noche también?*
- *No sé, improvisaré, pero pronto tendrás noticias mías, así que no te preocupes.*
- *OK, muchas gracias.*

Las dos mujeres se saludan y Chloé corre al cuarto de baño para darse una ducha caliente. La necesita para pensar un rato. Acaba de engañar a su marido por segunda vez, y no está segura de que él lo acepte esta vez, así que no sabe si decírselo o no. De lo que está segura es de que debe

contarle su relación con Pauline a toda costa, y decirle que no quiere perderla, cueste lo que cueste. O no se lo cuenta y es infeliz, o se arriesga a decirle lo que siente y se lleva una agradable sorpresa. En cualquier caso, lo mejor que puede hacer es hablarlo con él. Tal vez eso rompa su matrimonio y Stéphane quiera divorciarse, y ella no puede culparle por ello, pero al menos las cosas estarán claras y dichas, y Chloé sabrá a qué atenerse.

Ha llegado el momento de que Chloé se enfrente a su marido y le cuente toda la verdad sobre Pauline. Acaba de regresar y la joven siente que está mucho más abierto que cuando se fue. Está radiante y sonriente, y parece feliz de volver a ver a su mujer, como si lo hubiera olvidado todo. Chloé casi siente que él está en la misma negación que ella hace poco. No sabe cómo interpretar su reacción, pero no quiere echarse atrás. Al contrario, quiere aprovechar esa cara radiante para decir todo lo que piensa.

Recién llegada a casa, Chloé invita a su marido a tomar una copa en el salón. Tras poner en orden sus asuntos, él acepta encantado acompañar a su mujer con una copa de vino.

Una vez instalados, los dos tortolitos se miran a los ojos. Chloé está nerviosa y temblorosa; no sabe cómo abordar el tema con su marido, que parece todo oídos.

Por su parte, Stéphane se muestra impasible, con una amplia sonrisa, pero sabe que Chloé tiene algo que contarle, así que deja que ella tome la iniciativa.

Después de unos segundos, Chloé finalmente hizo su movimiento:

- *Como sabes, algo pasó entre Pauline y yo recientemente.*
- *Sí. Escucha, he estado pensando en ello, yo hice lo mismo, creo que fue mi ego hablando, no debería haber reaccionado así. Yo te engañé, tú me engañaste, eso es todo.*

En ese momento, Chloé se da cuenta de que no va a hablar con Stéphane de lo ocurrido la víspera. Sin embargo, le gustaría seguir indagando:

- *¿Qué piensas de Pauline? Sinceramente.*

- *¿Es una trampa?* pregunta Stéphane, riendo.
- *No, en serio.*
- *Responde primero.*
- *Adoro a Pauline, la he echado de menos y ahora que está en mi vida me temo que no puedo vivir sin ella, no sabía cómo decírtelo. Mi amor por ti no ha cambiado, pero no puedo negar que Pauline tiene un gran efecto en mí.*

Stéphane no parece muy sorprendido:

- *¡Por fin!*
- *¿A qué te refieres?*
- *Por fin dices lo que piensas, lo que sientes. Por mi parte, yo también quería a Pauline, y dudé en preguntarte si te interesaría que se uniera a nuestras fiestas sexuales de vez en cuando.*
- *¿En serio?*
- *Por supuesto, pude ver la química entre tú y ella, y a mí también me gustó mucho. Si los tres somos felices así, ¿por qué privarnos?*

Chloé está encantada, no se lo puede creer, nunca pensó que Stéphane fuera tan sincero. Se lanza a sus brazos y le besa lánguida y apasionadamente. Se siente bien, porque hacía tiempo que no compartían un momento tan tórrido.

Ahora que se han dicho las cosas, Chloé se siente más ligera, tiene la sensación de que por fin va a poder ser ella misma, está desesperada por hablar de ello con Pauline, pero le gustaría volver a organizar una cena, esperando que esta vez todo salga bien.

Al cabo de unos días, Chloé decide por fin volver a ponerse en contacto con Pauline. Se ha dado un poco de tiempo para recuperarse de sus emociones, sobre todo por si Stéphane cambiaba de opinión, pero su marido sigue igual de entusiasmado con la idea de volver a ver a Pauline, y Chloé también. Al final, los celos que sentía hacia Pauline se desvanecen rápidamente, y ahora se muere por poder tirárselas a las dos al mismo tiempo. Le encanta el sexo con Pauline y le encanta el sexo con su marido, y ahora ha llegado el momento de enfrentarse a los dos al mismo tiempo y

tener una explosión de sensaciones. La joven tiene un poco de miedo de idealizar este momento y acabar decepcionada, pero hará todo lo posible para que eso no ocurra, quiere estar a la altura del desafío y poder disfrutar de sus dos compañeros durante un tiempo. Puede que esta aventura no dure mucho, puede que Pauline vuelva a marcharse, puede que Stéphane acabe aburriéndose, pero Chloé ya está pensando en las secuelas, o en lo que podría salir mal, por eso quiere que todo sea perfecto desde el primer momento, para no tener nada que lamentar.

La joven llama a su amiga, toda excitada:

- *Hola Pauline, soy Chloé.*
- *Hola, ¿estás bien?*
- *Muy bien, ¡tengo buenas noticias para ti!*
- *¡Dímelo!*
- *Estás invitado a cenar en nuestra casa mañana por la noche.*
- *¿En tu casa? ¿Así que Stéphane estará allí?*
- *Sí, sí.*
- *Y ha accedido a que vaya.*
- *¡Sí!*
- *Significa que...*

Chloé interrumpe a su amiga para responder por ella:

- *Sí, has acertado, eso significa que eres bienvenido en casa y que él está de acuerdo.*
- *No me lo puedo creer. Sin duda vendré mañana.*
- *¡Estupendo!*

Los dos amigos están encantados y Chloé está encantada de que las cosas le hayan salido tan bien. Ya había pensado que estaría haciendo el papeleo para un posible divorcio, pero ahora por fin está preparando la cena para sus dos amantes. Una vez más, está un poco ansiosa y espera que todo salga bien, pero no hay ninguna razón para que así sea. Piensa preparar una deliciosa comida para deleitar una vez más las papilas gustativas y espera que todos pasen una buena

velada.

Para la ocasión, Chloé lució un suntuoso maxi vestido de satén rosa pálido. Por su parte, Pauline lució un vestido extremadamente corto y ajustado y decidió no llevar ropa interior, por si las cosas iban más rápido de lo esperado.

Una vez fuera de la casa de la pareja, la joven duda un poco. La decisión que acaba de tomar va a poner su vida patas arriba durante un tiempo; se compromete a algo de lo que no saldrá necesariamente ilesa. Le asusta y le entusiasma al mismo tiempo; no se ve viviendo sin Chloé por el momento, ni tampoco sin Stéphane, al que echa mucho de menos.

Le abre la puerta y la invita a pasar y a sentarse en el comedor. Esta vez, Chloé no piensa dejarse vencer por los celos quedándose encerrada en la cocina; va a pasar la velada con su invitado, con la esperanza de que todo acabe bien, e incluso de una forma un tanto tórrida.

Una vez en la mesa, todo el mundo está muy callado. Chloé sabe de qué le gustaría hablar, pero no se atreve a hacerlo. Para su sorpresa, Stéphane asume este papel:

- *Entonces, si he entendido bien, ¿vas a formar parte del paisaje durante un tiempo, Pauline?* pregunta Stéphane con una sonrisa.
- *De eso también me he dado cuenta, creo que los tres podemos hacer grandes chispas, no me gustaría sentarme sobre eso.*

Chloé sonríe y asiente, encantada de que se lleven tan bien. Rápidamente, vuelve su complicidad, pero esta vez, Chloé se siente plenamente integrada, es el equilibrio con el que soñaba desde el principio, apenas puede creer que por fin las cosas vayan tan bien.

A medida que avanza la comida, las lenguas se sueltan, todos ríen, el alcohol se va acumulando poco a poco y Chloé empieza a ponerse cachonda. Por su parte, Stéphane mira a las dos mujeres que tiene para él solo y empieza a darse cuenta de lo afortunado que es. No se había dado cuenta de que su mujer le estaba haciendo un favor al permitirle follar con su amiga; muchos hombres soñarían con poder hacer lo mismo sin siquiera poder decírselo a su mujer o a su pareja. Al final,

Stéphane se siente el hombre más afortunado del mundo y no quiere dejar escapar su oportunidad.

Pauline también está cada vez más excitada, piensa en su reciente experiencia con Chloé y en su experiencia con Stéphane, y se pregunta si quiere ser más sumisa o más dominante en su próximo trío. Al final, se dice a sí misma que, de todas formas, están planeando varios tríos y que su papel puede cambiar o evolucionar sobre la marcha. No quiere decepcionarlos ni herir sus sentimientos, sólo pasar un buen rato con amigos de mente abierta.

Poco a poco, la tensión aumenta y sus cuerpos se acercan. Chloé se burla un poco de Pauline, le da ligeros golpecitos en el hombro y le hace chistes verdes. Por su parte, Stéphane las mira y empieza a sentir un bulto en los pantalones, que crece más allá de su control. En cuanto a Pauline, se excita cada vez más con el contacto físico entre ella y Chloé, que no duda en acariciarle furtivamente los muslos de vez en cuando. Las dos jóvenes se acercan poco a poco y, de repente, Chloé toma la iniciativa, agarra la cara de su amiga y empieza a besarla lánguidamente. Pauline no se lo esperaba, tan acostumbrada como está a tomar decisiones con Chloé, que suele ser una seguidora, frágil y sumisa. Sabe que Chloé es atrevida porque ha bebido, pero no sabía que eso la excitaría tanto.

Mientras Chloé besaba a su amiga, sin pensar siquiera en su marido, éste se quita lentamente los pantalones y la camiseta, acabando en calzoncillos, aún sentado en la mesa. Empieza a acariciarse el sexo a través de los bóxers, su erección más que nunca, no pensaba que le excitaría tanto ver a su mujer y a Pauline besándose, pero las dos mujeres son terriblemente excitantes. Chloé desnuda rápidamente a su amiga, sólo para darse cuenta de que no tiene ropa interior:

- *Sabías exactamente lo que iba a pasar, ¿verdad?* murmuró Chloé.
- *Sí, lo sabía.*

Chloé no tiene ningún control sobre lo que hace o dice; simplemente se deja llevar por sus deseos, y eso le sienta realmente bien. Por una vez, lleva las riendas, se siente más poderosa y excitante que nunca, y le gustaría seguir así. Desliza suavemente las manos por el pecho de Pauline y empieza a acariciarle los pezones. Luego los pellizca, primero suavemente, luego cada vez más fuerte, arrancando varios gemidos incontrolados de Pauline. Stéphane nunca había visto

a su mujer así, ni tampoco sumisa, pero no la creía capaz de tomar la iniciativa sexual hasta tal punto. Contempló la escena en silencio, esperando impaciente lo que ocurriría a continuación. Incapaz de controlarse ante tanta excitación, se desliza el bóxer por las piernas y comienza a masturbarse suavemente, ante los ojos de Chloé, que le observa mientras sigue acariciando los pechos de Pauline.

De repente, Chloé se detiene, se levanta y abandona la mesa para ir a la cocina. Sabe exactamente lo que hace, quiere frustrar a su marido y a Pauline, sabe que es ella quien tiene el control en este momento y no piensa darles lo que quieren de inmediato, tendrán que esperar un poco. Stéphane deja inmediatamente de masturbarse, aunque su mujer no se lo ha ordenado, sólo lo ha hecho mecánicamente. Por su parte, Pauline le mira, confusa y frustrada y, sobre todo, empapada hasta la entrepierna. Sólo esperaba que Chloé se ocupara de ella.

Pauline y Stéphane se miran, se mueren por comerse mutuamente, pero saben que no pueden, y Chloé tampoco. Han decidido hacer un trío para no dejar a nadie en la estacada, así que tienen que armarse de paciencia, y Chloé sabe que les está volviendo locos. Ella también está muy excitada y se muere por hacer todo tipo de cosas con ellos, pero quiere demostrar que también es capaz de mostrar un lado diferente de sí misma sexualmente. No es siempre la sumisa que dice "*sí"* a todo y que puede hacer cualquier cosa. Ella también puede hacer ciertas cosas, ella también puede frustrar, ella también puede dominar, y está segura de que ahora su marido y Pauline no tienen ninguna duda.

Cuando por fin hubo terminado su jueguecito, la joven volvió al salón con una gran sonrisa en la cara:

- *Sabes lo que haces, ¿verdad?* pregunta Stéphane.
- *Claro que sé lo que hago, puedo ser diferente cuando quiero.*
- *Ya lo vemos",* responde Pauline.
- *Y ahora, ¿por qué no vamos a echar un vistazo al dormitorio?* pregunta Chloé con una sonrisa.

Pauline y Stéphane se alegran de que las cosas vuelvan a su cauce y siguen a Chloé hasta un dormitorio de la casa. Las cosas vuelven a ponerse calientes. Pauline y Stéphane empiezan a

besarse delante de Chloé, que los observa atenta y excitada. La joven no puede creer que tenga el privilegio de tirarse a su ex novia y a su marido al mismo tiempo. Pauline y Stéphane se besan cada vez con más pasión y, poco a poco, se acercan a la cama, se acuestan juntos y se aprietan el uno contra el otro. Por su parte, Chloé, de pie, los observa mientras dirige suavemente una de sus manos a su entrepierna y comienza a acariciarse.

Finalmente, Stéphane hace señas a Chloé para que se una a ellos, y ella lo hace encantada. La joven se desliza al lado de Pauline y se aprieta contra ella. Pauline está ahora rodeada por la pareja. Por un lado, sigue besando a Stéphane, mientras que por el otro, su amiga la acaricia y le besa la nuca. Pauline sabía que la combinación de los dos haría las cosas aún más excitantes, y está feliz de poder ayudarles a expresarse sexualmente de verdad, ya que está segura de que ayudará a que su relación mejore en el futuro.

Entusiasmado, Stéphane se retira y viene a colocarse junto a la cama. Luego pide a las dos jóvenes que se unan a él de rodillas. Las dos obedecen y Chloé puede ver por fin a otra Pauline, una Pauline sumisa que obedece las órdenes que se le dan. Sea cual sea la postura que Pauline decida adoptar, siempre resulta endiabladamente excitante para Chloé.

Las dos jóvenes comienzan a practicarle sexo oral a Stéphane, que disfruta como un loco teniendo a dos mujeres para él solo. Las dos mujeres lo dan todo, jugando con sus lenguas, sus bocas, sus dedos y sus manos, haciendo todo lo posible para intensificar los gemidos bajos de Stéphane. Al cabo de unos minutos, el hombre tiene unas ganas locas de follar con una de las dos mujeres y elige a la suya, Chloé. Le pide que se ponga a cuatro patas sobre la cama, lo que la joven hace inmediatamente. Entonces la penetra y comienza a moverse rápidamente en su interior. Hacía mucho tiempo que Stéphane no la follaba así, y ella disfruta de cada embestida como si fuera la última. La joven no duda en hacerle saber que está disfrutando suplicándole que vaya cada vez más rápido dentro de ella, lo que él hace sin vacilar.

Por su parte, Pauline decidió participar también. Se acerca con las piernas abiertas justo debajo de la cara de Chloé, que comprende rápidamente lo que tiene que hacer. Se inclina y empieza a lamer el clítoris de su amiga. La joven aprecia realmente que los papeles cambien con tanta fluidez. En un momento tiene el control y al siguiente es controlada: es lo más excitante que ha experimentado nunca.

Pasan los minutos y Pauline siente que se acerca un orgasmo incontrolable. Le gustaría decirle a Chloé que pare, pero lo que siente es demasiado fuerte y quiere llegar hasta el final.

De repente, explotó, gritando el nombre de Chloé y moviendo la lengua aún más deprisa. La joven nunca había sentido un orgasmo semejante. Chloé está satisfecha de haber hecho correrse a su amiga, pero entre ella y Stéphane, la cosa aún no ha terminado. Stéphane sigue follándola con fervor y la joven intuye que no tardará en correrse ella también. Por su parte, Stéphane también está a punto de explotar. Hacía mucho tiempo que su química no era tan intensa. Poco a poco, la pareja se dirige hacia un orgasmo explosivo.

De repente, Chloé estalla gritando el nombre de su marido y su orgasmo desencadena instantáneamente el de él. Los dos tortolitos se corren al mismo tiempo en una explosión de placer ante los ojos de Pauline, que mira con satisfacción.

Chloé no puede creer lo que acaba de ocurrir, y Stéphane tampoco. Los dos, que pensaban que su relación se agotaría pronto y luego se esfumaría, asisten por fin a un renacimiento, a un segundo aire para ambos. Nunca podrán agradecer lo suficiente a Pauline que les haya permitido expresar fantasías que creían inconfesables.

Por su parte, la joven tiene intención de quedarse un tiempo y velar por el desarrollo de su relación a tres bandas. No quiere interferir en su matrimonio y espera de todo corazón no desarrollar sentimientos románticos hacia Chloé o Stéphane, o hacia ambos. Este juego es peligroso, no ha hecho más que empezar y sabe que lo sensato sería detenerlo de inmediato. Al fin y al cabo, este tipo de historias rara vez acaban bien. Las cosas suelen ir bien al principio, pero muy pronto los celos se apoderan de la situación, se dicen verdades y todo puede desmoronarse rápidamente. Pauline lo teme, pero por el momento también quiere disfrutar al máximo de la relación, y ya pensará en las consecuencias más adelante, o las afrontará cuando llegue el momento.

Una vez vestida, la joven se reúne con la pareja en el salón y los tres toman una copa, charlando como si nada hubiera pasado arriba. Chloé no muestra ningún signo de celos y está encantada de ver que Stéphane se lleva tan bien con su amiga y viceversa.

Después, la pareja saludó a Pauline, que se marchó con una sonrisa en la cara. Una vez en casa, la joven se dio una buena ducha y se tomó su tiempo para reflexionar sobre lo que acababa de pasar. Incluso después de reflexionar, sigue muy contenta por lo que acaba de pasar y está deseando que llegue la próxima fiesta, sólo espera que sea igual para la pareja, porque no puede saber lo que se dice a sus espaldas una vez que se ha ido. Puede que al final sea la única a la que la experiencia le haya parecido tan intensa, puede que a Stéphane y a Chloé no les haya gustado nada y no vuelvan a llamarla, ese es su mayor temor ahora mismo. Pero como no puede controlarlo, intenta no alterarse demasiado y se limita a esperar noticias de su amiga, buenas o malas.

Mientras tanto, Stéphane y Chloé se acomodan en el sofá para charlar sobre la agitada velada que acaban de pasar:

- *¡Nunca pensé que pasaríamos por todo esto juntos!* exclama Stéphane.
- *Tengo que admitir que a mí también me gustó mucho.*
- *Yo también, ¿cuándo volveremos a hacerlo?*
- *¿Qué tal la semana que viene?*
- *Nos encantaría.*

Chloé y Stéphane están tan unidos como siempre, quieren probar cosas y Chloé cree que por fin ha llegado el momento de contarle a Stéphane toda la verdad:

- *Bueno, tengo que decirte algo.*
- *Soy todo oídos.*

La joven siente que Stéphane es lo bastante abierto como para escuchar lo que tiene que decir:

- *En el liceo, Pauline y yo éramos pareja.*
- *Sí, lo sé.*
- *Pero eso no es todo.*
- *¿Qué quiere decir con eso?*

- *Yo era su sumiso y ella mi ama.*
- *¿Hablas en serio? ¡Dímelo a mí!*
- *De hecho... Sexualmente hablando, me dominaba, y me hacía conocer también a otras personas, a las que también tenía que someterme.*
- *Oh, nunca me dijiste eso.*
- *Tenía miedo de que me juzgaras o pensaras que era raro.*
- *Sinceramente, ¡me parece muy emocionante! Y después de lo que acabamos de hacer los tres, no estoy en posición de juzgarte.*
- *Es verdad.* responde Chloé riendo.

De repente, Stéphane empieza a pensar en lo que Chloé acaba de decirle:

- *¿Lo volvería a hacer?*
- *¿Devolver qué?*
- *¿Ser sometido a la gente otra vez?*
- *¿Te refieres a extraños?*
- *Por qué no, podría ser emocionante. ¿Pero no te importaría?*
- *Sinceramente, me parecería excitante verte sometida a otros hombres, ¿y por qué no a otras mujeres?*
- *¡Entonces nuestro trío se montaría una auténtica orgía!*
- *Sí, estoy bastante abierto a ello, tendríamos que hablarlo con Pauline, eso seguro, quiero su opinión también, pero en cualquier caso me gusta mucho la idea.*

A Chloé le excita la idea de revivir esta experiencia, que tanto la excitaba entonces. No era tan madura sexualmente como ahora, y está segura de que repetir la experiencia a su edad sería aún más excitante.

Sabe que ama a su marido, pero también sabe que, para que ese amor perdure, debe poder expresar libremente su sexualidad. Ahora sabe que lo mismo le ocurre a su marido, y no tenía ni idea de que tuvieran tanto en común.

Mientras termina de arreglar la casa, Chloé reflexiona sobre la velada: está satisfecha, pero le gustaría terminar con una nota alta, pasando un rato íntimo con su marido, sin Pauline. Para ella es importante que la pareja no olvide que está casada.

Una vez recogidos los demás platos, la joven invita a su marido a unirse a ella en el lecho conyugal. Él sabe exactamente lo que ella quiere, porque desea lo mismo, tomarla de nuevo, pero esta vez de la forma más suave posible. Quiere que puedan redescubrir plenamente la intimidad que les falta desde hace tiempo.

Tras largos y lánguidos besos y sensuales caricias, Stéphane penetra amorosamente a Chloé. En contadas ocasiones, los movimientos son rápidos pero suaves y ligeros. Chloé siente un gran placer y se corre rápidamente, al igual que Stéphane. Después, los dos tortolitos se dejan caer uno junto al otro y se besan con ternura. Chloé está encantada, y Stéphane también.

La joven sabe que mañana se pondrá en contacto con su amiga para hablar de todo esto, organizar una nueva cena y pedirle su opinión sobre un montón de temas, esperando que esté dispuesta, pero está segura de que lo estará.

Las cosas están a punto de ponerse serias para el trío.

ble follada

"¿Estuvo bien?"

Tessa mira fijamente a Jared, uno de sus dos mejores amigos, con quien vive como compañero de piso. El joven está desplomado en el sofá bebiendo un vaso de agua .

"Sí, estuvo bien...", responde, con una sonrisa enigmática.
Una sonrisa tan adorable como irritante...

Como casi todos los domingos por la mañana, el joven acaba de despedirse de su conquista nocturna.
La que acaba de dejar esta mañana se llama Cassie. Jared la trae aquí regularmente desde hace tres meses.
Por lo poco que ha podido hablar con ella, Tessa la encuentra simpática... y al mismo tiempo molesta.
Jared pasa mucho tiempo con ella. Demasiado para su gusto.
¿Cuántas tardes con compañeros de piso se han arruinado por su culpa? Siempre lo mismo.
Apenas se habían sentado a ver su película, el móvil de Jared zumbó. Era ella...
Y luego está Oliver, su otro compañero de piso, ¡que está interesado en esta chica! ¡Él también piensa que es *muy guapa*! No lo oculta. De todos modos, lo tendría difícil: cada vez que ella está aquí, él la mira con ojos brillantes de envidia... eso hasta que ella sigue a Jared hasta su habitación.
Esto molesta a Tessa.
Aunque le cuesta admitirlo, tiene que enfrentarse a los hechos: está celosa.

Es la primera sorprendida por esta emoción, que crece en su interior un poco más cada día.
Nunca pensó que se sentiría así. Jared y Oliver son sus dos mejores amigos. Nunca sintió celos cuando uno de ellos tenía una relación o salía con alguien. Para ella, todo estaba claro: su relación carecía de deseo.
Las cosas empezaron a cambiar cuando se fueron a vivir juntos.
Jared y Oliver empezaron a traer chicas guapas al piso después de las cenas y las salidas a discotecas.

Hasta entonces, la vida sexual de sus amigos había sido un concepto abstracto. Pero al

enfrentarse a ellos, empezó a verlos como lo que son: dos hombres jóvenes, capaces de desear y ser deseados.
Al principio, se tapaba los oídos para no oír los gemidos de placer que salían de sus respectivas habitaciones.
Poco a poco, empezó a estar atenta a esos molestos sonidos, ¡incluso a esperarlos!
Cada vez se emociona un poco más. Su imaginación la lleva a tierras hasta ahora inexploradas.
Cuando escucha el gemido excitado de uno de ellos, que pasa la noche en buena compañía, no puede evitar fantasear con lo que está ocurriendo a pocos metros de distancia. ¿Está completamente desnudo o aún lleva ropa? ¿Qué posturas están adoptando? Se lo imagina desnudo. Ya sea Jared u Oliver, imagina la suavidad de su piel, el calor de su cuerpo, el tamaño de su sexo, su olor, su sabor...
Mientras se imagina en el lugar de la chica, se masturba bajo las sábanas. A veces sólo intenta apagar el fuego que crece en su entrepierna y le impide conciliar el sueño. Lo resuelve con unos hábiles movimientos de los dedos.
Otras veces, está tan excitada que decide tomarse un verdadero momento para sí misma.
Coge sus juguetes sexuales y el lubricante de la mesilla de noche. Enciende su vela preferida, la que huele a jazmín y vainilla. Cierra completamente las persianas.
A la suave luz de la lámpara de la mesilla, se suelta el pelo, se quita la camiseta del pijama y luego los calzoncillos. A la escucha del menor ruido procedente de las habitaciones de sus amigas, se acaricia los muslos, el vientre y el pecho. Imagina sentir las manos de Oliver deslizándose por su trasero y las de Jared por su pubis.
Se toma su tiempo para fantasear lo imposible.
Ambos la tocan al mismo tiempo. Comparten su cuerpo excitado.
Sus bocas se posan, una tras otra, en sus labios ansiosos. Su cuello se cubre de besos.
Los besos de Oliver son tiernos y sensuales, los de Jared apasionados y salvajes.
Cada uno se ocupa de un pecho, masajeándolo, besándolo, chupándolo.
Le respiran en el vientre. Sus lenguas rozan su vulva, se deslizan por ella, la exploran a fondo.
Coge sus juguetes sexuales lubricados y los aprieta contra su intimidad. Se embriaga con sus vibraciones. Cuando ya no puede más, los juguetes la penetran. Imagina que los sujeta. La penetran por turnos. Primero Jared, luego Oliver. A veces al revés.
Sus fantasías se vuelven locas. La toman en todas las posiciones, en todas las situaciones. Los tabúes ya no existen. Un sueño hecho realidad.
Mientras se corría, se permitió un gemido ahogado. Después de todo, no había razón para que ella no disfrutara también...
Al día siguiente, se sintió un poco avergonzada. Sentía como si todos sus movimientos la traicionaran, como si sus fantasías estuvieran escritas en su frente con letras mayúsculas.

Apenas se atrevía a levantar la vista de su café. Verlos navegar por el piso sin camiseta, aún sucios por sus hazañas de la noche, es sin embargo muy excitante.

Eso es lo que está pasando Tessa últimamente
. .
. Así que cada vez resulta más insoportable
ver cómo Cassie acapara algunos de los honores que tanto le gustaría recibir.
¿Por qué no la miran?
¿Por qué no pueden verla como algo más que su mejor amiga?
Jared está tecleando en su teléfono. Es ella otra vez... Tessa está bastante segura.
Se siente terriblemente celosa esta mañana.
Tal vez sea porque Jared parece aún más atractivo que de costumbre...
Lo único que quiere es subirse a su regazo y acurrucarse junto a él. Quiere besarle, dormir con él en ese sofá.
"¿Qué vas a hacer hoy?", pregunta Jared, mirando a Tessa con sus preciosos ojos.
"Creo que iré a ver a mi amiga Abby. Tenemos planes para salir.
- ¿Ya no sales con Ethan?".

Tessa se encoge de hombros. Ethan es un chico con el que ha estado saliendo regularmente los últimos meses. Cree que hemos terminado. Discutieron hace tres semanas. Se dijeron cosas horribles.
A Jared y Oliver les gustaba.
Incluso cuando los pensamientos de Tessa estaban en Ethan, le molestaba... ¡Desearía que hubieran estado celosos, por una vez!
Le hubiera gustado ver desconfianza en sus ojos la primera vez que llevó a Ethan al piso. Le hubiera gustado que se sintieran en competencia con él.
Ocurrió lo contrario. Lo encontraron simpático, divertido, interesante... Según ellos, Tessa *por fin* había conocido a alguien bueno. No paraban de decir lo felices que estaban por su amiga.
Ni una pizca de celos en sus ojos...

Tessa tiene la impresión de que no la ven como una mujer.
Ella es, y siempre será, su amiga.
La buena amiga.
"¿Por qué no os veis más? No me decís nada...", dice Jared con reproche.
A Tessa no le apetece hablar de ello.
Se sienta en el sofá junto a Jared.

Percibe el aroma masculino de su amigo.
Sin pensarlo, Tessa lo abraza.
Jared dio un respingo, un poco sorprendido por el repentino gesto, antes de rodearla con los brazos.
"No tienes que hablar de ello si no quieres. Sólo quería decirte que estoy aquí para ti".
Acurrucada contra él, Tessa sonrió.
Si él supiera lo poco que le importa Ethan en este momento.
Está embriagada por el calor de su cuerpo contra el suyo. Su corazón late cada vez más rápido. Lo desea de verdad. Quiere quitarse esa camiseta que le queda tan bien. La frustración le quema la entrepierna. No puede más. Va a tener que decírselo...
Sí, pero... está Oliver.
Intentar algo con Jared significa renunciar a intentar algo con Oliver.
¡Y viceversa!
Ojalá todo fuera tan sencillo como ella imaginaba.
A pesar de su excitación, la joven se recompuso. Se apartó suavemente de Jared.
Es mejor tomarse tiempo para pensar. Podría cometer un error si se precipita. Tenemos que pensar en la mejor estrategia. ¿Cuál le daría más posibilidades?
Jared la mira fijamente con sus ojos claros.
"¿Qué pasa?
- Nada... ¡Es que hoy estás muy mimoso!
- ¿A qué viene eso?
- Pues nada... Pero como no es tu costumbre, estoy pensando que no debes de encontrarte muy bien.
- Bueno, estoy bien. Tengo derecho a un poco de afecto, ¿no? ¿Es eso un crimen?
- Está bien... ¡Nunca dije eso!
- ¿No te gusta?
- No, me gusta".
Tessa le sonríe. De nuevo, se acerca a él y lo coge en brazos. Su cuerpo se relaja poco a poco. Sus brazos abrazan suavemente a Tessa.
Sonríe. Sólo unas horas antes, este cuerpo había estado en medio de un jugueteo sexual, y eso lo hacía aún más deseable.
¿Y si intentara algo? Lo desea demasiado... ¿Y si intentara besarle? ¿Qué pasaría?

"¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?"
Oliver, descamisado y aún somnoliento, acaba de irrumpir en la habitación.
Jared y Tessa se separan.

"Oh no, no hay ningún problema... ¡Es que la señorita está mimosa esta mañana!
- ¿Mimosa? Estamos hablando de la misma Tessa, ¿no?", rió Oliver.
"¡Sí, vamos a tener que poner una cruz en el calendario!
- Eres realmente estúpido ...
- ¡Oh, estoy bien! ¿Ya no se nos permite bromear? En cualquier caso, lo que he aprendido es que prefieres a uno de nosotros...", responde Oliver, con cara de falsa ofensa.
"Tonterías. ¿Estás celoso?
- Un poco".
Riendo, Tessa se levanta y se acerca a Oliver.
Se acerca a él, extiende los brazos y se deja abrazar.
Él también huele bien.
Un aroma propio.
Anoche, durmió solo. ¿Pero quién sabe lo que hizo, solo, en su habitación?
¿El mismo tipo de cosas que ella hacía?
A ella le gustaría aferrarse a él durante horas.
"Tengo que irme. Voy a darme una ducha", dijo, separándose de Oliver a regañadientes.
Deja la taza en el fregadero y se dirige al cuarto de baño.
¿Alguna vez se la han imaginado desnuda, en la ducha? Eso espera.
Bajo el chorro de agua caliente, Tessa reflexiona sobre la situación. Ha tomado una decisión. Va a actuar estratégicamente...

Es casi la una cuando Tessa vuelve de casa de Abby.
Entra en su habitación, deja sus cosas y se desnuda. Se pone sus pantalones cortos de noche, sin nada debajo, y su camiseta rosa de tirantes. Le gusta estar cómoda por la noche. Se dirige al salón.
Oliver y Jared ya están aquí. Han abierto una botella de vino. Hay tres copas en la mesita.
"¡Ah! ¡Te estábamos esperando! Hemos traído una botella, mira".
Tessa esbozó una fina sonrisa y se sentó sin decir palabra.
"Oh, Dios... ¿Qué está pasando?", pregunta Oliver mientras se acomoda a su lado.
Se encoge de hombros.
Jared coge la botella, llena un vaso y se lo da a su amigo.
"Bueno, dime, Tessa... ¿Qué pasa?
- No pasa nada.
- Ya basta.
- Nada, es sólo que... soy terrible. Estoy segura de que por eso se fue Ethan.

Creía que era por vuestra pelea... -dijo Jared, sentándose a la derecha de Tessa.
"Sí... Pero quizá sólo era una excusa. En el fondo, yo no le importaba...", dijo, con expresión dolida.
Ella bebe un sorbo de vino.

Jared y Oliver se miran, sorprendidos. Tessa suele ser muy segura de sí misma cuando se trata de relaciones.
"Pero... ¿cómo *apesta*?", pregunta Oliver.
"No sirvo para nada... No sé ser cariñoso. Me lo decías esta misma mañana, ¿verdad?
- Pero sólo estábamos bromeando. Además, tú sabes ser cariñosa con tus chicos.
- Sí, cuando Ethan estaba cerca, ¡siempre estabas abrazado a él! No había ningún problema".
Tessa suspiró.
"Sí, pero... me gustaría ser la chica que desata pasiones, emociones fuertes, con sólo besar a alguien en la mejilla. Y lo mismo con el sexo. Me gustaría ser *un* buen partido, una bomba inolvidable en la cama. En cambio, soy una basura.
- Pero de verdad, Tessa, no lo entiendo... Perdona, pero cuando oímos a tus hombres gemir de placer desde tu dormitorio, las noches que les invitas a casa...
Tessa reprimió una sonrisa. La imaginaban desnuda, en acción, en esos momentos?

"No, pero usted no entiende... ¡Tengo la impresión de que soy *mediocre,* de que soy demasiado banal en mi manera de hacer las cosas!
- ¡En absoluto!
- Pero, ¿qué sabe usted de eso?
- ¡Bueno, no me cabe duda de que no eres terrible! No lo entiendo, siempre has tenido confianza en esa área.
- Sí, bueno, este asunto con Ethan no te va a hacer cambiar de opinión, ¿verdad?".
Tessa se encoge de hombros.
"¿No quieres enseñarme?", pregunta ella.
"¿Enseñarte qué?
- A ser buena en la cama, a besar sensualmente...".
Jared y Oliver intercambiaron una mirada tan sorprendida como divertida.
Tessa pudo ver un nuevo brillo en sus ojos.
"Pero... tú ya sabes cómo hacerlo, creo. No nos necesitas...
- Después podemos enseñarte, eh... Pero es probable que esta noche termine de forma extraña..."
Ambos ríen como adolescentes.
Tessa quiere sonreír. Se da cuenta de que la expresión ligeramente burlona de sus rostros no es

más que una fachada para ocultar algo más... No dice nada y mantiene la calma, conservando una sonrisa misteriosa en los labios.

Esta noche está decidida a demostrarles que es una mujer. Una mujer de verdad.
Una mujer que sabe lo que quiere.
Su silencio parece molestarles aún más. Los observa. Su comportamiento y sus rostros sonrojados les delatan cada vez más. Una oleada de deseo se apodera de ella. Mira a cada uno de ellos por turno.
"Quiero mejorar y creo que tú puedes ayudarme. Cuando veo a las chicas que traes, me digo que saben cómo hacerlo. Así que tal vez puedas ayudarme... "
Jared la mira con cariño. Parece sorprendido de ver a Tessa tan poco segura de sí misma.
"Oh, ya sabes, las chicas que traemos no son todas muy... bueno...", responde Oliver, volviéndose hacia Jared.
"Sí, digamos que no todas saben necesariamente hacerlo bien... Siento que las estás poniendo en un pedestal", continúa Jared.
"Tal vez... Pero parece que tienen más talento que yo. Me gustaría que me enseñaras a besar correctamente. Eres el único al que puedo pedírselo..."
"No es... fácil de explicar, eso...
- Bueno, muéstrame. Está bien, sólo tú y yo..."
Ambos la miran fijamente, como fascinados. Tessa ve que les cuesta interpretar su actitud y que eso les excita. Quiere reírse de sus caras de interrogación. No saben qué hacer ante la ambigüedad de la situación.
Al final, fue Oliver quien decidió primero.
"Bueno, vamos", la retó.
Ya está. Tessa puede sentirlo totalmente receptivo.
Su corazón empieza a latir más rápido. De repente se siente un poco aprensiva por este giro de los acontecimientos.
Sin decirlo, se sienta tranquilamente y mira a Oliver.
Mientras la miraba a los ojos, se enderezó y le puso suavemente la mano en el brazo.
Sus cuerpos se inclinan el uno hacia el otro.
Los labios de Tessa se encuentran con los de Oliver.
El suave contacto la abruma de placer. Sentir la lengua de su amigo en su boca la excita enormemente.
Besa tan bien...
Con sutileza, su propia lengua responde a este beso de la forma más sensual posible. Quiere que él lo tome como un anticipo de lo que le espera. Quiere que él quiera más.

Cerró los ojos.
Ella también quiere callarlos. Quiere dejarse llevar.
Pero todavía no.
Lucha por mantenerlos abiertos y que no se note nada de sus problemas. Tiene que seguir actuando.
A medida que su beso se vuelve cada vez más sensual y ella arde de frustración, es ella quien lo termina.
Oliver abre los ojos. Ella le mira fijamente. Parece completamente confundido por lo que acaba de ocurrir.
Tarda unos segundos en recuperar la compostura.
"No creo que beses mal", dice .

Sus mejillas están sonrojadas. No puede apartar los ojos de ella.
Tessa siente que acaba de encender un poderoso fuego en su interior. Permanece estoica, luchando por no mostrar nada de su confusión.
"Bah, si... soy un mal besador, ¿no?"
Con aire ingenuo, se vuelve hacia Jared. El joven parece aturdido por lo que acaba de ocurrir ante sus ojos. Pero a juzgar por la expresión de su rostro, es una agradable sorpresa.
"¡No lo sé! Como no se me permite comprobarlo...", dijo, con cara de falsa ofensa.
Tessa sonríe. Lo que acaba de comprender la hace muy feliz... Jared puede hacerse el tonto, pero está un poco celoso de Oliver.
"Bah, pruébalo, ya verás".
Jared se rió incómodo.
"No, pero Tessa... No voy a..."
Mientras decía esto, sus manos subieron y agarraron suavemente la cara de su amigo.
Acerca su cara a la de él.
La boca de Jared se posa sobre la suya. Sus lenguas se encuentran.
Tessa se aplica. Su boca agarra suavemente el labio inferior de Jared, tirando ligeramente de él.
Jared cierra los ojos. Empieza a dejarse llevar por el placer.
Tessa termina su beso.
Jared mantiene los ojos cerrados un segundo y luego los vuelve a abrir. Su cara se ha puesto roja.
Su mirada vaga entre los ojos de Tessa y su boca.
"Ves...", dijo, sin perder su aire inocente.
"Lo que veo es que te subestimas.
El móvil de Jared empieza a vibrar. Tessa está dispuesta a apostar a que es Cassie otra vez.
"¿Hola?"

Es ella. Oye su voz crepitar en el teléfono.
"Sí... Sí... Espera..."
Jared se levanta y se dirige a su habitación.

Tessa y Oliver se miran.
En los ojos del joven brilla el mismo destello de antes.
"Cassie..
. - Sí, ciertamente..."
Se sonríen mutuamente.
"¿Estás bien?", pregunta.
"Estoy bien. ¿Cómo estás tú?
- Estoy bien".
Efectivamente, tiene muy buen aspecto.
Tessa quiere acurrucarse con él.
"¿Qué te pasa, Tessa?
- ¿Qué quieres decir, qué te pasa?
- Bueno... no sé, estás dudando de ti misma, estás cariñosa... ¿Seguro que estás bien?
- Sí, estoy bien.
- No pensé que las cosas fueran tan mal con Ethan. De todos modos, estoy aquí para ti.
- Sé que lo estás. Qué bien, gracias".

Ambos permanecen en silencio durante unos segundos. Oliver se inclina hacia la botella. Llena el vaso de Tessa, luego el de Jared y después el suyo.
"Además, deja de dudar. En términos de íntimas... capacidades, creo que Jared y yo somos los que necesitamos consejo.
- Lo dudo. De todas formas, ese beso me hace pensar lo contrario".

Oliver sonrió mientras la miraba.
"¿Te ha gustado?".
Tessa cogió su vaso y bebió un sorbo antes de contestar.
"No sé... Fue corto para hacerme una idea..."
Oliver rió por lo bajo.
"No me importa intentarlo de nuevo. Y si te hace olvidar a Ethan por un rato..."
Tessa deja su vaso. Oliver la sigue. Se acercan y vuelven a besarse.
Esta vez, ambos cierran los ojos. Su beso se vuelve cada vez más apasionado. Tessa pasa la mano por el pelo de Oliver. Él le sujeta la cara con las manos.

El deseo se dispara por ambas partes. Lo único que desean es precipitarse en un dormitorio y dejarse llevar.
Tessa pone la mano en el hombro de Oliver. Su mano se volvió cada vez más acariciadora. Poco a poco, se deslizó por la parte superior del torso del joven. Podía sentir cómo la respiración de Oliver se aceleraba. La excitación de Tessa iba en aumento. Sentir el calor y la firmeza de su torso contra la palma de su mano le produce sensaciones deliciosas.
Las manos de Oliver acarician sus mejillas, su nuca...
Dominados por el deseo, están a punto de tumbarse uno encima del otro.
En lugar de eso, se incorporan bruscamente al oír la voz de Jared.
"Cuando el gato no está, los ratones bailan.
Tessa y Oliver intercambiaron una mirada avergonzada. Ni siquiera le habían oído volver a la habitación.
"Me estaba mostrando algo.
- Sí, claro..."
Jared puso los ojos en blanco y sonrió. Tessa se dio cuenta por su voz de que estaba enfadado. Eso la hizo muy feliz.
Coge su vaso, llenado por Oliver, y empieza a beber.
"Ahora vuelvo", dice Oliver. Se dirige por el pasillo hacia los aseos.
Tessa se queda a solas con Jared, que parece enfurruñado.
"¿Qué le pasa a Oliver?", pregunta sin mirarla.
"Me estaba enseñando una técnica, eso es todo. Pero fue agradable. Al menos me había olvidado de Ethan por unos segundos".
Ella bebe.
"Vale", murmuró Jared.
"¿No tienes ninguna técnica que enseñarme? Me interesa esta noche".
Su dedo se posó en el muslo del joven y comenzó a acariciarlo inocentemente.
La respiración de Jared se acelera. Tessa observa su rostro.
Concentrado en sus sensaciones, parece luchar por no ceder a sus impulsos.
De repente, su cuerpo se inclina hacia ella.
Pone su boca contra la de Tessa y la besa salvajemente.
Tessa sintió que su excitación se disparaba. Su lengua se encontró con la de Jared, sus dientes, sus cálidas paredes. La lengua de Jared en su boca. Quiere sentirlo todo dentro de ella. Sus manos agarran la cabeza de su amiga. Su boca desciende y explora el hueco de su cuello.

Instintivamente, sus cuerpos se mueven. Tessa se encuentra tumbada encima de Jared. Sus manos acarician salvajemente su espalda, atrayendo su cuerpo contra el suyo.

"Te deseo..." le susurró furtivamente al oído.
"Yo también te quiero".
Las manos de Jared agarran a Tessa por la cintura y tiran de ella contra él. Contra su pubis, Tessa siente un bulto duro, terriblemente excitante. Se aprieta todo lo que puede contra su amigo para sentir su erección a través de la tela.
Un hormigueo se extendió por su bajo vientre. Se colocó para presionar su vulva contra el sexo endurecido de Jared. El joven suspira.
Los pasos de Oliver se oyen en el pasillo.
Tessa y Jared apenas tienen tiempo de enderezarse antes de que él ya esté en la habitación.
"Bueno... Tenías razón, Jared, cuando el gato no está, los ratones bailan".
Aunque está bromeando, hay un deje de reproche en su voz.
"¿Qué? Yo también le estoy dando clases. Tengo todo el derecho..."
Oliver se encoge de hombros. Se sienta junto a Tessa. La joven se encuentra de nuevo entre los dos hombres. Oliver, a su izquierda. Jared, a su derecha.
Tras un momento de silencio, sus dedos comienzan a rozar tímidamente los muslos del otro.
Ella juega inocentemente con las costuras de sus pantalones. Sus dedos suben. Lentamente, sus manos se posan en la parte superior de los muslos.
El tiempo parecía haberse detenido.
Discretamente, Tessa miró de lado a lado, a sus entrepiernas. Puede distinguir sus respectivas erecciones. Los desea.
Ambos comprendieron las intenciones de Tessa. Se dejaron llevar, como traspasadas por la situación.
Las manos de Tessa se vuelven cada vez más sensuales. Sus caricias se hacen cada vez más plenas, subiendo poco a poco... Pronto, llegan al borde de sus entrepiernas.
Tocar a dos hombres al mismo tiempo... Tessa está fascinada por lo que está a punto de hacer.
La respiración de todos se aceleró. Tessa se preguntó hasta dónde podría llegar.
Los siente cada vez más excitados.
Ella misma se da cuenta de lo fuerte que es su deseo. Sus calzoncillos, apretados contra su vulva desnuda, absorben la creciente humedad.
Ella duda, luego se atreve: sus manos suben de nuevo, hasta el nivel de sus excitadas intimidades.
A través de la tela, Tessa masajea sensualmente sus endurecidos sexos.
Oliver deja escapar un suspiro de placer.
Jared, con los ojos cerrados, permanece en silencio, concentrado en sus sensaciones.
A Tessa le parecen preciosas.

Las caricias se hacen cada vez más intensas.
La joven está terriblemente excitada al encontrarse en el centro de todo, en control de la situación.

Sus manos empiezan a desabrocharse los pantalones.
Las manos de Jared acudieron al rescate de su mano derecha. Tras un momento de vacilación, las de Oliver hicieron lo mismo.
Ambos se bajan los pantalones por encima de los muslos. Sus bóxers expuestos moldean sus penes erectos. El de Jared es gris. El de Oliver es blanco.
La imagen excita terriblemente a Tessa.
Mientras sus manos juegan con el agradable alivio, Oliver se inclina hacia ella. Aparta suavemente el pelo de Tessa. Sus labios se posan en su cuello.
"Eres una niña tan traviesa..." le susurró al oído.
Jared se acerca a ella. Le planta besos en las sienes, en las mejillas, en la barbilla, busca sus labios...
Tessa pone su boca sobre la de él. Se besan.
Creyó que moriría de placer al sentir aquellas dos bocas explorando su cuerpo.

La boca de Oliver bajó por su hombro hasta la parte delantera de su pecho.
Una mano se posa sobre sus pechos. No lleva nada debajo de la camiseta de tirantes. Sus pezones endurecidos sienten el calor y la firmeza de los dedos de Oliver.
Deja escapar un suspiro.
Sus manos se hunden en su pelo.
Al darse cuenta de lo que Oliver estaba haciendo, la mano de Jared se posó en su pecho derecho.

Ambos masajean su pecho, a través de la tela rosa de la camiseta de tirantes. Sus dedos presionan suavemente sus receptivas puntas.
Tessa gimió.
"¿Te gusta?" preguntó Jared.
"Me encanta... me excita tanto..."
Cerró los ojos y se entregó por completo a las caricias de aquellos dos hombres.
Rápidamente sus sensaciones se hicieron más intensas.
Las manos de Oliver y Jared bajaron por su escote y acariciaron sus pechos, ahora desnudos.
Ella gimió, ebria de placer.
El placer la abrumó rápidamente. No pudo evitar deslizar una mano hasta su intimidad, deseosa de caricias.

Al notar este gesto, la mano de Jared se posa en uno de sus muslos, acariciándolo.
La mano de Tessa presiona su húmeda entrepierna.
De repente, la boca de Oliver se posa en el pecho izquierdo de Tessa, lo besa y luego pasa al derecho..
. Sentir su lengua recorrer las curvas de su pecho la hace gemir.
La mano de Jared subió poco a poco hasta la entrepierna de la joven.
"¿Puedo?", murmuró.
"Oh, sí... ¡adelante!
- Me la has puesto dura, Tessa. Dime que estás cachonda...
- Estoy cachondo... estoy mojado".
Tessa aparta su propia mano de su vulva para dejar que se corra.
Sus manos libres se posan en sus entrepiernas, deslizándose bajo la suave tela de sus bóxers.
Encuentran sus excitados penes, sacándolos de sus jaulas de tela. Ambos dejan escapar un gemido.
Ella se siente poderosa. Tiene la sensación de sostener un cetro en cada mano.
El cetro de Oliver es un poco más largo que el de Jared. La bellota de Jared parece un poco más generosa.

Ambos son terriblemente tentadores. Ella se embriaga con su contacto. Los masturba al mismo ritmo.
La sensación de dar placer a dos hombres al mismo tiempo la embriaga. Sujetándolos así, tiene la sensación de dominarlos. Ella tiene el poder de satisfacerlos o de parar bruscamente.

Utilizando sus dos manos, Jared inicia una caricia mucho más sensual.
Se deslizan sobre la tela de sus calzoncillos, masajean su pubis y exploran los contornos de su vulva. Ella gime de nuevo cuando el pulgar de Jared acaricia suavemente su clítoris.
Siente que se convierte en líquido.
La mano de Oliver se posó en su muslo izquierdo y se movió hacia arriba.
Verlos así, cuidando de ella, le produce un placer increíble.
No puede creer que pueda sentir sus manos en su cuerpo y sus penes en sus manos al mismo tiempo.

La mano de Oliver se deslizó hasta la parte delantera de su pubis. Mientras su palma ejercía una suave presión,
los dedos de Jared estimulaban la parte posterior de su vulva.

"¿Te gusta?" murmuró Oliver.
"Sí... me encanta...
- ¿Estás excitado?" pregunta Jared.
"Muy excitado... Demasiado excitado...".
La tensión en su bajo vientre se está volviendo insoportable. Tessa desea desesperadamente quitarse esos calzoncillos que la separan de sus dedos...
Sigue masturbándolas.
"No puedo soportarlo más..."
Se enderezó un poco, se agarró la cintura de los calzoncillos y se los deslizó por las piernas hasta quitárselos por completo.
Una vez más, se dejó caer en el sofá, presentando orgullosa su pubis desnudo a sus dos amigas.
Jared y Oliver contemplan el pequeño arbusto negro.
"Eres preciosa", dice Jared.

La mano de Oliver reanuda sus divinas caricias en la parte delantera de su sexo. Los dedos de Jared reanudan su tiovivo, estimulando toda la parte posterior de su vulva.
Cuando se realiza directamente, esta masturbación le proporciona sensaciones mucho más vívidas.
Pronto se sumaron nuevas sensaciones.
Jared se enderezó ligeramente, de modo que su boca besó el pecho derecho de la joven.
A la izquierda, Oliver no tardó en hacer lo mismo.
Tessa gimió al sentir cómo los dos hombres le chupaban amorosamente los pechos mientras la masturbaban.
Sus bocas chupaban suavemente las excitadas puntas de sus pechos, tirando ligeramente.
Ambos cierran los ojos, completamente abandonados a su placer.
Tessa se siente a la vez poderosa y maternal. Es una diosa a la que sus sirvientes colman de ofrendas sensuales.

En la parte posterior de su vulva, los dedos de Jared se vuelven cada vez más emprendedores.
Comienzan a abrirse camino en la húmeda intimidad de Tessa.
La joven tiene la sensación de que su sexo intenta abrirse para tragárselos.
"Quiero ser penetrado..."

Como dóciles sirvientes, los dedos de Jared responden de inmediato.
Ella enderezó la pelvis, dejándose penetrar con los dedos mientras gemía.

Al poco tiempo, su vientre clamaba por los penes erectos que seguía agarrando con las manos.
"Quiero sentirte dentro de mí... Quiero que me penetres...", dijo sin aliento.
Oliver levanta la cabeza y la besa furtivamente.
"¿A quién de nosotros quieres primero?
- A ti".
Tessa se incorporó, zafándose a regañadientes de sus caricias para ponerse a cuatro patas sobre el sofá. Levantó sus nalgas desnudas y enrojecidas hacia ellos, presentando su vulva suplicante chorreando ciprina.
El pene de Oliver presionó firmemente contra su sexo, frotándose sensualmente contra él, recubriéndose con su gelatina de excitación.
Potentes aromas masculinos llegaron a la nariz de Tessa. Jared está arrodillado frente a ella. Su sexo erecto parece suplicar por su boca.
Tessa lo agarra y se lleva el glande a la boca. El sabor de su sexo la embriaga. A medida que chupaba con más y más avidez, el pene de Oliver empezaba a deslizarse más y más dentro de ella.
Tessa gime. Su vagina se traga la erección de Oliver con avidez.
Cierra los ojos. Está abrumada por el intenso placer de los amplios movimientos pélvicos de Oliver y el tamaño del sexo de Jared en su boca.
Tiene la sensación de perder sus contornos, de confundirse con ellos, como si sus tres cuerpos se diluyeran el uno en el otro.
De repente, recibe una pequeña bofetada en la nalga izquierda que le provoca un orgasmo.
Grita. Su cuerpo se arquea, tratando de succionarlos lo más profundamente posible.
Terriblemente excitado por estos gritos de placer, Jared se apartó bruscamente de la caliente boca de Tessa.
"No puedo más", murmura.
Tessa siente que Oliver se aleja de ella.
De repente se sintió extremadamente vacía. Una intensa frustración la invadió, rápidamente satisfecha por la inserción de un pene en su interior. No el mismo. El de Jared.
Una oleada de excitación la invadió ante la idea de ofrecer su sexo a un nuevo hombre, en cuanto el otro estuviera fuera.
Ella arquea la espalda, embriagada por esta nueva penetración.
Oliver se sienta frente a Tessa, en el lugar de Jared.
"Aquí tienes, preciosa", le dice a Tessa, ofreciéndose a su boca.
La boca de Tessa se abre, acogiendo el imponente sexo de Oliver. Cierra los ojos y lo chupa con tanta avidez como lo hizo con el primero.

Tras unos minutos de intenso placer, Tessa sintió un dulce ardor que crecía en la parte delantera de su vagina.
Los fluidos y sensuales movimientos de vaivén de Jared intensificaron el fuego divino, incendiando toda su vulva y su bajo vientre. Su orgasmo estalla y la arrasa. Grita.
Una vez más, tiene la sensación de convertirse en un remolino que intenta engullirlos a ambos en sus profundidades.
Los gritos de Tessa hacen que Jared pierda el equilibrio, y se ve sorprendido por el orgasmo a su vez.
Un gemido escapa de su boca.
Mientras el placer seguía irradiando por todo el cuerpo de Tessa, Oliver se retira bruscamente de la boca de su amiga. Apenas tiene tiempo de retirarse antes de que un chorro de semen brote de la punta de su pene. Tessa cierra los ojos.
Podía sentir el esperma caliente de Oliver derramándose sobre su frente y sus párpados, goteando por su nariz y su boca.

Poco a poco, va recuperando el aliento.
No puede creer lo que acaba de pasar... ¡Ha sido digno de todas sus fantasías más salvajes!

Tumbados en la cama de Tessa, los tres pasan la noche juntos.
Aunque agotada por los placeres, Tessa no duerme. Mira a sus dos amigos, acurrucados entre sus brazos. Jared, a su derecha. Oliver, a su izquierda.
Tessa sonrió. Ya no tendrá que estar celosa.

pareja pervertida (3 relatos)

Su vestido rojo abrazaba sus curvas a la perfección. Lo había elegido especialmente para la velada. Ocho años de matrimonio había que celebrarlos con dignidad. Marie se miró largamente en el espejo. Todas esas horas de gimnasio le habían dado un cuerpo digno de las diosas más bellas de la mitología griega.

Pechos y nalgas firmes y bien formados, vientre plano y abdominales en su justa medida. Marie era una mujer muy guapa, de esas que atraen la atención de hombres y mujeres en la esquina de una calle o simplemente en una cola. Ella lo sabía y a veces le gustaba jugar con ello. Era perfectamente consciente de las miradas que atraía y de las que a veces la juzgaban.

Sin embargo, en ningún momento esto la desestabilizó ni la hizo dudar de su belleza. Marie era espléndida, eso era un hecho y su marido, Antoine, no lo negaba, sino todo lo contrario. Nunca dejaba de recordarle hasta qué punto sólo tenía ojos para ella.

Rozó con la mano el escote pronunciado que ofrecía este magnífico vestido, ni demasiado revelador ni demasiado oculto. Todo lo que deseaba y, sobre todo, todo lo que le gustaría a Antoine. Mientras seguía las líneas del vestido, recordó la proposición que él le había hecho ocho años atrás.
En una playa durante sus vacaciones, rodeada de pétalos de rosa, Marie no había podido negarse a pasar su vida a su lado. Apenas tuvo tiempo de arrodillarse antes de que ella dijera que sí, derramando torrentes de lágrimas que le hicieron sonreír ampliamente. En este matrimonio, el romance era lo más importante. Y, hay que reconocerlo, también el sexo.

Marie se sonrojó al pensar en todas las veces que cada uno había tenido ideas locas para animar su vida sexual. Entre los juegos de rol, los encuentros traviesos en el trabajo y los "viajes" al exterior, nunca se había sentido tan realizada con alguien. Y estaba muy agradecida a Antoine por estar en la misma onda. Por eso Marie no dudó de la reacción de su marido cuando vio la sorpresa que le había preparado.

Echándose una última mirada en el espejo, se dirigió a su mesilla de noche, sacó sus pendientes favoritos y se dirigió al salón. Allí, sentado tranquilamente en el sofá con un vaso de vino tinto en la mano, la esperaba Antoine.
Una sonrisa cariñosa y la más suave de las miradas se posaron en su mujer. *¡Vaya!* Era preciosa.

Sus ojos escrutaron cada detalle, bajando desde los hombros de Marie, deteniéndose en su cuello, su escote, *especialmente su escote*, y terminando en sus tobillos.

"¿Qué aspecto tengo? ¿Qué aspecto tengo?"

Sin decir palabra, Antoine se levantó y caminó hacia ella. Con un gesto tierno, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Bajó ligeramente la cabeza y le dedicó una cariñosa sonrisa.
A través de sus ojos, Marie pudo ver toda la ternura que sentía por ella, y eso le calentó el corazón y el cuerpo. Se miraron durante unos segundos y, finalmente, Antoine cerró los ojos y depositó un delicado beso en los labios de su mujer. Lo que empezó como un beso ligero pronto se convirtió en un beso apasionado.
Las manos de Marie agarraban con fuerza su chaqueta mientras las de Antoine se volvían cada vez más aventureras. Cuando sintió que una mano le apretaba el pecho derecho, fue ella quien se apartó de aquel abrazo que seguramente desembocaría en una tórrida sesión de sexo en el dormitorio.

"Si seguimos así, no saldremos de esta habitación en toda la noche. Lo sabes tan bien como yo - dijo sonriendo-, y tengo otros planes para esta noche.

Antoine arqueó una ceja, sorprendido de no saber nada de aquello. Él, que se había encargado de reservar el restaurante, pensaba que volverían rápidamente para continuar la velada en la cama... o en la mesa de la cocina... o en aquel sofá encantador para disfrutar de un postre completamente distinto. En ese momento, Marie le sonreía con picardía y el brillo de sus ojos le auguraba una velada llena de giros y sorpresas.

Tomando la mano de su marido, los condujo hacia la salida. Iba a ser una noche larga...
Antoine aparca el coche y se inclina para besar a su mujer.
"Por nuestros ocho años de amor y pasión, mi amor", susurró al borde de sus labios.

Antes de que pudiera abrir la puerta, Marie le sujetó por el cuello y prolongó el beso, lleno de promesas. Sus labios se separaron en una sonrisa.
Antoine le impidió salir del coche y se apresuró a dar la vuelta lo más rápido que pudo. Le abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a salir. Después le ofreció el brazo y la condujo a un pequeño restaurante situado en la parte trasera.
Pocas personas conocían su existencia, y por una buena razón: no era un lugar extravagante. Tenía un aspecto sobrio y estaba situado en una calle pequeña y poco frecuentada. Sin embargo,

era el lugar perfecto para las parejas que querían pasar un rato juntos, en un ambiente a la vez elegante y romántico.

Una vez dentro, la guapa morena se maravilló del ambiente poético que reinaba en el establecimiento. La luz era tenue y las paredes de colores cálidos acentuaban el ambiente íntimo del lugar.
La sala parecía pequeña, con sólo unas pocas mesas elegantemente decoradas y rodeadas de plantas cuidadosamente elegidas para permitir que las parejas allí sentadas conservaran su intimidad. Esta disposición permitía a los amantes permanecer totalmente concentrados el uno en el otro. A ambos lados de la sala, sus miradas se posaban en unas hileras de fragantes rosas.

Antoine dio su nombre al camarero, que les condujo de rincón en rincón hasta una mesa fuera de la vista. Marie quedó gratamente sorprendida por el aspecto de la mesa. La blonda blanca estaba realzada por dos velas cuya luz se extendía como una cálida tarde de verano. En el centro había una rosa roja brillante.

"¿Qué te parece mi elección? ¿Te gusta este sitio?", preguntó Antoine.
"Es magnífico. No podría haber deseado nada mejor.
-Bueno, estoy orgulloso de poder ofrecerles esta cena romántica. Es cierto que mi búsqueda fue larga y ardua, pero cuando vi este restaurante, supe enseguida que usted lo apreciaría.

En respuesta, Marie extendió la mano para unir sus dedos. Sabía que su hombre era romántico y que nunca dejaría de sorprenderla.
Era una de las muchas razones por las que su matrimonio funcionaba tan bien. Los toques de sorpresa y espontaneidad venían tanto de él como de ella.
Y así se encontraban a menudo en emocionantes aventuras. El mes anterior, se habían encontrado en un pintoresco chalet en medio de un magnífico bosque nacional, completamente aislados del mundo.

La piel de Antoine aún conserva recuerdos del calor de sus cuerpos entrelazados. Su espalda también era testigo de las tórridas noches que habían compartido. Al recordarlo, un escalofrío le recorrió la espalda. Un escalofrío que despertó en él un deseo carnal difícil de reprimir.
Como si leyera su mente, Marie subió suavemente el pie desde los tobillos hasta la entrepierna, donde sintió que su miembro se ponía cada vez más duro. Le brillan los ojos. A ella le gustaba especialmente jugar a ver hasta dónde podía aguantar Antoine.
Generalmente, la cuenta se pedía justo después del plato principal, y el "postre" se comía a

capricho de su marido. A veces se moría de ganas de volver al piso, conducía a Marie por un callejón oscuro y la agarraba varonilmente mientras ella se apoyaba contra una pared.

Cuando el camarero les trajo las cartas, Marie no se inmutó. Mantuvo la compostura; estaba acostumbrada a este tipo de gestos por debajo de la mesa y no se inmutó. Retiró el pie y cruzó las piernas sin apartar los ojos de Antoine.
Podía ver el efecto que había tenido en él. Supuso que si el camarero no les hubiera interrumpido, le habría mostrado toda su excitación.

El empleado se aclaró la garganta, guiando a nuestros amantes de vuelta a su cena. Ambos le miraron y uno a uno cogieron la tarjeta que les tendía. Sólo tardaron un momento en elegir. Antoine eligió un tartar de lubina con jengibre, y no ocultó que era afrodisíaco. Marie optó por una velouté de setas porcini y castañas. Dados sus planes para el resto de la velada, éste sería el plato más apropiado.

"¿Quieren vino para acompañar sus platos?"
Antoine esboza una sonrisa de satisfacción.

"¿Qué te apetece mi amor?"
Los ojos de Marie brillaron; su marido conocía muy bien la respuesta a esa pregunta. Antes de que las palabras salieran de su boca, Antoine tomó la iniciativa y eligió el vino.

"Tomaremos una botella de Côtes de Jura blanco, cuvée 2017".
El camarero asintió suavemente y se retiró. Volvió unos instantes después con el vino, lo descorchó delante de ellos y les sirvió una copa a los dos.

"¡Por nosotros, mujer de mi vida!"
Después, bebieron un sorbo del delicioso vino y esperaron con impaciencia la comida.

La cena transcurría perfectamente. Su conversación fluye sin problemas, dejando sólo momentos de silencio para disfrutar de la comida. Después de ocho años juntos, aún tenían cosas que decirse, historias que contar.

Aunque de vez en cuando surgían discusiones, nunca duraban lo suficiente como para poner en entredicho su relación. Ambos sabían que esos momentos eran inevitables, pero que nunca desembocarían en una ruptura. Marie y Antoine eran el tipo de personas que se toman el tiempo

necesario para arreglar las cosas en lugar de dejar que se rompan y que se desmoronen.

Así funcionaban, y les gustaba especialmente reconciliarse después de la tormenta. En esos momentos, el sexo se convertía en algo liberador y en una forma de reconectar el uno con el otro.

Como querían terminar la comida con una nota ligera y dulce, pidieron una Copa *Coronel* para compartir. Poco después, Antoine pagó la cuenta y se unió a Marie para el resto de la aventura. Al salir del restaurante y dirigirse hacia su coche, Antoine se sorprende al ver a Marie en el lado del conductor. Interrogó en silencio a su mujer, que seguía sonriendo ampliamente.

"¿Qué haces?
-Te hablé de una posible sorpresa después de nuestra cena. Bueno, si la quieres, tendrás que darme tus llaves y te llevaré allí.

Escéptico, Antoine entregó las llaves y se dirigió al lado del copiloto. Pensó en las sorpresas que Marie le habría preparado. Evidentemente, se trataba de ir un poco más allá del centro de la ciudad. Por mucho que buscara, no podía predecir lo que su mujer le tenía preparado.

La miró y, por la sonrisa que siempre lucía, supo que iba a pasar una buena velada. Confiaba en ella, sabía lo que le gustaba y nunca le había decepcionado. Sacudió la cabeza, la misma sonrisa que la de Marie apareció en sus labios. De repente, con ganas de provocarla también a ella, empezó a acariciarle suavemente el muslo.
Su leve contacto ya dejaba entrever su deseo por ella. Su mano se volvió cada vez más posesiva a medida que subía hasta la unión de sus muslos. Un gemido escapó de los labios de Marie, reforzando el gesto de su marido. De repente, retiró la mano que la inquietaba, la besó y volvió a colocarla suavemente sobre la pierna de su marido.

"No empieces con ese juego.

Condujo unos minutos más antes de encontrarse en las afueras de la ciudad y girar por un pequeño callejón que conducía a un concurrido aparcamiento. A su derecha había un bar. Discreto, con un letrero de neón azul sobre él. Marie ya conocía este bar. Había estado allí para hacerse una idea del ambiente y, sobre todo, para comprobar la calidad del local.

Al descubrir el local, Antoine no se sintió decepcionado por el ambiente festivo y ligeramente alcohólico. La clientela parecía perfectamente relajada y a gusto, así que lo único que tenían que

hacer era pasar desapercibidos. Marie toma la iniciativa en la barra y pide un cóctel aromatizado con fruta fresca para cada uno. Antoine se pregunta.

"¿Por eso estabas tan misterioso?
-Más o menos.
-Tienes otras ideas, puedo verlo. Así que escúpelo.
-Paciencia, paciencia mi amor. El juego no ha hecho más que empezar.
-¿El juego? ¿De qué estás hablando?
-Lo sabrás cuando llegue el momento.
-Mi paciencia contigo está siendo puesta a prueba... Pero te tomo la palabra.

Mientras bebían, Marie cogió su móvil y tecleó rápidamente un mensaje.
Picado por la curiosidad, intentó agarrarlo, pero fue en vano. Era evidente que su mujer era más rápida y hábil que él. Admitió su derrota y pidió un vaso de whisky.
Después de todo, si su acompañante insistía en conducir, podía permitirse probar unos cuantos licores más. Los efectos del alcohol tendían a volverle lascivo, así que no tardaría en prendarse del voluptuoso cuerpo que tenía a su lado.

Marie sabía que había llegado el momento de subir de marcha. Pero ella quería llevarlo más lejos. Quería llevarlo al límite.
Quería que él estuviera lo más relajado y abierto posible, porque lo que ella le tenía preparado aún no lo habían hablado en su relación. Aunque la idea le había parecido excitante al principio, no pudo evitar sentir una sensación de inquietud.
Si le había gustado la sorpresa, si correspondía a las expectativas de su marido y de su pareja, o incluso su propia reacción ante esta nueva experiencia. Todas estas preguntas daban vueltas y vueltas en su cabeza, pero sentía que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.
Recuperando la compostura y para darse más valor, ella también pidió una bebida un poco más fuerte. Dadas las circunstancias, un vodka con tónica le pareció una elección acertada.
La última que había tomado debía de ser cuando estaba en la universidad. Al recordarlo, sonrió con picardía. Recordando las fiestas estudiantiles y el sexo que las acompañaba.

La mano de Antoine la sacó de sus pensamientos. Levanta la cabeza y sus ojos se posan directamente en los de él. La ternura de su mirada disipó sus dudas y le devolvió la confianza en sí misma y en sus ideas. Le conocía, sabía que su compañero la seguiría.

Cuando el alcohol empezó a hacer efecto, se levantó y caminó enérgicamente hacia el fondo de

la sala. Allí, una gramola reproducía suaves notas musicales. Marie se inclinó y estudió con interés las diferentes opciones que tenía a su disposición.
Optó por una canción en concreto, introdujo una moneda y esperó a que empezara la canción para dirigirse a lo que parecía una pista de baile. Suavemente, se deja llevar por el ritmo. Su cuerpo se mueve al ritmo de la melodía.

Poco a poco, la gente se fue uniendo a ella. Ahora estaba en el centro de la pista, bailando sola y completamente atrapada por el ritmo de la música. Tanto que ni siquiera se había dado cuenta de que Antoine había abandonado su asiento.
Fue cuando sintió unas manos en la cintura cuando reconoció el olor de su amante a su espalda. No necesitó darse la vuelta para confirmarlo.

Ella se apretó aún más y empezó a balancearse contra él. Él siguió sus movimientos y pronto ella pudo sentir cómo aumentaba su excitación. Cuanto más se apretaba contra él, más fuerte se volvía el miembro de Antoine. Era la segunda vez aquella noche que ella notaba lo excitado que estaba.

Incapaz de aguantar más, le cogió de la mano y les condujo al cuarto de baño. Apenas cerró la puerta, él se lanzó con fuerza contra sus labios.
La apretó contra la pared, le subió el vestido y le levantó la pelvis para acceder al interior de los muslos. Apartó el tanga de encaje negro y la penetró. Marie soltó un gemido que intentó ahogar con la mano, pero fue en vano.

Los golpes de pelvis de su compañero eran demasiado enérgicos, ella no estaba lejos del orgasmo, y si los gemidos cada vez más roncos de Antoine servían de algo, él tampoco. Un último empujón acabó con los dos. Marie se apoya en la pared y Antoine se agarra con fuerza a sus caderas. El éxtasis duró poco.
Un ruido resonó en la habitación, señal de que alguien esperaba impaciente a que se desalojara el local. Se reajustaron la ropa y se marcharon, con cara de vergüenza y arrepentimiento a la vez. La sonrisa de satisfacción del hombre que tenían delante no dejaba lugar a dudas. Había comprendido lo que acababa de ocurrir. Salieron rápidamente y volvieron a sus asientos en el mostrador.

Después de unas cuantas copas más, Marie miró el reloj, consultó el móvil por última vez y decidió que era hora de terminar la velada por todo lo alto. Terminó su copa de un trago e invitó a su amante a hacer lo mismo. Una vez fuera, Antoine se dirigió al coche, pensando que la

velada había terminado y deseoso de llegar a casa para hacer el amor con su mujer.
Pero Marie tenía otros planes. Lo atrajo hacia sí, lo besó y le rodeó el brazo. Él se dejó guiar y se acercó un poco más al cuerpo de su compañera. Caminaron por las calles, admirando las luces y los escaparates de los numerosos bares y restaurantes.
Cuando Marie le condujo a un callejón más oscuro, Antoine se prestó al juego. Se detuvieron frente a un letrero de color oscuro con un nombre evocador: *El Polo de la Dama*.

Se volvió hacia su mujer. Intrigado y curioso, observó los alrededores. La calle estaba tranquila; el único ruido parecía proceder del interior del club. Marie llamó al pequeño timbre negro y apareció un hombre trajeado preguntando por el nombre de su reserva. Ella se lo dijo y le siguieron hasta una sala privada que estaría dedicada a ellos.

Marie había elegido este club de striptease porque era selectivo y discreto. El *Lady's Pole* no aceptaba a cualquiera. Su clientela estaba formada principalmente por hombres de negocios y famosos.

Mientras caminaban por el edificio, Antoine se fijó en los bares de pole dance que había repartidos por el club. También se dio cuenta de que todas las barras estaban ocupadas. Todos los bailarines estaban bien rodeados. Tanto hombres como mujeres, lo que le sorprendió un poco. No había esperado que las mujeres participaran en el juego de esta manera y estaba claro que ellas también estaban disfrutando del entretenimiento que se les ofrecía. Una sonrisa se dibuja en sus labios. Así que Marie había planeado hacerle un striptease en su aniversario. Estaba sorprendido y encantado.

Sin embargo, le inquietaba la reacción de su mujer. Sabía que ella era muy abierta de mente, dadas las prácticas que ambos habían probado, pero nunca le había visto con otra mujer, y menos contoneándose encima de él.
Pero como ella era el origen de esta sorpresa, debía de llevar ya varias semanas preparándose. Apretando con fuerza la mano de su esposa, observó a las bailarinas presentes. Una en particular le llamó la atención.
Rubia y bien formada, su agilidad era impresionante y sabía perfectamente cómo lucir sus curvas. Cuando se agarró a la barra sólo con las piernas y dejó caer la parte superior de su cuerpo al vacío, Antoine pudo ver su pecho a vista de pájaro.

No había prestado atención a las instrucciones del camarero. Estaba completamente hipnotizado por el espectáculo. Sólo cuando Marie le sugirió suavemente al oído que entrara en la sala

privada, recobró el sentido y la siguió. Había una barra en el centro y un modesto sofá negro al fondo. Como en todo el club, la iluminación era tenue y los únicos colores que destacaban eran los neones rosas que recorrían la sala.

Marie fue primero e invitó a Antoine a sentarse a su lado. En cuanto estuvo sentado, le besó con entusiasmo y le susurró "Feliz cumpleaños, cariño" entre dos besos frenéticos.

El camarero, que había salido discretamente, regresó con una botella de champán y dos copas previamente llenadas.

"Señora, Señor, esta es Liza. Es su bailarina para esta noche".

Una mujer rubia entró en el reservado y Antoine la reconoció de inmediato. La había mirado antes al entrar en el club. Le había parecido atractiva, cautivadora. Esboza una gran sonrisa.

"Sabía que te gustaría. Lo elegí especialmente para ti y, debo admitirlo, un poco para mí también. Lo encuentro agradablemente sexy. ¿No crees?"

Antoine estaba a punto de responder a esta pregunta cuando Liza se agarró a la barra y empezó a bailar. No podía pensar más, sólo observaba cada movimiento, cada curva. Marie también estaba hipnotizada por la actuación.
Había silencio, sólo música de fondo, ni demasiado alta ni demasiado baja. Todo era perfecto.

Liza siguió bailando. Daba vueltas alrededor de la barra, balanceándose al ritmo de la música y, a veces, vislumbraba a alguien. Le fascinaba ver el efecto que causaba en sus clientes. En general, nunca venían con su pareja. En algunas ocasiones, había bailado para grupos de hombres jóvenes en despedidas de soltero.
La mayoría de las veces, hombres importantes pedían una sesión privada con ella, en salones como éste. A veces, el baile terminaba de una manera completamente diferente. Rara vez iba más allá, acostándose con sus clientes.
Esto sólo ocurría cuando los encontraba encantadores y cuando se mostraban emprendedores. En más de una ocasión, había rechazado manos no deseadas. Mirando a la joven pareja que tenía delante, pensó que no le importaría que la velada se volviera un poco más... divertida.

Concentrándose de nuevo, se dio cuenta de que el hombre se había agachado para colocarse lo más cerca posible de ella, mientras que la mujer había retrocedido hasta el respaldo del sofá. No

estaba disgustada, ni mucho menos. Parecía disfrutar del espectáculo más que su marido, pero sabía disimularlo.
Deseosa de subir la temperatura de la sala, Liza bajó del estrado y avanzó como un felino hacia Antoine. Éste se enderezó y no pudo apartar los ojos de ella. Ella cogió una silla del sofá y le invitó a sentarse.

El hombre no dudó. En pocos segundos, se encontró sentado y dominado por la sublime rubia. Marie reajustó su posición para disfrutar de la vista. Antoine no podía verla desde donde estaba, pero Liza tenía tiempo de sobra para mirarla. Sus miradas se cruzaron varias veces.

La excitación empezaba a aumentar y ella sabía que Antoine tampoco lo estaba pasando muy bien. Sabía a ciencia cierta que Liza tenía un gran efecto sobre él, como podía ver por el bulto que se había formado en sus pantalones cuando ella empezó a bailar.

Antoine contuvo un gemido cuando Liza se inclinó hacia él y le rozó los muslos con las manos. Se enderezó y bajó despacio, muy despacio. Era consciente del efecto que su cuerpo producía en el de él. Su respiración era cada vez más agitada.
Sin embargo, no era a él a quien seguía mirando. Su mujer, que seguía sentada en el sofá, se había acercado y no perdía detalle. Mientras su marido mantenía la mirada fija en los pechos de la bailarina, su mujer parecía estar estudiando cada milímetro de su cuerpo.

Con un movimiento rápido y elegante, Liza se dio la vuelta, ofreciendo una vista perfecta de su trasero. Se levantó suavemente la falda. Debajo llevaba un tanga rojo de encaje. Un rojo brillante que hacía juego con el lado sexy de su cuerpo, sus generosas curvas, y resaltaba perfectamente su firme trasero. Ella lo sabía y sabía cómo interpretarlo.

Tiró de los cordones a ambos lados de su ropa interior. Se deslizó por sus piernas. Sin embargo, tuvo cuidado de mantener la falda en su sitio. Sabía que saber que estaba desnuda bajo la ropa excitaba especialmente a los clientes. Continuó moviéndose una y otra vez, y sólo unos minutos después se volvió para ver el efecto de su pequeño acto en sus dos espectadores. Antoine trató de mantener sus manos razonablemente sobre los muslos de ella.

Lo que le llamó la atención fue que una de las manos de Marie estaba ahora apoyada en su muslo y empezaba a moverse lentamente hacia su entrepierna. Esto la excitó aún más. No pudiendo resistir más, se acercó sensualmente a ella y comenzó a bailar para ella. Podía sentir lo rápido que respiraba la joven. Su respiración era cada vez más agitada.

Antoine se dio la vuelta, sin comprender la reacción de la bailarina. Cuando vio que la guapa rubia también bailaba para su mujer, se sintió aún más excitado.
Se quedó mirando a sus dos sublimes mujeres, que parecían estar en su propia burbuja. Empezó a tocarse por encima de los pantalones. Sabía que en algunos clubes de striptease, varias bailarinas ofrecían "extras" a sus clientes. Tenía la firme esperanza de que Liza fuera una de esas bailarinas.

Marie no podía apartar los ojos del cuerpo que tenía delante. Sus nalgas, sus pechos, todo en Liza era atractivo. Antes de que se diera cuenta, estaba acariciando ligeramente los muslos de esta diosa sublime. Una corriente eléctrica recorrió el cuerpo de Liza.
Cogió la mano de Marie y la colocó suavemente sobre su cadera, invitándola a acompañarla en cada movimiento. Luego bajó la mano a su propio muslo, haciéndole saber que tenía su total permiso para explorar su cuerpo. Marie no se iba a negar, ni mucho menos.

Luego le acarició las piernas y dudó unos segundos antes de decidirse a acariciarle también las nalgas. Cuando puso la mano sobre ellas, la bailarina no pudo contener un gemido. Marie también estaba teniendo un gran efecto en ella. Le estaba complaciendo con su cuerpo.

La joven estaba empapada; había empezado a mojarse justo cuando Liza había empezado a bailar para su marido. Ahora Liza bailaba para ella y se ofrecía. Liza se dio la vuelta, se quitó la corbata que iba con su traje de colegiala y se la puso a Marie en el cuello. Empezó a bailar de nuevo, manteniéndola en la mano. Finalmente, se inclinó hacia Marie y le susurró al oído: "¿Quieres una experiencia más sensual?

Estas palabras habían electrizado a Marie. Una experiencia un poco más sensual significaba tocarse e incluso besarse. Buscó a Antoine, que seguía mirándolas. En silencio, le preguntó si estaba de acuerdo en ir al grano. Él asintió lentamente, con la respiración entrecortada. Las caricias de ella en su sexo eran cada vez más intensas. No duraría mucho.

Utilizando la corbata, Liza tiró de ella hacia sí. La abrazó durante unos segundos, mirándola fijamente a los ojos azules. Pudo ver la chispa del deseo en su mirada. Luego se aferró a la joven, que había mantenido las manos en las caderas de la bailarina.
Se frotó mientras bajaba hasta sus pies y luego levantó la parte inferior del vestido corto que llevaba Marie. Una lengua caliente y húmeda la excitó y se deslizó por su pierna, moviéndose demasiado despacio para su gusto. La joven esposa deseó que aquel momento no acabara nunca.

Cuando se puso en pie, las manos de Liza se posaron en sus pechos, provocando un gemido no disimulado de ambas jóvenes.
La rubia acarició suavemente sus pechos, presionando a veces sus pezones. Deslizó hacia abajo los finos tirantes del vestido y descubrió lo que tanto había deseado ver. Bruscamente, dio la vuelta a Marie y aprovechó para reclamar sus pechos. Sus dedos le hacían cosquillas en los pezones, poniéndolos cada vez más duros.
La mujer temblaba bajo sus caricias, suaves unas veces y firmes otras. Se dejó hundir contra el cuerpo del bailarín y cerró los ojos para apreciar la experta atención que estaba recibiendo.
Su aliento se deslizó por su cuello y no hizo más que amplificar su excitación. No deseando seguir siendo una mera espectadora, se colocó frente a ella y a su vez quiso descubrir lo que se escondía bajo el top de Liza. No tardó en quitárselo y explorar cada rincón de sus suntuosos pechos.

Fue Liza quien decidió ponerse manos a la obra. Comenzó a chupar y lamer los ya duros pezones de Marie, provocando deliciosos gritos ahogados en el proceso. Luego abandonó sus pechos para encontrarse de nuevo de rodillas.
Unos labios calientes se introdujeron entre sus muslos y enseguida encontraron su clítoris. Una mano se posó detrás de su cabeza. Con Marie agarrándole el pelo, Liza sonrió e inyectó más vigor a sus lamidas.
Aparecieron escalofríos, testigos del efecto que estaba provocando. Sin embargo, la ropa interior que aún llevaba la joven impidió que entrara en contacto directo con su piel. Se deshizo de ella y comenzó de nuevo. Su lengua era posesiva y pronto un dedo se unió a la danza. Marie estaba al borde del éxtasis y cuando un segundo dedo entró en ella, un grito liberador escapó de sus labios.

Para ponerse más cómoda, Marie levantó a Liza y la sentó en el sofá. Ahora le tocaba a ella probar el sexo con ella. Sin vacilar, metió la cabeza bajo la falda que Liza aún llevaba puesta e inmediatamente se acercó a acariciar, mordisquear y lamer su clítoris. Sus dedos se colocaron en la entrada de su coño, esperando pacientemente a que expresara en voz alta su deseo. Liza no esperó más.

"Por favor. Quiero tus dedos en mi coño".

Nada más terminar la frase, unos dedos la penetraron con fuerza, haciéndola gemir de placer. No era la primera experiencia lésbica de Marie, así que levantó con confianza una de las piernas de la bailarina para tener más acceso. Desde este ángulo, sus embestidas eran más profundas.
Por los gritos que emitía, supo que su orgasmo no estaba lejos. Redobló sus esfuerzos, entrando

y saliendo más rápidamente. Un grito más ronco que los anteriores le indicó que había alcanzado su objetivo.

Deseoso de participar a su manera, Antoine sacó su sexo y lo acarició vigorosamente. Estaba disfrutando del espectáculo y quería más.

"Pruébate en sus dedos".

Sin apartar los ojos de Marie, Liza le cogió la mano y chupó con avidez los dedos que acababan de salir de su coño. Cuanto más los acariciaba con la lengua, más se entrecortaba la respiración de Marie. La atrajo hacia sí, colocándola a horcajadas sobre su regazo, y aprovechó el momento para introducirle esta vez dos dedos.

"Te gusta eso, ¿verdad? Que te folle un desconocido delante de tu hombre. No te molestes en negarlo, puedo sentirte corriendo por mis dedos. A tu coño le encanta lo que le hago.

Marie estaba demasiado ocupada agarrándose a sus hombros. Asintió, mostrando que estaba de acuerdo con lo que acababa de decir. Sus caderas se movían al ritmo de su mano. Liza apenas tuvo que hacer nada. Marie se estaba complaciendo a sí misma.

"Eso es. Úsame para que te corras. Haz que la zorra que eres se corra.

Con eso, Marie explotó de nuevo, utilizando a su amante para mantenerse en su lugar. Ahora le tocaba a ella experimentar con la posición. Inclinando sus cuerpos, invirtió los papeles y, como había hecho Liza, la empaló en sus dedos. Y así comenzó un magnífico paseo para la rubia, que ya no podía contener sus gemidos.
Se besaron por primera vez, disfrutando ambas del sabor de la otra. Liza tardó unos minutos en correrse bajo sus dedos. Apoyó la frente en la de Marie e intentó en vano recuperar el aliento.

Al mismo tiempo, Antoine también disfrutaba. El regalo que le había hecho su mujer era sencillamente exquisito. Se dijo a sí mismo que se lo contaría y que tal vez podrían repetir el juego.

VOLUMEN 2

Tras la experiencia que le había ofrecido su mujer Marie hacía apenas tres semanas, Antoine quería devolverle el favor. La noche en el club de striptease aún estaba fresca en su memoria.
¡Qué maravilloso regalo para su aniversario de boda! Sin embargo, al no haber participado y haber sido un mero espectador de las aventuras de su mujer y la joven bailarina, se quedó con un ligero sentimiento de frustración. No es que no hubiera disfrutado, pero ahora quería ser protagonista de esas experiencias.

Para compensarlo, se le ocurre una idea muy tentadora: ¿por qué no hacer un trío? Marie y él compartirían el momento con un completo desconocido, lo que lo haría aún más excitante. Pero quedaba lo más difícil: ¿cómo abordaría el tema con Marie? Sabía que eran una pareja muy abierta, pero ¿hasta qué punto?

Sin embargo, estaba bastante seguro de que una experiencia así complacería a su esposa y, todo hay que decirlo, imaginarse a su amado siendo tomado por todos lados por dos hombres le hacía fantasear tanto como dos mujeres cuidando de él. Aún dudaba sobre la elección de la pareja: ¿un hombre o una mujer? Para tener más posibilidades de éxito, decidió no limitarse y dejarle la elección a ella. Confiaba plenamente en ella y respetaría al afortunado.

Después de unos días disfrutando de la cálida tarde de verano en el sofá con su mujer, Antoine pensó que era el momento perfecto para sacar el tema. Ambos acababan de terminar una larga jornada de trabajo y se relajaban tomando varias copas de vino.

Marie llevaba una blusa blanca clara y unos sencillos vaqueros. Nunca se cansaba de mirarla. Llevara lo que llevara, su mujer siempre estaba guapa. Luego se detuvo en sus curvas, su mirada se posó unos segundos en sus pechos firmes y turgentes. Unos pechos que ya le daban envidia. Incluso después de ocho años de matrimonio, su deseo y excitación no habían disminuido.

Le acarició el pelo sin dejar de admirarla. Marie se rindió a sus caricias y suspiró de placer. Ella tampoco se cansaba de su hombre. De sus manos en su cuerpo, de su piel desnuda contra la suya. De que le hiciera el amor durante horas y horas. Sí, pensaba que tenía el mejor marido del mundo.

Cuando la mano de él se deslizó por su cuello y desapareció bajo la blusa, ella no pudo contener un gemido. Como suele ocurrir después de un largo día de trabajo, las cosas acabaron yéndose de las manos en el sofá. Esta vez, sin embargo, el momento parecía diferente. Antoine, normalmente muy tierno con ella, fue aún más suave en sus gestos. Besó su cuello y exploró cuidadosamente sus pechos. Sus delicados besos recorren su nuca.

Marie le cogió suavemente la mano y la llenó de besos.

"Sé que tienes algo que decirme. Normalmente tus caricias son más apasionadas, pero ahora mismo sólo siento dulzura y ternura. No es que no me guste, pero escúpelo.
Antoine se llevó la mano de su mujer a los labios. Ella le conocía tan bien. Sonrió al besarla y se movió ligeramente para admirarla mejor. La miró durante unos segundos antes de decidirse a abordar el tema de su fantasía.

"¿Recuerdas la noche en el club de striptease?"

Marie empezó a sonrojarse furiosamente. El tema no había vuelto a salir desde aquella famosa noche. Por supuesto, habían hablado de ello de camino a casa, pero ni una palabra después, aunque ambas habían disfrutado de la sorpresa.

"¿Cómo no recordarlo? Creo que se puede decir que fue una experiencia muy emocionante para nosotros como pareja.

Se refería a las noches salvajes que siguieron. Habían hecho el amor innumerables veces después de este suceso.

"Bueno, para devolverte el favor, yo también he pensado en una sorpresa. Sin embargo, temía que no te gustara la idea, así que prefiero hablarlo ahora.
Marie se endereza, su entusiasmo se mezcla con la curiosidad. Esperó unos segundos, pero perdió la paciencia al ver que Antoine no estaba dispuesto a hablar.

"¡Estoy escuchando!
-Ya hemos tenido muchas experiencias, pero hay algo que aún no hemos probado. He pensado que un trío sería una buena forma de mostrarte mi gratitud. ¿Qué te parece?"

Marie no supo qué decir en ese momento. Nunca le habían mencionado la idea, pero aun así le pareció muy atractiva.

"Creo que primero hay que definir a quién elegir. ¿Debe ser un hombre? ¿Una mujer? ¿Un familiar? ¿Un amigo? ¿Un colega? ¿Un completo desconocido? Hay muchas posibilidades, y también tenemos que pensar en las consecuencias de una experiencia así. ¿Ha pensado en ello usted mismo?
-Sí, un poco. Dado que mi principal objetivo es complacerte, he decidido dejarte elegir el sexo de esta tercera persona.

Se puso a pensar. Sopesó los pros y los contras, pero decidió escuchar el punto de vista de su marido al respecto.

"¿Y tú? ¿Prefieres un hombre o una mujer?
-Como dije...
-Antoine, sólo responde a la pregunta.
-Lo que sea. Si es una mujer, estaré encantado de disfrutar de dos hermosas mujeres para mí solo, sobre todo porque me excita mucho. Ya lo viste en el club de striptease. Si es un hombre, yo también estaría feliz. Debo admitir que verte tomada por dos hombres es una fantasía que tuve cuando lo pensé por primera vez.
-¿Te importaría que me tocara alguien que no fueras tú?
-Yo también lo he pensado, pero confío en ti y en tu amor por mí. Así que, por mi parte, no hay problemas. ¿Entiendes?"

En respuesta, se arrojó sobre él y se sentó a horcajadas sobre su regazo. Lo besó con avidez y se apresuró a desnudarlo. Lo único que pudo susurrar entre beso y beso fue que ya decidiría cuando llegara el momento. Por el momento, les esperaba una tórrida noche.

Al día siguiente, Marie decidió tomar más en serio el tema del trío con su marido. Sentada tranquilamente a la mesa, contempla su copa de vino y reflexiona sobre las distintas opciones que se les presentan. De repente, Antoine la sacó de sus pensamientos.

"¿En qué estás pensando?
-Bueno, estaba pensando en nuestro posible trío. Elegir entre un hombre y una mujer es un poco complicado.
-No tienes que elegir ahora.

Marie arqueó una ceja.

"Te diré una cosa. ¿Qué te parece ir a un bar bastante concurrido y hablar con varios desconocidos? Personalmente, prefiero hacerlo con un desconocido que con alguien conocido. Habrá menos consecuencias y tendremos más opciones. ¿No crees?"

Ella estaba totalmente de acuerdo con su forma de pensar.

"También podemos elegir según tus sentimientos y los míos. Pero ten en cuenta que tu elección es la más importante. Quiero que disfrutes tanto como yo.
-Eres un encanto".

Ella lo besó furtivamente y continuaron su cena donde la habían dejado.

Tras una cuidadosa discusión, finalmente habían elegido un bar que les convenía a ambos. Ni demasiado elegante, para tener más posibilidades de éxito, ni demasiado concurrido, para no toparse con cualquiera. Durante su búsqueda, dieron con un bar llamado *Luxure*.

El nombre atrajo inmediatamente a Marie, que no perdió tiempo en reunir toda la información necesaria para saber si se trataba del lugar adecuado o no. Tras una minuciosa inspección de su sitio web, lo que realmente la convenció fue una mención especial: *"Citas para varios, intercambios entre parejas, one-shot. Lo que pasa en Luxure, se queda en Luxure"*.

No obstante, Marie se había preocupado de comprobar la calidad de los servicios del bar. Se había dado cuenta de que tenía muy buenas críticas y que éstas abogaban por una cierta confidencialidad para los clientes del establecimiento. A ella le gustaban especialmente estos lugares.

Esto le confirmó que debía de haber muchas cosas emocionantes que encontrar allí. Antoine compartió su opinión con él y también le pareció un lugar muy atractivo. De común acuerdo,

reservaron mesa para el día siguiente.

Aquella noche, Marie decidió ponerse lo más deseable posible. Se puso un body con escote de encaje y una minifalda de cuero que dejaba ver su trasero. Se recogió el pelo en una coleta, dándole un aspecto de dominatrix, y eligió cuidadosamente un par de botines de tacón.
Se miró en el espejo, se echó un vistazo y decidió que su atuendo era el adecuado para seducir tanto a hombres como a mujeres esta noche.

El escote dejaba ver un busto de buen tamaño y unos pechos firmes. A ella le gustaba especialmente mostrar esta parte de su cuerpo. Había comprobado una y otra vez el efecto que producía en las personas con las que hablaba. Incluso funcionaba con su marido después de ocho años de matrimonio. No tenía nada que temer.

Cuando salió del baño, Antoine la miró inmediatamente. Una mirada absorbente, que demostraba su interés por su atuendo y su figura. Le encantaba esa mirada.

Le gustaba complacer a su hombre y le encantaba que él la encontrara excitante. Ahora mismo, Marie estaba más que contenta con su elección. El brillo del deseo en sus ojos le prometía una velada memorable.

Antoine, en cambio, había optado por un atuendo a la vez informal y sexy. Unos simples vaqueros y una camisa blanca de lino, apenas abotonada, le daban un aspecto increíblemente apuesto y atractivo. Su barba fina y bien afeitada completaba su aspecto moreno. Sí, él también sabía jugar con su encanto y presumir. Desprendía un carisma aterrador y, todo hay que decirlo, más de una mujer intentó acercarse a él cuando salía solo. Marie era consciente de ello y estaba orgullosa de tenerlo como marido.

Se dieron un breve beso para no caer en la tentación. Luego Antoine ofreció el brazo a su mujer para acompañarla hasta la salida.

La entrada al bar sugería un ambiente elegante y festivo. El *lujo*, escrito en relieve dorado, dominaba el establecimiento. Muchas personas que no habían reservado esperaban fuera del establecimiento. Fue una suerte que los dos lo hubieran planeado con antelación.

Se sentaron en un rincón del bar, observaron el local y a sus ocupantes, calibraron los gustos potenciales de cada uno antes de lanzarse a la caza. Pronto hicieron su selección. Con el fin de

aumentar las probabilidades a su favor, habían ideado una buena estrategia. Marie seduciría a los hombres y Antoine a las mujeres. Los criterios de selección estaban establecidos.

Para los hombres: un hombre lo suficientemente alto, carismático y seguro de sí mismo sin ser condescendiente, un hombre lo suficientemente abierto de mente como para permitirse esta experiencia con ellos. Para las damas, una mujer joven con buenas curvas, encanto, un bonito swing y una piel bien cuidada.

Para relajarse y desconectar, cada una pidió un cóctel. Marie fue la primera en señalar a un hombre elegante en la barra. Llevaba un traje bastante sobrio y ella encontró algo misterioso en sus ojos. Terminó su copa, se levantó y se dirigió con confianza hacia el desconocido.

A él, como a Antoine, no se le había escapado nada de su andar felino. Le sonrió incluso antes de que llegara a la barra. Se sentó a su lado, lo bastante cerca como para que pudiera oler su perfume. Apenas tuvo tiempo de abrir la boca cuando oyó hablar al hombre.

"Una mujer hermosa como tú está obligada a necesitar un Cosmo.

Al parecer, no se esperaba una respuesta, ya que el desconocido hizo su pedido antes de confirmarlo. Dejando a un lado la desagradable sensación de ser catalogada únicamente por el hecho de ser mujer, se limitó a sonreír y esperar su cóctel. Al cabo de unos minutos, la conversación pareció decaer.
Marie apenas tenía espacio para expresarse. Laurent, que parecía prometedor, no era una opción a tener en cuenta para el resto de las fiestas. Dejando a su interlocutor con la mayor delicadeza posible, se dirigió rápidamente hacia su marido. Se rió suavemente al ver la expresión molesta de su mujer.

"Veo que la pesca no ha sido buena.

Luchó por contener una carcajada al ver la mirada que ella le dirigía.

"Si te diviertes tanto, ¿por qué no lo intentas? Me fijé en una mujer muy elegante al otro lado del mostrador.

Se levantó, le dio un tierno beso y se dirigió hacia ella, pero en cuanto estuvo a unos metros de ella, captó su mirada. Ella lo estaba evaluando, tomándose su tiempo para analizarlo, y se volvió

rápidamente hacia el camarero cuando se encontró con su mirada. Optó por el mismo enfoque que su esposa, lo suficientemente cerca de ella sin invadir su espacio.

Pidió un whisky solo. Se giró ligeramente hacia ella. Le pareció muy atractiva. Morena y de ojos claros, era su tipo. Sin embargo, su aire retraído sugería que tendría que luchar mucho para conseguir que se abriera un poco. Decidió iniciar la conversación con una pregunta básica, para saber en qué se estaba metiendo.

"Buenas noches. ¿Estás sola esta noche?"

La joven volvió a mirarle fijamente. Pasaron unos segundos antes de que se decidiera a contestarle.
"Sí, lo estás. Imagino que tú también, para venir a sentarte a mi lado".

Antoine no se volvió. Sonrió antes de terminar su bebida.

"No del todo. ¿Ves a la hermosa joven vestida de cuero enfrente? Es mi mujer. Ahora nos está saludando.

"Odio que me tomen por un juguete parejas agotadas en busca de aventuras que ya no saben ser autosuficientes. De ahí que el matrimonio me parezca algo totalmente pasado de moda y sobrevalorado. Lo siento, pero no aceptaré un no por respuesta, sea cual sea el tipo de oferta - dudosa Y lasciva, me atrevería a decir- que estés planeando hacerme.

Antoine casi suelta una carcajada, pues la perorata de la repudiada y sin duda desconsolada mujer le demostró hasta qué punto ella misma era al final un cliché.

"Muy bien, lejos de mí insistir. Pero entiendo por qué te quedarás así. Un soltero. De todos modos, espero que tengas una velada agradable, aunque un poco menos sombría, si me permites decirlo.

Con eso, se alejó para reunirse de nuevo con Marie. Lejos de desanimarse, ya estaban evaluando el resto de la sala. Tras varios intercambios infructuosos, empezaron a perder la esperanza cuando Antoine vio entrar a un apuesto joven.

Su complexión y sus andares daban a entender que estaba seguro de sí mismo. No se molestó en

echar un vistazo a la sala, sino que se dirigió directamente a la barra. Desde donde estaban, sólo podían admirar la elegancia con la que se comportaba. Sin embargo, algo les llamó la atención. Este apuesto desconocido se había tomado unos segundos antes de dar un sorbo a su bebida, mirando con nostalgia el fondo del whisky que había pedido. Su aire misterioso atrajo inmediatamente a Marie y la intrigó. Antoine se dio cuenta enseguida. Le cogió la mano y se la apretó suavemente.

"Creo que podemos intentarlo una vez más. ¿Qué te parece?"

Marie le sonrió y empezó a levantarse para hacer otro acercamiento. Esperaba que esta vez aquel hombre tan apuesto estuviera a la altura de sus expectativas. En cuanto se levantó, Antoine la retuvo. Ella no entendió inmediatamente lo que hacía, pero por la sonrisa de su rostro supo que se guardaba algo en la manga.

"Y si fuera yo quien se acercara a ella, ¿qué me dices?".

Una chispa de picardía apareció en sus ojos. Su marido acercándose a un hombre para convencerle de que participara en un trío con ellos prometía ser divertido. Al menos para ella.

Antoine se sentó a una distancia respetable y volvió a pedir lo mismo. No sabía cómo iniciar una conversación con un hombre con el objetivo específico de hacer un trío con su mujer.

"Puedo oírte pensar desde donde estoy. ¿Pasa algo?"

No esperaba que el desconocido se le acercara. Guardó silencio unos segundos, pensando si sería mejor jugar la carta de la honestidad de inmediato o sacar el tema más tarde.

"Sabes, cuanto más lo pienses, menos querrás hablar de ello. Siendo un completo desconocido, creo que si alguna vez hay un momento para soltarse, es este.
-Probablemente tengas razón. No sé por dónde empezar, pero ¿ves a esa hermosa mujer sentada en la esquina del establecimiento?".

El desconocido se volvió y vio a una hermosa joven que los miraba a ambos.

"Bueno, es mi mujer. Decidimos añadir un poco de diversión a nuestra vida de casados y acabamos aquí para conocer a alguien que pudiera gustarnos a los dos. Por desgracia, hasta ahora

nuestros esfuerzos han sido en vano. Tanto hombres como mujeres.
-Así que si he entendido bien, estás buscando a alguien para un trío, ¿verdad?".

Antoine se frotó la nuca. La respuesta era sencilla, pero no quería recibir otra negativa.

"Sí. Te seré sincero, nos gustas a los dos. Y si te parece bien, me gustaría que tomaras una copa con nosotros para presentarte a mi mujer. ¿Qué te parece?"

La única respuesta de Antoine fue su nombre: Marc. Marc le sonrió y se levantó. Antoine no se había dado cuenta de que su petición había sido aceptada hasta que lo vio caminar hacia Marie. Él, a su vez, se levantó y se unió a ellos. Cuando llegaron a la misma altura, la invitó a sentarse.

"Marie, este es Marc. Marc, ella es mi esposa.
-Estoy encantado. Eres realmente una mujer hermosa".

Marie empezó a sonrojarse. Él le tendió la mano y ella hizo lo mismo. Hablaron durante varios minutos. La conversación fluyó suavemente, sin silencios, y se oyeron estallidos de risa alrededor de la mesa. Media hora hablando de todo y de nada. Explicando lo que buscaban en la vida, sus aficiones, sus intereses, incluso su libro favorito. Y entonces Marie estrechó la mano de Antoine por debajo de la mesa, lo que significaba que estaba lista para entrar en materia. Antoine sonrió y se llevó la mano a los labios. Fue ella quien inició la conversación.

"Marc, si no te importa, nos gustaría terminar la velada en casa. ¿Quieres venir?
-Será un placer".

Recogieron sus pertenencias, recuperaron sus chaquetas y se dirigieron a la salida. Se separaron un momento para permitir a Marc recuperar su vehículo, y él les siguió a casa.

Durante el trayecto en ascensor, tuvo mucho tiempo para admirar las nalgas de Marie, sus curvas y su elegancia. Esta noche tenía suerte de poder acostarse con una mujer tan guapa. Entonces su mirada se posó en Antoine, que, todo hay que decirlo, también era un hombre guapo.

Marc ya había tenido esa experiencia, pero era la primera vez que un matrimonio se le acercaba de ese modo en un bar. Lo que más le intrigaba era que fuera Antoine quien se le acercara y no Marie.
Normalmente, a las mujeres les resulta más fácil acercarse a los hombres para iniciar un trío,

pero esto fue toda una sorpresa.

Una vez dentro del piso, Antoine le quita la chaqueta a Marc y Marie le invita a sentarse en el sofá.
Se unió a él tras coger una botella de vodka. Pensó que un alcohol un poco más fuerte que el vino sin duda la ayudaría a relajarse un poco y también a sentirse más segura de sí misma.

Antoine recogió las copas y se sentó frente a ellos. Les sirvió y esperó pacientemente. El silencio que siguió fue de lo más incómodo.
Por suerte para nuestra pareja, Marc sabía cómo relajar el ambiente. Empezó piropeando a Marie, lo que la ayudó a relajarse, y luego le hizo algunas preguntas a Antoine, que ya estaba muy emocionado.

Cuando Marc se permitió pasar un brazo por los hombros de Marie, las cosas empezaron a ponerse serias.
La acercó más a él para dejar espacio suficiente al otro lado del sofá para que Antoine se acomodara. Con un hombre a cada lado, Marie no sabía qué hacer. Una mano se deslizó bajo su barbilla y se volvió hacia su marido. Él sonrió y la besó con ternura. Mientras tanto, los labios de Marc se posaban suavemente en su cuello.

Muy suavemente, las manos de Marc acariciaron sus muslos mientras las de Antoine iniciaban un delicioso masaje en sus pechos. Rápidamente deslizó los dedos bajo el escote y llegó a los pezones, que ya estaban muy duros. Marie sintió un inmenso placer.

Dos hombres la cuidaban divinamente. Marc le quitó lentamente la falda. Sus dedos recrearon el recorrido a la inversa y excitaron su clítoris por encima del body.
Esto le arrancó un suspiro que hizo gemir a Antoine. No tardaron en quitarle el resto de la ropa. Con sus hermosos pechos al descubierto, los dos hombres empezaron inmediatamente a chupar, mordisquear y lamer sus pezones, lo que provocó pequeños gemidos de Marie. Sus muslos se abrieron por sí solos cuando la mano de su marido se volvió más atrevida.
Descubrió su sexo ya endurecido. Dos dedos expertos le abrieron el tanga, la acariciaron y cuando penetró en su coño, un gemido ronco salió de sus labios.

"No sabes lo mucho que me excitas. Me encanta cuando te mojas en mis dedos. Me encanta cuando tu coño me desea.

Tras un rápido y profundo vaivén, Antoine cedió el paso a Marc, que se arrodilló entre los muslos de la joven. Le quitó la ropa interior y se lanzó hacia lo que tanto codiciaba. Le pasó la lengua por los labios y se introdujo entre ellos.
Subió hasta su clítoris y empezó a chuparlo con avidez. Marie ya no podía más.

Tanta atención le proporcionaba un placer que nunca antes había conocido. Por supuesto, su marido le hacía el amor muy bien, pero teniendo dos hombres sólo para ella, tantas manos acariciando su cuerpo, tantas lenguas excitándola, no estaba lejos del orgasmo.

Fue cuando Antoine volvió a prestar atención a sus pezones erectos cuando ella explotó. Un orgasmo de una violencia terrible y una potencia inaudita la invadió. Pero la experiencia no había hecho más que empezar. Tras unos minutos intentando recuperar el aliento, Marie sintió un furioso deseo de ver su sexo, de tocarlo e incluso de chuparlo. Se sorprendió a sí misma. Un deseo tan fuerte no podía contenerse.

Les hizo levantarse y colocarse en medio del salón. Primero se arrodilló delante de Antoine, que estaba más que impaciente. Sin perder tiempo, le desabrochó el cinturón, le bajó la cremallera y le deslizó los pantalones por las piernas.

Llevaba unos calzoncillos bóxer en los que ella pudo ver un fino bulto creado por su ahora dura polla. Le quitó los calzoncillos y le dio un rápido lametón antes de colocarse frente a Marc. No se había olvidado de él. Él recibió el mismo trato, aunque Marie se sorprendió de que no llevara ropa interior.

Y así, mientras le subía los pantalones, una gran polla se erguía ante ella. No era rival para su marido. Él también tenía una polla que la hacía mojarse de deseo. Mientras ella estaba ocupada quitándoles los pantalones, ellos habían decidido terminar lo que ella había empezado y se quitaron las camisas.

Con los tres completamente desnudos en el salón, Marie decidió tomar cartas en el asunto. Ambos se habían acercado tanto a ella que estaba a pocos centímetros de su sexo.

En primer lugar, empezó por amasarles suavemente los cojones, acariciándolos con ligeros toques y luego, con mucha delicadeza, se apoderó de sus pollas. Cada una en una mano, se tomó el tiempo de descubrirlas, de rozarlas, de tocarlas y en silencio, las masturbó.

Al principio, se movía lentamente hacia delante y hacia atrás. Cuando los dos hombres empezaron a jadear, ella se volvió más activa y empezó a masturbarlos con más vigor.

No podía apartar la vista de sus pollas, cada vez más grandes y duras. Estaba completamente hipnotizada por su tamaño.

Luego, incapaz de aguantar más, empezó a lamerlos por turnos. Marie sabía perfectamente cómo dar placer a su marido, así que llevó a Antoine al borde del precipicio con gran facilidad. Sin embargo, como aún no conocía las preferencias de Marc, se entretuvo en su sexo para averiguar qué le gustaba y cómo llevarlo al éxtasis.

Marie seguía empapada. Nunca había pensado que una experiencia así pudiera excitarla tanto. Finalmente, cuando sintió que tenía suficiente información sobre el placer de Marc, se la chupó mientras seguía acariciándole los huevos con una mano y masturbándole la polla con la otra.
"¡Sí, vamos! ¡Chúpame la polla, zorra! Tú gimes más que yo. Eso es porque aparentemente te gusta!"

Las palabras de Marc la excitaron hasta un punto inimaginable. Eso la hizo chuparlo con más vigor.
"¿Quieres mi semen en tu sucia boquita?"

Con la boca llena del sexo de Marc, lo único que podía decir eran simples gemidos. Chupaba cada vez más rápido, acogiendo cada vez más profundamente la polla de aquel hombre al que acababa de conocer. Apretó los muslos y sintió que la humedad le corría por las piernas. Entonces, un líquido caliente se derramó por su garganta. Acababa de llegar al clímax con un largo gemido.

"¡Trágatelo, zorra! No desperdicies nada".

Ella dio un paso atrás y abrió la boca para que él pudiera ver la semilla que había recogido con la boca llena. Se la tragó de un trago. Sin perder más tiempo, se volvió hacia Antoine que, según intuía, estaba al borde del orgasmo.
Lo lamió entero y se lo llevó a la boca. Inmediatamente empezó a entrar y salir de él rápida y profundamente. Sólo duró unos instantes y él también se corrió en su boca. Repitió lo que había hecho antes con Marc. Tragó el líquido de su marido y recogió los últimos sabores justo en su sexo.

Antoine tira de ella hacia el sofá y la pone a cuatro patas. Marie obedeció y casi al instante sintió la polla de Marc, que se colocó detrás de ella. Se había colocado en la entrada de su coño y se introdujo lentamente. Ella no pudo reprimir un grito de placer cuando él llenó completamente el interior de su vagina.

Con cada embestida, ella gemía más fuerte y más alto. La follaba sin descanso, sujetándole las caderas para poder controlar el alcance de sus embestidas. Antoine se colocó frente a ella. Ella se tragó enseguida su soberbia polla y se la chupó como antes, con el mismo vigor.

De repente, sintió que un líquido se deslizaba por su ano y que un dedo ya empezaba a excitarla. Marie se había preparado para la posibilidad de que le metieran una polla por el culo, así que no le sorprendió que Marc fuera el primero en interesarse. Tras unos cuantos empujones más, sacó la polla y se tumbó en el salón.

Entonces le pidió que se acercara y se empalara en él. Marie no dudó. Se sentó suavemente sobre su miembro aún duro y ella misma marcó el ritmo. Antoine se puso detrás de ella y la llevó lentamente a pegar la parte superior de su cuerpo al pecho de Marc.

Ya habían practicado la sodomía en muchas ocasiones, así que levantó la polla con confianza hasta la entrada de su culo y se introdujo suavemente.
Una vez que su mujer se acostumbró a tener los dos agujeros llenos, empezó a entrar y salir lentamente. Sólo tardó unos minutos en acelerar el ritmo y empezó a penetrarla por todas partes.

Marie estaba casi gritando de placer, tan excitada estaba por la sensación de tener dos magníficas pollas dentro de ella. Era imposible para la joven contener las poderosas oleadas de placer que crecían en su interior.

Marc fue el primero en correrse. Todo su semen se derramó en su coño y le provocó otro momento de éxtasis. Antony se corrió poco después y se derramó en su culo todavía apretado.

Se retiró y se dirigió al sofá. Se sentó y subió a Marie a su regazo. A horcajadas sobre él, esta vez se empaló en su polla. Ella movió las caderas y sus gemidos, apenas al borde de los labios, fueron detenidos por la introducción del sexo de Marc en su boca. Encontró el sabor del esperma de Marc en su boca, así como el sabor de su humedad, rastros de los orgasmos que ya había experimentado.

Mientras su marido la penetraba, ella se afanaba en chupar aquella deliciosa polla lo mejor que podía, pero le resultaba imposible concentrarse, pues el placer era tan suntuoso. Marc decidió guiarla y le sostuvo la cabeza. Ella dejó de moverse, ahora era él quien le dictaba el ritmo y le follaba la boca.

Ella sintió que estaba a punto de correrse y le pasó sigilosamente la lengua por el glande, lo que precipitó las cosas y ella recibió al instante su semilla directamente en la garganta. Él se retiró para que ella pudiera recuperar el aliento y, sin perder un ápice de su vigor, rodeó el sofá para colocarse detrás de ella. Ahora le tocaba a él saborear su precioso culito. Le separó las nalgas y le pasó la polla por la raja.

A pesar de que su miembro estaba recubierto de todo tipo de líquidos, la introducción fue lenta y algo dolorosa. Sin embargo, esto no disminuyó en absoluto el placer que estaba sintiendo en ese momento. Una vez que Marc la penetró por completo, empezó a follarla, al principio con suavidad y delicadeza. Por la forma en que ella se aferraba a él, se dio cuenta de que había sentido dolor. Así que decidió ir paso a paso.

Cuando se dio cuenta de que ella se había acostumbrado a su polla y a sus embestidas, éstas se hicieron más fuertes y profundas. Bajo las embestidas de este casi desconocido y las de su marido, Marie no podía contener todos los potentes orgasmos que iban surgiendo; tenía la impresión de correrse constantemente y de que el placer no cesaba nunca.

Tras unos diez minutos de este tratamiento tan excitante, Marc se retiró y eyaculó directamente sobre sus nalgas. Unos chorros largos y potentes cayeron también a lo largo de su espalda. Antoine, por su parte, no podía más; había intentado canalizar su placer lo mejor posible para disfrutar cada segundo de esta experiencia, que estaba seguro se repetiría.

Se apresuró a cambiar de posición para que su mujer se sentara en el sofá. Rápidamente sacó la polla de su coño y eso fue todo lo que necesitó. Marie se encontró inundada de esperma. A Antoine siempre le había gustado eyacular sobre sus pechos y en ese momento no se había privado de ello.

Los tres jadeantes, decidieron ir al baño a lavarse y enjuagarse. Después de unas manos errantes y unos cuantos resbalones, Marc regresó a casa. En cuanto a Antoine y Marie, se acomodaron desnudos, cómodamente cerca el uno del otro, para terminar su velada tranquilamente.

VOLUMEN 3

Desde sus recientes aventuras, Marie y Antoine nunca se habían sentido tan realizados en su vida matrimonial. La confianza que se tenían el uno al otro era indefectiblemente sólida.

Como sorpresa para Marie en sus vacaciones de verano, Antoine había reservado un bungalow en un suntuoso camping del sur de Francia. Se había pasado días preparando las vacaciones, investigando las actividades de la zona y los mejores bares y restaurantes. Lo había planeado todo.

O al menos eso pensaba entonces. Con el plan ultimado, se dispuso a contárselo a su querida esposa. Aunque esperaba ver un mínimo de entusiasmo en su rostro, se sorprendió al ver perplejidad. Pensó en la última vez que la había llevado de acampada.

Aquella vez, le había entusiasmado la idea de dormir en medio de la nada, pero una vez allí, se había desilusionado rápidamente. Como no esperaba volver a la vida primitiva, al principio había confiado en que su marido se burlaba de ella y que un bungalow la esperaba un poco más lejos, pero se equivocó. Durante el fin de semana se pasó el tiempo refunfuñando, lo que hizo reír mucho a Antoine. Él sonrió al recordárselo e intentó tranquilizarla lo mejor que pudo.

"No te preocupes, mi amor, esta vez nos alojaremos en un suntuoso bungalow y te prometo que no te sentirás fuera de lugar".

Él ahogó una carcajada y la estrechó entre sus brazos. Marie se enfadó, pero decidió darle otra oportunidad. Si no le gustaban estas vacaciones, tendría que dejar de acampar para siempre, ya fuera en la naturaleza o en un camping bien equipado.

Se acurrucó en sus brazos y suspiró cuando, divertido, él le recordó que usara repelente de mosquitos. Frunció el ceño, se separó de él y le cerró la puerta de la habitación en las narices.

Al día siguiente, preparan cuidadosamente las maletas. Eligieron llevarse sólo lo mínimo para no sobrecargarse y aprovechar al máximo el descanso que Antoine les ofrecía. Ni ordenador, ni

papeles del trabajo. Sólo algo para cambiarse y un libro que Marie no podía dejar, para consternación de su marido.

El viaje iba a ser largo, así que mejor llevar algo para pasar el rato. Una vez que todo estuvo en su sitio, descansaron unas horas antes de partir hacia el camping de la playa de Boucan.

Tras horas y horas de viaje, por fin vieron una señal que indicaba la dirección de la playa. Ambos se sintieron aliviados de poner fin a su viaje. A pesar de los numerosos y maravillosos paisajes del camino, necesitaban descansar.

Sin embargo, Marie tuvo que admitir que el aire de las vacaciones le sentó bien. Era un agradable descanso ambiental de la ciudad donde vivían desde hacía ocho años.
De hecho, una vez aparcado el coche en su camping, se produjo un violento choque térmico entre el aire acondicionado del vehículo y el calor de este magnífico día de julio. La playa, directamente accesible desde el camping, era muy tentadora. Por suerte para ella, Antoine había elegido un camping donde había bungalows disponibles.

Así no hay que montar una tienda de campaña. La última y única vez que tuvo que montar una, su marido se rió tanto de ella que acabó durmiendo bajo las estrellas.

Observó su entorno y descubrió suntuosas montañas frente al mar. ¡Qué espectáculo! Aunque no lo demuestra, se alegra de haber aceptado la propuesta de Antoine.

Una vez vaciado el maletero y guardados los efectos personales, Marie pudo ponerse el bañador y dirigirse a la playa. Antoine no tardó en reaccionar cuando vio un destello de picardía en los ojos de su mujer. Se puso rápidamente el bañador. Tan rápido que estuvo a punto de tropezar con él. Recuperado el equilibrio, trotó hacia su amada.

Cogidos de la mano, pisaron la arena caliente, exhalando su placer al mismo tiempo. Sentir el calor bajo los pies, el olor del mar en una suave brisa, les hizo bien a los dos. La playa de Boucan era un lugar de encuentro para muchas parejas jóvenes, gracias a su ambiente deportivo y a sus numerosas actividades de ocio acuáticas.

Los dos amantes prefirieron mantenerse al margen, prefiriendo la discreción a bañarse entre la multitud. Sin embargo, vestida sólo con su bikini, Marie no prestó atención a las miradas que había estado recibiendo desde que llegó.

La prenda que había elegido antes mostraba su cuerpo esbelto y musculoso, formado durante muchos años en el gimnasio. Antoine, tumbado a su lado, no se perdía detalle, con los ojos clavados en su mujer.

En lugar de sentirse celoso, estaba muy orgulloso de ella. Sabía perfectamente que su mujer era sublime y que, allá donde iban, resultaba atractiva. Él no iba a ser menos, armado sólo con su bañador, sus abdominales bien definidos hacían que unas cuantas mujeres se giraran a su paso.

Para refrescarse, la joven decidió darse un chapuzón en las aguas casi transparentes del mar. Nadó unas decenas de metros para estirar los músculos, doloridos por el largo viaje en coche. Se detiene y mira hacia la orilla. Su marido parecía dormido, también cansado del viaje. Sonríe y decide acompañarle.

Se tumbó en su toalla y optó por un libro en lugar de una siesta. Estaba tan absorta en su lectura que no se dio cuenta de que pasaba el tiempo. Cuando levantó la vista de sus emocionantes aventuras, se dio cuenta de que el sol no tardaba en ponerse. Con una caricia, despertó suavemente a su amante y le ofreció un tierno beso, al que él respondió apasionadamente. Le encantaba que su mujer le despertara así.

Su primera noche en el camping fue tranquila. Habían elegido cenar tranquilamente alrededor de una mesa en el único restaurante del centro del camping. Todo salió a la perfección. El entorno idílico, las vistas, el ambiente.
Todo estaba listo para un fin de semana romántico perfecto. Una copa de vino para redondear la velada y se dirigieron a su bungalow. Una vez allí, observaron a sus vecinos de acampada en el exterior.

También una pareja joven. Cada uno de ellos estaba desplomado en una tumbona disfrutando de la noche estrellada. Fue el joven treintañero quien les saludó primero, todo sonrisas. Sin embargo, incluso en la penumbra, Antoine no pasó por alto la insistente mirada de su mujer.

Le devolvió la sonrisa y miró a su vez a la mujer del nuevo desconocido. Era muy guapa, pensó. Delgada y con el pelo liso, ella también sonreía ampliamente. Tras un rápido saludo, volvieron a sus camas, donde el sueño les recibió con los brazos abiertos.

A la mañana siguiente, Marie se levantó al amanecer. Miró a su marido, que seguía durmiendo, y

salió lentamente de la cama, dejándole recuperarse. Se duchó rápidamente, se puso un bikini nuevo y salió. Con los rayos del sol apenas visibles, aprovechó el momento para ir a descansar a la orilla del río.

Tras encontrar tranquilo y fuera de la vista el rincón que habían ocupado ayer, se dirigió allí con una toalla de baño y su libro. Le encantaban las mañanas junto al mar. El sol salía poco a poco, calentando cada vez más el ambiente. Se apoyó en un árbol, reanudó sus aventuras donde las había dejado y empezó a perderse.

Cuando una voz alegre que la saludaba la sobresaltó, dejó que el libro se le escapara de las manos. Entre su concentración, los ruidos a su alrededor y la suave música de fondo, no se había dado cuenta de que la joven se acercaba a ella. Marie tardó unos segundos en reconocerla.
La vecina de anoche. La miró con detalle, también vestida con un sencillo bikini. Se centró en sus curvas, la curva de sus lomos, sus firmes pechos y, por último, su rostro angelical y su cabello azabache. Sonreía ampliamente. Se acerca lentamente a Marie e inclina la cabeza para leer el título de su libro: *Ton bonheur avant le mien (Tu felicidad antes que la mía*).

"Oh, no lo sé. ¿De qué está hablando?"
Permaneciendo en silencio, Marie no había escuchado lo que la morena acababa de decir.
"Lo siento, no quería asustarte.
-No, no lo es. No pasa nada. Estaba tan absorto en mi libro que no te oí entrar.
Sonrieron y, tras un momento de silencio, la joven volvió a hablar.
"Por cierto, me llamo Emma.
-Marie, encantada.
-Likewise. ¿De qué trata tu libro?

Marie cerró el libro y examinó la cubierta sobriamente decorada. Tocó ligeramente el título, como si estuviera inmersa en la historia de los personajes.
"Un hombre abandona a su novia de la noche a la mañana y reaparece tiempo después para reconquistarla.

Emma frunció el ceño. Estaba perpleja ante aquel escueto resumen.
"Si me preguntas, no creo que ese hombre merezca que ella lo acepte de nuevo".

Cruzó los brazos para afirmar su opinión. Marie sonrió, negando con la cabeza, y se enderezó para colocarse mejor.

"Me temo que he resumido la historia demasiado bien. ¿Podemos tutearnos? Sobre todo porque debemos tener más o menos la misma edad.
-Claro que puedes. ¿Podría sentarme a su lado? Me gustaría mucho saber más sobre este hombre que deja a su mujer toda la noche, y además, sin ninguna explicación."

Marie se acercó y palmeó su servilleta para que el recién llegado pudiera sentarse. Hablaron de las aventuras de Pierre y de cómo había recuperado al amor de su vida. Pasaron las horas y ninguno de los dos prestó atención a la multitud que se había apoderado del lugar. Pronto no quedaría sitio a la sombra.
Al acercarse el mediodía, el gorgoteo del estómago de Marie interrumpe la discusión. Se miraron asombradas hasta que estalló una risa ahogada. Emma se rió tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

"Creo que ha llegado el momento de dejarnos y dejar que llenes esa barriguita hambrienta.

Marie se lo pensó y dudó un momento antes de sugerir que almorzáramos juntas. Emma le dedicó una enorme sonrisa y se apresuró a marcharse. Cuando llegaron al chiringuito-restaurante, eligieron una mesa apartada y pidieron una ensalada y un cóctel. Charlaron de todo, desde sus trabajos hasta su relación de pareja.
De repente, una mano delicada se posó en el hombro de Marie. Ella levantó la cabeza, dispuesta a rechazar al desconocido que se atrevía a ponerle las manos encima, cuando se dio cuenta de que su marido estaba a su lado.

"Bueno, te levantas sin mí, vas al restaurante en buena compañía, nada va más dime".

Emma enrojeció al oír hablar de su buena compañía. Sin embargo, sus ojos no se apartaron de aquel joven encantador. La noche anterior había podido distinguir una hermosa sonrisa y un aire bastante atractivo, pero ahora que lo tenía delante, tuvo que admitir que era mucho más que atractivo. Podía distinguir su cuerpo musculoso bajo la ropa e intentó imaginárselo sin camiseta.

Sus mejillas enrojecieron aún más. Al apartar la mirada, vio que su compañero también se dirigía hacia ellos. También él era muy atractivo. Conocía su cuerpo al detalle y no se cansaba de explorarlo y redescubrir cada rincón. Le sonrió de inmediato. Se acercó y se detuvo a la altura de Antoine.

"Me preocupaba no verte esta mañana, pero veo que ya te has hecho con nuestros queridos

vecinos. Y sin invitarme.
-Ah, veo que también te han dejado a tu aire en tu bungalow.
-¿Tu pareja también te ha hecho esto?

Ambas rieron, y las dos jóvenes las miraron a su vez. Emma volvió a mirar a Marie y sonrió con picardía.

"¿Qué te parece si lo repetimos mañana? Les dará pereza levantarse tan temprano como nosotros.
-Estoy de acuerdo contigo. Si tu compañero es tan perezoso como el mío, tendremos toda la mañana para volver a hablar".

Ellos también se rieron al ver la cara de ofendidos de sus compañeros. Estos últimos cogieron sillas y se sentaron a su mesa. Se conocieron e intercambiaron consejos para pasear por la zona. Una vez terminada la comida, Marie y Antoine decidieron relajarse en la playa, mientras Paul y Emma se dirigían a su bungalow.

Con el calor que emanaba del establo, dejaron rápidamente las toallas y sumergieron sus cuerpos en el agua azul del Boucan. El agua estaba fría en comparación con la temperatura exterior, lo que les vino muy bien.

Se divirtieron, se tomaron el pelo y se miraron más de una guarrada. Con el largo viaje hasta el camping, necesitaban un buen descanso nocturno y no habían podido aprovechar al máximo la cómoda cama que les habían proporcionado.

Para remediarlo, Antoine cogió a Marie de la mano y se dirigió de nuevo a la playa. Recogió rápidamente sus pertenencias y partió a toda prisa en dirección a su campamento. Su mujer sonríe, sabe perfectamente lo que está pensando. Ella también estaba hambrienta de su cuerpo y quería acurrucarse junto a él. Quería sentirlo y hacerle saber que siempre había sido toda suya.

Tras un simple saludo a Paul y Emma, que estaban de nuevo en sus tumbonas, entraron en su bungalow y se entregaron al placer sexual que ambos echaban de menos. La primera ronda fue rápida, para ambos.

La segunda vez, se tomaron su tiempo, redescubriendo sus cuerpos y explorando sus curvas y abdominales con sus manos errantes. Intentaron hacer el menor ruido posible, no querían que sus vecinos se enteraran de la actividad que se desarrollaba en casa.

Sin embargo, los gritos de Marie no eran tan apagados como para resultar inaudibles. Sin prestarle atención, Antoine no pudo contener el ronco traqueteo de su último orgasmo. Ambos rieron, plenamente conscientes de que había que revisar su discreción. Se tumbaron juntos, relajándose tras el esfuerzo físico. Pronto se quedaron dormidos.

Cuando Antoine abrió los ojos, ya era de noche. Habían dormido toda la tarde. Seguía desnudo bajo la ligera sábana que los cubría. Se estiró y miró con ternura a su mujer, que yacía a su lado, también completamente desnuda.

No se habían molestado en vestirse, aún agotados por el viaje del día anterior. Se acercó suavemente a ella y le dio un tierno beso en los labios. Notó que la expresión de bienestar de Marie no le había abandonado desde que habían terminado de hacer el amor.

Se levantó sin hacer ruido, se puso el primer bóxer que encontró y se dirigió al cuarto de baño. A pesar de la fresca temperatura del bungalow, su cuerpo sudaba. Una ducha fría sin duda le ayudaría a salir.

Cuando salió de la ducha y fue al salón, encontró a su mujer, apenas más despierta que él. Ella estaba preparando dos grandes tazas de café para ayudarles a pasar la tarde. De repente, le miró con una mezcla de deseo y amor.

Nunca se cansaba de ella. Después de tantos años a su lado, esperaba que esa mirada fuera cada vez menos frecuente, y sin embargo, cada vez que la sorprendía mirándolo, seguía llevándola.

No podría haber deseado nada mejor. Con ternura, se colocó a su espalda y la rodeó con sus musculosos brazos. Su abrazo era suave y cálido. Marie pudo sentir todo el amor que él quería darle y comenzó a besar cada milímetro de piel a su alcance. Tras este intercambio de ternura, se dirigió al cuarto de baño y se metió en la ducha.

Mientras tanto, Antoine se cambia y se acomoda en la tumbona frente a su nuevo hogar temporal. Cerró los ojos unos segundos para disfrutar del aire marino que traía una suave brisa veraniega. De repente, oye abrirse una puerta. Gira la cabeza y ve a Paul en el umbral. Paul no se percató de su presencia hasta unos minutos después, cuando fue a apagar su cigarrillo en la barbacoa de la terraza.

"Buenas noches.
-¡Buenas noches!
-Lo siento por lo que voy a decir, pero quería advertirte de que los bungalows no están muy bien aislados y que, por tanto, los momentos íntimos no son muy discretos."

Antoine se rió. Lo había sospechado, pero el placer que le había producido valía todas las indiscreciones del mundo.

"Lo siento. Sé que mi mujer y yo somos ruidosos, pero hemos intentado ser lo más discretos posible. La próxima vez no nos oirás. Me aseguraré de ello.
-¡Oh no, no! Por favor. No quiero acabar con tus momentos de "reencuentro".

Le guiñó un ojo a Antoine, que le devolvió la sonrisa.

"Mañana nos vamos de excursión en barco. Si tú y tu mujer no tenéis planes, estaremos encantados de invitaros. Emma se lleva de maravilla con Mary y será otra oportunidad para conocernos mejor. Y quizá lleguemos a conocernos de una forma totalmente nueva, quién sabe".

Con estas palabras, regresó a su piso y dejó a Antoine solo con esta última frase, que le intrigaba. ¿Había entendido bien la invitación o se estaba imaginando la posible implicación de Paul? Decidiendo no darle más vueltas y prefiriendo esperar la opinión de su mujer, volvió al bungalow para contárselo todo.

"¡¿Crees que quiere un plan de parejas?! ¿Estás segura?
-Bueno, no estoy seguro. Yo creo que sí. Tal vez la implicación era que éramos más que amigos. ¿Tú que crees?
-Dado el guiño y la invitación, yo diría que existe, en efecto, la posibilidad de que se hayan planeado algunas cosas más bien sexuales para esta salida."

Se callaron y se dejaron imaginar las distintas posibilidades que se les abrían.
"¿Quieres ir?
-La verdad es que no lo sé. No me molesta la idea del placer sexual entre parejas, pero ¿estarías de acuerdo?".

Tras un momento de vacilación, Marie respondió.

"Emma es muy guapa, no te voy a mentir. Y Paul también me parece muy atractivo. Además, las experiencias que ya hemos tenido han sido agradables para los dos. Entonces, ¿por qué no? Si en algún momento me siento incómodo, hablaré contigo.
-Por supuesto, mi amor. Pondremos fin a este experimento si algo te incomoda, o si simplemente no quieres seguir haciéndolo.
-Se ha decidido, pues, que el programa de mañana será un viaje en barco de lo más entretenido."

Le besó apasionadamente y salieron a cenar.
A la mañana siguiente, se reunieron con Emma y Paul en el puerto. Emma y Paul les estaban esperando, listos para zarpar. Una amplia sonrisa les saludó y se apresuraron a subir a bordo.

"Emma y yo estamos encantados de tenerte hoy con nosotros. Nos preocupaba un poco que nuestra propuesta le hubiera asustado, pero dado que está aquí, supongo que la insinuación era suficientemente clara.
-Sí, reconozco que en algún momento pensé que me lo había imaginado todo, pero mi mujer y yo hemos acordado probar algo nuevo y, si todo va bien, también podemos repetirlo durante estas vacaciones. ¿Cuándo dices?
-Lo que quiero decir es que voy a quitarte a Marie de encima un momento para que ambos podamos cambiarnos y disfrutar del sol en cubierta. ¿Te parece bien?
-¡Gloria! Que lo resuelvan "de hombre a hombre".

Una vez instalada, Marie se dio cuenta de que todo había sido cuidadosamente preparado para su llegada. La comida, la botella, las sábanas, la crema solar. Se había hecho absolutamente de todo para que el viaje fuera lo mejor posible y se sintieran lo bastante cómodos para entregarse a los placeres de la carne. Zarparon a la conquista de las azules aguas del hermoso Mediterráneo.

El potente motor del barco pronto les llevó mar adentro. Paul apagó el motor y ofreció a sus invitados la primera copa de champán. El sol, muy caliente, y el aire marino hicieron que el alcohol subiera más deprisa de lo normal y pronto estaban todos ligeramente borrachos.

Marie y Emma, ambas igual de bellas y encantadas de volver a verse, se acercaron peligrosamente la una a la otra. Volviéndose más táctil, Emma se permitió poner las manos sobre el cuerpo de la joven. Una sensación de calor la invadió de inmediato, haciendo que sus mejillas se sonrojaran.

Por su parte, Antoine y Paul decidieron refrescarse un poco y, dejándose caer el bañador, se

metieron desnudos en el agua. Disfrutaron de la agradable sensación de bañarse desnudos, sin nadie en kilómetros a la redonda.

Cuando las jóvenes se dieron cuenta de lo que llevaban puesto, intercambiaron miradas y, en silencioso acuerdo, decidieron quitarse también el bañador. Se unieron, ofreciendo a sus hombres un fabuloso espectáculo. Sus cuerpos desnudos y bronceados y sus deslumbrantes curvas les excitaron casi al instante.

Cerca de sus maridos, decidieron divertirse un poco. Marie se acercó a Paul y Emma a Antoine. El asombro en los rostros de ambos dio paso rápidamente a la curiosidad y la excitación.

Las manos empezaron a divagar. Mientras las manos de Paul exploraban los pechos de Marie, las de Antoine acariciaban y amasaban el trasero de Emma. Pronto decidieron que era hora de volver al barco. Tan pronto como estuvieron todos a bordo, las cosas se pusieron serias.

Emma tumbó a Marie en una tumbona a la sombra y empezó a acariciarle el cuerpo. A medida que descubría sus curvas, sus dedos tiraban de sus pezones, que se ponían cada vez más duros bajo su suave tacto. Marie hizo lo mismo, optando por un toque sensual pero firme en los pechos de la joven.

Se le escapó un gemido y se encontró a horcajadas sobre su regazo. Con las manos más dispuestas, ambos empezaron a mover sus pelvis, frotando sus ya chorreantes coños. Se oyeron gemidos cada vez más cortos y agudos. Mientras se entregaban a su placer. Los hombres habían comenzado a masturbarse ante esta escena completamente alucinante. De repente, se corrieron al mismo tiempo, haciendo que ambos hombres se corrieran a la vez.

Paul fue el primero en moverse. Se acercó a Marie, la subió a la tumbona más cercana y la tumbó. Luego se colocó detrás de ella y, sin previo aviso, la penetró con firmeza. Le limó el sexo, agarrándola de los pechos para mantenerla en su sitio. La folló vigorosamente, levantando una de sus piernas para poder penetrarla hasta el fondo. Cada una de sus embestidas provocaba gritos de placer en Marie.

Le encantaba que la pillaran fuerte y, en aquel momento, no se arrepentía de haber aceptado la invitación. Volviéndose hacia Antoine, no se perdió ni un minuto del espectáculo. A cada retirada, veía la polla de Paul penetrar brutalmente a su mujer, que gemía cada vez más fuerte.

Al cabo de unos minutos, sintió que una mano se posaba sobre su sexo erecto. Emma no iba a ser una mera espectadora. Ella también quería ser machacada por una polla, y la de Antoine le prometía el éxtasis.

Empezó a masturbarlo, primero suavemente y luego cada vez más deprisa. Cuando sintió que estaba a punto de alcanzar el clímax, se arrodilló frente a él. Le lamió todo el miembro y pasó la lengua por el glande. Empezó a chuparle y amasarle los huevos. Lo introdujo cada vez más profundamente en su boca y pronto sintió que un líquido caliente le bajaba por la garganta. Ella se tragó el licor de un trago y se levantó para darle un beso apasionado. Antoine sólo tardó unos segundos en empalmarse de nuevo.

La puso contra la barandilla e, imitando a su anfitrión, levantó una de sus piernas. De un rápido empujón se hundió en su húmedo coño y, sin darle tregua, empezó a follársela rápidamente con grandes embestidas. Emma se corrió en pocos minutos.

Sin embargo, aún no había terminado. La tumbó de nuevo en la tumbona, se giró para mirar a su mujer y a Paul, y volvió a introducir su polla en el coño de Emma. Se le escapó un largo gemido. Esta vez, decidió tomarse su tiempo. Le descubrió el cuello con los labios y se permitió explorar cada rincón de su cuerpo. Se aferró a sus pechos, del mismo modo que Paul se aferró a los de Marie. Entonces, de repente, empezó a follarla furiosamente.

Le excitaba ver cómo se llevaban a su mujer. Tanto, que se olvidó de sacarla cuando se corrió. Al ver la expresión de su cara, Paul sonrió y le dijo que no se preocupara. Su mujer tomaba anticonceptivos y él podía correrse dentro de ella tantas veces como quisiera.

Le preguntó si también podía penetrarla. Demasiado ocupada gimiendo y sintiendo placer, ella se limitó a asentir y siguió moviendo la pelvis al ritmo impuesto por el apuesto hombre. Fue todo lo que necesitó para eyacular en lo más profundo de su vagina. Marie se corrió al mismo tiempo que él y tardó unos minutos en recuperar el aliento.

Emma, por su parte, se sentó a horcajadas sobre Antoine y se empaló suavemente en su sexo. Marie hizo lo mismo. Ambas empaladas en hombres diferentes, tardaron un momento en acostumbrarse. Se movían arriba y abajo sobre sus pollas, ambas gimiendo de placer y aumentando poco a poco el ritmo de su danza. De repente, Marie empezó a temblar y, gritando de placer, besó al hombre que tanto placer le estaba dando. Emma tampoco tardó en correrse bajo los movimientos circulares de Antoine.

Marie se enderezó e inmediatamente empezó a chupársela a Paul. Bastaron dos idas y venidas para que se corriera en su boca. Tragó saliva y miró la polla de su marido. Aunque la de Paul era apetitosa, también quería probar el sexo de Antoine.
Se levantó y cayó de rodillas junto a la tumbona. Le lamió los huevos mientras le masturbaba con una mano. Sintió que una lengua se introducía en su coño y se volvió para encontrar al instigador de aquel delicioso placer.

Notó que Emma estaba tumbada de espaldas debajo de ella y reanudó su actividad. Entre la polla de su marido en la boca y las expertas caricias de Emma con la lengua, se perdió en su orgasmo con una rapidez enloquecedora. Juzgando que el momento aún no había terminado, Paul se levantó e invitó a su mujer a ponerse a cuatro patas.

Le indicó a Antoine que se pusiera debajo de ella mientras él se colocaba detrás. Antoine no dudó. Colocó su polla en la entrada de su vagina y esperó a que el joven entrara en el culo de esta sublime mujer. Una vez lubricado su ano, empujó suavemente para no hacerle daño. Antoine a su vez la penetró y ambos comenzaron a follarla.

Al principio con movimientos lentos para que se acostumbrara a tener dos rabos dentro de ella, luego, cuando consideraron que la adaptación había durado lo suficiente, la tomaron con mucho más vigor. Marie, que no quería quedarse al margen, se acercó y se sentó a horcajadas sobre los labios de su marido. Con las rodillas a ambos lados de la cabeza, miraba a Emma. Aprovechó esta posición para besarla lánguidamente mientras le acariciaba los pechos.

La segunda hizo lo mismo, aprovechando el cuerpo de la joven para sujetarse. Las embestidas hacia atrás de los dos hombres eran tan potentes que ella pensó que no aguantaría si no se agarraba a algo.

La lengua de Antoine conocía perfectamente el sexo de Marie. Su marido sabía cómo hacer que se corriera en pocos minutos. Hizo que el placer durara lo más posible, parando cuando ella estaba a punto de correrse. La soltó cuando sintió que su placer llegaba al máximo. Descargó su semilla en el coño de Emma mientras Marie se dejaba hacer en su boca.

El gemido que escapó suavemente de entre sus labios hizo que Emma se corriera. Al ver este espectáculo y con ganas de correrse también, Paul empezó a empujar más profundo y más rápido. A su vez, se corría en el culo de su mujer. Se retiró y, exhausto, se dejó caer en la

tumbona.

Los cuatro acordaron tomarse un descanso para recuperar fuerzas y tal vez volver a empezar esa misma noche. Se dirigieron a la ducha y se relajaron en un cubículo lo bastante grande para las dos parejas.

Había un gran colchón en el centro, lo que les daba espacio más que suficiente. Después de tanto esfuerzo físico, se imponía una siesta. Todos se sumieron en un profundo sueño.

En mitad de la noche, Antoine fue despertado por tiernas caricias en su sexo. Luego sintió el calor de unos labios suaves que le rodeaban. Reconoció aquella boca. Su mujer a veces le despertaba así cuando tenía hambre de él. Mantuvo los ojos cerrados para apreciar aquella delicada atención. De repente, oyó un gemido a un lado.

Giró la cabeza y vio que Paul también estaba disfrutando. Cuando miró hacia abajo, descubrió que su mujer no sólo le chupaba la polla, sino que también se la masturbaba con una de sus manos libres. Cambió de movimiento, juzgando que el sexo de su marido estaba suficientemente duro.

Ella se tragó entero el de Paul y chupó enérgicamente. Él se incorporó, queriendo acariciarle el pecho. Todavía con la boca llena, Marie intentó dar al joven un poco más de acceso. Él le excitó los pezones, haciendo que se erizaran.

Con Emma aún dormida, Antoine se levantó y empezó a lamerle el coño. Emma no se despertó, pero disfrutó de la cálida y húmeda lengua entre sus pliegues. Se le escaparon pequeños gemidos cuando Antoine le metió la lengua y le mordisqueó el clítoris.

Una mano se posó en su cabeza, sujetándola. Cuando abrió los ojos, vio a Emma totalmente despierta. Se esforzó por hacerle cosquillas, mordisquearla y lamerla. Se oyó un gemido más fuerte que los demás y ella apretó los muslos bajo la fuerza de su orgasmo. Le dio un último beso en la parte superior de los muslos y se arrodilló en la cama, dispuesto a penetrarla.

Paul, por su parte, ya se había corrido en la boca de Marie y ahora se disponía a tomarla a lo perrito.
La hizo ponerse a cuatro patas delante de él y, presionando el glande contra su culo, empezó a introducírselo con la misma suavidad que había mostrado a su mujer. Una vez que todo su

miembro estuvo dentro de ella, empezó a moverse ligeramente hacia delante y hacia atrás, y luego impuso un ritmo más rápido.

La penetró profunda y furiosamente, tanto que el sonido de sus muslos golpeando el trasero de Marie resonó en toda la cabaña. Ella se entregó en cuerpo y alma a este amante temporal durante todas estas suntuosas vacaciones. Pronto, ambos se corrieron con un fuerte gemido y se desplomaron sobre el colchón.

Poco después se les unieron sus respectivos cónyuges y volvieron a sumirse en un profundo sueño, sin olvidar mencionar que cada uno de ellos estaría listo para volver a empezar cada día del resto de sus vacaciones.

a primicia para tres

Julia era una chica que podría describirse como corriente: cursaba el bachillerato, tenía un pequeño grupo de amigos, le iba bien en el colegio y no llamaba la atención entre la multitud.

Era guapa, pero tan tímida que nadie le prestaba atención. En la escuela, no hablaba lo suficientemente alto ni tenía los pechos lo suficientemente grandes como para interesar a los chicos. En casa, sus padres, que sin embargo eran educadores, no estaban muy interesados en ella y ella no quería que lo estuvieran.

Físicamente, Julia medía 1,73 metros y pesaba 60 kilos. Tenía el pelo largo y rubio que a veces se ponía delante de la cara para que los demás jóvenes no vieran sus imperfecciones (que, por cierto, sólo ella podía ver).

Aprovechaba su tiempo libre para ir a nadar. En cuanto a su físico, tenía unos pechos bonitos y firmes y unas nalgas pequeñas (que, por supuesto, le parecían demasiado grandes). Objetivamente, Julia era una mujer guapa, pero su timidez le impedía relacionarse.

"Cariño, este fin de semana Yanis y Sarah vienen a cenar. Probablemente vengan el sábado por la noche... ¿Quién ha vuelto a tocar las tijeras?

- Yo no, mamá. ¿Se van a quedar esta noche?

- Es posible. Les haremos una oferta. Te haré saber si ... diablos, todavía estamos buscando esas tijeras ".

Julia subió a su habitación. No sabía dónde estaban las tijeras y, dado que sólo había tres en la casa, sospechaba que su madre estaba extraviando las cosas que buscaba. Julia se tumbó en la cama. Coge una hoja de repaso e intenta concentrarse en los principios de la globalización.

Le encantaba cuando los amigos de sus padres venían a cenar. Siempre era una ocasión festiva y, ahora que había crecido, los hombres la miraban de otra manera. Abandonó su hoja de repaso y abrió su armario. Quería estar guapa el sábado.

El sábado llegó rápidamente. Durante todo el día, Julia ayudó a sus padres a cocinar y a limpiar la casa. Hacia las seis de la tarde, les dejó.

Se metió en la ducha y se arrancó todo el pelo. Se sentía tan guapa sin pelo que, aunque nadie

pudiera verlo, lo hizo. Se puso un vestido con mangas tres cuartos y escote profundo. Se deslizó unas medias por sus largas piernas y se pegó la parte pegajosa en la parte superior del muslo. Pensó que no debía agacharse demasiado.

Se puso un poco de máscara de pestañas, base de maquillaje para igualar su tez y una línea de pintalabios. Cuando bajó, su madre la besó en la frente y le dijo que estaba preciosa.

Yanis y Sarah llegaron sobre las siete de la tarde. Julie los besó a los dos. Yanis la felicitó.

"- Tu hija se ha convertido en toda una mujer, tío. Debe estar causando estragos.

- La estás sonrojando. No la molestes".

Yanis se pasó las manos por el pelo. Julia fue a la cocina para recuperar la compostura.

Trajo unos vasos y se sentó en el sofá junto a Yanis a beber una cerveza. Los hombres estaban enfrascados en una conversación sobre trabajo, mientras las mujeres discutían sobre un hijo complicado. Julia le arrebató el paquete de tabaco a su padre y salió.

Sólo se le permitía fumar por la noche y tuvo cuidado de no infringir esa norma. Encendió el cigarrillo en la oscuridad. Se alejó del ventanal que daba al jardín y se sentó en una tumbona. Oyó abrirse el ventanal. Abrió los ojos y vio a Yanis. Julia tiró ligeramente de su vestido. Él se acercó y se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la tumbona.

"¿Me pasas un cigarrillo?

Julia le entregó el paquete. Sus dedos rozaron su piel. Julia se estremeció. Se dio la vuelta. Abrió el mechero y encendió el cigarrillo. Él la miró fijamente. Julia se sonrojó. Menos mal que estaba oscuro.

"- ¿Me haces un sitio en la tumbona? El suelo está frío".

Julia movió los pies y Yanis se sentó en la tumbona. Cogió los pies de ella y los colocó sobre sus piernas, a la altura de su entrepierna.

Se metió el cigarrillo en la boca y le quitó los tacones a Julia. Suavemente, le acarició los pies, masajeando los puntos sensibles. Un gemido salió de la boca de Julia, en contra de su voluntad.

Yanis sonrió en la oscuridad. Siguió masajeándole los pies.

"¿Cómo van las cosas en la escuela?

- ¿Tenemos que hablar de ello? Me cuesta concentrarme para repasar el bachillerato, eso es todo.

- No creía que fuera un tema tabú", ríe. "Tu padre me dijo que sacaste excelentes notas.

- Excelentes notas en comparación con los niños con los que trabaja.

Yanis le masajeaba ahora las pantorrillas. Julia tuvo la impresión de sentir un bulto duro en los pantalones. No podía asegurarlo y prefirió no hacerse ilusiones. ¿Qué podía tener que ver un hombre de 40 años con una chica de 18?

"¿Quieres tomar algo?

- Tomaré una cerveza".

Yanis se marchó, dejando que las pantorrillas de Julia se enfriaran. Metió la mano bajo el vestido y se tocó el sexo: estaba húmedo. Se acarició el clítoris y retiró la mano: no quería que la pillaran en esa posición tan íntima. El alcohol le daba ganas de acariciarse y ser más tímida.

"- Toma, te he traído un cóctel. Tu madre me dijo que te gustaban.

- Había olvidado que lo había hecho, es verdad".

Julia levantó las piernas y Yanis se sentó, sonriendo. Dejó el vaso en el suelo y le cogió los pies con las manos. Subió por sus piernas y le masajeó la rodilla y la pantorrilla. La respiración de Julia se acelera. Intentó quedarse quieta, pero su cuerpo ardía.

"Julia, te has convertido en una mujer muy guapa.

- Gracias Yanis. Sarah también es una mujer hermosa.

Yanis se levantó de la tumbona y fue detrás de Julia. Pasó sus cálidas manos por los hombros de Julia. Los masajeó con mucho cuidado. Julia cerró los ojos y disfrutó de la calma.

Sentía las manos de Yanis masajeándole la garganta y la parte superior del pecho. Su cabeza le gritaba "más profundo".

Yanis debió de oírla, porque le pasó los dedos por el cuello y le masajeó entre los pechos. Julia ya no podía contener la respiración entrecortada. La segunda mano de Yanis masajeó la parte superior del pecho de Yanis.

Él continuó y poco a poco fue tomando sus pechos entre las manos. Julia perdió el equilibrio. Sintió la boca de Yanis en su cuello. Su respiración se aceleró. Él se puso a su lado y volvió a besarle el cuello. Sus manos no se movieron del sujetador. Julia gruñó.

"No está bien lo que estamos haciendo.

- Lo sé -respondió Yanis-.

Buscó la cremallera del escote de Julia y tiró de ella hacia abajo. Pudo ver que Julia llevaba un sujetador transparente con flores negras que ocultaba sus pezones. Se mordió el labio. Julia le estaba mirando.

Conocía su cuerpo, pero no sabía el efecto que causaba en los hombres. Yanis soltó uno de los tirantes del sujetador, luego el segundo. Pasó la mano por la espalda de Julia. Ella le ayudó quitándose las mangas del vestido. Se quedó en topless delante de él.

"- Tus pechos, Julia, tus pechos son ... increíbles. Quiero deslizar tus pezones entre mis labios.

- Hazlo".

Yanis se acercó a su pecho, como a cámara lenta. Tomó su pecho con una mano y deslizó su pezón entre sus respiraciones. Julia gimió. Se pasó la mano por el pelo. Nada existía ya a su alrededor. Él chupaba y mordisqueaba. Deslizó la mano sobre la boca de Julia, lo que no hizo más que aumentar su excitación.

Yanis aceleró el paso: sabía que no tenían mucho tiempo. Volvió a sentarse a los pies de Julia. Ella le miraba, esperando a que pusiera las manos sobre su cuerpo. Tenía el vestido abierto.

A la luz de la luna, estaba aún más excitante que de costumbre. Sin dejar de mirarla, le abrió los muslos. Vio que llevaba medias, no leotardos. Deslizó la mano entre sus muslos y notó que ya estaba bastante mojada.

"- Oh ..."

Yanis le descorrió las costuras del tanga y le pasó los dedos por la zona húmeda. La acarició sin penetrarla. Sus dedos se deslizaron por su sexo. Julia había cerrado los ojos.

"- ¿Te ha tocado alguien aquí?

- No", respiró.

Yanis sintió una presión extra sobre sus hombros. Tenía que tomarse su tiempo. No quería que ella sintiera asco por el sexo por su culpa. Le acarició el clítoris y le introdujo ligeramente un dedo. Julia gimió. Era muy expresiva, lo que agradó a Yanis.

Oyeron abrirse la puerta de cristal. Julia se subió rápidamente la cremallera del vestido y Yanis se enderezó. Su padre encendió un cigarrillo antes de unirse a ellos.

"¿Estabas charlando? Tu mujer se preguntaba qué estabas haciendo.

- Mujeres... -respondió Yanis en tono relajado-, estuvimos hablando con su hija sobre sus exámenes de Selectividad.

- Está que arde. ¿Le dijiste que obtuviste un 14 en tu examen de prueba?"

A Julia le costaba volver a conectar con el mundo. Murmuró un débil "sí". Su padre se sentó detrás de la tumbona, contra la pared. Sólo podía ver a Yanis. Yanis aprovechó para volver a meter la mano entre las piernas de Julia.

Siguió hablando con su amigo. Julia mantuvo las piernas juntas, sintiendo que había demasiado riesgo, pero Yanis siguió acariciándole el muslo. Julia finalmente cedió, excitada por la situación. Los dedos de Yanis acariciaron su clítoris. Le introdujo un dedo. Julia tosió.

"Te estás resfriando, Julia. Ve a taparte.

- No papá, yo... tragué mal mi saliva".

Julia se dio cuenta de que su excusa era endeble. El dedo de Yanis la penetró por completo. Su cuerpo se sacudió y él empezó a penetrarla. Su pulgar tocó su clítoris. Continuó acariciándola. El padre de Julia le hizo una pregunta.

"Julia, ¿le has dicho a Yanis que tienes un pretendiente para el baile?

- No -respondió ella con brusquedad-.

- Bueno, cuéntaselo.

- Sí, te escucho, Julia", se burló Yanis.

- Está bien, si quieres. No es... tan importante. Yo anh ... um, es un chico de la escuela. Es... simpático. ¡Quizás me lleve, eh, me invite a salir!"

Julia sintió que se iba a desmayar. Se había llevado la mano a la boca. Tenía los ojos muy abiertos.

Estaba a punto de correrse. Yanis también lo notaba: aceleró el movimiento de su mano y continuó hasta que ella se corrió alrededor de sus dedos. Julia soltó un gemido bajo que se desvaneció en la noche. Retiró la mano, se la limpió furtivamente en los pantalones y el padre de Julia volvió a ponerse en pie.

"¿Entramos? Las mujeres deben haber terminado sus bebidas.

- Estaré detrás de ti".

Julia estuvo sola en la noche durante unos minutos. Acababa de ser acariciada por uno de los amigos de su padre. Ni siquiera estaba enfadada por ello. Por otra parte, su corazón latía demasiado rápido para volver al salón.

Inspiró cinco veces, tomándose el tiempo necesario para sentir el aire en los pulmones, y luego puso un pie en el suelo. Se agarró al respaldo de la tumbona: parecía borracha cuando sólo había tomado una cerveza y un vaso de cóctel. Abrió el ventanal.

"- Querida, ¿no tienes frío con tu vestido afuera? ¿Quieres otra copa? preguntó su madre.

- Er... sí, mamá. Gracias."

No se atrevió a mirar ni a Yanis ni a Sarah. Se sentó junto a su madre y observó el fuego crepitando en la chimenea.

Cogió su teléfono y se concentró en él. En realidad, miraba a Yanis con sigilo. No se atrevía a mirarlo a los ojos, pero no tenía miedo de mirarlo.

"Iré a por unos pasteles.

- Quédate quieto, hombre, yo lo haré. Sigue moviéndote.

- Gracias, amigo. Cariño, ¿puedes ir a ayudarle?"

A Julia le dio un vuelco el corazón. Iba a quedarse sola con el amigo de su padre en la cocina.

Era una cocina abierta con una barra que la separaba del salón. Se puso detrás de la barra con Yanis. Sirvieron las tostadas en platos grandes. Las manos de Yanis chocaron con las de Julia.

Se agachó para coger un plato grande del último cajón y se dio cuenta de que los pantalones de Yanis seguían deformados. Sin perder un instante, le desabrochó los pantalones. Yanis le acarició la cara e imitó un "no" en los labios. Los demás invitados no podían ver a Julia: sólo la cara de Yanis les delataba.

Un bonito pene de tamaño razonable salió de los calzoncillos de Yanis. Julia nunca había tocado un pene, pero había visto vídeos porno y sabía cómo hacerlo. Desabrochó el glande y le puso los labios encima. Yanis la agarró por el hombro.

Había que hacerlo rápido. Julia respiró por la nariz y se metió en la boca la mayor parte del pene de su amante. Respiraba con fuerza. Avanzó y retrocedió varias veces y jugó con la lengua alrededor del glande. La mano de Yanis estaba ahora en su pelo. Jugaba con su boca.

"- Amigo, ¿necesitas ayuda?

- No, está... bien.

- Sarah, ¿quieres otro vaso de cóctel?"

Julia se apresuró a retirar el pene de Yanis de su boca. Él la molestó con dificultad en sus pantalones, entonces Julia resurgió. Su padre no se había dado cuenta de nada. Se dirigió a la

cocina para llenar la jarra del cóctel.

Yanis tenía las mejillas sonrojadas, a Julia le faltaba el aire y su padre los miró. No se quedó mirando mucho tiempo y entabló conversación con Yanis.

Julia fingió estar repentinamente cansada y se retiró a su habitación. No podía controlarse cerca de Yanis y sabía que estaba jugando con fuego. Necesitaba tomar distancia de la situación.

Se tumbó en la cama, se enderezó, se quitó el sujetador y volvió a tumbarse. El corazón se le aceleró. Se pasó la mano por la frente y se echó a reír. Julia, la pequeña mojigata del colegio, acababa de ser chupada y acariciada por un hombre tan maduro como su padre.

Se sintió encantada de haber roto las reglas y de saber que atraía a un hombre que conocía a las mujeres. Cogió un libro e intentó leerlo, sin mucho éxito. Finalmente, oyó las voces de sus padres, que deseaban a los invitados un buen viaje de vuelta a casa.

"Espera, iré a saludar a Julia a su habitación.

- ¿La saludas de mi parte también? Estoy cansado y borracho (*risas*), no quiero que me vea así".

Julia se sentó en su cama. Estaba a punto de entrar en su habitación. Tenía que estar presentable. Se colocó frente al espejo, se limpió los restos de rímel que se habían corrido y esperó. Llamó a la puerta.

"Adelante.

- ¿Nos has oído? Nos vamos.

- Bien".

Yanis se acercó a Julia. Le acarició la cara y la besó con todo el ardor de su escapada. Julia se aferró a su cuello y le devolvió el beso. Chasquearon los dientes. Recuperaron el aliento, apretados. Volvieron a besarse, más suavemente.

Espero que no te arrepientas", dijo.

- Espero que tú tampoco te arrepientas", respondió.

Yanis la besó por última vez y se marchó. Julia volvió a quedarse sola, con el corazón latiéndole desbocado. Fue al cuarto de baño a ponerse el pijama. Oyó que sus padres recogían los platos y que su madre llamaba suavemente a la puerta de su habitación.

"¿No estás dormido? ¿No te has aburrido esta noche? No es divertido ser el único de tu edad. Invita a uno de tus amigos la próxima vez. Te lo decimos siempre, pero de verdad, no nos importa. Si te hace la noche más agradable...

- Pasé una velada encantadora, mamá.

- Tanto mejor entonces. Te deseo una buena noche, querida.

- Buenas noches a ti también, mamá.

La puerta se cerró detrás de su madre. Julia se durmió como si estuviera en las nubes.

La semana siguiente transcurrió sin incidentes para Julia. Le costaba concentrarse en clase, pero hacía lo que podía. Yanis no había aparecido y ella no esperaba que lo hiciera. El viernes por la noche, Julia estaba entre sus padres viendo una película cuando su padre tomó la palabra.

"Julia, el sábado por la noche, Yanis y Sarah vienen a cenar otra vez y hemos invitado a Seb y a su novia.

- ¡Oh, cariño!

- Lo siento, pero las cambia todo el tiempo. Ni siquiera sé con quién está en este momento. De todos modos, todos estarán allí. Si quieres invitar a un amigo ...

- Lo sé, papá. Puedo dejarte solo si quieres.

- No, de nada, cariño".

Volvieron al argumento de la película. Julia sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, latía muy deprisa. ¿Había propuesto Yanis esta comida? Nunca lo sabría, pero podía imaginárselo. Aquella noche le costó dormirse y se despertó tarde.

Ayudó a su madre a cocinar y a su padre a limpiar la casa, y luego fue a elegir su atuendo. Llevaba un sujetador transparente sobre la parte superior de los pechos y uno opaco sobre el

pezón, así como un tanga con un hilo a cada lado que subía por encima de las caderas. Llevaba medias con orejas de gato a la altura de los muslos. Julia añadió a su lencería una faldita de tartán y una camisa blanca. Se sentía como una vulgar colegiala en una película porno, pero se creía guapa.

"Todo bonito, cariño, voy a parecer una mierda a tu lado.

- Siempre eres la más hermosa para mí -respondió su marido, cogiéndola en brazos-. Lo siento, cariño.

Julia puso los ojos en blanco y le sacó la lengua a su padre. Quitó el agua de las plantas y se puso un poco más. Sentía la necesidad de ponerse en movimiento para no pensar en lo inevitable. Llegó la hora y el timbre sonó en toda la casa. El corazón de Julia latía desbocado.

Sébastien y su nueva novia llegaron primero. Julia supo enseguida que no podía llevarse bien con la chica nueva. Las chicas tenían casi la misma edad, pero eran diametralmente opuestas. Julia escucha una conversación entre Sébastien y su padre.

"Es joven, ¿verdad?

- Está bien, tiene 25. Tiene más de 18, ¿no?

- Ten cuidado, ¡pronto los sacarás de la cuna!".

Los dos hombres se rieron. Julia volvió al salón. Tenía las manos sudorosas. Entregó a las mujeres vasos de aperitivo y se sentó en el sofá, con cuidado de que nadie viera su tanga. La otra joven habló:

"Es una locura, me siento como si estuviera en una fiesta con mis padres", se rió, hablando como una tonta.

La madre de Julia sonrió amablemente mientras su padre y ella ponían los ojos en blanco. Los padres de Julia ni siquiera intentaron que las jóvenes hablaran entre ellas: eran completamente diferentes. El timbre volvió a sonar en la casa.

"- ¿Vamos a abrir Julia?"

Julia tuvo que elegir entre obedecer a su madre y escapar de la joven conquista de Sébastien o enfrentarse a su amante. Eligió obedecer a su madre y enfrentarse a su amante. Cuando Julia abrió la puerta, no pudo ver a Yanis, que se escondía bajo un gran ramo de flores. Se lo ofreció a la madre de Julia, que se jactó como una joven adolescente. Sarah besó a Julia y luego dejó sus cosas en el pasillo. Yanis le devolvió el beso, en la comisura de los labios. Julia era incapaz de hablar. Tenía la boca seca.

"Sébastien y Coralie ya han llegado.

- ¿Y?", preguntó Yanis con una mueca.

- Te dejo que juzgues por ti mismo.

- Julia, ven y ayúdame a aguantar a la nueva conquista de este tipo".

La cogió por la cintura y la empujó delante de él. El gesto, que antes había parecido inofensivo, se cargó de electricidad. Julia avanzó con dificultad. Sarah y su madre estaban frente a ellas. Cogió las manos de Yanis y las deslizó sobre sus caderas, contra su piel. Yanis se incorporó rápidamente y la miró con ojos grandes. Un destello de picardía pasó por los ojos de Julia.

"¡Yanis! Mi hija te está molestando. Ella te adora, no debes echárselo en cara.

- Anh pero eso es una locura, eres muy musculoso. Los hombres musculosos me resultan muy excitantes", añadió Coralie, todavía con su voz ronca.

Surgió un sentimiento de inquietud. Todos los invitados se miraron de reojo, inseguros de cómo reaccionar. Al final, el anfitrión de la velada salvó este primer encuentro.

"Bueno, vamos a tomar algo para celebrar nuestro reencuentro.

- Papá, nos reunimos la semana pasada con Yanis y Sarah.

- Cualquier cosa es una buena razón para beber una cerveza fría", charria Yanis.

Coralie se acerca a Julia con su vaso. Le preguntó por su último año de instituto y le dio a

entender que entonces estaba más centrada en los hombres que en el bachillerato. Julia sonrió amablemente, sin querer herir a Sébastien, que le caía bien. Era amigo de su padre desde hacía mucho tiempo.

"Ju', ¿quieres venir a fumar conmigo?", preguntó Sébastien.

Julia miró a Coralie, que obviamente esperaba ser invitada, pero Sébastien no hizo nada. Julia sonrió tímidamente a Coralie y siguió a Sébastien. Éste sacó un cigarrillo y un mechero y se los dio.

"¿Cómo lo encontraste?

- Parece simpática. Lo principal es que te guste".

Sébastien se rió. Sabía que ella no era la elección unánime. Yanis se unió a ellos fuera. Rodeada por los dos hombres, Julia sintió que su libido se encendía. En la oscuridad, Yanis acarició suavemente las nalgas de la joven. Ella intentaba seguir la conversación de Sébastien, pero los dedos de Yanis hacían contacto con la piel de su trasero. Ella se estremeció.

"Tienes frío, Julia. ¿Vamos dentro? Al mismo tiempo, no vas bien abrigada a pesar de ser primavera.

- No, no te preocupes, Seb.

- ¿Te imaginas si todas las chicas del colegio hubieran sido tan encantadoras como Julia? Nunca habríamos sacado el bachillerato".

Yanis respondió riendo. Su mano estaba ahora completamente bajo la falda de Julia. Se había acercado a ella para intentar meterle la mano entre los muslos. Ella no le ayudaba. Sébastien acabó dándole un golpecito en el hombro y se vio obligado a retirar la mano.

"- Bueno, esa no es toda la historia, pero ¿quién quiere otra cerveza?

- ¿Vas a conseguirnos tres?

- Funciona".

Nada más cerrar la puerta de cristal, Yanis se volvió para mirar a Julia con mirada depredadora. Ella se acercó a él, abriendo suavemente dos botones de su blusa y dejando al descubierto su sujetador, que estaba segura de que la mostraba en todo su esplendor. Yanis cogió un pecho con la mano como si sostuviera un jarrón de porcelana y deslizó la otra mano entre los muslos de Julia. Introdujo medio dedo y empezó a girarlo dentro de su sexo. Oyeron que la puerta se abría y Julia volvió a pulsar un botón.

"¿Interrumpo algo?

- No, ¿por qué dices eso?", preguntó Julia inocentemente, aunque la sangre le corría a toda velocidad por las venas.

- No hablas y tengo la sensación de que algo acaba de pasar.

- Estás alucinando, tío. No es agradable envejecer, no soportas bien el alcohol".

Sébastien se quedó mirando el escote de Julia y luego a ella. No sabía mentir. Luego miró a Yanis, que bajó los ojos. Sébastien comprendió lo que pasaba.

"- Amigo ... me estás tomando el pelo."

Julia se puso lívida. Sébastien le pidió a Julia que volviera a la casa: quería charlar con Yanis. Cuando llegó al salón, su madre le preguntó si no se aburría. Coralie saltó sobre ella y le susurró al oído:

"¡No me dejes con todos estos viejos! Necesito una novia.

- Estás hablando de mis padres y esas cosas. Tengo que ir al baño -replicó Julia con frialdad.

En el cuarto de baño, respiró con calma para recuperar la compostura. No se sentía bien. Si Sébastien se lo confesaba todo a su padre y a su madre, se sentiría muy avergonzada. Y entonces Sébastien... Julia oyó que llamaban a la puerta. Abrió la puerta y vio a Sébastien.

"- ¿Puedo entrar?"

Ella le dejó pasar. Se sentó en el retrete y la miró.

"Has crecido mucho, Julia. Ahora eres una mujer, tomas las decisiones que quieres, pero me temo que en algún momento te arrepentirás. Yanis es un hombre bueno y amable, ese no es el problema, pero no tiene tu edad. Necesitas conocer gente de tu edad, Ju.

- No me interesan. No me interesa nadie. No me hago ilusiones con Yanis: es y será siempre amigo de mi padre, pero cuando está en la habitación todos mis sentidos se vuelven locos y me parto de risa. ¿No vas a decir nada a mis padres?

- Claro que no, ya eres mayorcita para arreglártelas sola y no creo que tus padres necesiten saber toda tu vida sexual. ¿Has tenido relaciones sexuales alguna vez?", preguntó tímidamente.

- No, no lo he hecho. Nunca he hecho nada. Estoy... estoy aprendiendo con Yanis.

- ¿Y qué pasa con Sarah?

- ¡Seb!"

Julia se acercó a Sébastien para tocarle el hombro. No quería pensar en la mujer que le gustaba. Sébastien dejó de hacer lo que estaba haciendo y se enderezó, aún sujetando la manivela. Julia dejó de reír. Era mucho más imponente de lo que había sido sentado en el retrete. Un velo pasó ante sus ojos.

"Yanis me dijo que eras muy expresivo.

- Y... ¿quieres comprobarlo?", preguntó Julia con voz blanca.

Todo cambió entre las dos personas. Sébastien cogió a Julia por las caderas y la dejó junto al lavabo. Se desabrochó la camisa para mostrarle el pecho. Su boca le rozó el cuello. Aspiró su aroma de mujer joven.

Pensé que había sido un error con Yanis", cuestionó Julia.

- Cállate. No me importa tontear con él. Nos estás volviendo locos, Ju".

Sébastien apretó su intimidad contra la falda de Julia. Ella levantó la tela por su propia voluntad y Sébastien tiró de sus pantalones. Sus carnes entraron en contacto. Julia suspiró aliviada. Ningún pene la había tocado tan de cerca. Sébastien apretó el pene con fuerza, haciendo

aparecer el glande. Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolió.

"- Ju ..."

Su glande se deslizó fácilmente entre los labios de Julia. Un simple movimiento le habría permitido penetrarla. Volvió a mirarla y le besó la mejilla. Julia adelantó el pene para no perder el contacto con aquella fuente de calor.

"Tú...

- Quiero que me penetres Séb, quiero tener una polla dentro de mí. Estoy tan cachonda que duele".

Yanis le había dicho que Julia era virgen. Se tomó su tiempo para penetrarla en el cuarto de baño de sus padres. Cuando su pene estuvo completamente introducido, la besó y le acarició el pelo. Empezó a moverse dentro de ella. Su mano le agarraba las nalgas. Julia gimió mientras él le mordía el hombro. Jadeaban juntos de placer. Julia le susurró al oído que le gustaba tener un pene dentro. Sébastien aumentó sus movimientos. Quería oírla correrse en su oído. *Toc, toc, toc*. Julia miró a Sébastien: ¿quién iba a contestar? Julia se arriesgó.

"¿Sí?

- Es Yanis. ¿Podemos hablar?

- Er... n"

Sébastien se apartó de Julia, intentando no hacerle daño. Abrió el pestillo de la puerta y dejó entrar a Yanis. Yanis los miró uno a uno: se sentía demasiado.

"Ju, ¿te gustaría hacer un trío?

- Tío, ¿llevas quince minutos dándome la lata y te encuentro en ella?".

Julia sujetó con fuerza su falda. Podía sentir físicamente la ira de Yanis. Bajó los ojos y se

acercó a él. Lo abrazó. Su boca buscó los labios de él para compartir un beso unidireccional. Lo intentó por segunda vez. Las manos de Yanis acariciaron el pelo de Julia. Le gruñó. Sébastien ya no tenía fuerzas.

"Yanis, me gustáis los dos. No debería haberme acostado con él, pero tampoco debería haber dejado que me acariciaras. Todos estamos en una mala posición. Yo... te deseo".

Julia había sacado la polla de Yanis de sus pantalones. Lo masturbaba mientras hablaba con él. Yanis se llevó la mano a la espalda y cerró el pestillo de la puerta. Miró a Sébastien y le dio un golpecito en el hombro: los dos hombres se habían reconciliado. Julia cogió la polla de Sébastien con la otra mano y acarició a los dos hombres. Su sexo estaba desnudo bajo la falda.

"- Julia, no sabes nada de los hombres. Usted no debe moverse demasiado rápido.

- Confío en ti, enséñame.

- Eres la hija de... oh"

Julia se había puesto a la altura de sus penes. Se metió en la boca el de Sébastien y luego el de Yanis. Los encadenó, recuperando el aliento entre las profundas gargantas. Los dos hombres disfrutaban de la boca húmeda y caliente de Julia.

"- Ju, ¿te importa si te llevo? Puedes chupársela a Yanis al mismo tiempo.

- Será un placer.

- Tendremos que darnos prisa. Los demás están en el salón", replica Yanis.

Julia le tendió las nalgas a Sébastien y se llevó el pene de Yanis a la boca. Lo miró todo lo que pudo. Yanis le sonrió, tranquilizándola. Los dos hombres acariciaron el cuerpo juvenil de Julia. La halagaban.

"Julia, chupas muy bien. Tu lengua y ... tu boca ... puré

- Y tu culo... quiero comérmelo. ¿Quieres cambiar Yanis? "

Julia se dio la vuelta y ofreció su culo a Yanis. Por fin pudo penetrarla. Su polla era más gruesa y Julia se estremeció. Se tomó su tiempo para no hacerle daño y empezó a hacerle el amor. Era tan rápido que la polla de Sébastien no permaneció mucho tiempo en la boca de Julia.

"- Espera ... ez, espera."

Julia se dio la vuelta y le indicó a Yanis que se tumbara en el suelo. Su cuerpo musculoso de cuarenta y tantos años volvía loca de deseo a Julia. Se sentó sobre su tenso pene y luego le indicó a Sébastien que se colocara encima de Yanis, a su altura. Se llevó el pene de Sébastien a la boca y, a horcajadas sobre Yanis, chupó a su otro amante.

"¿Cariño? ¿Va todo bien?"

Mierda, su madre venía a su encuentro. Sébastien le sacó la polla de la boca, pero Yanis siguió follándosela. Ella respondió con la mayor naturalidad posible.

"Sí, mamá, bajaré en unos minutos.

- Vale, ¿no has visto a Yanis y Sébastien?

- No... Mamá. Arg.

- ¿Estás bien, cariño?

- Claro, mamá".

Yanis siguió haciéndole el amor. Julia tuvo un orgasmo cuando oyó que su madre se iba al salón. El ya apretado sexo de Julia se tensó aún más y Yanis eyaculó profundamente dentro de ella. Cuando volvió a abrir los ojos, él parecía arrepentido.

"- Yo, podría haberte pedido permiso, pero..."

Para acallarlo, Julia lo besó cariñosamente y se acurrucó contra él. Yanis se encontró con la

mirada de Sébastien: aparte de la atracción que sentían por ella, Julia era una chica agradable.

Se retira del sexo de Yanis y se sienta en el borde de la bañera. Le hizo un gesto a Sébastien para que se acercara y se llevó el pene a la boca. Se lo chupó hasta que se corrió en su boca.

Cuando terminó, todos se vistieron. Los dos hombres abrazaron a Julia y le dieron las gracias por el revolcón.

"Atraviesa mi habitación y sal al jardín. Dile a mis padres que has ido a dar un paseo.

- Funciona".

Unos minutos más tarde, Julia ya estaba en el salón con sus padres. Coralie le estaba contando una historia sobre su trabajo. Vio llegar a los chicos. Hablaban entre ellos.

"¿Dónde has estado?

- Necesitaba un cigarrillo y caminamos un poco -respondió Sébastien-.

- Llámame la próxima vez, yo también tenía ganas de fumar.

- Pero claro que te llamaremos, roudoudou", replicó Yanis, pellizcándose las mejillas.

Los dos hombres miraron furtivamente a Julia. Compartían un delicioso secreto que no estaban dispuestos a olvidar. Julia los miraba por encima de su copa, aún enamorada.

mpartido con una pareja

Son casi las once de la noche cuando por fin dejo de charlar con Jack. Como de costumbre, se nos acaba el tiempo y no nos damos cuenta de que pasa volando. A pesar de los años, siempre tengo algo que decirle, siempre tenemos algo de qué hablar, sea lo que sea. No es mucho mayor que yo, apenas supera los treinta, así que tenemos mucho en común.

Por mi parte, me encantaría hacer una licenciatura en literatura, ya que siempre me ha gustado leer, escribir, desarrollar mis conocimientos de la lengua francesa y descubrir a los grandes autores franceses y extranjeros. Jack no está especializado en literatura. Sin embargo, también es un ratón de biblioteca y cada semana me presenta un montón de libros nuevos, así que le debo mi actual cultura literaria.

En general, siempre estoy en casa de Jack y Emma por las tardes para cuidar de sus hijos: Eddy y Lola. Son encantadores y me llevo muy bien con los dos, probablemente porque los conozco de toda la vida.

Mis padres son amigos de Jack y Emma desde hace años, me conocieron cuando era adolescente y recuerdo haber sentido algo por Jack entonces. Siempre me ha parecido terriblemente sexy, es un poco como un hombre prohibido para mí. Sé que está casado con Emma, sé que tiene hijos, sé que es mayor que yo, sé que lo tenemos todo junto para que no pase nada entre nosotros. Pero mi cerebro no deja escapar esta fantasía y todavía tengo esta pequeña esperanza de que algún día podré hacer Jack, sólo una vez. Estoy segura de que sería increíble, debe de tener tanta experiencia y tantas cosas que enseñarme. Estoy segura de que sabe cómo cuidar a una mujer.

Saludo rápidamente a Jack y salgo de casa a toda prisa para no perder el autobús. Emma me detiene poniéndome una mano en el hombro derecho:

- *¿Aún no te has ido?* dijo sorprendida.
- *No, sabes que Jack y yo, una vez que empezamos a hablar de libros, no paramos.*
- *¡Así es! Es muy tarde, te llevaré a casa.*
- *¿Estás seguro de esto? Todavía tengo que coger un autobús.*
- *Nunca se sabe con qué tipo de gente te puedes encontrar en el transporte público a estas horas, así que me sentiría más a gusto acompañándote a casa.*
- *Bien, gracias.*

- *De nada.*

Ciertamente estoy cerca de Jack, pero también estoy muy cerca de Emma. Es la mujer que siempre he querido ser. Es hermosa, sexy y se expresa perfectamente. Puedo entender por qué Jack se enamoró locamente de ella, es realmente increíble.

Por el camino, Emma pone música y charlamos un rato. Yo tengo algo menos que decirle, pero aun así conseguimos hablar de muchos temas.

Al cabo de unos minutos, de repente me sentí un poco incómodo, sin saber muy bien por qué. Emma me lanzaba miradas rápidas de vez en cuando, pero mantenía la concentración en la carretera. Intento concentrarme en el paisaje que hay fuera de mi ventanilla, pero sin mucho éxito. Tengo la sensación de que Emma siente mi atracción por Jack, no sé si está celosa o enfadada, pero seguro que pronto me lo dirá.

Le oigo respirar hondo y mis piernas empiezan a temblar:

¿Cómo van las cosas con los niños?

Muy bien, son encantadores y me lo paso muy bien con ellos.

¿Y Jack?

Casi me atraganto y se me enrojecen las mejillas:

- *Yo... Bueno... ¿Por qué?*
- *No sé, parecéis muy unidos y parece que te cae muy bien. Es un poco como un hermano mayor para ti, ¿no?*
- *Sí, sí, eso es, es como un hermano mayor.*
- *Un hermano mayor sexy, ¿eh?*

No sé qué es exactamente lo que espera como respuesta, su pregunta suena a trampa, así que probablemente debería detenerme ahí en busca de revelaciones:

- *Para ser honesto, nunca he pensado en ello, ya sabes.*
- *¿Seguro?*
- *Claro que sí.*
- *Esa no es la impresión que tengo, puedo ver las miradas en sus caras, están muy cerca.*
- *Sí, lo somos, como hermanos y hermanas.*

Emma no parece enfadada, pero tengo la sensación de que intenta sonsacarme algo. Me vendría bien contárselo todo, pero eso probablemente pondría en peligro nuestra preciada colaboración.

La miro intensamente con ojos culpables, buscando algo de piedad, algo de comprensión que no creo que ella sea capaz de ofrecerme. Para mi sorpresa, se echa a reír y se vuelve hacia mí, una vez aparcada:

- *Sabes, Jack está bueno y tú también, así que puedo veros un poco traviesos juntos, ¿me entiendes?*
- *No, en realidad no...*

Estoy seguro de que todavía está tratando de engañarme, Emma es una mujer inteligente y definitivamente quiere estar al tanto de las mujeres que potencialmente quieren tirarse a su marido, lo cual puedo entender.

Me mira, con la sonrisa congelada, y no entiendo por qué está de tan buen humor, aunque el tema no se presta a ello. Me quedo quieto, esperando a que vuelva a hablar:

- *Te estoy tomando el pelo, lo siento si te he hecho sentir incómoda. Sé que te gusta Jack, a él también le gustas mucho. Es un padre joven y las mujeres se fijan mucho en él, y tú no eres la primera ni la última. No te sientas avergonzada por esta atracción, es comprensible.*

Siento que lo dice en serio y de repente me siento menos temblorosa. Siento que por fin voy a

poder ser sincero:

- *Sí, creo que Jack es muy sexy.*
- *¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Vamos, dejaré de molestarte, es tarde, ¡date prisa en volver a casa!*
- *¿Vuelvo mañana?*
- *Sí, como siempre, ¿por qué?*
- *No sé, pensé...*

Emma me pone una mano suave y cálida en el hombro izquierdo:

- *Te dije que todo estaba bien Jess, te lo aseguro, ven mañana y cada dos días, estoy seguro de que las cosas se pondrán extremadamente interesantes ahora.*

Salgo del coche de Emma un poco agitado. No sé qué quiere decir con eso, pero casi me siento como si acabara de entrar en un juego, de qué tipo aún no lo sé, pero Emma parece muy emocionada por lo que acaba de ocurrir.

No sé si tengo ganas de volver a casa de Jack y Emma o miedo. Siento que soy un desafío para Emma. A lo mejor está intentando averiguar si Jack sería capaz de engañarla, para luego matarnos a los dos y enterrarnos en algún bosque lejano. Probablemente lo estoy pensando demasiado, pero estoy empezando a sentir un nudo en el estómago, una ansiedad que no puedo explicar. Emma era muy vaga en cuanto a sus intenciones y sus preguntas eran bastante extrañas.

¿Cómo puede saber que me atrae su marido? O lo siente, o está paranoica, o, la última hipótesis y probablemente la más plausible, nos espía cuando hablamos juntos por la noche, lo cual podría entender.

Me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de preguntárselo o de hablarlo más seriamente con ella. De momento, me meto en la ducha y continúo con mis pensamientos bajo el agua caliente. Me imagino una tórrida noche con Jack, mi cuerpo mojado y el chorro de agua contra sus distintas partes erógenas me excitan. Empiezo a acariciarme suavemente. Primero mis

pechos, luego mis pezones, y sigo dejando que mis dedos se deslicen por mi cuerpo.

Cuando llego al bajo vientre, las mariposas recorren mi entrepierna. Paso tímidamente el chorro de agua contra mi sexo y empiezo a sentir un profundo placer. Mantengo la presión y empiezo a soltar tímidos gemidos. Cada vez siento más placer a medida que el agua sigue bajando por mi cuerpo. Además del chorro, añado dos dedos a mi clítoris y empiezo a moverlos contra él. El placer va in crescendo y mis ruidos son cada vez más fuertes. Por suerte, mi piso está muy bien aislado y no hay riesgo de molestar a los vecinos.

Mi larga ducha por fin ha llegado a su fin y he salido llena de hormigueo. Estoy agotada, pero por suerte no tengo una agenda muy apretada. Me tomé dos años libres después de aprobar el bachillerato.

Tengo la suerte de tener dos padres que se ganan muy bien la vida, lo que me permite tener un piso y no tener que pagarlo. No mucha gente tiene esa suerte a mi edad y soy plenamente consciente de lo afortunada que soy. Aun así, decidí aceptar la petición de Emma y Jack de hacer de canguro de Eddy y Lola. En primer lugar porque los adoro, pero también porque no me importa tener un poco de dinero para gastarlo en ir de compras o salir con mis amigas.

En resumen, tengo una vida bastante buena, así que puedo acostarme a cualquier hora y despertarme igual. Estoy aprovechando al máximo antes de empezar la universidad, porque una vez me meta de lleno, sé que haré todo lo posible por ser el mejor y obtener los mejores resultados.

Intento no pensar demasiado en el año que viene y voy a meterme rápidamente bajo el edredón. Todavía tengo muchas preguntas sobre Jack y Emma en particular. Me siento un poco ansiosa por hacer de canguro mañana. Pienso en intentar no comer allí por la noche y volver a casa lo antes posible. Me duermo pensando en lo que me va a pasar a continuación.

Cuando me despierto este mediodía, estoy tan relajada como siempre, sin presión y sin nada muy importante que hacer. Todos mis pensamientos están en Jack y Emma. No falta mucho para que coja el autobús a su casa y cuanto más se acerca la hora, más rápido palpita mi corazón.

Dudo en ponerme extremadamente guapa para ver la reacción de Jack, pero tampoco quiero que Emma se lo tome como una provocación. Sin embargo, tengo la impresión de que a ella también le resultaría agradable. Me tomo la libertad de ponerme una faldita colegial con medias negras, un jersey negro de cuello alto y mocasines del mismo color y charol. La panoplia de la estudiante sexy y traviesa. Mientras caminaba hacia la parada del autobús, noté muchas miradas, sobre todo de hombres mayores. Son realmente molestas, aunque puedo entenderlo un poco, casi me siento como si estuviera disfrazada. Mi maquillaje es muy ligero y llevo el pelo suelto. Me pregunto sinceramente cómo me recibirá la pareja y empiezo a arrepentirme de mi elección de ropa. No es el atuendo adecuado para cuidar niños.

Cuando llego a la casa, me quedo inmóvil un momento antes de llamar al timbre. Respiro hondo y pulso el timbre. Oigo que alguien corre hacia la puerta y adivino que es un niño que me abre. Eddy abre la puerta y salta a mis brazos. Tras su adorable abrazo, se suelta y me mira, intrigado:

- *¿Estabas en la escuela?*
- *No, ¿por qué dices eso?*
- *¿Vas vestida como una niña que va al colegio?*

Me río nerviosamente y paso rápidamente a otro tema:

- *¿Dónde está tu hermana?*
- *¡En su dormitorio!*
- *¿Qué quieres hacer hoy?*
- *¡Pintura!*
- *Qué desorden.*
- *Sí, lo sé, ¡pero quiero hacerlo!*

Eddy y Lola son unos mocosos bastante mimados. En general, cuando quieren hacer algo, no aceptan la negación. Sólo tengo una opción, aceptar. Si no lo hago, me expongo a un gran riesgo: un ataque de llanto. Aunque los adoro, no soporto sus llantos y gritos, sobre todo cuando se trata de algo tan trivial.

Aún no me he encontrado con Emma. Jack llega a casa un poco más tarde y Emma probablemente esté ocupada en su estudio. No quiero molestarla y sigo a Eddy hasta su habitación. Lola ya ha preparado el taller de pintura y me siento con mis dos monstruitos favoritos. Empezamos a pintar mientras escuchamos música y me lo paso muy bien, al igual que ellos. Nos reímos, charlamos y todo sale a la perfección.

Emma entró en la habitación sobre las 17:00 para traernos un merecido tentempié:

- *¡Acabo de terminar de trabajar en algo y no puedo más! Ven a comer un trozo de tarta.*

Emma ha comprado una pequeña tarta de chocolate para el té, que está excelente. Por supuesto, la pareja compra al mejor pastelero de la ciudad y sus tartas son siempre excepcionales. Estoy disfrutando, sin prestar mucha atención a la reacción de Emma ante mi atuendo; no creo que haya reaccionado demasiado.

Justo cuando estaba a punto de terminar mi tarta, vi a Lola jugando con la suya. Pasó lo que tenía que pasar y acabé con un enorme trozo de tarta en mis medias. Me puse en pie de un salto, tratando por todos los medios de disimular mi enfado. Como siempre, los niños son los reyes y Lola no recibe ninguna discusión de su madre, que se limita a soltar una risita estúpida. No entiendo este método de educación, pero prefiero no decir nada y dirigirme al baño para asearme. Emma no necesita enseñarme el camino, me lo sé de memoria.

Una vez en el cuarto de baño, cierro la puerta pero no me molesto en echar el pestillo. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que estoy ahí, así que lógicamente nadie debería entrar.

Estoy intentando por todos los medios quitarme esta asquerosa mancha de chocolate causada por Lola, pero no puedo. Se me ha pegado y ahora no parezco nada. Se ha pegado de verdad y ahora no parezco nada. Me miro al espejo decepcionada y decido quitarme la falda. Me siento en la bañera en mallas, intentando desesperadamente quitarme esta mancha que crece por momentos. Estoy empeorando las cosas, pero a la mierda, más vale que lo intente.

Oigo un portazo pero no le presto mucha atención. Me concentro en volver a estar presentable. Me desespero y acabo tirando la falda al suelo, molesta.

De repente, oigo que alguien se acerca a la puerta del baño. Presa del pánico, cierro la cortina del baño y espero sin hacer ruido. Reconozco la sombra de Jack cuando entra lentamente en la habitación. Silba y empieza a quitarse la camisa. Quiero gritarle que pare y decirle que no está solo, pero no me sale ningún sonido de la boca y no puedo evitar disfrutar del espectáculo. Sus abdominales son un regalo para la vista, es terriblemente sexy y acabo envidiando a Emma. ¿Cómo puede tener la suerte de acostarse cada noche con un ser tan divino? Físicamente es todo lo que una mujer sueña y más.

Se mira en el espejo y se quita los pantalones. Empiezo a darme cuenta de que ha planeado una ducha y me entra el pánico. ¿Debo mostrarme ahora o esperar? ¿Hago como si no hubiera pasado nada? ¿Me hago la dormida? Se me ocurren miles de ideas, incluso las más locas. Estoy desesperada por salir de este lío pero creo que ya es demasiado tarde, estoy metida en él con los dos pies.

La cortina de la bañera se abre lentamente, yo sigo tumbada e incluso he cerrado los ojos, incapaz de asimilar lo que está pasando, no puedo creer que esté sucediendo.

Oigo una ligera risita y abro un tímido ojo:

- *¿Qué hacéis aquí?* pregunta sorprendido Jack.
- *¿Qué? Pero... ¿no te dijo Emma que estaba en el baño?*
- *No, casi me invita a ir para ser honesto.*
- *¿Qué quiere decir con eso?*
- *Me fui a casa, la besé y me sugirió que me diera una ducha para sentirme mejor, ¡que es una forma divertida de decir que huelo un poco a sudor*!

No puedo evitar soltar una risa nerviosa, Jack consigue ser gracioso en cualquier circunstancia, lo cual es toda una proeza, yo soy incapaz de ello, me gustaría enterrarme en un agujero.

Se mete en la bañera y yo me levanto rápidamente para salir. Me coge de la mano:

- *¿Adónde vas?*
- *Salgo, te preparas para la ducha y...*

Justo cuando estoy a punto de terminar mi frase, cometo el error de dejar que mi curiosidad controle mis movimientos, mi cabeza se inclina hacia abajo y mis ojos se topan de narices con el sexo de Jack. Es tal y como me lo imaginaba, imponente y me excita un poco, aunque sé que es un error, no quiero hacerle daño a Emma. Sin embargo, no entiendo su jueguito, ¿por qué le sugirió una ducha a Jack sabiendo perfectamente que yo estaba en el baño? Tal vez se olvidó o no pensó, eso también es posible.

Jack me mira, divertido:

- *¿Has visto un fantasma?* pregunta divertido.
- *Podría decirse que sí*", respondo estoicamente.

Mi corazón y sobre todo mi entrepierna me dicen que me quede, pero mi cabeza me grita que abandone esta habitación donde la temperatura está por las nubes. No puedo mirar a Jack a los ojos, me afecta demasiado, y más cuando lo veo así completamente desnudo. Es una visión con la que he soñado toda mi vida, pero nunca imaginé que realmente sucedería, que podría admirar su cuerpo de Apolo tan de cerca.

Veo que Jack es consciente de que está sacando lo mejor de mí, puede ver el efecto que está teniendo en mí y parece particularmente divertido por ello. Por mi parte, intento fingir que todo va bien, que controlo lo que ocurre, casi como si estuviera planeado.

Jack me pone las manos en la cara y me la acaricia suavemente:

- *Si supieras cuánto tiempo he estado esperando esto...*
- *¿A qué esperas? ¿A qué esperas?*
- *Tú... siempre me has parecido preciosa, pero antes pensaba en ti como en una hermana pequeña. En los últimos meses mi visión de ti ha cambiado, eres una mujer y tu cuerpo es tan sexy, te deseo cada vez que vienes a cuidar a los niños. Te imagino en posturas*

completamente locas, me imagino follándote en cada...

- *¿Estás loco? ¿Estás loco? ¡No podemos hacer esto! ¡Estás casada y tienes dos hijos, como dijiste! ¡No vas a tirarlo todo por la borda por esto, y yo tampoco!*
- *Cálmate, sólo estamos hablando.*

Jack me agarra de la barbilla y me obliga a mirarle a los ojos. La tensión es palpable, mi excitación es máxima, cuando discutimos es casi incluso más fuerte que cuando todo va bien entre nosotros, quiero comérmelo y tengo la impresión de que el deseo es mutuo.

Al principio me retiro un poco, pero pronto me dejo llevar, no puedo resistirme a él. Mis principios vuelan con mi jersey de cuello alto. Ahora estoy en sujetador y mallas delante de él y nos besamos lánguidamente. Me aprieta contra la pared de la bañera y me da el mejor beso que me han dado nunca. No tenía ni idea de que la tensión entre nosotros nos consumiera tanto, es casi vital que me devore así.

Me sube las manos por la espalda y deja caer el sujetador en la bañera. Luego me agarra los pechos y empieza a amasármelos suavemente. Gimo lo más bajo posible para no levantar sospechas y él continúa su artística labor. Baja la cara hasta mis pezones y empieza a mordisquearlos, lamerlos y besarlos. Hace tiempo que no hago nada sexual con nadie, pero cada estimulación me produce una descarga eléctrica y me humedece la entrepierna. Me cuesta comportarme como si tuviera el control, en este momento soy claramente cosa de Jack.

Continúa su épico viaje y temo saber hasta dónde llegará.

Cuando su boca se acercó peligrosamente a mi sexo, oí una voz femenina que me llamaba:

- *¿Jess? ¿Has terminado?*

Me levanto de un salto y salgo rápidamente de la bañera. Jack se ríe a carcajadas, pero pasa desapercibido y yo casi me rompo la crisma. Intento inventar una excusa poco convincente:

- *Yo... Mi falda está arruinada, no sé cómo arreglarlo.*
- *¡Oh, no te preocupes, te conseguiré uno de los míos!*

- *¿Es cierto?*
- *¡Por supuesto, no te muevas!*

Jack enciende la ducha y la deja correr, lo que claramente va a freír nuestra manta, no sé a qué está jugando. Emma vuelve y me pide que abra la puerta, sin prestar atención al sonido del agua corriendo. Cojo la falda que me da y me apresuro a ponérmela. No consigo averiguar a qué está jugando la pareja, pero sin pensarlo más salgo de la habitación y me dirijo al salón.

Emma me espera allí sola, Eddy y Lola obviamente se han ido a su habitación a jugar. No me entretengo, cojo el bolso y saludo rápidamente a Emma:

- *Espera*", dijo en tono neutro.

Me vuelvo hacia ella, con el estómago revuelto. Se levanta y me mira:

- *¿Puedes venir mañana?*
- *¿Por qué preguntas? Es sábado, normalmente no me necesitas, ¿vas a salir?*
- *No, los niños no estarán allí.*
- *Entonces, ¿por qué debería venir?*
- *Los tres queremos agradecerle todo lo que hace por nosotros con una buena comida.*
- *¿Seguro?*
- *¿Por qué no íbamos a estarlo?*
- *No sé... No hago mucho, ya sabes, no tienes que agradecérmelo.*
- *Por supuesto que sí, cuidas de la niña de nuestros ojos casi mejor que nosotros mismos, ¡así que está claro que no te lo agradecemos lo suficiente!*

Evidentemente, no tengo más remedio que aceptar esta invitación, lo que me hace sentir ligeramente incómodo. Acabo diciendo que sí sin mucha convicción y ella me deja escapar.

En el autobús, pienso en lo que me acaba de pasar. Nunca pensé que Jack fuera a dar el paso, casi me hace un cunnilingus en la ducha, y esto mientras su mujer estaba en la misma casa que

nosotros, es poco creíble.

Cuando llegué a casa, me di una buena ducha e intenté olvidar el día. Nunca me había sentido tan excitado y asustado al mismo tiempo. Sin embargo, cada vez me siento más tentado. Después de todo, tengo la sensación de que Emma está entusiasmada con esto y Jack también. Aunque nunca lo he hecho, creo que puede ser una experiencia interesante y, sobre todo, divertida en todos los sentidos. Sigo siendo un poco aprensiva, pero esto me entusiasma más de lo que me asusta, así que creo que voy a intentarlo. En fin, ya veré mañana, puede que realmente sólo sea una cena de agradecimiento, puede que Jack quisiera gastarme una broma y en realidad fuera incapaz de engañar a Emma.

Me paso las tardes cavilando en el sofá delante de una serie policíaca, no tengo la cabeza en la lectura. Normalmente, siempre leo por la noche, pero mis pensamientos son tan intrusivos que me resulta imposible concentrarme demasiado.

El día siguiente pasó volando. Como de costumbre, me levanté tarde y me pavoneé sin rumbo. Hacia las seis de la tarde, me preparo para estar más sexy y guapa. Quizá no debería excederme, pero quiero hacerlo, así que no me privo. Me doy una buena ducha y, por supuesto, me afeito todas las partes de mi cuerpo que puedan ser solicitadas en un futuro próximo. Estoy más suave que nunca. Me recojo el pelo en un moño alto y me maquillo ligeramente los ojos. En cambio, me pinto los labios de un rojo oscuro muy brillante. Me pongo un vestido corto del mismo color que mi pintalabios y unos zapatos de tacón negros de charol. Estoy lista para conquistar el mundo, pero me da un poco de miedo subir al autobús vestida así: no me extrañaría que la gente pensara que soy una prostituta.

Una vez fuera de casa, me dirijo a la parada del autobús con paso decidido y relativamente rápido para evitar que la gente me mire con demasiada atención. Una vez en el autobús, me pongo los auriculares y desconecto del mundo, dejando claro a la gente que no soy accesible ni estoy abierto a la conversación. Esto funciona bastante bien, ya que nadie parece prestarme atención. Una vez que he llegado, me bajo del autobús y me dirijo rápidamente a casa de Jack y Emma. Llego puntual y con ganas de que me cuenten lo de la comida de esta noche.

Llamo a la puerta y Emma me abre. Está resplandeciente como siempre, con el pelo suelto, cara

natural, vaqueros pitillo de cuero negro y una blusa blanca transparente. Puedo ver su sujetador negro de encaje sin tener que entrecerrar los ojos, lo que me excita un poco. Me mira antes de invitarme a pasar:

- *¡Jess! ¡Jess! ¡Estás increíble!*
- *Le devuelvo el cumplido",* respondo, ruborizándome como una niña.

Entro en el salón y Emma me invita directamente a la mesa:

- *Toma asiento, Jack está en camino, traeré el entrante.*

Siento que me tratan como a una princesa, una reina. Me siento y la mesa está servida. Hay panecillos, ensalada, picatostes, vino, agua con gas y refrescos, una auténtica comida de restaurante. Me siento como una persona importante.

Jack se une a nosotros y se sienta frente a mí. Me dedica una sonrisa pícara, a la que no me atrevo a contestar. Miro mi plato y me concentro en mi entrante, que tiene un aspecto delicioso. Emma me sirve un tartar de atún divino. Por su parte, Jack sólo parece interesado en mí, sus ojos se clavan en mi cara y me recorren entera, siento como si intentara atravesarme sólo con la mirada, es muy inquietante.

Emma se levanta a buscar el resto de la comida. Justo entonces, Jack se levanta de la silla y desaparece bajo la mesa. Supongo que se le habrá caído algo y empiezo a comer un trozo de pan. De repente, siento que una mano fría me acaricia el muslo y suelto un pequeño grito de sorpresa:

- *¿Estás bien, Jess?* me pregunta Emma desde la cocina.
- *Sí, no te preocupes, ¡lo siento!*

Le doy a Jack una suave patada para detenerlo, pero él continúa. Su mano se desliza por mi muslo hasta llegar a mis bragas y no puedo controlar nada. Mi respiración es cada vez más pesada y me cuesta mantener la calma. Mi sexo está cada vez más húmedo y temo no poder resistir la tentación durante mucho tiempo.

Oímos un ruido en la cocina y Jack vuelve rápidamente a su asiento, como si no hubiera pasado nada. Emma regresa, orgullosa de presentarnos su plato, pero me mira fijamente durante unos segundos:

- *¿Has corrido un maratón, Jess? Pareces sin aliento.*
- *Yo... No, en absoluto, no sé por qué, lo siento.*
- *¡Deja de disculparte y prueba el buey bourguignon!*

Hice lo que me dijeron y, efectivamente, hice bien en probarlo: estaba extraordinario, como cada vez que cocina Emma.

Para cuando llegamos al postre, Emma está gritando de pánico en la cocina:

- *¿De qué va todo esto?* pregunto intrigado.
- *Olvidé mi tarta en el horno, se ha estropeado, iré a comprar otra.*
- *Pero no te preocupes, podemos comer otra cosa, como yogur, por ejemplo.*
- *No, no te preocupes, la panadería está justo al lado y cierra tarde, así que volveré pronto.*

Estoy bastante sorprendido por la albóndiga de Emma. En general, ella nunca se pierde un solo plato, tiene temporizadores en todas partes, no puede quemar un pastel, es imposible.

La dejo salir de casa y me encuentro a solas con Jack. Sigue frente a mí, mirándome como si supiera lo que va a pasar. Yo también le miro, intentando comprender sus intenciones:

- *¿Tengo algo entre los dientes?* pregunto riendo.
- *En absoluto, pero podrías.*
- *¿De qué estás hablando? ¿De qué estás hablando?*
- *Oh nada, no te preocupes.*

Me intriga su respuesta, pero creo que ya sé a dónde quiere llegar. Como siempre, es cómico en

cualquier situación, por extraña que sea.

Se escabulle de nuevo bajo la mesa:

- *Ya no tienes que esconderte.*
- *¿Quién dijo que me escondía la primera vez?* responde con sorna.

Me parece raro que no se esconda de su mujer para hacer esto, pero ese ya no es mi problema, estoy demasiado excitado para pensar racionalmente.

Siento el cálido aliento de Jack entre mis piernas y mi excitación casi se dispara cuando noto la punta de sus labios contra mis bragas. Contengo un suave gemido e incluso mi respiración, esperando impaciente lo que viene a continuación. Admito que en este momento no pienso demasiado en Emma y me concentro únicamente en mí.

Jack me aparta las bragas para tener acceso a mi sexo y siento cómo acerca suavemente su lengua. Me quedo sin aliento y cuando la punta de su húmeda lengua entra en contacto con mi clítoris, exploto y suelto un profundo suspiro, liberando todo el aire que había estado conteniendo durante los últimos segundos. La lengua de Jack choca contra mi clítoris en rápida sucesión y no me da tregua, parece querer llevarme directamente a las cortinas.

Evidentemente, sensible como soy en este momento, es muy fácil darme placer. Me agarro a la silla y pronto ya no me molesto en controlar mi volumen. Grito de placer e incluso acabo agarrando el pelo de Jack con una mano y acompañando sus movimientos. No necesita ayuda para nada y lo está haciendo de maravilla, pero me excita aún más estar agarrada a él, tengo una ligera sensación de control cuando él manda en todo.

Siento que se echa hacia atrás y deja de hacer lo que estaba haciendo. Esta vez vuelve a deslizar sus dedos por mis muslos. Sabe cómo hacerlo y lo hace lo más despacio posible, lo que me hace estallar, me muero por que me penetre con sus dedos.

Una vez que ha llegado al nivel de mi sexo con sus dedos, Jack empuja dos de ellos dentro.

Obviamente estoy empapada y no le cuesta nada deslizarlos. Empieza a entrar y salir de mí suave y lentamente. Poco a poco, los movimientos se hacen cada vez más rápidos y, una vez más, pierdo el control y me entrego por completo a las manos de Jack.

Sigue empujándome por las cortinas sin piedad y parece disfrutar dándome tanto placer. Mueve los dedos dentro de mí como si llevara toda la vida haciéndolo y no tardo en explotar de placer. No puedo contener mi orgasmo y Jack lo sabe. Cuando termina, reaparece y sigue mirándome con esos ojos tentadores a los que no puedo resistirme.

Le veo empujar suavemente los platos a un lado de la mesa, dejando el otro vacío, y temo no saber qué está pasando.

Me pide que me levante y viene hacia mí como un guepardo que se prepara para abalanzarse sobre su presa. Dejo que se acerque sin moverme y espero a ver qué ha planeado para nosotros. Él también parece muy excitado y tengo la sensación de que las cosas están a punto de ponerse aún más serias de lo que ya están.

Cuando llegó hasta mí, me besó lánguidamente. Había echado de menos sus labios, son suaves y dulces y besa divinamente. Ojalá este momento durara para siempre, pero no debemos entretenernos, Emma podría aparecer en cualquier momento, nunca he jugado con fuego tanto como en este momento.

Jack no parece tener ninguna prisa en particular y procede a besarme lo más sensualmente posible, haciendo que cada beso dure un poco más que el anterior. Por mucho que esté disfrutando de este momento, no puedo evitar sentirme estresada e imaginar la reacción de Emma si nos viera.

Jack me acaricia las caderas mientras sigue besándome y me sube suavemente el vestido. Pronto estoy frente a él en bragas y me hace sentarme en la mesa. Entonces se aprieta contra mí, entre mis piernas, y siento su sexo duro contra mí. A pesar de que lleva pantalones, me doy cuenta de que está erecto: el enorme y duro bulto de su entrepierna lo demuestra. Estoy muy contenta con el efecto que estoy causando en él. Vuelve a besarme y continúa subiéndome el vestido. Cuando está lo suficientemente alto, me pide que levante los brazos para quitármelo del todo.

Estoy en calzoncillos, sentada en la mesa del comedor con la mujer de mi jefe, que podría volver en cualquier momento y pillarme in fraganti con su marido en el comedor. Esta escena es digna de una mala comedia romántica. Me cuesta creerlo, aunque yo sea el protagonista de la escena.

Mientras sigue besándome, Jack baja las manos hasta mi sujetador y pasa los dedos entre él y mis pechos. Mis pezones estallan al instante ante su contacto. Me los pellizca y dejo escapar un tímido gemido mientras sigue besándome.

Justo cuando ambos nos estamos excitando y las cosas se ponen cada vez más calientes, oímos que abren la puerta principal. Es demasiado tarde para pensar en algo que nos saque de este lío. No sé qué hacer y me quedo en silencio, esperando a ver qué ocurre a continuación.

VOLUMEN 2

Emma entra en su casa canturreando. Trae lo que parece una tarta de fresas. Una vez dentro del salón, no nos mira ni a Jack ni a mí y se dirige a la cocina:

- *¡Iré enseguida a por platos y cucharas!*

Miro a Jack, desconcertada:

- *Debe habernos visto. ¿Está fingiendo no entender?*
- *¿Crees que es estúpida?*
- *No, en absoluto, pero no entiendo por qué no reacciona. ¿Ya no os queréis? ¿Sólo están juntos por los niños? ¿Por qué no reacciona cuando ve a su marido tirándose a la niñera en el comedor?*
- *Quizá porque le excita.*

Me he quedado sin palabras. Hasta ahora, nunca me había planteado esa posibilidad. ¿Cómo

puede alguien excitarse con la idea de que su marido se lleve a otra mujer, y nada menos que en su propia casa?

Jack se ríe de mi reacción y me da la impresión de que piensa que soy idiota:

- *Deja de cachondearte, ya no me hace gracia tu jueguecito, de mentir para poder engañar a tu mujer tranquilamente, ¡me das asco!*
- *En primer lugar, yo no la engañé, y en segundo lugar, me gustaría señalar que tú también estás confabulado, eres tan guarro como yo en este caso.*
- *¡Tonterías, tengo principios!*
- *¿Como ceder a las insinuaciones de un hombre casado con dos hijos?*

Quiero abofetearle pero no se equivoca, somos dos en esta historia, no puedo culparle solo a él, yo también he caído en la tentación y he corrido el riesgo de hacer daño a un amigo por puro egoísmo.

Miro a Jack disculpándome:

- *Tienes razón, deberíamos parar aquí.*
- *¿Parar qué?* pregunta Emma, que acaba de volver de la cocina.
- *¿Emma? ¿Emma? No es lo que piensas, sólo estábamos...*
- *Es difícil defenderse ahora, cariño, no lo intentes",* responde Emma con simpatía.

Y continuó:

- *Llevamos mucho tiempo intentando que entiendas nuestras intenciones",* ríe.
- *¿De qué estás hablando? ¿De qué estás hablando?*
- *¿De verdad crees que no me había dado cuenta? ¡El baño, el pastel quemado, Jess! Fui yo quien te empujó a los brazos de mi marido.*
- *Pero, ¿por qué lo hiciste?*
- *Jack debe habértelo dicho, ¿verdad?*

- *Por supuesto, ¡pero ella no me cree!* responde Jack con determinación.
- *Ya veo, ¿no te parecía?* pregunta Emma, sonriendo.
- *No, la verdad es que no, me cuesta entender que alguien lo encuentre excitante. ¿No eres celoso? ¿O un poco posesivo?*
- *Oh sí, créeme, Jack es mío y de nadie más, pero verlo follar con otra mujer... Es emocionante.*

La verdad es que no sé qué decir, al fin y al cabo cada uno tiene sus fantasías o sus delirios sexuales, pero si eso la excita no voy a juzgarla, no estaría bien.

Emma deja la tarta sobre la mesa y mira a Jack:

- *¿Aún tienes hambre?* pregunta con voz lujuriosa.
- *¡Sí que lo es!*

Emma me invita a tumbarme de espaldas sobre la mesa y me quita suavemente el sujetador. Parece que le gustan mucho mis pechos, los admira durante tres o cuatro segundos:

- *Me encantan las tetas grandes*", dice sonriendo.
- *Yo también*", dice Jack.

No contesto y dejo que me miren. Me siento un poco como su juguete, su muñeca. Este papel no me disgusta necesariamente, me gusta la idea de estar a merced de esta pareja perversa.

Emma me acaricia suavemente el pecho mientras Jack nos observa. Abre la caja que contiene la tarta y moja un dedo en las natillas. Luego lleva el dedo a la boca de Emma, que lo abre al instante. Ella empieza a lamerlo y luego a chupar con fervor mientras Jack mira con pasión. Por mi parte, miro a los dos tortolitos y empiezo a recuperar la excitación que perdí cuando llegó Emma. Está claro que se muere por que me folle a Jack delante de ella y hagamos un trío, sólo espero que no me guarde rencor en el futuro o acabe arrepintiéndose, temo que acabe odiándome, por celos por ejemplo. Emma es una mujer muy segura de sí misma y no la veo celosa de otra mujer. Sin embargo, cuando se trata de su marido, las cosas podrían ser diferentes.

Supongo que tendré que esperar y ver qué pasa.

Una vez terminado su tórrido momento, Emma y Jack me miran como haciéndome saber que me van a poner a caldo:

Ĥ *Quiero que te la folles delante de mí",* susurra Emma al oído de Jack.

Sonríe ampliamente y se coloca sobre mí. Me besa una vez más y vuelvo a sentirme bajo su control. Quiero disfrutar de este momento todo lo posible, no sé cuánto va a durar, así que más me vale saborearlo hasta el final. No sé cuánto va a durar, así que más me vale disfrutarlo hasta el final. Puede que incluso sea la única vez que me folle a Jack, así que es mejor no pensar demasiado en ello.

Vuelvo a sentir el sexo de Jack contra el mío. Su erección no se ha movido ni un músculo y sigue en posición de firmes. No sé cómo mi sexo consigue humedecerse tanto, siento que tengo una cantidad ilimitada de fluidos que ofrecer a Jack. Emma empieza a desnudar a su marido delante de mí. Le pide que levante los brazos para quitarle la camisa y luego empieza con los pantalones. Pronto Jack está en ropa interior delante de mí. Por supuesto, ya lo había visto desnudo en la bañera, pero verlo desnudo delante de su mujer me produce una sensación completamente distinta. Me siento un poco como si tuviera el poder, como si fuera la joven que puede tirarse al marido mientras la angustiada esposa mira impotente, aunque esté tan cachonda como yo.

Por último, Emma baja suavemente los calzoncillos de su marido. Luego lo acaricia con la punta de los dedos antes de empezar a masturbarlo. Se arrodilla junto a su sexo y chupa durante unos segundos antes de retirar la boca. Luego agarra el sexo de su marido y lo acerca al mío:

- *Fóllatela*", ordenó Emma excitada.

Jack accede y me penetra lentamente. Una vez más, contengo la respiración, esperando a que empiece a entrar y salir. Una vez que ha empezado, aflojo la presión y suelto un montón de gemidos fuertes. Emma, por su parte, no duda en pedirle a Jack que saque su sexo de vez en cuando para poder chuparlo un poco antes de volver a meterlo dentro de mí. Es como estar en una película porno con un guión súper elaborado, sólo falta la cámara. Jack me folla

perfectamente y los dos disfrutamos mucho. Emma está claramente viviendo su sueño, no tenía ni idea de que esta fantasía fuera tan importante para ella. Parece completamente abrumada por sus emociones, tiene estrellas en los ojos y estoy seguro de que está tan mojada como yo.

Jack me folla más fuerte y más rápido. Después de unos minutos, se detiene y vuelve a sacarse. Espero que Emma se la chupe con más fuerza, pero esta vez se desplaza hasta mi entrepierna y empieza a lamerme. Jack ya me había hecho un cunnilingus fabuloso antes y ahora Emma me ha hecho otro, no podría haber deseado nada mejor. No tiene nada que envidiar a Jack y lo está haciendo de maravilla, lo que me sorprende un poco. Me parece que Emma y Jack llevan juntos mucho tiempo y no creo que ella haya tenido nunca una relación con una mujer, ¿cómo puede ser tan competente?

No creo ser la primera persona que los ve como pareja, pero me da la impresión de que es bastante raro en ellos. Tal vez Emma tuvo una experiencia con una mujer cuando era más joven o al principio de su relación con Jack. No lo sé y no creo que lo pregunte, de momento estoy disfrutando tranquilamente de su talento gimiendo en voz alta.

Cuando termina de deleitarse con mi entrepierna, nos invita a Jack y a mí a pasar al salón y al sofá. La seguimos excitados. Una vez acomodados los tres, empezamos a besarnos por turnos. Los labios de Emma se sienten tan bien, no pensé que tener una experiencia sexual con una mujer me excitaría tanto, me siento más a gusto que nunca con ellos mientras estoy en medio de su relación. Me siento a la vez poderoso y desconcertado, pero sobre todo muy excitado.

Deslizo los dedos por la entrepierna de Emma y empiezo a masturbarle las bragas, frotándole suavemente el clítoris. Ella gime de placer mientras sigue besándome. Entonces Jack le pide que se ponga a horcajadas sobre él. Ella accede y yo los miro, sin saber muy bien qué hacer. No estoy muy acostumbrado a los tríos, de hecho no lo estoy en absoluto. He visto algunos en páginas porno, pero mi experiencia se acaba aquí, tendré que inspirarme en ellos o inventar algo nuevo que hacer, no quiero sentarme a verlos.

Mientras Emma se desnudaba a su vez y se colocaba sobre el sexo de su marido, yo permanecía sentado a su lado, bastante congelado. Al cabo de unos segundos, intento tomar la iniciativa y empiezo a besar los pechos de Emma. Lamo y mordisqueo sus pezones, lo que aparentemente le

da mucho placer mientras se sienta a horcajadas sobre Jack. Estoy encantado de que aprecie mi iniciativa, temía hacer el ridículo.

Entonces decido ponerme de rodillas ante las entrepiernas de Jack y Emma. Lamo y sorbo los testículos de Jack mientras Emma se sube encima de él y se lo folla duro. Está claro que a Jack también le gusta que me arriesgue. Me gustaría dar las gracias a todos los vídeos porno que he visto en mi vida, sobre todo últimamente, dada mi inexistente vida sexual. No siempre son representativos del sexo real que podemos tener en la vida cotidiana, pero a veces ayuda saber lo que a la gente le gusta y lo que no.

Emma se sienta a horcajadas sobre su marido durante unos minutos más antes de retirarse y pedirme que ocupe su lugar. No puedo creer que Jack aún no se haya corrido, está tan estimulado, y encima por dos mujeres, que es imposible que dure tanto. Es mi turno de sentarme a horcajadas sobre la enorme polla de Jack. Me pongo cómoda y empiezo a botar sobre ella. Emma mira mientras se masturba, y sentarse a horcajadas sobre Jack mientras la ve darse placer es realmente excitante. Usa los dedos, se acaricia el clítoris, las puntas de los pezones y juega con la lengua. Utiliza todos sus mejores trucos para excitarnos a su marido y a mí.

Al cabo de unos minutos, noto que la excitación de Jack va en aumento y lo doy todo, montándome a horcajadas sobre él lo más rápido que puedo. Me empiezan a doler mucho los muslos y las caderas, pero no le presto atención, quiero que nos corramos al mismo tiempo y voy a hacer todo lo posible para que así sea. Por su parte, puedo sentir que Emma también está a punto de explotar. Finalmente, soy el primero en correrme, Jack sigue su ejemplo y Emma termina el orgasmo. Los tres nos desplomamos, desnudos y sin aliento. Es una situación divertida, pero no puedo evitar soltar una carcajada. Al final es Emma la que ríe primero:

- *¡Ah, qué aventura!*
- *Estoy de acuerdo"*, responde Jack, también riendo.

Soy bastante discreto, a pesar de lo que acaba de ocurrir, pero no puedo evitar preocuparme de que Emma acabe volviéndose contra mí. Prefiero no hablar demasiado, por miedo a meter la pata o a recordarle mi existencia. Por desgracia, parece decidida a hacerme hablar:

- *¿Y tú, Jess? ¿Qué te parece?*
- *A mí también me ha gustado mucho",* respondo tímidamente.
- *¡No seas tímido! ¡Ha estado muy bien!* responde Emma con entusiasmo.
- *Sí, estoy de acuerdo.*
- *Estamos impacientes por repetirlo.*
- *¿De verdad quieres volver a hacerlo?* pregunto asombrada.
- *Por supuesto, ¿por qué privarnos de pasarlo bien? Los tres lo pasamos muy bien, así que ¿por qué detenernos ahí?*

Emma no se equivoca, me ha encantado y me veo intentándolo de nuevo, aunque mi cerebro me diga que no me pase. De todas formas ya he cruzado la línea roja, y Emma está de acuerdo con nuestro trío, no estoy haciendo daño a nadie ni mintiendo a nadie, no hay necesidad de ponerse tan nerviosa. Sólo tenemos que asegurarnos de que Eddy y Lola no se enteren de nada. No deben sorprenderme con su madre o su padre, eso sería catastrófico.

Mientras me visto, veo a Jack y a Emma charlando y me pregunto de qué se tratará. Me gustaría participar en su conversación, pero no me atrevo. De repente, Emma me hace señas para que me una a ellos y lo hago:

- *¿Quieres hablar conmigo?*
- *Sí, Jack y yo hemos estado pensando en ello y realmente creemos que deberíamos hacerlo una vez a la semana, ¿no crees?*

No pensaré mucho antes de dar mi respuesta:

- *Me encantaría.* respondo con entusiasmo.
- *Muy bien entonces, todos los sábados a la misma hora suena perfecto, los niños serán cuidados por sus abuelos. ¿Te parece bien Jess?*
- *¡Sí, perfectamente!*

No sé adónde nos llevará esta historia, pero estoy impaciente por descubrirlo. Una cosa es

segura, ahora el sábado va a ser mi día favorito de la semana. Saludo cariñosamente a Emma y Jack antes de poner rumbo a casa. Ha sido una noche emotiva y no lamento haberla pasado.

Una vez en casa, me dirijo directamente a darme una merecida ducha. Me pierdo en mis pensamientos mientras el agua caliente recorre todo mi cuerpo. Sólo puedo pensar en lo que acabo de pasar con Emma y Jack y, sobre todo, en nuestra próxima sesión juntos. Me pregunto si alguna vez nos aburriremos de esta situación, pero por ahora sólo espero poder disfrutarla el mayor tiempo posible. Una vez limpio, me meto en la cama, cambio las sábanas y me siento más suave y tranquilo que nunca. No creía que una sesión de sexo caliente fuera la solución a todo. En cualquier caso, está bien anotado en mi cabeza y me temo que pronto abusaré de él.

A partir de ahora, el domingo es el único día que no voy a casa de Emma y Jack. Antes solo cuidaba a sus hijos los lunes, jueves y viernes. Luego Emma me pidió que lo hiciera los miércoles por la tarde, después los martes y finalmente, más recientemente, los sábados. Es como si ahora viviera con ellos, sin olvidar que siempre como en su casa por la noche antes de volver a casa. Aunque disfruto enormemente de su compañía, tengo que dedicarme tiempo a mí misma y a las demás personas que me rodean. Me he encerrado mucho en mi relación con Emma y Jack, hasta el punto de que ya no salgo mucho, y mis amigos cada vez me lo hacen notar más. Tampoco conozco a mucha gente. Solía ir a bares y discotecas casi todas las noches, y a veces me iba a casa con un hombre diferente cada noche. Sin ánimo de presumir, seguía teniendo mucho éxito. Luego me involucré mucho en la vida de Emma y Jack y sus hijos y me perdí un poco por el camino, a pesar de todas las cosas maravillosas que me aportan a diario. Así que los domingos son esenciales para mí, incluso vitales, para recordar que no formo parte de su familia y que soy un factor externo; sería demasiado destructivo convertirlos en las únicas personas importantes de mi vida. De lo contrario, el día que todo se acabe, y eso es seguro, acabaré solo, y no quiero eso.

No tardé mucho en dormirme, a pesar de estos pensamientos ligeramente negativos pero necesarios que me rondaban por la cabeza. No sé si me atreveré a contárselo a Emma y a Jack. Tengo miedo de que se lo tomen mal o no me entiendan, y no quiero que acabemos mal. Además, mis padres no lo entenderían y echaría demasiado de menos a Eddy y Lola.

Me desperté sobre las 13.30 horas como una flor. Dormí muy bien y durante mucho tiempo. No pensé que necesitaría dormir tanto, pero las constantes idas y venidas de Jack obviamente habían

sacado lo mejor de mí. Me levanté con dificultad y fui a la cocina a servirme un tazón de cereales. No tengo la vida ni la dieta más equilibradas, pero por el momento me viene bien. Me angustia bastante la idea de la rutina metro-trabajo-dormir, así que si puedo evitarla el mayor tiempo posible, me parece bien.

Me siento frente a mi serie policíaca favorita y pierdo la noción del tiempo. Si mi madre estuviera aquí, sé que me diría que debería estar haciendo algo más constructivo con mi vida, pero por lo que a mí respecta, no hay nada más constructivo que hacer en este momento.

Hacia las 18.45, recibí un mensaje de una de mis mejores amigas, Tiphanie:

- *¡Eh, tú! ¿Todavía existes? ¡No más noticias!*

Estoy muy enfadada conmigo misma por desairar así a mis amigos, aunque tengo mucho tiempo libre. Pero la mayoría de las veces me levanto sobre la una, me preparo para ir a casa de Emma y Jack y luego estoy demasiado cansada para salir. Finalmente, este mensaje llegó justo en el momento adecuado, necesitaba ver un poco de un mundo diferente. Así que respondo a Tiphaine llena de entusiasmo:

- *Lo siento, estoy trabajando en este momento, he estado un poco ocupado, ¿quieres salir esta noche?*
- *¿Como en los viejos tiempos?*
- *Sí, como en los viejos tiempos, bebiendo, bailando, besando a desconocidos, disfrutando y pasándolo en grande.*
- *¡Eso sería genial! Traeré a una amiga mía, ¡te encantará!*
- *Genial, digamos ¿a qué hora?*
- *¿Qué tal a las 10:30? ¿En nuestro bar favorito?*
- *¡Sí, genial! ¡Estoy impaciente!*

Tengo muchas ganas. Hace siglos que no veo a Tiphanie y, además, tengo muchas ganas de ver si sigo siendo tan eficaz como antes. He perdido un poco de confianza últimamente. No salgo, ya no veo a mucha gente, me cuesta encontrarme realmente atractiva, aunque a veces lo haga.

Me doy una ducha rápida. Al salir, me suelto el pelo y lo dejo secar al aire. Me pongo un maquillaje de ojos negro muy extravagante, porque quiero que la gente se fije en mí y, sobre todo, que los hombres se queden prendados de mis ojos de carbón. En general, mis ojos almendrados tienen un gran efecto, al igual que mi escote. Así que me pongo una camiseta blanca de tirantes muy ligera, bastante transparente. Estoy desesperada por llamar la atención, pase lo que pase. También me pongo unos vaqueros pitillo negros y unas zapatillas bajas. Luego me pongo una cazadora de cuero del mismo color. Soy a la vez elegante y terriblemente sexy: si nadie se fija en mí, no entiendo nada de la vida.

Como estaba previsto, quedé con Tiphanie sobre las 22.30 en la puerta de nuestro bar favorito. Como de costumbre, estaba lleno de gente y nos costó encontrar mesa. Por suerte, encontramos un sitio apartado en un rincón del bar. Nos acomodamos y la amiga de Tiphanie no tardó en unirse a nosotros. Es guapísima, muy alta y también increíblemente delgada; tiene el físico de una modelo por excelencia. Creo que es guapísima y no dudo en decírselo:

- *¡Qué guapa eres! ¿Cómo te llamas?*
- *Me llamo Zoé, ¿y tú?*
- *Jess, ¡encantado de conocerte!*
- *¡Igualmente! ¡Tú también eres muy guapa!*
- *¡Muchas gracias!*
- *No me hagas caso, ¿eh?* dice Tiphanie, fingiendo estar molesta.
- *¡Oh, vamos! ¡Eres la más guapa, cariño!* respondo riendo.

Hacía mucho tiempo que no me reía tanto con gente de mi edad. Me encantan Emma y Jack y, aunque son padres muy jóvenes, no tienen necesariamente las mismas referencias musicales o cinematográficas que yo, por ejemplo. A veces necesito estar con gente que me entienda y, sobre todo, que sepa de lo que hablo. Mientras los tres charlábamos y reíamos, se nos unieron dos hombres, un poco mayores pero bastante jóvenes también:

- *Mi amigo de allí piensa que eres tan guapa que le gustaría invitarte a una copa.*

Empiezo a sonreír como una niña pequeña cuando Zoé se levanta:

- *¿De verdad? ¡Oh! Es mono, vale, me voy, ¡deséenme suerte chicas!*

Como un idiota, pensé que era yo, pero afortunadamente no contesté enseguida; habría sido la vergüenza de mi vida. De repente me sentí un poco incómodo y necesité ir al baño unos minutos para quedarme a solas. De camino a los aseos, me crucé con varias parejas que se besaban, algunas de las cuales, obviamente, estaban haciendo algo poco católico en los aseos. Es bastante embarazoso para mí, porque solía ser una de esas chicas que aprovechaba y besaba a chicos al azar en fiestas, clubes o incluso besaba a sus amigas. Creo que últimamente me he perdido muchas cosas, pero tengo que acordarme de vivir con mi edad. Aunque sigo siendo joven, no siempre voy a ser tan atractiva ni voy a tener la oportunidad de conocer a gente agradable. Como solemos decir a las jóvenes: "*Nunca serás tan guapa como ahora.* " Aunque reconozco la misoginia de esta frase, tampoco la considero totalmente absurda, cuanto más tiempo pase menos atractiva seré para la sociedad, tengo que aprovechar mi juventud mientras pueda.

Una vez fuera del baño, respiro hondo y me uno a Tiphanie:

- *¿Qué pasa? ¿Va todo bien? ¡Me asustaste, te fuiste tan rápido!*
- *Sí, lo sé, lo siento, hace tiempo que no salgo, no estoy muy acostumbrado a las multitudes para ser honesto.*
- *Ah sí, me dijiste que tenías un trabajo, ¿cuál es?*
- *¿Soy una niñera?*
- *¿Y te está llevando tanto tiempo?*
- *Es un poco especial, es para los amigos de la familia, es todos los días menos el domingo y me quedo mucho tiempo, ya ves, así que paso allí la mayor parte del tiempo.*
- *Lo entiendo, ¿no son los padres un grano en el culo?*
- *¿Por qué no?*
- *Las personas mayores suelen ser pesadas.*
- *No son viejos en absoluto, sólo son diez años mayores que nosotros, eso es todo.*
- *¿Qué pasa? ¿Hablas en serio? ¡Háblame del padre!*
- *Lo sabía. Sí, es terriblemente sexy e increíblemente guapo, además es súper inteligente*

y le gusta el cine tanto como a mí, ¡es el hombre perfecto!

- *Oh... Creo que realmente te gusta.*
- *¡Sí, pero está casado!*

No sé muy bien por qué, pero no me atrevo a contarle a mi amiga lo que hice hace poco con Emma y Jack, es algo bastante privado, no quiero dañar su reputación y, sobre todo, no quiero que me juzgue negativamente como una rompehogares. Me mira y sonríe:

- *Mientes, seguro que lo haces, ¡o sueñas con ello!*
- *Sueño con él, sí, quizá un poco, no te voy a mentir, es un hombre muy guapo, pero eso es sólo una fantasía y me parece bien, me llevo muy bien con su mujer, no quiero problemas.*
- *Tienes razón, odio a las zorras que rompen parejas para sentirse poderosas...*
- *¿A qué te refieres?*
- *No sé, me da asco, ninguna mujer quiere saber que su marido, con el que ha tenido hijos, se acuesta con otra, es perfectamente normal.*
- *Sí, estoy de acuerdo, pero no estamos en las parejas de la gente, a veces las cosas son más complicadas que eso.*
- *No, es una guarrada, ¡eso es todo!*
- *Pero digamos que la esposa está de acuerdo, ¿por ejemplo?*
- *Las mujeres nunca se ponen de acuerdo, créeme, ¡es imposible!*
- *Ya veo.*

Corto la conversación, probablemente he dicho demasiado pero no he admitido nada así que todo está bien. Cambio rápidamente de tema e invito a Tiphanie a ir a bailar a una discoteca. La discoteca en cuestión está abarrotada de gente. Entramos y empezamos a contonearnos en la pista de baile.

Bailamos durante dos horas. Durante esta pequeña sesión de locura, conseguí besar a mucha gente, tanto hombres como mujeres, y me sentí muy bien al volver a sentirme deseable. Ahora sé que todavía le gusto a la gente de mi edad, y eso me hace sentir mucho mejor.

Llegué a casa sobre las 4 de la mañana y estaba agotada. Me duelen las piernas y los pies, pero sobre todo me siento mucho mejor. He vuelto a quedar con un buen amigo y he pasado un rato con gente de mi edad, creo que es lo único que me faltaba últimamente.

Naturalmente, me dormí sin ninguna dificultad.

A la mañana siguiente, me despierto tranquilamente. Al mirar mi teléfono, tengo problemas para leer la hora correctamente. Cuando se aclara, me entra el pánico:

- *¡15h48 ?! ¡Pero ya debería estar listo y en camino!*

Presa del pánico, salté de la cama y llamé a Emma:

- *Hola Emma, me quedé dormido, voy a llegar un poco tarde, lo siento mucho.*
- *¿Un poco tarde? ¿Cuánto? ¿Unos minutos?*
- *No... Yo diría más bien una hora.*
- *¿Qué? ¡Tienes que estar bromeando! ¡Tienes que estar bromeando! ¡Estoy trabajando! ¿Quién va a cuidar de los niños? ¿Todo por una noche de borrachera, supongo?*
- *Te lo explicaré todo, lo siento mucho, te lo prometo, te lo compensaré.*
- *Cuento con ello.*

Me cuelga. No pensé que reaccionaría tan violentamente. Hasta ahora nunca había tenido nada que reprocharme. Me sorprende que de repente sea tan exigente, espero poder hablarlo tranquilamente con ella, pero tal como van las cosas, no lo creo.

Me visto a toda prisa y me salto el maquillaje. Rápidamente me recojo el pelo en una coleta y me pongo en marcha. Por suerte, consigo coger el autobús.

Tardo un poco en llamar al timbre una vez que estoy delante de casa, porque tengo mucho miedo de encontrarme con Emma y no quiero que los niños nos vean gritándonos como esposas de pescado.

Estoy a punto de llamar al timbre cuando Emma abre la puerta:

¡No llames! Los niños están durmiendo la siesta.

¿Qué les pasa? Pero si estaban durmiendo la siesta, ¿por qué mi retraso es un problema?

Porque hay que respetar ciertos imperativos, así son las cosas.

Nunca había llegado tarde, sólo quería ver a un viejo amigo.

¿Lo pasaste bien? Besaste todo lo que se movía, supongo. ¿Me trajiste alguna enfermedad?

¿Estás loco? ¡Deja de decir tonterías!

Ven conmigo", dijo decidida.

Dudo en seguirla, pero al final no me queda más remedio: me agarra del brazo y me lleva a su dormitorio:

- *¿Por qué estamos aquí?* pregunto intrigado.
- *Acabo de acostar a los niños, así que podemos charlar un rato.*
- *¿Discutir qué?*

No me contesta, sólo se acerca y empieza a besarme lánguidamente. La dejo hacer y entro en el juego. Como de costumbre, me resulta muy difícil resistirme a ella y le devuelvo el beso con fervor.

Me hace tumbarme de espaldas en su cama y empieza a quitarme suavemente los pantalones:

Ή Ya verás lo que es llegar tarde", dice en un susurro.

Reconozco que me da un poco de miedo lo que me tiene preparado, espero que no me haga daño, al menos no demasiado, aunque tengo que reconocer que me excita un poco la idea.

Se mueve entre mis piernas y me pide que las abra. A través de mis bragas, pasa sus dedos por mi sexo, lo más lenta y delicadamente posible. Me estremezco de placer y empiezo a retorcerme, mi excitación crece y crece, y espero que no tarde mucho en ponerse manos a la obra.

Sigue acariciándome y veo que acerca su boca a mi sexo. Siento su cálido aliento en el interior de mis muslos y casi me dan ganas de agarrarle la cabeza y obligarla a hacer lo que llevo unos minutos soñando. Me acaricia cada vez más rápido, presionando un poco más. Estoy disfrutando como una loca, pero aún quiero que saque la lengua y pruebe mi clítoris. Mientras sigue acariciándome, me mira a los ojos:

- *¿Te dieron tanto placer las personas con las que estuviste ayer?*
- *Yo... Emma...*
- *Responde a la pregunta o me detendré, y créeme que eso no es lo que quieres, has empapado completamente tus bragas, como una putita.*
- *No, no me dieron tanto placer",* respondí sin aliento.
- *¿Te has acostado con alguien?* pregunta, yendo cada vez más rápido.
- *En absoluto.*
- *¿Seguro?*
- *No te preocupes, no estaba borracho ni drogado, bailé unas horas y me fui a casa.*
- *Bien.*

Sus movimientos se ralentizan para mi deleite y esta vez me baja las bragas y entierra su cabeza entre mis piernas para devorarme. Me agarro a la manta y me aferro a ella, necesito algo a lo que agarrarme porque el placer que estoy recibiendo es extraordinario. Emma tiene un verdadero talento para el cunnilingus, aunque creo que le ayuda la extrema humedad de mi sexo. Sus lamidas son cada vez más rápidas, su pequeña lengua es cálida y suave, y siento que estoy a punto de correrme. Justo cuando estoy a punto de alcanzar el séptimo cielo, se detiene, da un paso atrás y se levanta:

- *¿Qué te traes entre manos?*
- *Vuelvo al trabajo",* dice sonriendo.
- *¿Qué te pasa? Pero...*
- *¿De verdad creías que te iba a dejar correrte? Te castigué, no te recompensé, ¡qué tonta eres!*

No contesté y ella continuó:

- *Ve y cuida de mis pequeños ahora, se despertarán pronto.*

Salió de la habitación, dejándome que me vistiera sola en un silencio ensordecedor. No tenía palabras para responder, sobre todo porque no sé muy bien cómo posicionarme ante todo esto. Sé que me excita, la idea de ser castigada es bastante atractiva hay que decirlo, forma parte de las fantasías de muchas personas, tanto hombres como mujeres, pero no sé si estoy preparada para depender tanto de esta pareja. Podría llegar a ser insano. Es cierto que ya no tengo un séquito muy rico, pero si encima cuando veo a otras personas me castigan o me regañan como a una pobre niña que no obedeció a sus padres, no sé a dónde me va a llevar todo esto. La verdad, espero que Jack no tenga la misma reacción y calme a Emma, porque hoy no ha sido ella misma. Es como si hubiera tomado todo su odio y lo hubiera vertido en ese cunnilingus. Mis respuestas a sus preguntas incluyeron la forma en que me masturbó, que fue extraña y a la vez muy excitante. Me siento un poco como una niña traviesa. Puede que al final todo fuera un juego para ella y que la idea del castigo le pareciera bastante divertida. No sé, de momento no voy a darle muchas vueltas, estoy aquí sobre todo para trabajar. No entiendo por qué tuvimos una experiencia sexual un lunes, cuando los niños están aquí, podrían vernos u oírnos y este día está dedicado al sábado.

Me estoy haciendo muchas preguntas que desgraciadamente no podré responder por el momento, así que sería más prudente que me concentrara en Eddy y Lola, fingiendo, por supuesto, que aún no ha pasado nada.

Despierto suavemente a Eddy y Lola y los llevo al comedor para darles de merendar. Entonces me ruegan que veamos un dibujo animado y sólo puedo decirles que sí, de lo contrario las rabietas y las lágrimas están garantizadas y la verdad es que no tengo fuerzas. Así que decido ceder. Normalmente prefiero las actividades manuales como la pintura o el collage, para ayudarles a desarrollar muchas habilidades y sobre todo para despertarles, pero hoy tengo la clara impresión de que no están de humor y desde luego no quiero desatar su furia destructiva. No pensaba que estos niños tuvieran tanto poder sobre mí, al fin y al cabo son como primos pequeños.

Por mi parte, me preparo un buen chocolate caliente y paso el rato en las redes sociales. Cuando

están frente al televisor, el tiempo pasa más despacio, no tengo otra cosa que hacer que vigilarlos, observarlos, aunque sean autónomos y estén hipnotizados por la pantalla. De vez en cuando intento hablarles de sus dibujos animados, pero no obtengo respuesta, lo cual es bastante angustioso. Como no sé qué hacer, me hago selfies, charlo con los amigos y me entero de los últimos famosos. Una vez agotado mi cupo de cosas inútiles que hacer, decido preguntar a los niños si quieren hacer algo:

- *Eddy, Lola, ¿queréis colorear un poco? ¡Hace tiempo!*
- *No, gracias"*, responden al unísono.

El mensaje ha calado, así que voy a tener que instalar Tik Tok si no quiero seguir aburriéndome tanto.

De repente, oigo a Emma arriba llamándome:

- *¿Jess? ¿Puedes subir, por favor? ¡Te necesito aquí arriba!*

Pido a los niños que se comporten y no se muevan y empiezo a subir, intrigada. Emma nunca me pide que entre en su despacho, de hecho es una habitación en la que normalmente ni los niños ni yo tenemos permiso para entrar.

¿Qué quiere de mí?

VOLUMEN 3

Al llegar a la puerta de su despacho, dudo en llamar; no sé qué esperar y eso me pone un

poco nerviosa. Pero no necesito llamar, pues Emma me invita a entrar, sin duda oyendo mi respiración.

Entro y la veo en su ordenador, obviamente trabajando, quizás no tenga nada muy importante que preguntarme después de todo. Me acerco tímidamente, no quiero molestarla. Me mira y no puedo distinguir su actitud, es completamente neutra:

- *Vamos, ¿tienes miedo?* pregunta riendo.
- *No quiero molestarte, ¿necesitas algo?*
- *Sí, te quedarás aquí un rato, te necesito durante mi reunión.*
- *Pero no puedo ayudarte. Pero no puedo ayudarte, no trabajo en tu campo y te recuerdo que tengo que cuidar de tus hijos, ¡que están sin supervisión delante de la televisión en el salón!*
- *Basta, ya sabes cómo son cuando están viendo la televisión. Ven aquí.*

Me acerco un poco más, pero sigo sin entender qué quiere de mí. ¿Quiere que participe en su reunión? Si es así, ¿por qué? Y si no, ¿qué debo hacer? Estoy completamente perdida e intento no pensar demasiado en los niños que están solos abajo, es cierto que cuando están delante de la televisión no suelo preocuparme demasiado, pero nunca se sabe, aún son muy pequeños y podría pasarles cualquier cosa. Me sorprende bastante que Emma no esté más alarmada que eso ante la idea de que se queden solos sin supervisión, ella suele ser más del tipo madre gallina, antes nunca lo hubiera permitido, no sé qué ha cambiado pero es muy extraño.

Se queda mirando la pantalla, pulsando varias pestañas, y enseguida me doy cuenta de que está a punto de incorporarse a su reunión virtual:

- *Espera, ¿me van a ver las cámaras?* pregunto preocupada.
- *No, no estarás aquí, ¿estás ocupado con otra cosa?*
- *¿De verdad? ¿Tú qué?*
- *De mi coño. Vamos, ponte debajo del escritorio.*
- *¿Pero qué? ¿Pero Eddy y Lola? ¿Qué pasa con su reunión? ¿Estás seguro ...*
- *No te he pedido que me lleves la contraria, sé que te mueres por comerme el coño, y*

será más excitante si al mismo tiempo hay algún reto.

No estoy totalmente en desacuerdo con ella, es cierto que tendrá que permanecer estoica durante la reunión mientras yo la lamo y le doy todo el placer que puedo, pero también podría costarle su trabajo o su reputación si alguien sospecha o se da cuenta de algo.

La idea de esconderme bajo el escritorio para darle placer me hace desearlo, y tengo que admitir que me cuesta negarme. Es más, tiene razón, claro que me muero por lamerla, por devolverle el favor, por hacerla subir las cortinas y darle placer, pero mi conciencia siempre está ahí para recordarme que no estoy tomando las decisiones correctas o que me estoy poniendo innecesariamente en situaciones demasiado delicadas para controlarlas.

Emma me mira:

- *¿A qué esperas? Ve debajo del escritorio, amor.*
- *¿Seguro?*
- *He dicho que sí, que hagas lo que te diga.*

Su tono autoritario me excita mucho, tengo la sensación de que se ha montado un pequeño juego entre nosotros y lo disfruto mucho. Nunca había experimentado una relación así con una mujer. Por supuesto, ya había experimentado juegos de rol y dominación con hombres, pero nunca con mujeres. Nunca pensé que sería capaz de someterme a una mujer y, sobre todo, nunca imaginé que me excitaría tanto.

Así que me meto debajo del escritorio y me encuentro de rodillas frente a las piernas abiertas de Emma. Lleva una falda vaporosa y me doy cuenta de que no lleva bragas, así que tengo libre acceso a su sexo. Lo miro, está perfectamente depilado y casi me invita a devorarlo. Dudo un poco al oír que Emma empieza a charlar con sus compañeros, dice muchas cosas, se ríe, actúa como si nada, no sé cómo consigue parecer tan natural cuando tiene a una chica de 19 años entre las piernas. Empiezo a acariciarle suavemente el interior de los muslos, como si quisiera vengarme de lo que me hizo antes, haciéndola languidecer todo lo que puedo.

Es cierto que podría pensarse que soy totalmente sumisa con ella, pero aunque la obedezca, sigo

teniendo cierto poder sobre ella. Puedo decidir si le doy placer o no, y también puedo decidir cuándo llega al orgasmo; si paro en el último momento, ella no puede hacer nada al respecto, lo que me parece aún más excitante. Soy a la vez sumiso y dominante, un papel que me va muy bien y que estoy deseando explotar al máximo.

Continúo con mis pequeñas caricias y luego empiezo a besar el interior de los muslos de Emma. Emma se sacude un poco pero sigue expresándose perfectamente. Su voz no resbala, no comete ningún error, no se le escapa una palabra, mantiene su encuentro como una jefa. Una parte de mí se muere por hacerle comprender que puedo hacerla perder el control, pero la otra trata de mantenerse razonable; no me haría ninguna gracia saber que la han despedido por mi culpa.

Por otro lado, es ella la que lo pide, le debo lo que quiere y no quiero decepcionarla. Así que continúo con mis besos, sacando la lengua de vez en cuando para darle a probar lo que voy a ofrecerle a su clítoris muy pronto.

Parece que lo está disfrutando de verdad, y tengo la sensación de que su corazón late cada vez más rápido, que está muy caliente y quiere más. Lo sé, pero me gusta mucho la idea de seguir aumentando su excitación. Sé que en el momento en que ponga la punta de mi lengua en su sexo, explotará de placer y no podrá controlarse más, es sólo cuestión de tiempo y, sobre todo, de paciencia.

Mis dedos suben lentamente por su pierna hacia su sexo. Una vez allí, dos de mis dedos penetran lentamente en el interior de su sexo. Noto cómo le tiemblan las piernas y veo que cada vez le cuesta más ocultar lo que siente. Estoy a punto de hacerla enloquecer por completo y me hace mucha ilusión.

Meneo los dedos en su interior, quiero estimular su punto G, estoy seguro de que puedo hacerla eyacular mientras está en plena reunión, ese es el reto que me he propuesto hoy y pienso hacer todo lo posible por conseguirlo. Por supuesto, ella no es necesariamente una fuente, pero estoy impaciente por descubrirlo. En cualquier caso, es probable que este intercambio sea húmedo.

Mis dedos se mueven cada vez más rápido dentro de ella, quiero darle todo lo que pueda. No soy necesariamente el mejor con las mujeres, nunca he tocado a una, aparte del sábado pasado cuando estuve con Jack y Emma. Por lo demás, hasta ahora pensaba que era totalmente heterosexual, pero obviamente también me interesa mucho experimentar con mujeres. En

cualquier caso, es muy agradable hacer cosas con mujeres, son más suaves, atentas y respetuosas. En el caso de Emma, fue un poco prepotente pero sé que si le hubiera dicho que no me gustaba este jueguecito lo habría parado y se habría disculpado, mientras que un hombre podría haber dicho que no soy divertida y que lo he estropeado todo, aunque no los meto a todos en el mismo saco, no creo que Jack sea así por ejemplo.

Ya no me contengo más, mis dedos están al máximo y aunque empiezo a acalambrarme y a dolerme, me importa un bledo. De repente, Emma casi salta de la silla y un potente chorro escapa de su sexo. La oigo murmurar y hacer todo lo posible por mantener la calma, pero sé que la he superado. Mientras ella sigue agitando las piernas y dando saltitos, yo continúo jugando con mis dedos en su interior, sin intención de detenerme ahí. La oigo chillar y me detengo, tal vez he ido demasiado lejos, ¿cómo va a justificar esto ante sus colegas? Se endereza un poco y la oigo hablar:

- *Sí, todo está bien, lo siento, hay una araña enorme delante de mí, me asusté, grité, debería haber cortado mi micrófono, lo siento.*

No oigo la respuesta de sus colegas, pero sí la suya:

- *Sí, ya sé que no puedo esperar ver una araña, pero ojalá te hubiera perdonado las orejas",* se ríe.

Parece haber recuperado el control con una rapidez desconcertante, y la admiro por ello. Lleva muchos sombreros. Se las arregla para ser una empresaria seria y decidida, una madre cariñosa, una esposa perfecta y, al mismo tiempo, una auténtica putilla a la que le meten mano durante una reunión de trabajo mientras sus hijos están solos abajo viendo un dibujo animado.

Pensando en lo último, recuerdo de repente que Eddy y Lola siguen abajo y bajo mi supervisión. No puedo imaginar lo que diría Jack si llegara a casa y viera a los niños solos. Podrían despedirme y la verdad es que no quiero, estoy comprometida con este trabajo, estoy unida a esta familia y, sobre todo, me pagan muy bien y eso no es moco de pavo. Veinte euros la hora por hacer de canguro, no estoy escupiendo sobre eso.

Salgo de debajo del escritorio y corro hacia el salón:

- *¿Estáis bien, niños*? pregunto *con pánico.*
- *No te preocupes, estamos viendo dibujos animados.*
- *¿Qué más?*
- *Sí, es nuestro favorito.*
- *Muy bien, eres bueno, ¿no?*
- *¡Sí, Jess*! Responden al unísono.

Vuelvo arriba, aliviada. Me sigue costando entender por qué Emma no está tan preocupada; al fin y al cabo, sus hijos son pequeños y no estoy segura de que sea buena idea dejarlos solos delante del televisor. Sin embargo, no soy madre y no tengo intención de serlo por el momento, así que probablemente hay muchas cosas que no entiendo o ni siquiera sospecho. Quizá a veces Emma necesite sentirse como una mujer joven, como si no tuviera hijos ni responsabilidades, cosa que estoy segura de que muchos padres hacen a veces.

De vuelta en la oficina, Emma me mira y sonríe:

- *Muchas gracias*", dijo sonriendo.
- *Es normal, me preocupaba saber si seguían bien.*
- *No me refiero a eso, pero gracias también.*
- *¿De qué estás hablando?*
- *Todo lo que estás haciendo, nuestro pequeño juego de rol que pareces haber acogido, haciéndome venir así, fue realmente genial.*
- *¿Ha tenido algún problema con su trabajo?*
- *No, no te preocupes, no es la primera vez que lo hago y soy muy buena mintiendo, así que suele salirme a pedir de boca.*

No pensaba que Emma y Jack tuvieran tanta experiencia en este tipo de prácticas sexuales. Lo han ocultado muy bien durante años, lo cual puedo entender porque es un asunto privado. Por otro lado, nunca me hubiera imaginado todo esto de ellos, son tan perversos, los veía tan sanos y

monos, incluso me costaba imaginarlos haciendo el amor, siempre me los imaginé haciendo cosas más bien básicas y convencionales en la cama, sexo vainilla rápido y eficaz. Al final, las personas menos sospechosas suelen ser las más capaces. En cuanto a mí, no es para menos, yo también soy una auténtica zorrita y ni yo misma habría sospechado esta faceta mía. Nunca pensé que sería capaz de embarcarme en una relación exclusivamente sexual con una pareja con hijos a los que cuido, es casi como un guión de película que no iría a ver al cine.

Emma guarda rápidamente sus cosas y apaga el ordenador antes de invitarme a acompañarla al salón. Me sirve una copa de vino y nos sentamos en el comedor:

- *¿Vas a comer aquí esta noche?*
- *Nos encantaría.*
- *Genial, estoy pensando en hacer una ensalada César, ¿te gustaría?*
- *Sí, por supuesto, ¡me encanta!*

La verdad es que no me gustan mucho las ensaladas, pero no conozco a nadie que pueda responder "*no"* a ese tipo de pregunta. En general, me cuesta un poco decir que no, así que en una situación así, soy incapaz. Además de darme dinero, me ofrecen comida gratis de lunes a sábado, así que ¿cómo puedo quejarme del contenido? Creo que podría ser cualquier cosa y me costaría quejarme en cualquier caso. Por otro lado, me empieza a dar un poco de miedo esta relación. Yo no les ofrezco mucho, cuidar niños por supuesto, pero hay mucha gente que podría hacerlo por mí. Me da miedo ser más dependiente de ellos que ellos de mí, sobre todo si ya han experimentado este tipo de relación con otras mujeres u hombres. Quizá se cansen de mí dentro de un tiempo y empiecen a buscar una nueva niñera. Me encantaría hablarlo con ellos, pero tengo mucho miedo de reventar las cosas y arruinarlo todo. Quizá lo intente esta noche en la cena, una vez que los niños estén en la cama, creo que es el momento de hablar de ello. Entre la fiesta de anoche, el circo de Emma de hoy y todas las cosas que hacen por mí y me dan a diario, hay que dejar las cosas claras. Sé que son amigos de mis padres y que soy importante para ellos, pero eso no significa que tengan que apoderarse de mi vida por completo, y me gustaría que lo entendieran sin tomárselo a mal, aunque tengo la sensación de que esta conversación no va a salir bien.

La tarde llega a su fin y, mientras Emma cocina, yo juego con Eddy y Lola, que por fin han decidido dejar la televisión, para mi alegría. Nos reímos mucho y pasamos un buen rato

esperando a que vuelva Jack.

No perdió el tiempo. Cuando llegamos a casa, se fue corriendo a la ducha sin decirnos nada, lo que me sorprendió un poco. Suele ser bastante alegre y siempre tiene una palabra amable para todos cuando llega a casa. Incluso Emma parece un poco sorprendida, y dudo si subir a ver a Jack para averiguar qué le pasa, pero temo que los niños se lo pregunten.

Emma pide a Eddy y Lola que vengan a lavarse las manos antes de comer y yo aprovecho para escabullirme y subir. Por supuesto, la puerta del baño no está cerrada, incluso está entreabierta. Entro tímidamente:

- *¿Jack? ¿Jack? ¿Va todo bien?*
- *¿Eres Jess?*
- *Sí.*
- *Sí, todo va bien, estoy agotado, he tenido un día largo, mi reunión no ha ido muy bien, pero todo irá bien, son cosas que pasan.*
- *Lo entiendo, estoy aquí si me necesitas y también Emma, Eddy y Lola te han echado mucho de menos de todas formas.*
- *¿Y tú?*

Me sonrojo al instante y no sé qué decir. Opto por el humor:

- *¡Oh, no, en absoluto!*
- *Muy gracioso, ¡vamos!*
- *¿Venir? ¿Pero adónde?*
- *Dúchate conmigo, vamos.*

Dudo un poco, se supone que comeremos en unos minutos, Emma se estará preguntando. Después de todo, antes hemos hecho algo sin Jack, ¿por qué no iba a disfrutar un poco también?

No lo dudo más y me desnudo rápidamente para unirme a él. Una vez en la ducha con él, le beso

apasionadamente y parece sorprendido:

- *Creía que no me echabas de menos.*
- *¡Claro que es estúpido!*

Le vuelvo a besar y él me devuelve el beso con el mismo fervor, lo que me encanta. Creo que le he animado, y eso me hace feliz.

En la ducha, nos besamos y él me acaricia mientras yo le masturbo, pero no llegamos hasta el orgasmo, no hay tiempo, Emma nos llama a comer y sin duda se está preguntando. Nos apresuramos a terminar, secarnos y vestirnos, obviamente pareceremos culpables, los dos mojados, no sé si Eddy y Lola se darán cuenta. Una vez abajo, nos unimos a la mesa y empezamos a comer:

- *¿Por qué tienes el pelo mojado, Jess? ¿Te has duchado con papá?*

No sé qué decir y mis ojos se abren de par en par mientras miro a Jack. Él mantiene la calma y respira hondo antes de responder:

- *Jess también necesitaba una ducha, sólo la tomó conmigo, yo no me duché con ella.*

Lola no insistió más y siguió comiendo mientras veía la televisión. Y pensar que no me hacía mucha gracia que vieran dibujos animados, me acaban de salvar y nunca se lo agradeceré lo suficiente. La comida transcurrió tranquilamente, ni Emma ni Jack hablaron de nada y los niños se acostaron rápidamente. Por mi parte, estoy un poco intranquila, tengo muchas ganas de hablar con ellos de mis pensamientos y temores, pero dada la situación, me preocupa un poco que las cosas no transcurran con calma.

Al final de la comida, me armé de valor y entablé conversación:

- *Me gustaría hablar contigo de algo*", digo tímidamente.

- *No, me gustaba hablar de algo",* dice Emma.
- *¿De qué?* Pregúntale a Jack.
- *¿No puedes tener cuidado? ¡Mierda, en serio! Los niños están haciendo preguntas ahora, no son estúpidos, ¡eres tan estúpido!*
- *Lo siento mucho.*
- *Yo también, no lo pensamos bien, no debimos hacerlo, sobre todo sin ti, ahora tenemos que hacerlo todo los tres.*

Miro a Emma, haciéndole saber que probablemente vamos a tener que contarle la verdad a Jack. Emma me hace un desaire y continúa enfadándose durante un rato antes de calmarse por fin. En mi opinión, se calmó rápidamente para evitar conflictos y que Jack se enterara de lo que habíamos hecho esta tarde. Pensé que estaba bien que hicieran las cosas por su cuenta pero obviamente no. No sé en qué lío me voy a meter al denunciar a Emma pero me apetece mucho, su actitud es desagradecida, aunque nos hayamos equivocado al hacer lo que hemos hecho en relación con los niños.

Jack avanza rápidamente y luego me mira, preocupado:

- *¿Todo bien, Jess? ¿De qué querías hablar?*
- *Yo... Er... Nada, lo siento, es estúpido.*
- *No, te escuchamos.*

Respiro hondo y me armo de valor, dispuesta a decir por fin todo lo que me preocupa últimamente:

- *De hecho, tengo miedo de volverme demasiado dependiente de ti, de formar parte de tu vida cotidiana aunque no forme parte de tu familia*.

Al ver que me dejan hablar sin interferir, continúo, un poco más confiado:

- *Sé que eres encantador, que me adoras, y yo también te adoro a ti y a los niños, pero a*

veces también tengo que tener una vida, conocer a otras personas, ser la joven que soy, salir con gente de mi edad, incluso acostarme con ellos, es importante para mí. ¿Puedes entenderlo?

Emma y Jack se miran y Emma habla:

Ĥ *Sospechábamos que esto pasaría, que te harías preguntas y que empezarías a tener cosas que decir, y es bastante normal. No queremos que te sientas en deuda con nosotros, ya sabes, disfrutamos mucho del tiempo que pasamos contigo y los niños te adoran, eso es todo.*

Jack continuó:

- *Sí, y si necesitas algo, como más tiempo libre por ejemplo, no dudes en pedírnoslo, somos perfectamente capaces de entenderlo.*

Me alivia mucho que ambos hayan reaccionado con tanta amabilidad y buena voluntad. Siento que me han comprendido y respetado, y eso es muy agradable. Me tranquilizan durante unos minutos más antes de aislarse en la cocina. No me invitan a su charla y empiezo a preocuparme. Quizá me han mentido para no herir mis sentimientos y finalmente me van a despedir, como me temía. Al menos habré dado mi opinión, pero tengo que admitir que me disgustaría tener que marcharme por esto, y Eddy y Lola probablemente estarían muy tristes por tener que despedirse de mí.

Espero ansiosa en el comedor hasta que vuelven, con dos amplias sonrisas en los labios:

- *¿Va todo bien*? pregunto.
- *Sí, ¡teníamos una idea!* exclama Emma.
- *¿Cuál?*
- *Queremos presentar a alguien.*
- *¿Presentar a alguien? ¿Pero a quién?*
- *Alguien de tu edad, un tío, un amigo tuyo, alguien que conozcas, alguien en quien*

confíes, ¡lo que quieras! Lo único que queremos es que sea un chico y que sea guapo. Nos va a animar un poco las noches de los sábados y, sobre todo, te va a dar la oportunidad de codearte sexualmente con un chico de tu edad y quizás sentirte un poco mejor. Por lo demás, es probable que a partir del mes que viene tengamos uno o dos días libres durante la semana, mientras nos organizamos. ¿Qué te parece?

Estoy gratamente sorprendido por su petición y no lo dudaré ni un segundo:

- *Eso es un gran sí, ¡ya sé con quién voy a ponerme en contacto!*
- *Estupendo, no nos enseñes fotos, queremos descubrirlo el sábado, ¡pero nos fiaremos de tu gusto!*
- *¿Lo probamos el sábado?*
- *Claro, ¿por qué esperar?* pregunta Jack.
- *Sí, tienes razón. Estoy seguro de que va a ser muy divertido.*

Después de cenar, me dirijo a casa, confusa pero impaciente. Hoy han pasado demasiadas cosas: mi aventura con Emma, mi ducha con Jack, la inclusión de un nuevo participante en nuestros juegos traviesos y una conversación de adultos, estoy agotada de tanto pensar.

Cuando llego a casa, envío un mensaje de texto a un amigo al que no veo desde hace mucho tiempo pero al que adoro y en el que confío ciegamente. Lo más importante es que ya ha pasado algo entre nosotros, nos hemos besado varias veces por la noche, así que le digo que le gusto y viceversa. No estoy segura de qué escribir en mi mensaje, pero no lo piense mucho, debo tener su respuesta pronto:

- *Hola Axel, hace tiempo que no nos vemos, pero estaría bien volver a vernos, ¿no? Tengo una propuesta para ti.*

Axel es alguien a quien le encanta el sexo y está orgulloso de ello. No quiere tener una relación, quiere divertirse y sacar el máximo partido, tiene 20 años y es muy guapo. Tiene el perfil perfecto.

Por desgracia, me dormí rápidamente sin tener tiempo de recibir su respuesta.

A la mañana siguiente, me desperté y fui directamente a mi teléfono: había un mensaje nuevo. No lo dudé ni un segundo y lo leí:

- *Hola Jess, ¡reconozco que ha pasado tiempo! ¿Estaría bien quedar el sábado?*
- *¡Perfecto! ¡Te enviaré la hora y la dirección! Te enviaré la hora y la dirección.*
- *¡Has cambiado de dirección!*
- *¡Sí! Te lo enviaré el sábado.*

Siento que le estoy engañando un poco pero le conozco, sé que estará dispuesto así que no me preocupa demasiado, las cosas irán bien.

El resto de la semana transcurrió tranquilamente, no hice nada con Jack ni con Emma y nos mantuvimos profesionales, más aún teniendo en cuenta que Eddy y Lola habían estado preguntando por Jack y por mí.

Por fin es sábado y estoy impaciente por conocer a alguien. Emma y Jack han depositado su confianza en mí y pienso demostrarles que estoy rodeada de jóvenes guapos en mi día a día.

Le pedí a Axel que llegara a la dirección a las 9 de la noche. Quiero que se reúnan con Emma y Jack al mismo tiempo que yo.

Me preparo de la mejor manera posible. Depilación total, maquillaje excesivo, minifalda de cuero rosa, tacones de aguja negros y un pequeño top negro sin tirantes también. Vuelvo a parecer una prostituta, pero no me importa, quiero parecer sexy a toda costa.

Una vez fuera, tenía tanto frío que casi corrí con los tacones para llegar rápido a la parada del autobús y entrar en calor lo antes posible. Por suerte para mí, el autobús estaba desierto y nadie vino a molestarme ni a criticar mi atuendo. Cuando llegué a casa de Emma y Jack, me acerqué a la puerta y esperé a Axel. Llegó unos minutos después:

- *¿Puedes explicarme por qué esperas para entrar en tu propia casa?*
- *¿Quién te dijo que esta era mi casa?*
- *Espera, ¿me estás involucrando en algún tipo de droga rara o tráfico de órganos? ¿O lo que sea?*
- *¡Tonterías, Axel, me conoces bien, nada de eso!*
- *Vale, de todas formas en la choza tampoco se ven muy por esas cosas.*
- *Exacto, ¡así que cállate y disfruta del momento!*
- *¿Aprovechar qué exactamente?*
- *¡Ya verás!*

Probablemente debería haberle explicado lo que iba a pasar esta noche, pero prefiero sorprenderle, seguro que le encantará.

Llamo a la puerta y Emma no tarda en abrirme con un suntuoso vestido negro de lentejuelas; tengo la impresión de que se va a ir al Festival de Cannes justo después. Jack, por su parte, se ha puesto su mejor traje. Axel y yo parecemos polos opuestos, Axel va bastante informal y yo soy toda una prostituta. Espero que no tengan ningún problema con eso.

Una vez dentro de la casa, Axel está callado y perdido, e incluso parece un poco asustado, cosa que comprendo.

Emma y Jack nos invitan a subir al dormitorio:

¿No vamos a comer? pregunto yo.

No, empezaremos por lo más interesante, estamos muy emocionados esta noche", responde Jack con una sonrisa.

Una vez en su dormitorio, vemos un montón de objetos y juguetes sexuales por el suelo y siento que Axel por fin ha comprendido:

- *Ya veo, me conoces bien",* me susurra al oído.

Respondí con una amplia sonrisa, sabía que era la persona ideal. Sin preguntas, sin objeciones, dispuesta a todo y a divertirse.

Jack se acerca para besarme y Emma hace lo mismo con Axel, que rápidamente le devuelve el beso. De repente parece mucho más excitado que yo y me alegro de que le guste. Tengo la sensación de que nos lo vamos a pasar muy bien.

Jack me desnuda rápidamente y empieza a besar cada parte de mi cuerpo. Me recorre con la lengua como si quisiera marcar su territorio, mordisqueándome y lamiéndome, insistiendo sobre todo en mis pezones, mi cuello y mis muslos. En cuanto a mí, siento poco a poco un suave calor por todo el cuerpo, la excitación se apodera poco a poco de mí.

Axel y Emma se desnudan mutuamente mientras nos observan. Mis ojos alternan entre Axel y Emma, que parecen destinados a practicar sexo, y de repente estoy deseando que llegue ese momento, al igual que Jack, supongo. Emma no tarda en arrodillarse y empieza a hacerle sexo oral a Axel, cuya cabeza se inclina hacia atrás en cuanto Emma hace contacto. Estoy segura de que le va a encantar, Emma debe ser muy buena con una polla en la boca y en las manos, sobresale en todo.

Oigo a Axel empezar a gemir fuerte y eso parece ser la señal para que Jack se ponga un poco más serio. Baja hasta mi entrepierna. Yo sigo de pie mirándole, él me devuelve una mirada traviesa y, sin dejar de mirarme, empieza a lamerme el sexo frenéticamente. Grito de placer, no dejo que los gemidos vayan in crescendo, grito directamente, he echado de menos su lengua, la utiliza tan bien, siempre es un placer estar bajo su control.

Me lame mientras Emma sigue chupándosela a Axel. Parecen muy excitados por dar placer a otras personas permaneciendo en la misma habitación y pudiendo interactuar. Me da la impresión de que no ven esto como un engaño sino como una experiencia de pareja, como algo que les unirá más y no les separará, como si necesitaran esto para que su relación funcione, es bonito y peculiar a la vez. Pero bueno, probablemente soy demasiado joven para juzgar a una pareja con tanta experiencia de vida e hijos, cada uno tiene sus opciones de vida, mientras no

perjudique a nadie. En nuestro caso, es lo contrario, aporta placer a otras personas, a Axel y a mí en este caso.

Me da la impresión de que está a punto de terminar y le pide a Emma que pare antes de explotar. Ella obedece y se detiene antes de volver a subir a besarle:

- *¿Así que casi llegamos, jovencito?*
- *Sí señora, fue perfecto.*
- *Sí, entiendo.*

Se retan como si estuvieran hechos el uno para el otro, no pensé que mi elección fuera tan buena, estoy orgullosa de mí misma y espero que Jack no envidie la relación que están creando, porque parecen estar en la misma onda.

Por su parte, Jack está realmente concentrado en mi sexo y en mi cara y no presta ninguna atención al entorno, lo que pronto hará que yo también tenga un orgasmo. Afortunadamente, se detiene justo antes que yo y se levanta antes de tirarme sobre la cama:

- *Venga, vamos al grano, que ahora te voy a follar",* dijo orgulloso.

Y añade:

- *Ponte a cuatro patas.*

Obedezco y me pongo rápidamente a cuatro patas. Mientras tanto, Emma se une a mí en la cama y también se pone a cuatro patas, con el trasero contra mi cara, comprendo que espera que la lama y no lo dudo. Empiezo a lamerle el ano y luego desciendo hasta su sexo, yendo y viniendo así.

Empieza a gemir cuando Axel se pone de pie en el otro extremo de la cama y la obliga a chuparle la polla. Emma ya no puede hacer más ruido y los cuatro estamos conectados, disfrutando al

mismo tiempo. No creía que este tipo de cosas ocurrieran en la vida real. He visto mucho porno en el que se hace un trío o un cuarteto, pero nunca pensé que llegaría a experimentarlo algún día, pero de momento es un éxito y me temo que me estoy enganchando. Quizá en el futuro Axel pueda convertirse en un miembro permanente de nuestro trío.

Rápidamente dejo de pensar en ello y vuelvo a concentrarme en el placer que estoy recibiendo, es muy placentero y me gustaría que durara horas, pero sé que no tardaremos en explotar todos de placer, la estimulación es demasiado fuerte para cualquiera de nosotros.

Jack por fin deja de follarme para ocupar el lugar de Axel y viceversa. No tengo tiempo de ver el sexo de Axel, estoy demasiado concentrada en el trasero de Emma, pero puedo sentir cómo se corre dentro de mí y no creo que se avergüence del tamaño de su polla. Entra y sale de mí rápidamente y sé que será el primero en acabar. No me pareció tan buena idea, porque unos segundos después de haberlo pensado, Axel se sale rápidamente de mí y eyacula sobre mi espalda. Luego se desploma a nuestro lado, claramente agotado.

Por mi parte, sigo lamiendo a Emma, pero noto que sus espasmos son cada vez más fuertes y sé que tampoco tardará en acabar. Utilizo mi técnica y le meto dos dedos, meneándolos de la misma forma que la última vez, sabiendo perfectamente lo que estoy haciendo. Pronto grita mientras se la chupa a Jack y se desparrama sobre la cama. Entonces es su turno de agotarse, dejándonos solos a Jack y a mí. Jack se tumba boca arriba y me pide que me ponga a horcajadas sobre él. Lo hago y me empalo en él antes de empezar a cabalgarlo rápidamente. Emma y Axel nos miran sonrientes y nos dicen cosas excitantes para ayudarnos a llegar al orgasmo.

Pronto me corro sobre la polla de Jack y me folla cada vez más fuerte. Aunque estoy a horcajadas sobre él, no duda en meterme y sacarme la polla, lo que lo hace extremadamente duro y me excita mucho, por lo que mi orgasmo es tan potente que grito a pleno pulmón. Al verme disfrutar tanto, Jack también se apresura a verterse dentro de mí sin control, soltando además un grito de intenso placer del que nunca le habría creído capaz. Normalmente, los hombres son bastante discretos cuando se trata de gemir y gritar, pero esta vez Jack se ha dejado llevar totalmente y espero que no sea la última vez, es agradable saber cuando estás dando mucho placer a alguien.

Finalmente, nos duchamos por turnos y nos vestimos para la comida. Alrededor de la mesa, charlamos como si nada e incluso nos reímos juntos. Empiezo a preguntarme si no estaremos creando una especie de secta sexual. Poco a poco, podríamos ir integrando a la gente en los grupos hasta que seamos capaces de hacer orgías y disfrutar al máximo. Esta idea me atrae mucho y dado que estoy conociendo bastante bien a Emma y Jack sexualmente hablando y que conozco muy bien a Axel, estoy convencido de que todos estarán dispuestos a ello.

Tengo la sensación de que el próximo sábado va a ser genial.

e Dinguerie à Trois - INCREÍBLE

Aunque me concentre en ello durante mucho tiempo, llego a la conclusión de que siempre he conocido a Jade.

Hemos sido amigos durante incontables años, pero también nos hemos deseado todo ese tiempo. Ella siempre ha sido más aguda que yo, más lúcida. Lo digo porque ella tuvo relaciones antes que yo, a pesar de su juventud, y sobre todo porque necesitábamos las circunstancias adecuadas para encontrarnos juntos .

Su novio la había engañado y yo acababa de regresar de Quebec, donde había ido a terminar mis estudios. Cuando nos quedamos un rato con ella para consolar su pena, lo evidente se nos hizo evidente durante un lánguido y esperado beso. Poco después, nos mudamos juntos a un maravilloso piso de 40 m2, con balcón y baño.

Al principio nos parecía un espacio demasiado grande para los dos solos, así que organizábamos fiestas, aperitivos, meriendas y comidas. Como nos aburríamos y sentíamos la necesidad de estar juntos, adoptamos una gatita llamada Onaë. Con el paso de los meses, la vida cotidiana no se convirtió en una rutina. Jade se quedaba en casa durante el día para ocuparse de las cosas, pintar y dedicarse a sus aficiones. Y yo, al irme a trabajar cada mañana, no importaba en qué estado volviera por la noche, siempre era algo diferente lo que me encontraba al cruzar la puerta.

O un enorme lienzo con una inmensidad de colores abstractos encima, o un aparato para hacer una fuente de chocolate, con fruta cortada en trozos al lado, y Jade desnuda bajo un delantal, esperando a que me sentara junto a todo esto.

A veces ocurría lo contrario: cuando yo entraba, ella estaba dormida en la cama -siempre con la menor ropa posible, eso sí- y yo encontraba tres o cuatro cajas de pizzas a la vista, para poder calentarme con algo de comer. Cuando levantaba una de estas pizzas, había una nota de amor escrita debajo, en la que ella se disculpaba por su cansancio pero explicaba que hoy había hecho esto o aquello, y que me quería mucho con todo su corazón.

La rutina en su compañía suena como una enfermedad rara que nunca pensé que contraería.

En su defensa, realmente tardó mucho tiempo.

Nuestras primeras semanas fueron como las de todas las parejas jóvenes: idílicas.

Cada movimiento que hacíamos por el piso estaba coordinado entre nosotros y con lo que el otro tenía que hacer, y nos levantamos abrazados. Mientras yo hacía la cama, Jade fue a prepararnos café y té respectivamente. Aún semidesnudos, desayunamos, mirando nuestros teléfonos y excitándonos mutuamente con besos inesperados en la nuca.

Si se le acababa la paciencia esa mañana, Jade repetía mi nombre cada vez más alto, con cara de fastidio:

"¡Mathieu, Mathieu, MATHIEEEU!"

Y yo aprovechaba para saltar encima de ella, apretar mis pectorales contra sus pechos y darle un fuerte abrazo a su pequeño ser. Rara era la ocasión en que no aprovechaba para tener una sesión traviesa, por más que yo llegara tarde al trabajo por su culpa. Éramos así, inesperados, llenos de deseos y juegos pero sobre todo llenos de amor el uno por el otro. Yo siempre acababa marchándome y ella quedándose, pero no nos envidiábamos nuestros lugares, cada uno en su mundo durante el día y contentando al otro con su presencia por la noche.

Como Jade es la protagonista de nuestra vida, intentando ponerle picante a las cosas, ese día terminé de trabajar un poco antes para tener tiempo de hacer algunas compras. Fui a la farmacia a comprar más preservativos y allí vi un tubo de lubricante, así que decidí probar algo nuevo.

Es más, dado que ella es más del tipo impaciente, creo que esto debería sentarle muy bien.

De camino a la salida, me entretengo un poco porque aún no estoy convencido al 100% del exotismo de mis propuestas, así que pienso en lo que ya se ha hecho. Tiene esposas (seguro que me acordaría), fustas, cuerdas, cadenas, ataduras, un juego de dados travieso, bolas de geisha... Me devano los sesos una y otra vez, pero no se me ocurre nada.

Fue un transeúnte muy conocido en el barrio por sus tendencias homófobas quien, muy a su pesar, me dio la idea del siglo al declarar agresivamente a un vecino andrógino:

"¡Eh tortillera, lo que necesitas para curarte es una polla! No sabes a qué sabe, ¿verdad?".

Sin molestarme en defender al transeúnte, eso es todo lo que necesito para dirigirme directamente al sex shop más cercano. Entrar en la tienda no me convierte en más experto en el tema que antes, así que decido pedir consejo tímidamente.

- Bueno... ¡hola! Estoy buscando algo con lo que sorprender a mi novia. Debe ser fálico y más bien... sustancial, si es posible.
- Enseguida voy, señor, tengo justo lo que necesita. ¿Rosa o morado?
- En morado, por favor".

En la caja vi unos antifaces, uno de los cuales decía "no lo verás venir pero lo sentirás". Divertido, decidí comprarlo junto con mi sorpresa. Sinceramente orgulloso de haber intentado algo para sorprender a mi amada, abro la puerta de nuestro piso con una sonrisa en la cara.

Con la boca abierta, veo cómo Jade prepara un juego de ajedrez y se coloca frente a él, esperando mi turno. Dice, divertida:

"¡El que pierda tiene que cocinar esta noche!

- Yo soy el que te va a comer esta noche, pero hagámoslo para cenar".

Siempre nos ha gustado jugar al ajedrez, nos permite concentrarnos y pensar un poco en lugar de saltar el uno sobre el otro para discutir. Jugada tras jugada, observo la expresión de concentración de su cara, que me parece tan tierna y conmovedora. Incluso me parece que perdía a propósito, por el deseo de cocinar para ella y verla feliz de ganar la partida.

Durante una de mis reflexiones antes de jugar, de repente inicia una discusión:

"Pronto haremos dos años que somos pareja, ¿te lo puedes creer?

Es hora de pensar a lo grande. ¿Le apetece una excursión en helicóptero?

No me apetece mucho...

¿Y si te deseo ahora mismo?

Jaque mate", declaró antes de lanzarse a mis brazos.

La cogí de la mano para que pudiera agarrarse a mi cuello y llevé su cuerpo hasta la cama. Me hizo cosquillas durante todo el camino, besándome el pecho en diferentes lugares. Para

vengarme, le pellizqué un puñado de carne en las caderas, lo que me hizo derretirme.

Nos tumbamos de espaldas unos minutos para recuperar el aliento y volvimos a empezar. Al cabo de un buen rato, cuando los juegos estaban a punto de convertirse en hacer el amor, el sonido de su barriga resonó por toda la habitación. Yo ya estaba de pie, dirigiéndome a la cocina para preparar un buen platito. Ella aprovechó para darme una palmada en el trasero a su paso. El tiempo parecía largo, así que se levantó a su vez para acompañarme a la cocina y supervisar la cocción a mi lado.

Como una niña, me susurró al oído:

"Si no tenemos helicóptero, ¿qué vamos a hacer entonces?

- No sé, ¿amor?
- Pero eso ya lo solemos hacer...", añadió enfurruñada.

Me devanaba los sesos mientras colocaba la carne y las patatas en nuestros platos. Estaba tan preocupada que tuve que cogerla de la mano para avisarle de que la comida estaba lista. Acababa de empezar a cortar la patata en mi plato cuando, de repente, Jade me sobresaltó con un grito:

"¡Eso es, lo sé!"

Aún temblando, recojo mi cuchillo del suelo.

"¿Sabes qué?

- ¡Vamos a hacer un trío!
- ¿Verdad?
- ¡Por nuestros dos años como pareja!
- No veo por qué no. Mientras no cambie nada entre nosotros, no me importa.
- Te lo prometo, me ocuparé de todo. ¿Confías en mí?
- Por supuesto, ¡qué pregunta más tonta! No me digas nada hasta el gran día, ¿vale?
- No iba a hacerlo.

Pasaron los días sin que ninguno de los dos volviera a mencionar esta idea un poco loca. Ni siquiera cambió nada entre nosotros, entre nuestras sesiones traviesas en el baño y nuestras acaloradas discusiones semanales.

En un día libre que me había tomado, Jade estaba pintando como de costumbre, con Onaë en el regazo. Yo intentaba hacer un ejercicio de escritura sin conseguirlo cuando sonó mi teléfono. Tras echar un rápido vistazo para confirmar que era mi madre, descolgué e intenté discutir durante varios largos minutos para responder a su pregunta: "¿Por qué no celebras tu segundo cumpleaños? ¿No hay nadie invitado? ¿O tú lo estás pero nosotros no? Todo esto antes de concluir finalmente con un suspiro que los dos nos íbamos de viaje y que así eran las cosas.

Veinte minutos después, por fin aliviado de haber puesto fin a esta llamada, me levanté para coger a Jade en brazos. Para mi gran sorpresa, ella no hizo ninguna expresión, no dijo ni una palabra.

"¿Seguro que estás bien, cariño?

- Tengo miedo.
- ¿De qué tienes miedo?
- Que este "regalo" de cumpleaños cambie lo que somos y lo que podríamos haber llegado a ser.
- ¿De qué estás hablando? Nada nos ha cambiado.
- ¿Y si te enamoraras de esa tercera persona? ¿Y si fuera tanto mejor que el sexo para dos que nunca pudieras vivir sin él?
- Si tanto te preocupa, me pregunto por qué has tenido esta idea... Creo que todo lo que estás dudando en este momento se basa en nuestras voluntades individuales, que si confiamos el uno en el otro y sobre todo en nuestro amor, no hay ni habrá problemas.
- Empezaré las entrevistas en breve para encontrar esa joya rara.
- Eres mi joya, no lo olvides".

Una vez más, se produjo un tórrido encuentro amoroso, aunque el ansia de croquetas de Onaë se vio interrumpida.

"Me voy", dije, no sin antes lanzar una broma graciosa: "¡Y dos coños felices!

Es difícil imaginar que una rutina diaria tan frívola y bien engrasada pueda ponerse patas arriba por un encuentro sexual con un desconocido.

Cuando terminó mi día libre, me resultó especialmente difícil conciliar el sueño. Lo que me había dicho Jade me daba vueltas en la cabeza y tenía un mal presentimiento. ¿Quién iba a ser? ¿Algún conocido? ¿Una mujer? ¿Alguien mayor? ¿Alguien mayor? ¿Muy joven?

Soy el tipo de persona que siempre se imagina lo peor, y también sabía que no teníamos los mismos gustos en absoluto, pero sospechaba que elegiría a un hombre por miedo a un posible engaño en el futuro. Eso era probablemente lo que más me preocupaba.

¿"Matthieu"?

- Sí
- Te quiero.
- Yo también mi ángel, que duermas bien".

Aquella mañana me fui a trabajar sin saber lo que iba a pasar en el piso a mis espaldas.

Demasiado impaciente y excitada ante la idea de vivir esta nueva experiencia, me era imposible seguir adelante sin empezar a hacer varias entrevistas en vídeo para encontrar nuestra rara perla. Tampoco podía decantarme por un tipo de persona en concreto: ¿un hombre? Matthieu seguramente se pondría celoso... ¿una mujer? Yo soy la que se sentiría incómoda y amenazada, porque no tengo mucha confianza en mí misma. Intento tranquilizarme diciéndome que, en el peor de los casos, lo único que tengo que hacer es elegir a alguien en función del sentimiento y, sobre todo, de la excitación que ese tercero sería capaz de proporcionarme. Pero, ¿qué otros criterios debo utilizar?

Veía ventajas en cada característica humana. Por ejemplo, alguien mayor nos permitiría beneficiarnos de su experiencia y conocimientos, pero alguien más joven sería quizá más atractivo a primera vista, más inocente y potencialmente con una ingenuidad que resultaría excitante en cierta dimensión.

Fue durante esta reflexión, perdido en mis pensamientos y preguntas, cuando Onaë eligió su momento para frotarse contra mí y pedir que la acariciara. Nunca me quejé, oír su ronroneo siempre me calmaba y me ayudaba a serenarme y, sobre todo, a relativizar.

Todo iba a salir bien, pero aunque no fuera así, sólo podía culparme a mí mismo, porque la idea había sido mía. Todo lo nuevo impresiona, así que mi reacción no es tan sorprendente. Todo lo que tengo que hacer es calmarme y recordar las razones que me llevaron a esta experiencia en primer lugar. A pesar del idilio romántico que comparto con Matthieu desde hace casi dos años, si no me engaño, es cierto que últimamente nos hemos instalado en una especie de rutina. Además, como no trabajo ni estudio, los días sin él en casa son largos y me cuesta mantenerme ocupada. Tengo que controlarme porque no puedo confiar en él; me diría que basta con no hacer nada, pero no lo soporto.

Por fin comprendo este sentimiento de querer añadir "un poco de picante" a una relación y estoy dispuesto a aceptar las consecuencias. Decidido por fin a ponerme manos a la obra, abro el portátil y me siento en el sofá con Onaë en el regazo. El primer paso es encontrar el sitio adecuado para no perder el tiempo con gente que realmente no me gusta.

Mi reflejo fue teclear "trío" en la barra de búsqueda de Google, pero sólo me salían definiciones, películas y vídeos pornográficos. Intentando algo diferente, por fin conseguí encontrar un sitio que vendía "Encuentra tu trío cerca de ti. Sitio n°1 de tríos para adultos". Casi completamente convencido, hice clic en el título.

Relleno escrupulosamente el formulario de inscripción, indicando que busco a alguien de forma puntual, por probar. También doy algunos detalles sobre mi relación para que no haya malentendidos. Una vez completados estos pasos, se me presenta un amplio catálogo de personas de todo tipo. Hay una foto, luego un seudónimo y una ubicación que me permite "chatear en directo con las personas que yo elija". Todavía un poco desconcertado, miro las reseñas y los testimonios que figuran en la parte inferior de la página de inicio del sitio: "Este sitio nos ha ayudado a desarrollar nuestro potencial sexual [...] ¡queríamos dar el paso...! ¡Y no nos arrepentimos! :) "

Estas opiniones, aunque probablemente distorsionadas por la empresa, me bastaron para saber que había llegado al lugar adecuado, al ver todas estas frases de parejas felices y realizadas. Para no ir más lejos, sin pensarlo, hice clic en una persona al azar para iniciar la conversación por vídeo. Probablemente debería haberme preparado más para el momento, porque mi gatito estaba en mi regazo y mi pelo estaba grasiento y hecho un desastre. Aunque no era exactamente un

discurso de ventas, mi llamada no permaneció mucho tiempo en espera.

Para mi gran sorpresa, aparece frente a mí un hombre muy guapo con aire femenino, veo que su seudónimo es Noah y entablamos una conversación muy casual. Me cuenta que trabaja en la industria de la moda como modelo andrógino y yo le hablo un poco de mi vida y de mis diversas pasiones, centrándome en la pintura.

Al cabo de unos minutos, me atrevo a señalar sus aires femeninos y, de repente, siento que se paraliza y replica:

"Tengo 32 años, mis elecciones me preocupan

- No lo entiendo, ¿he dicho algo malo?

- Soy transexual".

Tras unos segundos de darme cuenta de lo insensible que había sido, me disculpé profusamente y, a pesar de ello, me colgó, diciendo que yo era demasiado joven para poder aprovecharme de él y de "sus muchos talentos".

La primera entrevista había ido realmente mal, así que me tomo unos minutos para prepararme una taza de té. Me masajeo la cabeza para relajarme y sobreponerme a mis emociones.

Un maullido preocupado de Onaë fue suficiente para devolverme la cordura y darme valor. Esta vez me siento en el balcón, con el ordenador sobre la mesa y la cara hacia la luz. Rápidamente me trenzo el pelo para disimular su estado y doy unos sorbos a mi té de frutos rojos. Ahora que vuelvo a estar de buen humor, decido introducir un criterio en el sitio para ponerme en contacto con alguien más joven, probablemente por consejo de Noé, pero también para limpiar mi conciencia sobre mi error con él. La cámara de mi corresponsal se enciende de nuevo, pero esta vez no veo a nadie, sólo un gran campo lleno de vegetación y mucho ruido.

Sin entender nada de lo que está pasando, digo al azar:

"¿Hola? Hola?"

De repente, aparece un joven en primer plano, vestido completamente con un traje de cuero negro. Aprecio inmediatamente esta vista, que tiene la ventaja de moldear perfectamente la forma de su cuerpo. Le veo abrir la boca para hablarme, pero el ruido ambiente que le rodea enmascara sus propios sonidos.

Al darse cuenta, apagó el micrófono para que no me molestara el ruido y empezó a comunicarse conmigo a través del chat. Escribe: "Lo siento, estoy en plena competición de motocross y creo que voy a ganar".

Confundido, me disculpo brevemente por molestarle, pero no parece importarle. Me propone ir a tomar una cerveza con "él y sus amigos" si alguna vez gana el concurso porque "soy guapo". En el momento en que le recuerdo qué página web estoy utilizando para contactar con él, se pone pálido, avergonzado de que esté hablando de ello delante de sus amigos. Se aparta un poco de ellos y les explica que sólo tiene 19 años y que ese tipo de detalles atañen a su vida privada y allí permanecen bien escondidos.

Convencido de que, a pesar de su cuerpo de ensueño, no tengo ante mí la perla rara, me disculpo y cuelgo. Me tomo unos minutos para volver a pensar: necesito a alguien que no sea ni demasiado viejo ni demasiado joven... ¿Y qué preferiría? Recuerdo haber fantaseado fácilmente con el cuerpo de este hombre, pero ¿sería lo mismo con una mujer? Siendo ésta una pregunta crucial, decidí intentarlo y averiguarlo con seguridad.

Vuelvo a ajustar el cursor del sitio, esta vez para encontrar a una mujer sólo ligeramente mayor que yo. La persona que responde es una preciosa joven de 25 años llamada Mona. Tiene el pelo largo y negro, unos preciosos ojos azules y un escote de infarto. Empezamos a charlar sobre nuestras profesiones y me entero de que acaba de aprobar las oposiciones para enseñar ciencias en secundaria. Después de suficiente tiempo para conocernos, le explico mi situación como pareja y nuestros objetivos.

Lamentablemente, seguía sin ser la persona que yo buscaba, ya que tenía preferencia por los tríos sólo con mujeres u hombres. Sin embargo, podría haber sido una amiga en potencia, así que no terminé nuestra llamada con el corazón encogido.

Intentando no desanimarme, decidí hacer una última llamada por hoy, y qué pena si no encontraba enseguida a la persona adecuada. Aunque no iba a pasarme allí una semana, no iba a rendirme tras unos cuantos obstáculos.

Sin molestarme en peinarme o cambiar de sitio, vuelvo a pulsar al azar para iniciar una conversación por vídeo. Tras unos segundos de timbre, un hombre que parecía mucho mayor que yo descuelga e inicia la conversación:

"Hola, ¿quién es?

- Me llamo Jade, ¿y tú?
- Si no nos tuteamos, ¡todavía no hemos llegado a eso! Encantado de conocerte, soy Thierry.
- ¿A qué se dedica?
- Soy bombero desde hace casi 20 años, siempre he querido ser un héroe y esto era lo más cerca que podía estar de ello.
- Sólo queda ver si puedes ser nuestro...
- Pertenezco a todos los habitantes de este planeta, al menos por el momento.
- ¿Podría hablarme un poco de usted?
- Sólo si me prometes que harás lo mismo inmediatamente después.
- Es una promesa.
- Como he dicho antes, soy Thierry. Cuando tenía unos 25 años, quise casarme con una mujer a la que amaba apasionadamente, pero nuestro amor duró poco porque yo nunca quise tener hijos y eso le gustaba mucho a ella. En consecuencia, conservé mi trabajo, que es, a mis ojos, el tesoro más preciado que poseo, y decidí dejar de tomarme la vida tan en serio y, sobre todo, disfrutar al máximo. ¿Te parece bien, jovencita?
- En realidad es bastante interesante. ¿Qué quieres saber de mí?
- Es arriesgado darme carta blanca en preguntas así, podría irse rápidamente de las manos...
- Así que de momento voy a enmarcar un poco el juego, y ya veremos en una segunda llamada si tienes lo que hay que tener para hacerme 'girar' como tú dices. Soy una chica de 22 años en una relación con un joven encantador dos años mayor que yo: Matthieu. Nuestra vida es sencilla y rutinaria, pero este año, para celebrar nuestros dos años juntos, quería darle un poco de vida a las cosas. Así que estoy aquí, en este sitio, para encontrar a

una tercera persona que nos ayude a divertirnos una noche, sin quebraderos de cabeza.

- Sin ánimo de asustarte, estoy bastante entusiasmado con tu historia. Es una pena que el resto tenga que tener lugar durante otra conversación, porque su herramienta de aniversario ya está lista para impresionarle. Además, no se preocupe, no es probable que me meta en líos, pues ya estaré ocupado con ustedes dos.
- Gracias por tu sinceridad, hace las cosas muy tentadoras. Por desgracia, mi pareja se irá pronto a casa y no quiero que nos moleste en medio de un examen. ¿Está disponible mañana? Me aseguraré de darme un baño para no irme por las ramas y hacer las cosas.... Sugerente.
- No podrías haberme dado una respuesta mejor, cariño, te veré mañana.

El mero hecho de hablar con él me había mojado más que nunca, y fue después de desnudarme para ducharme cuando me hice una intensa paja con la alcachofa de la ducha. La potencia del chorro era incomparable con mi ciprina a borbotones, había encontrado el adecuado, e incluso sin su presencia, me sentía tan jodidamente bien.

Al borde del Nirvana, como era de esperar, Matthieu volvió del trabajo con bastante ruido.

"¿Estás ahí, ángel mío?

- ¡Me estoy duchando!
- No te apures, ya voy".

Por una vez, el momento fue perfecto y aprovechamos para practicar sexo salvaje bajo el agua hirviendo.

Su día había sido muy agotador y el mío mucho más excitante de lo esperado, pero intenté no mencionárselo: tenía que mantenerlo como una sorpresa hasta el gran día. Tras un orgasmo mutuo, Matthieu nos preparó tortitas y la velada transcurrió sin sobresaltos, aunque yo pensaba en Thierry mientras me echaba la nata montada en la boca, rezumante de saliva.

La noche parecía eterna, mis pensamientos a la deriva y mi amada habiéndose dormido mucho antes que yo. Me quedé mirando el techo de la habitación, tan impaciente como temeroso, temeroso de ser castigado como un niño que quiere lo que no puede tener: demasiado codicioso.

Una vez hubo salido el sol, Matthieu se despertó tranquilamente de su profundo sueño mientras yo casi saltaba de la cama. Como me levanto tarde, se sorprendió mucho. Para no despertar demasiado sus sospechas y evitar que hiciera preguntas, le preparé el desayuno, para que al menos pareciera que tenía buenas intenciones con él. Me largué cuando salió del piso, por lo que recibí muchas miradas interrogantes, sin ninguna respuesta porque, después de todo, seguía siendo una sorpresa.

En cuanto atravesó el umbral de la puerta, me apresuré a ir al cuarto de baño para vestirme adecuadamente y corresponder a la amabilidad de Thierry en nuestra conversación del día anterior.

Una vez satisfechas mis manías, me di un baño y me tomé un chocolate caliente.

Desnuda, el agua hirviendo se deslizó sobre mi piel y alivió mis tensos músculos. Una vez instalada, encendí el ordenador y busqué un lugar para colocarlo, de modo que mi cuerpo quedara lo bastante visible y oculto al mismo tiempo.

Temblando de impaciencia, en menos de unos segundos hice la llamada. Al cabo de unos timbres, descolgó:

"Oooh, hola Jade, estás deliciosa.

- Gracias. ¿Dónde estábamos ayer?
- Hablaba de mi deseo.... de conocerte.
- Nos gusta tanto como a ti la idea de una entrevista.
- No creo que sea posible.

Como no entendía nada, puse una expresión de interrogación que se detuvo en seco cuando blandió su erección delante de la webcam, dejando claro su punto de vista. Mi única reacción fue seguirle el juego, amasándome los pechos uno tras otro para que me deseara más.

"¿Te lo imaginas dentro de ti? ¿Ese enorme garrote? Crece y crece, sólo para ti".

Mientras hablaba, introduje un dedo dentro de mí, luego dos, luego tres. Me retorcía de placer, pero no era suficiente para la imagen que tenía ante mí. Afortunadamente, el sextoy que Matthieu

me había regalado unos días antes estaba por ahí. Hice coincidir las idas y venidas del sustituto sexual con las palabras de Thierry.

"Veo que has cogido un juguete. ¿Puedes sentir mi gran polla? Nunca irá tan despacio como tu mano, no puedes sustituirla". Empezó a masturbarse delante de mí, y yo intentaba no perder el ritmo mientras sentía mi cuerpo hervir en cada parte de él. Un gemido de placer se me escapó, luego gritos. Me estaba masturbando con tanta fuerza que el agua empezó a rebosar de la bañera, mientras la ciprina brotaba de mí, inagotable.

Me estaba mordiendo el labio y mi pelo se despeinaba visiblemente, pero él no paraba así que yo tampoco. "Eres bueno así, ¿sabes? ¿Quieres más? ¿Que te engulla las tetas y te penetre despacio, luego cada vez más deprisa, y que al final me corra pero no pare, que te tome sin parar, hasta que no puedas más? Puedo decir desde aquí que te gustaría eso, gran puta".

Mi imaginación y la estimulación de mi vagina alcanzaron su punto álgido, y entonces tuve uno de los orgasmos más intensos de mi vida, sólo por hablar con él. Y mientras me recuperaba de mis emociones, vi a través de la webcam que su esperma también salía a chorros, simultáneamente.

Empapada en sudor, confirmé con una risa avergonzada que era la correcta, y que íbamos a vernos de nuevo para hacer el amor, pero que esta vez estaría Matthieu. Haciendo como que no escuchaba la parte que hablaba de él, Thierry puso fin a la conversación con un guiño y un rápido movimiento de lengua.

Sin duda, esta sorpresa de cumpleaños iba a ser muy caliente.

La semana siguiente pasó sorprendentemente rápido, con los días contados para la fiesta de cumpleaños. Matthieu no volvió a mencionármelo, como si lo hubiera olvidado. Yo sólo pensaba en ese momento y cada mañana me acercaba más a la fatídica fecha.

Finalmente llegó nuestro día de celebración. Al amanecer miré a mi amado que dormía a mi lado y le di un beso en la frente para despertarlo:

"Hola mi amor, feliz cumpleaños, hoy es el gran día.

- Hmmm... 'día, ¿el gran día de qué?

- ¡Celebramos dos años de casados! La sorpresa llega sobre las 8 de esta tarde.

- Es verdad, lo olvidé. Intentaré llegar a casa lo antes posible entonces, feliz cumpleaños a ti también mi amor".

Una vez más, se marchó como cada mañana, pero con una sonrisa en la cara a pesar de su expresión preocupada.

Pasé el día arreglándome, aplicándome mascarillas en la cara y el pelo, poniéndome un vestido bonito y maquillándome lo suficiente para sentirme guapa, deseable y segura de mí misma.

Cuando Matthieu llegó a casa, se duchó, se vistió y los dos esperamos en la mesita del salón, con cacahuetes en la mesa.

El interfono sonó y se oyeron pasos subiendo las escaleras de nuestro piso. Tras unos breves golpes en la puerta principal, mi amante la abrió y descubrió, para su asombro, a Thierry.

¿"Buenas noches"?

- Buenas noches, encantado, soy Thierry. Soy yo quien ha venido a buscarte esta tarde, no te preocupes no es un error.

- Estoy un poco sorprendido, pero todo irá bien, creo que todo irá bien.

- De eso se trata", dice entre risas, "incluso creo que va a salir muy bien y algo más...".

Tras una rápida mirada para ver si había aceptado, Thierry besó a Matthieu, que se dejó besar. Casi instintivamente, me levanté para saludarle.

El mayor nos cogió a los dos en brazos y su mano bajó hasta mis nalgas, pellizcándome una y luego la otra. Apresurados, mi hombre y yo cogimos a Thierry de la mano y le condujimos a nuestro dormitorio, curiosos por ver qué ocurriría a continuación. Para estimular a mis dos compañeros, empecé a desnudarme lentamente, mostrando mis pechos y luego el resto de mis atributos. Matthieu besó mi cuerpo de arriba abajo y luego dejó un lugar para Thierry en el hueco de mis labios. Nuestro largo beso fue acompañado por sus dedos bailando sobre mis otros labios, la tensión aumentaba sin cesar para los tres.

Satisfecha con las sensaciones que experimentaba, ayudé a Thierry a desabrocharse los pantalones mientras me ponía de rodillas sobre el suelo de madera. Mi compañero ni siquiera se tomó el tiempo de sentir envidia mientras me metía la polla de tal forma que sus embestidas

empalaban mi garganta en la erección de Thierry. La intensidad de este coito era nueva para mí, pero lo disfrutaba. Chupaba con avidez el miembro de mi hijo mayor mientras Matthieu penetraba cada vez más fuerte en mi vagina.

Estaba cubierta de saliva y humedad, porque mi cuerpo nunca había estado acostumbrado a tanta estimulación en tan poco tiempo, y con tanta participación de mis dos compañeros masculinos.

Mis gargantas profundas se acompasaban a la sensación del pene de mi amante penetrándome, lo que nos excitaba a todos por igual. Pareciendo sucumbir al deseo creado por mi juego de lenguas, Thierry decidió tomar el relevo permitiendo que Matthieu sintiera también mi felación. Me agarró de las caderas y prácticamente me sostuvo en el aire mientras yo intentaba como podía tomar el sexo de mi compañero en la boca. Después de unos minutos bastante agotadores, que requirieron flexibilidad por mi parte, hice una señal a mis amantes para que se calmaran un poco mientras se me ocurría una idea. Entonces me puse en posición de perrito para dejar que los chicos imaginaran qué hacer a continuación. Matthieu no tardó en introducir su polla en mi ano, que goteaba de deseo, mientras Thierry empezaba a penetrarme el coño.

La sensación de aquellos dos miembros dentro de mí era casi insoportable, tanto lo estaba disfrutando. No sabía hacia dónde dirigirme y mis fluidos fluían sobre ambos, no sin antes complacerlos.

Los gemidos de cada uno animaron a los otros y los tres formamos un concierto de placer. Era la primera vez que oíamos vibrar dos pares de testículos al chocar contra mis nalgas y mi pubis. Nunca había visto a Matthieu con semejante mirada: estaba decidido a llevarme al límite. Thierry, en cambio, parecía divertirse sin implicarse demasiado para no llamar la atención de nadie.

Hice un gesto una vez más a mis dos señores del sexo para pedirles si podía tomarme un pequeño respiro, todas aquellas arcadas me estaban haciendo girar la cabeza y no tenía suficientes dos agujeros para poder sentir todo lo que pasaba dentro de mí cuando me cogían a la vez.

Por eso decidí intentar estar entre los dos, para ver si mis sentimientos eran diferentes, o incluso más soportables.

Agarrándome a su cuello con los brazos, le hice entender a Matthieu que lo quería delante de mí para poder mirarlo a los ojos cuando llegara al orgasmo.

Por deducción, Thierry se me acercó por detrás, enseñando los caninos, pues la idea de tomarme por el culo le excitaba y le hacía salivar de anticipación.

Primero, ayudé a mi hombre a introducir su pene en mí, que estaba rojo por el roce y húmedo por segregar muchos fluidos para hacer frente a las ganas de eyacular que surgían con cada una de nuestras sesiones de sexo. Fuimos y vinimos varias veces, los dos solos, para que yo pudiera prepararme para estas nuevas sensaciones.

Entonces, sin previo aviso, Thierry introdujo su enorme garrote en mi ano, y fue entrando más y más, no necesariamente cada vez más rápido, pero podía sentir su erección invadiendo todo mi ser, ya que su miembro era imponente. Probablemente después de mirarse el uno al otro para consultarse, los hombres consiguieron coordinar sus movimientos para tomarme al mismo tiempo, lo que tuvo un intenso impacto en mi cuerpo. Sus empujones pélvicos eran tan fuertes y coordinados que mi cuerpo no podía moverse, atrapado o incluso empalado entre sus dos deseos por mí.

El dolor y el placer de esta posición eran tan grandes que estaba gritando, sin pensar en los vecinos a los que potencialmente estaba molestando. En lo único que podía pensar era en la sensación de su ir y venir dentro de mí y en el hecho de que no quería que parara nunca.

Después de unos diez minutos de ser tomada en todas direcciones, con una intensidad no siempre controlada, y sus penes cada vez más grandes dentro de mí, tuve un orgasmo.

Mi ciprina fluyó por la polla de Matthieu, que había vuelto a introducirla en mi ano para una sodomía animal particularmente excitante. Casi al mismo tiempo, Thierry, cuya polla tenía metida en la garganta, eyaculó sobre mi boca, mi cara y mis pechos. Siendo el único que no había terminado, Thierry se llevó la polla de Matthieu a la boca y su placer se le notaba en la cara. Disgustado por el hecho de que estaba teniendo sexo con otro hombre, Matthieu le entregó su trasero y Thierry se puso duro de nuevo para infligirle la última ronda. Matthieu estaba tan excitado por la estimulación de su próstata que eyaculó en el suelo, aparentemente agotado de

toda su fuerza y esperma.

Esta relación mítica y excepcional en nuestras vidas como pareja fue inolvidable.

Incluso hemos introducido este pequeño ritual para el aniversario de cada pareja, ¡salvo que la próxima vez será Matthieu quien elija!